BRAD MELTZER

LOS PASADIZOS DEL PODER



BESTSELLER

Lectulandia

Un abogado de la Casa Blanca empieza a salir con la hija del Presidente. Una noche presencian algo que no debería haber visto y quedan atrapados en una conspiración secreta.

Sombra es el nombre en clave que el Servicio Secreto ha dado a Nora Hartson, la hija del Presidente, la Primera Hija. Y cuando Michael Garrick, un joven abogado de Presidencia, empieza a salir con ella, queda inmediatamente subyugado, como todos cuantos se mueven en el mundo de la irresistible Nora. Mediante una trama quirúrgicamente precisa, diálogos afilados como cuchillas y ritmo fulgurante, Meltzer explora la atmósfera cargada que envuelve la vida dentro de la Casa Blanca como nunca antes se había hecho. Un mundo del que todos hemos oído hablar pero que muy pocos conocen de verdad. Un universo donde el poder es un afrodisíaco, los amigos más próximos llevan auriculares y pistolas, y todo el mundo controla tus movimientos. «Brad Meltzer es sin duda el próximo John Grisham». Miami Herald «Meltzer se ha ganado el derecho a comparecer en el estrado en compañía de John Grisham, Scott Turow y David Baldacci». People «Un thriller con una visión única del día a día en la Casa más poderosa del mundo». *New York Times* «Si es un amante del género, este libro es de lectura obligatoria. Si no lo es, Los pasadizos del poder puede ser la excepción que confirma la regla». USA TODAY Michael Garrick es un joven y prometedor abogado con un envidiable trabajo en la asesoría de la Casa Blanca. Se siente irrefrenablemente atraído por Nora, la alocada y sensual hija del Presidente y empieza a salir con ella. Entusiasmado con tal prespectiva, Michael cree que podrá resistir la presión que eso significa. Hasta que, una noche que están juntos de madrugada, Nora y él presencian algo que no tenían que haber visto y quedan atrapados en una agenda secreta, una trama urdida por alguien de dentro de la Casa Blanca con traición y asesinato incluidos. De repente, este joven que ayer mismo salía con una chica que ni soñaba, se encuentra inmerso en una batalla para demostrar su propia inocencia, sin poder fiarse de nadie, ni siquiera de Nora. Una batalla que hará tambalearse las paredes del Despacho Oval hasta los cimientos, y que a puede acabar costándole la vida. Con una voz inteligente y fresca, Meltzer nos lleva por las huroneras del 1600 de la Avenida de Pennsylvania y nos dibuja el fascinante retrato de un peligro que sólo un hombre conocerá: cómo es enamorarse de la hija más poderosa del mundo.

Lectulandia

Brad Meltzer

Los pasadizos del poder

ePUB v1.1
libra_861010 14.05.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *The first counsel*
Brad Meltzer, 2001
Traducción: Fernando González Corugedo
Ilustraciones: Kim Steele/Photonica

Editor original: libra_861010 (v1.0 a v1.1)

Para Cori,
mi Primera Consejera, mi Primera
Dama, mi Primer Amor
Y para mi hermana Barí
por no ser acusica cuando éramos
pequeños,
y por leer siempre mi mente mientras
crecemos

Agradecimientos

Quiero dar las gracias a las siguientes personas, cuyo cariño y apoyo nunca dejaron de inspirarme: como siempre, Cori, mi Primera Dama, que es una fuente inagotable de paciencia e inspiración, sobre todo porque yo continuamente arrastro a ambos hasta los límites de la cordura. Desde la construcción de la trama antes de empezar a escribir hasta la corrección definitiva, ella lo es todo en todo momento: amiga, confortadora, consejera, correctora, socia, amante, alma gemela. Te amo, C: si no fuera por ti, este libro no existiría y yo tampoco. Jill Kneerim, mi agente, por darme una de las amistades más gratificantes y amables que he conocido. De todo cuanto he tenido la fortuna de experimentar como escritor, una de las mejores recompensas fue encontrar a Jill; su fe ilimitada nos ayuda permanentemente a mantener la perspectiva de las cosas, y sin ella no estaríamos aquí. Elaine Rogers, cuya tremenda energía ha aportado una nueva acepción a la palabra «ímpetu». Sharon Silva-Lamberson, Stephanie Wilson, Nicole Linehan, Ellen O'Donnell, Hope Denekamp, Lindsey Shaw, Ike Wilson y a todos los demás de la Agencia Palmer&Dodge, que hacen funcionar la maquinaria y son unas de las personas más agradables que he conocido.

También quiero agradecer a mis padres que me hayan dado todo lo que ellos nunca tuvieron, que me hayan enseñado a guiarme con el corazón y a saber exactamente cuándo ser papá y mamá; los dos sois increíbles. Noah Kuttler, cuya paciencia inagotable influye en todo mi trabajo y cuya perspicacia me obliga a sacar lo mejor de mí. Ethan Kline, cuyas penetrantes observaciones son de las primeras que siempre voy a buscar, y cuya amistad y confianza son simplemente extraordinarias (gracias por la más grande, E.). Matt y Susan Oshinsky, Joel Rose, Chris Weiss y Judd Winick siguen siendo unos cerebros que nunca querría perder; saben leer, reaccionar, sugerir y tenerme siempre riendo.

Dado que la Casa Blanca se ufana de su secretismo, debo un enorme agradecimiento a las siguientes personas que me permitieron fisgonear por allí: Steve *Exclusivas* Cohen, por… bueno… por ser «Exclusivo». Desde los intercambios de ideas sobre el argumento hasta la documentación y los detalles más insignificantes, Steve fue mi maestro de ceremonias; es osado e incisivo, y sin su instinto creador este libro no sería el mismo; muchas gracias, colega. Debi Mohile, cuyo ojo avizor me hizo ser sincero en (casi) cada página y cuyo gran sentido del humor siempre lo convirtió en un placer; nadie conoce la Casa Blanca como Debi; gracias por ponerte de mi parte. Mark Bernstein, una de las personas más agradables que hay, por enseñarme el resto del camino de primera mano y por recordarme el valor de los viejos amigos. Lanny Breuer, Chris Cerf, Jeff Connaughton, Vince Flynn, Adam Rosman y Kathi Whalen, que fueron mucho más allá del deber y nunca dejaron de

usar su imaginación para contestar toneladas de preguntas inanes. Pam Brewington, Lloyd Cutler, Fred Fielding, Leonard Garment, Thurgood Marshall Júnior, Cathy Moscatelli, Miriam Nemetz, Donna Peel, Jack Quinn, Ron Saleh, Cliff Sloan, John Stanley y Rob Weiner, que fueron el resto de mi equipo de la Casa Blanca y que, al darme su tiempo, me dieron tantos grandes detalles e historias. Larry Sheafe y Chuck Vance, los chicos del Servicio Secreto más amables que se puede encontrar. Y a la Primera Hija, que tuvo la gran amabilidad de explicarme sus experiencias dentro de la burbuja (simplemente por el bien de la literatura), ¡gracias otra vez! El doctor Ronald K. Wright, por su fantástico asesoramiento forense. Pat Thacker, Anne Tumlinson, Tom Antonucci, Lily García y Dale Flam por su ayuda para los detalles. Marsha Blanco (que es simplemente increíble), Steve Waldron, Chuck Perso, Carol Rambo Ronai, Sue Lorenson, Dave Watkins, Fred Baughman, John Richard Gould, Rusty Hawkins, Philip Joseph Sirken y Jo Anne Patterson, por recibirme en la organización The Are y en el mundo del retraso mental (para más información: www.thearc.org); raramente me he sentido tan inspirado y tan completamente humilde. Y, por supuesto, a mi familia y amigos, cuyos nombres, como siempre, habitan estas páginas. Finalmente, me gustaría dar las gracias a toda la gente maravillosa y llena de talento de mi nueva editorial, Warner Books: Larry Kirshbaum, Maureen Egen, Tina Andreadis, Emi Battaglia, Karen Torres, Martha Otis, Chris Barba, Claire Zion, Bruce Paonessa, Peter Mauceri, Harry Helm, y a toda esa gente tan increíblemente amable que hizo de este libro una realidad y siempre logran que me sienta como parte de la familia. Gracias especialmente también a Jamie Raab, no sólo por su aportación editorial, sino por ser uno de nuestros mayores apoyos. Su calor y energía nunca dejan de asombrar. Finalmente, quiero dar las gracias a los dos editores que trabajaron en este libro, Rob Weisbach y Rob McMahon. Desde el principio, Rob Weisbach aportó su talento creativo a cada nivel de nuestra experiencia editorial, y no estaríamos aquí sin él; su influencia se nota en cada página y, aunque ya lo he dicho antes, vuelvo a decirlo: Rob tiene una auténtica misión y siempre es una bendición ser parte de ella; a él le debo mi carrera y agradezco su amistad. En Warner, Rob McMahon es un auténtico caballero que recogió la bola del proverbio y echó a correr con ella; no podríamos haber tenido más suerte: sus comentarios editoriales eran penetrantes hasta lo increíble y siempre me animaba a que llegase más allá de lo que me parecía posible; Rob, estaríamos perdidos sin ti. Así que, a Rob Weisbach y Rob McMahon: siempre apreciaré vuestra energía, pero os estoy mucho más agradecido por vuestra fe en mí.

En la Casa Blanca aborrecía cantidad de cosas. Luego comprendí que o me adaptaba o me adaptaba.
LUCI JOHNSON
Hija de Lyndon Baines Johnson

Uno no vive en la Casa Blanca, uno sólo es la prueba A que se exhibe al país.
PRESIDENTE THEODORE ROOSEVELT

Recuerdo noches espantosas de pesadillas.
SUSAN FORD
Hija de Gerald Ford, cuando era Primera Hija

Capítulo 1

Me asustan las alturas, las serpientes, la normalidad, la mediocridad, Hollywood, el silencio inicial de una casa vacía, la oscuridad persistente de una calle mal iluminada, los payasos malos, el fracaso profesional, el impacto intelectual de las muñecas Barbie, dejar a mi padre abandonado, quedarme paralítico, los hospitales, los médicos, el cáncer que mató a mi madre, morirme de repente, morirme por una razón estúpida, morir lleno de dolores, y, lo peor de todo, morirme solo. Pero no me da miedo el poder, y por eso trabajo en la Casa Blanca. Sentado en el asiento derecho de mi jeep azul, destartalado y oxidado, no puedo dejar de mirar a mi compañera, la guapa muchacha que va conduciendo. El modo imperativo en que sus dedos finos y largos aferran el volante nos deja bien claro a los dos quién está al mando. No puede importarme menos, sin embargo… y mientras el coche vuela avenida de Connecticut arriba, voy mucho más contento observando cómo sus cabellos negros muy cortos le lamen la nuca. Por razones de seguridad, llevamos las ventanillas cerradas, pero eso no le impide abrir el techo corredizo. El aire cálido de setiembre le agita el pelo, y ella se lo echa hacia atrás y disfruta de él y de la libertad. Entonces, da su último toque personal al coche: enciende la radio, recorre las emisoras que tengo preseleccionadas y menea la cabeza.

—¿Esto es lo que te gusta? —pregunta Nora—. ¿Las tertulias?

—Es por el trabajo. —Señalo el salpicadero y, con la esperanza de estar en la onda, añado—: La última es de música.

Me toma la palabra y aprieta el último botoncito. Más tertulia.— ¿Siempre eres así de previsible? —me pregunta.

—Sólo cuando…

Antes de que pueda terminar la frase, el chirrido de una guitarra eléctrica me perfora el tímpano. Ha encontrado lo que le gusta.

Repiquetea con los pulgares en el volante y lleva el ritmo con la cabeza. Se la ve totalmente viva.

—¿Esto es lo que te gusta a ti? —le grito por encima del estruendo—. ¿Radio basura?

—Es la única forma de mantenerse joven —dice con una sonrisa.

Me está machacando los nervios y le encanta. Con veintidós años, Nora Hartson es lista y un poco demasiado confiada. Sabe que soy consciente de la diferencia de edad entre nosotros, y lo sabe desde el mismo momento en que le dije que yo tenía veintinueve. Aunque no le importaba.

—¿Crees que eso me va a asustar? —pregunté.

—Si te asustas, eres tú él que se equivoca.

Ahí la cacé. Necesitaba ese reto. El sexual sobre todo. Para ella las cosas habían

sido demasiado fáciles durante demasiado tiempo. Y sabe perfectamente que no es divertido conseguir siempre lo que quieres. La cuestión es que probablemente eso le pasará toda la vida. Tiene ese poder, para lo bueno o para lo malo. Nora es atractiva, interesante y absolutamente cautivadora. También es la hija del Presidente de los Estados Unidos. Pero, como ya he dicho, a mí no me asusta el poder.

El coche se dirige hacia Dupont Circle y echo una mirada a mi reloj preguntándome cuándo acabará esta nuestra primera cita. Son ya las once y cuarto, pero Nora parece que acabe de empezar. Nos paramos en un sitio que se llama Tequila Mockingbird. Alzo los ojos al cielo.

—¿Otro bar?

—Necesitamos hacer por lo menos un poquito de calentamiento —me provoca. Hago como si oyera cosas de ésas todo el tiempo. No la engaño ni por un momento. ¡Dios, adoro América!—. Además —añade—, éste es un buen sitio… nadie lo conoce.

—¿Así que realmente podremos estar un poquito en privado? Instintivamente, observo por el retrovisor. El Chevy Suburban negro que salió detrás de nosotros por la verja de la Casa Blanca y ha estado ahí en cada una de las etapas posteriores, continúa justo detrás. El Servicio Secreto nunca abandona.

—No te preocupes por ellos —dice Nora—. No saben lo que viene ahora.

Antes de que pueda preguntarle qué quiere decir, veo a un hombre con unos caquis que está junto a la entrada lateral del Tequila Mockingbird. Nos señala una plaza de parking reservada y nos indica que nos acerquemos a él. Antes incluso de que apriete el botón que lleva en la mano y susurre algo en el cuello de su polo que-lucha-por-parecer-informal, ya sé quién es. Servicio Secreto. Lo que significa que no tenemos que hacer la larga cola de entrada: él nos meterá por el lateral. No es un mal sistema para ir de bares, si quieren mi opinión. Naturalmente, Nora lo ve de otro modo.

—¿Preparado para aguarles la fiesta? —me pregunta.

Asiento con la cabeza, no muy seguro de qué está tramando, pero sin poder reprimir la sonrisa. La Primera Hija, y quiero decir la Primera Hija, está sentada a mi lado, en mi propio cacharro desvencijado, pidiéndome que baile el limbo y pase por debajo del palo con ella. Casi puedo saborear ya la salsa.

En cuanto establecemos contacto ocular con el agente que está en el exterior del Mockingbird, Nora pasa de largo y pone rumbo a una discoteca situada a media manzana de allí. Me doy la vuelta y compruebo la expresión del agente. No le ha hecho gracia. Logro leer sus labios desde aquí. «Sombra se marcha», le gruñe a su cuello.

—Espera un momento… ¿no les dijiste que íbamos al Mockingbird?

—¿Puedo preguntarte una cosa? ¿Tú crees que cuando sales por ahí resulta

divertido que los del Servicio Secreto vayan a inspeccionar el sitio antes de que tú llegues?

Hago una pausa mientras lo pienso.

—La verdad es que a mí me parece bastante buen rollo.

—Vaya; pues yo no lo soporto —dice, riendo—. En cuanto ellos aparecen, toda la gente interesante coge la puerta. —Señala el Suburban que sigue detrás de nosotros y añade.

—A los que me siguen a mí, los puedo manejar. Los que me estropean la fiesta son los que llegan por adelantado. Además, con estas cosas todos van de puntillas.

Mientras nos detenemos donde el portero, intento pensar en algo ingenioso que decir. Y entonces lo veo. De pie ante la entrada principal de nuestro nuevo destino hay otro hombre que susurra en el cuello de su camisa. Como el agente que estaba a las puertas del Mockingbird, va vestido con el uniforme oficioso del Servicio Secreto: caquis y polo de manga corta. Para que Nora llame lo menos posible la atención, los agentes hacen cuanto pueden para resultar invisibles, y su atuendo se inspira en el de su protegida. Por supuesto, ellos creen que encaja, pero por lo último que yo he visto, la mayoría de la gente que va de caquis y polo no lleva pistola ni habla por el cuello de su camisa. En cualquier caso, sin embargo, estoy impresionado. La conocen mejor de lo que creía.

—Entonces, ¿entramos o qué? —pregunto, haciendo un gesto al portero que está esperando a que Nora abra su puerta.

Nora no contesta. Sus penetrantes ojos verdes, que fueron lo bastante persuasivos como para convencerme de que la dejase conducir, miran ahora por la ventanilla con expresión vacía. Le doy un golpecito juguetón en el hombro.

—Así que sabían que venías aquí. Buen asunto, ése es su trabajo.

—No es eso.

—Nora, todos somos animales de costumbres. Sólo porque ellos sepan las tuyas…

—¡Ése es el problema! —exclama—. ¡Yo lo hacía espontáneamente!

Tras el exabrupto se nota en su voz un dolor que me pilla con la guardia baja. Hace años que la veo en la televisión, pero es la primera vez que la he visto mostrar su lado blando, y aunque sea por un grito, me lanzo. Mi golpecito juguetón en el hombro se convierte en una caricia apaciguadora.

—Olvídate de este sitio, encontraremos alguno nuevo.

Mira con rabia al agente que está cerca de la puerta principal. Él le sonríe. Ya han jugado antes a este juego.

—Nos vamos de aquí —gruñe. Con un rápido golpe de gas, los neumáticos chillan y salimos en dirección a la próxima parada. Mientras arrancamos, vuelvo a mirar por el retrovisor. El Suburban viene justo detrás de nosotros, como siempre.

—¿Se rinden alguna vez? —pregunto.

—Es cuestión de territorio —dice, y suena como si le hubieran dado una patada en la barriga.

Esperando subirle la moral, digo:

—Olvidémonos de los gorilas. ¿Qué más nos da que sepan adonde…?

—Pásate dos semanas así. Ya verás si te cambia el rollo.

—El mío, no. El mío sigue siendo el mismo: «Me encantan los chicos con pistolas; me encantan los chicos con pistolas; me encantan los chicos con pistolas». Es como un mantra.

Es un chiste fácil, pero funciona. Intenta ocultar una minúscula sonrisa.

—Tengo que querer esas pistolas —inspira profundamente, se pasa la mano por la nuca y entre las puntas de su pelo negro. Me parece que por fin está empezando a calmarse—. Gracias otra vez por dejarme conducir… empezaba a echarlo de menos.

—Por si te hace sentirte mejor, eres una conductora excelente.

—Y tú un mentiroso excelente.

—No es porque yo lo diga… mira esos *lemmings* de atrás; vienen sonriendo desde que saliste zumbando del club.

Nora lo comprueba por el retrovisor y saluda con la mano a aquellos otros dos de la patrulla-de-caquis-y-polos. Ellos no sonríen, pero el del asiento del pasajero devuelve el saludo.

—Son buenos chicos… llevan tres años conmigo —me explica—. Además, esos dos, Harry y Darren, no son tan malos. Sólo que se deprimen porque ellos son los únicos realmente responsables de mí.

—Parece un trabajo de ensueño.

—Más bien una pesadilla… Cada vez que salgo de la Casa, están ahí pegados, mirándome el trasero.

—Entonces, lo dicho, un trabajo de ensueño.

Se gira simulando que no le gusta el cumplido:

—Te encanta flirtear, ¿verdad?

—La forma más segura de interacción social intensa.

—¿Segura, eh? ¿Eso es todo lo que significa para ti?

—Dice la dama joven de los guardaespaldas armados.

—¿Y qué puedo decir? —pregunta entre risas—. A veces hay que andarse con cuidado.

—Y a veces hay que quemar la aldea para salvarla.

Ésta le gusta: como todo lo que supone algún desafío. Para ella, todo lo demás está planeado.

—¿Así que ahora eres Gengis Kan? —pregunta.

—Soy famoso por haber saqueado unos cuantos pueblos indefensos.

—Oh, vaya, picapleitos, estás empezando a liarte. ¿Adónde quieres ir ahora?

Su fuerza me provoca. Intento parecer indiferente.

—Me da igual. Pero ¿tienen que seguirnos los gorilas?

—Eso depende —me dice con una sonrisa—. ¿Crees que tú puedes ocuparte de ellos?

—Oh, sí. Los abogados son bien conocidos por su facilidad para dar palizas a los militares del estilo estoy-dispuesto-a-llevarme-un-tiro. Hay todo un apartado de «puñetazos» en el examen de admisión… Justo después de hacer la «lluvia de dolor».

—Vale, entonces, si no va a haber pelea, tendremos que conformarnos con escapar. —Pisa el acelerador y mi cabeza choca con el reposacabezas. Otra vez volamos avenida de Connecticut arriba.

—¿Qué haces?

—Querías estar en privado. —Y me lanza una mirada que puedo sentir en los pantalones.

—En realidad, lo que quería era el calentamiento.

—Bueno, si esto funciona tendrás las dos cosas.

Ahora la adrenalina está subiendo.

—¿De verdad crees que podrás perderlos?

—Sólo lo intenté una vez antes.

—¿Y qué pasó?

Me lanza otra de aquellas miradas.

—No quieras saberlo.

El velocímetro llega rápidamente a cien, y el mal asfaltado de las calles de Washington D.C. nos hace notar cada uno de sus baches. Me agarro al asidero de la puerta y me pongo bien derecho. En ese momento es cuando veo que Nora tiene los veintidós años que realmente tiene: sin miedo, lanzada, y todavía impresionada por las revoluciones de un motor. Aunque yo sólo tengo unos pocos años más, hace mucho que mi corazón no iba tan de prisa. Después de tres años de Derecho en Michigan, dos años de pasantías, dos años en un bufete, y los últimos dos en la Oficina de la Asesoría Jurídica de la Casa Blanca, mis pasiones han sido puramente profesionales. Y ahora Nora Hartson me despierta de golpe y enciende un fuego repentino en mis tripas. ¿Cómo demonios iba yo a saber lo que me estaba perdiendo?

Aun así, vuelvo otra vez la vista hacia el Suburban y se me escapa una risita nerviosa.

—Si esto me trajera problemas…

—¿Eso es lo que te preocupa?

Me muerdo el labio. Ha sido un gran paso atrás.

—No… sólo es que… ya sabes lo que quiero decir. No hace caso de mis vacilaciones y aumenta la velocidad. Sumido en el silencio de nuestra conversación,

sólo puedo oír lo fuerte que zumba el motor. Al frente tenemos la entrada del paso subterráneo que atraviesa por debajo el Dupont Circle. El pequeño túnel tiene al principio una rampa muy pendiente, de manera que no se puede ver exactamente cuántos coches van delante de ti. No parece que a Nora le importe. Sin reducir la marcha, entramos de un salto en el túnel y me da un vuelco el estómago. Por suerte, no hay nadie por delante de nosotros.

Al salir del túnel, no puedo dejar de mirar el semáforo verde que hay al final de la manzana. Se pone en ámbar. No estamos lo bastante cerca como para pasarlo. Pero a Nora tampoco parece importarle.

—¡El semáforo!

Se pone en rojo y Nora tira del volante para hacer un giro prohibido a la izquierda. Los neumáticos chirrían y mi hombro se aplasta contra la puerta. Por primera vez pienso que realmente corremos peligro. Echo una mirada por el retrovisor. El Suburban continúa detrás de nosotros. Nunca se rinde.

Vamos a toda velocidad por una calle corta y estrecha. Enfrente veo una señal de stop. A pesar de lo tarde que es, sigue habiendo un río constante de coches que aprovechan su preferencia de paso. Espero que Nora frene. Pero en cambio, acelera.

—¡No hagas eso! —le aviso.

Se da cuenta del volumen de mi voz, pero no responde. Fuerzo el cuello intentando ver cuántos coches hay. Veo unos pocos, pero no tengo ni idea de si ellos nos ven. Nos saltamos el stop y cierro los ojos. Oigo chirridos de frenos, coches que se paran y el estruendo simultáneo de las bocinas. No chocamos con nada. Me doy la vuelta y veo que los del Servicio Secreto siguen nuestra estela…

—¿Qué te pasa, eres una sicópata?

—Sólo si nos matamos. Si seguimos vivos, soy arriesgada.

Se niega a ceder, haciendo eses y atravesando las calles con casas de piedra del Dupont Circle. Cada stop que nos saltamos deja atrás otro coro de bocinas estridentes y conductores cabreados. En un momento, atajamos por una calle de dirección única que vuelve hacia la travesía principal de la avenida de Connecticut. Lo único que hay entre nosotros y los seis carriles de tráfico es otra señal de stop. Cuando faltan treinta metros, Pisa el freno a fondo. Gracias a Dios. Ha recuperado la cordura.

—¿Por qué no lo dejamos? —propongo.

—Ni hablar. —Está escudriñando en el espejo, observando a sus agentes favoritos. Parecen tentados a salir del Suburban, pero tienen que saber que en cuanto lo hagan arrancará. El agente del asiento de la derecha baja la ventanilla. Es joven, tal vez incluso más joven que yo.

—Venga, Sombra —grita, complaciéndose en usar el nombre en clave de Nora en el Servicio Secreto—. Ya sabe lo que nos dijo la última vez. No nos haga volver a llamarlo ahora.

A ella no le hace gracia la amenaza. Murmura entre dientes: «Estúpido gilipollas». Y luego, aprieta el acelerador. Las ruedas patinan hasta que hacen tracción. No puedo permitir que haga eso.

—Nora, no…

—Cállate.

—No me digas que…

—He dicho que te calles.

Su respuesta es un gruñido grave y mesurado. No suena a ella. Estamos acelerando hacia la señal de stop y cuento siete coches que cruzan frente a nosotros. Ocho. Nueve. Diez. Esto no es como las calles laterales. Esos coches vuelan. Descubro una minúscula gota de sudor que baja por la sien de Nora. Aprieta el volante tan fuerte como puede. No saldremos de ésta. Al llegar al cruce, hago lo único que se me ocurre. Me inclino hacia el volante, aprieto el claxon y lo aguanto así. Salimos disparados de la calle lateral como un espectro a noventa por hora. Dos coches se apartan. Otro aprieta los frenos. Un cuarto conductor, en un Acura negro, intenta frenar, pero no le da tiempo. Sus neumáticos chirrían sobre el pavimento, pero sigue moviéndose. Aunque Nora hace todo lo posible por esquivarlo, nos pega justo en la punta de atrás del guardabarros. Lo suficiente como para hacernos perder el control. Y para colocar al Acura exactamente delante del Suburban del Servicio Secreto. El Suburban hace un giro brusco a la derecha y se detiene en seco. Nosotros seguimos corriendo.

—¡Está bien! —grita Nora, peleando con el volante—. ¡Todo bien!

Y en un intervalo de dos segundos, comprendo que es verdad. Todos están a salvo y podemos escapar libremente. Nora arranca el coche con una sonrisa. Mientras avanzamos trato de recordar cómo se respira. El pecho de Nora palpita, intentando recuperar el aliento.

—No ha estado mal, ¿eh? —pregunta finalmente.

—¿Que no ha estado mal? —pregunto, enjugándome la frente—. Podríamos habernos matado, por no hablar de los otros coches y…

—Pero ¿no te has divertido?

—No es cuestión de divertirse. Ha sido una de las hazañas más estúpidas que nunca he…

—¿Pero te has divertido?

Mientras repite la pregunta, el tono de su voz se va volviendo cálido. Sus ojos enfebrecidos brillan a la luz de la luna. Después de ver tantas fotos de ella en actos públicos en las dos dimensiones de los periódicos, es extraño verla sentada a mi lado. Creí que sabía cómo era su sonrisa y ahora ha cambiado. Ni siquiera me aproximaba. En persona, cambia toda su cara —el modo en que se le suben las mejillas y se enrojecen ligeramente con la excitación—, no hay modo de describirla. No es que yo

esté embobado por la fama, sino que… no sé de qué otro modo decirlo… que me está mirando. A mí sólo. Me da una palmada en la pierna.

—Nadie se ha hecho daño, el Acura casi no nos tocó. Como mucho, nos hemos rascado los parachoques. Quiero decir, ¿cuántas noches se puede uno escabullir del Servicio Secreto y vivir para contarlo?

—Yo lo hago todos los jueves. No me parece una gran cosa.

—Ríete todo lo que quieras, pero tienes que admitir que ha sido emocionante.

Miro hacia atrás por encima del hombro. Estamos completamente solos. Y tengo que admitir que tiene razón.

Pasan unos diez minutos hasta que me doy cuenta de que nos hemos perdido. Sólo han pasado unas pocas manzanas y las piedras inmaculadas del Dupont Circle se han convertido en los edificios medio ruinosos de las afueras de Adams Morgan.

—Teníamos que haber torcido por la calle Dieciséis —digo.

—No tienes ni idea de lo que dices.

—Tienes toda la razón. Estoy un doscientos por ciento perdido. ¿Quieres saber cómo lo sé? —Hago una pausa buscando el efecto—. ¡Porque me fié de que tú conducías! Quiero decir, ¿en qué demonios estaba pensando? Tú casi no vives aquí; nunca vas en coche; y cuando vas, suele ser en el asiento de atrás.

—¿Y qué se supone que significa eso?

En cuanto hace la pregunta, me doy cuenta de lo que he dicho. Hace tres años, justo después de que su padre fuera elegido, durante su primer año en Princeton, la revista *Rolling Stone* sacó un escabroso perfil de lo que calificaban como «la vida de amor y drogas» de Nora en la universidad. Según el artículo, dos chicos distintos proclamaban que se los había tirado en el asiento trasero de sus coches estando colocada con Especial K. Otra fuente decía que iba de coca; y un tercero, que era heroína. En cualquier caso, y basándose en el artículo, un chaladillo salido de Internet tomó el nombre completo de Nora —Eleanor— y colgó un poema haiku titulado «Eleanor rodillas raspadas». Unos cuantos millones de e-mails más tarde, Nora tenía adjudicado su sobrenombre más conocido, y su padre veía caer sus cifras de popularidad. Cuando salió el reportaje, el Presidente Hartson llamó al director del *Rolling Stone* y le pidió que dejara en paz a su hija. Y desde entonces, lo hicieron. Los porcentajes de Hartson volvieron a subir. Todo iba bien. Pero el chiste ya estaba en circulación. Y, obviamente, por la expresión de la cara de Nora, el daño ya estaba hecho.

—No quería decir nada —insisto dando marcha atrás del insulto involuntario—. Sólo me refería a que tu familia siempre va en limusina. Con chóferes. En fin, con gente que las conduce.

De pronto, Nora se ríe. Tiene una voz sexy, fuerte, pero la risa de una niña

pequeña.

—¿Qué he dicho?

—Te da vergüenza —contesta, divertida—. Te has puesto muy rojo.

—Lo siento —y vuelvo la cara.

—No, está bien. Es encantador. Y todavía más encantador que te hayas puesto colorado. Por una vez sé que es verdad. Gracias, Michael.

Había dicho mi nombre. Por primera vez en toda la noche, había dicho mi nombre. Me volví hacia ella.

—De nada. Y ahora, a ver si salimos de aquí.

Giramos en la calle Catorce y seguimos buscando la pequeña tira de tierra que se conoce como Adams Morgan, la sede de los bares más sobrevalorados y los mejores restaurantes étnicos de Washington, y nos encontramos desandando el camino en la dirección que llevábamos. Rodeados por nada más que edificios deshabitados y calles oscuras. Empecé a preocuparme. Por muy dura que sea, la Primera Hija de los Estados Unidos no debería estar en un barrio así. Cuando llegamos al final de la manzana, sin embargo, vemos el primer signo de vida civilizada: a la vuelta de la esquina hay un pequeño grupo de gente que sale de la única fachada comercial que hay a la vista. Es un edificio grande de ladrillo que parece que han convertido en un bar de dos pisos. La palabra Pendulum está pintada con gruesas letras negras sobre un letrero blanco sucio. Una luz azul de medianoche dudosa rodea los bordes del rótulo. No es en absoluto del estilo de los sitios que me gustan.

Nora se mete en una plaza de aparcamiento allí al lado y apaga el motor.

—¿Aquí? —pregunto—. Ese sitio es un antro de ratas.

—No, no lo es. La gente va bien vestida —señala a un hombre que lleva unos pantalones color camello y una camiseta negra ajustada. Antes de que yo pueda protestar, añade—: Venga, vamos a ir, por una vez somos anónimos.

Saca una gorra negra de béisbol del bolso y se pone la visera sobre los ojos. Es un disfraz malísimo, pero dice que funciona. Todavía nadie la ha parado.

Pagamos diez billetes en la puerta, entramos, echamos una ojeada alrededor. El local está repleto de la típica gente de Washington en noche de jueves: la mayoría todavía va de traje, con la corbata desanudada; algunos todavía con los cuellos de pico Calvin Klein. En el rincón, dos hombres juegan al billar. En la barra, dos hombres piden bebida. Junto a ellos, dos hombres se cogen de la mano. Entonces me doy cuenta de dónde estamos: aparte de Nora, no hay más mujeres en el local. Estamos plantados en mitad de un bar gay.

Detrás de mí, noto que alguien me agarra del culo. Ni siquiera me molesto en volverme.

—¡Ay, Nora, cómo me gustaría que fueses un hombre!

—Impresionante —dice, poniéndose delante—. Ni siquiera pareces incómodo.

—¿Por qué tendría que estar incómodo?

Por el fulgir de sus ojos, sé que está preparando otro examen. Necesita saber si yo estoy a la altura de la gente guapa.

—¿Entonces te parece bien que nos quedemos?

—Totalmente —digo con una sonrisa—. No aceptaría ninguna otra propuesta.

Me mira con aquella mirada suya tan sexy. De momento, paso. Nos pegamos a la barra y pedimos bebidas. Yo, una cerveza; ella, un Jack & Ginger. Luego me conduce al otro extremo de la barra en forma de ele, donde está perpendicular a la pared. Con un movimiento desarrollado tras años de persecución y acosos, Nora me empuja al último taburete y se pone de espaldas al público. Para ella, eso es puro instinto. Con la gorra de béisbol cubriéndole el pelo, no hay la menor posibilidad de que la reconozcan. Tal como estamos colocados, el único que puede verla soy yo. Lanza una última mirada para controlar la sala y luego, satisfecha, coge su copa.

—Así que siempre has mimado tu lado serio.

—¿Qué quieres decir? Yo no…

—No te disculpes —me interrumpe—. Ése eres tú. Yo sólo quiero saber de dónde te sale. ¿Cuestiones de familia? ¿Divorcio amargo? ¿Tu padre te abandonó y tu ma…?

—Nadie hizo nada —le digo—. Yo soy lo que está a la vista.

Por el tono de mi respuesta piensa que hay algo más. Tiene razón. Pero no lo va a averiguar el primer día. Buscando un respiro, intento volver a temas menos peligrosos.

—Cuéntame qué te pareció Princeton. ¿Agradable o una fábrica de esnobs?

—No sabía que querías hacerme una entrevista.

—Déjate de rollos. Por la universidad se saben muchas cosas de una persona.

—Por la universidad se sabe una mierda. Se escoge por una decisión racional basada únicamente en una visita al campus sin ningún contenido y en un baremo previo con la puntuación de un examen de aptitud. Además, tú tienes casi treinta años —dice con una sonrisa irónica—, y para ti eso es historia antigua. ¿Qué has hecho desde entonces?

—¿Después de estudiar Derecho? Un poco de pasante, y después un bufete de pueblo. Pero para serte sincero, no era más que un modo de llenar el tiempo entre campaña y campaña. Barth en el senado, unos pocos tíos del consejo local… y luego tres meses de presidente de la campaña para sacar votos para Hartson en el gran estado de Michigan. —Ella no responde y tengo la sensación de que está juzgándome; añado rápidamente—: Ya sabes el circo que es una campaña a escala nacional; si quería una responsabilidad de verdad, para mí era mejor quedarme en mi estado.

—¿Mejor para ti o mejor para tu ego? —Para todos. El cuartel general estaba a

sólo veinte minutos de mi casa.

Ha descubierto algo en mi respuesta.

—¿De modo que querías quedarte en Michigan? —pregunta.

—Sí. ¿Por qué?

—No sé… un chico tan listo como tú… que trabaja en la oficina de asesores jurídicos… Normalmente todos vosotros salís huyendo del pueblo.

—Como voluntario, era una decisión económica. Nada más.

—¿Y qué me dices de la universidad y la Facultad de Derecho? Las dos en Michigan, ¿verdad?

Es realmente increíble: cuando se trata de debilidades, sabe exactamente dónde hay que mirar.

—La escuela era una historia diferente.

—¿Alguna cuestión con tus padres?

Una vez más, habíamos llegado a mi límite.

—Una cuestión personal. Pero no por culpa de ellos.

—¿Siempre eres tan comprensivo?

—¿Siempre eres tan agobiante?

Apoya un codo en la barra, se me acerca y me fuerza a apoyarme en la pared.

—Yo soy lo que se ve —dice con una sonrisa enigmática.

—Exacto —le devuelvo el ataque—. Eso es exactamente lo que digo.

Salto del taburete y me acerco a ella. Es la primera regla que te enseñan en la Asesoría Jurídica de la Presidencia. Nunca dejes que te enganchen.

—¿Adónde vas? —pregunta bloqueándome el paso.

—Al lavabo, simplemente —digo, y me aprieto para pasar de modo que todo cuanto tengo entre pecho y muslos se frota contra ella. Sonríe. Y no se mueve ni un centímetro.

—No tardes demasiado —ronronea.

—¿Tengo tanta pinta de idiota?

Vuelvo de los servicios justo a tiempo de ver a Nora bebiendo un trago de mi cerveza. Le pongo una mano encima del hombro.

—Puedes pedir una para ti, tienen de sobra para todo el mundo.

—La necesitaba sólo para tomar una aspirina —explica, volviendo a meter en el bolso un frasquito de medicinas de color marrón.— ¿Todo en orden?

—Un poco de dolor de cabeza. —Señala el frasquito y añade—: ¿Quieres una?

Niego con la cabeza.

—A tu gusto —dice con una sonrisa—. Pero cuando veas ésta, me parece que la necesitarás.

—¿Y eso qué significa?

Al subirme a mi taburete contra la pared, Nora se inclina sobre mí.

—Cuando ibas hacia los servicios, ¿por casualidad viste entrar alguna cara conocida?

Miro por detrás de ella y recorro el bar.

—Me parece que no. ¿Por qué?

Su sonrisa se ensancha. Sea lo que sea, está disfrutando.

—En la esquina de la izquierda al fondo de la sala. Junto al vídeo. Debajo del botón blanco. Pantalones caqui.

Mis ojos siguen sus instrucciones. Allí está la pantalla del vídeo. Y allí… no puedo creerlo. Al otro lado de la sala, pasándose la mano por el pelo sal y pimienta y tratando de pasar lo más desapercibido posible, está Edgar Simon. Consejero legal de la Casa Blanca. Abogado del propio Presidente. Mi jefe.

—Adivina quién acaba de ganar el mejor cotilleo de la oficina —canta Nora.

—Eso no es gracioso.

—Tampoco es para tanto. Simplemente, es gay.

—Ésa no es la cuestión, Nora. Está casado. Con una mujer. Y a su nivel, si esto se sabe, la prensa…

—¿Está casado? —la sonrisa de Nora desaparece—. ¿Estás seguro?

—Desde hace como treinta años —le digo, nervioso—. Está a punto de mandar a su chico mayor a la universidad. —Bajo la cabeza para asegurarme de que Simon no me ve—. Conocí a su mujer hace nada, en esa recepción del AmeriCorps. Se llama Ellen. O Elena. Algo con E.

—Gilipollas, allí me conociste a mí.

—Antes de que llegases. Justo al empezar. Simon me la presentó. Parecían felices de verdad.

—Y ahora él anda por aquí con la esperanza de algún extra de tapadillo. Tío, en cuestión de adúlteros, mi padre sabe cómo escogerlos.

En las dos semanas desde que nos conocimos, es la cuarta vez que Nora hace una referencia a su padre. Y no simplemente a su padre. Al Padre. El padre del pueblo norteamericano. El Presidente de los Estados Unidos. Tengo que admitir que, por muchas veces que lo diga, no creo que llegue a acostumbrarme nunca.

Curvado hacia adelante, aferrado al borde de la barra con mano sudorosa, mantengo inmóvil la postura. Frente a mí, Nora da la espalda a Simon.

—¿Qué hace ahora? —me pregunta.

Yo me resisto a mirar, utilizando la cabeza de ella para establecer una interferencia. Si yo no puedo ver a Simon, él no puede verme a mí.

—Dime qué está haciendo —insiste Nora.

—Ni hablar. Si me ve, estoy acabado. No conseguiré otro puesto hasta que cumpla noventa años.

—Por el modo en que te comportas, eso no está demasiado lejos. —Antes de que

pueda reaccionar, Nora me agarra por el cuello de la camisa y baja la cabeza. Mientras me tiene así, veo perfectamente a Simon.

—Está hablando con alguien —balbuceo.

—¿Alguien que conocemos?

El extraño tiene el pelo negro rizado y lleva una camisa vaquera. Niego con la cabeza. Nunca lo había visto.

Nora no puede evitarlo. Echa una mirada furtiva y se vuelve otra vez en el momento en que el extraño entrega un papelito a Simon.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta Nora—. ¿Se están dando el teléfono?

—No sabría decirlo. Están…

Justo entonces, Simon mira hacia mí. Directo a mí. Oh, mierda. Bajo la cabeza antes de que establezcamos contacto visual. ¿He sido lo bastante rápido? Nora y yo, con las frentes tocándose, parece que estemos buscando monedas caídas debajo de la barra. De repente, una voz masculina dice:

—¿Necesitan algo?

El corazón me da un vuelco. Levanto la vista. Es el camarero, simplemente.

—No, no —tartamudeo—. Es que ha perdido un pendiente.

Cuando el camarero se aleja me vuelvo otra vez hacia Nora. Tiene una expresión casi de éxtasis en la cara.

—Has sido rápido, machote.

—Qué estás…

Pero antes de que pueda terminar, pregunta:

—¿Dónde se ha metido?

Levanto la cabeza y miro en su dirección. El problema es que allí no hay nadie.

—Creo que se ha ido.

—¿Que se ha ido? —Nora levanta la cabeza. Los dos recorremos el bar con la vista.

—Allí —dice ella—. Junto a la puerta.

Me vuelvo hacia la puerta justo a tiempo de ver que Simon se marcha. Echo otra mirada por el bar. Mesa de billar. Pantalla de vídeo. En la pared de los servicios. El chico de la camisa vaquera también se ha ido. Nora responde como un relámpago. Me coge de la mano y empieza a tirar.

—Vamos.

—¿Adónde?

—Tenemos que seguirlo.

—¿Qué? ¿Estás chalada?

—Venga, será divertido —dice sin dejar de tirar.

—¿Divertido? ¿Es divertido seguir a tu jefe? ¿Es divertido que te pille? Que te despidan es div…

—Será divertido, y tú lo sabes. ¿No te mueres de ganas de saber adonde va? ¿Y qué había escrito en ese papel?

—Yo apuesto a que le ha dado la dirección de un motel por aquí cerca, donde Simon y su chico vaquero pueden jugar todo lo que quieran a «cómprame un chupa-chups».

—¿Cómprame un chupa-chups? —dice Nora, riendo.

—Estoy dando unas pocas cosas por supuestas, ya sabes a qué me refiero.

—Naturalmente que sé a qué te refieres.

—Bien. Entonces también sabrás que no se gana nada con cotilleos.

—¿Eso es lo que crees? ¿Que me interesa el cotilleo? Piénsalo un momento, Michael. Edgar Simon es el gran asesor legal de la Casa Blanca. El abogado de mi padre. Así que si lo pillan con el palo fuera, ¿quién crees que va a pasar vergüenza en público? Aparte de Simon, ¿a quién más crees tú que le van a poner el ojo morado?

La quinta referencia me pega donde más duele. Sólo quedan dos meses para la reelección y Hartson ya lo tiene bastante difícil en estos momentos. Otro golpe malo generará más problemas.

—¿Y si Simon no anduviera metido en nada sexual? —pregunto—. ¿Y si se hubieran citado aquí por otro motivo?

Nora me mira de arriba abajo. Su mirada de «déjame conducir» hace horas extras.

—Ésa es la mejor razón de todas para ir detrás —dice.

Muevo la cabeza. No me convencerá de que me meta en esto.

—Venga, Michael, ¿qué vas a hacer, seguir aquí sentado y pasarte el resto de tu vida jugando a «y si»…?

—¿Sabes qué? Después de todas las otras cosas que pasaron esta noche, para mí estar aquí sentado es más que suficiente.

—¿Y eso es todo lo que quieres? ¿Ése es tu gran objetivo en la vida? ¿Tener lo suficiente? —Da tiempo a que su lógica se asiente antes de entrar a matar—. Si no quieres seguirme, lo comprendo. Pero yo tengo que ir. Así que dame las llaves y me quitaré de tu camino.

No hay ninguna duda. Se marchará y yo me quedaré aquí.

Saco las llaves del bolsillo. Ella me tiende la mano abierta. Vuelvo a mover la cabeza y me digo que no lo lamentaré.

—¿De verdad crees que voy a dejar que vayas sola?

Me dirige una amplia sonrisa y se precipita hacia la puerta. La sigo sin demora. En el momento en que salimos, veo el Volvo negro de Simon que dale de donde está aparcado, un poco más allá de la calle.

—Allá va —digo.

Echamos a correr por la acera como locos a buscar el Jeep.

—Tírame las llaves —dice ella.

—Ni hablar —le replico—. Esta vez conduzco yo.

Capítulo 2

Nos lleva un par de calles acelerando volver a echar la vista sobre el coche de Simon y su matrícula de Virginia «Amigo de Chesapeake». La bahía.

—¿Estás seguro de que es él? —pregunta Nora.

—No hay ninguna duda —reduzco un poco y dejo como unos cien metros entre nosotros—. Reconozco la matrícula del parking de West Exec.

A los pocos minutos, Simon sale de su camino por Adams Morgan y tuerce por la calle Dieciséis. Siguiéndolo a cien metros, llegamos a Religión Road y pasamos junto a las docenas de templos, mezquitas e iglesias que salpican el paisaje.

—¿No deberíamos ir más cerca? —pregunta Nora.

—No, si queremos que no nos descubra.

Parece divertida con mi respuesta.

—Ahora ya sé lo que sienten Harry y Darren —dice, haciendo referencia a sus agentes del Servicio Secreto.

—Hablando de ellos, ¿crees que han dado la alerta sobre ti? Quiero decir, ¿no comunican estas cosas?

—Habrán llamado al responsable de noche y al agente a cargo del turno de la Casa, pero me figuro que tenemos unas dos horas antes de que lo comuniquen.

—¿Tanto? —pregunto mirando el reloj.

—Es que depende de lo que sea. Si hubieras ido conduciendo tú cuando nos largamos, probablemente lo considerarían como un rapto, que es el peligro principal para un miembro de la Primera Familia. Aparte de eso, sin embargo, también depende de la persona. A Chelsea Clinton le daban media hora como mucho. A Patty Davis, días. Yo tengo como dos horas. Después de eso, se ponen locos. No me gusta cómo suena eso.

—¿Qué quieres decir con locos? ¿Es cuando mandan los helicópteros negros a la caza?

—Ahora ya están tratando de cazarnos. Dentro de dos horas nos meterán en el escáner de la policía. Si pasa eso, salimos en las noticias de la mañana. Y hasta el último columnista de cotilleos del país querrá conocer tus intenciones.

—Ni… ni hablar.

Desde que nos conocimos, mis encuentros con Nora se habían limitado a una recepción, una ceremonia de firma de decreto y la fiesta de cumpleaños del consejero adjunto, todos ellos para personal de la Casa Blanca. En el primero, nos presentaron; en el segundo, hablamos; en el tercero, me preguntó si podíamos salir. No creo que haya más de diez personas en este planeta que hubieran rechazado el ofrecimiento. Yo no soy una de ellas. Pero eso no significa que esté preparado para someterme a la lupa. Ya he visto muchas otras veces cómo el momento en el que entras bajo los

focos de esa publicidad es exactamente el mismo momento en que te hacen polvo.

Vuelvo a mirar el reloj. Son casi las doce menos cuarto.

—Así que eso quiere decir que te queda una hora y media para convertirte en calabaza.

—En realidad, el que se convierte en calabaza eres tú.

En eso tiene razón. Me comerán vivo.

—¿Sigues preocupado por tu trabajo? —me pregunta.

—No —le digo con los ojos fijos en el coche de Simon—. Sólo por mi jefe.

Simon pone el intermitente, gira a la izquierda y continúa serpenteando por la carretera del parque de Rock Creek, cuyos terraplenes arbolados y senderos boscosos son una de las rutas favoritas de los corredores y ciclistas de Washington. A la hora punta, la carretera del parque de Rock Creek bulle de ciudadanos que van de regreso a sus barrios residenciales. En este momento está completamente muerto, vacío, lo que significa que Simon puede descubrirnos fácilmente.

—Apaga las luces —dice Nora.

Acepto su sugerencia y me inclino hacia adelante, esforzándome por ver la carretera ahora apenas visible. Inmediatamente, la oscuridad me pone un agujero mareante en el estómago.

—Yo digo que nos olvidemos y que…

—¿De verdad eres tan cobarde? —pregunta Nora.

—Esto no tiene nada que ver con la cobardía. Es simplemente que no tiene sentido ponerse a jugar a los detectives.

—Michael, ya te dije antes que para mí esto no es un juego… No estamos jugando a nada.

—Pues claro que sí. Estamos…

—¡Para! —me grita. Más allá, veo encenderse las luces de freno de Simon—. ¡Para el coche! ¡Está frenando!

Sin duda. Simon se acerca al borde derecho de la carretera, detiene el coche y apaga el motor. Estamos unos treinta metros más atrás, pero la curva de la carretera nos mantiene fuera de su ángulo de visión. Si mira por el retrovisor no verá más que la avenida vacía.

—¡Apaga el motor! Si nos oye…

Cierro el contacto y quedo sorprendido por el absoluto silencio. Es uno de esos momentos que suenan como si estuvieras bajo el agua. Flotamos allí inermes, mirando el coche de Simon y esperando que suceda algo. Un coche pasa zumbando en dirección contraria y nos devuelve a la orilla.

—A lo mejor han pinchado o…

—Chist.

Los dos hacemos esfuerzos para ver qué pasa. No está demasiado lejos de una

farola próxima, pero aun así nuestros ojos tardan un minuto en adaptarse a la oscuridad.

—¿Había alguien más con él en el coche? —pregunto.

—A mí me pareció que iba solo, pero si el chico estaba tumbado en el asiento…

La hipótesis de Nora queda interrumpida cuando Simon abre la puerta. Sin pensarlo siquiera, contengo la respiración. Otra vez estamos bajo el agua. Mis ojos están bloqueados sobre la lucecita pequeña que puedo ver a través de la ventanilla trasera del coche. La silueta parece manipular algo en el asiento del pasajero. Luego sale del coche.

Cuando estás cara a cara con Edgar Simon, no puedes ignorar lo grande que es. No en altura, sino en presencia. Como muchos otros altos cargos de la Casa Blanca, su voz está impregnada de la seguridad del éxito, pero al contrario que sus iguales, que siempre andan histéricos con la última crisis, Simon irradia una gran calma cimentada en los muchos años de asesorar a un presidente. Esa firmeza inquebrantable se muestra desde sus hombros como un armario, hasta su apretón de manos siempre firme, y al arreglo perfecto de su pelo perfecto salpicado de sal y pimienta. Treinta metros por delante de nosotros, sin embargo, todo eso queda perdido en una silueta.

Está de pie junto a su coche, y lleva en la mano un bulto fino que parece un sobre grande. Lo mira y después cierra la puerta con fuerza. Cuando la puerta se cierra, la falta de luz hace que aún sea más difícil de ver. Simon se gira hacia la zona arbolada que hay al lado de la calzada, pasa por encima del guardarraíl metálico y empieza a subir el talud.

—¿Ha parado para mear? —pregunto.

—¿Con un paquete en la mano? ¿Crees que se lleva algo para leer?

No respondo. Nora está empezando a ponerse nerviosa. Se suelta el cinturón de seguridad.

—Tal vez deberíamos salir a comprobar…

La cojo del brazo.

—Yo digo que nos quedamos aquí.

Ella está preparada para la pelea, pero antes de que empiece, veo una sombra que surge del talud. Una figura vuelve a pasar por encima del guardarraíl y queda bajo la luz.

—¿Adivinas quién ha vuelto? —pregunto.

Nora se gira rápidamente.

—¡No lleva el sobre! —exclama.

—¡Baja la voz!

Enmudecí cuando Simon miró hacia nosotros. Nora y yo nos quedamos helados. Es una mirada breve y se vuelve rápidamente a su coche.

—¿Nos ha visto? —susurra Nora. Hay un nerviosismo en su voz que me retuerce el estómago.

—Si nos ha visto, no ha reaccionado —susurro yo.

Simon abre la puerta y entra en el coche. Treinta segundos después, da gas y arranca zumbando y dejando una nube de polvo que vuela hacia nosotros. No enciende las luces hasta que está a medio camino de la carretera.

—¿Tendríamos que seguirlo? —pregunto.

—Yo digo que nos quedemos con el sobre.

—¿Qué crees que hay dentro? ¿Documentos? ¿Fotos?

—¿Dinero?

—¿Crees que es un espía? —pregunto con escepticismo.

—No tengo ni idea. A lo mejor está filtrando cosas a la prensa.

—Eso no sería tan malo, en realidad. Por lo que sabemos, ésta es su entrega.

—Eso sin la menor duda —dice Nora. Y mira hacia atrás para asegurarse de que estamos solos—. Lo que yo quiero saber es lo que recogen.

Antes de que pueda detenerla, ya ha salido por la puerta. Intento sujetarla, pero es demasiado tarde. Ya se ha ido corriendo por la carretera en dirección al talud.

—¡Nora, vuelve aquí!

Ni siquiera finge que le importe. Arranco el coche y me paro a su altura. Lleva un paso ágil, decidido. Me odiará por decirle esto, pero no tengo elección:

—Vámonos, Nora. Hay que marcharse.

—Entonces, márchate tú.

Aprieto los dientes y me percato de la cosa más evidente de todas: ella no me necesita. Aun así, hago otra intentona.

—Por tu propio bien, entra en el coche.

No hay respuesta.

—Nora, por favor, esto no tiene gracia… A quien se lo haya dejado, sea quien sea, probablemente nos esté vigilando.

Nada.

—Vamos, no hay razón para…

Se para en seco y yo piso el freno a fondo. Se vuelve hacia mí y se pone las manos sobre los labios.

—Si tú quieres marcharte, entonces márchate. Yo necesito saber lo que hay en el sobre.

Y con eso, salta por encima del guardarraíl y empieza a subir el talud. Yo, solo en el coche, miro cómo desaparece.

—Te veré luego —le grito.

No me responde.

Le doy unos segundos para cambiar de idea. No cambia. Bueno, me digo

finalmente a mí mismo. Esto será una lección. Cree que sólo porque es la Primera Hija puede… Ya estamos otra vez. Ese título lamentable. Eso es lo que es. No, decido. A la mierda eso. Olvídate del título y céntrate en la persona. El problema, sin embargo, es que es imposible separarlas a las dos. Para lo bueno y para lo malo, Nora Hartson es la hija del Presidente. Y es también una de las personas más intrigantes que he conocido en mucho tiempo. Y por mucho que me moleste admitirlo, la verdad es que me gusta.

—¡Al carajo! —exclamo, dando un golpe sobre el volante. ¿Dónde coño tengo los riñones?

Abro la guantera de golpe, saco una linterna y me lanzo fuera del coche. Trepo por el talud y me encuentro a Nora vagando en la oscuridad. Le dirijo la luz a la cara y lo primero que veo es su sonrisa.

—Estabas preocupado por mí, ¿verdad?

—Si te dejase abandonada, tus gorilas me matarían.

Se acerca a mí y me coge la linterna de las manos.

—La noche es joven, muchacho.

—Eso es lo que me preocupa —digo, mirando el reloj.

Oigo que algo se mueve entre los arbustos en lo alto de la cuesta y comprendo inmediatamente que Simon podía haberse encontrado con alguien allí arriba. Alguien que todavía está… mirándonos.

—¿Crees que…?

—A ver si encontramos el sobre —dice Nora con expresión de estar de acuerdo.

Caminamos juntos con precaución subiendo en zigzag por el talud tupido de árboles. Miro hacia arriba y no veo más que oscuridad frondosa, las copas de los árboles lo tapan todo, desde el cielo hasta las farolas de la carretera. Todo lo que puedo hacer es decirme que estamos solos. Pero no me lo creo.

—Alumbra aquí —le digo a Nora, que va moviendo la luz en todas direcciones. Al ver el haz rasgando la noche, me doy cuenta de que tenemos que ser más sistemáticos—. Empieza por la base de cada árbol y después vete siguiendo hacia arriba —le sugiero.

—¿Y qué pasa si lo escondió en lo alto de un árbol?

—¿Tú crees que Simon es de los que trepan a los árboles? —En esto tiene que estar de acuerdo—. Y vamos a tratar de hacerlo rápido —añado—. Sea quien sea para quien lo haya dejado, aunque no esté aquí ahora, llegará en cualquier momento.

Nora dirige el rayo de luz a la base del árbol más cercano y otra vez nos sumimos en un silencio subacuático. Según vamos ascendiendo la pendiente, mi respiración se hace más pesada. Intento descubrir el sobre, pero no puedo dejar de mirar hacia atrás. Y aunque no creo en la telepatía ni en otros fenómenos paranormales, sí creo en la punzante e inexplicable capacidad del ser humano para saber cuándo lo vigilan. En lo

más alto del talud hay una sensación de la que no puedo desprenderme. No estamos solos.

—¿Te pasa algo? —pregunta Nora.

—Lo único que quiero es que nos marchemos de aquí. Podemos volver mañana con las… De repente, lo veo. Ahí está. Los ojos se me abren de par en par y Nora sigue la dirección de mi mirada. A tres metros de nosotros, en la base de un árbol con una Z grabada en él, hay un sobre amarillo grande.

—Hijo de puta —dice corriendo hacia allí. Su reacción es instantánea. Cogerlo y abrirlo.

—¡No! —le grito—. No lo toques. —Demasiado tarde, ya lo ha abierto.

Nora ilumina el sobre con la linterna.

—No puedo creerlo —dice.

—¿Qué? ¿Qué hay dentro?

Lo vuelve boca abajo y el contenido cae al suelo. Uno. Dos. Tres. Cuatro fajos de billetes. De cien dólares.

—¿Dinero?

—Un montón.

Recojo un fajo, le quito la banda del Banco de América y empiezo a contar. Nora también.

—¿Cuánto? —le pregunto cuando ha terminado.

—Diez mil.

—Igual que yo —digo—. Dos fajos más, así que hay cuarenta mil. —Al percatarme de que son billetes nuevos, vuelvo a ir pasando el fajo—. Todos con numeración consecutiva.

Nos miramos, nerviosos. Estamos pensando en lo mismo.

—¿Qué hacemos? —pregunta ella finalmente—. ¿Los cogemos?

Estoy a punto de responder cuando veo que algo se mueve en el arbusto grande, a mi derecha. Nora le dirige la luz. No hay nadie. Pero yo no puedo librarme de la sensación de que nos están vigilando.

Cojo el sobre de manos de Nora y vuelvo a meter los cuatro fajos de billetes.

—¿Qué haces? —me pregunta.

—Dame la linterna.

—Dime porqué…

—¡Dámela! —le grito.

Cede y me la lanza. Dirijo la luz hacia el sobre, tratando de ver si hay algo escrito. Está en blanco. Un dolor punzante me golpea en la nuca. Tengo la frente empapada en sudor. Siento que estoy a punto de desmayarme, y vuelvo a poner el sobre en la base del árbol a toda prisa. El calor de final de verano no es lo único que me hace sudar.

—¿Te encuentras mal? —pregunta Nora, observando mi expresión.

No contesto. En vez de eso, alargo la mano y cojo unas cuantas hojas del árbol. Dejo la linterna de lado, doblo las hojas y las froto por los bordes del sobre.

—No se pueden borrar las huellas digitales, Michael. No funciona así.

Continúo frotando sin hacerle caso.

Se arrodilla a mi lado y me pone una mano en el hombro. El contacto es fuerte, e incluso en medio de todo aquello, he de admitir que es una buena sensación.

—Estás perdiendo el tiempo —añade.

Naturalmente, tiene razón. Tiro el sobre otra vez al pie del árbol. Detrás de nosotros chasquea una rama y los dos nos giramos. No veo a nadie, pero sí que siento los ojos de alguien sobre mí.

—Salgamos de aquí —digo.

—Pero la gente que va a venir a recoger el sobre…

Miro otra vez alrededor en la oscuridad.

—Para serte sincero, Nora, creo que ya están aquí.

Nora mira alrededor y comprende que algo va mal. Demasiado silencio. Tengo los pelos del brazo de punta. Quien sea puede estar escondido detrás de cualquier árbol. Otra ramita suena a nuestra izquierda. Cojo a Nora de la mano y empezamos a bajar el terraplén. No llevamos ni diez pasos andando y aquello se convierte en trote. Luego en galope. Casi me doy contra un pedrusco suelto y le pido a Nora que encienda la linterna.

—Creía que la tenías tú —me dice.

Miramos hacia atrás simultáneamente. A nuestra espalda, en lo más alto del talud, se ve el ligero resplandor de la linterna. Exactamente donde la dejé.

—Tú arranca el coche. Yo iré por la linterna —dice Nora.

—No, yo iré por…

Sin embargo, otra vez ella es mucho más rápida. Antes de que pueda detenerla, ya está subiendo el talud. Estoy a punto de gritarle algo, pero me preocupa que no estemos solos. Mientras la observo trepar pendiente arriba, fijo los ojos en sus brazos largos y esbeltos. A los pocos segundos, sin embargo, desaparece en la negrura. Dijo que yo tenía que coger el coche, pero no pienso dejarla sola. Empiezo a ascender el terraplén lentamente, andando justo lo bastante de prisa como para asegurarme de que no la pierdo de vista. Se aleja, acelero un poco. El trote se me convierte rápidamente en carrera. Mientras pueda tenerla a la vista, estará perfectamente.

La siguiente cosa que noto es un golpe agudo contra la frente. Caigo hacia atrás y me doy contra el suelo con un golpe desigual. Noto la humedad de la hierba mojar la culera de mis pantalones, y busco a mi atacante. Me incorporo sobre un codo y noto que algo líquido me corre por la frente. Estoy sangrando. Entonces levanto la vista y veo lo que me ha derribado: una gruesa rama de un roble vecino. Me siento tentado

de reír ante esa herida de película muda, pero recuerdo de inmediato por qué no miraba por dónde iba. Fuerzo la vista para escudriñar lo alto del talud, me pongo en pie y salgo en busca de Nora.

No veo nada. El débil resplandor de la linterna está en el mismo lugar, pero nadie avanza hacia él. Busco sombras, intento descubrir siluetas y oír los ligeros crujidos de ramitas rotas o de hojas secas. No hay nadie. Nora ha desaparecido. He perdido a la hija del Presidente.

Se me aflojan las piernas al tratar de imaginarme las consecuencias. Pero entonces, sin previo aviso, la luz se mueve. Allí arriba hay alguien. Y como un caballero que empuña una lanza luminosa, aquella persona se gira y me enfoca directamente. Según se va acercando, noto cómo el resplandor penetrante de la luz me va cegando. Giro en redondo y me voy dando tumbos entre la espesura, con las manos por delante para descubrir los árboles. La oigo saltar entre los arbustos, ganándome terreno. Si me tiro al suelo, tal vez pueda derribarla. De repente, me topo con un ramaje tan fuerte como un muro. Me vuelvo hacia mi enemigo y la luz deslumbrante me hiere en los ojos.

—¿Qué demonios te ha pasado en la frente? —pregunta Nora.

Sólo consigo responder con una risa nerviosa. Los árboles siguen rodeándonos.

—Estoy bien —insisto. Le hago un gesto con la cabeza para tranquilizarla y volvemos hacia el coche.

—A lo mejor deberíamos quedarnos aquí y esperar para ver quién lo recoge.

—No —le digo, cogiéndola suavemente de la mano—. Nos marchamos.

Salimos corriendo a toda velocidad de la zona boscosa. Cuando emergemos, salto el guardarraíl y salgo disparado hacia el Jeep, que está un poco más allá en la carretera. Si fuera solo, probablemente ya estaría allí, pero me niego a soltar a Nora. Me freno un poco y la hago pasar delante de mí sólo por asegurarme de que está a salvo.

Es la primera en llegar al coche, saltar dentro y cerrar la puerta de golpe. Yo me uno a ella unos segundos después. Los dos bajamos a la vez el seguro de las puertas. Cuando por fin oigo ese clic de soledad, me permito un profundo suspiro bien ganado.

—¡Vamos, vamos! —dice mientras arranco el coche. Suena asustada, pero por el destello de sus ojos se diría que está en una atracción de feria.

Piso el acelerador, giro el volante y salgo zumbando. Una brusca vuelta en redondo hace chirriar las ruedas y nos vuelve a poner en dirección a la salida de Cárter Barron y la calle Dieciséis. Avanzo volando, con los ojos como adheridos al retrovisor. Nora mira por la ventanilla lateral.

—Allí no hay nadie —dice; y suena más a deseo que a seguridad—. Vamos bien.

Contemplo el espejo, rezando para que tenga razón. Con la esperanza de volver

los hados a nuestro favor, doy un nuevo acelerón. Cuando giramos hacia la calle Dieciséis, volamos. Y otra vez el asfalto desigual de las calles de Washington nos hace dar tumbos.

Sin embargo, esta vez no importa. Por fin estamos a salvo.

—¿Qué tal lo hago? —le pregunto a Nora, que se ha girado en su asiento y mira por la ventanilla de atrás.

—Bastante bien —admite—. Harry y Darren estarían orgullosos.

Me río para mis adentros al mismo tiempo que oigo rechinar unos neumáticos a nuestra espalda. Me vuelvo hacia Nora, que sigue mirando por el cristal de atrás. Tiene la cara iluminada por los faros del coche que nos está alcanzando.

—¡Marchémonos de aquí! —exclama.

Hago un rápido examen de la zona. Estamos en la parte más descuidada de la Dieciséis, no lejos de Religión Row. Está lleno de calles por las que girar, pero no me gusta el aspecto del barrio. Demasiadas esquinas oscuras y demasiadas farolas apagadas. Las calles laterales están cochambrosas. Y aún peor, desoladas.

Meto motor y me paso al carril izquierdo sólo por ver si el coche me sigue. Lo hace, el corazón se me sobresalta. Están a media manzana por detrás de nosotros pero se acercan rápido.

—¿Es posible que sean del Servicio Secreto?

—Con esos faros, no. Los míos, todos llevan Suburbans.

Observo las luces en el retrovisor. Llevan puestas las largas, así que es difícil de ver, pero la forma y la altura me dicen que definitivamente no es un Suburban.

—Agáchate —le digo a Nora. Sean quienes sean, no voy a correr riesgos.

—¿Ése no es el coche de Simon, verdad? —pregunta.

La respuesta nos viene dada en forma de luces giratorias azules y rojas que envuelven nuestro cristal trasero. «Deténganse», brama una voz profunda desde un altavoz montado en el techo.

No puedo creerlo. Policías. Doy una palmada en el hombro de Nora, sonriendo.

—Todo en orden. Es la poli.

Mientras me paro, veo que Nora no está ni mucho menos tan aliviada. Incapaz de estarse quieta, sentada, está en pleno frenesí, mira por el retrovisor lateral, luego hacia atrás sobre su hombro, luego otra vez por el espejo. Los ojos se le mueven en todas direcciones y se suelta muy nerviosa el cinturón.

—¿Qué te pasa? —le pregunto al detener el coche.

No me contesta. En vez de eso, busca su bolso negro que está en el suelo delante de ella. Empieza a revolver en su interior y noto un escalofrío por la espalda. No es el momento de echarse atrás.

—¿Llevas drogas? —le pregunto.

—¡No! —exclama.

En el espejo retrovisor veo que por mi lado del Jeep se acerca un agente de la policía local.

—Nora, no me mientas. Ahora…

El guardia da unos golpecitos en el cristal. En el mismo momento que me giro, oigo que la guantera se cierra de golpe. Bajo la ventanilla con una sonrisa forzada en la cara.

—Buenas noches, agente. ¿He hecho algo mal?

Se pone una linterna más arriba del hombro y alumbra directamente a Nora. Todavía lleva la gorra de béisbol y hace todo lo posible para no ser reconocida. No piensa mirar al guardia a la cara.

—¿Está todo bien? —pregunto con la esperanza de distraer su atención.

El policía es un negro macizo con una nariz torcida que le da todo el aspecto de un ex boxeador del peso medio. Se inclina sobre la ventanilla y ya sólo puedo ver sus enormes antebrazos lampiños. Señala con la barbilla a la guantera.

—¿Qué ha escondido ahí? —le pregunta a Nora. Maldición. La ha visto.

—Nada —susurra Nora.

El guardia considera su respuesta y dice:

—Bajen del coche, por favor.

—¿Puede decirme por…? —intervengo.

—Bajen del coche. Los dos —ordena.

Miro a Nora y comprendo que hay problemas. Cuando estábamos en el bosque la veía nerviosa. Pero ahora… ahora tiene una expresión que nunca le había visto. Los ojos desorbitados y los labios ligeramente abiertos. Intenta sujetarse un mechón suelto entre la oreja y el borde de la gorra de béisbol, pero le tiemblan las manos. Mi mundo se para en seco.

—¡Venga! —ladra el policía—. Salgan del coche.

Nora sigue lentamente sus instrucciones. Al dar vuelta al coche hacia el lado del conductor, el compañero del guardia se acerca a nosotros tres. Es un negro bajo que anda con paso arrogante de policía.

—¿Todo en orden? —pregunta.

—Todavía no estoy seguro. —El primer agente se vuelve hacia mí—: A ver si las abrimos.

—¿Abrir qué? ¿Qué he de hacer?

Me coge por detrás del cuello y me empuja contra el lateral del Jeep.

—Separe brazos y piernas.

Hago lo que dice, pero no sin protestas.

—No tiene usted indicios razonables de…

—¿Es abogado? —pregunta.

No tendría que haber aceptado la pelea.

—Sí —digo, titubeante.

—Entonces, demándeme. —Mientras me cachea, me lanza un golpe seco de pulgar a las costillas—. Tendría que haberle dicho a ella que se tranquilizase —me dice—, así mañana no tendría que faltar al trabajo.

No puedo creerlo. No la reconoce. Nora está de pie junto a mí, manteniendo la cabeza tan baja como puede y estirando los brazos apoyados sobre el lateral del Jeep. El segundo guardia cachea a Nora, pero ella no le presta mucha atención. Está demasiado ocupada, igual que yo, observando cómo el de antes se acerca a la guantera.

Desde donde estoy, veo que abre la puerta del pasajero. Se mete dentro con un repiqueteo de llaves y esposas. Después, un pequeño clic junto al salpicadero. Tengo la boca seca y cada vez es más difícil respirar. Miro a Nora, pero ella ha decidido mirar a otro lado. Tiene los ojos clavados en el suelo. No será por mucho tiempo.

—¡Ah, caramba! —exclama el policía. El tono rebosa de satisfacción ya-te-tengo. Cierra la puerta de un portazo y se viene a nuestro lado del coche. Mientras avanza, lleva una mano a la espalda.

—¿Qué tienes? —pregunta el otro.

—Míralo tú.

Yo trato de mirar, esperando ver el frasquito de medicinas de Nora. Quizá incluso un poco de cocaína. Pero en vez de eso, el guardia tiene en la mano un fajo de billetes de cien dólares.

Qué hija de puta. Cogió el dinero.

—¿Ahora, quiere cualquiera de ustedes dos explicarme qué hacían por aquí circulando con esta cantidad de dinero?

Ninguno de los dos dice ni una palabra.

Miro a Nora, que está blanca como la nieve. Ha desaparecido la osadía y la loca vitalidad que nos llevaron a saltar stops, a salir del bar y a trepar el talud. En su lugar está la expresión que ha mantenido desde que nos sacaron del coche. Miedo. Llena todo su rostro y continúa haciendo temblar sus manos. Simplemente, no pueden pillarla con ese dinero. Aunque no vaya contra la ley el tenerlo, aunque no puedan detenerla, no es algo que vaya a ser fácil de explicar. En este barrio. Con esta cantidad en efectivo. Las historias de drogas acabarán de destrozar lo que queda de su reputación. *Rolling Stone* será el menor de sus problemas.

Se vuelve hacia mí y abre de nuevo su lado blando. Tiene esos ojos normalmente duros rebosantes de lágrimas. Suplica ayuda. Y lo quiera o no, yo soy el único que puede salvarla. Con unas pocas palabras, puedo ahorrarle todo ese dolor y vergüenza. Entonces ella, y el Presidente… Me recupero. No. No, no es eso. Es lo que dije antes. No es por su padre. Ni por su título. Es por ella. Nora. Nora me necesita.

—Les he hecho una pregunta —dice el policía, agitando el fajo en la mano—.

¿De quién es esto?

Echo una última mirada a Nora. Es todo lo que necesito. Otra vez con la voz llena de confianza, me giro hacia el policía y digo dos palabras.

—Es mío.

Capítulo 3

Con el fajo de dinero en la mano derecha, el policía va dando lentos golpecitos contra la palma abierta de la izquierda, como un juez con su maza.

—¿De dónde lo ha sacado? —pregunta con fastidio.

—¿Perdón? —le respondo. Ganar tiempo.

—No juegues con mi paciencia, muchacho. ¿De dónde saca diez billetes grandes alguien como tú?

—¿Alguien como yo? ¿Qué se supone que significa eso?

Da una patada al parachoques trasero oxidado de mi Jeep.

—No es por faltar, pero no es que circule precisamente con un coche elegante.

—Usted no sabe nada de mí —le digo moviendo la cabeza.

Pone una sonrisa burlona ante mi respuesta porque sabe que ha dado donde duele.

—No puede ocultar quién es… lo lleva escrito en la cara. Y en la frente.

Me toco el corte de la cabeza, con plena conciencia. La sangre está empezando a secarse. Siento tentaciones de contraatacar, pero paso.

—¿Por qué no me pone la multa por exceso de velocidad y me quito del medio?

—Escuche, provinciano, no tengo por qué aguantarle esa actitud.

—Y yo no tengo que aguantar sus insultos. Así que a menos que tenga alguna sospecha fundada de que he cometido un delito, no tiene ningún derecho a acosarme.

—No tiene usted ni idea de lo que…

—Tengo perfecta idea, en realidad. Mucho más de lo que usted se cree. Y puesto que no hay ninguna ley que prohíba llevar dinero, le agradecería que me diera el mío y rellenara la multa. De otro modo, se arriesga usted a una demanda por acoso y a una carta a su sargento que le será a usted muy difícil explicar cuando le toque ascender.

Por el rabillo del ojo veo que Nora sonríe. El guardia sigue allí de pie. Por la manera de rascarse la mejilla, sé que está bastante cabreado.

—Vate, ¿me haces un favor? —acaba por decirle a su compañero—. Están haciendo una redada de drogas en la esquina de la Catorce y M. Mira a ver si han pasado ya por radio alguna descripción. Puede que tengamos suerte.

—No es probable —le digo.

Me mira con escepticismo.

—Déjeme decirle algo, provinciano: un chico blanco guapo y arregladito como usted sólo viene por este barrio por dos razones: drogas y putas. Ahora, vamos a ver el permiso y los papeles. —Se los tiendo y se vuelve hacia su compañero—: ¿Hay algo ya, Vate?

—Nada.

El guardia se aleja de mí y vuelve a su coche. Pasan cinco minutos y salto al volante de mi Jeep. Nora está a mi lado, pero en un hosco silencio. Me mira y me

ofrece una débil sonrisa. Yo intento devolvérsela, pero gira la mirada. Podría matarla por haber cogido ese dinero. ¿Por qué demonios sería tan estúpida? Quiero decir, ¿qué podría haber hecho con él? Mi pensamiento vuelve a aquello que llamaba aspirinas, pero no estoy dispuesto a creer lo peor. Todavía no.

Mira por la ventanilla como ausente, apoyando la barbilla en la palma de la mano. Por el modo en que se alzan sus hombros, comprendo que los ojos del mundo nunca la abandonan. Nunca se rinden. Finalmente, el policía vuelve con un papelito rosa con el rótulo «Confirmación de recibo».

—¿Dónde está mi dinero? —pregunto.

—Si es dinero limpio, le devolverán hasta el último centavo —y al observar mi expresión, añade—: Si nuestros chicos de la patrulla no consiguen identificar a alguien, podemos retener legalmente su dinero como procedente de un presunto acto delictivo. —No sonríe, pero podría asegurar que está disfrutando de esto al máximo —. ¿Le basta a usted con esto, señor abogado perdido, o quiere hablar personalmente con mi sargento? —Niego con la cabeza mientras calculo las consecuencias.

—¿Cuándo me lo devolverán?

—Llámenos la semana que viene. —Sabe que no vendemos drogas, sólo hace aquello para bajarme los humos. Se inclina hacia la ventanilla y añade—: Y sólo para que quede claro… —Hace un gesto hacia Nora, que sigue sentada junto a mí—. No estoy ciego, muchacho. Simplemente, no quiero todos los dolores de cabeza que me daría esto.

Enervado por la seguridad que noto en su voz, me refugio en mi asiento. Sabía quién era Nora todo el tiempo.

—Y una última cosa… —Mete la mano por la ventanilla y me golpea en el pecho con una hoja de papel—. Aquí tiene su multa.

Diez minutos más tarde, Nora y yo hemos regresado al centro de Washington D.C. y vamos directos a la Casa Blanca. El baño de adrenalina con todas las espitas abiertas ha terminado por fin. Me duele el corte de la frente y se me retuerce el estómago, pero lo que realmente me siento, sobre todo, es mareado. Mareo y falta de control. Tengo los ojos enganchados a la carretera, y me tiemblan los pulgares repiqueteando sobre el volante. El ritmo como casual es un vano intento por combatir el miedo, pero no engaña a nadie. Ni siquiera a mí. Habiéndome pillado con el dinero, no sólo me conocen en la policía, estoy en un papel oficial ligado a ese dinero y a lo que fueran a pagar con él.

Ninguno de los dos ha dicho una palabra desde que se marcharon los polis. Nora me observa y ve cómo el ritmo de mis golpes de pulgar se incrementa rápidamente. Por fin rompe el silencio.

—¿Todo va bien? —pregunta.

Me limito a asentir con la cabeza.

—Te agradezco lo que has hecho por mí —tiende un puente.

Mis ojos continúan pegados al asfalto.

—No tiene importancia —digo con frialdad.

—Lo digo en serio.

—Ya te he dicho que no tiene importancia. No es nada tan…

—Buen asunto, de verdad… Esas cosas no me pasan todos los días.

—Confío en que no —replico, enfadado.

Hace una breve pausa porque nota que estoy a punto de explotar.

—Ya sabes lo que quiero decir, Michael. Te has portado… y no era sólo por ti. Lo hacías por… —Se para una vez más, esto no es algo que le salga fácilmente—. Gracias, Michael. Para mí significa mucho.

Una hora antes, hubiera dado cualquier cosa por oír esas palabras. Ahora mismo, sin embargo, no podrían importarme menos.

—Di lo que estás pensando —dice ella.

Me paro de un frenazo ante un semáforo en rojo. Giro a la derecha mientras le lanzo una mirada larga y dura.

—¿Qué crees tú que estoy pensando? ¿Por qué demonios cogiste el dinero?

Nora se cruza de brazos y suelta esa risita suya de niña pequeña.

—¿Crees que es una broma? —bramo.

—En absoluto —responde, repentinamente seria—. No, después de lo que hiciste.

No me siento de humor para cumplidos.

—Dime simplemente por qué lo cogiste.

—¿La verdad? No estoy muy segura. Subí corriendo, agarré la linterna y vi el sobre. Una parte de mí pensó que debería cogerlo como prueba, de modo que fui a por él. Pensé que sería una manera fácil de demostrar que Simon estaba allí… pero después de coger el primer fajo, me entró miedo y eché a correr.

No es una mala explicación, pero demasiado fácil. Demasiado racional para Nora.

—¿Así que todo lo que querías era alguna prueba?

—Ya te lo he dicho… así fue.

Continúo mirándola.

—¿Qué? ¿No me crees?

—¿Lo preguntas en serio? Dame una sola buena razón por la que…

—Te lo juro, Michael, si pudiera devolverlo, lo haría. No hay un modo más sencillo de decirlo —se le rompe la voz, y me coge por sorpresa. Ahí justo, se le baja la guardia y la sensación mordiente dentro de mi pecho se relaja—. Lo siento —dice, llorosa, inclinándose sobre mí—. Siento muchísimo haberte puesto en este compromiso. Yo nunca… Tendría que haberlo dejado allí y marcharme.

En el fondo de mi cerebro, sigo viendo el frasquito marrón de aspirinas… Pero

delante de mis ojos, sólo puedo ver a Nora. La expresión de su cara… El modo en que sus finas cejas se alzan y bailan mientras se disculpa… Está tan asustada como yo. Y no sólo por sí misma, sino también por mí. Bajo la mirada y me doy cuenta de que su mano aferra la mía con firmeza. A partir de ese momento, las palabras, salen de mi boca casi instantáneas.

—Fue un impulso. No podías saberlo —le digo.

—Aun así, no tenías por qué hacerlo —me señala.

Asiento con la cabeza. Tiene razón.

Avanzamos de nuevo por la avenida de Pennsylvania y se me ofrece una vista perfecta de la Casa Blanca. Cuando giro a la izquierda por la calle H, desaparece. Un movimiento brusco y ya no está. No hace falta más. Para ambos.

—Tal vez deberíamos…

—Nos ocuparemos de todo mañana a primera hora —promete Nora, ya dos pasos por delante—. Descubriremos en qué anda metido, sea lo que sea.

A pesar de su confianza, no puedo dejar de pensar en Simon. Pero Nora, tan pronto como ve su gran mansión blanca, vuelve a su ser de siempre. Dos personas. Un cuerpo. Giro bruscamente a la derecha y me dice:

—Ahora, para aquí.

Detengo el coche en la calle Quince, en la esquina de la Puerta Sureste. A esta hora todo el centro de la ciudad está muerto. No se ve a nadie.

—¿No quieres que te lleve hasta la verja?

—No, no. Aquí. Tengo que bajarme aquí.

—¿Seguro?

Al principio se limita a asentir con la cabeza. Luego añade:

—Sólo hay que doblar la esquina. De este modo te ahorro un encuentro con el Servicio Secreto. —Mira su reloj—. Estoy por debajo de las dos horas, pero eso no quiere decir que no me vayan a soltar una buena bronca.

—Por eso yo siempre me dejo los guardaespaldas en casa digo, intentando sonar la mitad de tranquilo que mi pareja. Es todo lo que consigo hacer para estar a la altura.

—Sí, ya, por eso te elegí a ti —dice, riendo—. Tú sabes bien lo que es esto. — Está a punto de decir algo más, pero se calla.

—¿Todo va bien?

Se acerca a mí y vuelve a poner su mano sobre la mía.

La gente no hace cosas agradables por mí, Michael. A no ser que quieran algo. Esta noche tú has demostrado que eso no es verdad.

—Nora…

—No hace falta que lo digas. Prométeme sólo que me dejarás hacértelo.

—No tienes que…

—En realidad, sí.

Hace resbalar sus uñas cortas por mi brazo. En sus ojos está esa mirada. La misma que me dirigió en el bar.

—No te ofendas, Nora, pero no es el momento ni el lugar para…

Me pasa una mano por la nuca y tira de mí hacia ella. Antes de poder discutir, me agarra del pelo con fuerza y desliza su lengua en mi boca. Probablemente haya diez hombres heterosexuales en el mundo que esquivarían este beso. Pero yo no soy uno de ellos. Su olor… su sabor… se imponen de inmediato. Le toco la mejilla, pero me suelta.

—Esto no me sabe a calabaza —dice.

—Eso es porque todavía me quedan cinco minutos más.

Consciente de la hora, esboza una sonrisa.

—¿Así que estás dispuesto a pasar del calentamiento?

—¿Aquí? —Miro por el parabrisas y luego otra vez a Nora, nervioso.

Se inclina hacia adelante y desliza la mano por el interior de mi muslo. Sin pausas, me frota el tiro de los pantalones. Igual que en *Rolling Stone*. Va a hacerlo aquí mismo. Pero justo cuando nuestros labios están a punto de tocarse, se detiene.

—No te creas todo lo que lees, guapo. Esas cosas te pudren el cerebro. —Aparta la mano y me da dos cachetitos en la mejilla. Todavía tengo la boca abierta cuando abre la puerta.

—¿Pero qué…?

Se baja de un salto, se da la vuelta y me lanza un beso.

—Otro día, muñequito.

Me da un portazo en la cara. Por el parabrisas la veo correr hacia la esquina. Pongo las largas. Mis ojos permanecen todo el tiempo clavados en la curva de su cuello. Finalmente, dobla la esquina y desaparece. Me llevo la mano a la bragueta y me coloco las cosas. La vuelta a casa será larga.

El despertador resuena por la habitación a las seis menos cuarto de la mañana siguiente. En la universidad solía darle a la almohada por lo menos seis veces antes de salir de la cama. En la Facultad de Derecho, el número se redujo a la mitad. A lo largo de los primeros años de trabajo oficial, todavía conseguía ponerlo para que hiciera una única pausa de nueve minutos, pero cuando llegué a la Casa Blanca perdí hasta eso. Ahora, al primer zumbido estoy en pie y dando tumbos hacia la ducha. No llegué a casa hasta casi la una y media, y por el modo en que me late la cabeza es evidente que mis cuatro horas de sueño no han bastado para hacer que me olvide de Simon.

No tardo mucho en completar mis rituales de ducha/afeitado/peinado y dientes, y me enorgullezco de decir que llevo veintisiete días sin gel capilar. Eso no es verdad,

comprendo mientras me despierto entre parpadeos. Me puse un poco anoche antes de salir con Nora. Maldición. Allá vamos: boicot del gel capilar… primer día.

Abro la puerta del apartamento y ahí están esperándome cuatro periódicos: el *Washington Post*, el *Washington Herald*, el *New York Times* y el *Wall Street Journal*. Lleno de ansiedad, hago una rápida comprobación para asegurarme de que en ninguno viene en primera página algo sobre abogados de la Casa Blanca y dinero encontrado. Hasta aquí, todo bien. Los meto en casa, repaso más titulares y marco el número del despacho de Trey.

Dentro de noventa minutos, el Gabinete del Presidente celebrará su reunión diaria de las siete y media en la Sala Roosevelt de la Casa Blanca. Allí, el jefe de Gabinete y los consejeros más próximos al Presidente discutirán una serie de temas que inevitablemente se convertirán en los asuntos calientes del día… y los temas clave para la reelección. Uniformes escolares, control de armas, lo que sea el asunto del momento y lo que pueda aportar votos. En los dos años que llevo en la Asesoría Jurídica de la Presidencia, no me han invitado a esa reunión matutina del Gabinete ni una sola vez. Pero eso no quiere decir que no sepa de qué están hablando.

—¿Quién necesita amor? —dice Trey para contestar al teléfono.

—Dispara —le respondo, ojeando la primera página del *Washington Post*.

No pierde ni un segundo.

—Al, la historia de China. A2, bienestar en Chicago. A2, carrera demócrata en Tennessee. A4, Hartson contra Bartlett. A5, Hartson-Bartlett. A6, Hartson-Bartlett. Al5, resumen internacional: Belfast, Tel Aviv y Seúl. A17, página federal. Editoriales… mira lo de Watkins y Lisa Brooks. El editorial de Brooks sobre el censo es el que hay que mirar. Wesley ya la ha llamado.

Wesley Dodds es el jefe del Gabinete presidencial. Con ese *la*, Trey se refiere a la Primera Dama, Susan Hartson. La jefa de Trey. Y uno de sus más íntimos confidentes es Wesley. Si ya están hablando de eso, es que ya está en la agenda de hoy y en las noticias de esta noche.

—¿Qué hay de los números? —pregunto.

—Igual que ayer. Hartson lleva unos doce puntos, pero no son doce puntos sólidos. Te digo, Michael, que me parece que baja.

—No lo entiendo, ¿cómo es posible que…?

—Mira la portada del *Times*.

Rebusco entre la pila y lo saco. Allí, a todo color, hay una foto de E. Thomas Bartlett —el candidato del otro lado a la presidencia de los Estados Unidos— sentado en el centro de un semicírculo y dirigiéndose a un grupo de ciudadanos de la tercera edad embelesados. Se los ve tan felices que se diría que era el propio Franklin D. Roosevelt.

—Me estás tomando el pelo —gimo.

—Créeme, ya lo he oído; en un mundo en el que el número de personas que leen de verdad el periódico disminuye cada día, la foto de portada es la clave total de las noticias. Consigues la foto, y el día es tuyo. ¿Y sabes qué es lo peor? —pregunta Trey —. No soporta a los viejos. Lo he oído decirlo. «Yo, Tom Bartlett, no soporto a los viejos». Tal cual. Lo dijo. —Trey hace una pausa—. Y creo que también odia a los niños. A los bebés inocentes.

Trey ocupa los cinco minutos siguientes en seleccionar el resto de mi lectura matutina. Según me va diciendo cada página, la voy buscando y le pinto una gran estrella roja junto al titular. Prácticamente en cada artículo busco alguna relación con Simon. Nunca aparece, pero cuando terminamos, los cuatro periódicos están preparados para la lectura. Éste es nuestro ritual diario que fue inspirado por un antiguo miembro del Gabinete que solía hacer que su secretaria le leyera los artículos interesantes por el teléfono móvil mientras conducía hacia el trabajo. Yo no tengo secretaria. Y no necesito móvil. Lo único que necesito es un buen amigo en el lugar adecuado.

—¿Y qué tal tu cita de anoche? —pregunta Trey.

—¿Qué te hace pensar que tenía una cita? —faroleo.

—¿Con quién te piensas que estás tratando? Yo veo, oigo, hablo, me muevo, me estremezco…

—Pestes, cotilleos e insinuaciones. Ya me sé tus trucos.

—¿Trucos? —se echa a reír—. Si nos pinchan, ¿no sangramos?

—No me llores a mí, Argentina. ¿Me prometes que no lo soltarás?

—¿A ti? ¿Qué te piensas? En primer lugar, la única razón por la que lo sé es porque Nora vino aquí para asegurarse de que no había ningún problema.

—¿Y qué dijo la Primera Dama?

—No sé. Ahí fue cuando cerraron la puerta. La cabrona es muy gruesa. Estuve poniendo la oreja todo el rato. Pero sólo oí murmullos.

—¿Alguien más lo oyó? —pregunto, nervioso, mientras arranco una esquina del periódico.

—No, era tarde y estaba en la sala de reuniones, así que sólo estaba yo. ¿Y qué tal fue?

—Muy bien… estupendo. Es fantástica.

—¿Qué es lo que no me estás contando? —dice Trey tras una pausa.

Este chico es bueno. Demasiado bueno.

—Déjame adivinarlo —añade—. Al principio de la noche, se exhibió por ahí haciendo de mala, y tú, como el resto del país, incluyéndome a mí, te sentiste un poco incitado por el morbillo de la fuerza sexual de la Primera Familia. Así que ya te veo… Ella sopla y rebufa, y tú confiando en que eche tu casa abajo… Pero justo al llegar al momento mágico, justo cuando estás a punto de firmar en la línea de puntos,

te llega un aroma de la chica inocente que lleva dentro y justo entonces, das marcha atrás, decidido a salvarla de sus propias locuras.

Me quedo callado un segundo de más antes de decir:

—No sé a qué te…

—¡Ya está! —exclama Trey—. Siempre jugando a ser protector. Es lo mismo que con aquel cliente de oficio profesional que tuviste durante la campaña: cuantas más mentiras te decía y más te liaba, más convencido estabas de que necesitaba tu ayuda. Y te pasa cada vez que alguien te pone cara de pájaro-con-ala-rota. Eternamente dispuesto a salvar el mundo… Sólo que, con Nora, salir al rescate te hace sentirte como una estrella del rock.

—¿Quién dice que yo quiero ser una estrella del rock?

—Trabajas en la Casa Blanca, Michael… Todo el mundo quiere ser una estrella del rock. Es la única razón por la que aceptamos tan poco sueldo y un horario abusivo…

—Oh, ¿así que ahora vas a decirme que tú harías este trabajo para cualquiera? ¿Que Hartson y el programa son pura mierda? ¿Que todos los que estamos aquí es sólo por presumir?

Trey hace un largo silencio antes de contestar. El idealismo tarda en morir, especialmente cuando tiene que ver con el Presidente. Tal como es, nos pasamos los días cambiando vidas. Y algunas veces tenemos oportunidad de mejorarlas. Por irónico que suene, los dos sabemos que es un trabajo de ensueño. Finalmente, Trey añade:

—Lo único que digo es que, aunque te gustase, no le hubieras pedido que saliera contigo si eso no fuera un modo de encontrar un atajo para llegar a papá.

—¿De verdad crees que soy tan retorcido?

—¿De verdad crees tú que yo soy tan ingenuo? Ella es la hija del patrón. Una cosa lleva directo a la otra. Te digas lo que te digas, el bicho político que hay en ti no puede ignorarlo. Pero puedes estar seguro: que salgas con la hija del Presidente no quiere decir que seas el Primer Consejero.

No me gusta la manera de decirme eso, pero, en primer lugar, no puedo dejar de pensar en por qué Nora y yo salimos juntos. Es guapa y estimulante. No fue sólo por buscar un ascenso. Por lo menos, me considero por encima de eso.

—¿Entonces vas a contarme lo que…?

—¿No podemos hablar de esto más tarde? —lo interrumpo con la esperanza de que se olvide—. ¿Tienes alguna otra predicción para esta mañana?

—Te doy mi palabra en lo del censo. Será grande. Más que sir Elton en Wembley o en el Garden, incluso en vivo en Australia.

Pongo ojos de asombro. Es el único negro del mundo que está obsesionado con Elton John.

—¿Algo más, Levon?

—El censo. Hoy es la estrella del día. Apréndete cómo se escribe. C-e-n-s-o.

Cuelgo el teléfono y leo en primer lugar lo del censo. Cuando se trata de la política de la política, Trey nunca se equivoca. Incluso entre animales políticos —incluyéndome a mí mismo—, no hay otro mejor. Durante cuatro años, incluso antes de que le salvara el pellejo durante la campaña, ha sido el favorito de la Primera Dama; así que aun cuando no sea más que un secretario de prensa adjunto titular, nada entra en el despacho de la señora sin que antes pase por sus manos. Y les aseguro que son unas manos que saben mucho.

Hojeo el *Post* mientras me voy zampando a toda prisa un bol de Lucky Charms. Después de la última noche, me vienen bien. Terminados los cereales, repaso el *Times* y el *Journal* y ya estoy listo para salir. Con el último periódico bajo el brazo, me voy del apartamento de una sola habitación sin hacer la cama. Con lo de perder el sueñecito suplementario y el gel capilar, voy reconociendo poco a poco, a los veintinueve años, que tengo la madurez encima. La cama deshecha es simplemente un último acto de rechazo. Y uno que no abandonaré pronto.

Son tres paradas de metro para ir de Cleveland Park a Farragut Norte, la estación más próxima a la Casa Blanca. En el tren liquido la mitad del *Herald*. Normalmente consigo verlo entero, pero los desvíos hacia Simon constituyen una distracción fácil. Si nos vio, se ha acabado. A mediodía estaré enterrado. Bajo la vista y veo una huella digital de tinta donde mis dedos sujetan el periódico.

El tren llega cuando son casi las ocho en punto. Cuando termino de subir la escalera mecánica con el resto de ciudadanos de traje y corbata, la bocanada de calor de Washington me pega en toda la cara. El aire caliente y húmedo del verano es como un lametón de grasa, y la intensidad del sol brillante desorienta. Pero eso no basta para hacerme olvidar dónde trabajo.

A la entrada del Edificio Antiguo del Ejecutivo de la avenida de Pennsylvania, me obligo a subir los empinados escalones de granito y saco la tarjeta de identidad del bolsillo del traje. Todo el entorno tiene un aire distinto del de anoche. No tan oscuro.

La larga cola de colegas que se estira por el vestíbulo esperando para pasar por el control de seguridad me hace ser plenamente consciente de una cosa: cualquiera que diga que trabaja en la Casa Blanca es un mentiroso. Y ésa es la verdad. En realidad, sólo hay ciento dos personas que trabajan en el Ala Oeste, donde está el Despacho Oval. Todos ellos, peces gordos. El Presidente y sus ayudantes principales. Carne de primera especial.

El resto de nosotros, por supuesto, prácticamente todos los que decimos que trabajamos en la Casa Blanca, en realidad trabajamos en la casa de al lado, el Edificio Antiguo de Oficinas del Ejecutivo, la Presidencia del Gobierno, el EAOE, esa mole

recargada de siete pisos que se encuentra justo al lado. Claro que este Edificio Antiguo del Ejecutivo alberga a la mayoría de cuantos trabajan en la propia Oficina de la Presidencia, y claro también que está rodeado por los mismos barrotes de hierro negro que circundan la Casa Blanca. Pero que nadie se equivoque: no es la Casa Blanca. Por supuesto, eso no impide que hasta la última persona que trabaja allí cuente a sus amigos y familia que trabaja en la Casa Blanca. Yo incluido.

La cola va menguando y avanzo hacia la puerta. En el interior, bajo un techo de dos pisos de altura, dos agentes del Servicio Secreto uniformados están sentados tras un mostrador alto de recepción y van dando paso a los visitantes al complejo. Intento evitar que mis ojos prolonguen el contacto, pero no puedo dejar de mirarlos. ¿Se habrán enterado de lo de anoche? Sin decir palabra, uno de ellos se vuelve hacia mí y hace un gesto con la cabeza. Me quedo helado, después me relajo rápidamente. Va controlando el resto de la cola y hace el mismo gesto al tipo que tengo detrás. Un simple saludo amistoso, decido.

Los que tenemos tarjetas de identidad esperamos en los tornos. Una vez allí, pongo la cartera en el aparato de rayos X y mi identificación frente a un visor electrónico. Bajo él hay un teclado igual que el de un teléfono, pero sin números. En pocos segundos, mi tarjeta queda registrada, suena un pitido y se iluminan diez números rojos en los botones. Cada vez que alguien lo acciona, los números aparecen en un orden diferente, de manera que si alguien me estuviera vigilando, no podría descifrar la clave de mi PIN. Es la primera línea de seguridad para acceder al EAOE, y probablemente la más eficaz.

Después de introducir mi código, paso por la máquina de rayos X que, como siempre, se dispara.

—Cinturón —le digo al guardia del Servicio Secreto uniformado.

Me pasa el detector de metales manual por el cinturón y confirma la explicación. Lo hacemos todos los días, y todos los días lo comprueba. Normalmente ni siquiera me mira otra vez; hoy, su mirada se mantiene unos segundos más de la cuenta.

—¿Todo en orden? —pregunto.

—Sí… sí.

No me gusta cómo suena eso. ¿Sabrá algo? ¿Habrán corrido la voz los escoltas de Nora? No, esta gente no. Con sus uniformes blancos de guardias de seguridad, abotonados hasta abajo, los guardias del Servicio Secreto de la puerta principal del EAOE son distintos de los agentes de paisano que custodian a Nora y a la Primera Familia. En la jerarquía de los agentes, esos dos mundos raramente se mezclan. Me repito esto mientras recojo la cartera de la cinta transportadora y pongo rumbo a mi despacho.

En el momento de abrir la puerta de la sala 170, veo que Pam corre directamente hacia mí.

—Da la vuelta… vamos adelantados —exclama, con el fino pelo rubio remolineando tras ella.

—¿Cuándo…?

—Ahora mismo. —Me coge por el brazo y me da la vuelta—. El Gabinete acabó temprano, así que Simon nos metió prisa. Al parecer, tiene algo que hacer. —Antes de que yo pueda decir una palabra, añade—: ¿Qué te ha pasado en la frente?

—Nada —digo mirando el reloj—. ¿A qué hora lo han convocado?

—Hace tres minutos —me responde.

Corremos al unísono por el pasillo. Por suerte para nosotros, tenemos despachos en la primera planta, lo que significa que también tenemos el recorrido más corto hasta el Ala Oeste. Y el Oval. Para alguien de fuera, eso puede parecer una minucia, pero para nosotros los del EAOE, importa. La proximidad lo es todo.

Mientras los tacones de nuestros zapatos resuenan sobre el suelo de mármol de cuadros blancos y negros, voy viendo al frente la salida a la West Exec. Abrimos una de las puertas dobles, salimos y cruzamos la calle interior que separa el EAOE y la Casa Blanca. Al otro lado de ese estrecho paso, nos dirigimos al arco que conduce al Ala Oeste y atravesamos otros dos juegos de puertas. Frente a nosotros, un guardia del Servicio Secreto de pelo negro rizado está sentado ante una mesa y comprueba las tarjetas que llevamos colgadas del cuello. Si nuestras tarjetas tuvieran un fondo naranja, sabría que sólo teníamos acceso al EAOE y tendría que habernos detenido. El fondo azul significa que podemos ir casi a cualquier parte, incluyendo el Ala Oeste.

—¿Qué hay, Phil? —digo, reduciendo instintivamente la marcha. Ésta es la prueba de la verdad: si se sabe algo, no podré entrar.

Phil echa una mirada a la tarjeta azul y sonríe.

—¿Por qué tanta prisa?

—Reuniones importantes, reuniones importantes —le respondo, tranquilo. Si supiera algo, no estaría sonriendo.

—Alguien tiene que salvar el mundo —dice, asintiendo con la cabeza—. Que vaya todo bien.

En este punto, su trabajo ha terminado. Una vez que hemos pasado por él, ha de dejarnos seguir. En cambio, nos hace el mayor de los cumplidos. Cuando nos dirigimos hacia el ascensor aprieta un botón que tiene bajo la mesa y abre la puerta del ascensor que está a mi izquierda. Cuando entramos, aprieta alguna otra cosa y se enciende el botón del segundo piso. No es algo que haga por cualquiera, sólo por la gente que le cae bien. Lo que significa que por fin sabe quién soy.

—¡Gracias! —le grito mientras se cierran las puertas. Me derrumbo contra la pared trasera del ascensor y tengo que sonreír. Si Simon vio algo, está claro que no ha abierto la boca. O aún mejor, tal vez nunca supiera que estuvimos allí.

Pam observa la alegría de mi cara y dice:

—Te encanta que Phil haga esto, ¿verdad?

—¿Y a quién no? —le sigo el juego.

—No sé… a la gente con las prioridades bien definidas…

—Lo que pasa es que estás celosa porque a ti no te lo abre.

—¿Celosa? —Pam se ríe—. Es un portero con pistola, ¿crees que tiene algún enlace con tu puesto en la cadena alimentaria?

—Si lo tiene, ya sé hacia dónde voy: hacia adelante y hacia arriba, cariño —suelto ese «cariño» sólo para picar a Pam. Es demasiado lista para caer.

—Hablando de esfuerzos infructuosos hacia lo alto, ¿qué tal tu cita de anoche?

Ésta es la auténtica belleza de Pam. Guerrilla sincera. Echo una ojeada a la minúscula cámara de vídeo del rincón y le replico:

—Ya te lo contaré después.

Levanta la vista y se queda callada. Un segundo después se abren las puertas del ascensor.

La segunda planta del Ala Oeste alberga a varios de los despachos de mayor poder, incluido el despacho personal de la Primera Dama y el que tengo inmediatamente a mi derecha, el último sitio en el que quisiera estar en estos momentos: nuestro destino, el despacho de Edgar Simon, asesor legal del Presidente.

Capítulo 4

Pasamos corriendo por la puerta doble ya abierta y la zona de espera donde está la secretaria de Simon, y doblamos una esquina a la derecha hacia su despacho. Con la esperanza de colarnos sin llamar la atención, compruebo si… Maldición, ya están todos esperando. Apretados en torno a una mesa de juntas de nogal que más parece de un comedor antiguo, seis abogados están ya sentados con plumas y cuadernos preparados. En una de las cabeceras de la mesa, en su silla reclinable favorita, está Lawrence Lamb, el adjunto de Simon. En el otro extremo, un asiento vacío. Nadie lo ocupa. Es el de Simon. Como consejero, Simon asesora al Presidente en todas las cuestiones legales que surgen en la Casa Blanca. ¿Podemos exigir análisis de sangre para pillar a los que niegan la paternidad? ¿Es correcto limitar el derecho de las compañías tabaqueras de anunciar cigarrillos en las revistas juveniles? ¿El Presidente tiene que pagar su plaza en el avión presidencial si lo utiliza para ir a un acto de recogida de fondos electorales? Desde inspeccionar la nueva legislación hasta investigar los nuevos nombramientos judiciales, el consejero y los diecisiete miembros asociados que trabajan con él, incluidos Pam y yo, somos el bufete de la Presidencia. Por supuesto, la mayor parte de nuestro trabajo es por reacción: el Gabinete de la Presidencia decide en el Ala Oeste *qué* ideas debe acometer el Presidente, y entonces nos convocan a nosotros para poner los *cómos* y los *síes*. Pero como bien sabe cualquier abogado, hay mucho poder escondido en los *cómos* y en los *síes*. En el rincón de la sala revestida de madera oscura, recostado en el todopoderoso canapé, el consejero del vicepresidente habla en voz baja con el consejero de la Oficina de Administración, y el asesor legal del Consejo de Seguridad Nacional con el consejero legal adjunto de la Oficina de Gestión y Presupuesto. Peces gordos hablando con peces gordos. En la Casa Blanca hay cosas que nunca cambian. Pam y yo nos abrimos paso hacia el fondo de la sala y nos quedamos de pie con el resto del personal sin asiento y esperamos a que llegue Simon. Al cabo de unos minutos entra y ocupa su asiento en la cabecera de la mesa.

Mis ojos se clavan en el suelo tan rápido como pueden.

—¿Qué pasa? —me pregunta Pam.

—Nada.

Sigo con la cabeza baja, pero lanzo una rápida ojeada furtiva a Simon. Lo único que quiero saber es si anoche nos vio. Doy por hecho que se le notará en la cara. Para mi sorpresa, no se le nota. Si oculta algo, no se sabe. Su pelo sal y pimienta está tan perfectamente peinado como lo estaba en el camino del parque de Rock Creek. No parece cansado y sus hombros están firmes. Y que yo pueda decir, ni siquiera me ha mirado.

—¿Seguro que no pasa nada? —insiste Pam.

—Seguro —respondo. Levanto la cabeza lentamente. Entonces hace la cosa más increíble de todas. Me mira directamente y sonríe.

—¿Todo bien, Michael? —me pregunta.

La sala entera se vuelve y espera mi respuesta.

—S-sí —tartamudeo—. Esperando para empezar.

—Bien, entonces vamos a ello.

Hace unos pocos anuncios generales mientras yo intento borrar mi asombro de mi rostro lo mejor que puedo. Si no lo hubiera mirado directamente a los ojos, no lo hubiera creído. Ni siquiera echó una segunda mirada a la herida de mi frente. Pasase lo que pasase anoche, Simon no sabe que yo estuve allí.

—Hay una última cosa que quiero comentarles y después pasaremos a un asunto nuevo —expone Simon—. En el *Herald* de esta mañana, un artículo hacía referencia a la fiesta de cumpleaños que hicimos para nuestro adjunto del Presidente favorito. —Todos los ojos se dirigen a Lawrence Lamb, que se niega a darse por enterado con un mínimo gesto de atención—. El artículo seguía hablando de que en la lista de invitados era notoria la ausencia del vicepresidente y que todo era un bullir de rumores de por qué no estaba. Así que, para el caso de que ya se hayan olvidado, además del Presidente y la Primera Familia, la única otra gente que había en aquella sala eran unos pocos miembros del Gabinete y aproximadamente catorce representantes de esta oficina.

Apoya las manos de plano sobre la mesa y deja que el silencio haga su efecto. No hay duda de que nos ha pillado. Puede que nunca vuelva a mirarlo del mismo modo, pero cuando se pone a ello, Edgar Simon es un abogado increíble. Como maestro de decir sin decir, va haciendo un rápido examen de cuantos estamos aquí.

—Quienquiera que fuese… esto debe terminar. Esas preguntas no las hacen para dar una buena imagen de nosotros, y estando tan cerca de la reelección, tendrían ustedes que ser un poco más espabilados. ¿Me explico con suficiente claridad?

Lentamente, un murmullo de asentimiento crece por la sala. A nadie le gusta que le atribuyan filtraciones. Miro a Simon, sabiendo que éste es un problema que le preocupa poco.

—Estupendo, entonces dejemos esto y continuemos. Es hora de algunos asuntos nuevos. Alrededor de la sala; empezamos por Zane.

Julian Zane levanta los ojos de su cuaderno con una amplia sonrisa. Es la tercera reunión consecutiva en la que lo llaman el primero. Lamentable. Como si ninguno de los demás contase.

—Sigo regateando con los de la Comisión de Cambio y Bolsa para la reforma —dice Julian, dándose una importancia que es como una bofetada en la cara de todos nosotros—. Hoy tengo que reunirme con el asesor del portavoz para fijar unas cuantas cuestiones… Le interesa tanto que se salta el receso. Después de eso, creo

que ya podré presentar el informe de decisión.

Me encojo cuando Julian pronuncia las últimas sílabas. El informe de decisión es la recomendación política oficial de nuestra oficina sobre un tema. Y aunque nosotros hacemos la investigación y lo escribimos, el producto final suele ser presentado por Simon al Presidente. De tanto en cuanto, también nos dejan hacer la presentación. «Señor Presidente, esto es lo que opinamos de». Es la zanahoria definitiva en la Casa Blanca… algo que llevo dos años esperando.

La semana pasada, Simon anunció que Julian haría la presentación. No son noticias nuevas. Aun así, Julian no puede evitar mencionarlo. Entrecerrando los ojos para comprobar su agenda, Simon muestra la misma silueta que le vi en el coche. Intento olvidarlo, pero no puedo. Todo lo que veo son aquellos cuarenta mil, diez mil de los cuales están ahora relacionados conmigo. Simon me lanza una mirada y un reflujo de bilis me sube del estómago. Si lo sabe, está jugando conmigo. Y si no… si no, no me importa. En cuanto salgamos de aquí pediré algunos favores.

Tras una rápida indicación de cabeza, pasamos a la persona que está a la derecha de Julian. Daniel L. Serota. Una sonrisa compartida engloba el resto de la sala. Aquí está Danny L.

Cada una de las personas empleadas en la Oficina del Consejero aporta sus cualidades personales al despacho. Algunos somos listos, otros tienen conexiones políticas, algunos saben tratar con la prensa, y otros trabajar bajo presión.

¿Danny L.? Es bueno para manejar documentos grandes.

Rasca el frente de sus gafas con las uñas, tratando de quitar una mota. Como siempre, su pelo oscuro está alborotado.

—Los israelíes estaban en lo cierto. He repasado hasta el último MemCon que tenemos archivado —explica, refiriéndose a las notas de las conversaciones que toman los ayudantes cuando el Presidente se reúne con algún jefe de Estado—. El Presidente y el primer ministro nunca dijeron nada, ni siquiera sobre cómo llegó allí el material. Y desde luego, nunca mencionaron interferencias de las Naciones Unidas.

—¿Y repasó también todas las notas que había en Gestión de Archivos? —pregunta Simon.

—Sí. ¿Por qué?

—Había más de quince mil páginas allí.

Danny L. ni siquiera pestañea.

—¿Y?

Simon mueve la cabeza mientras Pam se inclina para dar una palmadita a Danny L. en la espalda.

—Eres mi héroe —le dice—. Mi auténtico héroe.

Cuando se apagan las risas, continúo luchando contra el pánico. Simon lo está pasando demasiado bien. Esto no casa bien con lo que hacía en el bosque. Al

principio quería pensar que era la víctima. Ahora no estoy tan seguro.

Mi mente va sopesando las posibilidades cuando le llega el turno a Pam. Como encargada de comprobar los currículums para los nombramientos judiciales, Pam conoce toda la porquería que pueden esconder los futuros jueces del país.

—Tenemos unos tres que pueden estar a punto para anunciarlos al final de la semana —explica—, incluyendo a Stone para el noveno turno.

—¿Y qué hay de Gimbel? —pregunta Simon.

—¿El del DC? Es uno de la terna. Estoy esperando el final de un papel…

—¿Así que todo está en orden? ¿No hay problemas? —interrumpe Simon con escepticismo.

Algo va mal. Está llamando al orden a Pam.

—Que yo sepa, no hay problemas —dice Pam en tono de duda—. ¿Por qué?

—Porque en la reunión del Gabinete presidencial de esta mañana, alguien me dijo que flotan rumores de que Gimbel tuvo un hijo ilegítimo con una de sus antiguas secretarias. Al parecer, les ha estado pasando dinero durante años.

Las consecuencias se imponen rápidamente. La sala queda en absoluto silencio y todos los ojos se vuelven hacia Pam. Simon va a machacarla por esto.

—Tenemos una elección de aquí a dos meses —empieza a decir con un tono mesurado y sin nervios—, y un presidente que acaba de refrendar unas leyes importantes en favor de la investigación de la paternidad. ¿Y qué hacemos para que nos pidan un bis? Decirle al mundo que el actual candidato judicial de Hartson tiene un íntimo conocimiento de nuestra ley más reciente.

—Veo a Julian y a unos pocos más reírse al otro lado de la sala—.

No es para reírse —advierte Simon—. En todo el tiempo que llevo aquí, no recuerdo la última vez que vi un conflicto tan embarazoso entre los tres poderes del Estado.

—Lo siento —dice Pam—. Pero él nunca mencionó nada sobre…

—Por supuesto que no lo mencionó. Por eso a este trabajo lo llamamos comprobación de currículums —la voz de Simon permanece tranquila, pero está perdiendo la paciencia. Debe de haber habido barullo en el Gabinete con esto, y con la campaña de Bartlett acercándose poco a poco, todos los jefazos están al límite—. ¿No es ése su trabajo, señorita Cooper? ¿No se trata de…?

—Tranquilo, Edgar —interrumpe una voz femenina. Me giro hacia la derecha y veo a Caroline Penzler agitando un dedo desde el canapé. Vestida con un blazer de lana barato a pesar del calor, Caroline es un peso pesado y la supervisora de Pam en los nombramientos. Es también una de las pocas personas de esta sala que no le tiene miedo a Simon—. Si Gimbel lo mantuvo en silencio y no hay pruebas por escrito, para nosotros es casi imposible saberlo.

Pam agradece en silencio con un gesto de aprecio la ayuda de su mentora. Pero

Simon no se impresiona.

—No hizo las preguntas adecuadas —le espeta a Caroline—. Ésa es la única razón de que se le escabullese entre las piernas.

Caroline lanza una mirada furiosa a Simon. Hay mucha historia entre ellos dos. Cuando Hartson fue elegido por primera vez, los dos aspiraban a la cabeza del Consejo. Caroline era amiga de la Primera Dama. Maniobró con fuerza, pero ganó Simon. Y los chicos blancos mandaron.

—Tal vez no te des cuenta del proceso —dice Caroline—. Hay diferencia entre hacer preguntas duras y hacer todas las preguntas posibles.

—En año de elecciones, no hay diferencia. Todos saben cómo funciona la opinión: hasta el más pequeño detalle se magnifica. ¡Lo que quiere decir que cualquier cuestión es una cuestión importante!

—¡Yo sé hacer mi trabajo! —explota Caroline.

—Eso está claramente en discusión —replica rugiendo Simon.

Pam vuelve al ataque negándose a permitir que Caroline cargue con el fallo.

—Señor, comprendo lo que usted dice, pero llevo días llamando a Gimbel. Y continúa diciendo que…

—No quiero saberlo. Si Gimbel no tiene tiempo, no tiene nominación. Además, es amigo del Presidente, y sólo por esa razón, debería aceptar las preguntas.

—Lo intenté, pero él…

—Es amigo del Presidente. Lo comprende.

Antes de que Pam pueda responder, alguien dice:

—Eso no es cierto. —Desde la otra punta de la mesa, el consejero adjunto Lawrence Lamb continúa—: No es amigo del Presidente.

Lawrence Lamb es un hombre alto, robusto, de ojos azules como cristal y un cuello largo que se inclina ligeramente hacia abajo de tantos años de agacharlo para hablar con la gente. Lamb conoce al presidente Hartson desde sus días en la escuela secundaria en Florida. Debido a eso, Lamb es uno de los amigos más próximos al Presidente y uno de sus consejeros de mayor confianza. Lo que significa que tiene lo que todos nosotros deseamos: la atención del Presidente. Y si tienes esa atención, tienes poder. Así que cuando Lamb nos dice que Gimbel no es amigo del Presidente, sabemos que se ha acabado la discusión.

—Creía que habían ido juntos a la facultad —insiste Simon, intentando no quedar mal.

—Eso no significa que sean amigos —dice Lamb—. Puedes creerme, Edgar.

Simon asiente en silencio. Se ha acabado.

—Le preguntaré lo de esos rumores sobre el niño —añade Pam, rompiendo finalmente el silencio de la sala—. Perdón por olvidarlo.

—Gracias —le responde Simon. Decidido a continuar, se vuelve hacia mí y me

indica que ha llegado mi turno de hablar.

Bajo el cuaderno, doy un paso adelante y me digo que nada ha cambiado. Por muchas cosas que viera la noche anterior, éste sigue siendo mi momento.

—He estado trabajando en la cuestión de las grabaciones para Justicia. Cuando van derechos al asunto, lo que quieren es algo que llaman jurisdicción móvil para grabaciones. Actualmente, si Justicia o el FBI quieren grabar a alguien, no pueden decir simplemente «Jimmy Machismo, alias *el Puño*, es un hampón, así que nos dais las cintas y lo arreglamos». En cambio, tienen que detallar los lugares exactos en los que tiene lugar la actividad sospechosa. Si cambian la norma y consiguen jurisdicción móvil, pueden ser mucho menos concretos en las peticiones y poner las grabadoras donde quieran.

Simon se pasa los dedos por la barba, sopesando detenidamente la cuestión.

—Eso tiene un gran potencial de mano-dura-contra-el-delito.

—Sin la menor duda —respondo—. Pero arroja las libertades civiles a la basura.

—¡Oh, vamos! —interrumpe Julian—. Olvídate del paño de lágrimas. Eso no traerá problemas. Lo apoya Justicia, lo apoya el FBI y lo odian los delincuentes; es un asunto a prueba de bomba.

—No hay nada a prueba de bomba —le replico—. Y cuando el *York Times* te lo plante en primera página y diga que ahora Hartson tiene derecho a meter las narices en tu casa, sin ninguna sospecha razonable, todos, desde la prensa progresista a los ultraconservadores, se rasgarán las vestiduras. Justo lo que Bartett necesita. No es un buen tema para un año de elecciones, y lo más importante, no está bien.

—¿No está bien? —se mofa Julian.

Menudo asno pomposo de la política.

—Ésa es mi opinión. ¿Algún problema?

—A sus rincones —interviene Simon, haciendo gesto de separarnos—. Hablaremos después de eso, Michael. ¿Algo más?

—Una cosa. El martes recibí la nota de Gestión y Presupuestos sobre la nueva revisión de Medicaid. Al parecer, en uno de sus programas de protección a largo plazo, Sanidad y Servicios Sociales quiere negar las prestaciones a quienes tengan antecedentes penales.

—Otro plan de mano-dura-contra-el-delito para la reelección. Es asombroso lo creativos que nos ponemos cuando están en juego nuestros puestos de trabajo.

Busco su mirada, preguntándome qué querrá decir con eso. Añado con precaución:

—El problema es que yo creo que entra en conflicto con el programa presidencial de ayuda al trabajo y su instancia de rehabilitación en la legislación penal. Los de Sanidad pueden pensar que es un modo estupendo de ahorrar dinero, pero no se pueden hacer las dos cosas.

Simon se toma un segundo para pensarlo. Cuanto más largo sea el silencio, más de acuerdo está.

—Escríbelo —dice finalmente—. Me parece que puedes tener algo de…

—Aquí está —lo interrumpo mientras saco un informe de dos páginas de la cartera—. Están a punto de sacarlo, así que le di prioridad.

—Gracias —dice cuando le paso el informe. Agradezco con la cabeza y Simon se dirige de nuevo al grupo sin darle más importancia. Está acostumbrado a los excesos de celo.

Cuando completamos la ronda, Simon pasa a los nuevos temas. Mirándolo, estoy verdaderamente asombrado de que en todo momento se lo ve y se lo oye más tranquilo incluso que cuando empezó.

—No hay mucho que decir —comienza con su tono siempre firme—. Quieren que le echemos otro vistazo a esa cosa del censo…

Levanto la mano el primero.

—Es todo tuyo, Michael. Quieren repasar las diferencias surgidas entre contar narices de una en una y hacer un análisis estadístico.

—Por cierto, había un editorial en el…

—Lo vi —me interrumpe—. Por eso nos solicitan datos. Nada muy elaborado, pero quiero poder darles una respuesta mañana. —Simon lanza una última mirada en torno a la sala—. ¿Alguna pregunta? —Ninguna mano se levanta—. Bien. Si me necesitan, estoy a su disposición. —Se levanta de su asiento y despide la reunión.

Inmediatamente, la mitad de los presentes, incluidos Pam y yo, se dirige a la puerta. La otra mitad se queda y forma una fila para hablar con Simon. Para ellos no es más que el acto final de la comedia del ego: sus proyectos son de tan alto secreto que es absolutamente imposible hablar de ellos ante el resto de nosotros.

Cuando voy hacia la puerta, veo a Julian saltándose un puesto en la cola.

—¿Qué pasa? —le pregunto—. ¿No te gusta andar con el resto de la clase?

—Es asombroso, Garrick, siempre sabes exactamente lo que está en marcha. Por eso siempre te da los temas sexy, los buenos como el censo. Oooh, muchacho, oro puro. Allá voy, señores actuarios.

—¿Sabes? —le digo, mientras finjo que su chiste me ha hecho gracia—, siempre he tenido una teoría sobre ti, Julian. En cuarto grado, cuando te sacaban a la pizarra, siempre intentabas hablar de ti mismo, ¿no es así?

—¿Eso te parece gracioso, Garrick?

—La verdad, creo que es muy gracioso.

—Yo, también —dice Pam—. No de histeria, pero gracioso.

Comprendiendo que nunca podrá sobrevivir a un enfrentamiento contra ambos, Julian se pone grosero:

—Podéis iros los dos a la mierda.

—Aguda respuesta.

—Bien elaborada.

Se vuelve, airado, y regresa a la cola. Pam y yo vamos hacia la puerta. Al salir echo una mirada hacia atrás y pillo a Simon volviéndose rápidamente. ¿Estaba mirándonos? No, no hagas interpretaciones. Si lo supiera, yo lo sabría. Necesariamente.

Evitamos la cola del ascensor, cogemos la escalera y nos vamos de vuelta al EAOE. En cuanto estamos solos veo que Pam cambia de humor. Camina mirando al suelo sin decir una palabra.

—No te machaques con ese tema —le digo—. Gimbel no te informó y tú no podías saberlo.

—No me importa qué me dijera; mi trabajo es saberlo. Si no, no tengo nada que hacer aquí. Quiero decir, según están las cosas, apenas puedo figurarme qué más puedo hacer.

Ya estamos —el Yin de su propio Yang—, dureza contra sí misma. Al contrario de Nora, cuando Pam se enfrenta a las críticas su primera reacción es atacarse a sí misma. Es el clásico mecanismo de defensa de las personas con éxito… y el modo más sencillo de disminuir sus propias expectativas.

—Venga, Pam, sabes que tu sitio está aquí.

—Según Simon, no.

—Pero si incluso Caroline dijo…

—Olvídate de la lógica. Nunca funciona. Y quiero enfadarme conmigo misma un rato. Si quieres alegrarme el ánimo, cambia de tema.

Ya estamos otra vez, sinceridad guerrillera.

—Muy bien, qué te parece un poco de cotilleo de oficina: ¿quién crees tú que filtró lo de la fiesta de cumpleaños?

—Nadie —dice cuando entramos de nuevo en los pasillos estériles del EAOE—. Sólo lo decía para marcarse un tanto.

—Pero el *Herald*…

—Abre los ojos, muchacho. Era una fiesta para Lawrence Lamb, el Primer Amigo. En cuanto corrió la voz, el edificio entero vino corriendo. Nadie se pierde una función social con el Presidente. O con Nora.

Me paro justo delante de la sala 170. Nuestra oficina.

—¿Piensas que yo fui por eso?

—¿Me vas a dar otra razón?

—Tal vez.

—Ni siquiera sabes mentir, ¿verdad? —se ríe Pam—. Hasta eso es demasiado.

—¿De qué hablas?

—Estoy hablando de tu disposición inquebrantable a ser siempre un *boy scout*.

—¡Oh, y tú eres la *hiper cool*!

—Chica de la gran ciudad —dice, sacudiéndose orgullosamente alguna mota invisible del hombro.

—Pam, tú eres de Ohio.

—Pero he vivido en…

—No me cuentes otra vez lo de Nueva York. Estabas en la facultad, te pasabas la mitad del tiempo en tu habitación y el resto en la biblioteca. Además, tres años no dan para fabricar un *hiper cool*.

—Pero sí para estar segura de no ser un *boy scout*.

—¿Quieres dejar eso ya? —Antes de que pueda terminar, suena mi busca. Miro la pantallita digital pero no reconozco el número de teléfono. Me lo saco del cinturón y leo el mensaje: «Llama. Nora».

Mis ojos no muestran reacción. Mi voz es supersuave.

—Tengo que contestar —le digo a Pam.

—¿Qué quiere?

Me niego a responder. Ella vuelve a reírse.

—¿También vendes galletitas o eso es sólo cosa de las *girl scouts*?

—Que te follen, paleta.

—Tú, ni el mejor día de tu vida —responde, mientras me dirijo a la puerta.

Abro la pesada hoja de roble de nuestra oficina y penetro en la antesala que conduce a otros tres despachos. Tres puertas: una a la derecha, una en el medio, otra a la izquierda. Le he puesto el nombre de Sala del Tigre o la Dama, pero nadie pilla nunca la referencia. La antesala es apenas lo bastante grande para albergar un escritorio pequeño, la fotocopiadora y la máquina de café que hemos metido, pero sigue siendo un buen sitio para un último momento de descompresión.

—De acuerdo, muy bien —dice Pam, yendo hacia la puerta de la derecha—. Si con eso te sientes mejor, puedes reservarme dos cajas de las finitas de menta.

He de admitir que esta última es divertida, pero no pienso darle la satisfacción de ninguna de las maneras. Sin volverme, irrumpo en el despacho de la izquierda. Al cerrar la puerta con fuerza tras de mí oigo exclamar a Pam:

—Dale recuerdos.

Para el nivel del EAOE, mi despacho es bueno. No es enorme, pero tiene dos ventanas. Y una de los cientos de chimeneas del edificio. Las chimeneas no funcionan, por supuesto, pero eso no quiere decir que tener una no sea una muesca en la culata. Aparte de eso, es típicamente Casa Blanca: mesa de despacho antigua que tienes la esperanza de que haya pertenecido a alguien famoso, lámpara de mesa comprada durante la administración Bush, silla comprada durante la administración Clinton, y un sofá de plástico que parece que lo hubieran comprado durante la administración Truman. El resto del despacho lo hace mío: archivadores ignífugos y

caja fuerte industrial, por cortesía de la Oficina de Consejeros; sobre la chimenea, un retrato hecho por un dibujante de juzgados donde estoy sentado ante el tribunal de prácticas finales, cortesía de la Facultad de Derecho de Michigan; y en la pared sobre mi mesa, el estándar Casa Blanca, cortesía de mi ego: una fotografía dedicada en la que estoy con el presidente Hartson después de uno de sus discursos por radio, y donde me agradece mis servicios.

Arrojo la cartera sobre el sofá y me voy a la mesa. Una pantalla digital conectada al teléfono dice que tengo veintidós llamadas nuevas. Voy repasando la lista y voy viendo los nombres y números de teléfono de todos los que llamaron. Nada que no pueda esperar. Ansioso por volver a Nora, echo un vistazo a la tostadora, un pequeño aparato electrónico que tiene una extraña semejanza con su nombre y que dejó aquí mi antecesor en el despacho. Una pequeña pantalla muestra lo siguiente con letras verdes digitales:

POTUS: DESPACHO OVAL
FLOTUS: EAOE
VPOTUS: ALA OESTE
NORA: RESIDENCIA SEGUNDA PLANTA
CHRISTOPHER: ACADEMIA MILTON

Aquí están: los cinco grandes. El Presidente, el vicepresidente y la Primera Familia. Los principales. Como el Gran Hermano, compruebo por instinto todas las ubicaciones. La tostadora está ahí para casos de emergencia, y el Servicio Secreto la actualiza a cada movimiento de los principales. Jamás he oído que nadie la haya usado, pero eso no significa que no sea el juguete favorito de todos. La cuestión es que no me intereso por el Presidente de los Estados Unidos ni por la Primera Dama ni por el Vicepresidente. Lo que realmente miro es Nora. Cojo el teléfono y marco su número. Contesta al primer timbrazo.

—¿Has dormido bien esta noche?

Está claro que tiene el mismo identificador de llamadas que nosotros.

—Bastante bien. ¿Por qué?

—Por ninguna razón… sólo quería comprobar que estabas bien. Te pido perdón otra vez por haberte puesto en aquella situación.

Aunque sea triste admitirlo, me encanta notar la preocupación en su voz.

—Te agradezco que lo digas. —Me vuelvo hacia la tostadora y añado—: Por cierto, ¿dónde te estoy llamando?

—Dímelo tú, tú eres el que está mirando la tostadora.

—No, no la miro —digo, sonriendo para mis adentros.

—Ya te lo dije anoche, no sabes mentir, Michael.

—¿Por eso tenías tanto interés en limpiarme la boca?

—Si de lo que hablas es de que te metiera la lengua en la garganta, sólo era para que tuvieras algo excitante en lo que pensar.

—¿Ésa es tu idea de lo excitante?

—No, excitación sería si ese aparatito que estás mirando te enseñase exactamente lo que estoy haciendo con las manos.

Esta mujer es una bruta.

—¿Así que este chisme funciona?

—No lo sé. Sólo se lo dan a los funcionarios.

—¿Conque ésas tenemos, eh? ¿Ahora no soy más que un funcionario?

—Ya sabes lo que quiero decir. Normalmente… funciona como… Yo nunca he tenido oportunidad de verlo —tartamudea.

No puedo creerlo: ¡está realmente incómoda!

—Está bien —le digo—. Es una broma.

—No, ya sé que… sólo… no quiero que pienses que soy una esnob caprichosa.

Hago una pausa, perdido en la curiosidad casi científica por saber qué encuentra ella importante.

—Quítatelo de la cabeza —acabo diciendo—. Si pensara que eres una esnob, no habría salido contigo, en primer lugar.

—Eso no es verdad —me provoca.

Tiene razón. Pero su tono juguetón me dice que le ha gustado el intento. Como es Nora, su recuperación es inmediata—. ¿Dónde dice que estoy, pues? —añade, devolviendo mi atención a la tostadora.

—Residencia segunda planta.

—¿Y qué te dice eso?

—No tengo ni idea… nunca he estado ahí.

—¿Nunca has estado aquí? Pues tendrías que venir.

—Entonces tendrías que invitarme —me siento satisfecho de ésta. La invitación tiene que estar a la vuelta de la esquina.

—Ya veremos —dice.

—Oh, ¿todavía no he pasado el examen? ¿Qué tengo que hacer? ¿Fingir interés? ¿Mostrar un interés permanente? ¿Ir a alguna cena en grupo para que me examinen tus amigas?

—¿Eh?

—No te hagas la tímida, ya sé cómo sois las mujeres, hoy en día todo son decisiones en equipo.

—Las mías, no.

—¿Y esperas que me crea eso? —le pregunto con una carcajada—. Venga, Nora, tú tienes amigas, ¿o no?

Por primera vez, no responde. No hay más que aire quieto. Mi sonrisa cae hasta ser una línea plana.

—Yo no… no quería decir…

—Naturalmente que tengo amigas —tartamudea finalmente—. Por cierto, ¿has visto ya a Simon?

Estoy tentado de volver a lo de antes, pero esto es más importante.

—En la reunión de esta mañana. Entré y el mundo entero empezó a moverse en cámara lenta. La cuestión es que, observando su reacción, no creo que nos viera. Lo hubiera notado en sus ojos.

—¿De repente eres el arbitro de la verdad?

—Recuerda mis palabras, no se enteró de que estábamos allí.

—¿Y has decidido lo que vamos a hacer?

—¿Qué hay que decidir? Tengo que informar.

—Pero ve con cuidado en lo de… —dice después de pensar un momento.

—No te preocupes, no voy a decirle a nadie que tú estabas allí.

—Eso no es lo que me preocupa —me replica, molesta—. Iba a decir que tuvieras cuidado a quién se lo dices. Teniendo en cuenta el tiempo y la persona involucrada, este asunto irá a *Hindenburg*.

—¿Crees que debería esperar hasta después de las elecciones?

Al otro lado de la línea se produce una larga pausa. Sigue siendo su padre. Finalmente dice:

—A eso no puedo responderte. Estoy demasiado cerca —lo noto en su voz. La ventaja es sólo de doce puntos, y ella sabe qué podría pasar—. ¿Hay alguna manera de mantenerlo al margen de la prensa? —me pregunta.

—No pienso darle esto a la prensa de ninguna de las maneras, créeme. Nos comerían vivos para almorzar.

—¿Entonces a quién acudirás?

—No estoy seguro, pero creo que debería ser alguien de aquí.

—Si quieres, puedes decírselo a papá. Ya estamos otra vez. Papá. Cada vez que lo dice suena mucho más ridículo.

—Excesivo —digo—. Antes de que llegue a él, me gustaría que alguien investigara un poco más.

—¿Sólo para que estemos seguros de que tenemos razón?

—Eso es lo que me preocupa. En cuanto esto se sepa, destrozaremos la carrera de Simon. Y no es cosa que me tome a la ligera. Aquí dentro, en cuanto te señalan con el dedo, estás listo.

Nora lleva demasiado tiempo del lado del receptor. Sabe que tengo razón.

—¿Estás pensando en alguien? —me pregunta.

—En Caroline Penzler. Ella está al cargo de las cuestiones éticas en la Casa

Blanca.

—¿Y es de fiar?

Cojo un lápiz que está al lado y doy golpecitos con la goma contra la mesa.

—No estoy seguro… Pero sé exactamente a quién preguntárselo.

Capítulo 5

Salgo de mi oficina, cruzo la antesala y voy directo a la de Pam. La puerta está siempre abierta, pero aun así doy unos golpecitos de cortesía antes de entrar.

—¿Hay alguien en casa?

Cuando dice «pasa», ya estoy plantado ante su mesa. La decoración de su despacho es como el reflejo del mío en un espejo, incluida la chimenea inútil. Como siempre, las diferencias están en las paredes, en las que Pam ha sustituido mis objetos de ego con dos efectos personales: encima del sofá, una fotografía ampliada del Presidente cuando habló en el Salón de Famosos del Rock and Roll en Cleveland, de donde es ella; y sobre el escritorio, una enorme bandera norteamericana, regalo de su madre cuando le dieron este trabajo. Típico de Pam, pienso. Pastel de manzana en el fondo.

Frente a la mesa del ordenador perpendicular a la de despacho, Pam teclea con furia dándome la espalda. Es su modo de trabajar, con el pelo rubio y fino recogido atrás con un clip rojo.

—¿Qué hay? —pregunta sin volverse.

—Tengo que hacerte una pregunta.

Hojea una pila de papeles buscando algo en particular. Cuando lo encuentra, dice:

—Te escucho.

—¿Tú te fías de Caroline?

Pam deja de teclear inmediatamente y se vuelve hacia mí.

—¿Algo va mal? —pregunta, levantando una ceja—. ¿Es Nora?

—No, no es Nora. No tiene nada que ver con Nora. Sólo es que tengo una cuestión sobre este asunto en el que estoy trabajando.

—¿Y esperas que me crea eso?

Soy demasiado listo para discutir con ella.

—Limítate a contestarme lo de Caroline.

Se muerde la mejilla por dentro y me observa atentamente.

—Por favor —añado—. Es importante.

Mueve la cabeza y sé que lo he logrado.

—¿Qué quieres saber?

—¿Es leal?

—La Primera Dama piensa que sí.

Asiento al oír la referencia. Caroline es una vieja amiga de la Primera Dama, a la que conoció en la Fundación Nacional del Parkinson en Miami, de la que la señora Hartson era consejera, y la animó a ir a las clases nocturnas de la Facultad de Derecho de la Universidad de Miami. De allí, la Primera Dama se la llevó al Fondo para la Defensa Legal de los Niños, después a la campaña y, finalmente, a la Casa

Blanca. Las batallas largas forjan los lazos más fuertes. Yo sólo quiero saber cómo de fuertes.

—De manera que si le cuento algo de vital importancia, ¿puedo fiarme de que guardará el secreto?

—Dame alguna pista de qué quieres decir con *vital*.

Me siento en la silla delante de su mesa.

—Algo gordo.

—¿Gordo de primera página o gordo de portada de *Newsweek*?

—*Newsweek*.

Pam no afloja.

—Caroline se ocupa de controlar a todos los peces gordos: miembros del Gabinete, embajadores, ministro de Sanidad… Les abre los armarios y se asegura de que podamos vivir con los cadáveres que tienen.

—¿Entonces crees que es leal?

—Conoce los trapos sucios de prácticamente todos los peces gordos del poder ejecutivo. Por eso la ha puesto aquí la Primera Dama. Si no es leal, estamos muertos.

Me quedo en silencio, me inclino hacia adelante y apoyo los codos en la rodilla. Es verdad. Antes de que alguien sea nominado, tiene que confesarse por lo menos una vez con Caroline. Sabe lo peor de todo el mundo: quién bebe, quién ha tomado drogas, quién ha tenido un aborto y quién le esconde a su mujer una casa de vacaciones. Todo el mundo tiene secretos, yo incluido. Lo que significa que, si esperas que se haga algo, no puedes descalificar a todo el mundo.

—¿Así que no tengo que preocuparme? —pregunto.

Pam se pone en pie y se viene al otro lado de la mesa. Se sienta en el asiento al lado de mí y me mira a los ojos.

—¿Tienes dificultades?

—No, en absoluto.

—Es Nora, ¿verdad? ¿Qué ha hecho?

—Nada —digo echándome un poco para atrás—. Puedo arreglármelas.

—Seguro que sí. Siempre puedes. Pero si necesitas ayuda…

—Ya lo sé… Tú estás ahí.

—Con campanas y todo, amigo. Y hasta puede que con un tambor.

—Sinceramente, Pam, esto es más importante de lo que piensas. —Me doy cuenta de que cuanto más tiempo siga allí sentado, más va a interesarse, así que me levanto del asiento y voy hacia la puerta. Sé que no debo decir una palabra más, pero no puedo evitarlo—: ¿Así que crees de verdad que es de fiar?

—No tienes que preocuparte por Caroline —dice Pam—. Ella se ocupará de ti.

Estoy a punto de dirigirme a ver a Caroline cuando oigo que suena el teléfono de

mi despacho. Corro hacia adentro, miro la pantalla digital para ver quién es. Es el número de antes. Nora.

—¡Hola! —digo al cogerlo.

—¿Michael? —suena distinta. Casi sin aliento.

—¿Te encuentras bien? —le pregunto.

—¿Has hablado ya con ella?

—¿Con Caroline? No, ¿por qué?

—No irás a decirle que yo estaba allí, ¿verdad? Quiero decir, no sé si deberías…

—Nora, ya te dije que no iba a hacerlo.

—Y el dinero… no vas a decirle que yo cogí el dinero, ¿verdad? —su voz está acelerada por el pánico.

—Por supuesto que no.

—Bien. Bien —ahora ya se va calmando—. Eso es lo que quería saber. —La oigo respirar hondo—. Perdona… no quería asustarme así… empezaba a ponerme un poco nerviosa.

—Lo que tú digas —le digo, todavía confuso por aquella explosión. No soporto oír esa quiebra en su voz, ver toda su seguridad aplastada. Es como ver llorar a tu padre; lo único que quieres es que pare. Y en este caso, puedo hacerlo—. No tienes que preocuparte —añado—. Ya me he ocupado de todo.

Recorrer el pasillo hasta el despacho de Caroline es fácil. También llamar a la puerta de su oficina. Entrar en ella está chupado, y oír el golpe de la puerta a mis espaldas es como tomar un buen helado. Pero cuando veo a Caroline sentada a su mesa con su pelo negro teñido suelto sobre los hombros del blazer de lana negro, todo lo que había ido preparando —absolutamente todo— se me desarma de repente. Mis miedos tienen cara. Y antes incluso de poder decir hola, se me empapa la nuca de sudor.

—Siéntate, siéntate —me ofrece cuando casi me derrumbo delante de su mesa. Acepto la invitación y me coloco en una de las dos sillas. Sin decir ni una palabra, la miro vaciar cuatro sobrecitos de azúcar en un tazón vacío. Los va desgarrando de uno en uno. En el rincón de la izquierda de la habitación, el café está ya casi hecho, murmurando. Ahora sé de dónde saca tanta energía.

—¿Cómo va todo? —me pregunta.

—Ocupado —respondo—. Realmente muy ocupado.

Sobre el hombro de Caroline veo su versión de la pared del ego: cuarenta notas de agradecimiento escritas por algunos de los jugadores más poderosos de Washington enmarcadas individualmente. Secretario de Estado. Secretario de Defensa. Embajador en el Vaticano. Fiscal general. Todos allí arriba, y todos aprobados por Caroline.

—¿Cuál es tu favorito? —le pregunto con la esperanza de que las cosas vayan más despacio.

—Es difícil de decir. Es como cuando preguntan cuál de tus hijos es tu favorito.

—El primero —digo—. Hasta que se marcha y no llama nunca. Entonces pasa a ser el que vive más cerca.

Por la naturaleza de su trabajo, Caroline se pasa los días teniendo conversaciones incómodas con la gente. Como resultado, ha visto ya prácticamente toda posible manifestación de nerviosismo que existe. Y por la expresión amarga de su cara, nacer chistes está casi abajo del todo de la lista.

—¿Puedo hacer algo por ti, Michael?

Mis ojos permanecen fijos en la mesa sumergida bajo pilas de papeles, carpetas de archivo y dos ceniceros con el sello presidencial. Hay un filtro de aire portátil en un rincón, pero la estancia continúa apestando a cigarrillos viejos que, aparte de coleccionar notas de agradecimiento, son el hábito más evidente de Caroline. Para que me sienta más a gusto, se quita las gafas y me dirige una mirada medio cálida. Está tratando de inspirarme confianza y de sugerir que puedo fiarme de ella. Pero levanto la cabeza y sólo puedo pensar en que es la primera vez en dos años que la he mirado de verdad. Sin gafas, sus ojos almendrados de color avellana no intimidan tanto. Y aunque las cejas espesas y los labios delgados le dan un aire muy profesional, parece sinceramente preocupada por mí. No preocupada como Pam, sino, para una mujer de cuarenta y muchos que es casi una completa desconocida, realmente interesada.

—¿Necesitas un vaso de agua? —pregunta. Niego con la cabeza. No más demoras.

—¿Es una cuestión de asesoría jurídica o un tema de ética? —pregunta.

—Las dos cosas —digo. Ésta es la parte más dura. Mi cabeza se acelera buscando las palabras adecuadas. Pero aunque haya practicado mucho mentalmente mientras venía, no hay nada como quitar la red y hacerlo de verdad. Cuando estoy a punto de subirme a la cuerda floja, repaso la historia por última vez con la esperanza de tropezar con alguna razón legal para que un consejero de la Casa Blanca deje dinero en medio del bosque. Ninguna de las que se me ocurren es buena.

—Es sobre Simon —digo finalmente.

—Quieto un momento —me ordena. Abre el cajón de arriba de su escritorio y saca una casete pequeña y una cinta virgen. Reconoció mi tono en cuanto lo oyó. Es algo serio.

—No creo que sea necesario…

—No te pongas nervioso, es sólo como protección.

Coge una pluma y apunta mi nombre en la casete. Cuando la mete en la grabadora, veo las palabras «Michael Garrick» a través de la piececita transparente. Pulsa «grabar» y empuja el aparato sobre la mesa, justo delante de mí. Sabe lo que pienso, pero esto ya lo ha hecho más veces.

—Michael, si esto es importante, debes tener la documentación adecuada. Ahora, ¿por qué no empiezas por el principio?

Cierro los ojos y pretendo que todavía está la red.

—Todo sucedió anoche —empiezo.

—¿Anoche quiere decir el jueves, 3? —verifica. Asiento con la cabeza. Ella se señala los labios.

—Quiero decir, exacto —digo rápidamente—. De todos modos, yo iba en coche por la calle Dieciséis cuando vi…

—Antes de seguir, ¿iba alguien contigo?

—Eso no es lo importante…

—Limítate a contestar la pregunta.

—No —respondo tan de prisa como puedo—. Iba solo.

—¿Así que no había nadie contigo?

No me gusta la manera como ha preguntado eso. Algo no va bien. Vuelvo a sentir que la nuca se me llena de sudor.

—No había nadie conmigo —insisto.

No parece convencida. Alargo la mano y detengo la cinta.

—¿Hay algún problema?

—En absoluto. —Intenta volver a arrancar la cinta, pero tengo la mano sobre el aparato.

—No quiero grabar esto —le digo—. Todavía no.

—Tranquilidad, Michael. —Apoya la espalda y me deja seguir a mi modo. La grabadora continúa apagada—. Ya sé que es difícil. Cuéntame la historia.

Tiene razón. No es el momento de perder la calma. Consigo tranquilizarme por segunda vez inspirando profundamente y me consuelo con el hecho de que ya no se grabará.

—Bueno, pues voy conduciendo por la calle Dieciséis cuando de pronto veo un coche conocido delante de mí. Cuando lo miro más de cerca me doy cuenta de que es el de Simon.

—Edgar Simon, consejero del Presidente.

—Exacto. Bueno, por alguna razón —tal vez por la hora de la noche, tal vez por dónde estamos— tan pronto como lo veo hay algo que me parece raro. Así que freno un poco y empiezo a seguirlo —le cuento el resto de la historia, detalle por detalle. Cómo Simon se paró en la carretera de Rock Creek. Cómo se bajó del coche llevando un sobre grande amarillo. Cómo saltó el guardarraíl y desapareció talud arriba. Y lo más importante, una vez se hubo marchado, lo que encontré en el sobre. Lo único que no menciono es a Nora. Ni a los polis—. Cuando vi el dinero pensé que me iba a dar un infarto. Hay que imaginárselo: es más de medianoche, está completamente oscuro y allí estoy yo con los cuarenta mil dólares de mi jefe. Y, por si fuera poco, podría

jurar que alguien me vigilaba. Era como si los tuviera justo a mi espalda. Juro que fue uno de los momentos más terroríficos de toda mi vida. Pero antes de ponerme a tocar el silbato, pensé que debería hablar con alguien. Por eso he venido aquí.

Me quedo esperando alguna reacción, pero no la hay. Finalmente, pregunta:

—¿Has terminado?

—Sí —y asiento con la cabeza.

Se inclina sobre la mesa y recoge la grabadora. Mueve a un lado y a otro el botón de pausa con el pulgar. Un tic nervioso.

—¿Y qué? —pregunto—. ¿Qué opinas?

Se pone las gafas. No parece divertida.

—Es una historia interesante, Michael. El único problema es que, hace quince minutos, Edgar Simon estuvo en este despacho contándome exactamente la misma historia que tú. Sólo que en su versión, tú eras el del dinero. —Cruza los brazos y se echa hacia atrás en la silla—. Ahora, ¿quieres empezar otra vez?

Capítulo 6

—¿Por qué diría eso? —pregunto, asustado.

—No sé en qué clase de problema te has metido, Michael, pero hay…

—No estoy metido en ningún problema —insisto. Se me seca la boca y me invade la náusea. La noto en el estómago. Todo está a punto de derrumbarse—. Yo… no sé de qué me hablas. Era él, lo juro… Lo vimos llevar el…

—¿Lo vimos?

—¿Qué?

—Vimos. Acabas de decir vimos. Nosotros. ¿Quién más estaba contigo, Michael?

Me pongo muy derecho en la silla.

—No había nadie conmigo. Juro que estaba solo.

El silencio envuelve la estancia y noto el peso de su juicio.

—Realmente tienes huevos, ¿sabes? Cuando Simon vino antes, me dijo que te tratara con cuidado. Pensaba que tenías problemas. ¿Y qué haces tú? ¡Me mientes a la cara y le echas la culpa a él! ¡Precisamente a él!

—Un momento… ¿crees que me lo estoy inventando?

—No contesto esa pregunta. —Pasa la mano por una pila de carpetas rojas—. Ya he visto la respuesta.

En el mundo de los vetos y las investigaciones de antecedentes, una carpeta roja equivale a un expediente del FBI. Instintivamente, busco el nombre en la pestaña de la carpeta de arriba. Michael Garrick. Aprieto los puños.

—¿Has sacado mi expediente?

—¿Por qué no me hablas de tu trabajo sobre las nuevas revisiones de Medicaid, lo de mantener el Medicaid para los delincuentes? Parece que te lo tomas como una auténtica cruzada.

En su voz hay un tono que pincha como un palo en el ojo.

—No sé de qué me hablas.

—No me insultes, Michael. Ya hemos pasado por esto antes. Sé todo lo de él. Sigue siendo un papá realmente orgulloso de ti, ¿verdad?

Salto de mi asiento, apenas soy capaz de controlarme. Está apretando el botón equivocado.

—¡A él déjalo en paz! —rujo—. No tiene nada que ver con esto.

—¿De veras? A mí me parece un claro conflicto de intereses.

—La única razón por la que estoy con ese tema es porque Simon me puso la nota de referencia en mi mesa.

—¿Así que nunca se te ocurrió pensar que tu padre se beneficia del programa?

—Él no recibe el dinero, va directamente a la institución.

—¡Se beneficia, Michael! Puedes darle todas las vueltas que quieras, pero sabes

que es verdad. Es tu padre, es un delincuente, y si se suprime el programa perderá los beneficios.

—¡No es un delincuente!

—Tendrías que haber rechazado este tema en el mismo momento en que te lo ofrecieron. Eso es lo que exigen las Normas de Conducta. Y eso es lo que tú dejaste de hacer. ¡Igual que la última vez!

—¡Eso era distinto!

—La única cosa distinta es que te concedí el beneficio de la duda. Pero ahora ya no me engaño.

—¿Así que ahora piensas que estoy mintiendo en lo de Simon y el dinero?

—Ya conoces el dicho: de tal palo, tal astilla.

—¡No vuelvas a decir eso! ¡No sabes nada sobre mi padre!

—¿Para eso era el dinero? ¿Era un soborno para ponerlo a salvo?

—Yo no era el del dinero.

—No te creo, Michael.

—Era Simon el que…

—Ya he dicho que no te creo.

—¿Por qué demonios no quieres escuchar? —grito, y mi voz retumba por toda la habitación.

Su respuesta es bien simple:

—Porque sé que estás mintiendo.

Ya estamos. Necesito ayuda. Me doy la vuelta y me dirijo a la puerta.

—¿Adónde te crees que vas?

No digo ni una palabra.

—¡No te marches! —grita.

Me paro y me doy la vuelta.

—¿Eso quiere decir que vas a escuchar mi versión de la historia?

Junta las manos y las deja caer sobre la mesa.

—Me parece que ya he oído todo lo que necesitaba oír.

Llego hasta la puerta y la abro.

—Si sales de aquí, Michael, te prometo que lo lamentarás.

Pero eso no me detiene.

—¡Vuelve aquí! ¡Ahora mismo!

Salgo al pasillo y todo mi mundo se pone rojo.

—¡Muérete! —digo sin volverme.

Diez minutos más tarde estoy sentado en mi despacho, mirando el pequeño televisor que está en el estante situado al lado de la ventana. Todas las oficinas del EAOE están conectadas al cable, pero yo mantengo fijo el canal 25 en el que el menú

del comedor de la Casa Blanca pasa constantemente todo el día.

Sopa del día: cebolla francesa.
Yogur del día: oreo.
Selección de sandwiches: pavo, rosbif, ensalada de atún.

Uno tras otro van subiendo pantalla arriba; letras blancas sobre un aburrido fondo azul real. En este momento es todo lo que puedo aguantar.

Al tercer pase del yogur del día, ya he reunido trece razones irrebatibles para abrirle la cabeza a Caroline. Desde tenderme una trampa hasta lanzar esos estacazos a mi padre… ¿qué demonios le pasa? Sabía lo que iba a hacer desde el mismo momento en que entré. Lentamente, firmemente, sin embargo, mi adrenalina se va disolviendo y deja paso a una calma tranquila. Y con la calma llega el entendimiento de que a no ser que tengamos otra conversación, Caroline aceptará la versión de Simon de esa historia y a mí me enterrará con ella. Por cuarta vez en diez minutos, controlo la tostadora y marco el número de Nora. Ahí dice que está en la residencia, pero nadie contesta. Cuelgo y marco otras dos extensiones. Trey y Pam son igual de difíciles de encontrar. Los llamé a los dos tan pronto como volví, pero ninguno me ha contestado.

Repaso una vez más la lista de llamadas recibidas, sólo para asegurarme de que no han llamado mientras yo ocupaba la línea. Nada. No está nadie. Nadie más que yo. En esto se resume todo. Un mundo de uno. En la Casa Blanca, los sistemas de calefacción, ventilación y aire acondicionado mantienen la presión del aire en la mansión más alta de lo normal por una sencilla razón: si alguien ataca con una arma biológica o con gas nervioso, el aire envenenado es expulsado hacia afuera, alejándolo del Presidente. Naturalmente, la broma entre el personal es que por definición esto convierte a la Casa Blanca en el lugar de trabajo con mayor presión. Pero ahora mismo, aquí sentado en mi despacho, esto no tiene nada que ver con los sistemas de aire.

Cuando noto que el instinto de supervivencia supera a la rabia, me levanto y voy a la antesala. Al abrir la puerta oigo a alguien junto a la máquina de café. Si tengo suerte, será Pam. Pero es Julian.

—Sabe como si alguien se hubiera meado dentro —dice, acercándome la taza de café a la cara.

—Bueno, pues no fui yo.

—No te echo la culpa a ti, Garrick, sólo lo hago constar. Nuestro café es un asco.

—Lamento saberlo —digo. No es momento para peleas.

—¿Qué te pasa? Tienes un aspecto horrible.

—Nada, cosas del trabajo.

—¿Como qué? ¿Darles más coba a los delincuentes? Esta mañana te llevaste dos de dos.

Paso junto a él y abro la puerta. Pese a que solemos no estar de acuerdo prácticamente en nada, tengo que admitir que nuestro tercer compañero de oficina no es mala persona, simplemente es un poco demasiado intenso para el populacho en general.

—Disfruta del café, Julian.

Al volver hacia la oficina de Caroline, encuentro el pasillo más largo que nunca. Cuando empecé a trabajar aquí, recuerdo haber quedado muy impresionado con lo grande que parecía todo. Con el tiempo, todo fue haciéndose más manejable y confortable. Pero hoy, vuelvo a estar como al principio. Al llegar al despacho de Caroline, giro el pomo de la puerta sin llamar.

—Caroline, antes de que te pongas furiosa, déjame expli…

Me quedo tan parado como un tren que descarrila.

Frente a mí, Caroline está hundida en su sillón de respaldo alto. La cabeza le cuelga hacia adelante como una marioneta abandonada y uno de sus brazos cuelga del de la silla. No se mueve. Me acerco mientras digo:

—¿Caroline?

No responde. Oh, Dios mío.

En su regazo, su otra mano sujeta un tazón de café vacío con las palabras «Aquí recibí tu Estado de la Unión» escritas. Tumbado sobre un costado y descansando sobre el muslo, el tazón vacío.

—Caroline, ¿te encuentras mal? —pregunto. Y es entonces cuando oigo sonar un lento goteo. Me coge por sorpresa y me trae a la memoria el grifo de mi apartamento que gotea. Localizo el ruido y me doy cuenta de que cae de la silla al suelo. Caroline está sentada en un charco de café.

Instintivamente, alargo la mano y la toco en el hombro. Su cabeza cae para atrás y golpea el borde de la silla con un ruido sordo. El vacío que muestran los ojos avellana desorbitados de Caroline me atraviesa con violencia. Uno de los ojos mira totalmente al frente; el otro cae torcido hacia un lado.

La estancia empieza a dar vueltas a mi alrededor. Se me contrae la garganta y, de pronto, me es imposible respirar. Doy un par de tumbos hacia atrás y choco contra la pared, haciendo caer al suelo una de las notas de agradecimiento enmarcadas. El trabajo de toda su vida se tambalea. Abro la boca pero apenas si puedo oír lo que sale de ella.

—Por favor —exclamo, buscando aire—. Por favor… que alguien me ayude.

Capítulo 7

Un guardia del Servicio Secreto con una fea mandíbula prominente me ayuda a levantarme.

—¿Se encuentra mal? ¿Está usted bien? ¿Me oye? —me pregunta, gritando hasta que le digo que sí con la cabeza.

Tengo los pies enredados en el teléfono y sus cables de cuando arranqué la consola de la mesa. Fue todo lo que se me ocurrió, el único modo de pedir ayuda. El agente aparta el teléfono de una patada y me lleva hasta el canapé del rincón. Vuelvo la vista hacia Caroline, cuyos ojos siguen abiertos de par en par. Durante toda mi vida seguiré viéndola congelada en esa posición.

Los siguientes quince minutos son un torbellino de eficacia investigadora. Antes de que me dé cuenta de lo que sucede, el despacho se ha llenado de todo un surtido de investigadores y otros servidores de la ley: dos agentes de uniforme más, dos del Servicio Secreto de traje, cinco personas de la Unidad para el Lugar de los Hechos del FBI, y un miembro del equipo de Intervención de Emergencia que está junto a la puerta armado con un Uzi. Tras una breve discusión en torno a cuestiones de competencia, el Servicio Secreto deja que el FBI se ocupe del tema. Un hombre alto con un polo azul oscuro del FBI saca fotos del despacho mientras una mujer oriental bajita y otros dos hombres con camisas azul claro registran toda la habitación. Un quinto hombre con un soniquete de Virginia en la voz es el que da las órdenes.

—Ustedes, muchachos —dice a los guardias de uniforme—. Serían de muchísima más ayuda si esperasen fuera. —Y antes de que puedan moverse siquiera, añade—: Gracias por su tiempo. —Se vuelve hacia los del Servicio Secreto de paisano y les hace una rápida revisión con la mirada. Pueden quedarse. Después viene hacia mí.

—Michael Garrick —dice leyendo mi tarjeta—. ¿Está bien ahí, Michael? ¿Puede hablar?

Asiento con la cabeza mirando la alfombra. Al otro lado, el fotógrafo retrata el cuerpo de Caroline. Cuando dispara el primer flash, todo parece normal: en prácticamente todos los actos de la Casa Blanca hay fotógrafos. Pero cuando veo la cabeza caída y retorcida hacia un lado, y el gesto torpe de su boca abierta, comprendo que aquello ya no es Caroline. Se ha marchado. Ahora no es más que un cuerpo; una cáscara que se va poniendo rígida lentamente y posa para una sesión de fotos macabras.

El agente con acento de Virginia me levanta la mandíbula y su guante de goma rasca contra los restos de mi afeitado matutino. Antes de que pueda decir palabra, me mira a los ojos.

—¿Seguro que se encuentra bien? Esto podemos dejarlo para más tarde, pero…

—No, lo comprendo… puedo hacerlo ahora.

Me pone una mano en el hombro.

—Le agradezco que nos ayude, Michael.

Mientras que los hombres del FBI llevan polo, él viste un traje gris con una manchita en la solapa derecha. Lleva el nudo de la corbata subido pero con el botón de arriba de su camisa blanca planchada suelto. El efecto es un sutilísimo atisbo de informalidad en su manera de estar, por lo demás, muy profesional.

—Menudo día, ¿eh, Michael?

Es la tercera vez desde que nos vimos que dice mi nombre, lo que tengo que admitir que pone en marcha mi radar. Como explicó una vez mi viejo profesor de Penal, repetir el nombre es el primer truco que emplean los interrogadores para establecer un primer nivel de intimidad. El segundo truco es el contacto físico. Echo una mirada a la mano que apoya en mi hombro. La aparta, se quita el guante y me tiende la mano.

—Randall Adenauer, agente especial al mando de la Unidad de Delitos Violentos del FBI.

El cargo me coge con la guardia baja.

—¿Es que creen que la han asesinado?

—Eso es adelantar demasiado los acontecimientos, ¿no le parece? —me pregunta con una risa todavía más forzada que la manera que tiene de abrocharse la camisa—. Todo lo que podemos decir de momento es que parece un simple ataque de corazón… la autopsia nos lo dirá con seguridad. Entonces, fue usted el que la encontró, ¿no es así?

Asiento con la cabeza.

—¿Cuánto tiempo pasó hasta que llamó?

—En cuanto me di cuenta de que estaba muerta.

—Y cuando la encontró, ¿estaba exactamente así? ¿No se ha movido nada?

—Cuando entré tenía la cabeza caída. Pero cuando la sacudí y le vi los ojos, tal como están ahora, tal como está mirando… entonces me caí contra la pared.

—¿Entonces tiró usted el cuadro?

—Estoy casi seguro. No esperaba verla de…

—No le estoy echando la culpa, Michael.

Tiene razón, me digo a mí mismo. No hay razón para ponerse a la defensiva.

—¿Y el teléfono en el suelo…? —pregunta.

—Todo me daba vueltas… me senté para recuperar el aliento. Y con el susto lo tiré de la mesa para pedir ayuda.

Mientras le explico lo sucedido, me doy cuenta de que no está anotando nada. Se limita a mirar hacia mí, con sus ojos azules penetrantes apenas enfocados. Por la manera en que mira —y si yo no supiese nada más—, podría pensar que está leyendo unos bocadillos de tebeo justo encima de mi cabeza. Por mucho esfuerzo que ponga

por atraer su atención, nuestros ojos no se encuentran. Finalmente, se saca del bolsillo del pantalón un paquete de Life Savers y me ofrece uno.

Lo rechazo negando con la cabeza.

—Como quiera. —Se lleva la punta del paquete a la boca y muerde uno—. Me parece que soy adicto a estas cosas. Me tomo un paquete al día.

—Es mejor que fumar —le respondo, señalando uno de los muchos ceniceros del despacho de Caroline.

Dice que sí con la cabeza y vuelve a mirar los bocadillos de diálogo. Se acabó lo intrascendente.

—Entonces, cuando la encontró, ¿para qué venía a verla?

Por encima de su hombro veo la montañita de carpetas rojas que sigue sobre la mesa de Caroline.

—Unos asuntos de trabajo, simplemente.

—¿Alguno personal?

—La verdad es que no. ¿Por qué?

—Sólo trataba de adivinar por qué tenía aquí su expediente —dice, observando el cartucho de Life Savers que tiene en la mano y fingiendo indiferencia.

Este Adenauer no es ningún bobo. Ésta me la tenía preparada.

—¿Ahora quiere decirme qué es lo que pasa en realidad? —pregunta.

—Nada, se lo juro. Simplemente estábamos repasando un conflicto de intereses. Ella es la encargada de la ética, trabaja en eso. Seguro que sacó mi expediente para comprobar algo. —No muy seguro de que se tragase aquello, señalo la mesa de Caroline—. Mírelo usted mismo: tiene otros expedientes además del mío.

Antes de que pueda responder, la agente asiática de la camisa azul claro se nos acerca.

—Jefe, ¿los de uniforme le dejaron la combinación de…?

—Aquí tiene —dice Adenauer. Mete la mano en el bolsillo de la chaqueta y le tiende una hoja de papel amarillo.

La agente coge la combinación y empieza a manipular la caja fuerte que está detrás del escritorio de Caroline.

Terminada la interrupción, Adenauer se vuelve hacia mí y me observa. Me inclino hacia atrás en el canapé, tratando de no parecer preocupado. Detrás de la mesa, se oye un ruido fuerte. La mujer abre la caja.

—Michael, mire. Yo ya comprendo que usted querrá mantenerse lo más alejado posible de esto. Ya sé cómo son las cosas aquí. Pero yo no lo estoy acusando de nada. Sólo intento averiguar lo que pasó.

—Ya le he dicho todo lo que sé.

—Jefe, será mejor que vea esto —dice la mujer asiática desde detrás de la mesa.

Adenauer se endereza y se dirige a la caja fuerte. La mujer saca un sobre grande

amarillo. Lo pone boca abajo y el contenido rebota sobre la mesa. Uno, dos, tres fajos de billetes. Billetes de cien dólares. Todos ellos envueltos con una faja del Banco de América.

Hago cuanto está en mi mano por parecer sorprendido, y debo decir en mi honor que creo que lo consigo de verdad. Pero, al mirar los tres fajos de billetes que Nora se dejó, sé que, en el fondo, esto no es más que el principio.

Capítulo 8

Dos horas de interrogatorio más tarde vuelvo andando a mi despacho con una migraña implacable y un dolor que me late en la base del cuello. Todavía no me puedo creer que Caroline tuviera el dinero. ¿Por qué…, quiero decir, si lo tenía… es porque ella también estaba en el bosque? ¿O simplemente lo cogió después? ¿Por eso fue a por Simon en la reunión de la mañana, porque faltaban diez de los grandes? La mente me da tumbos entre las varias explicaciones buscando las piezas de las esquinas del puzzle. Casi no puedo dar con una línea.

Los pasillos están casi completamente vacíos y al pasar voy oyendo en cada puerta el débil eco de docenas de televisores. Normalmente, en el EAOE los televisores se ponen sin sonido. Con noticias como ésta, todo el mundo escucha.

Es una reacción típica de la Casa Blanca. Como me explicó hace años un antiguo asesor de Clinton, la estructura de poder de la Casa Blanca es similar a la de un partido de fútbol entre niños de diez años. Por mucho que asignes una posición a cada uno y les pidas que permanezcan donde tienen que estar, en cuanto empieza el partido todos los que están sobre el terreno abandonan su puesto y corren tras la pelota.

Caso a observar: los pasillos vacíos del EAOE. Incluso antes de comentarlo con Trey, sé lo que está pasando. El Presidente está pidiendo información, lo que significa que el jefe de Gabinete está pidiendo información, lo que significa que los asesores principales están pidiendo información, lo que significa que la prensa está pidiendo información. A partir de ahí, todos los demás la están buscando —llamándose unos a otros y estableciendo todos los contactos que se les ocurren—, intentando ser los primeros en transmitir las respuestas. En una jerarquía en la que la mayoría de nosotros recibe un salario similar del Estado, la moneda que se valora es el contacto y las influencias. Para ambos, la información es la clave.

Cualquier crisis se desarrolla igual que los niños persiguen la pelota como unos desesperados. Y en cualquier otro diseño de circunstancias, yo estaría junto a todos. Pero hoy, sin embargo, vuelvo a mi despacho sin poder dejar de pensar que la pelota soy yo.

Cierro la puerta tras de mí, enciendo la tostadora y después voy directo a la tele, y todas las cadenas con pases de prensa están en directo desde la Casa Blanca. Como comprobación, miro por la ventana y veo la fila de reporteros que se mueven por la esquina noroeste del prado.

Me entra el pánico, cojo el teléfono y marco el número de Nora. La tostadora dice que sigue en la Residencia, pero continúa sin responder. Necesito saber lo que pasa. Necesito a Trey.

—Michael, ahora no es precisamente un buen momento —me dice al contestar el teléfono. Oigo al fondo como una sala repleta de gente y timbres incesantes de

teléfono. Es un mal día para ser un encargado de prensa.

—Cuéntame sólo lo que está pasando —le suplico—. ¿Qué sabes?

—Se rumorea que ha sido un ataque al corazón, aunque el FBI no soltará prenda hasta las dos. El agente que llegó primero allí nos explicó la mayor parte: dice que no había heridas externas ni nada sospechoso. —Trey continúa sus explicaciones sin que su teléfono deje de sonar—. Tendrías que haberlo visto, el típico tío de la división uniformada, buscando atención y después fingiendo que no quiere hablar.

—¿Entonces, no soy yo la pelota?

—¿Por qué ibas a ser tú la pelota?

—Porque fui yo el que la encontró.

—¿Entonces eso está confirmado? Oímos algún rumor, pero me figuré que me llamarías si… Jami, escucha esto, tengo…

—¡Trey, cállate! —le grito tan fuerte como puedo.

—… un cotilleo fantástico sobre Martin Van Buren. ¿Sabías que siempre se reían de él porque llevaba corsé? ¿No es increíble? Nunca me canso de ese tío… un pequeño demócrata con corsé. Y era tan mono… Déjame que te cuente, lo del pánico de 1837 fueron todo exageraciones de la prensa… No me creo ni una palabra de…

—¿Ya se ha marchado? —lo interrumpo.

—Sí —dice—. Ahora cuéntame lo que pasa.

—No es para tanto.

—¿Que no es para tanto? ¿Sabes cuántas llamadas he tenido sobre el tema desde que estamos hablando?

—Catorce —le digo, seco—. Las he ido contando.

Al otro lado se produce una pausa. Trey me conoce demasiado bien.

—Tal vez deberíamos hablar más tarde.

—Sí. Creo que es mejor. —Miro de nuevo por la ventana la fila de reporteros en el jardín—. ¿Crees que podrás mantenerme al margen de esto?

—Yo puedo conseguirte información, Michael, pero no puedo hacer milagros. Todo depende de con qué nos salga el FBI.

—Pero ¿tú no puedes…?

—Escucha, según lo cuenta el tipo ese de los guardias, la mayoría cree que la encontró él. Y a cualquiera que pregunta, tu nombre ha sido oficialmente sustituido por «un compañero empleado de la Casa Blanca», eso te evitará como mínimo mil cartas de electores.

—Gracias, Trey.

—Hago lo que puedo —dice al mismo tiempo que se abre la puerta de mi despacho. Pam asoma la cabeza.

—Oye, tengo que irme. Ya hablaré contigo después.

Cuelgo el teléfono y Pam me pregunta, dubitativa:

—¿Es buen momento ahora? Porque…

—No te preocupes, pasa.

Al entrar noto la torpeza de sus pasos. Generalmente decidida y con paso incansable, ahora se mueve despacio, con los hombros caídos hacia un lado.

—¿No es increíble? —pregunta, derrumbándose en el sillón situado delante de mi mesa. Tiene los ojos cansados. Y rojos. Ha estado llorando.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunto.

Esa simple pregunta produce una reactivación de emociones que inunda sus ojos de lágrimas. Se sujeta la mandíbula y lucha por contenerla. No es de las que lloran en público. Busco en mi mesa un pañuelo. Lo único que tengo son unas servilletas viejas con el sello presidencial. Se las tiendo, pero niega mi ofrecimiento con la cabeza.

—¿Seguro que te encuentras bien?

—Fue ella la que que contrató, ¿sabes? —Se aclara la garganta y añade—: Cuando vine para las entrevistas, Caroline fue la única persona a la que le gusté. Simon, Lamb, todos los demás, pensaban que no era lo bastante dura. Simon anotó las palabras «pan blando» en la hoja de mi entrevista.

—No, no es posible.

—Claro que sí. Caroline me la enseñó —dice Pam con una risita—. Pero como yo iba a trabajar con ella, consiguió hacerme pasar. El día que empecé me pasó la evaluación de Simon y me dijo que la guardase. Me dijo que algún día le haría tragarse esa hoja entera.

—¿Y la has guardado?

Pam continúa con la risa.

—¿Qué? —Una sonrisa maliciosa aparece en sus mejillas—. ¿Te acuerdas de aquella fiesta de triunfo cuando Simon hizo su declaración en el Congreso sobre anuncios de bebidas alcohólicas?

Asiento con la cabeza.

—¿Y te acuerdas de la tarta de victoria que servimos? ¿La que Caroline dijo que habíamos hecho de restos?

—¡Oh, no!

—¡Oh, sí! —añade Pam con una amplia sonrisa—. El día que hacía ciento cincuenta y dos que estaba aquí, Edgar Simon se tragó sus palabras.

—¿Me estás diciendo que echasteis la hoja de evaluación en la tarta? —le digo, riéndome con ella.

—Yo no admito nada.

—¿Pero es eso posible? ¿Crees que él no notaría el sabor?

—¿Qué quieres decir con eso de él? Créeme, yo lo estuve observando todo y tú también te comiste un buen trozo.

—¿Y no me lo impediste?

—Entonces no me caías tan bien.

—Pero ¿cómo pudiste…?

—Empapamos el papel, lo cortamos en trocitos pequeños y lo echamos en la masa. Se mezcló en un momento. La mejor lección de cocina que me han dado. Caroline era una loca genial. Y en cuanto a Simon… no aguantaba a ese cabrón.

—Justo hasta una hora antes de mor… —me contuve—. Perdona… no quería…

—No importa —dice.

Y sin más palabras, los dos dejamos transcurrir el siguiente minuto en un absoluto silencio, desnudo; un tributo improvisado en recuerdo de uno de los nuestros. Para ser sincero, hasta ese preciso momento no me doy cuenta de lo que he dejado. Durante las dos horas de interrogatorio, y la preocupación, y los quiebros para protegerme a mí mismo, olvidé una cuestión clave: me olvidé del duelo. Las piernas se me ablandan y el corazón se me encoge. Caroline Penzler ha muerto hoy. E independientemente de lo que pensara de ella, éste es el primer momento en que lo noto de verdad. Este breve silencio no la convierte en una santa, pero ser consciente de su muerte me hace un bien enorme.

Pam levanta la vista e inmediatamente nota el cambio en mi expresión.

—¿Te encuentras mal?

—No, no… es que no me lo puedo creer.

Pam asiente y vuelve a encogerse en su asiento.

—¿Qué aspecto tenía?

—¿Qué quieres decir?

—El cuerpo. ¿No fuiste tú el que encontró el cuerpo?

Asiento con la cabeza, incapaz de responder.

—¿Quién te lo dijo? —digo al fin.

—Debi, de Enlaces Públicos, se lo oyó decir a su jefe, que tiene un amigo que tiene el despacho justo frente al de…

—Entendido —la interrumpo. Esto no va a ser fácil.

—¿Puedo hacerte una pregunta al margen? —añade Pam. Por el tono de su voz sé por dónde va—. Lo de anoche, fuera lo que fuese en lo que andabas, ¿es por lo que murió Caroline?

—No sé de qué me hablas.

—No me hagas esto, Michael. Dijiste que era un asunto de portada de *Newsweek*. Tú fuiste a verla por eso, ¿verdad?

No le contesto.

—Era a cuento de Nora, ¿verdad?

Sigo sin hablar.

—Si Caroline ha sido asesinada por alg…

—¡No la asesinaron! ¡Fue un ataque al corazón!

Pam me observa atentamente.

—¿De veras te crees eso?

—Totalmente.

Cuando nos asignaron la misma oficina, Pam se describió a sí misma como la persona de quinto grado que quedaba atrás cuando sus amigos se hacían populares. Que era una persona anodina y retraída, pero tengo que decir que ni siquiera entonces, al principio, lo creí. Es demasiado aguda para eso, y no estaría aquí si no lo fuera. De modo que aunque le encante jugar a perdedora y rebajarse, incluso aunque siente una constante necesidad de rebajar sus expectativas, yo, hasta hoy, siempre he pensado que es una gurú de la dinámica interpersonal.

—¿Así que esa nena neurótica es tan importante para ti? —me pregunta.

—Puede que te cueste mucho creerlo, pero Nora es una buena persona.

—Pues si es tan buena, ¿dónde está ahora?

Echo un vistazo a la tostadora. Nada ha cambiado. Las letras digitales verdes siguen formando las mismas tres palabras: «Residencia segunda planta».

Voy a toda prisa por el pasillo del EAOE, pues sé que el único modo de descubrir lo que pasa es cara a cara y en persona. Cruzo a toda velocidad la salida de ejecutivos oeste, con un tubo de comunicaciones internas vacío apretado en el puño nervioso, atravieso el pasaje entre los edificios y me dirijo al Ala Oeste de la Casa Blanca. Al cruzar las puertas bajo el fuerte arco blanco, saludo brevemente con la mano a Phil.

—¿Arriba? —me pregunta, llamándome el ascensor.

Le digo que sí con la cabeza.

—Menudas noticias, ¿eh?

—De eso no hay duda —le digo mientras paso rápidamente a su lado.

Subo el corto tramo de escaleras de mi izquierda, reduzco el paso a un simple caminar con ímpetu. No se corre tan cerca del Despacho Oval. A no ser que quieras que te derriben o te peguen un tiro. Echo una ojeada rápida a la secretaría de Hartson para ver cómo van las cosas. Como siempre, el Despacho Oval y todo lo que está cerca del Presidente arde. Cargado con una energía imposible de describir. No es pánico… no hay pánico cuando se está cerca del Presidente. Es, simplemente, una marea viva de energía, evidente e inexcusablemente viva. Como Nora.

Mantengo el rumbo y sigo adelante. Frente a mí veo otros dos agentes de uniforme y la oficina de prensa de abajo, en la que cuatro norman rockwells auténticos se alinean en la pared que va hasta la columnata oeste. Abro las puertas y salgo, paso volando junto a las espectaculares columnas blancas que delimitan el Jardín de Rosas y vuelvo a entrar en el palacio de la Casa Blanca por el Corredor de la Planta Baja.

Justo enfrente, al otro lado de la ola de alfombra gruesa rojo pálido, hay cuatro

mamparas plegables de cerezo que bloquean la mitad trasera del pasillo. Las visitas públicas van por aquel lado. Todos los años, miles de turistas son conducidos de la Planta Baja a la Planta Noble, las dos primeras de la Casa Blanca. Visitan el Salón del Vermeil, el Salón de las Porcelanas, el Salón Azul, el Salón Rojo, el Salón Verde, el Salón Llene-usted-la-casilla. Pero no ven ni dónde viven realmente el Presidente y la Primera Familia, ni dónde duermen, dónde reciben o dónde pasan el tiempo: las dos plantas más altas de la Casa Blanca. La Residencia.

Más adelante del pasillo, por la segunda puerta a la izquierda, hay un vestíbulo que alberga un ascensor y una escalera. Ambos conducen a la Residencia. Lo único que interrumpe mi camino es el Servicio Secreto: un agente uniformado en esta planta y dos en la de arriba. No hay que perder la calma, me digo. Es como cualquier cosa en la vida: un paso decidido te lleva adentro. Con paso uniforme y consciente, exhibo la comunicación interna y avanzo por el pasillo hacia el primer guardia. Está apoyado contra la pared y parece contemplarse los zapatos. Mantén la cabeza baja, limítate a mantener la cabeza baja. Estoy a sólo tres metros de la puerta. Dos metros de la puerta. Un metro de la… Levanta la vista de repente. No me paro. Le hago un saludo amistoso con la cabeza cuando veo que mira mi tarjeta. El pase azul puede ir a casi todas partes. Y el correo interior presidencial pasa directamente para subir a la Oficina del Ujier. Para que resulte más auténtico, añado un «Buenaas». Vuelve a mirarse los zapatos sin decir nada. La confianza vuelve a resultar el salvoconducto definitivo. Me dirijo a la escalera. Ya sólo falta un piso. Aunque me siento tentado de celebrarlo, sé que el agente de la Planta Baja sólo está allí para garantizar que la gente no se despiste de su visita guiada. El auténtico control de acceso a la Residencia está en el siguiente rellano. Mientras subo, avisto en seguida a dos guardias del Servicio Secreto que me esperan. De pie ante el ascensor, estos dos no se miran los zapatos. Evito el contacto ocular y mantengo el paso decidido.

—¿Desea usted algo? —pregunta el más alto de los dos.

Sigue andando… tragarán, me digo para mis adentros.

—¿Qué tal? —digo, intentando que suene como si me pasara la vida aquí—. Me está esperando. El otro agente se pone delante de mí y me bloquea el paso hacia el siguiente tramo de escaleras.

—¿Quién lo está esperando?

—Nora —le respondo, enseñándole el correo. Doy un paso a la derecha y actúo como si pensase subir en el ascensor el resto del camino. Cuando aprieto el botón de llamada resuena un timbre rasposo en el pequeño vestíbulo.

Me doy la vuelta y veo a los dos guardias que me están mirando.

—Puede usted dejar el correo al ujier —dice el más alto.

—Me pidió que se lo entregara en mano —intento yo.

Ninguno de los dos se impresiona. Después de leer el nombre de mi tarjeta, el

más alto entra en la Oficina del Ujier, que está justo junto a la escalera, y coge el teléfono.

—Tengo aquí a un tal Michael Garrick —se queda un segundo escuchando—. No. Sí. Se lo diré, gracias. —Cuelga el teléfono y vuelve a mirarme—. No está arriba.

—¿Qué? Eso es imposible. ¿Cuándo se marchó?

—Me han dicho que no hace más de diez minutos. Si baja en el ascensor, nosotros no la vemos.

—¿Y no ponen al día sus movimientos en su radio?

—Hasta que no sale del edificio, no.

Me quedo mirándolo. No hay nada más que decir.

—Dígale que he venido —añado, empezando a bajar otra vez la escalera.

Mientras bajo veo que sube alguien. La caja de la escalera no es muy ancha, de manera que nos rozamos los hombros y puedo verlo bien por primera vez. Lleva unos caquis y un polo azul marino. Pero lo que lo delata es el auricular en la oreja. Servicio Secreto. Uno de los agentes de Nora. Harry. Se llama Harry. Forma parte de su guardia personal. Y solamente deja de estar junto a ella cuando está arriba, en la Residencia. Me doy la vuelta y lo sigo escaleras arriba. En cuanto me ven, los agentes de uniforme saben que lo sé.

—¿Me ha mentido usted? —pregunto al agente más alto.

—Escuche, hijo, esto no es…

—¿Por qué me ha mentido?

—Tómeselo con calma —dice Harry.

A los pocos segundos veo que un agente de paisano sube corriendo la escalera desde la Planta Baja. Un segundo agente con traje oscuro aparece y bloquea la entrada del pasillo. ¿Cómo demonios han reaccionado tan rápido? Miro hacia atrás y comprendo la respuesta. En el aparato de aire acondicionado sobre la puerta hay una minúscula cámara de vídeo que apunta directamente hacia mí. Harry me pone una mano en el hombro.

—Acepte lo que le digo —me dice—. No puede usted ganar.

En eso tiene razón. Me aparto de él y vuelvo hacia la escalera. Miro a Harry y añado:

—Dígale que tenemos que hablar.

Asiente con la cabeza pero no dice palabra.

Bajo corriendo la escalera y paso rozando al agente que me obstruye el paso.

—Que tenga un buen día —me dice mientras me voy.

De regreso al EAOE, me doy cuenta de que llevo los dos puños fuertemente apretados. Los abro, estiro los dedos, intento desprenderme del rechazo de Nora. Pero con la relajación llega el pánico. No estamos tan mal, me digo a mí mismo. Acabará

viniendo. Sólo es que ahora va con cuidado. Además, yo lo único que hice fue encontrar el cuerpo y gritar un poco. No es como si fuera el sospechoso. Ni siquiera sabe nadie lo del dinero. Excepto Nora. Y la policía del Distrito de Columbia. Y Caroline. Y cualquier otro al que ella le dijera lo de… demonios, los rumores ya podrían estar corriendo. Y cuando se den cuenta de que los billetes son consecutivos…

Las vibraciones de mi busca interrumpen mis pensamientos. Lo saco del bolsillo y miro el mensaje. Entonces me acuerdo de quién es la otra persona que sabe lo del dinero. El mensaje lo dice todo: «Me gustaría hablar contigo. En persona. E. S».

E. S. Edgar Simon.

Capítulo 9

Sentado en la sala de espera del despacho de Simon, mi única distracción es ver cómo Judy, su secretaria particular, escribe a máquina. Es una mujer pequeñita y fuerte con el pelo teñido de rojo. Divorciada el año que Hartson decidió presentarse a presidente, dejó los hombres, se mudó de New Jersey a Florida, el estado de Hartson, y se unió a la campaña. Judy, que es una enciclopedia ambulante de todo lo cotidiano sucedido desde entonces, adora su nueva vida. Pero como tiene dos hijos en edad universitaria y es una madre siempre atenta, nunca podrá dejar de ser quien es.

—¿Qué te pasa? Pareces enfermo.

—Estoy bien —le contesto.

—No me digas que estás bien. No estás bien.

—Judy, te prometo que todo va perfectamente. —Y como me mira seria, añado —: Estoy triste por lo de Caroline.

—Uf, sí, es terrible. Ni a mi peor enemigo le desearía una…

—¿Hay alguien con él? —interrumpo, señalando la puerta cerrada de Simon.

—No, ha estado haciendo llamadas. Fue él quien se lo dijo al Presidente. Y a la familia de Caroline. Ahora está hablando con los principales periódicos.

—¿Por qué? —pregunto, nervioso.

—Su departamento. Su territorio. Es el hombre indicado. La prensa quiere saber la reacción del jefe.

Eso tiene sentido. Nada fuera de lo normal.

—¿Hay más noticias?

Judy se echa para atrás en la silla, disfrutando su momento de persona más informada.

—Fue un ataque al corazón. El FBI todavía está registrando el despacho, pero saben lo que hay: Caroline fumaba más que mi tía Sally y se tomaba seis cafés al día. No quiero ofender, pero ¿qué esperaban?

Me encojo de hombros sin saber muy bien qué responder. En mi silencio, Judy ve algo en mis ojos.

—¿No quieres decirme lo que te inquieta realmente, Michael?

—Nada. Todo va bien.

—No será que te siguen intimidando esos tipos, ¿verdad? No tendrías por qué, eres mejor que todos ellos. Y esto que te digo es la verdad: eres una persona auténtica. Por eso la gente te quiere.

Cuando llevaba tres semanas en el puesto, envié por error una carta al jefe del Comité Judicial de la Cámara que empezaba «distinguido congresista» en vez de «distinguido señor presidente». Como estamos en Villa Ego, la oficina del presidente del Comité dejó un comentario sarcástico sobre el tema en el buzón de voz de Simon,

y después de recibir un rapapolvo de Simon cometí el error de decirle a Judy lo agobiante que resultaba ser un chico de escuela pública en aquel mundo de universidades privadas de la Casa Blanca. Después de aquello, he comprendido que puedo arreglármelas. Para mí, eso ya no supone ningún problema. Para Judy, lo será permanentemente.

—Cuanto más éxito tengas, más se asustarán —me explica—. Tú eres una amenaza para el entramado de los chicos de toda la vida, una prueba sólida como una roca de que no importa a qué escuela hayas ido ni quiénes eran tus padres…

—Ya entiendo la cuestión —digo, cortante.

Judy me concede un segundo para tranquilizarme. Insiste:

—Todavía no lo has superado, ¿verdad?

—Te prometo que estoy bien. Sólo que necesito hablar con Simon.

Hasta anoche, Edgar Simon era un gran tipo. Nacido y crecido en Chapel Hill, Carolina del Norte, no era tan fanfarrón como los mercaderes de poder de la Costa Este y los criados en el círculo político que habían ostentado anteriormente el puesto de abogado jefe de la Casa Blanca. Con dos títulos por Harvard, no le faltaba materia gris. Pero yo nunca me fijo en los curriculums. Lo que más me impresionaba de Simon era su vida personal. Pocos meses antes de llegar yo, la prensa empezó a sospechar que el presidente Hartson ocultaba que tenía cáncer de próstata. Cuando el *New York Times* comentó que Hartson tenía la responsabilidad legal de poner en conocimiento público su expediente médico, Simon se encontró ante su primera crisis importante. Cuarenta y ocho horas después supo que a su hijo de doce años le habían diagnosticado una neurofibromatosis, un trastorno genético del sistema nervioso que puede dejar impedidos a los niños.

Después de tres días de no dormir y tirarse de los pelos en una maratón investigadora en torno a las cuestiones legales que envolvían los asuntos médicos privados presidenciales, Simon entregó dos cosas al Presidente: un resumen completo de la crisis y su dimisión. Quería dejarlo claro: su hijo era primero.

No hace falta decir que a la prensa le gustó como si fueran palomitas. La revista *Parenting* lo coronó como Padre del Año, Después, al cabo de un mes, una vez vencida la crisis inicial, Simon volvió a su cargo de consejero. Dijo que el Presidente lo había llevado del brazo. Otros dijeron que no podía soportar permanecer alejado del poder. En cualquiera de los casos, no importaba. Edgar Simon había renunciado a su carrera estando en lo más alto. Por su hijo. Y yo siempre le tendría respeto por aquello.

Al entrar en su despacho, intento recordar al Edgar Simon que conocí, al Padre del Año. Pero, sin embargo, todo lo que veo es el hombre de la noche pasada, la víbora con su secreto de cuarenta mil dólares.

Sentado tras su mesa, me mira con la misma sonrisa malévola que me puso esta mañana. Pero al contrario que en nuestro encuentro anterior, ahora yo sé que anoche nos vio. Y sé lo que le dijo a Caroline —por muy en desacuerdo que estuvieran—, que me señaló con el dedo. Aun así, no hay ni un atisbo de ira en su rostro. De hecho, por el modo en que enarca sus cejas oscuras, la verdad es que parece preocupado.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta mientras me siento junto a su mesa.

—Muy bien.

—Lamento que te la encontrases de aquel modo.

—Yo también —digo, mirando al suelo.

Queda una larga pausa en el aire, una de esas pausas forzadas en las que sabes que las malas noticias están delante de tu nariz esperando para saltarte al pecho como un resorte. Finalmente, levanto la cabeza.

—Michael, creo que lo mejor sería que te fueras a casa —dice Simon en cuanto nuestros ojos se encuentran.

—¿Qué?

—No te pongas nervioso… es para tu propia protección.

Apenas si puedo contenerme; no voy a dejar que me cuelgue esto.

—¿Me manda a casa? ¿Y eso es para protegerme?

A Simon no le gusta que lo desafíen. Su tono es ahora lento y pausad:

—Hay gente que te oyó gritarle a Caroline. Y luego, encuentras el cadáver. Lo último que…

—¿Qué está diciendo? —pregunto, levantándome de un brinco.

—Escucha, Michael. Los chicos de la campaña nos están tirando con bala… Éste es un juego peligroso. Si has dado una impresión equivocada, vas a hacer que se alce hasta la última ceja votante del país.

—Pero yo no…

—Ni te estoy acusando de nada. Sólo sugiero que te vayas a casa y te tomes un respiro. Esta mañana ya has pasado mucho y te puede venir bien el tiempo libre.

—Yo no necesito…

—Ni me discutas. Vete a casa.

Me muerdo el labio inferior, vuelvo a sentarme sin saber bien que decir. Si saco a relucir lo de anoche, me enterrará con eso: me echará de pasto a la prensa con una sonrisa de traigo-un-pájaro-entre-los-dientes. Mejor estarse callado y ver adonde quiere llegar. Una pequeña tregua vale mucho; especialmente si me mantiene a su lado. Y a su espalda.

Aun así, no puedo evitarlo. Hay demasiados imponderables. ¿Qué pasa si me sale al revés? Tal vez haya algo más que lo de anoche. Simon no parece receloso ni acusador, pero eso no hace que me sienta menos a la defensiva.

—¿Sabe usted por qué nos peleábamos Caroline y yo? —exclamo, luchando por

mantener las cosas claras; y antes de que pueda contestarme, añado—: Ella pensaba que los antecedentes penales de mi padre me hacían incompatible para llevar el trabajo de Medicaid…

—Ahora no es el momento, Michael.

—¿Pero usted no cree que el FBI…?

Simon no me da la oportunidad de terminar.

—¿Sabes por qué este despacho está forrado de paneles? —me pregunta.

—¿Perdón?

—El despacho —dice, señalando los paneles de nogal que cubren las cuatro paredes—. ¿Tienes idea de por qué está forrado de madera?

Niego con la cabeza, extrañado.

—En tiempos de Nixon, este despacho pertenecía al director general de Presupuestos Roy Ash. El despacho situado al fondo del pasillo era el de John Erlichman. Los dos son grandes despachos de esquina. La única diferencia es que el de Erlichman estaba forrado de madera y éste no. Como estamos en la Casa Blanca, Ash imaginaba que eso tenía que significar algo. Pensó que todo el mundo lo veía y lo juzgaba. De modo que, como era de los ricos, se pagó de su propio bolsillo poner paneles en el despacho. Y así ya eran iguales.

—Perdone, pero no lo entiendo.

—La cuestión, Michael, es que no hay que pasarse el tiempo defendiéndose a uno mismo. Ash tenía razón. Todo el mundo te mira. Y en este momento, lo único que ven es una mujer que ha tenido un ataque al corazón. Si empiezas a disculparte, ellos empezarán a pensar otra cosa.

—¿Y eso qué quiere decir? —digo, sentándome muy derecho.

—Nada en absoluto —dice alegremente—. Me limito a mirar por ti. Ese corte de la frente se te habrá ido mañana. Y, hazme caso, no necesitas que te hagan otro.

—Yo no he hecho nada malo —insisto.

—Nadie dice que lo hicieras. Fue un ataque al corazón. Eso, los dos lo sabemos. —Aprieta sus dedos índices uno contra otro y se los lleva a los labios. Con una sonrisa silenciosa, envía la amenaza a casa. Vete a casa y estáte calladito, o quédate aquí y paga el precio—. Por cierto, Michael, no te metas en más peleas con el Servicio Secreto. No quiero volver a tener noticias suyas.

Mis ojos se pasean por la pared del ego de Simon que tiene sobre sus hombros. En un marco de plata hay una reproducción de la ley penal del año pasado y una de las cuatro plumas que usó el Presidente para firmarla. Hay una foto de Hartson y Simon pescando en un barco en Key West. Y una de Simon despachando con Hartson en el Despacho Oval. Hay una nota personal manuscrita de Hartson dando la bienvenida a Simon en su regreso al cargo. Y hay una foto grande de ellos dos de pie en el pasillo del avión presidencial: Simon está riendo y el Presidente sujeta una

pegatina que dice: «Mi abogado puede más que tu abogado».

—Es lo mejor para ti, créeme —me dice—. Tómate el resto del día libre y descansa.

Es un hijo de puta sin principios, pienso para mis adentros al levantarme de la silla. El prototipo de letrado de la Casa Blanca: se las ha arreglado para no decir nada y pese a ello dejar perfectamente claro lo que quiere. Así que ahora mismo, lo menos peligroso es estarse callado. No es algo que me haga feliz, pero como ya vi esta mañana en el despacho de Caroline, la alternativa tiene sus consecuencias. Voy hacia la puerta y hago lo único que se me ocurre hacer. Asiento con la cabeza y me aguanto. Por ahora.

En cuanto vuelvo a mi apartamento voy directo al único mueble que me traje conmigo de Michigan: un escritorio improvisado que fabriqué apoyando una pieza de roble de gran tamaño sobre dos pequeños archivadores negros. Baqueteado y feo como se lo ve, resulta tan cómodo como yo me siento con él. El resto de los muebles están alquilados con el apartamento. El sofá negro desmontable, la mesita de café de fórmica negra, la gran tumbona de cuero, la pequeña mesa rectangular de la cocina, incluso la cama de matrimonio sobre una tarima lacada en negro… Nada de eso es mío. Pero cuando el agente de la inmobiliaria me enseñó el apartamento amueblado, me sentí como en casa, con la suficiente cantidad de muebles negros como para que un soltero se sienta masculino. Para completarlo, añadí una televisión y una librería alta negra. Desde luego, usar las cosas de otra persona resulta un poco impersonal, pero cuando llegué a la ciudad no quise comprar ningún mueble hasta estar seguro de que iba a poder aguantarlo. Eso fue hace dos años. Lo mismo que en mi despacho de la oficina, las paredes son las que hacen de este lugar algo mío. Encima del sofá hay dos carteles electorales en rojo, blanco y azul con los peores eslóganes que pude encontrar. Uno es de Maine, de una elección al Congreso en 1982, y dice: «Charles Rust — Rima con Trust». El otro es de una campaña de 1996 en Oregon que lleva la falta de creatividad a un nuevo mínimo: «Buddy Eldom — Americano. Patriota. Americano».

Acerco la silla a la mesa, levanto la tapa de la carpeta y me preparo para trabajar un poco. Cuando mi madre se marchó, cuando a mi padre lo mandaron fuera, aquél fue siempre mi primer movimiento instintivo: enterrarlo todo en el trabajo. Pero por primera vez en mucho tiempo, esta vez no me hará sentirme mejor.

Me paso veinte minutos con el Lexis hasta que me doy cuenta de que mi investigación sobre el censo no avanza nada. Por mucho que intente concentrarme, mi mente no deja de revolotear en torno a las últimas horas. A Caroline. Y Simon. Y Nora. Tengo tentaciones de llamarla de nuevo, pero rápidamente decido que no. Las llamadas dentro de la Casa Blanca no pueden registrarse. Las que salen de mi casa, sí.

Y no es momento de correr riesgos.

En vez de eso, saco la cartera, cojo mi tarjeta de seguridad y llamo al despacho. El carnet de seguridad, del tamaño de una tarjeta de crédito, parece una calculadora enana sin los botones de los números. Mediante un programa de cifrado de bucle continuo y una pequeña pantalla de cristal líquido, la tarjeta te da un código de seis dígitos que cambia cada sesenta segundos. Es la única manera de acceder a tu buzón de voz desde una línea exterior, y al cambiar constantemente el código numérico garantiza que nadie más puede saber tu contraseña y escuchar tus mensajes.

Introduzco la contraseña de seguridad en el acceso de voz y me encuentro con que tengo tres mensajes. Uno de Pam, preguntando dónde estoy. Uno de Trey, para saber cómo me encuentro. Y otro remitido por la secretaria del consejero adjunto Lawrence Lamb para anunciar que la reunión de la tarde con el secretario de Comercio se ha cancelado. De Nora, nada. No me gusta que me abandonen de este modo.

La primera vez que mi madre se marchó para hacer sus pruebas clínicas, yo tenía ocho años. Estuvo fuera tres días, y mi padre y yo no teníamos ni idea de adonde había ido. Como era enfermera, era fácil preguntar en el hospital, pero allí no sabían tampoco dónde estaba. O por lo menos eso decían. Los restos de comida nos bastaron para dos días, pero acabamos por llegar al punto en que necesitábamos alimento. Gracias al trabajo de mi madre, no éramos pobres, pero mi padre no estaba en condiciones de ir a comprar. Cuando me ofrecí voluntario para ir yo, me metió un puñado de billetes en la mano y me dijo que comprase lo que quisiera. Radiante de orgullo ante mi riqueza recién encontrada, me fui andando hasta el supermercado y llené el carro. Mantequilla de cacahuete Skippy en vez de mantequilla de cacahuete sin marca; Coca-Cola en vez del refresco de cola de marca blanca; por una vez viviríamos a lo grande. Tardé casi dos horas en elegirlo todo y llenar el carro casi hasta arriba.

La cajera fue marcando uno a uno cada artículo mientras yo ojeaba una guía de TV. Yo era papá: sólo echaba de menos la pipa y el batín. Pero cuando fui a pagar —cuando saqué del bolsillo el puñado de billetes arrugados— me dijeron que tres dólares no bastaban para todo aquello. Después de que un encargado adjunto me echara una bronca, me dijeron que volviera a poner cada cosa donde la había encontrado. Lo hice. Todas las cosas excepto una. Me quedé con la mantequilla de cacahuete. Teníamos que empezar por algún sitio.

Dos horas más tarde estoy sentado ante la televisión recorriendo mentalmente todas las razones por las que Simon podría haber querido muerta a Caroline. Para ser sincero, no es muy difícil. Caroline, por su cargo, conocía el lado sucio de todos —así descubrió lo de mi padre—, de manera que la respuesta más obvia sería que encontró

algo sobre Simon. Tal vez algo que él quería mantener en secreto. Tal vez por eso estaba soltando dinero. Tal vez ella misma le hacía chantaje. Eso, sin duda, explicaría cómo apareció en la caja fuerte de Caroline. Es decir, ¿por qué iba a estar allí, si no? Y si ése fuera el caso, sin embargo, resultaría bastante evidente que Caroline no murió de un vulgar ataque al corazón. El problema está en que, si eso es realmente jugar sucio, mi vida se acabó.

Muerto de miedo, cojo el teléfono y empiezo a marcar. Necesito saber qué está pasando, pero ni Trey ni Pam están. Puedo llamar a otros, pero no voy a arriesgarme a parecer inquieto. Si descubren que Simon me mandó a casa, habrá un nuevo rumor zumbando por los pasillos. Cuelgo el teléfono y miro la tele. Han pasado tres horas desde que salí del despacho y ya estoy bloqueado.

Voy pasando por todos los noticiarios que encuentro, busco lo que ha de ser la reacción más importante frente a la crisis: la conferencia de prensa oficial de la Casa Blanca. Miro el reloj y veo que son casi las cinco y media. Tiene que ser pronto. La oficina de prensa se centra en torno al ciclo de las noticias de las seis, y son demasiado listos para dejar que los noticiarios de la tarde lo cuenten por sus propios medios.

De acuerdo con la norma, el anuncio se hace exactamente a las cinco y media. Contengo el aliento mientras la secretaria de prensa Emmy Goldfarb hace una rápida exposición de los hechos: a primeras horas de esta mañana, Caroline Penzler fue hallada muerta en su despacho de un ataque al corazón ocasionado por una enfermedad de las arterias coronarias. Según va diciendo las palabras, vuelvo a empezar a respirar. Goldfarb hace una exposición breve y amable y cede la vez al doctor León Welp, especialista de corazón del Centro Médico de Georgetown, que explica que hace unos años Caroline sufrió una histerectomía, lo que le hizo sufrir una menopausia prematura. Combínese el descenso de estrógenos con mucho tabaco y ya tienen una receta rápida para lograr un ataque al corazón.

Antes de que nadie pueda hacer preguntas, el propio Presidente aparece para expresar sus condolencias. Es un golpe maestro de la Oficina de Prensa. Olvidarse de los cómos y los porqués, ir directo a las emociones. Prácticamente percibo el sabor sobrentendido: es nuestro líder. Un hombre que se cuida de los suyos.

No soporto los años de elecciones.

Cuando el Presidente se coge del atril con los puños apretados, no puedo dejar de ver el parecido con Nora. El pelo negro. Los ojos penetrantes. La mandíbula inquieta. Manteniendo el control. Antes de que abra la boca, todos sabemos qué va a salir de ella: «Es un día triste; la echaremos de menos amargamente; nuestras oraciones para su familia». Nada sospechoso; nada de qué preocuparse. Lo culmina todo pasándose brevemente la mano por un ojo: no está llorando, pero es lo suficiente para hacernos pensar que si pudiera estar un momento a solas, lo haría.

De Goldfarb al doctor o al presidente, todos hacen lo propio de su especialidad. Lo único que me sorprende es que no se habla de ninguna investigación. La familia ha solicitado una autopsia, por supuesto, pero Goldfarb alude a ella como una esperanza que pueda ayudar a otros con dolencias similares. Un toque brillante. Y para mayor seguridad, sin embargo, la autopsia se ha fijado para el domingo, lo que asegura que no será el tema de las tertulias de fin de semana y que si los resultados muestran que es un crimen, será demasiado tarde para que las principales revistas puedan sacarlo en portada. Estoy a salvo, por lo menos otros dos días. Intento decirme que puede haberse acabado —que todo desaparecerá—, pero, como Nora dijo, no sé mentir.

La hora de la cena viene y se va y yo sigo sin moverme del sofá. El estómago chilla, pero no puedo parar de ir saltando de canal en canal. Tengo que estar seguro. Necesito saber que nadie está usando esas palabras: Sospecha. Juego sucio. Asesinato.

La cuestión es que no lo mencionan en ningún sitio. Lo que Adenauer y el FBI hayan encontrado se lo guardan para sí. Apoyo la cabeza en mi alquile-un-sofá y acabo por aceptar que será una noche tranquila.

Llaman fuerte a mi puerta.

—¿Quién es? —pregunto.

No hay respuesta. Simplemente, golpean con más fuerza.

—¿Quién es? —repito, alzando la voz.

Nada.

Me levanto corriendo del sofá y voy a la puerta. Por el camino cojo un paraguas que cuelga del pomo del armario de los abrigos. Es una arma patéticamente mala, pero es la mejor que tengo. Acerco mi ojo lentamente a la mirilla y logro ver a mi enemigo imaginario. Pam. Abro los cerrojos y luego la puerta. Lleva la cartera en una mano, y en la otra, una bolsa de la compra de plástico azul. Sus ojos van derechos al paraguas.

—¿Nervioso, muchacho?

—No sabía quién era.

—¿Y coges eso? ¿Tienes la cocina llena de cuchillos de carnicero y coges un paraguas? ¿Qué pensabas hacer? ¿Llevarme bien seca hasta la muerte? —Su boca dibuja una cálida sonrisa y levanta la bolsa azul—. Bueno, venga, ¿qué tal si me invitas a pasar? He traído comida tailandesa.

Me aparto de su camino y entra en casa.

—¿Y tú me llamas a mí el *boy scout*? —le pregunto.

—Anda, coge esto —añade, tendiéndome su cartera y echando a andar hacia la cocina. Antes de que yo pueda reaccionar, ya está revolviendo por armaritos y cajones, cogiendo platos y cubiertos. Cuando tiene lo que necesita, se va hacia la

zona de comedor fuera de la cocina y saca de la bolsa azul tres cajitas de comida tailandesa. La cena está servida.

Yo sigo de pie junto a la puerta, confuso.

—Pam, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Si me la haces de prisa… Estoy hambrienta.

—¿Qué haces aquí?

Levanta la vista del Pad Thai y su expresión cambia.

—¿Aquí? —pregunta. Tiene un tono ofendido en la voz, casi dolorido—. Estaba preocupada por ti.

Su respuesta me coge desprevenido. Es casi demasiado sincera. Doy un paso hacia la mesa de comedor y le devuelvo la sonrisa. La verdad es que es una buena amiga. Y que a los dos nos viene bien la compañía.

—Te agradezco esto que haces.

—Tendrías que haberme llamado antes.

—Estuve intentándolo toda la tarde, pero no estabas.

—Eso es porque el FBI me estuvo interrogando durante dos horas. Nosotros dos compartimos oficina, ya sabes.

En ese instante perdí el apetito.

—¿Y qué les dijiste?

—Contesté sus preguntas. Me preguntaron en qué estaba trabajando Caroline y les dije todo lo que sabía.

—¿Les contaste algo de Nora y de mí?

—No hay nada que contar —dice con una sonrisa—. Yo no sé nada, señor agente. Lo único que recuerdo es que él se marchó del despacho.

Como ya he dicho, es una buena amiga.

—¿Te hicieron muchas preguntas sobre mí?

—Tienen sospechas, pero no creo que tengan ni una pista. Sólo me dijeron que me tomara el resto del día libre. Y ahora, ¿quieres decirme tú qué es lo que está pasando en realidad?

Estoy tentado de hacerlo, pero decido que no.

—Sé que estás en dificultades, Michael. Eso te lo veo en la cara.

Mantengo los ojos fijos en el Pad Thai. No hay ninguna razón para involucrarla a ella.

—Pienses lo que pienses, esto no podrás hacerlo solo. Quiero decir, Nora ya te ha dejado colgado, ¿a que sí? Y eso nada lo cambiará. Ahora la única cuestión es saber si vas a ser tan tozudo que no quieras pedir ayuda. —Alarga el brazo y me pone una mano en el hombro—. Yo nunca traicionaré tu lealtad, Michael. Si quisiera ver cómo te ahogabas, ya podría haberlo hecho.

—¿Haber hecho qué?

—Decirles lo que pienso.

—¿Y qué es?

—Creo que Nora y tú os encontrasteis con algo que no teníais que encontrar. Y que, fuese lo que fuese, te hace pensar que en el infarto de Caroline hay algo más de lo que dijeron en los comunicados de prensa.

No respondo.

—Tú crees que alguien la mató, ¿no?

Yo sólo puedo seguir mirando el Pad Thai.

—Podemos salir de esto, Michael —me promete—. Basta con que me digas quién era. ¿Qué visteis? No tienes que guardártelo todo para ti…

—Simon —susurro.

—¿Qué?

—Simon —repito—. Ya sé que suena disparatado, pero anoche fue a Simon a quien vimos.

Una vez abiertas las puertas, no me lleva mucho tiempo contarle toda la historia. Despistar a los del Servicio Secreto. Encontrar el bar. Seguir a Simon. Que nos pillaran con el dinero. Una vez contado, he de admitir que noto el peso que me he quitado de encima. No hay nada peor que estar solo.

Pam se limpia lentamente la boca con una servilleta mientras aún está procesando la información.

—¿Y tú crees que él la asesinó?

—No sé qué pensar. No he tenido ni un segundo para tomar aliento.

—Estás en peligro, Michael —me dice moviendo la cabeza—. Estamos hablando de Simon.

Dice algo más, pero no la oigo. Lo único que entiendo es que el «nosotros» se ha convertido otra vez en «tú». El tenedor se me escurre de la mano y se estrella contra el plato. Sobresaltado por el ruido, vuelvo a estar como al principio.

—¿Así que no vas a ayudarme?

—No, por supuesto que no se trata de eso —tartamudea, bajando la vista—. Te ayudaré, está decidido.

Me muerdo el interior del labio. Lo único que quiero hacer es aceptar el ofrecimiento. Pero cuanto más la miro picar la comida… pienso que no voy a meterla en esto, sobre todo porque yo todavía estoy luchando por saber cómo salir.

—Te agradezco que me escuches, pero…

—Está bien, Michael, yo sé lo que me hago.

—No, tú…

—Sí que lo sé —me interrumpe en tono de más confianza—. No he venido aquí para dejarte volar solo. —Hace una breve pausa y añade—: Te sacaremos de ésta.

Le muestro una sonrisa en mi rostro, pero, en lo más profundo, rezo para que

tenga razón.

—Estaba pensando en sacar los expedientes del FBI de Simon y Caroline. Tal vez por ahí averigüemos por qué…

—Olvídate de los expedientes —dice—. Yo creo que tendríamos que ir directamente al FBI y…

—¡No! —grito, cogiéndonos a los dos por sorpresa—. Perdona… es que… ya he visto los resultados de esa idea. Si yo abro la boca, Simon abre la suya.

—Pero si tú les dices que…

—¿A quién piensas que van a creer: al consejero del Presidente o al joven adjunto al que pillaron con diez mil pavos en la guantera? Además, en cuanto empiece a cantar, me arruino la vida. Los buitres y sus unidades móviles meterán la nariz hasta la última prenda de ropa sucia que logren encontrar.

—¿Estás preocupado por tu padre?

—¿Tú no lo estarías?

No me responde. Quita su plato de la mesa y replica:

—Yo sigo sin creer que puedas limitarte a quedarte sentado y esperar a que pase todo.

—No me quedo sentado… sólo es que… tendrías que haber oído a Simon hoy. Estar callado es lo único que me puede servir… —Hago una pausa porque otra vez me quedo sin aire—. Es todo lo que tengo, Pam. Quedarme callado y empezar a buscar. Cualquier otra cosa sería echarme a mí mismo a las fieras. —Dejo que la lógica gane su punto y añado—: Además, no nos olvidemos del trasfondo de esto: un escándalo así es una bomba de relojería para la reelección. Tengo la seguridad de que por eso el FBI lleva las cosas tan a la chita callando.

El silencio de Pam me indica que tengo razón. Cojo mi plato y la sigo a la cocina. Pam está tirando la mitad de su comida a la basura. Otra que perdió el apetito. Sin darse la vuelta, me pregunta:

—¿Y Nora, qué?

—¿Qué pasa con ella? —digo, nervioso, bebiendo un sorbito de agua.

—¿Qué va a hacer para ayudarte? Quiero decir, que si ella no fuera una cabra loca, tú no estarías en este lío.

—No todo es culpa suya. Su vida no es tan fácil como crees.

—¿Que no es tan fácil? —me pregunta Pam haciéndome frente. Me lanza una mirada larga, firme, y luego hace girar los ojos con rapidez—. ¡Oh, no! —gime—. ¿No irás a intentar salvarla ahora, eh?

—No es que yo quiera salvarla…

—Sólo que tienes que hacerlo, ¿verdad? Estas cosas siempre son así.

—¿De qué hablas?

—Sé por qué lo haces, Michael; incluso me admira por qué lo haces… pero sólo

porque no pudieras ayudar a tu padre…

—¡Esto no tiene nada que ver con mi padre!

Pam deja pasar el exabrupto, sabe que eso me calmará. En el silencio, tomo aliento. Desde luego que crecí procurando proteger a mi padre, pero eso no significa que quiera proteger a todo el mundo. Con Nora es… es distinto.

—Es un sentimiento maravilloso, Michael, pero esto no es como lo que hiciste por Trey. Nora no será tan fácil de encubrir.

—¿De qué me hablas?

—No tienes por qué hacerte el tonto. Trey me contó cómo os conocisteis; y cómo acudió a tu despacho en busca de ayuda.

—No necesitaba ayuda; sólo quería algún consejo.

—Vamos, venga… lo pillaron pintando barbas de demonio y monóculos en los carteles de la campaña de Dellinger, y lo arrestaron por daños a la propiedad. Y estaba aterrorizado de tener que contárselo a su jefe…

—No estuvo detenido —le aclaro—. No fue más que una citación. Todo el asunto no fue más que una broma inocente, y lo más importante, lo hizo todo en su tiempo libre, no era como si lo hiciera dentro de la campaña.

—Aun así, cuando entró, tú apenas lo conocías; no era más que otra cara nueva de los del cuartel general… lo que significa que no hubieras tenido por qué pedir ningún favor a tus amiguetes de la facultad que están en la oficina del fiscal.

—No hice nada ilícito…

—No digo que lo hicieras, pero tampoco tenías necesidad de correr a rescatarlo.

Muevo la cabeza. No lo comprendo.

—Pam, no saques las cosas de quicio. Trey necesitaba ayuda y me la pidió a mí.

—No —exclama, levantando la voz—. Te la pidió porque necesitaba ayuda. —Me observa atentamente y añade—: Cada uno tenemos nuestra reputación aquí, para lo bueno y para lo malo.

—Y entonces, ¿qué tiene eso que ver con Nora?

—Pues lo que te he dicho: que ayudar a Trey, y a tu padre, y a tus amigos, y a cualquiera que necesite que lo rescaten, no significa que puedas lograrlo con Nora. Por no mencionar el hecho de que si no te andas con cuidado, dejará que te vayas a pique tú solo.

Pienso en la noche anterior y en cómo se rompía la voz de Nora cuando pedía perdón. La manera en que lo dijo… el temblor de la mandíbula… Nunca me dejaría hundirme solo.

—Si ahora se queda callada, tiene que tener alguna razón.

—¿Alguna razón? —dice Pam. Puedo leerlo en las arrugas de su frente. Cree que me obnubilan las estrellas—. Ahora te estás comportando como un perfecto idiota.

—Lo siento… pero yo lo veo así.

—Bueno, aparte de lo ciego o no que quieras estar, sigues necesitando que te ayude. Porque ella es la única que puede corroborar tu historia sobre Simon.

Asiento con la cabeza intentando no ahondar en por qué no ha querido verme hoy.

—Cuando todo se calme, seguro que aparece.

—¿Y por qué me resultará tan difícil creer eso?

—Porque a ti ella no te gusta.

—Ella me importa un comino… sólo estoy preocupada por ti.

—Pues no te preocupes, no nos va a dejar en la estacada.

—Espero que tengas razón —dice Pam—. Porque si lo hace, vas a hacer una caída libre sin paracaídas. Y antes de que puedas parpadear siquiera, estarás apurando hasta el último segundo del impacto.

Por razones de economía, el sábado por la mañana significa que sólo dos de mis cuatro periódicos me esperan en el lado de fuera de mi puerta. Los sueldos de funcionario no llegan más allá, ni siquiera para un abogado. Aun así, el ritual es prácticamente el mismo. Al meter los periódicos, contemplo por segundo día consecutivo la foto de Bartlett en primera: una instantánea radiante de él y su mujer en un partido de fútbol de su hijo. Dejo el periódico a un lado y miro en el faldón de la primera del Post la noticia de la muerte de Caroline y busco mi nombre. No está. Todavía no.

En vez de eso hay un resumen de su muerte, seguido de un breve apunte sobre lo buena amiga de la Primera Dama que era. Según dice el pie de una foto antigua de las dos amigas, esa relación cambió la vida de Caroline. Pero mirando la imagen no entiendo por qué. Caroline es una estudiante de Derecho, con los ojos muy abiertos y apasionados y una blusa barata y una falda arrugada; la señora Hartson es su supervisora, la consejera chispeante que recauda fondos para el Parkinson con su traje blanco a lo Miami que muestra su poder. Una amistad terminada por un ataque al corazón. Por favor, ojalá que sólo sea un ataque al corazón.

El sábado por la mañana bajo en coche hacia el centro y según me acerco a la Casa Blanca la avenida de Pennsylvania está atestada de corredores y ciclistas que pretenden dejar atrás el trabajo de la semana. A sus espaldas, el sol reverbera en las columnas de marfil de la mansión. Es de esa clase de vistas que te hacen desear pasar el día al aire libre. Es decir, si consigues quitarte el trabajo de la cabeza.

Me paro ante el primer control ante la verja de la Puerta Suroeste y muestro mi tarjeta de identidad al guardia uniformado del Servicio Secreto. Echa un vistazo a la foto y me pone una sonrisilla vagamente burlona. En la mano derecha lleva algo que parece un taco de billar con un espejo irrompible redondo sujeto en un extremo. Sin

decir palabra, pasa el espejo por debajo del coche. Ni bombas ni pasajeros sorpresa. Como conozco el resto del ritual, abro el maletero. El primer agente revuelve por la trasera de mi jeep cuando descubro a otro de pie a un lado con un pastor alemán más que alerta. Cuando por fin mi coche esté aparcado, enviarán al perro a que olfatee de hora en hora. En este momento, me indican con la mano que pase.

Encuentro un sitio libre en la State Place justo al lado de los barrotes de acero. Para mi nivel, es el mejor parking posible. Fuera de la verja. Por lo menos tengo pase para el aparcamiento.

Hago el resto del camino a pie, cruzo la verja, meto mi chapa en el torniquete y espero a que suene el cierre. Cruzo ante otros dos guardias, ninguno de los cuales me vuelve a mirar. Pero al mirar hacia atrás, sin embargo, veo que el agente del espejo está del otro lado de la verja. Y que me está mirando fijamente a través de los barrotes. Con la misma sonrisilla en la cara.

Acelero el paso hacia la acera llevando el EAOE a la izquierda y el Ala Oeste a la derecha. El pasaje entre ambos está lleno de Mercedes, Jaguars y Saabs alineados y mezclados con justo los suficientes Saturns destartalados como para disipar los reproches de elitismo. El aparcamiento más prestigioso de la ciudad. Todo lo que está dentro de las verjas. El aparcamiento de la avenida West Exec, una isla en sí mismo, es también el lugar donde se expone a la vista del mundo la jerarquía de mando en la Casa Blanca: cuanto más cerca de la entrada del Ala Oeste esté tu plaza, más alto es tu rango. El jefe de Gabinete está más cerca que el jefe adjunto de Gabinete, que está más cerca que el consejero de Política Interior, que está más cerca que yo. E incluso aunque yo no voy habitualmente en coche al trabajo, eso no quiere decir que no quiera tener plaza en el interior de la verja.

Cada vez más cerca de la fachada, no puedo contenerme. Finjo que oigo que alguien me llama y vuelvo a mirar hacia atrás. El guardia continúa allí. Nuestros ojos se encuentran y murmura algo por su walkie-talkie. Qué demonios… Olvídalo. Sólo pretende asustarme. ¿Con quién habla?

Vuelvo al aparcamiento y veo un Volvo negro en la plaza 26. Simon está por el edificio. Al final de esa fila, hay un Honda gris viejo en el puesto 94. Es el de Trey, cuya jefa le deja utilizar su plaza los fines de semana. A medio camino entre los dos, veo que hay un coche rojo nuevo flamante aparcado en el 41. Caroline lleva menos de veinticuatro horas muerta y alguien ha cogido ya su parking.

Al acercarme a la entrada lateral del EAOE, echo una última mirada al guardia del exterior de la verja. Por primera vez desde que llegué, no está, ha vuelto a deslizar su espejo por los bajos de los coches que llegan. Aun así, es igual que la noche en el terraplén: no sólo tengo el cuello empapado en sudor, sino que tampoco puedo quitarme de encima la sensación de que me observan.

Sin pensarlo, levanto la vista a las docenas de ventanas grises de este lado del

enorme edificio. Todas ellas parecen vacías, pero todas me miran de algún modo como si fueran lupas cuadradas. Mis ojos recorren los cristales buscando un rostro amigo. No hay nadie.

Dentro del edificio, no tardo mucho tiempo en llegar a la antesala de mi despacho. Al abrir la puerta, sin embargo, me quedo sorprendido al ver que las luces están encendidas. No he visto el coche de Julian en la State Place, y Pam me dijo que iba a trabajar en casa. La oficina tendría que estar a oscuras. Echo la culpa al descuido de las limpiadoras y meto el brazo por detrás del archivador más alto para desconectar la alarma. Pero mientras voy tanteando el yeso, no me gusta lo que descubro. La alarma ya está desconectada.

—¿Pam? —llamo—. ¿Julian? ¿Estás ahí?

Nadie contesta. Por debajo de la puerta de Pam creo ver la luz encendida.

—¿Estás ahí, Pam?

Justo al girar hacia su despacho, me doy cuenta de que las tres bandejas apilables de plástico que nos hacen de buzones están llenas. Junto a la mesa, la cafetera está apagada. Estoy a punto de abrir la puerta de Pam y me quedo helado. Conozco a mi amiga. Sea quien sea quien esté ahí, no es Pam.

Me apresuro hacia mi despacho, abro la puerta con fuerza y me precipito dentro. Me giro, raudo, cojo el pestillo y lo cierro. Entonces, me doy cuenta. No tendría que haber podido abrir mi puerta, se supone que está cerrada con llave.

A mi espalda, algo se mueve junto al sofá. Después, junto a la mesa. Un chasquido de vinilo. Un lapicero rodando por una carpeta. No están en el despacho de Pam. Están en el mío.

Me doy la vuelta luchando por recuperar el aliento. Demasiado tarde. Hay dos hombres esperándome. Ambos vienen hacia mí. Me vuelvo hacia la puerta, pero la he cerrado. Me lanzo sobre el cerrojo con las manos temblando.

Cae un puño que me golpea en los nudillos. Mis manos siguen sin soltar el pestillo. Agarrado. Aferrado. Lo que sea para salir.

Una mano gorda y carnosa pasa sobre mi hombro y me tapa la boca. Intento gritar, pero me sujeta demasiado fuerte. Las puntas de sus dedos se hunden en mi mandíbula, las uñas me arañan la mejilla.

—No se resista —me advierte—. Sólo será un momento.

Capítulo 10

—¿Adónde demonios vamos? —pregunto mientras avanzamos por el pasillo. Los sábados, este lugar está prácticamente vacío. Los dos hombres me sujetan con fuerza por detrás de los brazos y me empujan hacia la salida de la avenida West Exec.

—Deje de quejarse —dice el de mi derecha. Es un negro alto con el cuello tan grueso como mi muslo. Por su corpulencia y maneras, asumo que es del Servicio Secreto, aunque no va vestido para el papel: demasiado informal, no lo bastante pulido. Y no lleva micrófono en la oreja. Y aún más importante: no se han identificado, lo que significa que estos tipos no son lo que pensaba que eran.

Sacudo el brazo para intentar liberarlo. Molesto, aprieta todavía más y me clava dos dedos en el bíceps. Duele como la madre que lo parió, pero me niego a darle la satisfacción de gritar. Lo que hago es morder tan fuerte como puedo. Sigue apretando y noto que la cara se me pone roja. No puedo aguantar mucho más. Se me empieza a entumecer el hombro. La sonrisa viciosa de su cara dice que está disfrutando de verdad. Su placer es mi dolor.

—¡Uuf! —exclamo cuando por fin suelta—. ¿Qué demonios le pasa?

No responde. Se limita a empujar la puerta y obligarme a salir al aparcamiento de la West Exec. Intentando controlar el pánico, me digo que nada malo puede suceder mientras estemos en el Ala Oeste: las medidas de seguridad son demasiado fuertes. Pero antes de que pueda relajarme, un empujón brusco a la izquierda me hace comprender que el Ala Oeste no está en nuestro itinerario. Cruzamos hacia el lado norte de la Casa Blanca, pasamos por delante de la sala de instrucciones, camino de la entrada de suministros, por donde se traen la mayoría de suministros de la mansión. Fijo los ojos en una gran furgoneta amarilla que está frente a nosotros. Tendría que haber operarios a su alrededor, pero no veo a ninguno. Nos acercamos más. Las puertas de atrás están abiertas de par en par. Dejo de andar y empiezo a hacer marcha atrás. Sacudo los brazos para liberarme. No voy a dejarlos que me metan ahí. Mi escolta refuerza la presa y me arrastra hacia adelante. Mis zapatos rascan contra el cemento. Mis brazos siguen en su sitio. Por mucho que me revuelva, no sirve de nada. Son demasiado fuertes.

—Ya casi estamos —avisa uno de ellos.

Con un último empellón, llegamos junto a la furgoneta. El interior está vacío. Estoy a punto de gritar. Y así, sin más, me empujan hacia la derecha y pasamos de largo. Vuelvo la vista atrás y la furgoneta se aleja. Entonces miro otra vez al frente y comprendo cuál es nuestro verdadero destino. La entrada de suministros. No sé muy bien qué es peor.

Ya en el interior del edificio, hacen un gesto de reconocimiento con la cabeza al agente de uniforme que guarda la puerta. Nos deja pasar, con lo que queda claro que

estos tipos están haciéndole un favor a alguien. Sólo Lamb y Simon tienen un poder así. El pasillo está salpicado con docenas de cajas y envases vacíos. El aroma a flores frescas de la florista de la Casa Blanca llena el aire. Hacemos un giro brusco a la izquierda y continuamos por otro largo corredor. El corazón me golpea contra el pecho. Nunca había estado aquí abajo. Uno de mis captores, el blanco, saca un manojo de llaves como de portero. Mete una llave y abre la puerta. Es una área demasiado apartada.

—Oiga, qué…

—No se preocupe, estará a salvo. —Trata de agarrarme del brazo, pero lo aparto a toda prisa. Este no es sitio para encontrarse con Simon o Lamb.

—¡No pienso entrar ahí!

El otro tipo me coge por la nuca. Le suelto un viaje, pero no tengo la menor posibilidad. Me retuercen los brazos por detrás y me obligan a entrar con un rápido empujón. Tropiezo y casi caigo de narices. Aterrizo sobre las rodillas y las palmas de las manos y por fin observo lo que me rodea. Es una habitación alargada, increíblemente estrecha. Delante de mí hay una larga pista de madera pulida. Al fondo del todo hay diez bolos de rayas. A la derecha oigo el zumbido del automático. ¿Qué hago en una bolera?

—¿Preparado para una partida, chaval? —me pregunta una voz conocida.

Me vuelvo hacia los asientos para los espectadores que hay detrás de la mesa de anotar. Nora se pone en pie y viene hacia mí. Alarga el brazo y me tiende la mano con la esperanza de ayudarme a ponerme en pie. Rechazo la oferta.

—¿Qué demonios te pasa? —le pregunto.

—Quería hablar contigo.

—¿Y lo haces así? ¿Me mandas al planeta de los simios para que me manejen? —Consigo ponerme en pie y me sacudo la ropa.

—Les dije que no dijeran nada, nunca se sabe quién puede estar escuchando.

—O no. Debo haberte llamado veinte veces; no me contestaste ni una.

Nora vuelve al asiento que ocupaba y me indica que me reúna con ella. Es su manera de esquivar la cuestión.

—No, gracias —le digo—. ¿Y por qué hiciste que los del Servicio Secreto me dijeran una mentira cuando vine a verte?

—Por favor, no te enfades, Michael. Estaba a punto de…

—¿Por qué me mientes? —exclamo, y mi voz retumba por toda la estrecha habitación.

Comprende que necesito airearme, y lo deja pasar. Han sido dos días duros. Para ambos. Realmente, además, no me importa. El que se las va a cargar soy yo, no ella. Finalmente, levanta la cabeza y dice:

—No tenía otra elección.

—¿Así que, de repente, te has quedado sin libre albedrío?

—Ya sabes de qué estoy hablando. No es nada fácil.

—En realidad, es muy fácil: lo único que tienes que hacer es coger el teléfono y marcar mi extensión. Puedo decirte que es lo mínimo que podrías hacer.

—¿Así que todo es culpa mía?

—Fuiste tú la que cogió el dinero.

Me lanza una mirada fría, mantenida.

—Y tú eres la última persona que la vio con vida.

No me gusta el tono de su voz.

—¿Qué estás diciendo?

—Nada —murmura, de pronto desinteresada.

—No me digas eso, eres tú… —la voz se me quiebra—. ¿Me estás amenazando?

Me lanza una sonrisa sombría. Tiene la voz suave como el hielo.

—Como le digas una palabra a alguien, Michael, te arrancaré la cabeza —mientras sus palabras brotan de sus labios, yo noto el corazón en la garganta; no puedo respirar, lo juro—. Esto es lo que sacas por ser un buen chico —añade, negándose a dejarlo—. Jode que te toque a ti, ¿eh?

Oh, Dios mío. Justo tal y como dijo Pam…

Nora cambia a una sonrisa. Y se echa a reír. Me apunta con el dedo y se ríe. Toda la sala se llena de sus carcajadas juguetonas.

Una broma. No era más que una broma.

—Venga, Michael, ¿de verdad piensas que te dejaría solo? —pregunta, todavía muy divertida.

La sangre acude de nuevo a mis mejillas. La contemplo sin poder creerlo. Un cuerpo, dos personas.

—Eso no tiene gracia, Nora.

—Pues entonces no señales con el dedo. Ése no es modo de hacer amigos.

—No señalaba con el dedo… sólo es que… es que no me gusta que me dejen colgado.

Se da la vuelta y mueve la cabeza. Todo su cuerpo parece repentinamente abatido.

—Yo no podría hacerte eso, Michael. Aunque quisiera. Después que tú… —Se para buscando las palabras—. Lo que hiciste por mí… Te debo mucho más que esto.

—¿Eso quiere decir que vas a ayudarme? —digo tras sentir prácticamente que el péndulo vuelve.

Vuelve a mirarme, casi sorprendida por la pregunta.

—Pero bueno, vamos, después de todo esto, ¿de verdad piensas que no estaré de tu parte?

—No se trata sólo de estar de mi parte… Si las cosas van mal, puede que te necesite para corroborar mi versión de la historia.

Ella baja la vista y mira fijamente la hoja de anotación vacía que tiene delante.

—¿Qué? —le pregunto—. Dilo.

Pero todo lo que hace es seguir mirando aquella hoja. No puedo creerlo.

—¿Así son las cosas, eh? Ahora, de pronto, ¿vuelvo a estar yo solo?

—No, para nada —me replica—. Te he dicho que nunca haría eso… Sólo es que… —Se corta, pero finalmente se vuelve hacia mí—. ¿No lo entiendes, Michael? Si yo me meto, sólo sirve para empeorar las cosas.

—¿Pero de qué me hablas?

—¿Comprendes siquiera lo que pasaría si descubrieran que salimos juntos?

¿Acaba de decir que salimos juntos?

—Acabarían contigo, Michael. Pondrían tu foto en primera página, hablarían con cada profesor o enemigo que hayas tenido, y te comerían vivo… sólo por ver si eres lo bastante bueno para mí. Ya viste cómo destrozaron a mi último novio. Después de tres semanas de tener a los periodistas a sus talones, me llamó y me dijo que le estaba saliendo una úlcera y rompimos.

Comprendo que éste no es momento para distraerse, pero no puedo dejar de sonreír.

—¿Entonces ahora yo soy tu novio?

—No cambies de tema. Aunque yo apareciera y me llevase mi parte, no dejarían de machacarte a ti.

Me detengo a mitad de paso, muy cerca de la mesa de anotaciones.

—¿Cómo lo sabes? ¿Te lo dijo alguien? —No hace falta que me lo diga… ya sabes cómo funciona. Por mucho que odie admitirlo, en eso tiene razón. Cada vez que cae un pez gordo, cualquiera que esté cerca del epicentro se va con él. Aunque yo fuera inocente, el público necesita pensar que se ha limpiado la casa.

Cierro los ojos y me los cubro con la mano con la esperanza de obtener una cierta distancia. Durante los dos días pasados, siempre quedaba al menos una salida clara: sacrificar a Nora y salvarme a mí mismo. Pero una vez más, con Nora nunca nada es tan simple. Aunque la entregue a ella, seguirán colgándome a mí a la vista de todos.
—¡Mierda!

Mi exclamación rueda por la pista, pero Nora no levanta los ojos. Con la cabeza baja y las manos detrás de las rodillas, vuelve a ser la niña pequeña. Tampoco es fácil para ella. Y sabe que esta vez me ha metido a mí. Es la lucecita al final del túnel: no está preocupada sólo por ella, está preocupada por mí.

—Michael, te lo juro, si hubiera sabido que sería así, nunca hubiera.

—No hace falta que lo digas, Nora.

—No. Sí. Pase lo que pase, fui yo la que te metió en esto y yo te sacaré.

Hay fuerza en sus palabras, pero yo sigo notando su miedo. Mantiene los ojos fijos en el suelo de la pista de bolos. Su propia pista de bolos. Ella tiene mucho más

que perder.

—¿Estás segura de que quieres correr ese riesgo, Nora?

Levanta los ojos hacia mí lentamente. Lleva desde que la dejé la otra noche decidiendo eso. Sus manos continúan metidas nerviosamente detrás de la rodilla. Pero su respuesta surge tan rápido como su sonrisa.

—Yea —dice, asintiendo con la cabeza—. Sin dudarlo.

Por mi mente corren todas las razones para alejarme de ella que me dieron Pam y Trey. Y todas las explicaciones freudianas baratas de por qué no lo haría: mi necesidad de proteger, mi necesidad de ayudar a mi padre, mi necesidad de entrar de algún modo por la pista interna hacia el Presidente… Pero estando aquí de pie mirando a Nora, no hay más que una cosa que tiene auténtico sentido. Y no son como antes esas cosas estúpidas del estilo de cómo me mira o cómo dice mi nombre. Tampoco sobre lo mucho que me necesita, ni siquiera por quién es. Al final, ahora que lo entiendo todo, se trata de lo que Nora Hartson está dispuesta a dejar —por mí — para hacer las cosas bien.

—Yo te sacaré —repite, confiada—. Yo te…

—Nosotros —la interrumpo—. Nos metimos los dos. Saldremos los dos. —Tomo asiento junto a ella y le pongo una mano en el hombro. Es lo mismo que con mi padre, hay veces que el único modo de resolver problemas es recordar cómo nos metimos en ellos. Y aunque no es que me guste, precisamente… con mi familia… no conozco ningún otro modo de vivir.

Nora vuelve a levantar la cabeza. Una sonrisa suave le ilumina las mejillas.

—De todos modos, ¿sabes?, no soporto los románticos.

—Yo tampoco. Los odio con pasión —le replico. Tiene la respuesta lista, pero no le dejo meterla. El único modo de salir de la jaula es descubrir lo que realmente sucedió—. ¿Y qué hay de tus guardaespaldas? ¿Les has contado lo que pasa?

—¿A esos tipos? Sólo trabajan los fines de semana. Les conté que habíamos salido juntos y tú me habías cabreado. Se piensan que es una pelea. ¿Por qué? ¿Se lo contaste tú a tu novia Pam?

—¿Qué sabes tú de Pam?

—Te he investigado, Garrick. Yo no salgo con cualquier paria del edificio.

—No es mi novia —añado.

—Eso no es lo que ella cree, Romeo. —Se levanta del asiento, se dirige hacia la pista y lanza una bola imaginaria—. ¿Sabes que Nixon solía bajar aquí y hacerse diez partidas una tras otra? ¿Esto es un psiquiátrico o qué?

Mientras lanza la pregunta, no puedo dejar de notar lo rápido que cambia de estado de ánimo. En unos segundos es otra persona. Y otra vez tengo presente que nunca he conocido a nadie que logre hacer que me sienta tan viejo y tan joven al mismo tiempo.

—Entonces qué, ¿se lo dijiste a Pam?

—Sí… —vacilo—. No tenía nadie más con quien hablar, así que…

—No te disculpes. Chris dice que yo tendría que haberte hablado antes.

—¿Se lo has dicho a tu hermano?

—Es de la familia, y uno de los pocos que sabe llevarlo. —Lanza otra bola imaginaria por la pista.

Señalándole el estante de bolas, le digo:

—Las de verdad las tienes justo detrás de ti, ¿sabes?

—Odio los bolos —dice como al descuido después de mirarme con esos ojos que te penetran—. Ahora cuéntame lo que pasó cuando fuiste a verla.

—¿Caroline?

—No, esa otra muerta que también tenía treinta mil en la caja fuerte. Pues claro que Caroline, naturalmente.

Expongo rápidamente todos los detalles importantes.

—¿De manera que Simon te lo colgó a ti? —me pregunta cuando termino—. Olvídate de la brutalidad de Washington, ese tipo es puro Hollywood.

—Eso como mínimo. No nos olvidemos de que puede que la haya matado él.

—¿Tú no crees que fuera un ataque al corazón?

—Supongo que puede haberlo sido… pero… con todo lo que hay en marcha, me parece demasiada coincidencia.

—Puede ser —empieza ella—. Pero te sorprendería saber por qué suceden muchas cosas… especialmente por aquí.

No estoy muy seguro de a qué se refiere pero no me va a dar la oportunidad de preguntarle.

—Suponiendo que fuera Simon —continúa—, ¿por qué crees que lo haría?

—Tiene que tener algo que ver con ese dinero.

—¿Sigues convencido de que está vendiendo secretos?

—No sé. Cuando vendes secretos, sueltas información. Y allí no había más que billetes… los mismos billetes que estaban en la caja fuerte de Caroline.

—¿Entonces crees que le hacían chantaje?

—¿Un hombre casado en un bar gay? Tú viste su expresión allí dentro. Me daba la impresión de controlarlo, estaba asustado. Si querías control, hablabas con Caroline.

—Ya veo adonde quieres ir a parar. La chantajista es Caroline y Simonía mató para quedarse tranquilo.

—Ella era la única que tenía acceso a todas las informaciones personales. Y disfrutaba con ello. Tendrías que haber visto cómo vino por mí. —Mirando al fondo de la pista, tengo una visión lateral que me permite ver los diez bolos—. Sólo hay una cosa que no encaja: si el chantaje lo hacía Caroline, ¿por qué Simon no volvió a coger

el dinero cuando la mató?

Una vez más, Nora encuentra su sonrisa sombría. Menea la cabeza como si me estuviese dejando algo de lado.

—Puede que no supiera la combinación de la caja fuerte. Puede que no quisiera que lo pillaran con él. Y por lo que sabemos, puede que fuera realmente un ataque al corazón. O mejor aún, con su historia falsa, puede que sea la mejor manera de echarte la culpa a ti. Si nos vio la otra noche, sin duda también puede haber visto a los polis. Así que ahora cambia toda la trama. Los diez mil que confiscaron los guardias sólo eran una cuarta parte. El resto se lo diste a Caroline por su silencio. La numeración consecutiva de los billetes lo demuestra. El chantaje te lo hacían a ti. Tú eres el que tiene el dinero. Tú la mataste.

El dinero. Todo vuelve siempre al dinero. En la caja fuerte. En la guantera de mi coche. A mi nombre. Con la numeración consecutiva, todo él está ligado a mí. Nora ha dado en el clavo. El dinero que tiene la policía de Washington D.C. es una bomba de relojería. En cuanto alguien descubra su existencia, explotará. Y aunque hubiera sido un ataque al corazón, con todo ese efectivo en mi poder… y en aquel barrio… se alzará el espectro de las drogas, la historia de mi trabajo. Soltarán mi lastre sólo por evitar la noticia en primera página. Y si la autopsia demuestra que es un asesinato… Oh, Dios mío. Me froto la nuca, hago cuanto puedo por aplazarlo. Lo que estoy a punto de decir la va a disparar, pero tengo que hacerlo.

—Nora, si esto empieza a convertirse en una bola de nieve, va a seguir rodando hasta arriba del todo.

Al otro lado de la estrecha habitación, se apoya en el estante de las bolas y me mira fijamente. Sabe que es verdad. Lo noto en el movimiento de sus ojos. Está aterrada.

—¿Intentarán liquidarlo con eso, verdad?

Ahí está otra vez. Su padre. Salga como salga, por un escándalo de este tipo se paga un duro peaje. Especialmente con Bartlett acercándose a la primera posición.

—Lo único que necesitamos es un poco de tiempo —dice frotándose vigorosamente la nariz—. Todavía puede salir perfectamente.

Cuanto más habla, más fuerza coge su voz. Me recuerda el discurso que hizo en la convención nacional del partido cuando la nominación de su padre hace todos esos años. En un principio habían pedido que hablara su hermano, Chris, pensando que Norteamérica se uniría en torno a un joven que defendía a su padre. Pero después de unos cuantos ensayos en privado, como Chris tropezaba con las palabras y daba la impresión general de estar aterrado, Nora preguntó si podía hacerlo ella. En la campaña aquello se presentó como la primogénita que se pone en vanguardia, mientras nuestros oponentes la presentaban como otro de esos Hartson mandones compitiendo por el control.

Cuando todo terminó, Nora, como cualquier otra chica de dieciocho años que se dirige a un grupo de ciento diez millones de personas, fue criticada por nerviosa y poco pulida. Eso es lo que pasa cuando intentas quedarte con los focos, comentaron unos cuantos críticos. Pero ahora, mirándola balancearse ansiosa adelante y atrás ante la mera mención del sufrimiento de su padre, pienso que fue menos una escena de poder que una de protección. Si salía ella, Chris no tenía que hacerlo. Y cuando los palos son especialmente fuertes, todos protegemos a los nuestros.

—Por lo que sabemos… lo dan como un simple ataque al corazón —tartamudea —. E incluso puede que Simon se quede callado.

¿Y yo qué he de decir? «¿Es indudable que a tu padre le van a destrozar la vida, sobre todo si yo proclamo la verdad a voces?».

En el transcurso de unos pocos segundos, las opciones se reducen rápidamente: si abro la boca, su padre se lleva el palo, y puesto que yo estoy en el epicentro, caemos todos; si mantengo la boca cerrada, gano algo de tiempo para husmear, pero me arriesgo a caer yo solo. Vuelvo a mirar los bolos al fondo de la pista. No puedo dejar de sentirme como el que está en el vértice del triángulo. El que siempre se lleva la bola.

—Tal vez deberías hablar con él —le sugiero—. Así sabrá de quién fiarse. Quiero decir, aunque sólo haya sido un ataque al corazón, a Simon lo chantajearían con algo, y a menos que lo averigüemos, la soga me la seguirá poniendo al cuello a mí.

Nora me mira pero no dice ni una palabra.

—¿Entonces hablarás con él?

—No puedo —responde después de una pausa.

—¿Qué quieres decir con que no puedes?

—Te lo diré, no se le puede molestar con estas cosas. No… no lo entenderá. No es como un padre corriente.

En ese punto, dejo de discutir. Conozco esa frustración en su voz. Y conozco ese mundo: el huérfano con padre vivo.

—¿Hay alguna otra cosa que tú puedas…?

—Se lo he dicho ya a mi tío Larry.

—¿A quién?

—A Larry. Larry Lamb.

—Naturalmente —digo, tratando de parecer despistado.

No iba a llamarlo Lawrence. Lo conoce desde que nació —leí la historia principal en la revista *People*—, su hermano y ella pasaban los veranos en su granja de Connecticut. Había una foto de Nora y Christopher gritando en un columpio y otra en que se escondían debajo de las mantas de la cama con dosel de Lamb.

Me hundo en mi asiento y recompongo mis pensamientos. Lamb es la sombra del Presidente, y ella lo llama tío Larry. Cuando lo piensas, suena tonto. Pero ésa es ella.

Pretendiendo todavía no estar impresionado, pregunto finalmente:

—¿Y qué dijo?

—Exactamente lo que era de esperar: «Gracias. Me alegro de que me lo hayas contado. Han dictaminado que fue un ataque al corazón, pero lo miraré». Tiene la vista puesta en la reelección y no hay manera de que tire del enchufe en este momento. Cuando las cosas se calmen, abrirán una investigación oficial.

—¿Dónde nos deja eso a nosotros? —pregunto.

—Nos deja como que somos las únicas dos personas a quienes les interesa proteger tu cabeza. Tal como están las cosas, Simon parece contento con dejarlo tranquilo, pero ésa no es una solución.

Asiento en silencio. La tregua no durará para siempre. Antes o después, el bando más poderoso se da cuenta de su ventaja. Y el otro bando muere.

—Me gustaría que tuviéramos algo más de información. Si Caroline estaba haciendo eso, probablemente no sería sólo a Simon. Sabía todos nuestros secretos… podría habérselo hecho a…

—Por cierto, eso me recuerda… —Nora va hasta la mesa de anotaciones, coge su bolso de cuero negro y saca un papel doblado.

—¿Qué es esto? —le pregunto cuando me lo tiende.

—Llegó cuando estaba hablando con tío Larry. Son los nombres que había en dos de los expedientes del FBI que encontraron en el despacho de Caroline.

Rick Ferguson y Gary Seward. Uno pretende un nombramiento presidencial en Hacienda y el otro acaba de empezar en Comercio.

—No lo entiendo —digo—. ¿Por qué sólo dos?

—Al parecer, tenía toneladas de expedientes por todo el despacho, y no sólo los de los nombramientos presidenciales. Algunos eran de jueces, otros de la Asesoría Jurídica…

—Tenía el mío. Yo lo vi.

—El FBI está volviendo a comprobarlos todos.

—¿Entonces pasaron una lista completa de los nombres?

—No, hasta que hayan terminado. Según la nota, no quieren que nadie se dé cuenta. Así que por razones de seguridad, nos los irán pasando según los tengan, uno o dos cada vez.

—¿Y cómo conseguiste éstos? —pregunto, levantando el papel.

—Ya te lo he dicho, por tío Larry.

—¿Te los dio él?

—En realidad, salió para hablar con su secretaria y yo copié los nombres en un papel suelto.

—¿Los robaste?

—¿Los quieres o no?

—Pues claro que los quiero. Pero no quiero que se los robes a Lawrence Lamb.

—A él le da igual. Es mi padrino, él me quitó las ruedas pequeñas de la bici; no le importará que eche una miradita a una carpeta. Por lo menos, así no estaremos totalmente a oscuras.

Menudo consuelo.

—Entonces eso significa que el FBI está repasando mi expediente.

—Tranquilo, Michael. Estoy segura de que estarás limpio.

Intento creerlo y contemplo la lista. La letra de Nora tiene una especie de toque de pompa circular. Como una niña de tercer grado que está aprendiendo a escribir en cursiva. Rick Ferguson. Gary Seward. Dos personas que han sido declaradas inocentes por el FBI. Intento recordar cuántas carpetas vi en el despacho de Caroline. Debajo de la mía había por lo menos cinco o seis, y probablemente había más en los cajones. Parece como si el FBI estuviera pensando también en chantaje. Me vuelvo hacia Nora y pregunto:

—¿Por qué has esperado hasta ahora para darme esto?

—No lo sé. Supongo que se me olvidó —dice, encogiéndose de hombros—. Oye, tengo que irme corriendo. Hay un primer ministro de algún lado que trae a su familia para que nos hagamos unas fotos.

—¿Vas a ver a tu tío allí?

—La única persona que voy a ver es al hijo del primer ministro. Un mozo muy guapo, por cierto.

No sé bien si intenta cambiar de tema o ponerme celoso. En cualquier caso, le funciona.

—¿Entonces ése es al que dejas tirado por mí?

—Eh, si tú consigues tener un país tuyo, también pretenderán que te lama el culo a ti. Pero mientras tanto, tengo que hacérmelo en otro lado… Esos tíos se pondrán rabiosos si llego tarde.

—Eso seguro. Los mercados exteriores se tambalearán y el honor se perderá. Eso va de la mano con los retrasos: un incidente internacional.

—Te gusta escucharte a ti mismo, ¿eh?

—Más incluso que a ti las sesiones de fotos con extranjeros. Pero en fin, no es más que un día como todos, ¿eh?

—Desde mi última hora en sexto grado.

—No entiendo.

—Ése fue el día en que papá se decidió a presentarse a gobernador. O por lo menos, el día que me lo dijo. Todavía me acuerdo de estar esperando a que sonase el último timbre y luego salir a todo correr de la clase y volar a buscar la bicicleta con Melissa Persily. Tenía que dormir en su casa aquella noche. Era una de esas chicas tranquilas que viven lo bastante cerca de la escuela como para ir en bici, así que tener

un aparcamiento para bicis era algo importante. Tenía un candado con combinación y una bici vieja negra de diez marchas que había sido de su hermano… —la voz de Nora se acelera según va alzando la vista—. Tío, era una mara… —En el instante en que nuestros ojos se encuentran, se queda cortada. Igual que antes, su mirada se va directamente al suelo.

—¿Qué? —pregunto.

—No… nada…

—¿Cómo que nada? ¿Qué pasó? Llegasteis al parking de bicis… ibais a dormir en su casa…

—Nada, realmente —insiste dando un paso atrás—. Oye, de verdad, tengo que irme.

—No es más que una historia de niños, Nora. Por qué te asustas…

—No estoy asustada —insiste.

Y ahí es donde veo que miente.

Nora ha pasado cada día de los últimos dos meses en plena fiebre de elecciones —desde almuerzos de trescientas personas con los grandes contribuyentes, a estar sentada junto a su madre en reuniones televisadas por satélite, a, si está de muy buen humor y consiguen que coopere, conceder entrevistas sobre por qué los jóvenes universitarios deben movilizarse y votar—, ha sido la maestra más joven y menos entusiasta del aprieta-y-sonríe. Es lo que conoce desde sexto grado. Pero hoy… hoy se ha visto atrapada por un entusiasmo real: incluso disfrutaba. Y aquello la ha aterrado.

—Nora —le digo cuando se dirige ya a la puerta—. Sólo para que lo sepas, no se lo diré a nadie.

Se para en seco y se gira lentamente.

—Ya lo sé —dice dándome las gracias con un gesto de cabeza—. Pero, de verdad, tengo que irme… ya sabes cómo es… los presidentes en ejercicio tienen que mostrar firmeza en política exterior.

Vuelvo a pensar en Bartlett en la foto de portada.

Nora ya casi ha salido por la puerta. Y entonces, justo cuando está a punto de irse, se vuelve hacia mí y toma aliento con fuerza. En su voz hay una desgana escondida.

—Cuando llegamos al parking de bicis, mamá estaba allí sentada esperándome. Me llevó a casa, papá me dijo que se presentaba a gobernador y ya está. Nada de dormir en casa de Melissa Persily… soy la única que se lo perdió. Al año siguiente, Melissa empezó a llamarme «eso». Como por ejemplo «ahí está eso», o «no dejes que eso se me acerque». Era una estupidez, pero toda la clase la imitó. Y era en primero de bachillerato.

Sin decir nada más, Nora vuelve a coger el pomo de la puerta. El hijo del primer ministro espera.

—¿Nunca te cansas de estas cosas? —le pregunto.

Nuevamente hay una oportunidad para abrirse. Esboza una sonrisa.

—No.

No hay que ser muy listo para ver lo que hay detrás de su respuesta. Pero el instinto sigue haciéndole decir no. En cierto modo, no se fía del todo de mí. Acabaré consiguiéndolo. Ella misma lo dijo. Pase lo que pase, además, yo estoy saliendo con la Primera Hija de los Estados Unidos.

Entro en el despacho de Trey enarbolando una sonrisa de gato de Cheshire. Diez minutos después, ya me está gritando.

—¡Eres imbécil, Michael! Imbécil, imbécil, imbécil.

—¿Por qué te cabreas tanto?

—¿A quién más se lo has contado? ¿A cuántos?

—Sólo a ti —le contesto.

—No me mientas.

Me conoce demasiado bien.

—Se lo he dicho a Pam. Sólo a ti y a Pam. A nadie más. Te lo juro.

Trey se pasa la palma de la mano desde la suave piel marrón de su frente hasta atrás del todo de su rizado afro cortito. La mano pequeña se mueve despacio por la cabeza —ya lo he visto otras veces—, llama a eso «el frote». Un frote rápido es como una risita o mueca de embarazo, y lo emplea cuando algún dignatario tropieza o se cae en medio de una sesión de fotos. La velocidad se aminora cuanto más graves son las consecuencias, y cuanto más lento se frote, más incómodo está. Cuando en Time salió un perfil poco halagador de la Primera Dama, se frotaba lentamente. Cuando se rumoreó que el Presidente tenía cáncer, todavía más lento. Hace cinco minutos le conté lo que pasó con Nora y Caroline. Observé su mano para cronometrar la velocidad. Melaza.

—Sólo a dos personas. ¿Por qué haces tantos aspavientos?

—Te lo diré lo más claro posible: me encanta que estés ascendiendo en este mundo, y me encanta que me confíes todos tus secretos. Me encanta incluso que Nora quiera subírsete a los pantalones (aunque sobre esto volveremos a hablar, créeme), pero cuando la cuestión es algo tan gordo, tendrías que mantener la boca bien cerrada.

—¿Entonces no tendría que habértelo dicho a ti?

—No tendrías que habérmelo dicho a mí ni tendrías que habérselo dicho a Pam. —Hace una breve pausa—. Vale, a mí podías decírmelo. Pero a nadie más.

—Pam nunca dirá nada.

—¿Y eso cómo lo sabes? ¿Te ha confiado a ti ella alguna de sus cosas?

Ya sé a qué se refiere cuando pregunta eso. Puede que sea sólo un oficinista de veintiséis años, pero a la hora de saber dónde hay que pisar, Trey sabe dónde están

todas las minas.

—Te digo que si Pam no comparte eso contigo —añade—, tú no deberías compartir nada con ella.

—Mira, ahora te estás poniendo demasiado político. En la vida no todo es toma y daca.

—Estamos en la Casa Blanca, Michael. Aquí todo es toma y daca.

—Me da igual. Te equivocas con Pam. No tiene nada que ganar.

—Por favor, chico, sabes que te quiere mucho.

—¿Y qué? Yo también.

—No, no de ese modo, listo. No es simplemente que te tenga cariño. —Se pone la mano sobre el corazón como si estuviera haciendo el juramento de lealtad y luego inmediatamente empieza a tamborilear sobre el pecho—. Ella te aaama —canturrea, poniendo los ojos en blanco—. Me refiero a los bonitos sueños de color rosa: ositos de peluche… batidos de vainilla… arco iris felices en el aire…

—No te enrolles, Trey. No puedes estar más lejos de la realidad.

—No te burles de mí, chico. Si es igual que lo que hace el Presidente con Lawrence Lamb.

—¿A qué te refieres?

Instintivamente, Trey se inclina hacia atrás en la silla y gira el cuello para vigilar el resto de la zona de recepción. Comparte el despacho con otras dos personas. Las mesas de sus dos colegas están ambas junto a una ventana, aisladas por unos archivadores. La de Trey está junto a la puerta. Le gusta ver quién entra y sale. Hoy no está ninguno de sus compañeros, pero Trey no puede evitarlo. Es la primera regla de la política. Averigua quién te escucha. Cuando está seguro de que estamos solos, dice:

—Fíjate cómo es su relación. Lamb asiste a todas nuestras reuniones, participa en todas las decisiones finales, incluso su cargo se llama consejero adjunto, pero cuando hay que hacer el trabajo jurídico de verdad, no aparece por ningún lado. ¿Por qué piensas que esto es así?

—¿Porque es un cabrón holgazán y sin dientes?

—Hablo en serio. Lamb está allí para vigilarte a ti y a todos los de tu departamento.

—Eso no es…

—Venga, Michael, si tú fueras presidente, ¿a quién preferirías tener guardándote la espalda: a un grupo de extraños de tu gabinete o a alguien que es amigo desde hace más de treinta años? Lamb conoce todas las cuestiones de personal, por eso se confía en él. Y lo mismo pasa entre nosotros, ya hace casi cuatro años que hablamos por primera vez en la campaña, pero aquí el tiempo se mueve de prisa. Mientras que con Pam…

—Te agradezco la preocupación, pero nunca dirá nada. Es de Ohio.

—Ulysses S. Grant era de Ohio y tuvo la administración más corrupta de la historia. Es todo comedia, esa gente del Medio Oeste no tiene principios.

—Yo soy de Michigan, Trey.

—Excepto los de Michigan. A ésos los adoro.

—Estás enfadado porque se lo conté primero a Pam —le digo moviendo la cabeza.

No puede evitar poner una sonrisita.

—Quiero que sepas que he sido yo el que mantuvo tu nombre a salvo de la prensa. No le dije a nadie que tú encontraste el cuerpo.

—Y te lo agradezco. Pero ahora mismo, quiero hablar de Nora. Cuéntame, qué sabes.

—¿Qué hay que saber? Es la Primera Hija. Tiene su propio club de fans. No tiene que contestar el correo. Y está terriblemente apetitosa. También es carne de psiquiatra, pero eso, ahora que lo pienso, creo que me excita.

Algo va mal. Está haciendo demasiados chistes.

—Dime lo que estás pensando, Trey.

Se pasa las manos a lo largo de la corbata barata de rayas marrones. Con sus patillas alargadas, las gafas a lo John Lennon y la cazadora tiesa de la marina con el botón dorado bien abrochado en su sitio, está a pocos dólares del modelo jovencito estudiante. Es asombroso. Tiene menos dinero que cualquier otro del equipo y aun así es el único que lleva traje los sábados.

—Ya te lo dije antes, Michael: estás en dificultades. Esa gente no son pesos ligeros.

—¿Pero tú qué piensas de Nora?

—Creo que será mejor que te andes con cuidado. No la conozco personalmente, pero la veo cuando viene a buscar a mamá. Entra y sale, siempre de prisa; a veces nerviosa; nunca dice una palabra a nadie.

—Eso no significa…

—No estoy hablando de cortesía… estoy hablando de lo que hay debajo. Puede que te deje coger sus galletas, puede que sea una amiga atractiva, pero ya conoces los rumores: X, Especial K, puede que algo de cocaína…

—¿Quién ha dicho que toma coca?

—Nadie. Por lo menos, todavía no. Por eso hablamos de rumores, amigo mío. Es demasiado gordo para publicarlo sin una fuente solvente.

Permanezco en silencio.

—Tú no la conoces, Michael. Puede que la hayas visto tirarle el frisbee a su perro en el jardín sur, y puedes haberla visto ir a su primera clase de Sociología en la universidad, pero eso no es su vida. Eso sólo son recortes de prensa y pacotilla para

las mentiras de la noche. El resto de la película está oculto. Y es una película muy larga.

—¿Entonces lo que dices es que tengo que abandonarla?

—¿Abandonarla? —se echa a reír—. Después de todo lo que has hecho… nadie podría acusarte de eso. Ni siquiera Nora.

Tiene razón. Pero eso no lo hace más fácil. Como no respondo, añade:

—Está empezando a afectarte en serio, ¿eh?

—Simplemente, no me gusta que todo el mundo la ponga automáticamente en el punto de mira.

—¿A ella? ¿Y qué…? —Se contiene. Y ve la expresión de mi cara—. Oh, Dios mío, Michael, no me digas que… oh, estás, ¿sí? No se trata sólo de protegerla… está empezando a gustarte de verdad, ¿no es cierto?

—No —le replico—. Ahora estás interpretando más de lo que…

—¿De veras? —dice, retador—. Entonces contéstame a esto: desde el punto de vista sexual, aquella primera noche que salisteis, ¿qué pasó en realidad?

—No te entiendo.

—¿Quieres que te lo pregunte en latín? Salisteis por ahí los dos juntos. Antes de marcharte, juraste que me contarías hasta el último detalle. De hecho, me parece que tus palabras fueron: «Voy a pasar revista de la ropa interior a la Primera Hija o dos habéis sido bien instruidos en cuestiones de vestuario, así que oigámoslo. ¿Qué pasó realmente? ¿Qué tal besa? Cuéntamelo todo punto por punto».

Vuelvo a permanecer en silencio.

—No te lo guardes —continúa Trey—. ¿Es buena metiendo la lengua?

Mi mente se inunda de imágenes de ella entre mis brazos… y de cómo deslizó la mano por mi muslo… Oh, muchacho, Trey se moriría si supiera… Me detengo y bajo la vista para mirar la alfombra azul industrial descolorida.

—¿Y qué? —dice Trey—. Cuéntame lo que pasó.

Estoy seguro de que todos los tíos que han salido alguna vez con ella se han visto en esta situación. Mi respuesta es un susurro.

—No.

—¿Qué?

—No —repito—. Esto no es asunto de nadie. Ni siquiera tuyo.

Trey hace rodar los ojos, se cruza los brazos sobre el pecho y se recuesta hacia atrás.

—Que la hayas visto en la tele de tu sala no significa que haya estado allí, Michael. Además, aunque no estén bien los secretitos, lo primero y más importante de todo es que es la hija de Hartson.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Quiere decir que lleva la política en la sangre. Así que si os ponen a los dos

contra la pared, pues bueno… será ella la que consiga escurrirse.

Capítulo 11

Lo primero que hago al llegar a casa es abrir el minúsculo buzón metálico del apartamento 708, recoger la última pila de correo y dirigirme a la conserjería.

—¿Hay algo para mí? —le pregunto a Fidel, que es el portero del edificio desde antes de que yo me mudase.

Mira debajo del mostrador, donde guarda los paquetes.

—¿Puede mirar también lo de Sidney? —añado.

Se levanta con una caja de cartón con una etiqueta de Federal Express y la deja sobre el mostrador. Repica como una maraca.

—Para usted no hay nada; pastillas para Sidney —dice Fidel, enarbolando su amplia sonrisa.

Con el maletín en una mano y el correo en la otra, me pongo el paquete bajo el brazo, lo levanto del mostrador y me voy hacia el ascensor.

—Buenas noches, Fidel.

Sujeto como puedo la esquina de la caja demasiado grande para apretar el botón del ascensor con el número siete, miro el nombre en el paquete. Sidney Gottesman. Apartamento 709. Sidney es mi vecino desde hace dos años y celebra su noventa y seis aniversario en octubre. Y lleva dos meses en cama. Cuando llegué a la casa, un domingo de Super Bowl, fue muy amable conmigo y me invitó a ver el partido en su casa: se quedó dormido en el segundo cuarto. Cuando los médicos le amputaron la pierna derecha debido a complicaciones de su diabetes, hice todo lo posible por devolverle el favor. Puede recoger su correo en la silla de ruedas, pero no soporta llevar paquetes. Haciendo equilibrios con el paquete bajo un brazo y el maletín en el otro, llamo a su puerta.

—¡Sidney! ¡Soy yo!

No contesta. Nunca contesta. Como ya sé la rutina, dejo la caja en la alfombrilla de goma y cruzo el pasillo hasta mi apartamento. Al girarme, el pasillo sigue en silencio. Más que cuando llegué. El aire acondicionado del edificio zumba. La secadora de la lavandería rueda. Detrás de mí oigo la llegada metálica del ascensor. Me giro en redondo para ver quién es, pero no sale nadie. La puerta vuelve a cerrarse. El pasillo continúa en silencio.

Al buscar las llaves meto la mano en el bolsillo derecho, después en el izquierdo. No están. Maldición. No me digas que… las habré dejado abajo donde el… No, aquí, las tengo en la mano. Sin perder tiempo, meto la llave en mi puerta y la giro.

—¿Qué, buscando un trabajo nuevo? —pregunta una voz de hombre un poco más allá del pasillo.

Me giro hacia la derecha, sobresaltado, y veo a mi vecino de al lado, Joel Westman, que sale de su apartamento.

—¿Perdón? —digo.

—Un tipo llamó esta tarde a mi puerta y me hizo unas cuantas preguntitas sobre usted. La última vez que pasó eso, era el FBI.

El maletín se me resbala de la mano y cae al suelo. Al golpearse, se abren los cierres y mis papeles se desparraman por delante de la puerta.

—¿Está usted bien? —pregunta Joel.

—S-sí. Desde luego —digo, luchando por devolver los papeles a su sitio. Cuando empecé en la Casa Blanca, el FBI habló con mis vecinos como parte de su examen de seguridad. Anden en lo que anden, van más de prisa de lo que esperaba.

—¿Entonces no está buscando otro trabajo?

—No —digo con una risa forzada—. Probablemente anden poniendo al día sus archivos —como Joel se va por el pasillo, añado—: ¿Qué preguntaron?

—Esta vez era sólo uno. Veintimuchos. Acento de Boston. Con unas buenas cadenas de oro.

Miro sorprendido a Joel, pero ahogo mi reacción. ¿Desde cuándo los del FBI llevan cadenas de oro?

—Sí, ya sé, bastante raro, pero… eh, cualquier cosa para que la nación esté a salvo —continúa Joel—. Pero no sufra, no preguntó nada especial: qué sabía de usted, a qué horas estaba en casa, qué horarios tenía. Parecido a la otra vez. —Joel empieza a notar el nerviosismo en mi cara—. ¿Se supone que no tenía que decir nada?

—No, no, en absoluto. Esto lo hacen cada dos o tres años. No hay nada de que preocuparse.

Joel se dirige al ascensor y yo intento adivinar con quién habrá hablado. Hace un minuto, estaba aterrado de que fueran del FBI. Ahora rezo para que lo fueran.

Abro la puerta de mi apartamento y veo un papel doblado por la mitad. Alguien lo metió por debajo de la puerta cuando yo no estaba. Tiene un mensaje de tres palabras: «Tenemos que hablar», y lo firma «P. Vaughn».

P. Vaughn, P. Vaughn, P. Vaughn. Doy vueltas al nombre por mi subconsciente pero no sale nada. A mi espalda, la puerta del apartamento se cierra de golpe. El ruido me hace pegar un salto. Aunque el sol todavía no se ha puesto, el apartamento está oscuro. Enciendo las luces del vestíbulo tan pronto como puedo, las de la cocina y la sala. Algo sigue sonando mal.

En la cocina oigo los chasquidos regulares del grifo que gotea. Hace dos días era un ruido que tenía asumido hacía tiempo. Hoy, sólo sirve para recordarme cuando encontré a Caroline. El charquito de café que goteaba en el suelo. Un ojo al frente, el otro bizco.

Cojo una esponja de la barra y la embuto en el desagüe. Eso no impide el goteo, pero amortigua el sonido. Ahora sólo percibo el zumbido en sordina del aire

acondicionado central. Desesperado por lograr silencio, me dirijo a la sala y lo apago. Se calla como una tos difícil.

Observo todo el apartamento, estudiando los detalles. Mi mesa. Los muebles alquilados. Los carteles. Todo parece estar igual, pero hay algo distinto. Por ninguna razón especial, mis ojos se fijan en el sofá de cuero negro. Los dos almohadones beige están exactamente donde los dejé. El cojín del medio todavía tiene la marca de donde estuve sentado mirando la televisión anoche. Una única gota de sudor me corre por la nuca. Sin el aire acondicionado, la habitación es agobiante. Vuelvo a mirar el nombre de la nota. P. Vaughn, P. Vaughn. El grifo sigue goteando.

Me descalzo y me quito la camisa. Lo mejor que puedo hacer es perderme en una ducha. Limpiarme. Volver a empezar. Pero al ir hacia el cuarto de baño, descubro, justo al borde del sofá, una pluma tirada en el suelo. No cualquier pluma, sino mi pluma con las barras rojo, blanco y azul de la Casa Blanca. Con el pequeño sello presidencial y las palabras «La Casa Blanca» grabadas en letras de oro. Un regalo de mi primera semana en el trabajo. Todos tenemos una, pero eso no significa que no la valore…, que es exactamente la razón por la que no la dejaría en el suelo. Vuelvo a mirar alrededor y no veo nada fuera de su sitio. Podría simplemente haberse caído de la mesita. Pero al alargar el brazo para recogerla oigo un ruido procedente del armario del vestíbulo.

Nada fuerte, tan sólo un pequeño clic. Como el chasquido de unos dedos. O alguien cambiando el peso de pie. Me doy la vuelta buscando algún movimiento. Nada. Me pongo la camisa y meto la pluma en el bolsillo como si eso ayudase. Nada. El apartamento está tan silencioso que oigo mi propia respiración.

Me acerco lentamente a la puerta del armario. Está ligeramente abierta. Siento cómo me sube la adrenalina. No hay más que un modo de ocuparse de esto. Es hora de dejar de ser víctima. Antes de que pueda pensar en no hacerlo, me lanzo contra la puerta con el hombro. La puerta se cierra de golpe y sujeto el tirador con todas mis fuerzas.

—¿Quién demonios está ahí? —grito con mi voz más intimidatoria.

Apoyando todo mi peso contra la puerta, me preparo para el impacto. Pero nadie contraataca.

—Conteste —advierto. Pero el apartamento permanece en silencio.

Miro hacia atrás, escudriñando la cocina. Sobre la barra hay un bloque de madera lleno de cuchillos.

—¡Voy a abrir la puerta y tengo un cuchillo!

Silencio.

—¡Ya está… salga muy despacio! ¡Cuento hasta tres! Uno… dos… —Abro la puerta de golpe y echo a correr hacia la cocina. Cuando me giro otra vez, ya tengo un cuchillo de carnicero en la mano. Pero lo único que veo es un armario lleno de

abrigos.

Doy un paso hacia el armario, esgrimiendo el cuchillo por delante.

—¿Hola?

En cualquier película de terror adolescente, éste es el momento en que el asesino sale de un salto. Eso no me detiene. Voy abriéndome camino lentamente entre las perchas de abrigos. Cuando he terminado comprendo la verdad: ahí no hay nadie.

Tengo la camisa pegada al pecho por el sudor, vuelvo a llevar el cuchillo a la cocina y enciendo el aire acondicionado. Justo cuando vuelve a zumbar, aprieto la tecla del contestador. Es hora de librarse del silencio.

«Tiene usted un mensaje —me dice la máquina con su voz mecánica—: Sábado, una cincuenta y siete de la tarde».

Transcurre un segundo hasta que una voz de hombre empieza: «Michael, aquí Randall Adenauer, del FBI. Tenemos cita para el martes, pero me gustaría enviarle algunos agentes maña…», se corta, algo lo distrae. «¡Entonces dígales que lo llamaré yo!» exclama, sonando como si estuviese tapando el auricular. Vuelve al teléfono y añade: «Perdone usted, Michael. Haga el favor de llamarme».

Saco la pluma de la Casa Blanca del bolsillo, anoto su número y suelto un rápido suspiro de alivio. Fue él quien los mandó, eran ellos, con o sin cadenas de oro, los que deben de haber hablado con Joel. El agente del FBI Vaughn. Aprieto «Borrar» en el contestador y vuelvo al dormitorio. Cuando llego a la mesita de noche, me paro en seco. Ahí está, encima del crucigrama de ayer: una pluma de rayas roja, blanca y azul con las palabras «La Casa Blanca» grabadas. Miro la pluma que tengo en la mano. Luego otra vez la que está en la mesita. Rebobino veinticuatro horas, recuerdo la visita de Pam con la comida tailandesa. Podría perfectamente ser la de Pam, me digo a mí mismo. Por favor, que sea la de Pam.

El lunes, Día del Trabajo, por la mañana temprano, estoy sentado en el asiento trasero de una camioneta de pasajeros, intentando todavía convencerme a mí mismo de que un agente del FBI se comunica deslizando notas por debajo de la puerta. P. Vaughn. ¿Peter Vaughn? ¿Phillip Vaughn? ¿Quién demonios será ese tipo?

Conducida por un sargento con chaqueta sport gris y corbata estrecha negra, la furgoneta corre como un rayo por la carretera, siguiendo a otras dos idénticas que la preceden. A mi lado va sentada Pam, que no ha dicho una sola palabra desde que nos recogieron a las seis de la mañana en el parking de la West Exec. Los once pasajeros restantes siguen su ejemplo. La verdad, es un pequeño milagro: trece letrados de la Casa Blanca apretados en una furgoneta y ninguno alardeando, ni siquiera hablando. Pero no es sólo lo temprano de la hora lo que nos mantiene a todos en silencio. Es nuestro destino. Hoy enterramos a uno de los nuestros. Veinte minutos después, en la base aérea de Andrews, un guardia de uniforme nos inspecciona en la entrada.

Apenas son las seis y media, el cielo todavía está oscuro, pero todo el mundo está bien despierto. Casi hemos llegado. Es la primera vez que voy a una base militar, de manera que espero ver pelotones de jóvenes marcando el paso y corriendo en formación. Pero en cambio, cuando avanzamos por la carretera pavimentada llena de curvas, lo único que descubro son unos pocos edificios bajos que supongo que son dormitorios y un aparcamiento muy amplio con toneladas de coches y unos pocos jeeps militares dispersos. Al final de la carretera, la furgoneta se detiene por fin ante la Sala de VIPS, un edificio de ladrillo de una sola planta muy mundano que evoca toda la creatividad de un estornudo de los cincuenta.

Una vez dentro, prácticamente todos nos vamos hasta el amplio ventanal que da a las pistas. Todos pretenden parecer indiferentes, pero están demasiado inquietos para conseguirlo. Se nota en el modo de moverse. Como un niño que intenta echar una ojeada a los regalos de cumpleaños antes de tiempo. ¿Qué es tan importante? me pregunto. Para obtener respuesta, voy directo al ventanal, dispuesto a no dejarme impresionar. Y entonces lo veo. Las palabras «United States of America» pintadas con enormes letras negras a lo largo del fuselaje blanco y azul, y una gigantesca bandera norteamericana pintada en la cola. Es el avión más grande que he visto nunca: *Air Force One*. Y vamos a volar en él hasta Minnesotta para el funeral de Caroline.

—¿Lo has visto? —le pregunto a Pam, que está sentada sola en un banco de un rincón.

—No, yo…

—Vete a la ventana. Te prometo que no quedarás decepcionada. Es como un 747 preñado.

—Michael…

—Sí, ya sé que parezco un turista, pero eso no siempre es tan malo. A veces hay que sacar la cámara, ponerse la camiseta Hard Rock y dejar que todo…

—No somos turistas —gruñe, apuñalándome con una mirada heladora en el pecho—. Vamos a un funeral.

Como de costumbre, tiene razón. Doy un paso atrás para contenerme. Me siento como si midiera medio metro de la cabeza a los pies.

—Perdona. No quería decir que…

—No te preocupes —me dice, evitando mirarme—. Sólo avísame cuando sea la hora de irse.

A las siete menos cuarto nos conducen al avión donde formamos en hilera de a uno. Traje oscuro, maletín de cuero. Traje oscuro, maletín de cuero. Traje oscuro,

maletín de cuero. Uno tras otro. El mensaje está claro: es un funeral, pero al menos haremos algo de trabajo. Miro mi propio maletín y deseo no haberlo cogido. Después miro a Pam. Ella no lleva nada más que un pequeño bolso negro.

Al principio de la cola, al pie de la escalera que sube al avión, está el agente del Servicio Secreto que va comprobando los nombres y credenciales de todos. Al lado del agente está Simon. Lleva un traje negro y una corbata gris plata tipo el-Presidente-llevaba-una-hace-pocas-semanas, y va saludando a cada uno de nosotros según llegamos. No es frecuente que el consejero haga una demostración pública así, y por la expresión tonta de su cara, disfruta de lo lindo. Se le nota en la manera de hinchar el pecho. La cola sigue avanzando y finalmente nuestros ojos establecen contacto. En el momento en que me ve, se da la vuelta y va hacia su secretaria, que está un poco más allá con una tablilla en la mano.

—Tonto del culo —le susurro a Pam.

Cuando llego a la escalerilla doy mi nombre al agente del Servicio Secreto. Busca en la lista que sujeta en la mano.

—Lo siento, señor, ¿cómo era su nombre?

—Michael Garrick —digo, sacando mi tarjeta de identidad de detrás de la corbata.

Comprueba de nuevo.

—Lo lamento, señor Garrick, no lo tengo a usted aquí.

—Eso es imposi… —Me quedo cortado. Por detrás de la gente veo que Simon mira hacia nosotros. Exhibe la misma sonrisa que el día que me mandó a casa. Ese hijo de…

—Llame a Personal —dice Pam al agente—. Verá que está en plantilla.

—A mí no me importa si lo está o no —explica el agente—. Si no está en esta lista, no sube al avión.

—Un momento, ¿puedo interrumpir un momento? —pregunta Simon. Se saca un papel del bolsillo interior de la chaqueta, vuelve a ponerse al principio de la fila y se lo pasa al agente—. Con las prisas por organizar todo esto, creo que sin darme cuenta dejé fuera a algunas personas. Aquí tiene la lista de autorizaciones puesta al día. Tendría que habérsela dado antes…, como ha sido una pérdida tan…

El agente mira la lista y comprueba el código en la hoja de autorización.

—Bien venido a bordo de *Air Force One*, señor Garrick.

Hago un gesto al agente con la cabeza y clavo mi mirada más fría en Simon. No hay nada que decir. Para subir a bordo, mejor que esté a bordo. Cualquier otra cosa tendría sus consecuencias. Da un paso a un lado y me indica que siga; me recompongo y subo la escalerilla. En un día normal, los empleados utilizan la escalerilla de cola; hoy, subimos por delante.

Cuando entro en la cabina busco alguna azafata con la mirada, pero no hay

ninguna.

—¿Es la primera vez? —pregunta una voz. A mi izquierda hay un chico joven con una camisa almidonada inmaculadamente blanca. Los galones de sus hombros me indican que es de la Fuerza Aérea.

—¿Son asientos libres o…?

—¿Cómo se llama usted?

—Michael Garrick.

—Sígame, señor Garrick.

Avanza, decidido, por el pasillo principal que corre a lo largo del lado derecho del avión con filas de sillones de terciopelo con el respaldo bajado y mesitas auxiliares imitando antiguo. Como una sala de estar volante.

Al entrar en la zona de pasajeros, más que meter a todo el mundo en una gran cabina para cien personas, los asientos están divididos en secciones más pequeñas de diez plazas. Los asientos se dan frente, de cinco en cinco, y hay una mesa de fórmica compartida entre tú y la persona de enfrente. Todos mirando a todos. De este modo es más fácil promocionar el trabajo.

—¿Podría ser un asiento de ventanilla? —pregunto.

—Esta vez, no —dice al pararse. Me señala un asiento de pasillo que mira hacia adelante. En el asiento hay una tarjeta blanca doblada con el sello presidencial. Bajo el sello se lee: «Bien venido a bordo de Air Force One». Y debajo leo mi nombre: «Señor Garrick».

Mi reacción es instantánea:

—¿Puedo quedarme con esto?

—Lo lamento, pero tenemos que guardarla por cuestiones de seguridad.

—Por supuesto —le digo, tendiéndole la tarjeta—. Lo comprendo.

—Es broma. Era una broma, señor Garrick —dice, poniendo la mejor sonrisa que sabe. Y cuando ve que lo he entendido, añade—: Ahora, ¿quiere visitar el resto del avión?

—¿En serio? Me encantaría. —Por encima de su hombro veo que se acerca Pam —. ¿Sabe qué? De momento pasaré. Tengo algo de trabajo.

Pam comprueba la tarjeta que está frente a mí, ve su nombre y se sienta. Estoy a punto de dejar mi cartera sobre la mesa que hay entre nosotros, pero en vez de eso la pongo debajo del asiento.

—¿Cómo lo llevas? —le pregunto.

—Pregúntamelo cuando hayamos terminado.

A las siete en punto estamos todos a bordo y preparados para salir, pero como no es un vuelo comercial, la mayoría de la gente no está en su asiento, están de pie, reunidos en pequeños grupos o paseando, explorando el aparato. Sin la menor duda

parece más un cóctel que un viaje en avión.

Pam levanta la vista del periódico y me pilla asomado al pasillo para espiar.

—No te preocupes, Michael, vendrá.

Cree que estoy buscando a Nora. Le digo:

—¿Por qué siempre supones que es por ella?

—¿Y no es todo por ella?

—Muy graciosa.

—No, gracioso es Charlie Brown… —Levanta el periódico y lo mete en su sitio —. Sí, Charlie Brown… ya lo creo que te gusta esa chica pelirroja…

Me levanto del asiento sin hacerle caso.

—¿Adónde vas? —pregunta, bajando el periódico.

—Al baño. Volveré en seguida.

Encuentro dos servicios en la parte delantera, los dos ocupados. A mi izquierda, en una mesa plegable bajada hay un plato de caramelos. En el plato hay carteritas de cerillas con el logotipo Air Force One. Cojo una para Pam y otra para mi padre. Antes de poder coger otra para mí, oigo el petardeo rítmico de unos helicópteros que llegan. La puerta del baño se abre, pero yo voy directo a las ventanillas. Atisbo el exterior y veo dos helicópteros idénticos de varios pasajeros. El que lleva a Hartson es Marine One. El otro es un simple señuelo. Trasladándolo en un aparato u otro, confían en que los posibles asesinos no sepan cuál de ellos han de derribar.

Los dos aparatos aterrizan casi al unísono, pero uno está más cerca del avión. Ése es Marine One. Cuando se abre la puerta, la primera persona que sale es el jefe de Gabinete. Tras él aparece un alto consejero, unos pocos adjuntos y, finalmente, Lamb. Este hombre es asombroso. Siempre atento. A continuación aparece Nora, seguida de Christopher, su hermano pequeño, un chico de aspecto nervioso que todavía va al colegio. Los dos vástagos presidenciales se detienen un momento, cogidos de la mano, esperando a sus padres. Primero, la señora Hartson. Luego, el Presidente. Naturalmente, mientras todo el mundo mira a POTUS, yo no puedo quitar los ojos de su hija…

Una mano poderosa se apoya en mi hombro.

—¿A quién miras? —pregunta Simon.

Me giro rápidamente al reconocer su voz.

—Al Presidente, claro —replico.

—Una vista increíble, ¿no te parece?

—Las he visto mejores —le espeto.

Me lanza una mirada que sé que dejará cicatriz.

—Recuerda dónde estás, Michael. Sería una verdadera lástima que tuvieras que irte a casa.

Siento ganas de pelea, pero ésta no la voy a ganar. Es hora de andar listo. Si

Simon quisiera verme fuera, hace tiempo que lo estaría. Sólo quiere silencio. Eso es lo que hará que este asunto no llegue a la prensa; lo que me hará conservar el trabajo; lo que servirá para mantener a Nora a salvo. Y, como ella dijo en la bolera, el único modo que tenemos de llegar al fondo del asunto.

—¿Nos hemos entendido? —pregunta Simon.

—No tiene que preocuparse por mí —digo, asintiendo con la cabeza.

—Bien —dice con una sonrisa. Se dirige hacia la cola del avión y me deja seguir.

Vuelvo a mi asiento con una sensación como si me hubiesen dado una patada en el estómago.

—¿Has visto a tu novia? —me pregunta Pam cuando estoy a punto de sentarme. Está otra vez oculta detrás del periódico y su voz tiembla.

—¿Qué te pasa?

No me contesta. Alargo la mano y le bajo el periódico.

—Pam, dime qué…

Tiene los ojos anegados de lágrimas. El periódico cae sobre la mesa y veo por primera vez lo que leía. Página B6 de la sección metropolitana. Necrológicas. Arriba del todo, una foto de Caroline. El titular dice: «Muere la abogada de la Casa Blanca Caroline G. Penzler».

Antes de que pueda reaccionar, el avión empieza a moverse. Un tirón brusco hacia adelante hace caer el bolso de Pam al suelo y, al golpear, su pluma de la Casa Blanca rueda por la alfombra. Tras un breve anuncio, recorremos la pista preparados para despegar. Algunos regresan a sus asientos; a otros les da igual. El cóctel continúa. La cabina entera se estremece con el último acelerón del despegue. Aun así, nadie se ha puesto el cinturón. Es un detalle sutil, pero eso implica poder. E incluso camino de un funeral, eso es la esencia de la Casa Blanca.

El aterrizaje en el aeropuerto internacional de Duluth es mucho más suave que el despegue. Cuando ya podemos ver la pista, los monitores de televisión de la cabina cobran destellos de vida. Los televisores están encastrados en la pared, uno encima de la cabeza de la persona a mi izquierda, otro sobre la cabeza a la izquierda de Pam.

En los monitores veo un avión gigantesco azul y blanco a punto de aterrizar. Los noticiarios locales cubren nuestra llegada, y puesto que estamos en su radio de acción, han sintonizado las estaciones de aquí.

Asombroso, me digo a mí mismo.

Dando más crédito a la televisión que a la realidad, mantenemos la vista en los monitores, y en un instante, eso convierte nuestras vidas en la mejor película interactiva del mundo, cuando las ruedas tocan tierra en la tele, notamos cómo tocan debajo de nosotros.

Una vez que han desembarcado los peces gordos, los demás podemos ir hacia la

puerta. No hay que andar mucho, pero ya se puede notar el cambio de ánimo. Nadie habla. Nadie se distrae. El jolgorio en el mejor avión privado del mundo se ha terminado. Finalmente, la cola empieza a avanzar y le ofrezco la mano a Pam.

—Vamos, es hora de salir.

Alarga su mano y acepta mi invitación, entrelazando sus dedos con los míos. Le doy un apretón cálido, reconfortante. Un apretón como los que se reservan para los mejores amigos.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunto.

Me aprieta todavía más fuerte y dice una palabra:

—Mejor.

Vamos avanzando lentamente hacia la proa del avión y finalmente vemos lo que produce el retraso en la salida. El Presidente está de pie junto a la puerta principal y va ofreciendo personalmente sus simpatías a cada uno de nosotros.

Ese contacto humano… esa necesidad de ayudar… ésa es exactamente la primera razón por la que vine a trabajar con Hartson. Si estuviera estrechando manos al pie de la pasarela, sería un gesto puramente político, un acto preparado para las cámaras y la reelección. Aquí dentro, la prensa no puede verlo. Es el sueño de cualquier colaborador: un momento que se produce sólo entre él y tú.

Cuando estamos más cerca, veo a la Primera Dama de pie a la izquierda de su marido. Ella conoció a Caroline antes que todos nosotros, algo que puedo descubrir en la tensión de sus labios apretados.

Me lleva otros tres pasos ver esa silueta conocida. Detrás del hombro de Hartson descubro a mi miembro favorito de la Primera Familia de pie en el pasillo y observando los acontecimientos.

Cuando levanta la vista, nuestras miradas se cruzan. Nora me dedica una tímida sonrisa. Está intentando aparentar su indiferencia habitual, pero yo ya empiezo a saber ver lo que hay detrás. La manera en que mira a su padre… luego a su madre… es que ya no son el Presidente y la Primera Dama… son sus padres… eso es lo que puede perder. Para nosotros es un puesto. Para Nora… Si llega a producirse un atisbo de escándalo en torno a ella y el dinero —o, incluso peor, la muerte…—, es su vida.

Suelto la mano de Pam y le hago un ligero gesto con la cabeza a Nora. No estás sola.

No puede evitar devolverme una sonrisa.

Sin decir palabra, Pam vuelve a coger mi mano con fuerza.

—Recuerda solamente esto —me susurra—: «Que cada bestia lleve su carga».

Capítulo 12

A la mañana siguiente miro mis periódicos, los llevo a la mesa de la cocina y rastreo mi nombre en las cuatro primeras páginas. Nada. Nada sobre mí, nada sobre Caroline. Incluso las fotos de portada, que pensaba que serían de Hartson en el funeral, están dedicadas al fracaso de ayer de los Orioles. Terminado el funeral, ya no es noticia. Un simple ataque al corazón.

Voy hojeando descuidadamente el *New York Times* esperando que suene el teléfono. Suena treinta segundos después.

—¿Tienes la cosa? —pregunto en cuanto descuelgo.

—¿Lo has visto? —pregunta Trey.

—¿Ver qué?

Hace una pausa.

—A 14 del *Post*.

Conozco ese tono. Aparto el Times de la mesa y busco nervioso el *Post*. Las manos casi no pueden pasar las páginas. 12, 13… aquí. «Abogada de la Casa Blanca en tratamiento por depresión. » Recorro el breve artículo que habla del episodio de depresión de Caroline y cómo parecía superarlo con éxito.

La historia se cuenta sin mencionarme a mí ni una sola vez, pero cualquier adicto a la política sabe lo que sigue. Puede que perdida por las páginas interiores, pero la historia de Caroline sigue viva.

—Por si esto te hace sentirte mejor, no eres el único con malas noticias —dice Trey tratando claramente de cambiar de tema—. ¿Has visto lo de Nora en el *Herald*? —Antes de que pueda contestarle, me explica—: Según la columnista de cotilleo, uno de los ayudantes principales de Bartlett la llamó, fíjate, «la primera pasota», porque todavía no se ha aclarado después de la escuela. Son unos vampiros chupasangres, violadores de reputaciones.

Me paso al *Herald* y localizo el artículo.

—No es un movimiento inteligente —le digo mientras lo leo en voz baja—. A la gente no le gusta que se ataque a la Primera Hija.

—No sé —dice Trey—. Los chicos de Bartlett llevan tiempo sondeando el tema. Si deciden sacarlo, apuesto a que es porque la gente está caliente.

—Si fuera así, lo habría dicho el propio Bartlett.

—Espera unos cuantos días… esto no es más que un globo sonda. Me parece estar oyendo a los redactores de discursos escribiendo: «Si Hartson no sabe cuidar de su propia familia, ¿cómo va a ocuparse del país…?».

—Eso es un riesgo muy grande, Dukakis. El rebote de…

—¿Has visto las cifras? No hay ningún rebote a la vista. Pensábamos que daríamos un salto con el funeral… la ventaja de Hartson ha bajado a diez. Creo que a

las mamis de Opinión Pública les encanta esa idea de luchar por las familias.

—No importa. Pondrán la raya ahí. Nunca saldrá de labios de Bartlett.

—¿Apuestas algo? —pregunta Trey.

—¿Tan seguro estás?

—Más incluso que cuando lo de la imagen de Hartson con gafas de sol y gorra de béisbol a bordo del portaaviones. Aunque no fuera más que un pequeño Top Gun, te dije que la usaríamos para el anuncio.

—Oh, oh, mucho rollo. —Miro el artículo pensando que se ha acabado una vez más. No habrá modo de hacerle decir eso a Bartlett—. ¿Cinco centavos?

—Cinco centavos.

La mayor parte de estos dos años ha sido el juego más divertido. Aquí a todo el mundo le encanta ganar. Yo incluido.

—Y nada de números —añado—. Nada de echarse atrás a la hora de acusar a Bartlett de ir a por una hija virgen e inocente.

—Oh, nosotros iremos a por él —promete Trey—. Tendré preparada la declaración de la señora Hartson para que salga a las nueve. —Hace una pausa—. Aunque no servirá de nada.

—Ya veremos.

—Seguro que lo veremos —me replica—. Y ahora, ¿estás preparado para leer?

Acerco el *Herald*, puesto que siempre pasamos primero el *Post*. Pero cuando miro el periódico, el artículo sobre Caroline sigue mirándome a la cara. Puedo taparlo todo lo que quiera, que no desaparece.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—¿Qué pasa? ¿Retiras la apuesta?

—No, sólo es… este artículo sobre Caroline…

—Oh, venga, Michael, creí que no ibas a…

—Dime la verdad, Trey, ¿crees que esto traerá cola?

No me responde.

Me hundo en mi asiento. Por alguna razón, el *Post* sigue interesado. Y por lo que yo entiendo, están empezando a enfocar el microscopio.

—Busco a un tal agente Rayford —digo leyendo el nombre en el acuse de recibo a primera hora de la mañana siguiente.

—Yo soy Rayford —contesta, molesto—. ¿Quién es?

Mientras dice esas palabras, me cambio el teléfono de oreja e imagino su nariz ganchuda y sus antebrazos sin vello.

—Hola, agente, soy Michael Garrick… usted me paró la semana pasada por exceso de velocidad…

—Y tal vez por traficar con drogas —añade—. Ya sé quién es usted.

—En realidad —cierro los ojos y pretendo no estar intimidado—, de eso quería hablarle. Me pregunto si habrá tenido usted oportunidad de comprobar el dinero, para que podamos terminar con esto…

—¿Sabe usted cuánto dinero fotocopiaron antes de la última redada contra la droga? Casi cien mil pavos. A cuatro billetes por página, me llevará varios días comprobar que los números de serie de sus billetes no coinciden con los de los nuestros.

—No pretendía molestarle, pero es que…

—Escuche, cuando hayamos terminado, lo llamaremos. Hasta entonces, déjelo estar. Y mientras tanto, salude al Presidente de mi parte.

—¿Cómo sabe dónde trabajo?

Se oye un clic al otro lado de la línea y luego todo queda en silencio.

—¿Eso es todo lo que dijo? —pregunta Pam, sentada delante de mi ordenador.

Miro la mesa mientras jugueteo con el tirador del cajón del medio que se balancea. Lo pongo para arriba, pero sigue cayéndose.

—Tal vez tendrías que contarle al FBI lo del dinero —añade, estudiando mi reacción—. Sólo por estar a salvo.

—No puedo —insisto.

—Por supuesto que puedes.

—Piénsalo un momento, Pam: no es sólo decírselo al FBI… y no sería sólo a ellos, en primer lugar. Además, ya sabes lo que opinan de Hartson. De Hoover a Freeh, tienen odio a cualquier jefe del ejecutivo… la eterna lucha por el poder. Y si Nora anda involucrada… se lo pasarían a la prensa en un abrir y cerrar de ojos. Es lo mismo que hicieron con el expediente médico del Presidente.

—Pero por lo menos tú estarías…

—Yo estaría muerto, eso es lo que estaría. Si empiezo a jugar con el FBI, Simon pondría a todo el mundo detrás de mí. Y en un juego de él dijo/yo dije, pierdo yo. Cuando busquen pruebas, lo único que verán son los billetes de numeración consecutiva. Los primeros treinta mil en la caja fuerte de Caroline y los últimos diez en mi poder. Hasta yo mismo empiezo a pensar que el dinero es mío.

—¿Así que vas a quedarte ahí sentado, bien calladito, y vas a ser el chico de Simon?

Cojo un papel de la bandeja y lo agito delante de su cara.

—¿Sabes lo que es esto?

—Un árbol asesinado por la cruel máquina caníbal de muerte que llamamos sociedad moderna.

—Muy bien, Thoreau, en realidad es una solicitud oficial a la Oficina de Ética Gubernamental. Les pedí copias de las declaraciones de bienes de Simon, que hay que presentar todos los años.

—De acuerdo, ya dominas los archivos públicos. Y eso lo único que te da es la lista de sus acciones y algunas cuentas corrientes.

—Claro, pero cuando tenga su expediente, tendremos un sitio completamente nuevo donde buscar. No se sacan cuarenta mil dólares de la nada. O bien liquidó alguna inversión importante, o tiene un asiento deudor en alguna cuenta. Si encuentro ese asiento tendré el camino perfecto para demostrar que el dinero es suyo.

—Déjame que te explique un camino todavía más fácil: haz que Nora corrobore que…

—Ya te he dicho que eso no lo voy a hacer. Ya lo hemos discutido: en el momento en que ella aparezca, salimos en primera página. Mi carrera está muerta; la elección, acabada.

—Eso no es…

—¿Quieres ser tú Linda Tripp? —le desafío.

No me contesta.

—Eso pensaba. Además, lo que Nora vio sólo cubre la primera noche. En cuanto llegamos a la muerte de Caroline, incluso aunque fuera un infarto, sigo estando solo.

Pam mueve la cabeza a los lados y el teléfono empieza a sonar. Negándome a meterme en lo otro, me decido por el teléfono.

—Aquí Michael.

—Hola, Michael, soy Ellen Sherman. ¿Te cojo en mal momento? ¿Estás hablando con el Presidente o algo así?

—No, señora Sherman, no estoy hablando con el Presidente.

La señora Sherman es la profesora de Sociales de sexto grado de mi pueblo, Arcana, Michigan. También se ocupa del viaje de estudios anual a Washington, y cuando supo lo de mi trabajo añadió una nueva parada en el itinerario: visita privada al Ala Oeste.

—Estoy segura de que sabes por qué te llamo —dice con celo de escuela elemental y voz aguda—. Sólo quería asegurarme de que no te has olvidado de nosotros.

—Yo nunca me olvido de usted, señora Sherman.

—¿Entonces estamos todos apuntados para fin de mes? ¿Has dado todos los nombres a los de seguridad?

—Ayer lo hice —le miento mientras busco por mi mesa la lista de nombres.

—¿Y qué pasa con Janie Lewis? ¿Están de acuerdo? Su familia son mormones, ya sabes. De Utah.

—La Casa Blanca está abierta para todas las religiones, señora Sherman. Utah incluido. Si no quiere usted nada más, es que realmente tengo mucha prisa.

—Mientras hayas pasado los nombres…

—Todo está en orden —digo mirando cómo Pam continúa hirviendo—. Y ahora,

que pase usted un buen día, señora Sherman. Yo la veré en…

—No intentes librarte de mí por teléfono, jovencito. Puede que seas grande y famoso, pero para mí seguirás siendo Mickey G.

—Sí, señora Sherman. Perdone. —El Medio Oeste no cambia.

—¿Qué tal está tu padre? ¿Alguna noticia suya?

Me quedo mirando la solicitud de las declaraciones de bienes de Simon.

—Lo normal. No hay mucho que contar.

—Bueno, dale recuerdos de mi parte cuando lo veas —me dice—. Ah, otra cosa más, Michael…

—¿Sí?

—Aquí estamos muy orgullosos de ti.

Es fácil, pero ese cumplido sigue haciéndome sonreír.

—Gracias, señora Sherman. —Cuelgo el teléfono y me vuelvo hacia la pantalla del ordenador.

—¿Quién era? —pregunta Pam.

—El pasado —le explico mientras encuentro la lista de la señora Sherman. La primera vez en mi vida que salí de Michigan fue en viaje de estudios. Sólo el viaje en avión ya hizo del mundo un sitio más grande para mí.

—¿Y no puedes dejarlo para más tar…?

—No —insisto—. Voy a hacerlo ahora.

Hago doble clic en la carpeta SETV, abro un formulario en blanco para solicitar un Sistema para Entradas de Trabajadores y Visitantes. Para que a un visitante se le permita la entrada tanto en el EAOE como en la Casa Blanca, primero tiene que ser autorizado por el sistema. Voy escribiendo uno a uno los nombres, fechas de nacimiento y números de la seguridad social de la señora Sherman y sus alumnos de sexto grado. Cuando termino, añado la fecha, la hora y el lugar de reunión, y hago clic en el botón de Enviar. En mi pantalla aparece una ventana rectangular: «Su solicitud de visita al SETV ha sido remitida al Servicio Secreto de los Estados Unidos para ser procesada».

—¿Listo para reanudar la conversación? —pregunta Pam.

Miro el reloj y me doy cuenta de que se me hace tarde. Me levanto de un salto y le replico:

—Cuando vuelva.

—¿Adónde vas?

—Adenauer quiere verme. —¿Ese tío del FBI? ¿Qué quiere?

—No lo sé —le digo, ya camino de la puerta—. Pero si el FBI descubre lo que está pasando y esto sale a la luz pública, Edgar Simon será la menor de mis preocupaciones.

Entro en el Ala Oeste con el pensamiento ocupado por el viaje escolar de la señora Sherman. Es un regateo mental que confío que me preservará del pánico de pensar en Adenauer y en si es o no un ataque al corazón. El problema estriba en que cuanto más pienso en los escolares, más me angustia no poder estar aquí para dirigir la visita. Me acerco al puesto de guardia del primer control de seguridad, ansioso por encontrar una cara amiga.

—Hola, Phil.

Levanta la vista y me hace un gesto con la cabeza. Nada que decir.

Lo miro al pasar pero sigue sin decirme ni palabra. Es como el guardia a la entrada del aparcamiento. Cuanto más metido está el FBI, más miradas raras cosecho. Trato de no pensar en eso, paso junto a Phil, giro a la derecha bruscamente y me dirijo al pequeño tramo de escaleras. Otro giro brusco a la derecha y me encuentro ante la Sala de Situación, donde controlan la situación del mundo.

La Sala de Situación es la guarida habitual de los jefazos del Consejo Nacional de Seguridad, el lugar más protegido de todo el complejo de la Casa Blanca. Los rumores sostienen que cuando pasas por la puerta, te baña una fina banda de luz de un láser invisible que escanea tu cuerpo por si llevas armamento químico. Al pasar dentro, no me creo ni una palabra. Somos buenos, pero no tanto.

—Busco a Randall Adenauer —explico a la primera recepcionista que veo.

—¿Y su nombre es…? —pregunta, mirando su registro de citas.

—Michael Garrick.

Levanta la vista, sorprendida.

—¡Oh! Señor Garrick… venga por aquí.

El estómago se me viene abajo. Aprieto las mandíbulas para moderar la respiración y sigo a la recepcionista hacia lo que supongo que será uno de los pequeños despachos periféricos. Pero en vez de eso, nos detenemos ante la puerta cerrada de la sala principal de reuniones. Otra mala señal. En vez de citarme en las oficinas del FBI en la quinta planta del EAOE, me ha llevado a la sala con más seguridad del complejo. Aquí es donde el equipo de Kennedy sopesó la crisis de los misiles cubanos, y donde los de Reagan pelearon con sus malas artes para ver quién dirigiría el país cuando el atentado contra el Presidente. Si Adenauer se instala aquí, es que tiene algo serio que ocultar.

El clic de un cerrojo magnético me permite el acceso a la sala. Abro la puerta y entro. A la vista, es una sala de reuniones normal: una larga mesa de caoba, sillones de cuero, unos pocos vasos de agua. Desde un punto de vista tecnológico, es mucho más. Se rumorea que las paredes de esta sala tienen de todo, desde satélites espía infrarrojos a sistemas de vigilancia electromagnética que miden las radiaciones del teléfono, red, series o cables eléctricos. Pase lo que pase, no habrá ningún testigo.

Cuando la puerta se cierra detrás de mí, noto que un ligero zumbido flota por la

habitación. Es como si estuviera sentado junto a una fotocopiadora, pero en realidad se trata de un generador de ruido blanco. Si llevase una cinta grabadora o un micrófono, ese ruido los ahogaría. No quiere correr ningún riesgo.

—Gracias por venir —dice Adenauer.

Tiene un aspecto distinto de la última vez que lo vi. Su pelo arenoso, la mandíbula ligeramente descentrada, ambas cosas parecen más suaves sin el cuerpo de Caroline como fondo. Igual que esa vez, lleva el botón de arriba de la camisa desabrochado. La corbata, ligeramente suelta. Nada que intimide. Tiene delante de él una carpeta roja, pero está sentado al otro lado de la mesa con la palma de la mano derecha completamente abierta. Una evidente oferta de ayuda.

—¿Hay algo que le moleste, Michael?

—Estaba preguntándome por qué me recibe aquí. Podía haberme hecho subir a su despacho.

—Hay alguien allí ahora, y si lo hubiera hecho bajar a la oficina grande, lo hubiera visto hasta el último periodista de los que hacen guardia en el edificio. Por lo menos aquí lo tengo a usted a salvo.

Buen punto.

—No estoy aquí para acusarlo, Michael. Yo no creo en los chivos expiatorios —me explica con su dulce acento de Virginia.

Al contrario que la otra vez, no intenta tocarme en el hombro, lo que es una de las razones por las que considero que es serio de verdad. Al hablar, tiene un difuso tono profesional en la voz. Hace juego con su traje de tweed y me recuerda a un viejo profesor de inglés de instituto. No, no exactamente un profesor. Un amigo.

—¿Por qué no se sienta? —pregunta Adenauer. Señala la silla en la esquina de la mesa y sigo su invitación—. No se preocupe —me dice—. Será rápido.

No hay duda de que se lo toma con tranquilidad. Una vez que estoy sentado, abre la carpeta roja. Manos a la obra.

—Bien, Michael, ¿sigue manteniendo que usted lo único que hizo fue encontrar el cuerpo?

Mi cabeza se levanta de golpe antes incluso de que termine la pregunta.

—¿Qué está usted…?

—No es más que una formalidad —me promete—. No tiene que ponerse nervioso.

Sonrío forzadamente y acepto su palabra. Pero en sus ojos… ese modo en que se entrecierran… lo veo un poco demasiado divertido.

—Yo solamente la encontré —insisto.

—Fantástico —replica sin cambiar de expresión. El zumbido del ruido blanco a mi alrededor se está haciendo irritante—. Ahora, cuénteme lo que sabe de Patrick Vaughn —dice, fiándose nuevamente de los viejos trucos de interrogatorio. Más que

preguntar si yo conozco a Vaughn, va directo a la cuestión. Pero yo estoy en guardia. P. Vaughn. Nombre de pila: Patrick. El individuo que pasó la nota por debajo de mi puerta. Con esperanza de averiguar algo más, le digo la verdad a Adenauer.

—No conozco a ese individuo.

—Patrick Vaughn —repite.

—Ya lo he oído la primera vez. No tengo ni idea de quién es.

—Vamos, Michael, no se comporte así, usted es más inteligente.

No me gusta como suena eso —no es un truco—, hay auténtica preocupación en su voz. Lo que significa que tiene alguna buena razón para creer que yo tendría que conocer a ese tal Vaughn. Es hora de lanzar el cebo.

—Intento recordarlo, se lo juro. Ayúdeme un poco. ¿Cómo es físicamente?

Adenauer busca en la carpeta y saca una foto policial en blanco y negro. Vaughn es un tipo bajito con un bigotito fino de gángster de película de televisión y el pelo grasiento aplastado hacia atrás. La tarjeta de identificación que sujeta delante del pecho lleva un número de la policía y su fecha de nacimiento. La última línea de la tarjeta dice «Wayne County», lo que me indica que ha pasado algún tiempo en Detroit.

—¿Le suena ahora? —pregunta Adenauer.

Pienso en la descripción que hizo mi vecino del individuo con cadenas de oro.

—Le he hecho una pregunta, Michael.

Mi cerebro sigue encallado en la nota al pie de mi puerta. Si el tipo de las cadenas… si ése era Vaughn, ¿por qué va haciéndole preguntas al vecino? ¿Intenta ayudar? ¿O intenta enredarme?

Mientras no sepa la respuesta, no correré el riesgo.

—Se lo estoy diciendo, no tengo ni idea de quién es. No lo he visto en mi vida —es una respuesta de abogado, pero sigue siendo la verdad. Contemplo la foto y encajo otro diálogo—. ¿Por qué lo detuvieron?

Adenauer no mueve ni un músculo.

—No quieras tocarme los huevos, muchacho.

—Yo no… no sé qué quiere que le diga. ¿Qué hizo?

Chasquea el cuero cuando se inclina hacia adelante en el sillón. Se prepara para saltar.

—Adivínelo así, a pelo… Al fin y al cabo, usted fue el primero en llegar.

Oh, Dios mío.

—¿Es un asesino? ¿Creen que éste es el tipo que mató a Caroline?

Me arrebata la foto de las manos.

—Le he dado una oportunidad, Michael.

—¿Cómo? ¿Usted cree que lo conozco?

—No voy a contestarle a esa pregunta.

Empiezo a sudar. Hay algo que no me dice. ¿Será éste el tío que contrató Simon? Tal vez Simon lo esté usando para señalarme con el dedo. El ruido blanco hace más difícil pensar.

—¿Alguien le contó a usted algo?

—Olvídelo, Michael. Vámonos.

—No quiero irme. Dígame qué le hace pensar que lo conozco. ¿Mi padre? ¿Tiene que ver con él? ¿Es porque es de Detroit? ¿Porque los dos somos de Michi…?

—¿Y si le digo que lo han trincado dos veces en el distrito de Columbia por vender drogas? —me interrumpe Adenauer—. ¿Eso le suena de algo?

No me gusta adonde se encamina esto.

—¿Tendría que sonarme?

—Dígamelo usted. Dos veces detenido por drogas aquí y un juicio por asesinato hace dos años en Michigan. ¿Le suena a alguien que conozca?

Centrado en las drogas, intento no pensar en la respuesta.

—Por cierto —dice Adenauer con una sonrisa—. ¿Vio ese artículo sobre Nora en el *Herald* de esta mañana? ¿Qué le parece eso de que la llamen «la Primera Pasota»?

—¿Perdón? —digo, intentando conservar la calma.

—Hombre, ya sabe, pensé que como ustedes dos salen juntos y eso… ¿Es duro tener que compartirla siempre con el resto del mundo?

Estoy tentado de decir algo, pero decido esperar.

—Quiero decir, salir con la Primera Hija… eso debe de dar algunas historias interesantes que contar.

Se cruza de brazos esperando mi reacción. Pero no consigue más que cargar la sala de una atmósfera irrespirable. Una cosa es salir con ella, y otra permitirle que mezcle a ese Vaughn en los rumores sobre Nora y las drogas. Por lo que yo sé, no es más que un farol basado en el artículo del *Rolling Stone*. O, simplemente, su vendetta pendiente contra Hartson.

—¿Entonces cuánto tiempo llevan juntos? —añade finalmente.

—No estamos juntos —gruño—. Sólo somos amigos.

—¡Oh! Estaba equivocado.

—¿Y qué tiene eso que ver con lo demás, de todos modos?

—Nada… nada de nada —dice Adenauer—. No hago más que comentar algunos acontecimientos recientes con un empleado de la Casa Blanca. Esto ni siquiera lo tengo en la agenda como interrogatorio. —Me observa con atención, guarda la foto de Vaughn y cierra la carpeta—. Ahora volvamos a su historia. ¿Se había peleado con Caroline antes de encontrar el cuerpo?

—Sí, porque ella… —Me corto en seco. Hijo de puta. Nunca le había dicho a Adenauer que Caroline y yo nos hubiéramos peleado. Me está batiendo en toda regla.

Sin embargo, como buen virginiano, no hace exhibición.

—Lo que le dije lo dije en serio: no estoy aquí para acusarlo —explica—. Alguien los oyó gritar desde el pasillo. Sólo quisiera saber de qué iba todo. —Y antes de que pueda responderle, añade—: Esta vez, la verdad, Michael.

No hay rodeos. Tengo los ojos fijos en la carpeta roja de Adenauer. Como antes, no toma notas, se limita a leer los bocadillos. Con la esperanza de ahogar el ruido blanco con una profunda inspiración, le hablo de mi padre, de sus antecedentes penales, y del conflicto con sus beneficios médicos.

Adenauer escucha sin interrumpir.

—Yo no creía hacer nada ilegal, pero Caroline pensaba que tendría que haberme declarado incompatible. Lo veía como un conflicto de intereses.

Adenauer me escudriña buscando alguna incoherencia en la historia.

—¿Y eso es todo lo que pasó? ¿Como ella no quería escucharlo, usted se marchó y volvió a su despacho?

—Eso es. Y cuando volví, estaba muerta.

—¿Cuánto tiempo estuvo fuera?

—Diez minutos, quince como mucho.

—¿Alguna parada en el camino?

Niego con la cabeza.

—¿Está seguro? —pregunta con tono de sospecha. Otra vez tengo la sensación de que sabe algo.

—Eso es todo lo que pasó —insisto.

Me lanza una mirada larga para darme todas las oportunidades posibles de cambiar de historia. Como no lo hago, recoge la carpeta y se levanta del asiento.

—Le juro que no le miento… es la verdad…

—Michael, ¿Caroline le estaba haciendo chantaje?

—¿Qué? —pregunto, esforzándome por reír—. ¿Eso es lo que usted piensa?

—A usted no le importa lo que yo piense —dice—. Ahora, acláreme esto otro. Ésa no fue la primera vez que ella sacó su expediente, ¿verdad?

Me quedo helado.

—No sé de qué me habla.

—¡Está aquí! —exclama, señalando la carpeta. La abre y me muestra la lista de peticiones grapada a la cubierta por dentro.

Hay dos firmas en la columna de Salidas, y veo que Caroline sacó la mía dos veces: la semana pasada y seis meses después de empezar a trabajar.

—¿Le importaría decirme a qué obedece la primera?

—No tengo ni idea.

—Cuantas más mentiras diga, más le dolerá.

—Ya se lo he dicho, no tengo ni idea.

—¿Realmente espera que me lo crea?

—Crea usted lo que quiera… yo le estoy diciendo la verdad. Es decir, si la maté yo, ¿por qué no me llevé mi expediente? ¿O por lo menos el dinero?

—Escuche, hijo, una vez tuve un sospechoso que se clavó un cuchillo de cocina en los pulmones, dos veces, sólo por alejar las sospechas de él. Cuando llega la hora de encubrirse, no hay límites.

—¡Yo no estoy encubriéndome de nada! —exclamo—. ¡Tuvo un ataque al corazón! ¿Por qué no puede aceptarlo tal cual?

—Porque murió con treinta mil dólares en la caja fuerte. Y lo más importante, porque no fue un ataque al corazón.

—¿Perdón?

—He visto la autopsia con mis propios ojos. Fue un derrame.

Aprieto la mandíbula y pongo la cara más valiente que puedo.

—Eso no significa que fuera asesinada.

—Pero sí significa que no fue un infarto —indica Adenauer, estudiando mi reacción—. No se preocupe, Michael: cuando llegue el informe de Toxicología ya sabremos qué se lo produjo. No es más que cuestión de tiempo.

Así que esto es lo que se guardaba en la manga; esperaba a ver lo que yo soltaba. No está seguro de que sea un asesinato, pero tampoco de que no lo sea.

—¿Y qué pasa con la prensa? —pregunto.

—Eso depende de usted. Por supuesto, no dejaré que obstaculicen esta investigación… especialmente si consideramos lo cerca que andamos. —Me lanza otra de sus miradas de preocupación—. ¿No están de acuerdo usted y su novia?

Lo miro, pero el ruido blanco me tiene perdido. La cabeza me late. Si los informes vienen con malas noticias, y eso se sabe… Todo este tiempo estaba preocupado por que pudieran intentar colgarme el asesinato… pero esa manera de provocarme con Nora… y de relacionarla con Vaughn… No puedo dejar de pensar que ha puesto la vista en algo más grande.

Controlo como puedo el pánico y juego mi mejor alternativa: la única cosa cuyo rastro sé que no puede conducir otra vez a mí.

—¿Han investigado las cuentas bancarias de Simon?

—¿Por qué íbamos a hacer eso?

—Ustedes compruébenlas —digo, con la esperanza de que así ganaré algún tiempo.

—¿Quiere decirme algo más? —pregunta Adenauer.

—No, ya está. —Tengo que salir de aquí. Dejo a Adenauer donde está, me incorporo como puedo y voy hacia la puerta.

—Ya lo llamaré cuando tengamos los informes de Toxicología —dice, empezando por fin a resplandecer. Me trajo aquí para estudiar mis reacciones. Y ahora que las tiene, quiere ver qué haré—. No tardarán mucho —añade.

Ni siquiera me paro para girarme. Cuanto menos lo vea, mejor. Ahora lo único que quiero es averiguar si existe alguna conexión entre Nora y Patrick Vaughn.

Capítulo 13

—¿Entonces cómo crees tú que lo averiguó el FBI? —me pregunta Trey desde la silla que está frente a mi mesa.

—¿Lo de Nora y yo? No tengo ni idea. Me figuro que por los del Servicio. De todos modos, para ser sincero, estoy más preocupado con lo que insinuó de ella y Vaughn.

—No te lo reprocho… Si tienen algo que lo ligue con Nora, los dos eventualmente podrían…

—Ni lo menciones.

—¿Por qué? —pregunta Trey—. Tú mismo lo has pensado, y ella no se ha pasado la vida en el bando de los ángeles.

—Eso no significa que vaya a por mí.

—¿Estás seguro?

—Sí. Completamente. —Muevo la cabeza y añado—: Y aunque no lo estuviera, ¿qué tendría que hacer? ¿Asumir que ella es el enemigo simplemente porque el FBI la menciona en la misma frase que a un asesino llamado Vaughn?

—Pero las drogas…

—Mira, Trey, yo no voy a hacer nada hasta tener datos más concretos. Además, tendrías que haber oído a Adenauer. Por la forma de hablar parecía que tuviera algo que me relacionara a mí con ese tipo.

—¿Piensas que por eso Vaughn quiere contactar contigo?

—No sé muy bien qué pensar. Por lo que sabemos, Simon dejó la nota firmada por Vaughn, e intenta ligarme con un asesino.

—Suena a un poco demasiado —dice Trey. Se echa hacia atrás en la silla, estira los brazos en el aire y suelta un enorme bostezo. Con la mandíbula yendo de lado a lado, vuelve a poner la silla derecha—. ¿Y qué sabes de ese juicio por asesinato de Vaughn? —pregunta—. ¿Tienes idea de lo que pasó?

—Todavía no. Puede que Pam…

—Lo tendré mañana por la mañana —dice Pam, entrando en mi despacho.

—¿Tendrás qué? —pregunta Trey.

—El expediente de Vaughn del FBI.

—No comprendo. ¿Desde cuándo…?

—Hasta que Simon contrate un suplente, Pam se ha hecho cargo de las responsabilidades de Caroline —le explico—. Lo que quiere decir que es la nueva dueña y señora de los archivos.

—¿Adivina a quién vi cuando iba a la oficina del FBI?

—¿A Simon? —pregunto, nervioso.

—A esa novia tuya loca…

—¿Viste a Nora?

—La llevaban a alguna función en la Sala del Tratado Indio. Entré en el ascensor y allí estaba ella.

—¿Te reconoció?

—Imagino que sí: me preguntó si íbamos al mismo sitio. No pude evitar decirle que el FBI no era exactamente una reunión social. Y entonces, me mira directamente, no podía creerlo, y con su voz más dulce y suave me dice: «Gracias por ayudarlo». Te juro que estuve a punto de pulsar el botón de emergencia allí mismo.

No es difícil descubrir la sorpresa en la voz de Pam.

—En realidad te ha caído bien, ¿verdad? —le pregunto.

—No, no… no fantasees. En el fondo, sigo pensando que necesita una buena patada en su privilegiado culito. Pero, cara a cara… la verdad no es que me guste… sólo es que… tampoco es como yo creía.

—Sentiste pena por ella, ¿eh?

—No la compadezco, si te refieres a eso… pero no es tan simple como parece.

—¡Naturalmente que no es simple… es una chiflada! —exclama Trey—. ¿Qué demonios os pasa a los dos? Ni que pensaseis que es una niña de cuento. Pues vaya descubrimiento, que es compleja. Bien venidos a la realidad. Thomas Jefferson proclamó la libertad, y luego se lió con una de sus esclavas.

—¿Y qué? La gente sabe separar las dos cosas.

—¡Bueno, pues no deberían!

—Bueno, lamento tener que comunicártelo, pero tengo una nación de doscientos setenta millones de patriotas que no están de acuerdo.

Trey mueve la cabeza. Sabe que ésta no la gana.

—¿Sabéis qué? ¿Por qué no volvemos a lo de Vaughn?

—¿Hay algún modo de conseguir ese expediente antes? —le pregunto a Pam, volviéndome hacia ella.

—Hago todo lo que puedo —dice, ya condescendiente—. Ellos me dicen que estará mañana.

—Al carajo mañana —dice Trey—. He conseguido el número de Vaughn en información… Podemos llamarlo ahora mismo. —Coge el teléfono y empieza a marcar.

—¡No! —le grito.

Trey se para en seco.

—Si es el tío que mató a Caroline, sólo me faltaría que descubrieran que lo hemos llamado desde mi teléfono.

Antes de poder terminar, el timbre del teléfono acuchilla la habitación. Pam y yo miramos a Trey, que es el que está más cerca del aparato.

—¿Quién es? —le pregunto a Trey, que está mirando la pantalla de identificación

de llamadas del teléfono.

—Llamada exterior —dice moviendo la cabeza. Eso quiere decir que quien llama lo hace o desde una cabina sin número, un móvil que no se identifica, o que es una de las pocas personas importantes de la Casa Blanca que tienen la identificación cubierta. Me precipito hacia mi mesa acompañado de dos consejos simultáneos.

—Cógelo.

—No lo cojas.

—Déjalo sonar —añade Pam—. Te dejará un mensaje.

—Si te deja un mensaje, estarás en el mismo dilema que ahora —dice Trey—. Asustado de tener que llamarlo.

Sin seguridad, me fío del instinto. Trey gana a Pam.

—Hola, soy Michael —digo, llevándome el auricular a la oreja.

—Michael, ven aquí en seguida —dice Nora al otro lado del hilo.

—¿Adónde? ¿Dónde estás?

—En el despacho del tío Larry. Acaba de recibir la mierda sobre ese nuevo amigo tuyo, Vaughn.

—¿Cómo has averiguado lo…?

—Venga, tío, ¿no se te ocurre que el FBI nos manda actualizaciones?

Permanezco en silencio. Finalmente, le pregunto:

—¿Mal asunto?

—Creo que debes venir aquí. Y de prisa, por favor.

Igual que el día de la bolera, hay algo completamente enervante en notar el miedo en la voz de Nora. Lo intenta con ganas, pero no sabe ocultarlo. Cuelgo el teléfono y corro hacia la puerta.

—¿Adónde vas? —pregunta Pam.

—No quieres saberlo.

Lawrence Lamb ni siquiera levanta la vista. Sentado en una actitud casi militar, estudia el expediente de una carpeta roja que tiene abierta sobre su enorme escritorio rematado de cuero. Musito un deferente «buenas tardes», pero no muestra interés. Nora, que está mirando por la ventana, se da la vuelta cuando entro.

—¿Qué pasa? —le pregunto, tan pronto como la puerta del despacho de Lamb en el Ala Oeste se cierra con un golpe.

—Puede que quieras tomar asiento —sugiere Nora.

—No me digas lo que…

—Siéntate, Michael —insiste Lamb con su voz siempre pausada. Con más rapidez de lo que lo hubiera creído capaz, se quita las gafas de leer y levanta la vista. Sus vivos ojos azules dicen el resto: ahora estoy en su despacho.

Me siento junto a Nora en una de las dos sillas frente a la mesa de Lamb y planteo

la cuestión de otro modo:

—Nora me ha dicho que ha averiguado usted más cosas sobre Vaughn.

—Y a mí me ha dicho que eres un amigo leal. Lo que significa que sólo haré esta pregunta una vez: ¿Has tenido alguna vez algún trato personal con Patrick Vaughn?

Me vuelvo hacia Nora, que me lee el pensamiento. Con un sutil movimiento de cabeza, responde a mi pregunta sobre Lamb: puedo confiar en él.

—Le juro que nunca lo he visto, ni hablado con él ni tenido tratos con él… nada. La única razón por la que conozco su nombre es porque el investigador del FBI…

—Estoy perfectamente al tanto de lo del agente Adenauer —me interrumpe Lamb —. Y también de lo que hiciste por nosotros aquella noche con las autoridades.

Me dirige un sutil movimiento de cabeza para asegurarse de que lo entiendo. En el intrincado mundo de la política, éste es el modo de devolver el favor. Lamb se coloca las gafas y vuelve a mirar el expediente. Lleva puesta la chaqueta del traje a pesar de estar en su propio despacho, y emana un aire serio, casi de dignidad. Igual que sus corbatas de *Brooks Brothers*, no necesita esforzarse. Tras años de dirigir una próspera compañía de seguros médicos, ya ha hecho dinero, razón por la que es prácticamente la única persona del Gabinete que no tiene las uñas mordidas.

Con la carpeta roja reposando en su mano bien cuidada, comienza:

—Patrick Taylor Vaughn nació en Boston, Massachusetts, y empezó como un vulgar camello de barrio. Hierba, hachís, nada especial. Lo interesante, sin embargo, es que es listo. En vez de ir sacándose unas monedas por su barrio, empieza a aprovisionar a la joven élite de las diversas buenas universidades de Boston. Es más seguro y pagan mejor. Luego pasa a las drogas de diseño: LSD, éxtasis, gran cantidad de Especial K.

Lanzo una rápida mirada a Nora. Está mirando al suelo.

—Después de unas cuantas batallas campales, Vaughn se harta de la competencia y se va a Michigan, tu estado natal.

Lo miro con agudeza.

—¿No querías la historia? —me dice Lamb—. En Michigan tiene unos pocos encuentros con la ley. Después, hace dos años, la policía encuentra el cuerpo de Jamal Khafra, uno de los mayores competidores de Vaughn. Alguien se puso detrás de Jamal y le cortó el cuello con una cuerda de piano. Alguien señala a Vaughn como el asesino, pero él jura que no lo hizo. Incluso pasa el detector de mentiras. Después de unas cuantas pifias de la acusación, el jurado declara la absolución. Se siente afortunado, así que sale zumbando de Michigan y empieza aquí en Washington D. C. Vive por el nordeste, junto a la calle Uno. El problema es que cuando el FBI fue a interrogarlo por lo de Caroline, hablaron primero con uno de sus vecinos, que parece ser que lo avisó. Y Vaughn se escapó inmediatamente. Lleva casi una semana desaparecido.

—No comprendo. ¿Y por qué sospechan precisamente de él?

—Porque cuando se examinaron los registros del SETV del día de la muerte de Caroline, el FBI se encontró con que Patrick Vaughn había estado en el edificio.

—¿En el EAOE? Tiene que ser una broma.

—Ojalá lo fuera.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

—De eso es de lo que tenemos que hablar, Michael. De acuerdo con los registros de informática, fuiste tú quien le autorizó la entrada.

Capítulo 14

—¡Están chalados! —exclamo, agarrándome a los brazos de la silla—. ¡Si no tengo ni idea de quién es!

—Está bien —dice Nora, acariciándome la espalda.

—¿Pero cómo que yo…? ¡Nunca había oído hablar de él!

—Ya sabía yo que no habías sido tú —dice Nora.

Lamb no parece tan convencido. Prácticamente no se ha movido desde que soltó la noticia. Apoyado sobre la mesa, estudia la escena observando las reacciones de los dos. Eso es lo que mejor sabe hacer: primero observar, después decidir. Llevo la demanda a lo personal y me dirijo a él:

—Le juro a usted que jamás lo dejé entrar.

—¿Quién más tiene acceso a tu despacho? —me pregunta H.

—¿Perdón?

—Para que tu nombre salga allí, la solicitud del SETV tiene que haberse enviado desde tu ordenador —me explica—. Así que, después de la reunión del Gabinete, ¿quién más andaba cerca de tu despacho?

—Pues sólo… sólo Pam —le respondo—. Y Julian. Julian estaba allí cuando yo volví.

—De modo que cualquiera de ellos podría haber utilizado tu ordenador.

—Sin duda es posible —digo. Pero al decir las palabras, la verdad es que no me las creo. Por qué cualquiera de ellos iba a invitar a un traficante de drogas a… Hijo de puta. Vuelvo los ojos hacia Nora. Todavía tengo la imagen de su frasquito marrón. Aquella noche, en el bar, dijo que era una medicina para el dolor de cabeza. He hecho lo posible por impedirlo… pero ella tiene que sacarla de algún lado.

—¿Hay alguien más que tuviera acceso a tu ordenador? —pregunta Lamb.

Vuelvo a pensar en aquella primera noche con Nora. Me dijo que había cogido el dinero como prueba, para proteger a su padre. Pero ahora… todo ese dinero… lo que cuestan las drogas… si está buscando un chivo expiatorio…

—Te he hecho una pregunta, Michael —reitera Lamb—. ¿Pam o Julian tienen acceso a tu ordenador?

Mantengo la mirada sobre Nora.

—Podría haberse hecho sin el ordenador —explico—. Hay otras maneras de autorizar a alguien para entrar. Se puede cursar la petición a través de un teléfono interior, o incluso por fax.

—¿Entonces estás diciendo que puede haber sido cualquiera?

—Supongo —digo. Por fin Nora levanta la mirada hacia mí—. Pero tiene que ser Simon.

—Aunque sea así, ¿cómo hizo entrar al tal Vaughn? —interrumpe Nora—. Creía

que el Servicio Secreto hacía comprobaciones de todos los visitantes.

—Sólo paran a los extranjeros y a los condenados por algún delito. Pero las dos penas por drogas de Vaughn se quedaron en faltas, y salió absuelto del asesinato. Quienquiera que lo dejara entrar, conocía el sistema.

—¿Sabe cuándo se envió la solicitud? —pregunto.

—Justo después de la reunión del Gabinete. Y según el horario de Adenauer, podrías haber sido tú perfectamente.

—Pero no fue él —interrumpe Nora.

—Tranquilízate —dice Lamb.

—Te digo que no fue él —insiste ella.

—¡Ya te he oído! —le responde, alzando la voz. Se recupera y se sume en un silencio incómodo. La cosa se está haciendo demasiado personal—. No sé qué es lo que quieres de mí —le dice a Nora.

—Me dijiste que ibas a ayudarlo.

—Dije que hablaría con él. —Lamb sopesa los hechos y me dirige una última mirada. Como cualquier buen pez gordo, no deja entrever ni un ápice de lo que está pensando. Sigue allí sentado sin una pista en sus facciones de acero. Finalmente dice —: ¿Te importaría dejarnos solos un segundo, Nora?

—Ni hablar —le replica ella—. Yo lo he traído…

—Nora…

—No estoy dispuesta a irme sin…

—¡Nora!

Se encoge en su asiento como un perro al que riñen. Nunca había oído a Lamb alzar la voz. Y nunca había visto a Nora tan afectada. Por eso debió de ocuparse de ella aquellos veranos, Lamb es una de las pocas personas que pueden decirle que no a algo. Nora comprende lo que está en juego, se levanta y se va hacia la puerta. Y cuando está a punto de cerrarla tras de sí, dice con voz fuerte:

—De todos modos, me lo va a contar todo —y cierra de un portazo.

Ya solos en el despacho, en el aire flota una pausa incómoda. Mi vista se va por detrás de Lamb, intentando perderme en la decoración del despacho. Observo con detalle un gran paisaje colonial al óleo que tiene detrás y por primera vez me doy cuenta de que no tiene «pared del ego». No la necesita. Sólo está aquí para proteger a su amigo.

—¿Te importa ella? —me pregunta.

—¿Qué?

—Nora. ¿Te importa?

—Naturalmente que me importa. Siempre me ha importado.

Golpeando levemente con los nudillos sobre la mesa, Lamb mira a lo lejos como ordenando sus pensamientos.

—¿Pero la conoces, al menos? —acaba preguntando.

—¿Perdón?

—No es una pregunta de pega, ¿la conoces? ¿Sabes quién es de verdad?

—Eeh, pues… creo que sí —tartamudeo—. O eso intento.

Afirma con la cabeza, como si eso fuera una respuesta. Por fin, su voz fuerte arranca, chirriando:

—Cuando era más joven, en séptimo o en octavo grado, empezó a jugar a hockey hierba. Rápido. Contacto duro. La admitieron para que así pudiera tener algunas amigas de verdad, y se pasaba las horas jugando, en las alfombras, en el prado de nuestra granja, en cualquier sitio donde pudiera manejar un stick. Solía poner a Chris a jugar contra ella. Pero para Nora, lo mejor no era el lado físico, lo que le encantaba era el equipo. Apoyarse entre todos, tener alguien con quien celebrarlo… por eso le valía la pena. Pero cuando finalmente su padre salió elegido gobernador… bueno, la preocupación por la seguridad significó eliminar los deportes de equipo. Y en vez de eso, le pusieron un asesor de imagen que les compraba los vestidos a ella y a su madre. Eso ahora parece una tontería, pero así lo entendían.

—No sé si lo entiendo muy bien.

—Si ella te importa, tendrías que saberlo.

—Si no me importara, no habría mentido en lo del dinero.

Por el modo en que relaja los hombros, sé que eso es lo que necesitaba oír. En cierto modo, no me sorprende. Ahora que el FBI sabe que salimos juntos, todos estamos pillados en pleno epicentro. Nora, Simon, yo… Un movimiento en falso y todos abajo. Para ser sincero, no creo que a Lamb le importase si sólo me hundiera yo. Pero por la expresión acerada de su rostro, y el modo fríamente pragmático en que me preguntó si ella me importaba, no me permitirá que arrastre a su ahijada —o al Presidente— en ese viaje. Coge la carpeta del FBI de la mesa y me la alarga.

—Doy por sentado que ella te explicó lo de los otros expedientes del despacho de Caroline. En total tenía quince: algunos sobre la mesa y otros en los cajones. El FBI los considera como una lista provisional de sospechosos.

—Uno de los expedientes era el mío.

Asiente con la cabeza para sí mismo, casi como si fuera una prueba.

—En la parte de atrás del expediente de Vaughn está la lista de todos los que ya han descartado.

Me lanzo sobre la lista y veo otros tres nombres propuestos para el Supremo. Los otros dos son los que Nora me enseñó. Cinco apuntados, diez pendientes. La lista de sospechosos se reduce. Y todavía no han llegado a mí.

—No hace falta que te diga, Michael, que si Nora aparece mezclada con un traficante de drogas… y no digamos si es un asesino…

No hace falta que termine la frase. Todos sabemos lo que está en juego.

—¿Eso quiere decir que nos ayudará? —pregunto.

—No pienso interferir en la investigación… —su hablar es pausado y metódico.

—Por supuesto.

—… pero haré lo que pueda.

—Le agradezco que me haya creído —le digo, levantándome de la silla.

—A ti, no —dice en tono inexpresivo—. La creo a ella. —Observa mi reacción y añade—: Ellos son mi familia, Michael. Yo tuve a Nora en los brazos a las ocho horas de nacer. Así que cuando me llama siete veces en dos horas pidiéndome que empiece a hacer algo para protegerte, me doy por enterado.

—¿Lo ha llamado siete veces?

—Eso, hoy sólo —dice—. Es una chica complicada, Michael. Hizo casi todo lo que le pediste. Y si ella está preocupada por ti… a mí eso me basta.

Miro a Lamb, muy nervioso.

—¿Eso significa que se lo ha dicho al Presidente?

—Hijo, si me preguntas por sus conversaciones privadas, no tengo nada que decir. Pero si yo fuera tú… —hace una pausa para asegurarse de que entiendo lo que quiere —, rogaría para que no lo descubriera nunca. Olvídate de que con una simple directiva tranquila puede borrar del mapa una ciudad pequeña a medio mundo de distancia de aquí, o que siempre va seguido de cerca por un ayudante militar que lleva los códigos nucleares en un maletín de cuero. Porque cuando llega el momento, todo eso no es nada comparado con un padre a cuya hija han hecho daño.

—¿Qué te ha dicho? —me pregunta Nora en cuanto me ve.

—Nada.

Con la barbilla le señalo a la secretaria de Lamb, que puede oír todo lo que digamos. Nora se vuelve hacia ella y le dice:

—¿No podría…?

—En realidad, iba a buscar un café —dice de buen grado la mujer con esa expresión en los ojos que ya me es familiar. No se dice que no a la Primera Hija. A los treinta segundos, la secretaria de Lamb ya no está.

—¿Qué te ha dicho, entonces? —me interroga Nora, limpiándose la nariz—. ¿Va a ayudar?

—Es tu padrino, ¿no? —le digo.

—¿Pero qué te pasa?

Ya no hay tiempo para volverse atrás.

—¿Metiste tú a Vaughn en el edificio? —pregunto.

—¿Qué? ¿Estás mal de la cabeza? ¿Qué coño te dijo Larry?

—No me dijo nada… lo vi yo mismo. Aquel frasquito marrón en el bar… los rumores sobre éxtasis y Especial K… Vaughn vendía de las dos, por Dios santo.

—¿Y eso me convierte en su cliente? —explota sin mucho ruido—. ¿Eso piensas de mí? ¿Que soy una *yonqui*?

—No, es que yo…

—¡No soy una basura, Michael! ¿Me oyes? ¡No lo soy!

Esta vez me he pasado de la raya.

—Tranquilízate, Nora…

—¡No me digas que me tranquilice! ¡Tengo que tragarme esta mierda todos los días en los cotilleos… no me hace falta que me la des tú! Quiero decir, que si quisiera comprar algo, ¿de verdad piensas que iba a traer a un traficante asesino aquí dentro? ¿Tan estúpida te parezco? ¡También quieren pillarme a mí… no sólo a ti! Y aunque no fuera así, no necesito tu nombre para nada. Cuando yo traigo a alguien, no comprueban la identidad de mis invitados.

Quiero cogerla de la mano, pero me aparta de un empujón. Tiene la cara roja de ira. Incapaz de contenerse, me suelta:

—¿Fuiste tú el que le contó al FBI que estábamos saliendo?

Me quedo prácticamente boquiabierto.

—¿De verdad crees que yo…?

—¡Contesta la pregunta! —me exige.

—¿Cómo puedes pensarlo siquiera?

—Todo el mundo quiere algo, Michael. Hasta un pequeño escándalo te hace famoso.

—Nora… —Vuelvo a intentar coger su mano, y cuando intenta apartarme de un manotazo la cojo por la muñeca y me niego a soltarla.

—¡Suéltame de una puta vez! —ruge, peleando contra mi presa.

La sujeto con fuerza y deslizo rápidamente su mano dentro de la mía. Todos nuestros dedos se entrelazan. No sólo ahora… así es siempre. En el mundo de ella, donde hay tanto en juego, lo único que puede hacer es prepararse para el golpe. No sabe hacer más.

—Por favor, Nora… escúchame.

—No quiero…

—¡Escucha! —Doy un paso adelante y le pongo la otra mano sobre el hombro—. Yo no quiero ser famoso.

Espero que me replique con algún comentario hiriente, pero en vez de eso, se queda helada. Así es Nora, arranca y frena en un instante. Antes de poder reaccionar, me rodea con los brazos y se derrumba sobre mi pecho. El abrazo me sorprende, pero al mismo tiempo resulta perfectamente adecuado.

—No fui yo —susurra—. Yo no lo hice entrar.

—Nunca he dicho que lo hicieras. Ni una vez.

—Pero lo creías, Michael. Los creíste a ellos y no a mí.

—Eso no es verdad —insisto. La cojo por los hombros, la alejo un poco y la sujeto a la distancia de los brazos—. Lo único que hice fue preguntarte una cosa, y después de todo lo que hemos pasado, sabes que por lo menos me merezco una respuesta.

—Entonces, ¿sigues sin fiarte de mí?

—Si quieres demostrármelo, Nora, entonces demuéstramelo. Y si no, dímelo y lo lamentaré el resto de mi vida.

Ladea la cabeza ante el desafío. Endereza los hombros. Por una vez, la cosa no es contra ella.

—Tienes razón —dice con la voz todavía temblorosa—. Te lo demostraré. —Se acerca un paso y vuelve a rodearme—. No te fallaré.

La rodeo también con mis brazos y pienso en las siete veces que llamó a Lamb. Por mí. Hizo eso por mí.

—Es todo lo que te pido.

—¿Y te has tragado todo ese montón de mierda? —me pregunta Trey.

—Créeme, estaba realmente preocupada.

Al salir de los límites del EAOE, Trey empieza a frotarse el pelo. Y no despacito, sino lo bastante rápido como para decirme que vaya con cuidado.

—¿Tampoco te fías de Lamb? —le pregunto mientras cruzamos la calle Diecisiete.

—A Lamb lo adoro… quien me preocupa es Nora.

—¿Realmente crees que conoce a Vaughn?

—La verdad es que no, pero sí creo que miente en lo de las drogas. He oído demasiados comentarios para creer que esté limpia.

—Olvídate de las drogas. La cuestión más importante es: ¿cómo es que Simon conoce a Vaughn?

—¿Entonces ahora estás convencido de que fue Simon el que lo hizo entrar?

—Mira los hechos, Trey. Caroline murió exactamente en el mismo espacio de tiempo en que un presunto asesino andaba suelto por los pasillos. ¿Crees que se trata de una coincidencia?

Simon se olió la oportunidad en el momento en que me vio seguirlo. En vez de seguir pagando a Caroline, decide matarla. Sabe que yo tengo el dinero; sabe que yo no utilizaré mi coartada; sabe que me puede echar las culpas. Es la mejor manera de acallarme: introducir a Vaughn con mi nombre y luego hacerse a un lado para contemplar los fuegos artificiales.

—¿Y cómo sabía que tenías el dinero?

—Puede que volviera atrás y nos viera… o tal vez Caroline lo llamó cuando se dio cuenta de que faltaba dinero.

—No sé. Es demasiado para planearlo en una noche.

—Si consideras lo que está en juego, no —le replico.

Trey echa a andar para cruzar la avenida Pennsylvania y me deja dos pasos atrás. Corro para alcanzarlo tan de prisa como puedo. Llegamos a la cabina de teléfonos que está frente al EAOE y Trey saca el número de teléfono de Vaughn y un puñado de calderilla.

—¿Estás seguro de que es una buena idea? —le pregunto cuando coge el aparato.

—Alguien tiene que sacarte de este lío, coño. Si hablo yo, no podrán localizarte a ti —aprieta los tres primeros números—, y de este modo, la llamada no sale de tu línea.

—Olvídate de los rastros… te hablo de esta jodida llamada, en general. Si Vaughn la mató, ¿por qué se pone en contacto conmigo?

—Quizá tiene sentimiento de culpa. O a lo mejor quiere hacer un trato. En cualquier caso, por lo menos hacemos algo.

—Pero llamarlo a su casa…

—Sin ofenderte, Michael, me pediste ayuda y no voy a dejar que te quedes sentado sin hacer nada. Aunque Lamb pueda aplazarlo todo hasta después de las elecciones, tú seguirías con los mismos problemas que ahora. Por lo menos con Vaughn hay la oportunidad de encontrar una respuesta.

—Pero ¿y si no es más que una trampa para incautos? Puede que esa sea la trampa: nos relacionan a los dos, Vaughn aporta pruebas y, ¡bum!, me largan a mí.

Trey deja de marcar. La paranoia crece para ambos lados.

—Sabes que eso es posible —le digo.

Los dos nos quedamos mirando el número de Vaughn. Desde luego, es torpe pensar que Vaughn me ayude. Y claro, eso me hace pensar que hay algo más en juego. Lo que tampoco significa que podamos resolverlo con una simple llamada de teléfono.

—Tal vez tendrías que hablar con Nora —sugiere finalmente Trey—. Vuelve a preguntarle si lo conoce.

—Ya lo hice.

—Pero puedes preguntarle…

—¡Te he dicho que ya lo hice!

—¡Deja de gritarme!

—¡Entonces deja de tratarme como un cretino! Yo sé lo que me traigo entre manos.

—Mira, en eso te equivocas. Tú no la conoces, Michael. No sabes nada de ella… no has visto más que los rollos seleccionados.

—Eso no es verdad. Sé un montón de…

—No estoy hablando de flirteos y charlitas políticas. Me refiero a las pequeñas

cosas, las de verdad: ¿Cuál es su película favorita? ¿Y su comida favorita? ¿Y qué sabes de su escritor favorito?

—Graham Greene, burritos y Annie Hall —le replico.

—¿Y te fías de aquel viejo artículo de People? ¡Esas respuestas las escribí yo! ¡No ella, yo! Querían cosas enrolladas y modernas, así que se las di.

En los ojos de ambos va creciendo el enfado, así que, al notarlo, los dos nos tomamos un respiro y miramos a la espalda del otro. Finalmente, Trey rompe el silencio:

—¿De qué se trata realmente, Michael? ¿De salvarte a ti o de salvar a Nora?

Son unas preguntas tan tontas que no merecen respuesta.

—Está muy bien lo de querer ser un héroe —dice Trey—. Y seguro que ella te agradece la lealtad pero…

—No es simplemente lealtad, Trey. Si ella recibe un golpe, yo caigo con ella.

—A no ser que ella te suelte y caigas tú solo. Así que aquí están las últimas noticias, amigo mío: me importa un bledo que Pam tuviera un agradable encuentro en el ascensor, yo no voy a contemplar cómo te empapelan a ti como sospechoso más plausible.

Paso alrededor de Trey y me dirijo de vuelta hacia el EAOE.

—Te agradezco la preocupación, pero ya sé lo que hago. No he trabajado tanto y llegado tan lejos sólo para rendirme y quedarme sin nada. Sobre todo cuando lo tengo todo controlado.

—¿Crees que lo controlas? —Da un salto delante de mí y me corta el paso—. Lamento mucho tener que decírtelo, queridito, pero tú no puedes salvarnos a todos. Bueno, no digo que tengas que entregarla… sólo pienso que tienes que prestar un poco más de atención a los hechos.

—¡No hay ningún hecho! Quienquiera que lo haya hecho, es como si hubiera creado una realidad totalmente nueva.

—Mira, ahí está el error. Aunque quieras engañarte a ti mismo, sigue habiendo unas cuantas verdades eternas en el universo: los zapatos nuevos hacen daño. Los caquis son tremendos. En los festivales aéreos hay desgracias. Y lo más importante, si no tienes cuidado, te vas a pegar un tortazo por proteger a Nora…

—¿Cómo os va a los dos? —interrumpe una voz masculina a nuestra espalda.

Ambos nos giramos en redondo.

—No quería interrumpir —añade Simon—. Sólo quería saludar.

—¡Hola! —exclamo.

—Qué tal —dice Trey.

Los dos nos preguntamos cuánto tiempo llevará ahí y empezamos la disección. Si sabe lo que tramamos, lo descubriremos en su lenguaje corporal.

—¿Y a quién estabais llamando? —pregunta, mientras se mete la mano en el

bolsillo izquierdo del pantalón.

—Avisábamos a Pam —respondo—. Tenía que reunirse con nosotros para almorzar.

Simon lanza una mirada a Trey y luego otra vez a mí.

—¿Y qué tal tu entrevista con Adenauer?

¿Cómo sabe él lo de…?

—Si quieres, después hablamos de eso —añade con la fuerza justa para recordarme nuestro acuerdo. Simon sigue queriendo mantener esto en silencio, incluso si para lograrlo tiene que hacerme aparecer como un homicida. Se baja de la acera y nos hace un brindis con su taza de café recién comprada—. No dejes de decirme si puedo hacer algo.

Capítulo 15

El viernes por la mañana me despierto con la sensación de que me han atizado con una sartén en la parte de atrás de la cabeza. Siete días después de la muerte de Caroline, mis ansiedades están en plena ebullición, y los ojos medio cerrados por la hinchazón. Finalmente, esta semana de dormir mal se cobra su peaje. Arrastro los pies como Frankenstein hasta la puerta de entrada y abro los ojos lo justo para recoger los periódicos. Son las seis y un par de minutos y todavía no he llamado a Trey. Pero ya no tardaré mucho.

Doy dos pasos hacia la mesa de la cocina cuando suena el teléfono. Nunca falla. Lo cojo sin decir hola.

—¿Quién es la mamaíta del nene? —canturrea.

Le contesto con un bostezo increíblemente largo.

—Ni siquiera te has duchado, ¿verdad? —me pregunta.

—Ni siquiera me he rascado.

—No quiero ni oírlo —dice Trey tras una pausa—. ¿Entiendes lo que te digo?

—Sí, sí, dime las noticias nada más. —Cojo el *Post* de lo alto de la pila y lo extiendo sobre la mesa. Mis ojos van directos a un pequeño titular en la parte de abajo de la página, a la derecha: «El esperma puede ser auténtico, pero el gobierno dice no a las prestaciones».

—¿Qué es lo del esperma, Trey?

Vuelve a haber una pausa.

—Más vale confiar en que nadie esté grabando estas llamadas.

—Cuéntame la historia y nada más. ¿Es sobre esa señora que inseminaron artificialmente con el esperma congelado del marido muerto?

—La misma. Lo conserva en hielo, se hace un crío después de morir el marido y luego solicita a la Seguridad Social las prestaciones del marido. Y ayer, Sanidad y Asuntos Sociales denegó la petición porque el niño fue concebido después de la muerte del padre.

—Entonces déjame adivinarlo: ahora quieren que la Casa Blanca vuelva a evaluar la decisión de Sanidad.

—Un hueso para el perrito —canta—. Puedes creerme, éste es un buen perro, más que ninguno. Así que ahora sólo es cuestión de a quién le endilgan el muerto.

—Diez pavos a que a nosotros. —Miro por encima el resto del periódico y añado —: ¿Hay algo más interesante?

—Depende de si consideras que perder una apuesta es interesante.

—¿Qué?

—La columna de prensa de Jack Tandy en el Times. En una entrevista del *Vanity Fair* que estará en los quioscos la semana que viene, Bartlett dice, y cito

textualmente: «Si no eres capaz de cuidar de la Primera Familia, ¿cómo vas a poder poner a la familia lo primero?».

Doy un respingo ante esa puñalada verbal.

—¿Crees que eso pegará?

—¿Lo preguntas en serio? Una cita como ésa… lamento decírtelo, Michael, pero habla como un ganador. Quiero decir que se le nota el cambio de registro. Y salvo que el país se ponga a sisear a coro, aparecerá en la base de los discursos del próximo ciclo de noticias. A los votantes no les gustan los malos padres. Y gracias a tu novia, Bartlett acaba de encontrar una frase nuevecita de ovación segura.

Busco instintivamente el Times. Lo primero que veo en cuanto lo despliego sobre la mesa es la imagen de portada: una bonita instantánea de Hartson y la Primera Dama hablando a un grupo de líderes religiosos en el Jardín de Rosas. Pero en la esquina derecha de la foto, al fondo, acechando en la última fila de la masa, hay una persona que no sonríe: el agente Adenauer.

Empiezo a sudar al instante. ¿Qué demonios hace ahí?

—Michael, ¿estás ahí? —grita Trey.

—Sí —digo, volviendo al teléfono—. Es que… sí.

—¿Qué te pasa? Parece que te hubieras muerto.

—Nada —le respondo—. Ya hablaré contigo después.

En cuarenta y cinco minutos estoy duchado, afeitado, y con dos periódicos vistos. Pero al salir del apartamento sigo sin poder dejar de pensar en la foto de Adenauer. No hay ni una sola buena razón para que un detective del FBI esté tan cerca de Hartson, y ese estrés me ha hecho llegar más de quince minutos tarde al trabajo. No tengo tiempo para estas cosas, decido. No más distracciones. Cuando voy hacia el metro, veo a un vagabundo que lleva una rasqueta de limpiar parabrisas. En cuanto nuestras miradas se cruzan, comprendo que estoy a punto de recibir otra patada en la lista de deseos.

—Buenas, buenas, buenas… —dice, levantando la rasqueta.

Lleva unos pantalones militares de camuflaje verdes y la barba negra más piojosa que he visto en mi vida. Del bolsillo le cuelga un viejo pulverizador de limpiacristales Windex relleno de una agua gris lechosa. Al llegar más cerca, veo que también lleva una camiseta muy gastada de la Facultad de Derecho de Harvard. Sólo en el D. C.

—¿Dónde está tu Porsche? ¿Dónde está tu Porsche? ¿Dónde está tu Porsche? —canta poniéndose a mi paso.

He visto antes a este tío. Me parece que estaba en Dupont Circle.

—Lo siento, pero no traigo coche —le digo—. Sólo el metro y yo.

—No, no, no. Tú no, tú no. Zapatos de moda siempre cogen coche.

—Hoy, no. La verdad es…

—¿Dónde está tu Porsche? ¿Dónde…?

—Le he dicho que…

—¿… está tu coche? ¿Dónde está tu coche?

Es evidente que no escucha. Sigue a mi lado más de una manzana y media sin dejar de pasar su limpiador por mi parabrisas imaginario. Para quitármelo de encima meto la mano en el bolsillo y saco un billete de dólar.

—Aah, aquí está —dice el señor Limpiador—. El señor Porsche.

Le alargo el dólar y por fin baja la rasqueta.

—Aquí está el cambio, señor —dice, sacándose algo del bolsillo—. Vaughn dice que tienen que hablar —me susurra—. Podemos probar el Museo del Holocausto. El lunes a la una. Y no lleve al negrito de la cabina de teléfonos.

—¿Perdón?

Sonríe y me mete algo en la mano. Un papelito doblado.

—¿Qué es esto?

No me responde. Ya se ha alejado. Lo veo detrás de mí, acercándose a un hombre calvo con traje de rayitas.

—¿Dónde está tu Porsche? —le pregunta, alzando el limpiador.

Vuelvo mi atención al papelito y lo abro. Está en blanco. Apenas un momento de distracción. Miro atrás en busca del hombre del limpiador. Demasiado tarde. Ha desaparecido.

Tiro el maletín sobre la mesa y miro la pantalla digital del teléfono de mi despacho. Hay cuatro mensajes nuevos esperando. Aprieto la tecla del registro de llamadas para ver de quién son, pero todas vienen del exterior. Quienquiera que sea, está desesperado por encontrarme. Suena el teléfono y doy un brinco, sobresaltado. El identificador dice: «Llamada exterior». Me lanzo sobre el auricular tan de prisa como puedo.

—¿Diga?

—¿Michael? —susurra una suave voz femenina.

—¿Nora? ¿Eres…?

—¿Has visto la frase de Bartlett? —me interrumpe.

No respondo.

—¿La has visto, verdad? —repite. Le tiembla la voz, conozco ese tono. Se lo oí aquel día en la bolera. Está preocupada por su padre—. ¿Qué ha dicho Trey? —me pregunta.

—¿Trey? ¿Qué importa lo que diga Trey? ¿Cómo estás tú?

—No comprendo —dice tras una pausa; suena confusa.

—¿Cómo te va? ¿Estás bien? Quiero decir, no quiero ofender a tu padre, pero es a ti a quien le dan el palo.

Hay otra pausa. Ésta, un poco más larga.

—Estoy bien… muy bien —hay un cambio en su voz—. ¿Cómo estás tú? —pregunta, sonando casi feliz.

—Por mí no te preocupes. Bueno, ¿qué decías de esa frase de Bartlett?

—Nada… nada… no es más que el par del campo.

—Creí que querías hablar de…

—No. Ya no —dice con una risa—. Oye, la verdad es que tengo prisa.

—¿Entonces hablaremos después?

—Sí —arrulla—. Seguro.

Cuando cuelgo el teléfono a Nora, ya llego tarde a la reunión semanal de Simon. Salgo corriendo del despacho, directo al Ala Oeste.

—Qué hay, Phil —digo al pasar corriendo ante la mesa de mi guardia del Servicio Secreto favorito.

Se levanta de un salto de su silla y me coge por el brazo.

—¿Qué pasa…?

—Tengo que ver su tarjeta de identidad —dice con frialdad.

—¿Me tomas el pelo? Si soy…

—Ahora mismo, Michael.

Me suelto y permanezco tranquilo. Al coger la tarjeta colgada al cuello, me doy cuenta de que la he metido en el bolsillo delantero de la camisa. Pero eso no tendría que importar. Nunca me había parado antes. La mira rápidamente y me deja pasar.

—Gracias —dice.

—No hay problema.

Simplemente, es precavido, me digo. Al acercarme al ascensor pienso que va a corregirse y abrirme la puerta de la cabina. Lo miro pero no se mueve. Hago como que no me entero y aprieto yo mismo el botón del ascensor. Empieza a correrse la voz. Hoy será un día de mierda.

Me cuelo en la oficina de Simon, ya atestada, y desde atrás veo que todo el mundo está en su sitio habitual: Simon en la cabecera de la mesa, Lamb en su lado favorito, Julian tan cerca de la cabecera como puede, y Pam… quietos un momento. Pam está sentada en el canapé. Cuando nuestros ojos se encuentran, espero que se encoja de hombros o haga un guiño, algún gesto que reconozca el ridículo de los cambios de poder. Pero no lo hace. Sigue sentada igual. Por lo menos hay alguien en el mundo que va hacia arriba.

Por cómo suenan las cosas, todavía estamos en la vuelta a la sala. Turno de Julian.

—… y siguen sin moverse un pelo en lo de indemnización por daños. Ya saben lo tozudos que son los de Terrill: metidos hasta el cuello en su propia mierda y, aun así, se niegan a decir que huele. Yo digo que se lo demos a la prensa y les filtremos el contenido del acuerdo. Mejor o peor, por lo menos eso obligará a tomar una decisión.

—Tengo una reunión con Terrill programada para esta tarde. Veremos qué sacamos entonces —sugiere Simon—. Ahora cuéntame qué han dicho en Justicia de lo de las grabaciones móviles.

—En eso siguen duros, quieren ser los héroes del programa contra el crimen de Hartson —mientras continúa con su exposición, Julian mira hacia mi lado con una sonrisilla burlona de lo más sutil. Gallito cabrón. Ese tema es mío.

—Usted me asignó ese proyecto a mí —le digo a Simon después de la reunión—. Llevo semanas trabajando en él y usted…

—Comprendo que estés enfadado —me interrumpe Simon.

—Por supuesto que estoy enfadado. Me lo ha arrebatado y se lo ha dado justo al vampiro jefe. Usted sabe que Julian acabará con él.

Simon alarga el brazo y deposita una mano blanda sobre mi hombro.

Es su modo pasivo-agresivo de tranquilizarme. Pero todo lo que consigue es que me apetezca meterle un ladrillo por los dientes.

—¿Es a causa de la investigación? —pregunto finalmente.

Finge que el tema le preocupa, pero ya ha marcado su punto: sigue jodiéndome y te destrozaré esa tu miserable vida entera. Trozo a trozo. Lo más lamentable es que puede hacerlo.

—Mira, Michael, en estos momentos tienes mucha presión, y el asunto de las grabaciones itinerantes no hará más que incrementarla. Estoy realmente preocupado por ti, créeme. Y opino que lo mejor para ti es que te lo tomes con calma hasta que todo acabe.

—Puedo manejármelas bien.

—Seguro que sí —dice con un regocijo evidente al verme irritado—. Y además, hay este otro tema que acaba de surgir. Se refiere a una mujer que fue inseminada artificialmente por…

—Lo he visto. El caso del esperma.

—Eso es —dice con una sonrisa negra como el carbón—. Que Judy te prepare el papeleo… No te llevará mucho tiempo. Y con el nuevo enfoque de Bartlett sobre la familia, puede que eso acabe convirtiéndose en algo gordo.

Ahora está jugando conmigo. Lo veo en el brillo de sus ojos: está disfrutando de cada instante.

—Me pondré con ello inmediatamente —digo, simulando entusiasmo. No estoy dispuesto a darle el punto.

—¿Seguro que todo va bien? —pregunta, tocándome otra vez en el hombro.

—Nunca he estado mejor —le digo, sonriendo y mirándolo directamente a los ojos.

Camino de la puerta, me concentro en la cita del lunes con Vaughn y me pregunto

si todo esto no será mucho más que un simple caso de un pez gordo en un bar gay. Sea lo que sea lo que esté ocultando, Simon va subiendo poco a poco el envite. Y de aquí en adelante, hará lo que sea por detener la hemorragia.

De vuelta al despacho, todavía tengo en los ojos aquella sonrisa amenazadora en la cara de Simon. Si en algún momento lo vi como víctima, hace mucho que no. De hecho, eso es lo que más me asusta, porque aun cuando lo estuvieran chantajeando, encuentra demasiado placer en lo que ha hecho. Lo que me hace pensar que habrá más.

Tengo que admitir, sin embargo, que tiene razón en una cosa: desde que se inició esta crisis, mi trabajo ha ido para atrás. Mi registro telefónico está lleno de llamadas sin devolver. Hace una semana que no leo el correo electrónico y mi mesa, con sus montañas de papeles, se ha convertido oficialmente en una bandeja de entradas.

Sin ánimo de despejarlo y todavía menos de hablar, voy directo al e-mail. Repaso la lista interminable de mensajes y veo uno de mi padre. Casi había olvidado que le concedieron acceso limitado a un terminal. Abro el mensaje y leo la nota: «¿Cuándo vienes de visita?». En esto se ha marcado un punto: hace más de un mes. Cada vez que voy, me marcho deprimido y con sentimiento de culpa. Pero sigue siendo mi padre. Le contesto con otro mensaje rápido: «Procuraré ir este fin de semana».

Después de borrar más de treinta versiones diferentes de la agenda presidencial por horas, semanas y meses, descubro un mensaje de hace dos días de alguien con una dirección del Washington *Post*. Doy por hecho que tiene que ver con el censo o con alguno de mis otros temas. Pero cuando lo abro, dice: «Señor Garrick: si tiene un poco de tiempo, me interesaría hablar con usted sobre Caroline Penzler. Naturalmente, puede ser de modo confidencial. Si puede usted hacerlo, hágamelo saber, por favor». Lo firma: «Inez Cotigliano, redactora, Washington *Post*».

Me quedo atónito y me cuesta bastante recuperar el aliento. Teniendo en cuenta la relación de Caroline con nuestra oficina y todos los que estamos en ella, no es chocante que alguien quiera empezar la investigación por mí. Pero no se trata de la página web de algún maníaco de las conspiraciones. Se trata del Washington *Post*.

Intento que mis manos dejen de temblar y voy hacia terreno más tranquilo. La experta en todo lo de Caroline es Pam. Me lanzo a la puerta y la abro. Pero me quedo sorprendido al ver que Pam está en la antesala, sentada en la mesa que hay justo junto a mi puerta y que suele estar desocupada. Esa mesa es el hogar de nuestra cafetera y de varias pilas de revistas viejas, y nunca ha tenido inquilino, que yo recuerde.

—¿Pero qué estás…?

—No preguntes —dice Pam, colgando el teléfono de golpe—. Estaba en mitad de una llamada de la oficina del vicepresidente y de repente se cortó la comunicación. Sin razón ni explicación. Y ahora me dicen que tienen agobio de reparaciones, así que

tengo que estar aquí fuera hasta mañana. Y encima de esto, no entiendo ni la mitad de este asunto nuevo. Tendrían que haber cogido a otra persona, no hay manera de que yo sea capaz de sacarlo.

Delante de ella, el pequeño escritorio está cubierto de carpetas rojas y blocs de notas. Pam no se gira hacia mí, pero no necesito ver las profundas ojeras de sus ojos para decir que está cansada y agobiada. Hasta su pelo rubio, que siempre está extraordinariamente limpio, le forma mechones y tiene aspecto pringoso. Caroline ha dejado una faena dura. Y como dijo Trey, los zapatos nuevos hacen daño.

—¿Sabes qué es lo peor de todo? —pregunta sin esperar respuesta—. Que todos estos nominados son absolutamente iguales. Da igual que quieran ser embajadores, subsecretarios o miembros del puto Gabinete: nueve de cada diez engañan a sus esposas o se someten a terapia. Y déjame decirte algo: no hay ni uno, repito, no hay ni una sola persona en todo este gobierno que pague sus impuestos. «Uy, me olvidé del ama de llaves. Le juro que no me di cuenta». ¡Pero si va usted a dirigir la Agencia Tributaria, por Dios!

Rabiosa, Pam se da la vuelta por fin y me mira.

—Y ahora, ¿qué quieres tú? —pregunta.

—Bueno, yo…

—La verdad, ahora que lo pienso, ¿no puedes esperar hasta más tarde? Quisiera terminar con esto.

—Claro —digo, contemplando su mesa atestada. Junto a la pila de carpetas rojas veo una de color marrón claro que pone: «LLI - Caroline Penzler». Al reconocer las siglas de la Ley de Libertad de Información, le pregunto:

—¿De quién es esa solicitud de la LLI?

—Una periodista del *Post*, Inez no sé cuántos.

—Cotigliano.

—Exacto —dice Pam.

Palidezco. Cojo la carpeta y hojeo sus varias páginas.

—¿Cuándo te dieron esto?

—Pues… creo que fue ayer…

—¿Por qué no me lo dijiste? —grito. Antes de que pueda contestar, veo el encabezamiento de la nota interna:

> Para: Todo el personal jurídico.
> De: Edgar V. Simon, consejero del Presidente.

Con la prensa mostrando tanto interés inmediato, seguro Incapaz de hablar, meto la mano en mi buzón vacío preguntándome dónde fue a parar mi copia de esa nota. Después miro a Pam.

—Lo siento —dice Pam—. Creí que lo sabías.

—Es evidente que no. —Arrojo la nota sobre la mesa y me voy hacia la puerta.

—¿Adónde vas?

—Afuera —replico al salir de la oficina—. Acabo de acordarme de que tengo que hacer una cosa.

—Dale un respiro —dice Nora por la otra línea—. Creo que está desbordada de trabajo.

—Seguro que sí, pero tenía que saber lo importante que es para mí.

—¿Y entonces se supone que tiene que leerte todo su correo? Venga, Michael, cuando recibió la nota seguro que pensó que tú también la tenías.

Reacciona exactamente igual que Trey, pero para ser sincero, esperaba una opinión diferente.

—No lo entiendes —añado—. No es sólo que no me lo dijera. Es que… desde que empezó a trepar escaleras arriba, es como si fuera una persona distinta.

—Suena como si tuviéramos en marcha un caso de celos benignos.

—No son celos.

Estoy en la cabina telefónica situada enfrente del EAOE, y me descubro escudriñando las hordas de peatones e intentando recordar la foto que vi de Vaughn.

—Escucha, cielito, empiezas a sonarme patético. Quiero decir, ¿no estarás tan paranoico que me llamas de un teléfono público? Venga, respira hondo, cómprate un chupa-chups, haz algo. Lo mismo que con la periodista del *Post*. Montañas y granos de arena, muchacho.

No estoy muy seguro de qué es más irritante: si el incidente con Pam o que de repente Nora se comporte como si no hubiera nada de qué preocuparse.

—¿Tú crees?

—Naturalmente. ¿Nunca has oído cómo investigó Bob Woodward lo de The Brethren? Estaba escribiendo un libro sobre el Tribunal Supremo y no conseguía que ningún funcionario hablase con él. Así que escribe seiscientas páginas basadas en rumores y comentarios. Luego coge el manuscrito, hace unas cuantas copias y lo hace circular por el Supremo. Al cabo de una semana todos los ególatras del edificio lo van llamando para indicarle los detalles exactos. Y ¡zas!, ya tiene el libro.

—Eso no es verdad. ¿Quién te lo ha contado?

—Bob Woodward.

Finjo tranquilidad.

—¿Entonces es verdad?

—Es verdad que estuve hablando con Woodward.

—¿Y lo otro? ¿Lo del personal del Supremo?

—Dijo que era un camelo, uno de los grandes mitos de Washington. No tuvo

ningún problema para conseguir fuentes. Es Bob Woodward —dice entre risas—. Esa otra periodista, la que te mandó el e-mail, sólo intenta pescar algo. Todo eso de la LLI no es más que un gran cebo. Ah, espera un segundo… la mujer de la limpieza… —Tapa el micrófono y se oye la voz en sordina, pero aun así se entiende—. Estoy charlando con un amigo, ¿puedes esperar un segundito?

—Disculpe, señora, sólo venía para recoger la ropa sucia.

—No te preocupes. No es gran cosa. ¡Gracias, Lola! —Vuelve a prestarme atención y pregunta—: ¿Dónde estábamos, perdona?

—¿Sabes español?

—Soy de Miami, Paco. ¿Crees que iba a aprender francés? —Antes de que pueda contestar, añade—: Ahora vamos a hablar de otra cosa. ¿Qué haces este fin de semana? A lo mejor podemos vernos.

—No puedo. Le prometí a mi padre que iría a verlo.

—Eso está muy bien. ¿Dónde vive? ¿En Michigan?

—No exactamente —susurro.

Se da cuenta de mi cambio de tono y pregunta:

—¿Qué te pasa?

—No, nada.

—¿Entonces por qué te cierras así? Vamos, venga, puedes contármelo. ¿Qué está pasando en realidad?

—Nada —insisto, intentando cambiar de tema. Después de su llamada de esta mañana, estoy tentado de… pero no, todavía no—. Sólo que estoy preocupado con Simon.

—¿Qué ha hecho?

Le explico cómo me apartó del asunto de las escuchas itinerantes. Como siempre, la reacción de Nora es instantánea.

—¡Ese cabrón… no puede hacerte eso!

—Pues ya lo ha hecho.

—Entonces haz que lo cambie. Protesta. Díselo a tío Larry.

—Nora, yo no voy a…

—Deja de permitir que la gente te dé empujones. Simon, el FBI, Vaughn… digan lo que digan, lo aceptas. Cuando la comida está fría, se devuelve.

—Si la devuelves, el cocinero le escupe encima.

—Eso no es verdad.

—Estuve de camarero en Sizzler durante tres años cuando era estudiante. Créeme, prefiero tomar la comida fría.

—Bueno, pues yo no. Así que si tú no vas a llamar a Larry, lo haré yo. Tú puedes disfrutar de tu comida fría, yo voy a llamarlo ahora mismo.

—No, Nora…

Demasiado tarde. Ya no está.

Cuelgo el teléfono y noto un leve clic. Suena detrás de mí. Me vuelvo y veo a un hombre desastrado, con una barba ligera que claramente intenta compensar una calvicie incipiente. Clic, clic, clic. Lleva una bolsa verde vieja colgada del hombro y está sacando fotos del EAOE. Por un instante, sin embargo… justo cuando me di la vuelta… hubiera jurado que enfocaba la cámara hacia mí.

Ansioso por marcharme, le doy la espalda y bajo de la acera. Pero sigo oyendo los clics. Uno detrás de otro. Echo una última mirada al extraño y me fijo en su equipo. Teleobjetivo. Cámara de motor. No es un turista corriente. Vuelvo a subir a la acera y me acerco lentamente a él.

—¿Lo conozco a usted? —pregunto.

Baja la cámara y me mira a los ojos.

—Ocúpese de sus asuntos.

—¿Qué?

No contesta. Lo que hace es darse la vuelta y salir corriendo. Veo entonces que en la parte de atrás de la bolsa de las cámaras hay unas palabras escritas con rotulador negro: «Si me encuentras, llama al 202 334 6000». Memorizo el número, dejo de correr y me lanzo hacia el teléfono público. Meto monedas por la boca del aparato, marco el número y espero que alguien descuelgue. «Vamos…», digo mientras suena el timbre y contemplo al fotógrafo desaparecer acera arriba. Es que nunca van a…

—Washington *Post* —contesta una voz femenina—. ¿Con quién quiere usted hablar?

—No puedo creerlo. ¿Por qué demonios…?

—Tranquilízate, Michael —dice Trey al otro lado del teléfono—. Que nosotros sepamos…

—¡Me estaba sacando fotos a mí, Trey! ¡Lo vi!

—¿Estás seguro de que te las sacaba a ti?

—Cuando se lo pregunté, echó a correr. Ya lo saben, Trey. Por algún motivo saben que han de enfocarme a mí, lo que significa que no van a dejar de escarbar en mi vida hasta que encuentren un ataúd o… ¡Oh, Dios mío!

—¿Qué pasa? —pregunta Trey—. ¿Algo va mal?

—Cuando descubran lo que hice… lo van a destrozar.

—¿Destrozar a quién?

—Tengo que irme. Ya hablaré contigo después.

—Pero ¿qué hay de…?

Cuelgo el teléfono con fuerza y marco otro número.

Diez números después, estoy hablando con Marlon Porigow, un hombre de voz profunda encargado de las visitas de mi padre.

—Mañana estaría muy bien —me dice con una voz de bajo cajún—. Procuraré que esté bien preparado.

—¿Algún problema últimamente? ¿Se encuentra bien? —pregunto.

—A nadie le gusta estar en prisión, pero va tirando. Todos vamos tirando.

—Supongo —digo; tengo la mano izquierda aferrada con fuerza al brazo de la silla—. Mañana lo veré.

—Eso es, mañana.

Cuando está a punto de colgar, añado:

—Por cierto, Marlon, ¿puede hacerme un favor?

—Lo que usted diga.

—Estoy trabajando en… en unos temas muy importantes, algo que es un poco personal. Y como ya estoy nervioso porque la prensa me sigue el rastro muy de cerca, si pudiera usted…

—¿Quiere que lo vigile un poco mejor?

—Sí. —Todavía estoy viendo a aquel fotógrafo corriendo por la acera—. Basta con que se asegure de que nadie entra a verlo. Algunos de esos tipos no tienen principios.

—¿Cree que de verdad alguien…?

—Sí —lo interrumpo—. Si no lo creyera, no se lo pediría.

Marlon ya había oído antes ese tono.

—Está metido hasta arriba, ¿eh?

No contesto.

—Bueno, no se preocupe por nada —continúa—. Comidas, duchas, apagar la luz… me aseguraré de que nadie se le acerque.

Al colgar el teléfono en su sitio, me quedo solo en el despacho. Me parece que las paredes del ego se ciernen sobre mí. Entre Inez y el fotógrafo, la prensa ataca un poco demasiado de prisa. Y no sólo ellos. Simon, Vaughn, el FBI… todos están empezando a mirar de cerca. A mirarme a mí.

Capítulo 16

El sábado por la mañana el tráfico hacia Virginia no está tan mal como esperaba, ni mucho menos. Había supuesto que iríamos en caravana por el enlace asfaltado en la 1-95, pero el mal tiempo me permite ir rápido hacia Richmond con nada más que cielos grises oscuros y nubes en los ojos. Es uno de esos días sin color, tristes, en que parece estar todo el tiempo a punto de llover. No, no llover. Diluviar. El tipo de días que espantan a la gente.

Casado con el carril izquierdo de la autopista, voy vigilando por precaución el retrovisor hasta estar bien lejos de Washington D. C. Hace ya más de un mes desde la última vez que fui a verlo, y no tengo planes de que me acompañen invitados no deseados.

Durante casi media hora trato de perderme entre las vistas repetitivas del paisaje arbolado. Pero cualquier idea dispersa me lleva otra vez a Caroline. Y a Simon. Y a Nora. Y al dinero.

—¡Mierda! —exclamo, dando un golpe en el volante. Nunca hay escapatoria. Pongo la radio, busco alguna buena canción ruidosa y con ritmo, y luego pongo el volumen a tope. Abro el techo corredizo sin hacer caso del cielo amenazador. El viento en la cara resulta agradable. Durante las próximas horas haré cuanto esté en mi mano por olvidarme de la vida. Hoy se trata de la familia.

La siguiente media hora de carretera la paso en una caravana de cuatro coches. Yo voy el segundo, con un Toyota marino delante y un Ford verde bosque y un Suburban oscuro detrás. Unirse a unos extraños que llevan tu misma velocidad es uno de los auténticos gozos de viajar. Una defensa conjunta frente a la tecnología del radar de la poli.

A dos salidas de mi destino —Ashland, Virginia—, me salgo de la procesión y me voy al carril derecho. Por el rabillo del ojo me doy cuenta de que el Suburban marrón me sigue. Mera coincidencia, decido. Al frente veo el letrero del Kings Dominion. Siempre me hace gracia que este sitio esté tan cerca del de mi padre. Un parque de atracciones… tan cerca; tan lejos. Doy una buena bocanada a la ironía y una mirada rápida al retrovisor. El Suburban sigue detrás.

Es probable que se salga en el parque de atracciones, no hay mucho más que ver por aquí. Pero al acercarnos a esa salida, no lleva el intermitente. Ni siquiera está frenando. Más bien se me acerca.

Vuelvo la cabeza para poder ver mejor al que conduce… y entonces, se me seca la garganta. ¿Qué demonios está haciendo aquí? ¿Y por qué va solo? Viro el volante a la derecha y me meto en el arcén de la carretera, lanzándole una nube de polvo y gravilla a la cara. Estamos sólo a unos pocos metros de la salida de Ashland, pero meto un golpe de pierna y aprieto el freno tanto como puedo. Detrás de mí, el

Suburban está cegado por el polvo y más cerca que nunca. Consigue dar un buen frenazo, pero el guardabarros delantero le pega un breve mordisco al mío.

Salto del coche y me precipito sobre la puerta del conductor del Suburban.

—¿¡Qué quiere usted!? —bramo, dando un puñetazo en la ventanilla.

Harry se gira sin inmutarse por mi pregunta. Está concentrado en algo que lleva en el asiento de atrás. No, algo no. Alguien.

Nora se endereza y su risa se me clava.

—¿Y tú dices que yo soy una conductora alocada? —me pregunta, mientras se reajusta la gorra de béisbol—. Tú te llevas la palma, queridito.

—¿Qué demonios haces aquí?

—No te enfades —dice Nora, saliendo del Suburban—. Sólo quería…

—¿Sólo querías qué? ¿Seguirme? ¿Perseguirme por la carretera?

—Yo… sólo quería saber adonde ibas —susurra, mirándose los pies.

—¿Qué?

—Me dijiste que ibas a visitar a tu padre… pero por el modo en que lo dijiste había algo… Sólo quería estar segura de que te iba bien…

Miro a Harry y luego otra vez a Nora. Con la vista baja, va dando pataditas a los guijarros del suelo. Continúa dudando. Con miedo a abrirse. Vez tras vez, se ha quemado. Y con todo lo que está pasando… la manera en que nos asociaron… lo está poniendo todo en peligro simplemente por estar aquí. Pero aun así, vino.

En el mismo momento en que empiezo a acercarme a ella, sé que Trey me diría que me apartase. Se equivoca. Hay cosas por las que tienes que luchar, aunque eso signifique perderlo todo. Diga lo que diga cualquiera, no hay nada fácil. Le levanto despacio la barbilla.

—Me alegro de que estés aquí.

No puede evitar una sonrisa.

—¿Entonces es verdad que vas a ver a tu padre?

Asiento con la cabeza.

—¿Puedo conocerlo?

—Pues…, no creo que sea muy buena idea.

—¿Por qué no? —pregunta tras una pausa ante mi reacción.

—Porque… ¿Por qué quieres conocerlo, por cierto?

—Porque es tu padre, ¿no?

Lo dice tan rápido como si no cupiera otra respuesta. Pero eso no significa que se lo acepte.

—Si tú lo quieres, lo entenderé.

Seguro que sí. Ella escribió el libro, el prólogo y el epílogo sobre este tema. Y tal vez eso sea parte del problema. Una vez más, volvemos al miedo. Y a la lealtad. No

puedo exigirla si yo no la doy.

—Entonces no te importa que él…

—Es tu padre —dice—. No tienes por qué tenerlo escondido.

—No lo tengo escondido.

—Quiero conocerlo, Michael.

Ésta es difícil de rechazar.

—De acuerdo, pero sólo si tú…

—Harry, voy en el coche de Michael —le dice con voz fuerte. Antes de que yo pueda decir una palabra, se va a mi coche y sube.

—Perdone lo del parachoques —me dice Harry mientras se dirige al Suburban—. Tengo presupuesto para pagárselo, si quiere.

—Supongo que… lo que sea… sí —le hablo a Harry pero continúo mirando a Nora.

Cuando abre la puerta, le pregunto:

—¿Tiene usted que seguir vigilándola?

—Yo no entraré, Michael, pero tengo que seguirlos.

—Me parece bien siempre que sepa una cosa. Cuando lleguemos donde mi padre, tendrá que ir un poco más lejos. No le gustan los polis.

Salgo por la salida de Ashland y no tardamos mucho en meternos en tierras de caballos. En un minuto vamos marcando la doble línea amarilla de la Ruta Uno, y tras una curva a la izquierda vamos subiendo y bajando los puertos y valles de las carreteras más pintorescas de Virginia. Los semáforos se convierten en árboles verdes y cercas amarillas. Los aparcamientos se vuelven lujuriosos campos abiertos. El cielo sigue nublado, pero el dulce olor del aire libre… De repente es el día más soleado del año.

—No quiero ser desagradecida, pero ¿dónde demonios está ese sitio? —pregunta Nora.

No le respondo. Quiero que lo vea por sí misma.

Al frente, los terrenos de las instalaciones se sitúan al lado de una granja familiar. No es que fueran los vecinos favoritos del granjero, pero la perspectiva de tener mano de obra barata le hizo cambiar rápidamente de idea. Una vez que pasamos la granja y sus campos de maíz, giro bruscamente a la izquierda para entrar por la puerta de una valla de troncos sin ningún cartel. El coche va dando saltos por un camino de tierra y llega hasta la entrada principal.

Al pararnos, casi espero que Nora salga corriendo del coche. Pero en cambio, se queda donde está.

—¿Preparada? —pregunto.

Asiente con la cabeza.

Satisfecho en cierta medida, salgo del coche y cierro la puerta. Quizá por primera vez en su vida, Nora me sigue.

La residencia-hogar ocupa un rancho de una sola planta de los años cincuenta con una puerta amplia y abierta. Menuda seguridad. Dentro es una casa normal, excepto las paredes en las que según vas andando ves colocadas licencias estatales y planos de salida de incendios. En la cocina, un hombre grueso con el pelo de pincho está apoyado en una barra con un periódico abierto ante él.

—Michael, Michael, Michael —dice cantarín con su profundo acento cajún.

—El mundialmente famoso Marlon.

—Mi madre no hizo más que uno. —Lanza una corta mirada a Nora y luego hace una recepción inmediata. Demasiado listo para caer en la gorra de béisbol. Allá vamos.

—Mmmm… mira esto. ¿Qué haces tú aquí tan al sur?

—Lo mismo que un acento criollo tan al norte —replica Nora con una sonrisa.

Marlon suelta una enorme carcajada.

—Muy bueno, hermana. Ya iba siendo hora de que alguien no dijera que era cajún.

Me aclaro la garganta en solicitud de atención.

—Ejem… y sobre mi padre…

—Lleva toda la mañana preguntando por usted —dice Marlon—. Y para que lo sepa, he estado vigilando desde que me llamó, pero no hay nada de qué preocuparse. Por aquí no ha venido ninguna visita desde el jueves.

—¿Quién vino el jue…?

—Déjalo —dice Nora, inclinándose sobre mi hombro—. Unas horitas.

Tiene razón. Se supone que hoy ha de ser para la familia.

—Lo está esperando —añade Marlon—. En su cuarto.

Nora da el primer paso.

—¿Todo preparado? —me pregunta.

Tengo los puños apretados y estoy paralizado. No tendría que haberla dejado venir.

—Todo va bien —me dice, separándome los dedos para cogerme de la mano.

—Tú no lo conoces. No es…

—Deja de preocuparte —añade, levantándome la barbilla—. Me encantará. Estoy segura.

Reconfortado por la confianza que hay en su voz, me dirijo titubeante hacia la puerta.

Capítulo 17

—Toc, toc —anuncio al entrar en la pequeña habitación. A la izquierda hay una cama y a la derecha un armario ropero. Mi padre está sentado ante una mesa situada junto a la pared del fondo—. ¿Hay alguien?

—¡Mikey! —exclama mi padre con una sonrisa toda dientes. Se levanta de un salto, derriba un bote de rotuladores de la mesa. Ni se entera. Sólo me ve a mí.

Me aprieta en un gran abrazo de oso e intenta levantarme del suelo.

—Cuidado, papá. Ahora peso más.

—Nunca pesas demasiado para… ¡esto! —Me levanta y me da una vuelta y me planta en el centro de la habitación—. Pesas —dice con un ligero ruido nasal—. Y tienes cara de cansado.

De espaldas a la puerta, no ve que Nora está de pie en el umbral. Me agacho y empiezo a recoger los rotuladores del suelo. Me fijo en el periódico de la mesa y le pregunto:

—¿Qué estás haciendo?

—Un crucigrama.

—¿De verdad? Déjame ver. —Coge el periódico y me lo tiende. La versión paterna de un crucigrama terminado: ha pintado todos los cuadros blancos de un color diferente.

—¿Qué te parece?

—Fantástico —le digo, tratando de expresar entusiasmo—. El mejor que has hecho.

—¿En serio? —pregunta, ampliando su sonrisa. Es una sonrisa blanca que ilumina el cuarto con su fulgor. Con los cinco dedos extendidos, cierra el espacio entre el pulgar y el índice detrás de la oreja y luego dobla la parte de arriba hacia abajo y la suelta. Cuando yo era pequeño, eso me recordaba a un gato bañándose. Y me encantaba.

—¿Tú pondrías letras? —pregunta.

—Ahora no, papá —le interrumpo. Le doy una palmada en la espalda y le pongo dentro la etiqueta de la camisa. Detrás de él interpreto la mirada de Nora. Por fin empieza a entender el cuadro. Ahora sabe dónde termina mi infancia—. Papá, quiero que conozcas a alguien. —Señalo hacia la puerta y añado—: Ésta es mi amiga Nora.

Se gira y ambos se observan, se evalúan. A los cincuenta y siete años, mi padre tiene la sonrisa permanente de un niño de diez, pero sigue siendo extraordinariamente guapo, con una mata de pelo gris revuelto que apenas aclara un poco en las sienes. Lleva su camiseta favorita, la del logotipo del ketchup Heinz, y sus eternos caquis cortos, demasiado subidos en la cintura. Abajo, zapatillas de deporte blancas y calcetines negros. Al mirar a Nora empieza a balancearse sobre los dedos de los pies.

Atrás y adelante, atrás y adelante, atrás y adelante. En la cara de Nora hay sorpresa.

—Encantada de conocerlo, señor Garrick —le dice, quitándose la gorra de béisbol. Es la primera vez que lo hace en público. Se acabó el esconderse.

—¿Sabes quién es? —pregunto, disfrutando del asunto de repente.

—Éste es mi niño —dice mi padre a Nora, rodeándome orgulloso con el brazo. Y al decir esas palabras, aparta la vista de ambos. Sus ojos siempre abiertos van directamente a un rincón del cuarto y los hombros se le inclinan torpemente hacia adelante.

—Papá, te he preguntado algo. ¿Sabes quién es?

Se queda con la boca abierta y se vuelve hacia ella con una larga mirada de costado. Está confuso.

—¿Una chica guapa con tetas pequeñas? —dice.

—¡Papá!

—¿No? —pregunta, como asustado, apartando la vista.

—Bueno, en realidad ése es mi sobrenombre —dice Nora, tendiendo la mano—. Soy Nora.

—Frank —suelta con una sonrisa—. Frank Garrick. —Se limpia la mano en el estómago y se la ofrece a Nora.

Sé lo que está pensando ella. En cómo la boca se le queda abierta; en cómo mira siempre al infinito… no es como se lo esperaba. Sus dientes un poco salidos hacia adelante, el cuello estirado hacia arriba. Es un adulto, pero más bien parece un niño demasiado grande que resulta tener muy poco sentido de la moda.

—¿Por qué sigues llevando esos calcetines negros, papá? Te dije que quedan fatal con las zapatillas deportivas.

—Se aguantan mejor —dice, estirándoselos para arriba hasta el límite—. Eso no es nada malo.

—No, claro —dice Nora—. Yo creo que está muy guapo.

—Dice que estoy guapo —repite él, columpiándose atrás y adelante.

Los observo a los dos y él se pone junto a ella —invadiendo completamente su espacio personal—, pero Nora no da ni un paso atrás.

Sonrío a Nora, pero se gira para estudiar la habitación. Sobre la cama hay colgada una foto de los Juegos Paralímpicos de Michigan. Es una toma aérea de un joven compitiendo en salto de longitud. En la pared contraria tiene enmarcado un collage que le hice cuando se trasladó al hogar. Está hecho con fotografías de los últimos treinta años y le sirve para saber que yo siempre estoy ahí.

—¿Éste eres tú? —me pregunta Nora, examinando el collage.

—¿Cuál?

—El del pelo de fraile y la camisa Oxford rosa. El pequeño colegial.

—Ése es Mikey con su camisa de machote —dice mi padre con orgullo—. A la

escuela, a la escuela…

Nora, desde la esquina, mira las hileras de botellas de ketchup Heinz vacías, alineadas junto a los estantes y los alféizares, y la mesita que hay junto a la cama y en cualquier otro espacio libre del cuarto. Mi padre sigue su mirada y resplandece. Yo le clavo los ojos. Ya le enseñará las botellas de ketchup después. Ahora, no.

La cama, al lado de la librería, está hecha, pero el escritorio es un desastre. Encima de aquel revoltijo hay un marco con una foto de boda. Nora va directa a por ella.

Inmediatamente, papá se pone a chasquear el dedo corazón contra el pulgar. Trie, trie, trie.

—Es mi esposa. Philly. Phillis. Phillis —repite cuando Nora coge el marco. Ataviados con su esmoquin y traje de novia correspondientes, a mi padre se lo ve joven y esbelto; a mi madre, tímida y gordita.

—Es muy guapa —dice Nora.

—Es bella. Yo soy guapo —dice él. Trie, trie, trie—. Aquí está Michael con el Presidente. El de verdad. —Alarga la mano y tiende a Nora una foto mía y de su padre.

—¡Guau! —dice—. ¿Y Michael se la regaló? —Ya te lo he dicho: es mi hijo.

Después de una partida rápida de Cuatro en Raya nos vamos al patio de atrás para almorzar. Limpiamos los restos de nuestros sandwiches de pavo con ketchup, y nos sentamos ante una vieja mesa de madera plegable.

—¿Queréis un postre sorpresa? —pregunta mi padre tan pronto acaba de comer.

—Yo sí —dice Nora inmediatamente.

—¿Y tú, Michael?

—Claro —añado.

—¡Adjudicado! Esperad aquí. —Se levanta de un salto y casi tira el plato.

—¿Adónde vas? —le pregunto al verlo alejarse de la casa.

—Aquí al lado —explica sin volverse.

Lo observo atentamente mientras avanza hacia la cerca de madera que separa las dos propiedades.

—¡Vete con cuidado! —le grito.

Me contesta agitando el brazo en el aire.

—Te pones loco con él, ¿verdad? —me dice Nora.

Arranco un trozo de corteza de pan y la desmenuzo con la mano.

—No puedo evitarlo. Desde que aquel fotógrafo me sacó una foto… Si están tan interesados, seguro que acabarán por aparecer por aquí.

—¿Y qué hay de terrible en eso?

Piensa que me avergüenzo de él. Pero aunque no sea así, ojalá fuera tan sencillo.

—No me dirás que no hay razones para preocuparse.

—Puede que no sea más que un juego mental. Puede que sea la manera en que Simon te dice que guardes silencio.

—¿Y si no es así, qué? ¿Qué pasa si la prensa ya sabe lo de ese tal Vaughn…?

—Ya te dije antes que no juegues a «qué pasa si…». El lunes verás a Vaughn, así que lo averiguarás muy pronto. Hasta entonces, hablaremos con Marlon y le diremos que vigile bien.

—Pero ¿qué pasa si…? —Me corrijo—: Tal vez tendría que llevármelo otra vez a la ciudad. Puede quedarse en mi casa.

—Ésa es una idea espantosa, y lo sabes.

—¿Tienes alguna mejor?

—Voy a pedirle al Servicio Secreto que le pongan vigilancia aquí.

—¿Y lo harán?

—Es el Servicio Secreto. Se tragarían las balas de una metralleta si pensasen que así nos garantizaban seguridad.

—Quieres decir que si eso garantiza tu seguridad.

—Se acabó el festival benéfico —dice, arqueando una ceja—. Si a mis amigos les sucede algo sospechoso, tengo que informar. Abren un expediente y lo investigan. Eso sería más que suficiente para procurar que él esté protegido.

Formo una hilera muy ordenada de migas en el plato. Es hora de poner orden.

—Gracias, Nora. Eso sería estupendo. —Levanto la vista y veo que todavía no se ha puesto la gorra de béisbol—. La verdad es que eso significaría mucho para nosotros.

Se limita a asentir. Se pone en pie, coge el plato vacío y empieza a limpiarlo.

—Déjalo —le digo—. A Marlon le gusta que lo haga mi padre. El objetivo de esta residencia-hogar es que sean autosuficientes.

—¿Pero él no…? —Nora se queda cortada.

—Qué.

—No, nada. Sólo… —Otra vez se interrumpe. Ha vivido toda su vida en el terminal receptor de esto mismo. Fascinados por papá. Rogar lo mata.

—Tiene retraso mental —le digo—. No te preocupes, no me importa que lo preguntes.

Nora aparta la vista pero se ha ruborizado. Está roja. Así que eso es lo que la incomoda.

—¿Cuánto tiempo hace que lo sufre? —pregunta.

—No sufre —le explico—. Simplemente, nació con menos capacidad de aprender, lo que significa que es más lento con la lógica y otros razonamientos complejos. Y el lado bueno, en cambio, es que nunca miente sobre sus emociones. Tiene el encanto de la transparencia. Lo que dice es porque quiere decirlo.

—¿Eso significa que tengo las tetas pequeñas?

—Perdona —digo, riendo—. Hay veces que tiene parte de sus habilidades sociales disminuidas.

—¿Y tu madre también…?

Ya estamos: la primera pregunta que hacen todos.

—No, mi madre era normal. Al menos, a mi entender.

—No comprendo.

—Echa otra mirada a la foto de la boda. Era una enfermera rellenita con gafas de culo de vaso, el tipo de mujer triste, fuertota, que nunca ves por ahí porque nunca sale. Se sentaba en casa y leía libros. Toneladas de libros. Todos de fantasía. Mi padre fue al hospital por una infección de vejiga, y ella lo cuidaba. Y al margen de los chistes de penes, él la adoraba, nunca tenía bastante y no paraba de tocar el timbre de su cama para que fuera a visitarlo. La llamaba «su mariposa». Y ella no necesitó más. Por primera vez en su vida alguien le decía que era hermosa y lo decía de verdad.

—Mucha gente diría que eso es verdadero amor.

—Estoy de acuerdo. Mi madre lo quería tal como era, y él le correspondía. Nunca fue algo unilateral, que aprendas con lentitud no significa que tengas el cerebro muerto. Es una persona afectuosa y delicada, y la eligió a ella. Y al mismo tiempo, ella no lo veía ennegrecido por su incapacidad. Y además, poder cuidarse de él, lo mismo que él hacía por ella, después de tantos años sola… en fin, todo el mundo quiere que le quieran.

—Entonces supongo que te crió ella.

Nora dice esto con cuidado. Lo que de verdad quiere saber es: ¿cómo he resultado yo tan normal?

—Independientemente de lo que opinase de sí misma, mi madre siempre encontró en mí su refugio. Cuando empecé a leer, de muy pequeño, y le pregunté si podíamos suscribirnos a un periódico, hizo cuanto estaba en su mano para animarme. No podía creerse que mi padre y ella hubieran producido… —Hago una pausa—. Era tan tímida que le daba miedo hablar con la cajera del supermercado, pero no podría haberme querido ni apoyado más.

—¿Y lo hizo todo sola?

—Ya sé que piensas que eso es imposible, pero en realidad es bastante habitual. ¿No viste el magazine del New York Times hace unas semanas? Venía una cosa larga sobre niños hijos de padres con retraso mental. Cuando era más joven, estaba en un grupo de apoyo de seis personas y nos reuníamos dos veces por semana; ahora tienen programas terapéuticos combinados. Aparte de eso, también nos ayudaban algo los tíos y tías de mamá, una gente bastante rica de Ohio. Por desgracia para nosotros, todos eran unos gilipollas, incluidos los que viven por aquí. Intentaron que se divorciara de mi padre, pero les dijo que se fueran a freír espárragos. Y entonces ellos

le dijeron que hiciera lo mismo. Es una de las cosas que más me hacen respetarla. Había nacido teniendo de todo, y prefirió no tener nada.

—¿Y cuál es tu rollo? ¿Como naciste sin nada, ahora lo quieres todo?

—Todo es mejor que nada.

Me mira detenidamente estudiando mi expresión. Tiene las uñas cortas cogidas al borde del plato de papel. No tengo ni idea de qué está pensando, pero me niego a decir algo. Siempre he creído que la gente conecta en silencio. Digestión mental, lo llamó alguien una vez. Lo que sucede entre las palabras.

Finalmente, Nora deja de pellizcar el plato. Una idea.

—¿Te encuentras bien? —le pregunto.

Me lanza una mirada que nunca le había visto.

—¿Alguna vez te molesta tener que ocuparte de tu padre? Quiero decir, ¿alguna vez consideras que es una carga… o que es… no sé, más de lo que puedes aguantar?

Es la primera vez que la oigo decir algo difícil. Algo que no sale con facilidad ni aun como pensamiento.

—Mi madre solía decirme que siempre habría alguien que estuviera mucho peor.

—Supongo —dice ella—. Sólo es que a veces… quiero decir, incluso venir aquí. Este sitio debe de costarte la mitad del sueldo.

—Sólo un poco más de la cuarta parte, en realidad. El resto va a cargo de Medicaid. Pero aunque no fuera así, no es cuestión de dinero. ¿No viste cómo andaba cuando nos enseñaba la cocina? Pecho erguido, sonrisa de oreja a oreja. Aquí está orgulloso de sí mismo.

—¿Y a ti eso te basta?

Me vuelvo hacia los maizales que se extienden por el campo de la granja.

—Nora, ante todo, ésta es la razón por la que Caroline sacó mi expediente. —Ahora ya está fuera. Sin lamentaciones. Sólo alivio.

—¿De qué estás hablando?

—El expediente. Hemos estado esperando a que el FBI le diera el visto bueno, pero por alguna razón lo tenía Caroline.

—Pensé que sería por lo de Medicaid; puesto que están pagando para que tu padre esté aquí, había un conflicto de intereses para que tú trabajases en la revisión legislativa.

—Hay algo más que eso —digo.

No se inmuta. Es difícil sorprender a alguien que lo ha visto todo.

—Adelante —dice.

Me inclino hacia adelante y me subo las mangas hasta los codos.

—Fue justo después de que hube empezado en Presidencia. Acababa de trasladarme a Washington y todavía no había encontrado sitio para mi padre. Compréndelo, no quería meterlo en cualquier lugar, en Michigan estaba en uno de los

mejores del estado. Como éste, una granja donde se cuidaban de que estuviera seguro y estimulado y que tuviera un trabajo…

—Ya me hago una idea.

—No creo. No es como encontrar algo sólo para el día.

—¿Y qué hiciste?

—Si no conseguía meterlo aquí, lo hubieran enviado a un internado, a alguna institución. Y allí, Nora, olvídate de una vida normal, allí hubiera ido languideciendo hasta morir.

—Dime lo que hiciste, Michael.

Deslizo las uñas por los surcos de la mesa de madera.

—Cuando empecé a trabajar en la Asesoría Jurídica utilicé el papel de carta de la Casa Blanca para escribir al jefe del programa de servicios residenciales de Virginia. Después de tres llamadas de teléfono, les dejé claro que si aceptaban a mi padre en una residencia privada tanto él como toda la comunidad de retraso mental «tendrían un amigo en la Casa Blanca».

Al terminar se produce una larga pausa. Todo lo que puedo hacer es concentrarme en las plantas de maíz.

—¿Ya está? —me pregunta, riendo.

—Eso es un completo abuso de poder, Nora. Utilicé mi posición para…

—Sí, eres un auténtico monstruo… te colaste en la cola de la cafetería para ayudar a tu padre retrasado mental. Cosa gorda. Dime una sola persona en Norteamérica que no hubiera hecho lo mismo.

—Caroline —digo llanamente.

—¿Lo descubrió?

—Por supuesto que lo descubrió. ¡Vio la carta encima de mi mesa!

—Tranquilízate —dice Nora—. No te denunció, ¿o sí?

—Me llamó a su despacho —digo, negando nerviosamente con la cabeza—, me hizo unas cuantas preguntas y luego me mandó marchar. Me dijo que no lo contara a nadie. Por eso tenía mi expediente. Juro que era por esa única razón.

—Está bien, Michael. No tienes que preocuparte de…

—Si la prensa pilla eso…

—Pero no…

—Lo único que tiene que hacer Simon es darle mi expediente a Inez… no hace falta más. Y tú sabes lo que harán, Nora, y él no podrá aguantar en una institu…

—Michael…

—Tú no entiendes…

—Naturalmente que sí. —Se inclina apoyándose en ambos codos y me mira directamente a los ojos—. Si yo estuviera en tu lugar, hubiera hecho exactamente lo mismo. No me importa qué teclas tuviera que tocar, puedes apostar a que ayudaría a

mi padre.

—Pero si…

—Nadie lo descubrirá nunca. Yo guardo mis secretos… y los tuyos.

Alarga la mano a través de la mesa y coge la mía. Va abriendo mi puño cerrado dedo a dedo. Es la segunda vez que hace esto hoy. Y mientras sus uñas dibujan pequeños círculos en mis palmas, la calma se va apoderando de mis hombros.

—¿Qué tal? —pregunta.

Las preguntas no son más fáciles. El sol que le da en la espalda hace brillar las puntas de sus cabellos. La gente se pasa toda la vida esperando y no llega a tener un momento como éste. Me niego a dejarlo pasar, me inclino hacia adelante y cierro los ojos.

—¡Mikey-Mikey-muu! —grita mi padre a voz en cuello.

Me aparto, sobresaltado. Tranquila, y con mucha más seguridad, Nora hace lo mismo. Se echa para atrás y mira lentamente detrás de mí. La emoción se ha ido y aquí llega papá.

—¡Tengo una sorpresa! —exclama a mi espalda.

—¿De dónde lo ha sacado? —dice Nora con una sonrisa que estira sus mejillas. Se ha levantado al instante.

Al otro lado de la cerca de palos, mi padre trae en la mano una correa de cuero a la que está sujeto un precioso caballo color chocolate.

—Es precioso —dice Nora, colándose entre las barras horizontales de la cerca—. ¿Cómo se llama?

—¿Ibas a besarlo, eh? —le pregunta mi padre con los ojos más abiertos incluso de lo habitual.

—¿A quién? —pregunta Nora, señalándome—. ¿A él? —Mi padre dice que sí vigorosamente con la cabeza—. Ni pensarlo —termina Nora.

—Me parece que sois novio y novia —dice mi padre con una risita.

—Es usted muy listo.

—¿Y a lo mejor vais a casaros?

—Eso no lo sé, pero tampoco diría…

—Nora —la interrumpo—. Él no…

—Tiene razón. —Se vuelve otra vez a mi padre y añade—: Ha criado usted un buen hijo, señor Garrick. Es el primer amigo de verdad que he tenido desde… desde hace mucho tiempo.

Pendiente de todas sus palabras, se lo ve como hipnotizado. De repente, empiezan a temblarle los labios. Esconde los pulgares en los puños. Ya sabía yo que pasaría esto. Antes incluso de que Nora lo vea, los ojos se le inundan de lágrimas y la frente se le arruga de rabia.

—¿Qué es lo que pasa? —pregunta Nora, intrigada.

La voz de mi padre suena como una rabieta de niño pequeño.

—No me dejaréis ir a la boda, ¿verdad? —grita—. ¡Ni siquiera me lo diréis!

Ante la explosión, Nora se echa atrás pero, en cosa de segundos, extiende la mano hacia él.

—Por supuesto que…

—¡No me mientas! —le grita, apartándole la mano de un golpe con el extremo de la correa; tiene la cara roja—. ¡Odio las mentiras! ¡No las soporto!

—No tiene usted que… —dice Nora dando otro paso hacia él.

—¡Hago lo que quiero! ¡Puedo hacer lo que quiera! —chilla con las lágrimas rodándole por las mejillas. Y como un domador de leones, va soltando latigazos con la correa.

—¡Papá! ¡No le pegues! —exclamo yo, corriendo hacia la valla. Nora no logra esquivarla aunque se echa atrás en el momento en que él golpea. Por la expresión de su cara noto que está desconcertada, pero sigue decidida a continuar. Cuenta en voz baja y calcula justo. Mi padre lanza otro latigazo, pero, antes de que recupere la correa, Nora se precipita hacia adelante. Justo cuando yo salto la valla, ella abre los brazos y lo sujeta. Él se debate para soltarse, pero ella lo abraza con fuerza.

—Shhh —sisea ella, frotándole suavemente la espalda.

Poco a poco, él deja de debatirse aunque su cuerpo sigue temblando.

—Cómo es…

—Está bien, todo está bien —continúa ella sin soltarlo—. Por supuesto que está invitado.

—¿Seguro, seguro? —solloza.

Ella le levanta la barbilla y le limpia las lágrimas.

—¿No es usted su padre? ¿No es usted quien lo hizo nacer?

—Sí —dice, orgulloso, mientras procura recuperar el aliento—. Yo lo hice.

Levanta los cinco dedos y se toca la punta de la nariz con el del medio. Recobra la confianza y vuelve a rodear a Nora con los brazos. Sigue sollozando, pero en sus ojos el brillo cuenta otra historia. Son lágrimas de alegría. Lo que quería era ser parte de todo. Que no lo dejaran fuera.

En un instante, todo se termina. Todavía en brazos de Nora, aprieta la cabeza contra el hombro de ella, se balancea adelante y atrás, adelante y atrás, adelante y atrás. Ya lo tiene todo controlado y, por primera vez, comprendo que ésa es su gran virtud. Identificarse con lo que falta. Eso es lo que conoce. Una vida a medio completar.

—¿El caballo es suyo? —pregunta finalmente Nora, viendo que mi padre no ha soltado la correa del caballo chocolate.

—Ésta, ésta es *Cometa* —susurra él—. Pertenece a los de al lado… a la señora Holt. Laura Holt. También es buena.

—¿Lo deja cuidar a *Cometa*?

—Limpiarla, cepillarla, darle de comer —dice mi padre con la voz creciente por la situación—. Primero el peine, luego el cepillo, luego… Ése es mi trabajo. Yo tengo un trabajo.

—¡Uau! ¡Un trabajo y un hijo! ¿Qué más se puede pedir?

Mi padre se encoge de hombros y aparta la mirada.

—Nada, ¿verdad?

—Eso es —dice Nora—. Nada de nada.

Mi coche sale del aparcamiento y va dando botes por el camino de tierra. Nora y yo llevamos una mano fuera de la ventanilla. Ambos las agitamos como saludando en un desfile en honor de mi padre, que se despide moviendo las manos frenéticamente.

—¡Adiós, papá! —grita él con toda la fuerza de sus pulmones.

—¡Adiós, hijo! —le respondo. Vio lo del intercambio de nombres en una película antigua y quedó prendado inmediatamente. Desde entonces, esto se ha convertido en la forma habitual de despedirnos.

Al volver a las sinuosas carreteras de Virginia, compruebo por el retrovisor que Harry y el Suburban marrón están en su sitio.

—¿Quieres que intentemos despistarlo otra vez? —pregunta Nora, siguiendo mi mirada.

—Sería divertido —digo al entrar en la Ruta 54. A mi espalda, el sol comienza finalmente a asentarse en el cielo. No queda nada más que hacer sino preguntar—. Y qué, ¿qué piensas?

—¿Qué quieres que piense? Es maravilloso, Michael. Igual que su hijo.

Ella no es muy de cumplidos, así que le tomo la palabra.

—¿Entonces estás de acuerdo en todo?

—No te preocupes… no tienes de qué avergonzarte.

—No me avergüenzo. Sólo es…

—¿Sólo es que qué?

—No me avergüenzo —repito.

—¿A quién más le has hablado de él? ¿A Trey? ¿A Pam? ¿A alguien?

—Trey lo sabe, y le dije que podía contárselo a Pam, pero ella y yo nunca hemos hablado de ello entre nosotros.

—Ooooh, debió de haberse enfadado muchísimo cuando se enteró.

—¿Qué te hace pensar eso?

—¿Estás de broma? ¿El amor de su vida escondiéndole este tipo de cosas? Debes de haber destrozado su corazoncito.

—¿El amor de su vida?

—Venga, monada, no hacen falta gafas de rayos X para verlo. Ya vi cómo te cogía la mano en el funeral. Se muere por echarte el lazo.

—Si ni siquiera la conoces.

—Déjame decirte algo: he conocido a cientos de chicas de pueblo como ella. Totalmente previsibles. Cuando entras en su dormitorio, ya tienen preparada la ropa del día siguiente.

—Lo primero de todo, que eso es completamente falso. Lo segundo, que ni siquiera me importa. Sólo somos amigos. Y buenos amigos, por cierto, así que no te metas con ella.

—Si sois tan buenos amigos, ¿por qué no le contaste lo de tu padre?

—Sencillamente, porque siempre lo hago así. Cada vez que saco el tema, la gente se pone muy poco natural y de repente tienen que demostrar que son personas muy sensibles. —Con la mirada fija en las líneas de la carretera, añado—: Es difícil de explicar, pero hay veces en que sólo quisieras dejarlo. O cogerlos por el cuello y gritarles: «Espabila, Barnum, esto no es un circo». Quiero decir que sí, que es mi vida, pero que eso no significa que esté disponible para el consumo público. No sé si esto tiene sentido, pero…

Por el rabillo del ojo miro un momento a Nora. A veces resulto un cabrón bastante tonto. Había olvidado con quién estaba hablando. Y es Nora Hartson. Con sólo leer el *USA Today*, ya puedes saber por quién le pusieron el nombre, qué notas sacó en la universidad y que celebró su último cumpleaños subiendo al monte Rainier con los del Servicio Secreto. Se vuelve hacia mí y alza una ceja como diciendo en-este-tema-fíate-de-mí. Para Nora, tiene un perfecto sentido.

—Qué hay, Vance —saluda Nora al centinela de la Puerta Sureste de la Casa Blanca.

—Buenas tardes, señorita Hartson.

—Nora —le pide ella—. Nora, Nora, Nora.

La verja de hierro negra se abre con un fuerte chasquido. El guardia no necesita ver mi pase azul ni mi permiso de aparcamiento. Le basta con ver a Nora.

—Gracias, Vance —le lanza con una voz fuerte que suena más ligera y más abierta de lo que nunca la he oído.

Vamos hacia el pórtico sur de la mansión en la base del edificio. Me cuesta mucho contenerme. Es tan distinto de la última vez… Ni pánico, ni esconderse, ni fingir. Sin miedo. Durante unas horas, Simon, Caroline, el dinero… toda esa pesadilla baja la voz y cambia los gritos por susurros. Sólo quedamos nosotros.

Al llegar al toldo que cubre el pórtico sur, piso el freno.

—¿Qué haces? —pregunta Nora.

—¿No tengo que dejarte aquí?

—Supongo —dice, perdiendo de pronto la seguridad en la voz. Está a punto de salir del coche pero se detiene—. Si quieres, puedes subir.

Contemplo la reluciente fachada blanca de la mansión más famosa del mundo.
—¿Lo dices en serio?
—Yo soy muy seria —dice, recuperando la confianza—. ¿Estás dispuesto?
Me había equivocado. Las preguntas no resultan mucho más fáciles.
—¿Dónde aparco?
Abarca con un gesto todo el jardín sur de la Casa Blanca y dice:
—Donde quieras.

Capítulo 18

—¿Habías venido alguna vez por este lado? —pregunta Nora, dirigiéndose a la entrada sur, debajo del toldo. Seguimos la alfombra roja hasta la Sala de Recepción Diplomática de forma ovalada en la que Franklin D. Roosevelt celebraba sus tertulias junto al fuego.

—No estoy seguro… siempre lo confundo con mi apartamento y la alfombra roja que va hasta el futón.

—Eso es divertido. Nunca lo había oído antes.

—¿Antes? ¿A cuántos tíos has traído a hacer el tour?

—¿De qué tour estás hablando?

—Este tour, ya lo sabes. El tour por dentro de mi cinturón.

—Oh, ¿eso es lo que habías creído? —dice, riéndose.

—¿Estás diciendo que estoy equivocado?

—No, te estoy diciendo que estás en plena alucinación. Te invitaré a un café y después te echaré de una patada en el culo.

—Tú harás lo que quieras, pero las amenazas inútiles no son la mejor manera de ganar mi amor.

—Ya veremos.

—Oh, claro que lo veremos. —Hago cuanto está en mi mano para tener la última palabra. Sólo así se entusiasma, cuando no tiene el resultado bajo control.

Al atravesar la Sala Diplomática adopto un balanceo de hombros chuleta para decirle que no tiene ni la menor posibilidad. La mentira es tan mala que resulta patética. Salimos de la sala y giramos a la izquierda por el Corredor de la Planta Baja. Al final de la alfombra rojo apagado, hay un guardia de uniforme en el lado izquierdo del pasillo. Me quedo helado. Nora sonríe.

—¿Pero no lo llevabas tan bien hace nada? —me provoca—. Ibas contoneándote y todo.

—No tiene gracia —le susurro—. La última vez que estuve aquí, esos tíos…

—Olvídate de la última vez —me susurra al oído—. Mientras estés conmigo, eres un invitado.

Se acerca más y me sopla un beso tentador. Es asombroso cómo escoge los peores momentos para excitarme. Al pasar junto al guardia, éste apenas nos mira. Simplemente, susurra tres palabras en su walkie-talkie:

—Sombra más uno.

Una vez cruzamos la puerta, podemos subir en ascensor o por la escalera. Como sé que hay guardias en el rellano siguiente, voy hacia el ascensor. Nora se lanza hacia la escalera. Desaparece en un instante. Me quedo solo y sin elección. Muevo la cabeza y salgo tras ella.

Al llegar al rellano, dos agentes de uniforme esperan. La última vez, me pararon. Esta vez, cuando doblo el ángulo de la escalera, dan un paso atrás para dejarme sitio.

Salto los escalones de dos en dos y me acerco a Nora. Deja la escalera en el siguiente rellano y, siguiéndola, entro en el pasillo principal de la residencia. Al igual que el de la planta baja, es un corredor amplio y espacioso con puertas a lo largo de las paredes. La diferencia está en la decoración. Éste está pintado de un amarillo claro muy cálido y tiene estanterías de obra, media docena de óleos y cantidad de antigüedades del siglo XVIII y del XIX. Esto no es una trampa para turistas. Es un hogar. Mientras deambulo por el pasillo, observo los cuadros. El primero que veo es una naturaleza muerta con manzanas y peras. Casi se me escapa: «Plagio de Cézanne». Y entonces veo la firma al pie: Cézanne.

—Comprado en un rastro —dice Nora.

Asiento con la cabeza. Enfrente del Cézanne veo un abstracto de De Kooning. Hora de frenar. Tomo aliento con fuerza y vuelvo a mi zona.

—¿Quieres hacer una visita relámpago? —pregunta Nora.

Hago una pausa, aparentando que lo pienso.

—Si tú quieres… —digo, encogiéndome de hombros.

Sabe que es un farol, pero su sonrisa me dice que agradece el esfuerzo. A mitad del pasillo, nos paramos ante una sala ovalada amarillo brillante.

—Sala Oval Amarilla —exclamo.

—¿Cómo lo has sabido?

—Muchos años de crayola. —Señalo el interior y pregunto—: ¿Y qué se hace en una sala como ésta? ¿Es sólo para enseñar o qué?

—Todo este piso es más que nada para recibir: después de una cena oficial, para cócteles, influir a los senadores, tonterías así. La gente siempre acaba aquí porque les encanta la Terraza de Truman; cuando salen fuera y tocan las columnas se sienten importantes.

—¿Podemos salir?

—Si quieres hacer de turista…

Deja el desafío en el aire. Tío, sabe dónde pegar. Aun así, me niego a darle esa satisfacción.

—Éste era el dormitorio de Chelsea —dice, señalando la puerta opuesta a la del Oval Amarillo—. Lo convertimos en gimnasio.

—Entonces, ¿dónde está tu cuarto?

—¿Por qué? ¿Tienes prisa?

No estoy dispuesto a ceder ahora tampoco. Señalo la puerta del final del pasillo.

—¿Qué hay allí detrás?

—El dormitorio de mis padres.

—¿De verdad?

—Sí —dice estudiando mi reacción—. De verdad.

Maldición. Ésta la está apuntando contra mí. Tendría que haberlo pensado. Sus padres siempre son terreno prohibido. Más adelante, dobla una esquina y se para junto a la pared de su izquierda. La adelanto y me encuentro ante el vestíbulo del Dormitorio Lincoln.

—¿Y cuándo vamos a tomarnos ese café? —pregunto.

—Ahora mismo. —Está jugueteando con algo en la pared, pero no sé qué es—. La cocina está arriba.

Interpreto que volveremos hacia la escalera, pero no.

Me acerco y veo que ha metido los dedos en una estrecha abertura en la pared. Da un tirón fuerte y la pared se mueve hacia nosotros, dejando al descubierto una escalera hasta entonces oculta. Nora me mira y sonríe.

—Podemos ir por la escalera de este lado de la casa.

—Fíjate bien —dice Nora—, porque esta parte es la mejor —se dirige por una rampa empinada cuya alfombra nos conduce a la habitación que está justo sobre la Oval Amarilla—. *Voilà* —dice, haciendo una reverencia—. El solarium.

Como un pequeño invernadero en lo alto de la mansión, las paredes exteriores del solarium son todas de vidrio tintado de verde. En el interior, hay muebles de mimbre y una mesa de juego de cristal que le dan el aspecto de un apartamento de Palm Beach. A la izquierda hay una cocinita, y a la derecha, un sofá blanco muy mullido y una pantalla grande de televisión. Por toda la sala hay salpicadas docenas de fotos familiares.

A mi derecha, al fondo, hay una estantería baja con lo que parecen trabajos caseros de artes y oficios. Hay una casita de pájaros azul y morada que parece obra de un niño de trece años; a un lado tiene las iniciales N. H. con pintura naranja descascarillada. También hay un pato o un cisne —está demasiado aplastado para saberlo— de *papier maché*, un platito o cenicero de cerámica y una pieza plana de madera pintada de color castaño con unos cincuenta clavos más o menos que sobresalen para formar las iniciales N. H. Para asegurarse de que las letras destacan, las cabezas de los clavos están pintadas de amarillo. En la parte de abajo del estante descubro incluso unos trofeos: uno de fútbol y otro de hockey hierba. En conjunto, se puede seguir la progresión de los trabajos desde primer grado hasta llegar a séptimo u octavo. Después de ése, nada más reciente.

Nora Hartson tenía doce años cuando su padre anunció que iba a presentarse a gobernador. Sexto grado. Si tuviera que fecharlos, diría que son del mismo año que hizo el cisne-pato. Después, juraría que vino la casita de pájaros. Y ahí termina su infancia.

—Venga, te estás perdiendo lo mejor —dice, haciéndome señas de que me reúna con ella junto al enorme ventanal.

Cruzo la habitación y me fijo en un vídeo que está sobre el televisor.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —empiezo a acercarme a ella.

—Si es sobre la historia de la casa, la verdad es que yo no…

—¿Cuál es tu película favorita? —le espeto.

—¿Cómo?

—Tu película favorita. Pregunta facilita.

—*Annie Hall* —dice sin dudarlo.

—¿De verdad?

Pone la más dulce de las sonrisas.

—No —dice, riendo. Después de lo de hoy, no es tan fácil decir mentiras.

—¿Entonces, cuál es?

Mira por la ventana como si fuera algo importante.

—*Hechizo de luna* —sugiere finalmente.

—¿Aquella antigua de Cher? —le pregunto, confuso—. ¿No es una historia de amor?

Mueve la cabeza y me lanza una buena mirada.

—Lo que tú no sabes de las mujeres… abulta un montón.

—Pero yo…

—Disfruta de la vista, anda —me dice, señalándome la ventana. Y cuando le hago caso, añade—: ¿Qué te parece?

—Mucho mejor que la de la Terraza Truman —digo, apretando la frente contra el cristal. Desde aquí tengo una vista completa del jardín sur y el monumento a Washington.

—Espera a verlo cara a cara. —Abre una puerta en la esquina de la derecha y sale al exterior.

Aquí arriba, la terraza es pequeña, y aunque se curva como una letra C gigante a todo lo largo del solarium, no hay más que una baranda de hormigón blanco para protegerte. En el momento en que salgo, Nora está asomada sobre el borde.

—Es hora de divertirse… ¡Suéltate y vuela! —Y con la barriga apretada contra la barandilla, extiende los brazos y se inclina hacia adelante hasta que le quedan las piernas en el aire.

—¡Nora! —exclamo, cogiéndola por los tobillos.

Vuelve a ponerse en tierra y sonríe.

—¿Te dan miedo las alturas?

Antes de que pueda decirle algo, echa a correr y se aleja de prisa por la larga curva. Intento cogerla, pero se me escabulle de las manos, toma la curva y desaparece. Trato de alcanzarla y trato aún con más fuerza de no mirar por encima del borde y corro por el extremo del balcón. Pero cuando vuelvo la esquina, no veo a Nora por ninguna parte. Continúo avanzando con determinación, dando por hecho

que se habrá colado por otra puerta para volver al solarium. Sólo hay un problema. A este lado del balcón no existe ninguna otra puerta. Al llegar a la esquina, no hay salida. Nora ha desaparecido.

—¡Nora! —llamo. No hay muchos sitios donde esconderse. Desde donde yo estoy, el balcón corre pegado a la mansión.

Aprieto las manos contra la pared, buscando grietas con las uñas. Tal vez haya otra puerta secreta. A los treinta segundos, resulta obvio que no hay nada. Miro, nervioso, hacia el borde. No se habrá atrevido… Me lanzo hacia adelante y me agarro con fuerza a la barandilla.

—¿Nora? —llamo mientras escudriño el suelo—. ¿Dónde…?

—Shhh… baja la voz.

Me doy la vuelta siguiendo el sonido.

—Un poco más arriba, Sherlock.

Miro para arriba y por fin la encuentro. Está sentada en el tejado de la mansión, columpiando los pies por el borde. Está lo bastante abajo como para poder tocar las piernas que se balancean, pero el resto está fuera de mi alcance.

—¿Cómo has llegado ahí arriba?

—¿Eso quiere decir que quieres venir conmigo?

—Dime simplemente cómo has subido ahí.

—¿Ves allí, donde la barandilla se mete en la pared? —dice, señalando con el pie —. Ponte allí de pie y date impulso.

Echo un vistazo a la baranda de cemento y después miro a Nora.

—¿Estás mal de la cabeza? Eso es un disparate.

—Para algunos es un disparate. Para otros, divertido.

—Vamos, baja aquí… Te prometo que será más divertido.

—No, no, no —dice esgrimiendo un dedo—. Si lo quieres, tendrás que venir por él.

Echo otra mirada a la barandilla. Tampoco es tan alta, sólo es que no puedo vencer el miedo.

—Estás sólo a unos centímetros de coronar la montaña —canta Nora—. Piensa en la recompensa.

Ya está. Miedo vencido. Me subo en la barandilla de cemento y me apoyo en la pared para tener equilibrio. «No mires abajo, no mires abajo, no mires abajo», voy diciéndome. Despacio, cautelosamente, intento subirme sobre los pies. Primero una rodilla, luego la otra. El mareo aparece, aprieto la mejilla contra la pared y mis dedos trepan por el mármol como arañas asustadas. Qué modo tan estúpido de morir.

—Sólo tienes que ponerte de pie, ya casi estás —dice Nora.

Sólo unos centímetros más. Haciendo equilibrios en la barandilla y apoyándome en la pared, trato de alcanzar el tejado con las manos. En pocos segundos, me sujeto a

la moldura de mármol y me agarro con todas mis fuerzas. Luego, ya bien anclado, me enderezo lentamente. Nora ya no está fuera de mi alcance. Un saltito y un empujón rápido y asunto terminado.

Al colocarme en el borde, oigo que Nora aplaude en sordina. Sigue balanceando los pies y la tapa una alta estructura de mármol que parece un conducto de ventilación.

—¿Qué estás…?

—Shhh —susurra, indicándome el otro lado del tejado. Al ver su gesto de que me acerque, me doy cuenta de a quién trata de evitar. Al otro lado del tejado hay un hombre con una gorra de béisbol oscura y uniforme de faena azul oscuro. A la luz de la luna veo la silueta del fusil con visor de larga distancia que lleva colgado al hombro. Unidad antiterrorista, la versión gubernamental de Rambo.

—¿Seguro que no hay peligro?

—No te preocupes —dice Nora—. Son inofensivos.

—¡Inofensivos! Ese tipo podría matarme con un rollito de celo y un rotulador. Quiero decir, ¿qué pasa si se cree que somos espías?

—Entonces nos pegará con la cinta y nos subrayará en amarillo.

—Nora…

—Relájate —gime, imitando mi lamento—. Sabe quiénes somos. En cuanto me vio subir aquí, se fue a la otra esquina. Si nos mantenemos tranquilos, ni siquiera darán parte.

Luchando por mostrarme aliviado, me acurruco junto a ella, apoyándome contra el respiradero de mármol.

—¿Preocupado todavía? —pregunta frotando su hombro contra el mío.

—No —digo, disfrutando del contacto—. Pero te advierto que si me pegan un tiro, será mejor que me vengues.

—Creo que estarás perfectamente. En todas las veces que he subido aquí arriba, nunca me ha disparado nadie.

—Naturalmente que no, tú eres la joya de la corona. El blanco de prácticas soy yo.

—Eso no es verdad. No dispararán contra ti sin una buena razón.

—¿Y cuál es una buena razón?

—Ya sabes —dice volviéndose hacia mí—, asaltar el complejo, amenazar a mis padres, atacar a alguno de los Primeros Hijos…

—Espera, espera, espera… defíneme «atacar».

—Oh, eso es difícil —dice mientras su mano pasea por mi pecho—. Creo que es una de esas cosas que lo-sabes-cuando-la-ves.

—Como la pornografía.

—En realidad, no es una mala comparación —responde.

Alargo el brazo y le pongo la mano en la cadera.

—¿Y esto, sirve?

—¿Como qué? ¿Pornografía o ataque?

Fijo una mirada inmensamente larga en sus ojos.

—Los dos.

Ésta parece que le ha gustado.

—Entonces, ¿esto sirve? —repito.

No aparta la mirada.

—Es difícil decirlo.

Deslizo la mano un poco más arriba, abriéndome camino lentamente hacia la camisa suelta. La meto por dentro y mis dedos se sumergen bajo la cintura de sus vaqueros y tocan el borde de la ropa interior. Tiene la piel tan tersa que me hace añorar la universidad. Con tanta suavidad como puedo, voy avanzando por su estómago.

—Ahí no —me dice cogiéndome la mano.

—Perdona. No quería…

—No te preocupes —dice ofreciéndome una sonrisa. Se señala los labios y añade —: Empieza un poco más arriba.

Estoy a punto de inclinarme hacia ella cuando veo que se saca algo de la boca.

—¿Pasa algo? —pregunto.

—Sacaba el chicle —lleva la mano al bolsillo y saca un pape-rito. Me da la espalda, envuelve el chicle en el papel y mete un nuevo trozo.

—¿No quieres sacarte también el aparato de los dientes? —mascullo.

Nora me mira, chupándose el dedo índice. Se lo saca de la boca y emite un ruido seco de beso.

—¿Otra vez?

No tengo ninguna respuesta que pueda hacerle justicia. Lo que hago es quedarme allí sentado un segundo, disfrutando.

Para Nora, es un segundo de más. Con un movimiento rápido, se gira, me engancha las piernas y con un ligero golpe tira de mí hacia ella y desliza su lengua entre mis labios. En ese momento, todo me vuelve corriendo a la mente. Durante las dos últimas semanas, he soñado con su olor. Agridulce, casi narcótico. En cuanto nos besamos, me desliza el chicle en la boca. Mi novia de quinto grado solía hacer lo mismo. Empiezo a mascarlo, pero noto como si todavía estuviera envuelto en papel. Me ha pillado con la guardia baja, me aparto entre toses. Demasiado duro. Incapaz de liberar el chicle con la lengua, me meto dos dedos hasta el fondo de la garganta pero, antes de que pueda sacarlo, se ha ido, me lo he tragado sin querer.

—¿Todo bien? —me pregunta.

—Creo que sí… sólo que… no estaba preparado.

—No te preocupes —dice con una risita dulce—. No me importa volver a empezar.

De nuevo se inclina hacia adelante y me mete la lengua. Acaricio su pelo con los dedos; los besos se hacen más intensos. En algún momento, nuestros pulsos se encuentran. Desde entonces, unos pocos minutos de besos me devuelven el valor de volver al modo exploratorio, y acabo deslizando las manos por la espalda de su camisa palpando en busca del sostén. No lleva. Perdido en su beso, siento que el tiempo desaparece. Podrían ser quince minutos o cincuenta, pero estamos empezando a arder.

Todavía encima de mí, me empuja hacia atrás y desliza las manos dentro de mi camisa. No me resisto, como ella, me limito a quedarme apoyado en los codos y cerrar los ojos. Sus uñas mordidas se abren camino por los flancos de mi pecho hacia arriba, detrás de los hombros. Donde cabalga mis piernas, siento su calor sobre mí. Al principio es un paso lento, un balanceo casi invisible. Poco a poco, incrementa el ritmo. Pero en un instante, sin embargo, todo me da vueltas.

Siento la cabeza ligera y de pronto me entra una súbita náusea. Trato de impedir la tos, evitar una arcada seca, pero el mundo entero se ha puesto a encenderse y apagarse de repente. Si levanto la vista, todo se me desliza hacia la derecha. En el cielo amarillo, veo un avión que se convierte en cuatro. El monumento a Washington es el cuello de un cisne. «¿Qué está pasando?», pregunto, aunque no oigo sonido alguno. Sólo interferencias.

Lucho por permanecer consciente, me pongo en pie y voy dando tumbos hasta el borde del tejado. Ya no está tan alto. Sólo es un escaloncito. Voy a bajarlo, pero algo tira de mí hacia atrás. Espalda contra la chimenea. Duele, pero no. Me acurruco, sentado, pero me es difícil mantener la cabeza derecha. El cuello no deja de doblárseme, como si lo tuviera relleno de gelatina de uvas. Al fondo de la garganta todavía noto el chicle que me tragué. ¿Cuánto hace de eso? ¿Veinte minutos? ¿Treinta? El ruido de las interferencias sigue aumentando. Incapaz de sostener la cabeza, la dejo caer contra la chimenea. Vuelvo la mirada hacia Nora pero ella, simplemente, se está riendo. Tiene la boca completamente abierta y se ríe. Se ríe. Una boca llena de dientes. Y colmillos.

—Hija de puta —mascullo, mientras el mundo se vuelve negro. Me ha drogado.

Capítulo 19

—Michael, ¿te encuentras mal? —pregunta Nora cuando intento abrir los ojos—. ¿Me oyes? —Como no respondo, repite la primera pregunta—: ¿Estás mal? ¿Te encuentras mal? —cada vez que lo dice suena menos a pregunta y más a orden.

Parpadeo, recobrando la conciencia e intentando recordar cómo me tumbaron en esta cama. Me quito el paño frío de la frente y echo una ojeada a mi alrededor. El armario antiguo y las estanterías empotradas me dicen que no estoy en un hospital. El diploma de Princeton de la pared del fondo me dice el resto. La habitación de Nora.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta con voz inquieta, con preocupación.

—Hecho una mierda —respondo, sentándome en la cama—. ¿Qué demonios pasó? —Antes de que pueda responderme, una oleada de vértigo me sube desde la base del cráneo. Asustado por este súbito ataque, cierro los ojos y aprieto los dientes. Lo veo todo gris. Luego, remite.

—Michael, ¿qué tal…?

—Bien —insisto al notar que se me pasa. Los puños se cierran lentamente—. ¿Qué demonios me metiste en la boca?

—Lo siento muchísimo…

—Limítate a contestar, Nora.

—No tendría que haberte hecho eso…

—¡Deja de pedir perdón, joder! ¡Yo ya noté el papel en el chicle!

Sorprendida por el pronto, se echa para atrás, yéndose más hacia los pies de la cama.

—Te juro que no era algo como para hacerte perder el sentido —dice con una voz que es apenas más que un susurro—. No tenía ninguna intención de que pasara eso.

—Dime qué coño era.

Con la mirada baja sobre la colcha blanca impoluta, no responde. Casi no se atreve a mirarme.

—Demonios, Nora, dime qué…

—Ácido —susurra finalmente—. Sólo una pastilla de ácido.

—¿Sólo una…? ¿Estás completamente mal de la cabeza? ¿Te das cuenta de lo que acabas de hacer?

—Por favor, Michael, no te enfades… Yo no quería…

—¡Tú me la metiste en la boca, Nora! ¡No se metió allí solita!

—Ya lo sé… y siento muchísimo haberte hecho eso. No tendría que haber violado nuestra confianza así… sobre todo después de que hoy… pensé que… —su voz se pierde.

—¿Sólo pensaste que qué? Me gustaría oír qué lógica retorcida aplicas a eso.

—No sé… me figuré… ya sabes, ahí fuera, mientras hacíamos el tonto, creí que

sería divertido.

—¿Divertido? ¿Eso es lo que a ti te resulta divertido? ¿Drogarme contra mi voluntad?

—Créeme, Michael, si no te hubieras puesto malo, me lo hubieras agradecido. No es como el sexo normal… es algo que cambia la vida.

—¡Cojones si cambia la vida…! ¡Doy un paso más por el tejado y me mato! ¡Podría haberme matado!

—Pero no te mataste. Cuando llegaste al borde, yo te sujeté. Y cuando te pusiste mal, le dije al antiterrorista que te trajera aquí. Yo sólo quería que no corrieras peligro.

—¿Peligro? ¿Y qué pasa si me llaman para hacerme análisis de drogas, Nora? ¿Has pensado en eso por un segundo? ¡Hacen análisis al azar entre el personal! ¡Qué pasaría entonces!

—¿Siempre se trata de lo mismo? —dice, entrecerrando los ojos—. ¿De cómo va a afectar a tu trabajo?

Aparto las sábanas, aprieto los ojos ante la oleada que me viene a la cabeza, salgo de la cama y cojo mis pantalones del respaldo de una silla antigua.

—¿Adónde vas? —me pregunta mientras me los voy poniendo.

Recojo los zapatos a trompicones, negándome a contestar. De un salto se pone delante de mí, suponiendo que me detendrá. Se equivoca. Bajo un hombro, dispuesto a cargar contra ella.

Aguanta firme. Me digo a mí mismo que debería derribarla. Eso le daría una lección. No tendría que importarme. Pero me importa. Justo en el momento de ir al choque, me detengo.

—Quítate de en medio —digo, rugiendo.

—Vamos, Michael, ¿qué más quieres que te diga? Perdóname. Siento mucho lo que pasó. Debes de haber tenido algún mal viaje o algo así para que hiciese efecto tan rápido.

—¡Pues claro que tuve uno malo! ¡Pero ésa no es la cuestión!

—Estoy tratando de disculparme, ¿por qué te enfadas tanto?

—¿Quieres saber por qué? —le grito—. Porque tú todavía no te enteras. No es por el ácido, ni siquiera tiene que ver con nuestro acuerdo, ¡es porque resulta que eres una sicópata de calidad extra! ¡Busca todas las razones que quieras, esto te coloca en una categoría nueva!

—¡No te atrevas a juzgarme!

—¿Por qué no? Tú me drogas, yo te juzgo. Lo menos que puedo hacer es devolverte el favor.

Está empezando a explotar.

—Tú no sabes lo que es, gilipollas… comparado conmigo, tú lo has tenido fácil.

—¡Oh! ¿Así que ahora eres experta en toda mi infancia?

—Conocí a tu padre. Vi la película —me dice—. Es retrasado. Es frustrante. Punto.

En este momento rae encantaría cruzarle la cara.

—Así que realmente crees que es así de simple, ¿eh?

—No quería decir…

—No, no, no, no te eches atrás —la interrumpo—. Viste *Rain Man*, claro, eso era autismo, pero tú sabes cómo funciona. Sólo desearía que hubieras pasado algo más que unas horitas con mi querido papi. Así hubieras disfrutado de los momentos cumbre… como cuando se lía con la medicación y tienes que impedir que se ahogue con la lengua. O aquella vez cuando estaba en cuarto que se escapó al darse cuenta de que yo era más inteligente que él. O cuando estuvo un mes entero cagándose en los pantalones porque estaba preocupado por si lo abandonaban si yo me iba a la universidad. O aquella vez que un pequeño come-mierda, un malvado que se llamaba Charlie Stupak, lo convenció de que es correcto coger el coche de la gente siempre que prometas que se lo devolverás. Y armado con un defensor de oficio sin puta idea, mi papi puede demostrarte lo bien que funciona el sistema legal. Oh, claro, hoy lo has visto todo.

—Oye, siento mucho que tu padre sea retrasado. Y también siento que tu madre se escapase…

—No se escapó, se fue a hacer un tratamiento. Y como no funcionó, se murió. A los tres meses de entrar en la clínica. Intentaba ahorrarnos el dolor de ver cómo se deterioraba, tenía miedo de que eso me retrasara a mí. Ahora intenta explicarle eso a un hombre con un CI de sesenta y seis. O todavía mejor, intenta protegerlo de todo lo que hay en el mundo preparado para hacerlo pedazos.

—Ya sé que fue difícil, Michael…

—No. No lo sabes. No tienes ni idea de cómo es. Tus padres viven los dos. Todos tenéis salud. No tenéis nada de que preocuparos aparte de la reelección.

—Eso no es verdad.

—Oh, es cierto, olvidé lo de tus horrores secretos: las cenas oficiales, reuniones de peces gordos, ir a la universidad que tú elijas…

—Ya basta, Michael.

—… y no nos olvidemos de los lameculos: el personal, los periodistas, incluso *Juan del Pueblo* y *Susi la Jet Set*… Todos tienen que querer a la Primera Hija.

—¡He dicho que ya basta!

—Ooooh, se nos está enfadando. Avisen al Servicio Secreto. Manden una nota a su padre. Si hace una escena en público, habrá mala prensa…

—Escucha, capullo…

—¡Y tenemos tacos! ¡Noticia de nacional! Eso es lo peor de todo, ¿verdad, Nora?

¡Mala prensa en las noticias nacionales!

—¡Tú no me conoces, joder!

—¿Te acuerdas siquiera de cómo es un día malo? No estoy hablando de mala prensa, hablo de un mal día. Hay verdadera diferencia. —Ella parece a punto de morder, así que le aprieto un poco más—. Ni siquiera tienes ya ninguno, ¿eh? Oh, cielos, ser la Primera Hija. Cuéntame, ¿qué tal es eso de que te lo hagan todo? ¿Sabes cocinar? ¿Sabes limpiar? ¿Te lavas tú la ropa?

Tiene los ojos llenos de lágrimas. No me importa. Se lo ha buscado.

—Venga, Nora, no seas tímida. Explícalo. ¿Firmas tú los cheques? ¿O pagas tus facturas? ¿O haces tus…?

—¿Quieres ver un mal día? —explota por fin—. ¡Aquí tienes tu jodido mal día! —Se levanta la camisa y me enseña una cicatriz de quince centímetros que le baja hasta el ombligo, con las marcas de los puntos todavía rojas.

No puedo musitar ni una sílaba, petrificado. Así que por eso no me dejaba tocarle el estómago.

Se baja la camisa y, finalmente, se viene abajo. La cara se le retuerce en un sollozo mudo y las lágrimas se le disparan. Es la primera vez que la he visto llorar.

—Tú, es que tú no sabes… —solloza, tambaleándose hacia mí. Me cruzo de brazos y pongo mi mejor gesto de duro.

—Michael… —Quiere que la acoja… que la abrace. Igual que ella hizo con mi padre. Cierro los ojos y sólo veo eso. Sin pensarlo más, me acerco y la estrecho entre mis brazos.

—No llores —susurro—. No tienes que llorar.

—Te juro que no quería hacerte daño —dice, sollozando, sin poder controlarse aún.

—Shhh, ya lo sé. —Se derrumba sobre mí y siento que la niña pequeña ha vuelto —. Está bien —le digo—. Está bien.

Pasa un minuto entero antes de que digamos otra palabra. Coge aliento y noto que se aparta. Se limpia los ojos tan de prisa como puede.

—¿Quieres contármelo? —pregunto.

Hace una pausa. Ése es su instinto.

—El día de Nochevieja, el año pasado —dice finalmente, sentándose en la cama —. Había leído que una manera estupenda de suicidarse era clavarse un cuchillo en el estómago, así que decidí comprobar la teoría personalmente. No hace falta decir que no es muy firme.

Me quedo helado, no estoy seguro de qué responder.

—No comprendo —tartamudeo al fin—. ¿No te llevaron al hospital?

—Recuerda quiénes somos, Michael. Y con quién estás. Los médicos de mi padre están aquí las veinticuatro horas del día, y todos visitan a domicilio. —Y después,

para marcar su punto, da una palmada en el colchón—. No tuve ni que salir de mi habitación.

—Pero para estar seguros de que nadie lo descubría…

—Por favor. Si ocultaron diez meses el cáncer de mi padre, ¿crees que no iban a poder esconder un intento de suicidio de su hija yonqui?

No me gusta cómo lo dice.

—Tú no eres yonqui, Nora.

—Dice el tío al que acabo de drogar.

—Ya sabes lo que quiero decir.

—Te agradezco que lo pienses, pero sólo tienes la mitad de la información. —Pellizca los encajes de la almohada y pregunta—: ¿Tienes la menor idea de por qué estoy en casa?

—¿Perdona?

—No es una pregunta con trampa. Terminé la universidad en junio. Ahora es setiembre. ¿Qué estoy haciendo aquí todavía?

—Pensé que esperabas noticias de las escuelas de posgraduados.

Sin decir palabra, va hasta el escritorio y saca una pila de papeles del cajón de arriba. Vuelve a la cama y los tira sobre el colchón. Me siento a su lado y hojeo la pila. Universidad de Pennsylvania. Washington. Columbia. Michigan. En total, catorce cartas. Todas la aceptan. Así que, finalmente, digo:

—No entiendo.

—Bueno, eso depende de a quién quieras creer. O bien estoy haciendo tiempo para la escuela de posgraduados, o bien a mis padres les preocupa que vuelva a intentar hacerme daño. ¿Qué crees tú que es más probable?

Oyéndola explicarlo, no es difícil de imaginar. La única cuestión es: ¿qué hago yo ahora? Acurrucada al borde de la cama, Nora está esperando mi reacción. Trata de no mirarme, pero no puede evitarlo. Está preocupada por si me marcho. Y por la manera en que restriega una y otra vez el pie desnudo contra la alfombra, no sería la primera vez que alguien la deja plantada. Recojo las cartas y las tiro al suelo.

—Dime la verdad, Nora, ¿dónde tienes las drogas?

—Yo no…

—¡Última oportunidad! —bramo.

Sin decir palabra, baja la vista hacia las cartas y luego mira la puerta ligeramente abierta del armario. Su voz suena blanda, derrotada.

—Hay una lata de pelotas de tenis en el suelo. Están dentro de la pelota del medio.

Voy hasta el armario y en seguida encuentro la lata. La vuelco en la mano, dejo que las otras dos pelotas caigan al suelo y entonces cojo la del medio y la aprieto fuerte. Por supuesto, se abre de par en par, como un pez abre la boca, por donde han

cortado la costura. Dentro hay un frasquito de medicinas marrón con unas cuantas píldoras en el fondo y, encima, una especie de rollo de siete u ocho sellos con unas caritas sonrientes amarillas. Esto es el ácido.

—¿Qué son las pastillas? —pregunto.

—Un poco de éxtasis… pero son antiguos. Hace meses que no tomo.

—¿Meses o semanas?

—Meses… por lo menos, tres… No he tomado desde final de curso. Te lo juro, Michael.

Me quedo mirando el frasquito, que sigue dentro de la pelota, y dejo que se cierre la costura. La aprieto en el puño con fuerza y se lo enseño a Nora.

—Se acabó —le digo—. Se acabaron los juegos. De ahora en adelante, tú lo controlas. Si quieres ser una enferma mental, háztelo por tu cuenta. Pero si quieres que seamos amigos —hago una pausa y me guardo la pelota en el bolsillo—, estoy aquí para ayudarte. No estarás sola, Nora, pero si quieres ganarte mi confianza, tendrás que componértelas tú sola.

Se la ve completamente atónita.

—¿Entonces, no vas a dejarme?

Vuelvo a verla acunando a mi padre entre sus brazos. Identificándose con lo que se echa en falta.

—Todavía no… ahora, no. —Espero verla sonreír por efecto de mis palabras; pero en cambio, la frente se le arruga de inquietud—. ¿Qué te pasa? —le pregunto.

—No lo entiendo —dice, mirándome con la barbilla baja y los ojos completamente perdidos—. ¿Por qué eres tan amable?

Desde los pies de la cama me acerco a ella.

—¿Todavía no lo entiendes, Nora? No estoy fingiendo.

Levanta la cabeza, no puede echarse atrás. Con los ojos bien arriba, surge la sonrisa. Una sonrisa auténtica. Me inclino hacia ella y le doy un suave beso en la frente.

—Sólo te digo una cosa… Si vuelves a hacer una cosa así otra vez…

—No lo haré. Te lo prometo.

—Lo digo en serio, Nora. Si veo alguna droga más, yo mismo daré un comunicado a la prensa.

Me mira directamente a los ojos.

—Lo juro por mi vida… te doy mi palabra.

Capítulo 20

A veces sueño que soy verdaderamente pequeño. Quince centímetros. Simon alarga la mano y yo doy un paso y me subo en su palma. Me eleva hasta sus labios agrietados y susurra en mi oreja de muñeca Barbie: «Todo irá bien, Michael… te prometo que todo irá bien». Poco a poco, su voz grave se va haciendo aguda como una sirena en funcionamiento. «No llores, Michael; sólo lloran los niños». Entonces, de repente, grita y su voz atruena y su aliento caliente me lanza hacia atrás: «¡Demonios, Michael, por qué no me escuchaste! ¡Lo único que tenías que hacer era escuchar!».

Pego un salto en la cama, sobresaltado por el silencio. Tengo el cuerpo cubierto de sudor frío, tan frío que estoy tiritando. El despertador dice que no son más que las cuatro y media de la madrugada, de manera que vuelvo a tumbarme e intento olvidarlo pensando en Nora. No las drogas ni la cicatriz. La Nora auténtica. La que está debajo, o al menos la que yo creo que hay debajo. Anoche… y durante el día —¡Dios mío!—, sólo con lo del tejado ya tengo tema para el resto de mi vida. Los corredores de coches, los paracaidistas, ni siquiera… ni siquiera los piratas tienen tantas emociones. Ni tanto miedo.

Como noto que estoy agarrado a las sábanas, pongo en marcha mi mejor truco para volverme a dormir: tomar las cosas con perspectiva. Pase lo que pase, sigo teniendo buena salud, y a mi padre, y a Trey, y Nora… Y Simon, y Adenauer, y Vaughn, al que todavía no pongo cara. Por una parte me preocupa que esté tendiéndome una trampa, pero si iba de acuerdo con Simon… y ahora anda escapando del FBI… los enemigos de mis enemigos y todo eso. Si Simon lo dejó tirado, igual tiene algo que ofrecerme. De todos modos, tendré la respuesta dentro de unas horas. Hoy es el día que tenemos que encontrarnos. En algún punto del Museo del Holocausto.

Tras veinte minutos de contemplar el estuco del techo, es evidente que no me volveré a dormir. Doy una patada a las sábanas y me voy directo a la cafetera. Mientras el olor a cafeína invade la cocinita, del maletín saco un plano del museo. Cinco plantas de exposición, una biblioteca para investigadores, dos teatros, un centro de estudios… ¿Cómo voy a encontrar a ese tipo?

A mi espalda, oigo un ruido en la puerta. Ligero, fácil de pasar por alto, como un taconazo. O un golpe sordo. «¡Hola!»., exclamo. El ruido se para. Por el pasillo se oyen unas pisadas en sordina. Dejo el plano y vuelo hacia la puerta, descorro los cerrojos y la abro de un tirón. Otro golpe sordo. Y otro. Salgo al hall de un salto, ansioso por enfrentarme al atacante. Y me encuentro con el chaval que reparte la prensa que me está dejando el primero de los periódicos del día. Del susto pega un salto para atrás, y casi se le caen todos los periódicos.

—¡Coño! —reniega en español.

—Lo siento —susurro—. Culpa mía —recojo mi periódico, vuelvo a escurrirme dentro del apartamento y cierro la puerta.

Empiezo a pasar las páginas de la primera sección, nervioso, confiando en perderme entre el acontecer de lo inmediato. Pero al doblar la primera página, cae al suelo un sobre pequeño blanco. Dentro hay una nota manuscrita: «Registro de Supervivientes. Segunda planta». Vuelvo corriendo al plano del museo que sigue sobre el suelo de linóleo. Por fin tengo un punto exacto.

No es ningún tonto, decido. Es una sala pequeña, apartada, en una esquina del museo. Verá a todos los que vayan y vengan. La cita no es hasta la una en punto, pero vuelvo a mirar el reloj. Siete horas más.

Abro la puerta de mi despacho y salgo corriendo hacia el Ala Oeste. Solía ufanarme de llegar pronto a las reuniones de Gabinete de Simon, pero últimamente parece que nunca llego a tiempo. Y aunque es fácil echarle la culpa al despiste, tengo que quitarme el sombrero ante semejante fallo del inconsciente.

En el Ala Oeste, Phil está en su puesto de guardia habitual, controlando a la gente. En cuanto lo veo, pongo mi tarjeta de identidad hacia adelante y bajo la cabeza. No es que me importe si llama el ascensor o no, sólo es que no soporto que finja que no me conoce.

—¿Qué hay, Michael? —dice cuando paso por su lado.

—Ah, ¿qué hay? —le replico—. Hola.

—¿Reunión de Gabinete hoy?

Antes de que pueda contestarle, mete la mano debajo de la mesa y me devuelve mi privilegio favorito. A mi izquierda, la puerta del ascensor se abre y entro en él. No sé muy bien qué ha producido este cambio de cosas, pero mientras dejo que se cierre la puerta, estoy encantado de aceptar el favor.

Al entrar en la oficina de Simon espero encontrarme con la reunión ya en marcha. Pero en cambio, veo que la mayoría de la gente está contando historias y cotilleos. El sillón vacío en la cabecera de la mesa me explica el porqué.

Echo un vistazo alrededor y descubro a Pam en su sitio ya habitual, en el sofá. Desde que ascendió, está prácticamente desaparecida.

—Ahora eres una auténtica gran jefa, ¿eh?

—¿A qué te refieres? —me pregunta, fingiendo inocencia. Es un clásico movimiento de poder de la Casa Blanca: nunca reconozcas tu ventaja.

Muevo la cabeza y me abro paso hasta un asiento vacío del final.

—Eres transparente, mujer, no engañas a nadie.

—Te engaño a ti —exclama. Sus días de modestia han pasado.

Estoy a punto de replicarle en voz alta cuando se abre la puerta de la sala. Toda la estancia queda en silencio pero luego se reanima. No es Simon, sólo otro adjunto, un tipo con prendedor de corbata de Yale, zapatos caros, blanco anglosajón protestante, que acaba de llegar aquí después de ser funcionario del Tribunal Supremo. No lo soporto. Pam dice que es agradable.

Cuando entra, la oficina está hasta arriba. El único asiento libre que queda está junto a mí. El tipo lo ve en seguida y me mira directamente. Aparto un poco mi silla para asegurarme de que cabe. Pero cuando viene para este lado, pasa de largo y continúa hasta la esquina y allí se apoya en una de las librerías. Prefiere quedarse de pie. Miro a Pam, pero está liada con sus nuevos colegas del canapé. A nadie le gustan los barcos que se hunden.

Como no tengo con quién hablar, me siento y espero a que la puerta se abra de nuevo. Entra Simon en la sala y todo el mundo se calla. En cuanto nuestros ojos se cruzan, aparto la mirada. Él, no. En cambio, viene directo hacia mí y me pone una gruesa carpeta de expedientes en el pecho de un golpe.

—Bien venido otra vez —gruñe.

Miro la carpeta y después a todos los de la sala. Algo va mal. Es demasiado listo para perder el buen humor delante de tanta gente.

—Como lloraste tanto por ello, ahí lo tienes —añade.

—Ni siquiera sé quién…

Se gira y se aleja.

—Se votará el miércoles. Disfrútalo.

Desconcertado, leo el rótulo de la carpeta: «Grabaciones móviles». Dentro está toda mi investigación. No puedo creerlo, me dan el asunto otra vez.

Levanto la vista en busca de una cara amiga para compartir la noticia, pero sólo una persona mira hacia mí. La persona que entró justo detrás de Simon. Lawrence Lamb. Me ofrece una sonrisa de ánimo y un leve movimiento de cabeza. No necesita decir más. Apunta uno arriba para Nora.

—¿Está usted seguro de que Simon está de acuerdo?

—Para empezar, no tendría que haberte apartado del asunto —dice Lamb, inexpresivo, mientras caminamos hacia su oficina. Aunque se mueve con la energía de un hombre siempre muy solicitado, de algún modo Lamb consigue aparentar que nunca tiene prisa. A imagen del nudo Windsor doble de su corbata y de su camisa con gemelos, se muestra permanentemente impecable y pulido; el tipo de hombre que, cuando está en el aeropuerto, logra aparecer bien compuesto incluso tras un vuelo de cuatro horas.

—Pero qué pasa si Simon… —digo, yendo a remolque de él y hecho un completo

desastre.

—Deja de preocuparte por eso, Michael. Es tuyo. Celébralo.

Pasamos junto al escritorio de la secretaría y comprendo que tiene razón. Lo que pasa es que las viejas costumbres no mueren. Al entrar en su despacho ocupo una silla delante de su mesa.

—No sé qué habrás hecho, pero sea lo que sea, Nora está feliz —me explica—. Sólo con eso, tienes tres deseos concedidos.

—¿Éste es el primero?

—Si lo es, aquí están los otros dos. —Abre una carpeta que tiene en la mesa y me tiende dos documentos. El primero es un informe de una sola página del FBI.

—El viernes terminaron de investigar a dos personas, y a otras tres durante el fin de semana —explica—. Todos para nombramientos, y todos aparentemente inocentes, lo que sube el total a diez. Sólo quedan cinco sospechosos más.

—¿Entonces todavía no han llegado a mí?

—Lo mejor para el final —dice, mientras limpia las gafas de leer con un pañuelito con iniciales bordadas—. Pero ya no tardarán.

—¿Y no se podría conseguir una impresión anticipada de los cinco últimos nombres? ¿Hay algún modo de hacer eso?

—¿Por qué ibas a…? Ah, ya entiendo —se interrumpe—. Los que todavía estén en la lista… eso nos indicaría quién más está potencialmente involucrado.

—Si Caroline tenía sus expedientes, tenía sus secretos.

—No está mal pensado —admite Lamb—. Déjame hacer unas llamadas. Veremos qué puedo hacer. —Toma una nota para sí; suena el teléfono y lo coge rápidamente —. Aquí Larry —anuncia—. Sí, está aquí. Lo tengo… ya te oí las primeras quince veces. —Hay una breve pausa—. ¡No me grites! ¿Me has oído? ¡Basta! —Tras una rápida despedida, cuelga y se dirige a mí—: Nora te dice hola.

Irreal… Nora suelta mi nombre y por arte de magia estoy el primero en el carnet de baile de Lamb. Es asombroso lo que consiguen una docena de veranos zambulléndose juntos. Echo un vistazo al segundo documento y veo que es un listado de ordenador de cincuenta páginas.

—¿Éste es el deseo número tres?

—Eso depende de cómo definas deseo. Lo que tienes en las manos es el registro oficial del SETV del día que mataron a Caroline. Según ese registro, Patrick Vaughn obtuvo el acceso exactamente a las 09.02.

—Y yo se lo autoricé.

—Tú. Y se marchó a las 10.05. Ya sabes cómo funciona, Michael: una vez que tuvo la tarjeta de visitante colgada del cuello, podría haberse pasado una hora entera deambulando por el EAOE. Y según el Servicio Secreto, la solicitud de entrada se hizo desde un teléfono interno nada más llegar tú esa mañana a las 08.04.

—Pero yo nunca…

—No estoy diciendo que hicieras la solicitud, me limito a decirte lo que recogen los registros.

Me agito en la silla, incómodo, y repaso los datos mentalmente.

—Así que aquella mañana, en cuanto entré, Simon hizo la llamada.

—Probablemente te vigilaron cuando entrabas por la puerta principal. ¿Recuerdas si había alguien en el vestíbulo?

—Solamente vi a Pam —respondo tras una pausa para pensarlo—. Me dijo lo de la reunión a primera hora.

—Pam, ¿eh? Bueno, supongo que sería demasiado para Simon hacerlo todo él solo.

—Un momento… Pam no…

—No digo que esté involucrada, sólo digo que tengas cuidado. Te mueves en terreno peligroso.

—¿Y eso qué significa?

Hace una breve pausa. Hay algo que no me dice.

—¿Algún problema? —pregunto.

—Dímelo tú… ¿Sabes algo de una periodista del *Post* que se llama Inez Cotigliano?

—La que hizo una petición por la LLI.

Lamb me lanza una mirada de sorpresa.

—¿Cómo sabes eso?

—Pam tenía una copia.

Se yergue en su sillón y toma nota rápidamente para sus adentros.

—¿Hay algo incorrecto en eso?

No hace caso de la pregunta.

—¿Es que ella no debía tenerla?

—Mira, Michael, tardamos cuatro días en reexaminar los registros del SETV y descubrir que tú autorizaste la entrada de Vaughn. Según el Servicio Secreto, Inez lleva pidiendo esos mismos registros desde el día siguiente al de la muerte de Caroline. Un día. Es como si lo supiera… o como si alguien se lo hubiera dicho.

—Así que usted cree que Pam…

—Lo único que digo es que tengas cuidado. Si esa Inez es la mitad de ambiciosa de lo que parece, no le llevará mucho tiempo encontrar a Vaughn. O a ti.

Siento un mareo. Se me está acabando el tiempo.

—¿Qué tiempo tengo?

—Mira, hay un problema —dice Lamb, y su voz tranquila suena inquieta por primera vez—. Siempre olvidas que esto no va solamente contigo. —Hace una pausa y me dirige la misma mirada ansiosa de antes.

—¿Ha pasado algo? —pregunto.

Se pasa la mano por la piel casi recién afeitada.

—Me han llamado, Michael. Me han llamado dos veces.

—¿Quiénes? ¿La periodista?

—El FBI —dice fríamente.

Yo no digo ni una palabra.

—Tu amigo Adenauer quería saber si Nora está tomando drogas.

—¿Pero cómo…?

—Vamos, hijo, si ven que tú autorizas la entrada de Vaughn en el edificio y que tú estás saliendo con Nora… Todo lo que quieren es la última pieza del triángulo.

—Pero Nora no conoce a Vaughn.

—¡Ésa no es la cuestión! —dice levantando la voz. Se aclara la garganta con la misma rapidez y se serena. La familia siempre lo hace volverse impulsivo—. Dime la verdad, Michael. ¿Nora está tomando drogas?

Me quedo helado.

Él permanece completamente inmóvil. Ya lo he visto emplear esa táctica antes —un viejo truco de abogado—, hacer que el silencio te haga decir las cosas. Me siento hacia atrás, tratando de parecer impertérrito.

—¿Está tomando drogas?

—Ahora ya no —digo sin flaquear.

Al otro lado de la mesa, asiente para sí mismo. No es el tipo de respuesta que se pueda discutir, y para ser sinceros, no creo que quiera oír más que eso. Hay una razón por la que nadie anota nada en la Casa Blanca. Cuando surgen citaciones y preguntas del FBI, cuanto menos sepas, mejor.

—¿Entonces qué va a decirle al FBI? —pregunto finalmente.

—Lo mismo que les dije la última vez: que aunque sé muy bien que están ansiosos por cazar al pez más gordo del estanque, más les vale andarse con mucho cuidado antes de empezar a hacer acusaciones contra los principales.

Los principales. Los únicos en todo esto dignos de ser salvados.

—Supongo que eso deja resuelta la parte de ella en el problema.

—¿La parte de ella? ¿No me has oído, Michael? Tenemos un presidente saliente que no lleva más que nueve puntos de ventaja para una reelección en la que, por lamentable que suene, los temas de más resonancia son las escapadas y aventuras de su hija, tu amiga. Y por añadidura, tenemos encima al FBI muriéndose por cazar la pieza mayor. Así que si tú te ves implicado en esta investigación, y llegas a dar la impresión, aunque sea ligerísima, de que Nora está involucrada… Te lo diré de este modo: no querrás facilitar esa munición a Bartlett.

—Yo nunca diré ni una palabra.

—No digo que lo vayas a hacer. Sólo quiero asegurarme de que comprendes las

consecuencias. —Se inclina sobre la mesa mirándome fijamente. Luego aparta la mirada, incapaz de mantener la postura. No es mera inquietud en la voz. Tras dos llamadas del FBI, es miedo.

Sintiendo en los hombros el peso de dos toneladas que acaba de echarme encima, rehago la pregunta original:

—Entonces, ¿cuánto tiempo cree que tenemos?

—Eso depende de lo insistente que sea esa periodista, Inez. Si tiene una buena fuente, yo diría que hasta finales de esta semana. Y si no la tiene… bueno, estamos haciendo lo que podemos por alargarlo.

—¿Finales de esta semana? Oh, Dios mío.

—¿De acuerdo? —pregunta.

Asiento con la cabeza y me pongo en pie.

—¿Seguro? —el tono de su voz me pilla con la guardia baja. Está preocupado por mí, y de verdad.

—Todo irá bien —le digo.

No se lo cree, pero no queda nada más que decir. Aunque, por supuesto, eso no le impide intentarlo.

—Si te sirve de consuelo, Michael, a ella le importas. Si no fuera así, tú no presentarías el informe de la decisión.

—¿A qué se refiere?

—La de las grabaciones itinerantes. ¿No has visto la lista?

Abro la carpeta y lo compruebo con mis ojos. Es verdad, ahí está, junto a la palabra «participantes» están mis iniciales: M. D. G. La amplia sonrisa que surca mis mejillas me hace recordar lo largo que ha sido el tiempo entre sonrisas. No sólo escribiré ese informe. Por primera vez en mi vida, se lo explicaré al Presidente.

Cuando regreso a mi despacho, voy sudando a mares. Si Lamb tiene razón, sólo es cuestión de días. La carrera está en marcha. Si no venzo a Inez en lo de Vaughn y el dinero… Miro instintivamente el reloj de la pared. No mucho más. Por suerte, tengo algo en que pasar el tiempo.

Mi ego no deja de decirme que es lo más grande que me ha sucedido nunca, pero en el fondo, mi cerebro sabe que no estoy en absoluto preparado. Dentro de dos días me sentaré ante la mesa del Presidente. Y lo único que se me ocurre que puedo decir es «bonito despacho».

Enciendo el ordenador y cojo la carpeta de las grabaciones pero antes incluso de que pueda abrirla me interrumpe el timbre del teléfono.

—Aquí Michael —digo.

—Hola, señor Pez Gordo. Devuelvo su llamada.

Reconozco inmediatamente el tono condescendiente. El agente Rayford de la policía del distrito de Columbia.

—¿Cómo va todo? —pregunto, esforzándome por aparentar buenas formas.

—No tires de la cuerda, muchacho. No estoy de humor. Si quieres tu dinero, tengo otro número de teléfono para ti.

Apunto el número en una esquina de la carpeta y pregunto:

—¿Es el del Departamento de Propiedades?

—Ni lo sueñes. Se lo he pasado a Investigaciones Financieras. Ahora sigues siendo un grano en el culo, pero en el de ellos.

—No comprendo.

—Mientras seas sospechoso, tenemos derecho a retenerlo… y lo último que yo apunté, conducir a altas horas de la noche con diez mil en efectivo, sigue siendo algo sospechoso.

—¿Entonces qué tengo que hacer ahora?

—Simplemente demostrar que es tuyo. Cuenta bancada, cheque cobrado, póliza de seguros… explicar de dónde lo sacaste.

—Pero ¿y si…?

—No quiero saberlo. Por lo que a mí respecta, el problema ya es de los otros —y con eso, cuelga.

Cuelgo yo también y vuelvo a pensar en Inez. Si Simon quiere, puede darle pistas del dinero. Es el triunfo que tiene en la mano. El mío, Dios mediante, es un traficante de drogas llamado Patrick Vaughn. Miro el reloj y veo que ya casi es la hora.

Cojo la chaqueta de la percha y me voy hacia la puerta. Al salir a la antesala, sin embargo, quedo sorprendido al ver que Pam sigue en el escritorio pequeño junto a mi puerta.

—¿Se te ha vuelto a estropear el teléfono?

—No me hables —dice cuando paso por detrás de ella—. ¿Hacia dónde vas?

—A ver a Trey.

—¿Todo bien?

—Sí, sí. Voy a ver si pillo un café… y puede que robe unos Ho-Hos de las máquinas.

—Que te diviertas —dice cuando la puerta se cierra detrás de mí.

—¿Puedo hablar contigo un momento? —pregunto, asomando la cabeza en la oficina de Trey.

—Bien calculado —dice, colgando el teléfono—. Pasa.

Me quedo junto a la puerta y le hago un gesto señalando a sus dos compañeros de despacho. Él ya sabe el resto.

—¿Quieres dar una vuelta? —pregunta.

—Sería mejor.

Sin dudarlo un momento, Trey me sigue por la puerta. Cogemos la escalera hacia

la segunda planta. No hace falta decir que nadie da una vuelta por el patio de su casa.

Mientras vamos por el pasillo, voy mirando el suelo de mármol ajedrezado en blanco y negro. En el EAOE, la vida es siempre una partida de ajedrez.

—¿Qué pasa? —preguntamos los dos a la vez.

—Tú primero —me dice.

Intento aparentar despreocupación y vigilo a mis espaldas.

—Sólo quería asegurarme de que estamos preparados para lo de Vaughn.

—No te preocupes, tengo todo lo que necesitamos: calcetines de lana, tiritas, Ovaltine…

Está intentando levantarme el ánimo, pero no le funciona.

—Es normal estar nervioso —añade, pasándome un brazo por el hombro.

—Lo de los nervios puedo aguantarlo, pero estoy empezando a preguntarme si será buena idea seguir adelante con esto.

—¿Es que ya no quieres ir a verlo?

—No es eso… es que… después de ver la foto de Adenauer en el periódico y ver la forma en que están presionando a Lamb… me parece que el FBI se está preparando para atacar.

—Aunque así sea, no creo que haya mucha elección —señala—. Estás tomando todas las precauciones que se nos ocurren, y mientras vayas con cuidado, todo irá bien.

—Pero ¿no ves que no es tan sencillo? En este momento, si el FBI me pregunta por Vaughn puedo mirarlos a los ojos y decir que no nos conocemos. Podría pasar el detector de mentiras si hiciera falta, demonios. Pero una vez que nos reunamos… Mira, Trey, si el FBI me vigila tan de cerca como yo creo, y nos ven a Vaughn y a mí hablando, cualquier defensa que hubiera tenido se va directamente a la mierda.

Al llegar al final del pasillo, nos quedamos callados. En las «vueltas» no se habla hasta que has visto si hay alguien al doblar la esquina. Al doblarla, sólo vemos unas pocas personas al otro extremo. Cerca no hay nadie.

—Evidentemente que no es la mejor situación —replica Trey—. Pero seamos sinceros, Michael, ¿de qué otro modo piensas conseguir respuestas? Ahora mismo, sabes como un tercio de la historia. Si consigues reunir dos tercios, es probable que puedas adivinar lo que está en marcha, pero ¿gracias a quién lo vas a averiguar? ¿Por Simon? Todo lo que tienes es Vaughn.

—¿Y si me está tendiendo una trampa?

—Si Vaughn sólo quisiera joderte, ya hubiera ido a la policía. Te digo que si quiere que os veáis, es porque tiene algo que ofrecerte.

—Sí, por ejemplo pillar una inmunidad por entregarme al FBI.

—No lo creo, Michael, eso no tiene sentido. Si Simon y Vaughn trabajasen juntos, y hubieran usado tu nombre para que Vaughn se colase, ¿por qué cuando entró en el

edificio iba el propio Vaughn a ligar su nombre a la única persona que sabe que aparecerá como presunto asesino? —Trey se queda mirándome, dejando que la pregunta haga su efecto.

—¿Tú crees que a Vaughn lo han jodido también? —pregunto.

—Puede que no sea un santo, pero es obvio que hay algo que se nos escapa.

Mientras caminamos, voy deslizando las puntas de los dedos por la pared del pasillo.

—Así que la única manera de salvarme…

—… es meterte en la jaula de los leones —dice Trey, asintiendo con la cabeza—. Todo tiene un precio.

—Eso es lo que me preocupa.

—A mí también —dice Trey—. A mí también… pero mientras hayas mantenido la boca cerrada, estarás perfectamente.

Doblamos lentamente otra esquina del pasillo.

—Por favor, Michael, dime que has mantenido la boca cerrada —añade.

—Así es —insisto.

—¿Entonces no se lo dijiste a Pam?

—Correcto.

—¿Y no se lo dijiste a Lamb?

—Correcto.

—¿Y no se lo dijiste a Nora?

Tardo un milisegundo de más.

—¡No puedo creer que se lo hayas dicho a Nora! —dice empezando a frotarse el pelo—. ¡Demonios, muchacho! ¿En qué estabas pensando?

—No te preocupes… no dirá nada. Eso sólo empeoraría las cosas para ella. Además, es buena para estos temas. Está llena de secretos.

—Menuda mierda, llena de secretos. Ése es el asunto. Silencio: bueno. Muchos secretos: malo.

—¿Por qué eres tan paranoico con ella?

—Porque mientras tú estás en la Residencia haciendo jueguecitos con los Primeros Pezones, yo soy el que sigue plantado en la realidad. Y cuanto más escarbo, menos me gusta lo que veo.

—¿Qué quieres decir con escarbo?

—¿Sabes a quién tenía al teléfono cuando entraste? A Benny Steiger.

—¿Quién es?

—El tío que mete el espejo debajo de tu coche cuando entras por la Puerta Suroeste. Colé a su hermana en el Jardín Sur el 4 de julio del año pasado y desde entonces me debe una buena, así que decidí pedírsela. De todos modos, ¿te acuerdas de la primera noche, cuando Nora y tú estuvisteis siguiendo a Simon? Pedí a Benny

que investigase un poco los registros de la vigilancia y, según él, aquella noche Nora volvió a casa sola. A pie.

—Yo la dejé bajar del coche fuera. Menuda historia.

—Ya lo creo que es una buena historia. Una vez que perdisteis al Servicio Secreto con vuestra carrerita en coche, perdiste también tu coartada.

—¿Qué quieres decir?

—Te estoy hablando del método tan sencillo que tiene Nora de cubrirse las espaldas. Si quiere, no hay absolutamente nada que la impida decir que después de que os escapaseis de la escolta, ella se bajó de tu coche y os largasteis los dos por separado.

—¿Y por qué iba a decir eso?

—Piénsalo, Michael. Si la cosa se pone en tu palabra contra la de Simon, ¿quién puede avalar tu historia? ¿Nora, verdad? El único problema es que eso es malo para papi. Tan cerca de la reelección, y teniendo sólo un pelo de ventaja por encima del margen de error, ella no lo hará pasar por eso. Pero en cambio, si no hubiera estado allí cuando Simon dejó el sobre, ya no hay problemas. Simon y tú podéis sacaros los ojos el uno al otro. Y naturalmente, en una pelea de gatos, él se te comerá como a un atún.

—¿Y qué pasa con el poli que nos paró? Él nos vio.

—Venga, hombre, si tú mismo lo dijiste: fingió que no la conocía. Es la última persona con la que contaría.

—Pero que Nora haga todo eso a propósito…

—Aclárame esto, Batman: cuando volvisteis a la Puerta Sureste, ¿por qué no entraste con ella en el coche?

—Ella pensaba que los del Servicio Secreto estarían cabreados, así que dijo que yo…

—¡Tilín, tilín, tilín! ¡Creo que ya tenemos ganador! Sugerencia de Nora. Plan de Nora. En cuanto os pillaron con el dinero, su cabeza empezó a dar vueltas para ver cómo escabullirse. —Aprovecha que giramos otra esquina del pasillo para dejar asentarse su argumento—. Yo no digo que ella vaya a por ti, sólo digo que tiene la vista puesta en el número uno. No es por criticar tu vida amorosa, pero quizá tú también deberías.

—Así que aunque no lo hayan catalogado como asesinato, ¿yo tendría que joder a Nora y entregarme?

—No es tan mala idea. Cuando llega una crisis, siempre es mejor ir por delante de ella.

Me paro en seco y pienso lo que me está diciendo. Lo único que tengo que hacer es renunciar. A mí mismo. A Nora. A todo. Mi madre me enseñó a hacerlo mejor. Y también mi padre.

—No puedo. No es correcto. Ella no me haría eso a mí… y yo no puedo hacérselo a ella.

—No puedo hacerle eso… ¡Uau, Dios mío, Michael, no me digas que te has…!

—No me he enamorado de ella —insisto—. Es que no es el momento, simplemente. Como tú has dicho, la cita es esta tarde. Estoy demasiado cerca.

—¿Demasiado cerca de qué? —exclama Trey mientras yo vuelvo hacia la escalera—. ¿De Vaughn o de Nora?

Dejo que la pregunta flote en el aire. No quiero contestar a eso.

Voy a pie de la Casa Blanca al Museo del Holocausto. El sol luce, la humedad ha desaparecido y el cielo está azul brillante. Odio la calma que precede a la tempestad. Aun así, es el día perfecto para un almuerzo largo, que es exactamente el mensaje que transmití en mi conversación con la secretaria de Simon.

Según Judy, Simon tiene un almuerzo en la Colina con el senador McNider en su oficina. Para sentirme seguro, llamo y lo confirmo por mí mismo. Después hago lo mismo con Adenauer. Como su secretaria no quería decirme dónde estaba, le dije que tenía una información importante y que volvería a llamar a la una y media. Dentro de media hora. No sé si funcionará, pero bastaría con que lo retrasase un poco. Retenerlo cerca del teléfono. Y lejos de mí. Sin embargo, a pesar de tanta planificación, mientras jugueteo con las monedas dentro del bolsillo, no logro evitar que la mano me tiemble. Cada mirada que se prolonga es de un periodista; cada persona que me cruzo es del FBI. Los diez minutos de paseo son una completa pesadilla. Hasta que llego al Museo del Holocausto.

—Tengo una reservada —le digo a la mujer que está en el mostrador de entradas ya en el vestíbulo. Tiene los ojos castaños muy pequeños y lleva unas enormes gafas marrones que resaltan todo lo peor de sus rasgos físicos.

—¿Cuál es su nombre? —pregunta.

—Tony Mañero.

—Aquí está —dice, tendiéndome un boleto. Hora de entrada: la una en punto. Hace dos minutos.

Me doy la vuelta y observo el vestíbulo. Las únicas personas que no parecen sospechosas son dos madres que chillan a sus hijos. Mientras camino hacia los ascensores, me apropio del mejor truco de Nora y me bajo la gorra de béisbol hasta los ojos.

Delante de los ascensores hay un pequeño grupo de turistas que revolotean, ansiosos por comenzar la visita. Me quedo por detrás, observando a la gente. Mientras esperamos a que lleguen los ascensores, se unen más personas por detrás. Me pongo de puntillas para intentar ver mejor. Esto no tendría que tardar tanto. Algo no funciona.

En torno a mí, la gente se impacienta. Nadie empuja, pero el espacio para los codos mengua. Un hombre corpulento con gorra azul se aprieta contra mí y yo aparto el brazo y doy un codazo sin querer a una adolescente que tengo detrás.

—Perdona —le digo.

—No se preocupe —dice en tono apagado. Su padre mueve la cabeza torpemente. Igual que la mujer que tiene al lado. Hay demasiada gente para controlarlos a todos. El espacio se comprime.

Lo peor de todo es que siguen dejando entrar gente en el museo. Nos empujan a todos hacia adelante como a un rebaño. Busco frenéticamente entre la multitud, escudriño cada rostro. Demasiados. Me noto arder. Se me hace difícil respirar. Las paredes de ladrillo visto se me vienen encima. Intento concentrarme en las puertas oscuras de acero del ascensor y en sus cierres grises vistos como si eso pudiera proporcionar algún alivio. Por fin suena un timbre y llega el ascensor. Es tan lento como es posible, pero el ascensorista dice su mejor frase:

—Bien venidos al Museo del Holocausto.

Capítulo 21

—¿Puede decirme cómo se va al Registro de Supervivientes?

—Justo detrás de esa esquina —dice un hombre con una tarjeta de identificación —. La primera puerta a la derecha.

Mientras voy hacia esa puerta, me hago un rápido resumen de Vaughn. La foto policial que vi tenía unos cuantos años, pero sé a quién busco. Bigotito fino. Pelo planchado para atrás. No sé por qué escogió este museo. Si realmente le preocupa el FBI, no es un sitio en que sea fácil ocultarse, que es exactamente lo que me da miedo.

Convencido de que no está esperando a la entrada de esa sala, abro la puerta de cristal y entro en el Registro de Supervivientes. Primero estudio el techo. No hay cámara de vigilancia a la vista. Bien. Luego las paredes. Ahí está, en la esquina del fondo a la derecha. La razón por la que escogió esta sala: una puerta de salida de emergencia. Si las cosas se complican, tiene escapatoria, lo que significa que o está tan preocupado como yo o esto forma parte de su trato con las autoridades.

La sala en sí es de tamaño modesto y está dividida con paneles. Alberga ocho ordenadores a la última, que permiten acceder a la lista de más de setenta mil supervivientes del holocausto que tiene el museo. Prácticamente en cada terminal hay dos o tres personas apretadas en torno al monitor buscando a sus familiares. Ni uno solo levanta la vista cuando me dirijo hacia el fondo. Observo el resto de la sala y me confirmo en que dejar a Trey en la oficina fue una buena idea. Podríamos haberlo disfrazado, pero habiéndolo visto en la cabina telefónica, no valía la pena correr el riesgo. Necesito esos dos tercios.

Me siento ante un terminal vacío y espero. Mantengo los ojos en la puerta mis buenos veinte minutos. Quién entra, quién sale; estiro la cabeza por encima del panel para analizarlos a todos. Tal vez él no quiera que lo haga tan evidente, decido al cabo. Cambio de táctica y me pongo a mirar el monitor y a escuchar las voces de la gente que me rodea.

—Te dije que vivía en Polonia.

—Es con K, no con CH.

—Ésa era tu bisabuela.

En un museo dedicado a recordar a seis millones de muertos, esta pequeña estancia se enfoca sobre los pocos afortunados que sobrevivieron. No es un mal sitio para esperar.

—Odio este sitio —mascullo quince minutos más tarde. Ese hijoputa cabrón no va a aparecer.

Para combatir mi frustración, me levanto y hago otro rápido reconocimiento de la

sala. A estas alturas ya vamos por el quinto turno de turistas. Sólo queda uno de los miembros originales de la banda, y ése soy yo.

Rodeo el grupo principal de mesas y miro el reloj de pared. Vaughn lleva más de media hora de retraso. Me ha dado plantón. Aun así, si mi plan es seguir esperando, será mejor mantener el personaje y actuar como todas las demás personas de la sala. Miro alrededor y me doy cuenta de que soy el único que está de pie. Todos los demás hacen exactamente lo mismo: con la pluma en la mano y los ojos centrados en sus ordenadores, todos van tecleando nombres…

Oh, claro, hombre.

Me precipito hacia el terminal y ocupo el asiento. Pulso trece letras en el teclado del Registro de Supervivientes. V-a-u-g-h-n, P-a-t-r-i-c-k.

La pantalla del ordenador me dice que está «buscando correspondencias» .

Eso es. Ésta es la verdadera razón por la que escogió esta sala.

«Lo siento, no hay correspondencias».

¿Qué? No es posible. V-a-u-g-h-n, P.

«Lo siento, no hay correspondencias».

V-a-u-g-h-n.

El ordenador vuelve a hacer la búsqueda. Y vuelvo a obtener el mismo resultado: «Lo siento, no hay correspondencias».

No puede ser. Convencido de que estoy en el buen camino, le meto todos los nombres que se me ocurren.

G-a-r-r-i-c-k, M-i-c-h-a-e-l.

H-a-r-t-s-o-n-, N-o-r-a.

S-i-m-o-n, E-d-g-a-r.

Cuando termino, tengo toneladas de correspondencias. Viena, Austria. Kaunas, Lituania. Gyongyos, Hungría. Incluso Highland Park, Illinois. Pero ninguno de ellos me lleva más cerca de Vaughn. Aparto el teclado a un lado, y fastidiado, me inclino hacia atrás en la silla. Estoy a punto de considerar el día perdido cuando noto una mano en el hombro.

Me doy la vuelta tan de prisa que casi me caigo del asiento. Detrás de mí hay una mujer de piel aceitunada con pelo negro rizado. Una camiseta negra con la palabra «Perv» en letras blancas le marca tan ajustada como para mirarla dos veces. Unos vaqueros gastados le cuelgan sueltos de las caderas.

—Salgamos de aquí, Michael —dice con voz temblorosa.

—¿Cómo sabe…?

—No pregunte lo que es obvio, eso no nos ayudará. —Me levanto del asiento mientras ella observa la sala moviendo ligeramente las manos y repiqueteando las largas uñas de sus dedos medios contra los pulgares. Se frota la nariz dos veces, incapaz de estarse quieta.

—¿Dónde está…?

—Hoy no —dice rápidamente. Me empuja por la espalda, derecho hacia la puerta —. Ahora a ver si lo saco de aquí de una sola pieza.

Acelero sin más palabras. Me coge por detrás de la camisa para frenarme.

—Sólo corren los cretinos —susurra.

Empujo la puerta de cristal y espero hasta que volvemos a estar entre la multitud. Giramos a la izquierda y nos vamos hacia la amplia escalera que conduce al vestíbulo general.

—¿Entonces no va a venir? —pregunto.

Con su hipervelocidad, tuerce el cuello en todas direcciones. Sobre su hombro, sobre el mío, sobre la barandilla de la escalera… no lo puede evitar.

—Se cargaron a su ex novia el martes —explica—. Y a Vaughn ni siquiera le gustaba.

—No comprendo.

—No importa —tartamudea—. Aquí, no.

—Entonces, ¿cuándo…?

Me pone una mano sudorosa en el hombro y me acerca a ella.

—Zoo nacional. Miércoles a la una en punto —me suelta, y baja a toda velocidad el resto de los peldaños.

—¿Realmente están tan mal las cosas? —pregunto.

Se para en seco y se da la vuelta.

—¿Está de broma? —pregunta, apartándose un mechón negro rizado de la cara—. ¿Sabe lo difícil que es meterle miedo a él?

Me agarro a la barandilla para sujetarme. Me parece que no quiero saber la respuesta.

—¿Entonces la dejaste marchar? —pregunta Nora con los ojos muy abiertos de incredulidad.

—¿Qué querías que hiciera? ¿Tirarla al suelo y pedir un trato justo?

—Lo de tirarla no estoy muy segura, pero tendrías que empezar a hacer algo.

Me levanto de la silla y cruzo la habitación de Nora para apoyarme en el borde de su escritorio antiguo. A mi izquierda observo una Nora manuscrita con la firma de Carol Lorenson, la administradora del fideicomiso que guarda todo el dinero de los Hartson. «Paga semanal. Segunda semana de setiembre». Junto a la nota hay un pequeño montón de billetes de veinte dólares.

—No lo entiendes —digo.

—¿Qué hay que entender? La tenías y la dejaste marchar.

—El malo no es ella —le replico rápidamente—. Estaba incluso más asustada que yo, y tal y como sonaba parecía que estuviera a punto de tener un ataque al corazón.

—Oh, vamos, Michael. Esa mujer conoce al tío que estás buscando, ¡ese que nadie puede encontrar! Sin ofender, tendrías que haber llevado a Trey contigo, por lo menos así él podría haberla seguido.

—¿No lo entiendes, Nora? El FBI está loco por pillarte a ti en ésta, a ella la estaban siguiendo ya. Además, no voy a permitir que nadie más resulte dañado con esto.

—¿Nadie? ¿Quién es nadie?

No contesto.

—Vale, vamos allá —dice con la cara iluminada—. ¿Qué es lo que no me dices?

—No quiero volver a hablar de esto.

—Entonces, ¿esto tiene que ver con por qué no buscaste apoyo? ¿Por eso has sudado tanto?

Continúo sin responder.

—Es eso, ¿verdad? No llevaste a Trey porque no te fías de él, crees que está trabajando para…

—Trey no trabaja para nadie —insisto—. Pero si lo hubiera llevado conmigo, también lo hubiera puesto en peligro.

Nora enarca una ceja, casi confundida por la explicación.

—¿Entonces, aunque sabías que necesitabas apoyos, decidiste no llevarlos?

Permanezco callado.

—¿Y tú hiciste eso sólo para proteger a un compañero de trabajo?

—No es un compañero de trabajo, es un amigo.

—No pretendía… sólo quería decir… —Se para, corrigiéndose—. Pero ¿y si Trey…? —Se para nuevamente. Trata de no juzgar. Aparta la mirada y luego la vuelve otra vez hacia mí. Finalmente pregunta—: ¿De verdad renunciaste a encontrarte con Vaughn por un amigo?

Es una pregunta tonta.

—¿Crees que tenía elección?

Mientras las palabras salen de mis labios, Nora no replica. Se limita a estar sentada, con la boca apenas abierta, un surco en la frente. Poco a poco, sin embargo, sus labios empiezan a curvarse. Un esbozo. Una sonrisa. Amplia.

—¿Qué? —pregunto.

Se levanta de un salto y se va hacia la puerta.

—¿Dónde vas?

Levanta el dedo índice y me hace el gesto de «ven aquí». En un segundo está en el vestíbulo. Y yo voy tras ella. Un giro a la izquierda la pone camino de una puerta cerrada al final del pasillo de la tercera planta.

Cuando entramos, un pensamiento acude a mi mente: Esta salita es fea. Una vitrina de fórmica negra blasonada con el sello presidencial, un entelado demasiado-

discreto-para-ser-kitsch cubierto de instrumentos musicales. Este lugar sólo puede describirse como «un accidente de coche en Dollywood-Graceland».

Hay algunas fotos dedicadas de músicos famosos en la pared, así como una urna de cristal con uno de los saxofones de Clinton. Por algún motivo, también hay una tarima enmoqueta-da de un metro de ancho en medio de la habitación y sin barandilla. Imagino que se supone que es un miniescenario. La Sala de Música donde ensayaba Clinton.

Estoy a punto de preguntar a Nora qué pasa cuando veo que abre la vitrina negra con el sello. Dentro hay un violín reluciente y muy pulido y un arco. Se sienta en el escenario de manera que las piernas le cuelgan desde el borde y apoya el violín en el hombro. Apoya el arco en la cuerda del la, afina unos segundos y después me mira.

Desde cuándo…

Desliza el brazo con elegancia y el arco acaricia las cuerdas para que una nota perfecta inunde la sala. Sujetando el instrumento con la parte de abajo de la barbilla, Nora cierra los ojos, encorva la espalda y empieza a tocar. Es una canción lenta… recuerdo haberla oído una vez en una boda.

—¿Cuándo aprendiste a tocar el violín? —le pregunto.

Igual que antes, la respuesta está en la canción. Tiene los ojos fuertemente cerrados; la barbilla apretada contra el instrumento. Sólo quiere que la mire, pero a pesar de la calma que produce la música, no logro quitarme de encima la sensación de que algo se me escapa. Cuando Hartson fue elegido la primera vez, a mí —y al resto del país— nos metieron por la fuerza todos los detalles referentes a la vida de la Primera Familia. La vida de Nora. Por qué fue a Princeton, su amor a las tazas de mantequilla de cacahuete, el nombre de su gato, hasta los grupos musicales que escuchaba. Y, sin embargo, nadie habló nunca de un violín. Es como un secreto gigante que nadie…

Sigue con la mandíbula en su sitio pero, por primera vez, Nora mira hacia mí y sonríe. Me quedo helado. De todo lo que hace, los sitios adonde va, es lo único que todavía tiene bajo su control. Su único secreto verdadero. Con un sutil movimiento de cabeza, me explica el resto. No está tocando simplemente. Está tocando para mí.

De pronto me noto relajado y me siento en una silla al lado de ella.

—¿Cuándo empezaste? —le pregunto, ansioso. Continúa tocando.

—Toda la vida —responde sin perder compás—. Cuando papá fue gobernador, al principio me daba apuro, así que me prometió que lo mantendría en secreto. Y según fui haciéndome mayor… bueno… —Hace una pausa como pensándolo—. Tienes que guardarte algo para ti misma.

Estoy tan cerca que las vibraciones me rebotan en el pecho, casi me empujan para atrás. Me inclino hacia adelante, más cerca.

—¿Por qué el violín?

—¿Vas a decirme que a ti no te apeteció cuando oíste El diablo bajó a Georgia?

Me río con ganas. La canción sube, sus dedos bailan sobre las cuerdas sacando la música de su sueño. Poco a poco va subiendo el tono, pero nunca llega a perder el toque ligero.

Con un último golpe suave, Nora vuelve a pasar el arco en el la. En cuanto termina, me mira en busca de mi reacción. Tiene los ojos muy abiertos por los nervios. Incluso aquí, no le resulta fácil. Pero en cuanto ve la sonrisa en mi cara, no puede evitarlo y se pone de puntillas y se balancea arriba y abajo sobre los dedos. Y a pesar de que se tapa la sonrisa con los dedos, sus ojos brillantes destellan por todo el cuarto, logrando que hasta las cortinas Graceland parezcan arte renacentista. Esos ojos preciosos, radiantes, tan claros que prácticamente me reflejo en ellos. Todas las otras veces estaba equivocado: ésta es la primera que la veo verdaderamente feliz.

Me pongo en pie y aplaudo tan fuerte como puedo. Sus mejillas se ruborizan y hace una reverencia burlesca. Entonces, el aplauso aumenta.

—¡Bravo! —exclama alguien detrás de mí, fuera, en el pasillo.

Me giro siguiendo el sonido. Nora levanta la vista hacia mi espalda. Justo cuando los descubro, el aplauso se cuadruplica. Cinco hombres, todos ellos con trajes azules de burócrata y corbatas insoportablemente espantosas. A la cabeza está Friedsam, uno de los ayudantes principales del Presidente. Los otros cuatro trabajan a sus órdenes. Debían de estar aquí arriba para informar a Hartson, a quien le gusta mucho hacer reuniones en el solarium después del almuerzo. Pero por la expresión satisfecha de sus caras se ve que consideran esta audición casual como una guinda más de su trabajo.

—Ha sido fantástico —dice Friedsam a Nora—. No sabía que tocabas.

Me vuelvo para ver su reacción. Ya es demasiado tarde. Sonríe forzadamente, pero no engaña a nadie. Tiene las mandíbulas apretadas. Los ojos húmedos de lágrimas. Con el violín agarrado por el cuello, pasa zumbando a mi lado hacia la puerta.

Friedsam y sus chicos se abren a su paso como las aguas del mar Rojo. Corro tras ella, asegurándome de quedar bien cerca de Friedsam.

—Como filtre algo, me aseguraré de que Hartson sepa que ha sido usted —le susurro al pasar.

Sigo a Nora por el pasillo, rehaciendo el camino anterior hacia su cuarto. Arriba, en la Residencia, no hay guardias, lo que significa que puedo correr. Al pasar junto al solarium, me digo que no he de mirar. Pero como un Orfeo moderno, no puedo evitarlo. Vuelvo la vista a la izquierda y veo al Presidente sentado junto a los ventanales, repasando unos papeles. Me da la espalda y… demonios, ¿qué coño me pasa?

Antes de que se vuelva hacia mí, abro la puerta de la habitación de Nora y entro.

Está sentada junto a la mesa de cara a la pared. Con la regularidad de un metrónomo humano, va dando golpes inconscientemente con el arco en el borde delantero del escritorio.

—¿Qué tal estás?

—¿A ti qué te parece? —me replica, negándose a levantar la vista.

—Si esto te hace sentirte mejor, de verdad que me encantó la canción.

—No me des explicaciones. Hasta un animal sabe que está en el zoo cuando hay visitantes que vienen a mirarlo.

—¿Así que ahora tú estás en un zoo?

—Esa música era para ti, Michael, no para ellos. Que ellos entren y me vean, es como si… —Hace una pausa, apretando los dientes—. ¡Mierda! —exclama, dando un golpe con el arco contra la mesa. Con el golpe, el arco se parte en dos, y aunque las fibras de crin de caballo continúan sujetas, la mitad de arriba se bambolea hacia adelante, golpea un vaso de lápices de plata y su contenido sale despedido por el aire en todas direcciones.

Hay un largo silencio antes de que ninguno de los dos diga nada.

—¿Y qué vas a tocar ahora en el bis? —pregunto finalmente.

Nora no puede contener la risa.

—¿Tú te crees que eres el auténtico señor chistes, eh?

—Si naces con ese talento…

—No me hables de talento.

Me acerco a ella, aparto a un lado el arco roto y cojo sus magnos entre las mías. Pero cuando me inclino para besarla en la frente, me doy cuenta de que lo había entendido mal. No es que se identifique con lo perdido. Nora Hartson se identifica con lo destruido. Por eso puede entrar en una sala llena de gente y descubrir a la única persona que está sola. Por eso me encontró a mí. Reconoció la herida, se reconoció a sí misma.

—Por favor, Nora, no permitas que te hagan esto. Ya le he dicho a Friedsam que como se sepa algo de esto, lo colgaré de un clavo por el dedo gordo del pie.

—¿Se lo has dicho? —pregunta, levantando la vista.

—Nora, hace dos semanas me detuvieron con diez mil dólares en la guantera del coche. Al día siguiente, una mujer con la que acababa de discutir apareció muerta en su despacho, tres días después de eso, me entero de que el día que murió yo había autorizado a un asesino reconocido a entrar en el edificio. Esta mañana me pasé dos horas intentando encontrarme con ese supuesto asesino, y probablemente me estén siguiendo. Luego, esta tarde, por primera vez desde que empezó toda esta maldita mierda, tocaste esa canción para mí y durante tres minutos… ya sé que es un tópico pero… nada de todo eso existía, Nora. Nada de nada.

Me observa atentamente sin saber qué decir. Se limpia un lado del cuello, como si

sudase. Después, finalmente, señala el arco roto tirado sobre la mesa.

—Si quieres, tengo otro en la vitrina. Así que, eh… sé un montón de canciones.

Mi sueño es tan poco profundo que a la mañana siguiente oigo llegar los cuatro periódicos. Entre uno y otro, vuelvo a acordarme de Vaughn. Cuando dan los cuartos, aparto las sábanas y voy derecho a la puerta para recoger la lectura matutina. Voy abriendo y agitando cada periódico sección por sección, preguntándome si de alguna caerá algo. Diecinueve secciones después sólo he conseguido tener los dedos negros de tinta. Supongo que sigue siendo mañana en el zoo. Mientras espero la llamada de Trey, voy mirando y me fijo en la foto de portada del *Herald*. Una toma de Hartson desde detrás del podio mientras pronuncia un discurso sobre trabajo en Detroit. Nada realmente digno de un e-mail a casa, salvo el hecho de que por encima de su hombro no se ven más que cinco o seis personas escuchándolo. El resto de los asientos está vacío. «Intentando conectar», proclama el pie. Alguien se quedará sin trabajo por esto. Un minuto después, contesto la llamada de Trey al primer timbrazo.

—¿Algo? —pregunta queriendo saber si he oído algo de Vaughn.

—Nada —digo—. ¿Qué tal por ahí?

—Oh, lo de siempre. Supongo que has visto nuestro harakiri en la primera página.

Miro la foto de Hartson y la sala vacía.

—¿Cómo es posible que…?

—Es todo una mentira de mierda. Había trescientas personas a la derecha y a la izquierda de la foto, y los asientos vacíos eran los de la banda de música que llegaba entonces. El *Herald* lo ha hecho así buscando el efecto. Les vamos a pedir que lo arreglen mañana, porque, ya sabes, cuatro líneas de disculpas enterradas en la A2 es mucho más eficaz que una foto en color a tamaño natural en primera página.

—O sea, ¿que los números no pintan bien?

—Siete puntos, Michael. Y ya está. Siete de ventaja. Quita dos más, que es exactamente donde estaremos en cuanto las agencias distribuyan la foto, y nos quedamos oficialmente dentro del margen de error. Bien venido a la mediocridad. Disfrute de su estancia.

—¿Y qué hay del artículo del *Vanity Fair*? ¿Alguna respuesta?

—Oh, ¿no lo sabes? Al parecer, ayer en California, ¡precisamente en California!, Bartlett utilizó su frase de «la Primera Familia/la familia primero» en una radio religiosa. Y hubo montones de llamadas.

—No sabía que todavía tuvieran religión en California.

Se produce un largo silencio. Debe de estar recuperándose de ésta.

—Imagino que estarás planeando algo drástico —añado.

—Tendrías que ver cómo está todo por aquí. Anoche, la cosa se puso tan mal que hubo quien sugirió que sacásemos a toda la Primera Familia en televisión, una

entrevista en vivo a todos juntos en *prime time*.

—¿Y qué han decidido?

—Entrevista a todos juntos en televisión en *prime time*. Si el país está realmente preocupado por la falta de control de Nora o por si los Hartson son unos malos padres, la única manera de arreglarlo es demostrar que no es verdad. Mostrarles a toda la familia unida, soltar un par de «Oh, padres», y rezar para que todo vuelva a estar bien otra vez.

—¿Así de fácil, eh? —pregunto, riendo—. Así que doy por hecho que no tienes nada que ver con esta tentativa evidente de alcahuetería pública.

—¿Estás de broma? Yo estoy en la pista central, mi jefa y yo nos encargamos del asunto.

—¿Qué?

—No sé qué encuentras tan divertido, Michael. No es cosa de risa. Estamos tocando fondo en todas las batallas por los estados clave. California, Texas, Illinois… si no empezamos a convencer a unos cuantos indecisos, nos quedaremos sin trabajo.

Me quedo helado al oír sus palabras.

—¿De verdad crees…?

—Mira, Michael, ningún presidente en activo ha dado jamás una entrevista con toda la Primera Familia. ¿Por qué crees que vamos a hacerlo nosotros? Por la misma razón que Lamb te pidió que guardaras silencio. Es decir, si los números no salen, Nora y compañía se van derechitos al sol de Flori…

—Dime sólo qué prefieres tú: ¿*20/20* o…?

—«Dateline» —suelta—. Yo sugerí «Sesenta Minutos», pero todos opinaron que era demasiado Clinton. Además, a la Primera Dama le gusta Samantha Stulberg, hizo algo bonito sobre ella después de la toma de posesión.

—¿Y cuándo se va a hacer eso?

—Este jueves, a las ocho de la tarde. Y, además, por suerte para nosotros, resulta que es el cincuenta cumpleaños de la Primera Dama.

—No perdéis el tiempo.

—No podemos permitírnoslo. Y no te ofendas, chico, pero según andan las cosas, tú tampoco.

Son apenas las siete de la mañana cuando abro la puerta de la sala 170 y la oscuridad de la antesala me indica que llego el primero. Con un café en una mano y la cartera en la otra enciendo la luz con el codo e inicio un nuevo día fluorescente. Cuento tres destellos antes de que la luz se haga de verdad, que es exactamente el tiempo que me lleva apagar la alarma, sacar el correo de mi buzón y llegar a la puerta del despacho.

Al ir hacia mi mesa echo una mirada por la ventana para ver la vista. Abrazada

por la luz, la Casa Blanca brilla al sol de la mañana. Recién salida de la caja. Árboles verdes. Geranios rojos. Mármol reluciente. Por un instante glorioso, en el mundo todo está bien. Pero entonces, una ligera llamada a la puerta lo interrumpe.

—Entra —digo en alto, dando por hecho que es Pam.

—¿Le importa que me siente? —pregunta una voz de hombre.

Me doy la vuelta. El agente Adenauer.

Cierra la puerta y me tiende la mano.

—No se preocupe —dice con una cálida sonrisa—. Soy yo.

Capítulo 22

—¿Qué hace usted aquí?

—Acabo de volver de pescar —dice Adenauer con su deje dulzón del sur—. Tres días en Chesapeake. Tremendo, te deja sin aliento… tiene que ir por allí alguna vez. —Con su traje barato y su divertida corbata de Keith Haring, la verdad es que parece venir en son de amigo de verdad. Como que quiere ayudar.

—Siéntese —le ofrezco.

Me dirige un gesto con la cabeza para agradecérmelo.

—Le prometo que esta vez será breve. —Se instala en la silla y explica—: Mientras revuelvo la grasa, hay algo que no me puedo quitar de la cabeza. —Hace una breve pausa—: ¿Qué está pasando entre Simon y usted?

Ya le he oído ese tono antes: no es una acusación, está preocupado por mí. Aun así, me hago el tonto.

—No sé si he entendido bien la pregunta.

—La última vez que hablamos, me sugirió usted que revisásemos las cuentas bancadas de Simon. Cuando fuimos a ver a Simon, nos dijo que tendríamos que mirar las de usted.

Recibo el golpe en pleno estómago. Las reglas están empezando a cambiar. Todo el tiempo pensé que Simon mantendría el silencio. Pero ahora, la tregua empieza a quebrarse. Y cuanto más lucho en contra, Simon más me señala con el dedo. Ya puedo olvidarme del trabajo. Lo que quiere es llevarse mi vida.

—No intente hacerlo por su cuenta, Michael. Nosotros podemos ayudarlo.

—¿Qué encontraron en sus cuentas bancarias?

—No mucho. Recientemente vendió unas acciones, me dijo que era para arreglar la cocina.

—Puede que mienta.

—Y puede que no. —A pesar de que no lo demuestro, Adenauer sabe que estoy asustado. Con esperanzas de ayudarme, añade—: Pero le diré una cosa, sin embargo: si quiere ver una cuenta interesante, mire la de Caroline. Para una mujer que está en la zona media de la escala salarial, desbordaba liquidez. Tenía más de quinientos mil, para ser exactos, cincuenta mil en billetes escondidos en una caja de tampones en su apartamento.

Ahora vamos a alguna parte.

—¿Entonces Caroline es la chantajista?

—Eso dígamelo usted —dice.

—¿Qué quiere decir con eso?

—También hemos comprobado su cuenta, Michael. Y perdone que se lo diga, pero me parece que la cosa está un poco flaca.

—Eso es porque la cuarta parte de cada cheque la transfieren directamente para mi padre. Compruébelo y lo verá.

Se pasa la mano a todo lo largo de la corbata, con expresión casi dolida. No disfruta tocando teclas.

—Por favor, Michael, sólo trato de ayudarlo. ¿Qué hay de la familia de su madre? ¿No tienen bastante dinero? ¿A cuánto han llegado ya, a cuarenta tiendas en todo el país?

—Yo no me hablo con la familia de mi madre. Nunca.

—¿Ni siquiera si hay una emergencia? —se inclina hacia adelante en su silla y afila una sonrisa sombría.

El abogado que hay en mí salta ante la alerta.

—¿Qué clase de emergencia?

—No sé… ¿y si su padre corriera peligro? ¿Y si Caroline estuviera a punto de abrir la boca y mandarlo a una de esas instituciones hospitalarias? ¿Y si hubiera pedido cuarenta mil por quedarse callada? ¿Los llamaría entonces?

—No. —Me da un vuelco el estómago al comprender adonde quiere ir a parar. Olvidémonos de Simon, el verdadero sospechoso soy yo. Intento cubrirme las espaldas y añado—: Además, ¿de dónde saca usted cuarenta mil? Creí que sólo habían encontrado treinta.

—Supongo que pueden ser ambas cosas —replica mientras continúa pasándose la mano por la corbata.

No soporto ese tono de voz. Tiene algo.

—¿Adónde quiere llegar? —pregunto.

—A ningún sitio, sólo es una hipótesis. Mire, cuando controlamos los treinta mil de la caja fuerte de Caroline, vimos que tenían numeración consecutiva. El único problema es que hacia la mitad de la serie, hay un salto en los números. Y basándonos en la secuencia, suponemos que puede haber otros diez que todavía no se han encontrado. ¿No sabrá usted algo de ellos por casualidad?

Detrás de la mesa, mi pie golpetea nerviosamente contra la alfombra.

—Tal vez el empleado del banco cogió los fajos de dinero sin seguir el orden.

—O tal vez esos otros diez mil se usaron para pagar a Vaughn. Es una transacción sencilla: se coge el dinero de la víctima. El único problema es que uno de ustedes cogió el fajo equivocado.

—¿Cómo uno de nosotros?

Se pasa la lengua por el interior de su labio superior. Ahora se está divirtiendo.

—¿Y cómo va todo entre usted y Nora? ¿Siguen entendiéndose?

—Mejor que nunca —le replico.

—Eso es bueno, porque salir con una mujer en su posición… eso produce mucha tensión innecesaria en la relación. ¿Y cuando surgen problemas? No puede uno

recurrir a nadie de fuera; es casi como si tuvieras que arreglártelas contigo mismo. Quiero decir, que ése es el único modo de que esté contenta, ¿verdad?

¿Ésa es su teoría? ¿Que yo hice matar a Caroline por Nora?

—No estoy aquí para hacer acusaciones, Michael. Pero si Caroline descubrió que uno de nuestros principales tomaba drogas… y que esa persona principal tenía relación con alguien como Vaughn… no sería mucho pedirle a usted que lo dejara entrar, me parece, ¿no?

—Si va usted a continuar acosándome…

—La verdad es que estoy intentando protegerlo. Y si usted nos ayuda a nosotros, es probable que acabe dándose cuenta.

Lamb tenía razón en una cosa: por mucho que vayan a por mí, sólo soy el cebo para el pez gordo.

—A ella no le importa usted —continúa—. Para la gente como ella, los demás no somos más que diccionarios: son útiles cuando se necesitan, pero cualquiera sirve.

Está utilizando el nosotros para que me sienta más cómodo. Pero no me lo creo ni por un momento.

—Es evidente que usted no sabe nada de ella.

—¿Está seguro?

Lo miro. Ni siquiera pestañea.

—Que usted sepa, ya hemos hablado dos veces. Una por teléfono y otra en la Residencia. En realidad, ella podría haberme empujado hacia usted.

Sé que eso es mentira.

—Eso nunca lo haría —digo.

—¿Que no lo haría para salvarse? Todos somos humanos, Michael. Y si piensa en las circunstancias… si ella se hunde, se hunden los dos. Eso entra en la limpieza de la casa. Pero si es usted quien cae, si el culpable es usted, ella se queda donde está. —Hace una pausa para que lo que acaba de decir se me grabe bien en el cerebro—. Ya sé que usted no quiere hacerle daño, pero sólo hay una manera de ayudarse… y si puede darnos a Vaughn…

—¿Cuántas veces tiene usted que oírlo? ¡Yo no he hecho nada y tampoco conozco a Vaughn!

Adenauer se sacude un hilito minúsculo de la rodilla del pantalón. El profesor de inglés complaciente hace rato que se fue.

—¿Entonces nunca han estado ustedes en contacto?

—Exactamente.

—No me estará usted mintiendo, ¿verdad?

Puedo contarle lo de la cita de mañana, o puedo marcarme un farol. No estoy dispuesto a rendirme todavía.

—No he visto ni hablado con ese tipo en la vida.

Menea la cabeza al oírlo.

—Michael, déjeme darle un consejito —dice otra vez en tono preocupado—. Tengo a ese Vaughn perfilado al detalle. Se traiga lo que se traiga entre manos con Nora, los dos lo venderán a usted en un segundo.

Consigo parar el temblequeo de la pierna y hago una profunda inspiración mental. *No dejes que se acerque*.

—Ya sé lo que dice en el informe del SETV, pero le juro que yo no le autoricé la entrada. —Esperando coger las riendas, me lanzo a un cambio de tema—: ¿Y qué hay de la muerte de Caroline? ¿Ya tienen los resultados?

—Creí que usted decía que fue un ataque al corazón. Este hombre nunca se rinde.

—Ya sabe a qué me refiero, ¿han mandado ya el informe del laboratorio de toxicología?

Mueve la cabeza justo lo suficiente para que vea cómo arquea la ceja.

—No lo sé. Hace tiempo que no pregunto.

Es una mentira patente y quiere que me dé cuenta. No me va a ceder ésa. A no ser que coopere. Y sobre todo, no cuando ya está tan cerca.

—¿Seguro que no quiere contarme lo que pasó realmente? —pregunta, haciéndose otra vez el maestro.

Yo me niego a contestar.

—Por favor, Michael. Sea lo que sea, nosotros deseamos trabajar con usted.

Es una oferta tentadora… pero no una garantía. Además, si aparece Vaughn… ése no es sólo el medio más rápido para demostrar que es Simon, también es el mejor medio de proteger a Nora. Y a mí mismo. Todavía callado, aparto la vista de Adenauer.

—Usted elige —me dice—. Lo veré el viernes.

—¿Qué pasa el viernes? —pregunto tras una pausa.

—Vamos, muchacho, ¿cree que vamos a quedarnos aquí sentados esperándolo? Si no he sabido nada de usted en los próximos tres días, hago público lo de Vaughn. Eso será más que suficiente para quitar del medio a Nora. El viernes, Michael. El viernes Norteamérica lo conocerá.

—¿Iba en serio? —pregunta Trey por teléfono.

Contemplo la tele en blanco del despacho. No contesto. En la pantalla sólo veo mi reflejo.

—Te he hecho una pregunta, Michael: ¿Adenauer iba en serio?

—¿Eh?

—Si iba…

—Eeeh, eso creo —digo por fin—. Es decir, ¿desde cuándo el FBI hace amenazas gratuitas?

Trey tarda unos segundos en contestar. Sabe lo que estoy pasando, pero eso no significa que vaya a echarse atrás.

—No sólo es un mal día para el pelo —me advierte—. Si por algún lado se filtra aunque sea un pelo…

—Ya lo sé, Trey. Créeme que lo sé, me lees los números todas las mañanas, pero ¿qué puedo hacer? Ayer me decías que me entregase para que Nora no me enterrara a mí; hoy, me sueltas que si algo se sabe, hundo yo solo la Presidencia. Lo único seguro es que en cualquier caso estoy jodido.

—No quería decir que…

—Lo único que puedo hacer es buscar la verdad: encontrar a Vaughn y averiguar si sabe algo de lo que pasó realmente. Y si eso no funciona… —Me interrumpo, incapaz de terminar la frase.

Trey me concede unos segundos para que me tranquilice y finalmente pregunta, todavía decidido a ayudar:

—¿Y qué pasa con los impresos de la declaración de bienes de Simon? Pensé que íbamos a mirar eso para ver de dónde sacó el dinero.

—Según Adenauer, en sus cuentas bancadas no hay nada raro.

—¿Y vas a aceptar su palabra?

—¿Qué otra cosa quieres que haga? Cursé la solicitud hace más de una semana, tendría que estar aquí cualquier día de éstos.

—Bueno, lamento mucho decírtelo, pero cualquier día no sirve. Sólo te quedan tres. Yo que tú, pondría mi voz de chico encantador y tendría esa conversación que Nora te debe hace tiempo.

Vuelvo a mirar la televisión en silencio dando vueltas en la cabeza a esa opción. Está en lo cierto. Aunque, si Vaughn aparece… y si a él también lo ha jodido Simon… ésa es la puerta de una realidad completamente nueva. Tal vez Vaughn fuera aquel que Simon encontró en el bar. Puede que pidiera prestado el dinero. Tal vez por eso no aparece nada en las cuentas del banco.

—¿Qué dices entonces? —pregunta Trey.

Muevo la cabeza, aunque él no puede verlo.

—Mañana es mi cita con Vaughn —digo entre dudas—. Después de eso, siempre podré hablar con Nora.

La larga pausa me dice que Trey no está de acuerdo.

—¿Qué? —le pregunto—. Pensé que querías que me reuniera con Vaughn.

—Y quiero.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

Otra vez se produce una pausa.

—Ya sé que para ti es difícil aceptar esto, Michael, pero recuerda que, algunas veces, tendrías que pensar en ti mismo.

Me lleva mi buena media hora volver a concentrarme en mi exposición, pero una vez en ello, me atrapa. El expediente de las grabaciones está extendido ante mí y tengo toda la mesa inundada por una pila de artículos jurídicos, estudios científicos, textos de opinión y encuestas de opinión actuales. He pasado los últimos dos meses averiguando cuanto pude sobre el tema. Ahora tengo que pensar cómo explicarlo. No, no simplemente explicarlo: explicárselo al líder del mundo libre.

Dos horas después sigo trabajando en la introducción. Esto no es un debate de secundaria con el señor Ulery. Es el Despacho Oval con T. Hartson. El presidente Hartson. Con el diccionario al lado, vuelvo a escribir la primera frase por decimoséptima vez. Cada palabra ha de ser exactamente la precisa. Y todavía no está ahí.

Primera frase. Toma dieciocho.

Trabajo todo seguido sin almorzar y doy con el núcleo del argumento. Naturalmente que nos han enseñado a presentar un enfoque objetivo, pero seamos sinceros: esto es la Casa Blanca. Todo el mundo opina.

Como resultado, no tardo mucho en elaborar una lista de razones por las que el Presidente debe pronunciarse en contra de las grabaciones móviles. Ésta es la parte fácil. La difícil es convencer al Presidente de que tengo razón. Especialmente en año de elecciones.

A las cinco en punto me tomo mi único descanso: diez minutos de paseo rápido, ida y vuelta al Ala Oeste, justo a tiempo para la primera ronda de patatas fritas que salen de la cafetería. Durante las cuatro horas siguientes repaso cientos de casos penales, buscando los mejores para apoyar mi idea. Será una noche larga, pero si las cosas siguen tranquilas, conseguiré terminarlo.

—¡Caramelos! ¿Quién quiere caramelos? —anuncia Trey, entrando por la puerta —. ¿Adivinas qué acaban de añadir a las máquinas de monedas? —Antes de que pueda contestar, añade—: Dos palabras, Lucy: Hostess. Magdalenas. Las he visto abajo; nuestra infancia, atrapada detrás de un cristal. Por setenta y cinco centavos nos la devuelven.

—La verdad es que ahora es muy mal momento…

—Comprendo, estás hasta el cuello. Déjame decirte por lo menos lo de…

—No puedo…

—Nada de no puedo. Además, esto es impor…

—Coño, Trey, ¿nunca entiendes una indirecta?

Eso no le ha gustado. Sin decir palabra, me da la espalda y se va hacia la salida.

—Trey…

Abre la puerta.

—Venga, Trey…

En el último segundo, se detiene.

—Oye, creído, no necesito disculpas. Sólo he pasado porque tu periodista favorita del *Post* acaba de llamarnos por lo de los registros del SETV. Puede que Adenauer espere hasta el viernes, pero Inez se está cobrando hasta el último favor de prensa que le deben. Así que por mucho que estés intentando ponerte en forma para ir a ver al Presidente, tendrías que saber que el reloj sigue haciendo tic-tac y que puede que explote antes de lo que piensas. —Se gira en redondo y cierra de un portazo.

Sé que tiene razón. En las cuentas de Adenauer, tengo poco más de dos días. Pero como tengo muchas cosas más en marcha, habrá que esperar hasta mañana. Después del Presidente y después de Vaughn.

Para las ocho, el gruñido de mi estómago me dice que tengo hambre, el dolor difuso de la zona lumbar me dice que he estado demasiado tiempo sentado, y la vibración del busca me dice que alguien me llama.

Desengancho el clip del cinturón y miro el mensaje. «Emergencia. Ven a verme a la sala de cine. Nora».

Al leer esas palabras, noto que la cara se me pone pálida. Sea lo que sea, no puede ser bueno. Salgo zumbando sin pensarlo.

A los tres minutos, corro como un loco por el pasillo de la planta baja de la mansión. Al final de ese corredor, atravieso unas últimas puertas, atajo a través de la pequeña zona de venta de libros para los turistas de la Casa Blanca, y veo el busto de gran tamaño de Abraham Lincoln. Durante el día, este vestíbulo suele estar lleno de grupos de turistas que contemplan los diagramas arquitectónicos y las famosas fotos de la Casa Blanca que se alinean en la pared de la izquierda. La mayoría de los visitantes e invitados creen que son bastante interesantes. Me pregunto cómo reaccionarían si supieran que al otro lado de esa pared está el cine privado del Presidente.

Me paso la palma de la mano por la frente con la esperanza de disimular el sudor. Al aproximarme al guardia que está de puesto allí al lado, señalo mi punto de destino.

—Tengo una cita con…

—Está dentro —me dice.

Abro la puerta con fuerza, huelo un ligero resto de palomitas y me precipito en la sala.

Nora está sentada en la primera fila del recinto de cincuenta y un asientos vacíos. Tiene los pies subidos sobre el brazo de su butaca y una gran bolsa de palomitas en el regazo.

—¿Preparado para la sorpresa? —pregunta, volviéndose hacia mí.

No estoy seguro de si me siento aliviado o enfadado.

—Quítate ese aspecto deprimido por una vez. Y siéntate —dice dando una palmada en el asiento que tiene al lado.

Atontado, me dirijo a la primera fila. Hay nueve filas de butacas de cine tradicionales, pero la primera está formada por cuatro asientos reclinables de cuero La-Z-Boy. Los mejores sillones de la casa. Me siento en el que está a la izquierda de Nora.

—¿Por qué me mandaste ese mensa…?

—¡Dale, Frankie! —grita en el momento en que me siento.

Las luces bajan lentamente y el aire se llena con el parpadeo brillante del proyector. Las paredes de la sala están tapizadas con tela y cortinas *Soul Train* de color naranja requemada con dibujos beige de pájaros. Igual que la Sala de Música. A Elvis le hubiera encantado.

Al iniciarse los títulos de crédito me doy cuenta de que estamos viendo la nueva película de Terrance Landaw. No llegará a los cines hasta dentro de un mes, pero la Asociación de Productores se asegura de que a la Casa Blanca se le suministren todos los martes las películas nuevas más interesantes. Presión política subliminal.

—¿Hay alguna razón para…?

—¡Chist! —sisea con una mueca juguetona.

Permanezco callado todo el resto de los títulos de crédito, intentando adivinar qué pasa. Nora se embute palomitas en la boca. Después, cuando surge el plano inicial, alarga la mano y me cosquillea el vello del antebrazo.

La miro y tiene los ojos en la pantalla, como un zombi hipnotizado por el cine.

—Nora, ¿tienes idea de en qué estoy trabajando precisamente ahora?

—Chist.

—No me hagas callar, me dijiste que era una emergencia.

—Pues claro que te lo dije —dice, volviendo a acariciarme el brazo—. ¿Hubieras venido si no?

Vuelvo la cabeza y empiezo a levantarme. Antes de llegar a nada, se coge de mi bíceps con ambos brazos, agarrándose como una niña pequeña.

—Venga, Michael, sólo la primera media hora. Un descansito mental. Diré que la paren y podemos terminar de verla mañana.

Me siento tentado de decirle que no se puede pulsar pausa en un cine, pero luego recuerdo con quién estoy hablando.

—Será divertido —me promete—. Diez minutos más.

Es difícil discutir por diez minutos, y según iban las cosas, será bueno recargar un poco.

—Diez —amenazo.

—Quince máximo. Y ahora calla, no soporto perderme el principio.

Miro la pantalla pensando todavía en el informe de decisión. Llevo dos años haciendo análisis legal de las políticas más candentes de la Presidencia, de las propuestas más complicadas, pero ni una sola de ellas me excita tanto como diez minutos a oscuras con Nora Hartson. Vuelvo a sentarme en la butaca y entrelazo mis dedos con los de ella. Con todo lo que pasa, esto es precisamente lo que necesitamos. Un momento tranquilo, agradable, a solas, en el que por fin podamos tomar aliento y relaj…

—¿Nora? —susurra alguien. Una lámina de luz blanca acuchilla la oscuridad detrás de nosotros.

Nos volvemos ambos, sorprendidos al ver a Wesley Dodds, el jefe de Gabinete del Presidente. Tiene su cuello de lápiz metido ya dentro de la sala y hace entrar al resto de su cuerpo.

—¡Largo! —brama Nora.

Como la mayoría de los peces gordos, Wesley no escucha. Se va directo a la primera fila.

—Te pido disculpas, pero tengo al jefe de la IBM y a una docena de directores generales de pie en el vestíbulo esperando para ver su película.

Nora ni siquiera lo mira.

—Lo siento.

Dodds alza una ceja.

—Lo siento —repite Nora—. Como en *Siento que vayas a quedarte decepcionado*. O mejor todavía: lo siento, pero está usted interrumpiendo.

Él es demasiado hiperlisto para entablar una discusión con la hija del jefe, así que se limita a asentar jerarquías.

—¡Frankie, enciende las luces!

El proyector se detiene y se encienden las luces. Nora y yo guiñamos los ojos y parpadeamos para adaptarlos a la luz. Ella se levanta de su asiento la primera y tira por el aire la bolsa de palomitas.

—¿Qué demonios haces? —grita.

—Ya te lo he dicho, tenemos ahí fuera esperando un grupo de altos ejecutivos. Ya sabes en qué época estamos.

—Llévalos al dormitorio Lincoln.

—Ya lo he hecho —le replica—. Y por si así te sientes mejor, te diré que hace un mes que reservamos la sala. —Se refrena al darse cuenta de que se está calentando demasiado—. No te pido que te marches, Nora; en realidad, sería mucho mejor si te quedases. Así podrán decir que vieron una película con la Primera Hija.

—Largo de aquí, ésta es mi casa.

—Seguro que sí, pero si quieres vivir en ella otros cuatro años, será mejor que te muevas y dejes sitio. ¿Entiendes lo que te digo?

Por primera vez, Nora no responde.

—Olvídalo —digo poniéndole una mano en el hombro—. No es nada tan…

—¡Cállate! —brama, apartándose.

—¡Rebobínala, Frankie! —le grita Wesley.

—No te…

—Se acabó —le advierte él—. No me hagas llamar a tu padre.

Oh, mierda.

A Nora se le achican los ojos, pero Wesley no se mueve. Ella se echa hacia atrás y juro por Dios que pienso que está a punto de darle. Pero entonces, una sonrisa de diablo surge en su cara por arte de magia. Suelta una risita profunda, muy bajito. Definitivamente, tenemos problemas. Antes de que pueda decir nada, coge su bolso y sale corriendo hacia la puerta.

Fuera, en el vestíbulo, una docena de hombres de cincuenta a sesenta años están agrupados observando las fotografías en blanco y negro de las paredes. Nora pasa volando a su lado antes de que puedan siquiera reaccionar. Pero todos saben a quién han visto. Y aunque intentan jugar a hacerse los indiferentes, sus ojos se abren de emoción mientras se dan codazos y circulan el mensaje entre el grupo. «¿Has visto? Era-ya-sabes-quién».

Es asombroso. Aquí dentro, hasta los más poderosos no son más que niños en el patio del colegio. Y por lo que veo, la primera regla del patio del colegio continúa vigente: siempre hay alguno que es mayor.

De regreso hacia el pasillo de la planta baja, voy sólo unos pasos detrás de Nora. La llamo pero no me responde. Es igual que aquella primera noche con los escoltas. No se parará por nada. Braceando con energía, avanza por la alfombra roja del pasillo. Doy por supuesto que se encamina a la Residencia, pero al llegar a la entrada de la escalera no gira. Se limita a seguir avanzando, directa por el pasillo, a través de la Sala de Palmeras, y luego fuera, por la columnata oeste. Justo antes de alcanzar la puerta que lleva al Ala Oeste, hace un giro brusco a la izquierda y pasa junto a un agente de traje oscuro. «¡Oh, no!», murmuro para mis adentros al verla avanzar por la explanada de cemento que rodea el Ala Oeste. Sólo hay un sitio al que pueda ir por ahí. La entrada trasera del Despacho Oval. Directamente a lo más alto. Como sé que nadie entra por ahí, piso fuerte los frenos. Por si había alguna duda, el agente me lanza una mirada de confirmación: la única excepción es Nora. Me apoyo contra una de las enormes columnas blancas que siguen hasta el Ala Oeste y observo el resto desde ahí.

Quince metros por delante, sin mirar atrás, Nora se para ante una doble puerta muy alta y aplasta la nariz contra los cristales, escudriñando el interior del despacho. Si fuera cualquier otra persona, ya le habrían pegado un tiro.

Las luces del interior de la estancia la iluminan como a una polilla rabiosa. Da

golpes sonoros sobre los cristales para llamar la atención y luego coge el pomo de la puerta. Pero en cuanto la abre, toda su actitud cambia. Como si hubiera accionado un interruptor. Sus hombros pierden la rigidez y sus puños se abren. Luego, en vez de entrar, le hace gestos a él para que salga. El Presidente tiene a alguien dentro.

Aun así, si su hija lo llama…

El Presidente sale a la terraza y cierra la puerta tras él. Mide un buen palmo más que Nora, lo cual le permite inclinarse sobre ella con autoridad plenamente paternal. Por el modo en que se cruza de brazos, no le gusta que lo interrumpan.

Dándose cuenta de ello, Nora explica rápidamente su caso haciendo gestos expresivos para que se entienda su postura. No está furiosa, ni siquiera enfadada. Sus movimientos son controlados. Es como si estuviera contemplando a otra mujer. Apenas levanta la vista mientras habla con él. Todo en sordina.

Él la escucha con una mano en la barbilla y apoyando el codo en el brazo que tiene paralelo a la cintura. Con el Jardín de Rosas en primer término y ellos dos detrás, no puedo dejar de pensar en todas aquellas fotos en blanco y negro de John y Bobby Kennedy, que tenían sus famosas discusiones de pie exactamente en ese mismo lugar.

Lo siguiente que veo es que Hartson mueve la cabeza y pone cariñosamente una mano en el hombro de Nora. Es algo que no olvidaré mientras viva. Lo bien que conectan, la manera en que él la tranquiliza acariciándole la espalda. Un brazo sobre el hombro. En esa silueta, el poder ya no está, no son más que un padre y su hija. «Lo siento —dice su lenguaje corporal mientras continúa acariciándole la espalda—, esta vez las cosas tendrán que ser así».

Antes de que Nora pueda discutirle, el Presidente vuelve a abrir la puerta de su despacho y hace un ademán a alguien para que salga. No logro ver quién es, pero se la presenta rápidamente: «Ésta es mi hija, Nora». Ella se pone firme, instruida por toda una vida de etiqueta de campaña. El Presidente sabe lo que se hace. Ahora que hay un invitado presente, Nora no podrá decir nada.

Se gira para marcharse y el Presidente mira en mi dirección. Me muevo rápidamente y me pongo detrás de una columna blanca. No necesito hacer mi entrada hasta mañana.

—¡Que se joda! —exclama Nora mientras nos apresuramos por el pasillo de la Planta Baja, desierto, sin que nadie la oiga.

—Olvídate —vuelvo a decirle, esta vez a su altura—. Déjalos que tengan su fiestecita.

—¿Tú no lo entiendes, verdad? —pregunta mientras volvemos a cruzar entre la tienda de libros y nos acercamos al busto gigante de Lincoln a la puerta del cine—. ¡Lo estaba pasando realmente bien! ¡Para una vez que era divertido!

—Pues lo prepararemos para mañana. De todas formas, sólo íbamos a seguir allí diez minutos más.

—¡Ésa no es la cuestión! ¡Esos diez minutos eran nuestros! ¡No suyos! Yo escogí la película, les hice preparar palomitas y te mandé el mensaje y entonces… —su voz se empieza a quebrar. Se frota la nariz con fuerza pero le tiemblan las manos—. Se supone que esto es una casa, Michael. Una puta casa de verdad, pero siempre pasa como en la Sala de Música —se pasa la mano por los ojos—, siempre es un show. —Se muerde el labio, intentando luchar contra las lágrimas, pero sus ojos rojos me dicen que no lo logrará—. No tenía que ser así. Cuando llegamos aquí, todo el mundo hablaba de los extras. «Oh, tendréis muchos extras. Espera a ver los extras». ¡Bueno, todavía estoy esperando! ¿Dónde están, Michael? ¿Dónde?

Vuelve la mirada por encima de cada uno de sus hombros como si buscase esos extras físicamente. Lo único que ve es un guardia de uniforme sentado en su puesto a la entrada de la sala de cine y que nos mira fijamente.

—¡Qué! —le grita Nora—. ¿Es que ya no puedo llorar en mi propia casa? —la voz se le quiebra aún más. No hace falta ser un lince para descubrir que se acerca el ataque.

Hago un gesto al guardia y le lanzo una mirada de interrogación. ¿Podemos-hablar-un-segundo? Él decide que es momento para un descanso, se levanta y desaparece tras la esquina. Por lo menos hay alguien aquí que tiene un poco de sentido común.

Mientras esperamos que desaparezca, Nora está a punto de derrumbarse. No la he visto así desde la noche que me enseñó la cicatriz. El pecho se le agita, la mandíbula le tiembla. Se muere por soltarlo al fin, por contarme cómo es de verdad. No ella, este sitio. Inspira tan profundamente como puede y luego expulsa el aire de nuevo. Hay cosas demasiado complicadas.

Se limpia la nariz con la mano, se recuesta sobre la pared y apoya el hombro contra una caja blanca de metal que parece albergar un teléfono de emergencia del Servicio Secreto.

—¿Quieres hablar de eso? —le pregunto.

Mueve la cabeza sin querer mirarme. Una y otra vez repite el movimiento. No, no, no, no, no. Su respiración está húmeda —saliva entre dientes apretados—, y con cada movimiento de cabeza el ritmo se acelera, se hace más violento. En pocos segundos, es demasiado. Apoyada aún contra la pared, levanta la mano izquierda y descarga el puño contra el yeso.

—¡Joder! —grita. La palabra resuena por el vestíbulo y como una réplica de su reacción inicial, la rabia que se convirtió en desesperación vuelve a convertirse en rabia.

—Nora…

Es demasiado tarde. Con un impulso rápido de las caderas, se separa de la pared y se aleja del teléfono. Hay un ruido ligero de algo que se desgarra. Se detiene. Se ha enganchado la camisa en un borde filoso de la caja metálica.

—¡Hijo de…! —Tira fuerte con el hombro, rabiosa por el obstáculo, y se oye un desgarro mayor. Los dos seguimos el ruido. Desde encima del hombro hasta el sobaco tiene un roto en la camisa por el que asoma el tirante de su sostén de encaje negro.

—Cálmate, Nora…

—¡Hijo de puta! —Se gira y lanza el brazo contra el lado de la caja de metal. Una vez. Otra vez y otra. Me precipito a sujetarla por detrás con un abrazo de oso.

—Por favor, Nora… el guardia volverá en seg…

Lucha contra mí, me lanza el codo izquierdo contra la mandíbula. La suelto y se escabulle. Con una rabia ciega, levanta los dos puños en el aire y pega un golpe mortal contra la caja. Pega de arriba abajo y resuena un ruido hueco de metal y la puerta de la caja salta por el aire. Dentro no hay ningún teléfono. Sólo hay una pistola, negra y brillante.

Nora y yo nos quedamos helados, sorprendidos por igual.

—¿Pero qué…?

—Reserva para casos de emergencia —aventura.

Doy unos pocos pasos atrás y observo el pasillo que empieza en la esquina. No se ve al guardia por ningún lado.

A Nora le importa un bledo. Sin mirar siquiera, alarga la mano con los ojos completamente encendidos.

—Nora, no…

Ella agarra la pistola y la arranca de su escondrijo.

Capítulo 23

—¿Qué coño haces?

—Sólo quería verla —dice, admirando la pistola en la mano.

Al final del pasillo, tapado por la esquina, oigo una puerta que se cierra. Los zapatos del guardia resuenan sobre el mármol del suelo.

—Ponía en su sitio, Nora. ¡Ahora mismo!

Señala con un gesto la sala de cine y me lanza una de sus sonrisas más hoscas.

—Si tú los retienes allí dentro, yo aprieto el gatillo. Podemos matarlos a todos, ¿sabes?

—Eso no tiene gracia. Déjala en su sitio.

—Venga… Bonny y Clyde, tú y yo. ¿Qué me dices?

Está disfrutando demasiado de esto.

—Nora…

Antes de que pueda terminar se echa atrás y lanza la pistola por el aire. A mis manos. Cuando me doy cuenta de lo que pasa, noto los brazos como con una pesa de hierro en cada lado. Hago un esfuerzo para levantarlos, y atrapo la pistola con la punta de los dedos como un niño que juega con una patata caliente.

Apenas si la sostengo tres segundos. Oh, ¡mierda! Las huellas digitales. Como oigo que el guardia se acerca, vuelvo a tirársela a Nora tan de prisa como puedo…

¡No! Y si ella no…

La atrapa, riéndose. Apenas puedo respirar. Me asomo a la esquina y veo al guardia que viene por el pasillo. Está a menos de diez metros.

—¡No más juegos de sicópata, Nora! —le susurro, luchando por mantener la voz muy baja—. Te doy tres segundos para ponerla en su sitio.

—¿Qué has dicho?

Ignoro su pregunta.

—Uno…

—¿Me estás amenazando? —pregunta con las manos en las caderas.

El guardia no puede estar a más de tres metros.

—No… yo nunca amenazo… vamos, Nora… ahora no. ¡Vuelve a dejarla ahí, por favor!

Me doy la vuelta justo cuando el guardia aparece en la esquina. Detrás de mí, oigo que Nora tose lo bastante fuerte como para tapar el ruido de la caja de metal al cerrarse.

—¿Todo en orden? —me pregunta el guardia.

Al volverme miro a Nora. Está de pie justo delante de la caja, tapándola con el cuerpo. El guardia está demasiado ocupado mirando el sostén que sigue asomando por el desgarrón de la camisa.

—Perdón —se ríe, subiéndose la manga para cubrirse el hombro. Da un paso adelante y desliza con timidez un brazo en torno a mi cintura—. Esto es lo que pasa cuando te echan a patadas de la fila de los mancos del cine. —Y antes de que yo pueda objetar algo, añade—: Nos iremos arriba.

—Buena idea —dice secamente el guardia. Sin volver a mirar, regresa a su puesto detrás de la mesa.

Al regresar hacia el corredor de la Planta Baja, con su brazo todavía rodeándome la cintura, Nora desliza el pulgar por la hebilla de mi cinturón.

—Entonces, qué es más excitante, ¿esto o trabajar en el informe de decisiones?

Convencido de que nadie puede oírnos, me aparto de prisa.

—¿Por qué tienes que hacer esto?

—¿Hacer qué? —me provoca.

—Ya lo sabes, lo de… —No, no me meteré en esto. Inspiro profundamente—. Dime sólo que la has devuelto.

Levanta la vista y se ríe. Doy un paso atrás, instintivamente. Después de cuatro años de comer con reyes y monarcas, lo único que todavía le excita es el riesgo: coge lo que amas y arriésgate a perderlo. Luz y sombras en un mismo aliento. Pero ahora… los cambios de humor empiezan a sucederse demasiado de prisa.

—Vamos, Michael —me incita—. ¿Por qué crees que yo…?

—Se acabaron los juegos, Nora. Contesta la pregunta. Dime que la has dejado en su sitio.

Llegamos a la entrada que la llevará otra vez a la Residencia, y me empuja con la muñeca.

—¿Por qué no te vas a trabajar un rato? Es evidente que estás estresado.

—Nora…

—Relax —canta. Se vuelve hacia la entrada y se dirige a la escalera—. ¿Qué iba a hacer? ¿Escondérmela en los pantalones?

—Dímelo —le digo fuerte.

Se detiene donde está y mira para atrás. La risa, la sonrisa han desaparecido.

—Creía que tú ya habías superado eso, Michael. —Nuestras miradas se cruzan y ella gana—. A ti nunca te escondería nada.

Asiento en silencio, sabiendo que por fin vuelve a estar controlada.

—Gracias… eso es lo que quería oír.

Cuando por fin termino a las cuatro menos cuarto de la mañana, estoy hecho un desastre con los ojos enrojecidos. A excepción de un descanso de veinte minutos para cenar y una sesión de diez minutos de súplicas para lograr que la Secretaría de Gabinete me alargara el plazo, he estado casi ocho horas seguidas sentado en mi silla. Nuevo récord personal. Y, sin embargo, mientras la impresora láser zumba para poner

en papel los frutos de mi labor, descubro con sorpresa que estoy perfectamente despierto. Como no sé muy bien qué hacer ni tengo humor para irme a casa, repaso distraídamente el correo que tengo sin abrir. La mayor parte es lo de siempre: recortes de prensa, avisos de reuniones, invitaciones a fiestas de despedida. Pero en la parte de abajo de la pila hay un sobre de correo interno con una caligrafía en el recuadro de dirección que me es familiar. Reconocería esa cursiva redonda en cualquier sitio.

Abro el sobre y me encuentro una nota manuscrita con una llave pegada con celo: «Para cuando hayas terminado. Habitación 11. Felicidades». Abajo del todo hay un corazón y una N. Mientras despego la llave no puedo dejar de reírme. Habitación 11. Es todavía mejor que aparcar dentro de la verja.

La placa de la puerta de la habitación 11 dice «Unidad Atlética», pero todo el mundo sabe que es mucho más que eso. La hizo construir Bob Haldeman durante el mandato de Nixon y estaba reservada sólo para los peces gordos más gordos. La sala de ejercicio del personal superior es probablemente el gimnasio privado más exclusivo del país. Menos de cincuenta personas tienen la llave. Si yo pusiera un pie dentro cualquier día normal, me asesinarían. Pero a las cuatro de la mañana y necesitando una ducha desesperadamente y siendo la víspera de mi acontecimiento profesional más importante, correré el riesgo.

Echo una última mirada al pasillo desierto y deslizo la llave en la cerradura. Se abre sin rechistar.

—¡Brigada de limpieza! —grito bien fuerte sólo para estar seguro—. ¿Hay alguien?

Nadie responde. Ya dentro, no me lleva mucho tiempo hacer el *tour*. Hay unas espalderas desvencijadas, una bicicleta estática antigua, una alfombra rodante rota y una pila informe de pesas oxidadas. Este sitio es una mierda. Pero mataría por tener pase fijo.

Después de un poco de ejercicio en la bici y quince minutos de sauna, me voy a la ducha y dejo que el agua caliente corra por encima de mí. Cada vez que logro habituarme a la temperatura, la subo un poquito más. Con los ojos cerrados y las palmas de las manos bien firmes contra los azulejos, me dejo ir entre el vapor y me relajo por completo. Todos los días deberían empezar así.

De regreso al despacho, me tumbo en el canapé pero no hay manera de dormirse. Me quedan menos de cuatro horas y sólo mi testosterona ya es como un paquete doble de Divarin. En lo único que puedo pensar es en mis primeras frases.

¿Cómo está usted, señor Presidente?

¿Cómo está usted, señor?

¿Cómo está usted, presidente Hartson?

¡Papi!, ¿me prestas dinero?

A las seis y media, mientras un sol naranja empieza a invadir el cielo de la mañana, la última versión del horario presidencial llega por el e-mail. Voy repasándolo hasta que veo lo que busco. Ahí está, en la segunda página:

«10.30 a 10.45 —Informe— Despacho Oval. Contacto del Gabinete: Michael Garrick». Mis quince minutos de fama.

En el exterior, los jardineros están rastrillando el césped y los reporteros de los programas matinales van llegando a la sala de prensa. Al otro lado de las verjas de hierro, una familia de cuatro madrugadores posa para un recuerdo en Instamatic. El flash de su cámara capta mi vista como el resplandor de un rayo. Hoy será un gran día.

Capítulo 24

—¿Nervioso? —me pregunta Lamb al verme sentado totalmente rígido al otro lado de su mesa con las palmas de las manos apoyadas en las rodillas.

—No —le respondo.

Sonríe burlón ante la mentira, pero no me lo reprocha.

—Le agradezco que me reciba —añado tan de prisa como puedo. Es el eufemismo del año. Por los salones del EAOE hay personal que mataría a cambio de unas clases particulares con el profesional mejor vestido de la Casa Blanca.

—La primera siempre es la más difícil. Después, todo sale con naturalidad.

Ya sé que tendría que escucharlo, pero mi cerebro continúa ensayando la primera frase: «Buenos días, señor Presidente. Buenos días, señor Presidente. Buenos días…».

—Recuerda simplemente una cosa —continúa Lamb—. Cuando entres allí, no saludes al Presidente. Tú entras; él te mira; tú empiezas. Todo lo demás es perder un tiempo que todos sabemos que no tiene.

Asiento con la cabeza como si lo supiera de sobra.

—Además, no te arredres ante sus reacciones. Su primera respuesta siempre será provocadora: chillará, gritará, bramará. «¿Por qué tenemos que hacer esto así?».

—No comprendo…

—Así se desahoga —explica Lamb—. Sabe que siempre se llegará a algún compromiso, pero necesita demostrarles a todos, incluido él mismo, que todavía lleva con mano firme el timón moral.

—¿Algo más?

Asiente con la cabeza con su movimiento habitual y añade:

—Sólo que no te olvides de para qué estás allí.

Otra vez me siento perdido.

—Mira, Michael, a la hora de los consejos, los hay de tres tipos: legales, morales y políticos. Lo que puedes hacer, lo que quieres hacer y lo que debes hacer. Tú estarás preparado para los primeros, pero él va a querer de los tres. En otras palabras, no puedes limitarte a entrar allí y decir: «Liquide las escuchas… es lo que corresponde hacer».

Sigo palmeando ansiosamente mis rodillas.

—Pero ¿y si eso es lo que corresponde hacer?

—Todo lo que te digo es que no te cases con una victoria; mi hígado me dice que éste es un asunto de los que dan votos.

No me gusta cómo suena eso. Pero si Lamb lo dice, será verdad.

—¿Hay alguna posibilidad de convencerlo de otra manera?

—El tiempo lo dirá —dice Lamb—. Pero yo no apostaría por ello.

Como no me queda nada que decir, me levanto para salir del despacho.

—Por cierto —añade—. He estado hablando por teléfono con el segundo de Adenauer. Tengo una reunión con él más tarde, hoy, así que confío en tener la lista definitiva de sospechosos esta tarde… mañana por la mañana como mucho.

—Estupendo —digo, intentando seguir concentrado. Estoy a punto de volver a pensar en el Despacho Oval, pero me doy cuenta de que hay algo más que tendría que decirle—. Yo tuve otra reunión con el FBI.

—Ya lo sé —dice, pensativo. Apoya ambos codos sobre la mesa—. Gracias por ponerme al día.

En momentos como éste, con aquellas bolsas bajo los ojos todavía más marcadas que de costumbre, es cuando Lawrence Lamb empieza a representar su edad real.

—¿No va muy bien, verdad? —le pregunto.

—Están empezando a elaborar teorías… lo deduzco por el modo de plantear sus preguntas.

—Me han dado el viernes como fecha tope.

Lamb me mira. Esa parte no la sabía.

—Me aseguraré de que tengamos la lista para mañana. —Y antes incluso de que pueda darle las gracias, añade—: Michael, ¿estás seguro de que ella no conoce a Vaughn?

—Eso creo…

—¡No me des opiniones! —exclama, levantando la voz—. ¿Lo crees o lo sabes?

—Pues… lo creo —repito bien consciente de que tendré la respuesta verdadera dentro de pocas horas. Es una pregunta asustada en un hombre que nunca se asusta. Pero ni siquiera Lawrence Lamb puede predecir qué hará Nora.

Cruzo hacia el Ala Oeste con quince minutos de adelanto y aunque sé que se considera de mala educación aparecer antes de hora, la verdad es que no me importa.

Entro en la pequeña sala de espera que da al Despacho Oval apretando con mano sudorosa la carpeta con el informe de tres centímetros de grueso.

—Soy Michael Garrick —digo con orgullo al acercarme a la mesa de Barbara Sandberg—. Vengo a ver al Presidente.

La secretaria personal de Hartson alza los ojos al cielo ante mí entusiasmo. Oye lo mismo todos los días.

—¿Es la primera vez? —pregunta.

Es un golpe bajo, pero es para que sepa quién manda. Barbara es una neoyorquina pequeña, eficiente, que disfruta mordiendo la patilla de sus gafas de leer y que está con el Presidente desde sus días de senador por Florida.

—Sí —respondo con una sonrisa forzada—. ¿Está cumpliendo el horario?

—No sufra —dice, animándose—. Sobrevivirá. Siéntese. Ethan lo llamará cuando

esté preparado. Coja un dulce, si quiere. Eso lo calmará.

No tengo apetito, pero aun así cojo un palillo y pincho un cuadradito del dulce que hay en un bol de cristal sobre la mesa de Barbara. Llevo dos años oyendo hablar de esto. «Oh, tienes que probar el dulce de Barbara. Es increíble». Para los peces gordos, esto es un sobreentendido para presumir de sus visitas al Presidente. Para los que estamos fuera, es un modo de llevar los chistes crueles a su nivel más crudo. Al sentarme en uno de los sillones, sin embargo, por fin conozco la respuesta. Los dulces son magníficos.

Cinco minutos más tarde tengo la boca completamente reseca a causa del dulce y trato con todas mis fuerzas de no mirar el reloj. Lo único que me hace conservar la calma es la foto ampliada que hay tras el escritorio de Barbara: una imagen espectacular del Presidente la noche en que ganó las elecciones. Está con la Primera Dama a su derecha y su hijo y Nora a la izquierda sobre un estrado de Coconut Grove. Según pasan los segundos, me centro en ella. En Nora. Está congelada a medio grito con una extraña sonrisa en la cara, un brazo alzado en el aire y el otro abrazando a su hermano por el cuello. Es la celebración de una victoria, auténtica —sin dolor, sin tristeza—, la euforia plena en los ojos. No tenía ni idea de en qué se estaba metiendo. Ni yo la tengo.

—¿Un poco más de dulce? —pregunta Barbara. Como no tengo nada más que hacer, me levanto y voy hacia su mesa. Sin embargo, antes de que llegue, mira detrás de mí y sonríe. Alguien entra.

Me giro justo a tiempo y lo veo entrar frente a mí. Mira hacia el otro lado, pero esa figura la reconocería de cualquier modo. Simon.

—Hola, preciosa —dice mientras pincha un trocito de dulce—. ¿Vamos bien de horario?

—La verdad es que bastante bien —responde Barbara—. Ya no tardará mucho.

—Buenos días, Michael —dice cogiendo el sillón en el que yo estaba. Tengo una sensación como si acabasen de darme un puñetazo en el pecho. La rabia empieza a reptar como un pulpo por detrás de mis hombros.

—Oh, vamos —responde a la expresión de mi cara—. ¿De verdad pensabas que ibas a entrar solo?

Antes de que pueda responder, me lanza una carpeta amarilla al pecho. Dentro está lo que ya le han pasado al Presidente: una copia de mi informe de decisiones, con el resumen de la Secretaría del Gabinete grapado encima. Debajo del informe, descubro algo más. El original de la carta sobre Simon que envié a la Oficina de Ética Gubernamental. No puedo creerlo: por eso no recibí las copias de declaración de bienes de Simon. La carta ni siquiera llegó a salir del edificio.

—Hay una errata en el segundo párrafo —me indica Simon, observándome atentamente—. Pensé que probablemente quisieras recuperar lo otro.

¿Cómo demonios…?

Detrás de mí oigo que se abre la puerta del Despacho Oval. Barbara me anuncia:

—Ya está listo. Pueden pasar.

Simon se va directo a la puerta, pasando por delante de mí. Yo lo sigo sintiéndome como a punto de vomitar.

—¿Qué tal ha ido? —me pregunta Pam.

Estoy de pie frente a su mesa.

—No lo sé, fue como si… —Su teléfono suena e interrumpe mi pensamiento.

—Espera un momento —dice, descolgando—. Aquí Pam. Sí. No, ya lo sé. Lo tendrá la semana próxima. Estupendo. Gracias. —Cuelga y me mira—. Perdona… decías que…

—Es difícil de explicar. Cuando apareció Simon, pen…

El teléfono vuelve a interrumpirme.

—No te preocupes, que suene —me dice Pam.

Estoy a punto de continuar cuando la veo mirar el identificador de la llamada. Conozco esa expresión de susto en su cara. Es una llamada importante.

—No importa —digo—. Cógelo.

—Sólo será un minuto —promete, mientras descuelga el auricular—. Aquí Pam. Sí, yo… ¿qué? No… no lo hará. Prometo que no. —Escucha durante un largo rato. Esto va a durar más de un minuto.

—¿Por qué no vuelvo más tarde? —le susurro.

—Lo siento muchísimo —me dice sin palabras pero tapando el auricular.

—No te preocupes. No tiene importancia.

Al salir del despacho de Pam procuro decirme a mí mismo que eso es verdad. Y al cruzar la antesala, decido llamar a Trey, que probablemente siga enfadado conmigo. Mientras voy a mi despacho, veo un par de calzoncillos blancos *Fruit-of-the-Loom* colgados del pomo. Sobre ellos, un cartelito impreso en la láser:

Bien venido a casa, Maestro del Informe.
Besos de Mariposa.
Todas tus adoradoras.

Quito los calzoncillos y abro la puerta. Dentro, todavía es peor. Encima del sillón, tapando el canapé, colgando de las lámparas y de los cuadros, por todas partes hay ropa interior masculina. Calzoncillos, eslips, hasta un taparrabos pequeño de seda. Y para rematarlo, una docena de tangas blancos forman la palabra «Mike» sobre la mesa.

—¡Saludemos todos al maestro! —exclama Trey desde su escondite detrás de la puerta. Se pone de rodillas y hace una reverencia a mis pies—. ¿Qué decís vos, oh, Maestro del Informe?

—Increíble —le digo, admirando los esfuerzos.

—Te he llenado hasta los cajones —dice muy ufano—. ¿Lo captas? ¿Cajones?

—Lo capto —digo quitando otros tres de la silla—. ¿De dónde has sacado todo esto, por cierto?

—Son míos.

—Increíble —digo, lanzándolos a través del despacho.

—Qué, ¿pensabas que iba a comprar todo esto para una broma de un día? El humor tiene su precio, muchacho. —Olfatea el aire dos veces seguidas—. Y ahora, tú lo estás pagando.

Tengo que admitir que es justo lo que necesitaba.

—Gracias, Trey.

—Sí, sí, sí, pero ahora cuéntame cómo te fue. ¿Pusiste una buena pose para la foto?

—¿Qué foto?

—Michael, por favor, que soy yo. Sabes muy bien que te sacan una foto cuando pierdes la virginidad. Y por muy asustado que estés, todo el mundo tiene siempre un ojo puesto en la cámara. Siempre.

Deja aflorar una sonrisa mínima.

—¡Lo sabía! —dice Trey entre risas—. ¡Eres más previsible que un calendario de banco! ¿Qué pusiste? ¿Mentón rígido? ¿Ojos entornados?

—¿Estás de broma? Saqué la artillería de gala: mentón rígido, labios apretados y dedo señalando el informe, para subrayar la dinámica estudiante-profesor.

—Bonito toque —asiente Trey—. ¿Eso lo convenció de lo de las grabaciones?

—Te lo explicaré de este modo: ¿sabes esa sensación que tienes justo antes de cortarte el pelo? ¿Cuando una mañana te levantas y de repente tu pelo está como una esterilla de baño? ¿Y cada día que pasa está peor? Y entonces, precisamente el día que tienes que ir a cortarte el pelo, te despiertas y por arte de magia, espontáneamente, tienes el pelo fantástico. ¿Sabes lo que te digo? ¿Como que todos tus temores no tenían motivo? —Trey asiente mientras yo hago una pausa preparando el efecto—. ¡Bueno, pues hoy no! —grito a todo pulmón—. ¡Hoy he tenido el pelo espantoso durante todo el día!

—No puede haber salido tan mal —dice Trey, riendo.

—No, fue peor que malo. Fue horrible. Trágico. Tan trágico que se aproximaba a lo poético.

—Lo poético es bueno. A todo el mundo le gusta una buena frase rimada.

—Tú no estabas allí, Trey. Ya estaba bastante nervioso por mi cuenta como para

que encima apareciera Simon. Y cuando cogió la solicitud de información financiera y me la metió por el gaznate… qué hijoputa, la guardó sólo para molestarme. Por eso no nos han mandado sus expedientes; de algún modo averiguó lo que pasaba. Y después de aquello, me descentré. Cada vez que el Presidente me hacía una pregunta, yo lo único que me parecía que podía hacer era parpadear.

—Créeme, todo el mundo se siente así ante el Presidente.

—Eso no…

—Eso es verdad; en el momento en que aparece él, ¡zas!, toda la cama meada.

Sigue sin convencerme, pero tengo que sonreír.

—Si tú lo dices…

—Sabes perfectamente que es verdad. Con el Presidente no hay nada pequeño, y cuando te hace una pregunta, quieres saberte la respuesta. Ahora cuéntame qué más pasó. ¿Conseguiste birlar algo gracioso? ¿Lápices? ¿Plumas? ¿Camisetas de tengo-poder-presidencial-corriendo-por-mis-venas?

—No tanto —digo, sentándome—. Sólo esto… —Meto la mano en el bolsillo y saco un par de gemelos con el sello presidencial.

—No me digas que…

—Se los quitó de su propia camisa. Creo que fue su manera de tranquilizarme.

—¿Tranquilizarte? Zopenco, ¡has conseguido los gemelos del gran jefazo! ¡Tiene que haberle gustado lo que le dijiste!

—Ya lo veremos cuando tome su decisión. Deben de estar votando en estos mom…

El timbre del teléfono me interrumpe. El identificador de llamadas dice llamada externa. Podría ser ésta.

—¿No vas a cogerlo? —pregunta Trey.

—Aquí Michael —contesto.

—Qué, ¿te preguntó por nosotros? —dice Nora con una carcajada.

—¿Qué quieres decir?

—Papá. ¿Te preguntó si me metías mano?

—Esa cuestión decidió no tocarla —digo, preguntándome todavía cómo pudo Simon descubrir lo de mi solicitud—. Probablemente ya tenía razones suficientes para odiarme.

—Estoy segura de que lo hiciste muy bien. Te regaló unos gemelos, ¿verdad?

—¿Cómo lo…?

—Salvo que seas un incompetente total, se los da a todo el mundo el día del primer informe. Tiene docenas en el cajón. Nixon solía hacer lo mismo. Una historia para contar a tus hijos.

Cojo los gemelos y me los vuelvo a guardar en el bolsillo. Sin saber muy bien qué más decir, me siento aliviado al ver la luce-cita roja que me indica que hay una

llamada en espera.

—Espera un momento —digo a Nora; paso a la otra línea sin comprobar siquiera quién llama; ha sido una equivocación—. Aquí Michael.

—Buen trabajo, hoy —dice una voz grave. Es Simon.

—Gr-gracias.

—Lo digo en serio, Michael. Al principio tropezaste un poco, pero ahora creo que aprendiste la lección. ¿Tengo razón?

Me está preguntando si voy a dejar las cosas como están. Después de oír que empujó a Adenauer contra mí, es evidente qué alternativa me queda. Aun así, hay algo que no sabe. Si supiera que tengo que ver a Vaughn, diría algo. Lo que significa una de estas dos cosas: o Vaughn tiene realmente algo que ofrecer, o está preparando una trampa bien jodida.

—Sí —vacilo—. Aprendí la lección.

—Bien. Entonces hablemos de las grabaciones.

—Espere un momento. —Pulso una tecla para volver con Nora—. Oye, tengo prisa, es Simon.

—¿Pero qué…?

Demasiado tarde. Ya no estoy.

—¿Qué decía de las grabaciones…? —pregunto tras volver a pulsar.

—Fue francamente interesante —me responde—. Cuando tú te marchaste, me fui hasta la Sala Roosevelt para la votación preliminar. El problema era que el FBI, Justicia, hasta los chicos de la policía, todos estaban en contra de nosotros.

No me gusta nada cómo dice «nosotros».

—¿Entonces qué pasó?

—Justo lo que te acabo de decir. —Y, refiriéndose al jefe de Gabinete, me explica —: Cuando Wesley terminó de contar los votos, me mira y dice: «Siete a dos. Habéis perdido». Y muy orgulloso de sí mismo, va a decírselo a Hartson. A los diez minutos, vuelve. Y dice mirándome a mí: «Acabo de hablar con el Presidente. Ahora los votos son siete a tres. Habéis ganado».

Tardo un minuto en asimilarlo. Hasta que, de repente, lo entiendo.

—¿Gané yo?

—Ganamos nosotros —replica Simon—. Hartson dijo que era lo correcto. Considéralo un regalo. —Y lo que oigo a continuación es un clic. Ha colgado.

—¿Has ganado? —pregunta Trey.

Sigo sin habla.

—Venga, Michael, te doy treinta segundos para… ¡coño!, la hora. Miro el reloj y echo a correr hacia la puerta, gritándole a Trey hacia atrás:

—¡Ganamos! ¡Hartson la hizo pasar!

—¿Entonces dónde vas ahora? ¿A celebrar la victoria?

—Llego tarde a ver a Vaughn.

Trey se levanta de su asiento y viene detrás de mí.

—¿Estás seguro de que no quieres que…?

—No. No con el FBI espiando.

Los ojos de Trey se entrecierran.

—¿Qué? —pregunto—. ¿Ahora crees que no tengo que ir?

—No, pero después de lo que pasó en el museo, me parece que deberías llevar refuerzos.

—Agradezco tu ofrecimiento, pero no… ni hablar. —No pienso ponerlo en peligro. AI oír mis palabras, tiene una expresión molesta, casi dolida en la cara. Lo conozco desde hace suficiente tiempo como para saber lo que está pensando—. Piensas que me salgo de mi liga, ¿verdad?

—¿Quieres saber lo que pienso? —Da una palmada con la mano abierta sobre mi mesa. Luego cierra la mano para pegar con los nudillos. Después otra vez con la palma. Luego otra vez los nudillos. Palma, nudillos, palma, nudillos, palma, nudillos —. Pez fuera del agua.

—Muchas gracias por esa maravillosa imitación de un mimo, pero todo irá bien.

—¿Y si es una emboscada? Estarás completamente solo.

—No es una emboscada —insisto al abrir la puerta—. Esta vez tengo una corazonada.

Bajo corriendo la escalera del EAOE nadando a contracorriente del aluvión de colegas que vuelven de almorzar. Ya fuera de la verja, regateo y empujo entre la masa abriéndome paso hacia la calle Diecisiete. No tengo tiempo de esperar el metro. «¡Taxi!», grito levantando el brazo en el aire. Los dos primeros taxis pasan de largo. Salgo a la calzada agitando la mano. «¡Taxi!».

Un coche verde esmeralda toca la bocina y se para en seco delante de mí. Cuando estoy a punto de entrar, oigo que alguien grita mi nombre:

—¡Michael!

Levanto la vista y veo a una mujer de pelo muy negro que se abre paso hacia mí. Miro la tarjeta de identidad que lleva al cuello. Es la primera reacción de todos: observar la plaquita. No me gusta lo que veo. Su tarjeta tiene el fondo marrón. Prensa.

—Es usted Michael Garrick, ¿verdad? —me pregunta.

—Y usted es…

—Inez Cotigliano —dice, tendiéndome la mano—. Me puse en contacto con usted…

—Recibí su mensaje. Y su e-mail.

—«Pero todavía no he podido contestarlos» —bromea—. Va usted a herir mis

sentimientos.

—No se lo tome como algo personal. He estado muy ocupado.

—Eso tengo entendido. Según el orden del día, hoy tenía que informar. ¿Qué tal le ha ido?

La típica periodista: preguntas y más preguntas. Decido darle lo típico de la Casa Blanca: nada, pero nada.

—No quiero ser grosero, pero ya sabe cuál es el método, llame a la Oficina de Prensa.

Cierro la puerta del taxi e Inez se inclina sobre la ventanilla. Lleva apretados contra el pecho una tablilla y una carpeta de expedientes. El rótulo de la carpeta dice «SETV». Baja la vista para ver qué estoy mirando. Entonces sonríe.

—Lo que le dije era verdad, Michael. Seguimos interesados. Y de ese modo, podrá dar su versión de la historia.

No soy tan idiota.

—Si alguien quiere que le proporcione una buena frase para citar, está apostando por el caballo equivocado.

—¿Sería más fácil si ofreciéramos algún incentivo económico?

—¿Desde cuándo el *Post* paga por una historia?

—No paga —contraataca—. Esto es sólo entre nosotros… considérelo mi manera de darle las gracias.

—¿Usted no lo entiende, verdad? —le pregunto, moviendo la cabeza—. Hay cosas que no están en venta.

Riéndose para sus adentros, me lanza una sonrisa de incredulidad.

—Lo que usted diga —replica mientras el coche empieza a alejarse de ella—. Aunque yo no estaría tan seguro de eso.

Diez minutos más tarde estoy rodeado de niños. Gordos, callados, gritones, incluso uno con un chándal verde bosque que se agarra la entrepierna con cierta furia. El Zoo Nacional se encuentra justo al final de la avenida de Connecticut y es sin duda una de las mejores atracciones familiares de la ciudad, último hogar de *Hsing-Hsing*, el famosísimo panda de Nixon. También es uno de los peores lugares para tener un encuentro discreto. Yo soy un traje oscuro de raya diplomática en medio de un océano arco iris de camisetas y cámaras de vídeo que recorre arriba y abajo el pavimento de hormigón del paseo orlado de bancos por el que el público entra al zoo. Si estuviera en llamas, no destacaría más. Tal vez ésa sea la esperanza de Vaughn, que si viene el FBI, les resulte igual de difícil ocultarse. Tomando esa teoría, trato de avizorar gente sin niños. Hay dos adultos jóvenes junto al carrito de helados. Y una mujer sola que se baja de un taxi.

—¡Palomitas! —canturrea alguien detrás de mí. Me giro rápidamente,

sobresaltado. Tengo delante un chaval de dieciocho años con dos cajas de palomitas de rayas rojas y blancas en cada mano—. ¡Palomitaas! —anuncia, arrastrando la última sílaba.

—No, gracias —le digo.

Sin inmutarse, se va al siguiente turista.

—¡Paalomitaas!

Con la esperanza de ahogar el sonsonete de los vendedores y al mismo tiempo tener una mejor panorámica de la zona, acabo dirigiéndome a uno de los bancos de madera cercanos. Estoy a punto de sentarme cuando descubro un cartelito rojo y blanco: «Zona vigilada por cámaras de seguridad». Instintivamente miro los árboles tratando de descubrir las cámaras. No las veo por ningún sitio. Pero eso no importa, están ahí. Vigilándome. Vigilándonos. Seas quien seas, Vaughn, rezo para que sepas lo que haces.

Media hora después sigo sentado en el mismo banco de madera, estudiando a la multitud. No lleva mucho tiempo descubrir la secuencia. Familia dentro, familia fuera. Familia dentro, familia fuera. Pero a través del flujo constante de la gente, hay algo fijo: «Paalomitas, paalomitas», una y otra vez la irritante cantinela. «Paalomitas… paalomitas».

—Déme una —dice una voz grave.

Levanto la vista pero está mirando para el otro lado. Es un hombre alto con vaqueros oscuros y un polo rojo vivo. Le da un dólar al chico y coge una caja de palomitas. Sin decir palabra, se ajusta las gafas de sol y se dirige a un banco del otro lado del paseo. No estoy seguro de qué —tal vez el hecho de que esté solo; tal vez mi propia paranoia—, pero algo me dice que lo vigile. Pero cuando estoy a punto de mirarlo bien por primera vez, alguien se para delante de mí y me tapa la vista.

—¡Paalomitas! —canta el chaval, poniéndome una caja roja y blanca delante de la cara.

—¡Quítate de en medio! —le grito.

No se da por aludido, y continúa:

—¡Paalomitas! ¡Paaat Vaaaughn!

Contraataco rápidamente.

—¿Qué acabas de decir?

—¡Paalomitas!

Se hace a un lado y miro al otro lado del paseo. El hombre de la camisa roja se ha ido. Me vuelvo hacia el chico y le pregunto:

—¿Era…?

—Paalomitas… Paaalo… —dice enseñándome su última caja de rayas rojas y blancas.

—Dámela.

Un dólar después, el chico se ha ido y me quedo solo en el banco. Siento tentaciones de mirar hacia atrás, pero es más importante aparentar calma. Con tanta indiferencia como puedo, abro la caja. Dentro apenas hay palomitas, sólo una nota manuscrita pegada dentro. Tengo que inclinar la caja para poder leerla: «Pub Las Cuatro Pes. Tres manzanas al norte. Junto al Up Town».

Cierro la caja, no puedo vencer a mi instinto y observo para ver quién me está mirando. Que yo pueda decir, no hay nadie. Una rápida inspección del paseo me indica que todo está normal. Familia dentro, familia fuera. Familia dentro, familia fuera. Mientras continúa el desfile de sonrisas, echo a andar de vuelta hacia la avenida de Connecticut y paso ante el carrito de palomitas. «¡Paalomitas!». Ya con la mercancía repuesta, el chico ni siquiera me mira. Lo que hace es volver a meterse entre la multitud. Y yo empiezo a recorrer las tres manzanas de la calle.

Trato de mantener el paso más vivo posible manteniéndome en el lado de la sombra de la avenida de Connecticut. A esta velocidad, si alguien me sigue sería fácil descubrirlo. Aun así, mis ojos saltan de cada coche estacionado a cada árbol y a cada escaparate. Todo me parece sospechoso. Veo que una mujer viene corriendo en mi dirección con un labrador negro. Cuando está a punto de cruzarse conmigo, salgo a la calzada y miro a otro lado. No quiero correr riesgos; mientras mantenga la cabeza hacia abajo, no podrá sacarme una foto. Cuando ha desaparecido, vuelvo a la acera.

A lo lejos ya puedo ver el rótulo de neón rojo del Up Town, el cine antiguo más grande de la ciudad y el edificio más popular del barrio. A su izquierda, media docena de tiendas y restaurantes luchan por llamar la atención. Pero aplastadas por el Up Town, raramente logran que vuelvan a mirarlas. Hoy, sin embargo, hay una que sobresale: Restaurante y Pub Las Cuatro Provincias de Irlanda.

Bajo el letrero verde y rojo ya ajado, echo un vistazo rápido por la manzana. Todo cuadra, no hay caquis ni polos a la vista; ningún coche de los de alrededor lleva matrícula oficial. Paseo la vista incluso por el tejado del Up Town. Que yo vea, nadie saca fotos. Me dirijo a la entrada. Sé que ya está. Es hora de conocer al señor Vaughn.

En cuanto abro la puerta, un tufo de bar me golpea en toda la cara. Me recuerda inmediatamente la primera noche con Nora. En el interior, todo está dispuesto como en un auténtico pub irlandés, dieciséis o veinte mesas, algunos apliques enmarcados de cristales emplomados a la irlandesa, y una vieja barra de roble a lo largo de la pared del fondo. Para mi sorpresa, aquello está atestado. Hay un tipo con uniforme de cartero. Otro con el de Federal Express. El sitio me gusta. Nada de turistas. Sólo gente del barrio.

—Siéntese en la barra —me dice una camarera al pasar veloz junto a mí—. Tendré una mesa dentro de un momento.

Sigo sus instrucciones, me encaramo a un taburete y observo la clientela de la hora del almuerzo. Nada demasiado sospechoso.

—¿Cómo le va? —pregunta el barman mientras sirve un par de sodas.

—Muy bien —digo—. ¿Y a usted?

Antes de que me responda oigo una puerta al fondo a mi derecha abrirse con ruido. Siguiendo el sonido veo salir del servicio de caballeros a un tipo musculoso que lleva una camiseta negra gastada. Tiene un grueso entrecejo de Neanderthal que pone a prueba el darwinismo. Concentrado en los resultados de apuestas de su periódico doblado, el tipo parece sobresaltarse cuando levanta la vista y me descubre.

—¿Qué estás mirando, muñeco? —pregunta con un fuerte acento de Brooklyn.

—No, no, nada —le respondo—. Nada.

Se encoge de hombros y se va hacia su mesa de la esquina.

—¿Dónde coño está mi sandwich? —le pregunta a la camarera.

—No me atosigues —le advierte ella—. Dentro están hasta arriba.

Convencido de que la camarera le escupirá en la comida, me conformo con dejarlo estudiar sus resultados de carreras. Pero justo cuando voy a apartar la vista, veo que vuelve a dejar el periódico doblado sobre la mesa. Lo hace con un ruido sordo poco corriente. Y entonces lo veo. Hay algo escondido dentro del periódico. Una punta asoma por la parte de arriba. Como un grueso rotulador negro. O el extremo de la antena de un walkie-talkie. Un escalofrío me recorre la espalda. Hijo de puta. Ese tío es del FBI.

Aparto la mirada tan rápido como puedo, pretendiendo no haber visto nada. En ese mismo momento, la puerta de la calle se abre lanzando un flash de sol al interior del bar oscuro. Cuando se cierra, hay una persona allí de pie. El individuo de la camisa roja que compró las palomitas. Las gafas de sol lo delatan. Más FBI. En cualquier momento, Vaughn entrará por esa puerta. Y en el momento en que lo haga, tendremos alrededor de nosotros a todos los agentes que hay en el local.

Pienso a toda prisa. El tipo de la camisa roja viene hacia mí. Me guste o no, tengo que abortar esta reunión. Tan de prisa como puedo, salto del taburete y me dirijo hacia la puerta. El agente del walkie-talkie se pone de pie en el mismo momento, haciendo chirriar la silla sobre el suelo salpicado de cerveza. Uno frente a mí y otro a mi derecha. Ambos moviéndose, por si acaso echo a correr. Pero por muy rápido que sea, no podré perderlos si no los distraigo. Señalo al agente del walkie-talkie y grito a todo pulmón, dando por hecho que Vaughn me oirá:

—¡El FBI! ¡Ése es del FBI!

Por instinto, el agente hace exactamente lo que yo esperaba que hiciera. Saca la pistola. No hace falta más. Caos inmediato. Todo el mundo grita. Los dos agentes son atropellados por la gente en su loca carrera hacia la puerta. Estoy a punto de unirme a ellos cuando siento que alguien me coge por detrás del cuello de la camisa. Antes de

que pueda darme cuenta de lo que pasa, me lanza contra las puertas de vaivén de la cocina. Aterrizo en el suelo delante del refrigerador industrial. Me pongo en pie a trompicones y rápidamente miro a mi atacante. Es el barman.

—¿Pero qué…?

Me agarra del nudo de la corbata y me arrastra hasta el fondo de la cocina. Intento resistirme pero no consigo enderezarme. A manotazos, voy derribando cazos y sartenes de las encimeras.

—Perdona, chaval —dice. Con un movimiento rápido, abre la puerta trasera de una patada y me lanza al callejón que está detrás del restaurante.

Al otro lado del callejón se abre la puerta del edificio de al lado.

—¡Aquí! —grita alguien con acento de Boston.

Voy cojeando y todavía lucho por recuperar el aliento. Una vez dentro, veo que estoy en un pasillo gris y astroso que tiene todo el encanto de un sótano sin terminar. Una única luz fluorescente parpadea en lo alto. Al fondo oigo el murmullo de dos personas que hablan. Como una película. Al otro extremo del pasillo hay una puerta metálica. A juzgar por la situación, estoy en la salida de emergencia del Up Town. Apoyo la espalda contra la pared y me dejo resbalar lentamente hasta el suelo.

—¿Nos divertimos? —me pregunta mi anfitrión.

En cuanto alzo la vista reconozco al hombre de la foto policial. Por fin. Vaughn.

Saca una pistola y me apoya el cañón en el centro de la frente.

—Tienes exactamente tres segundos para decirme por qué mataste a Caroline Penzler.

Capítulo 25

—¿Qué demonios pasa aquí? —pregunto.

—Uno…

—¿Está chiflado?

—Dos…

—¡Yo no la maté! —grito al ver que amartilla el arma—. ¡Juro que yo no la maté! ¿Por qué…?

—¡Tres! —exclama—. Lo siento mucho, Michael.

Tensa el dedo y cierro los ojos con fuerza.

—¡Nofuiyo! ¡Nofuiyo! ¡Juro que nofuiyo! —chillo.

Aprieta el gatillo, pero no suena el disparo. Sólo un clic vacío. Abro los ojos. Estaba descargada. Vaughn se inclina sobre mí, estudiando mi reacción.

—¿Está usted loco? —exclamo. El pecho se me agita y el sudor me corre por la cara.

—Tenía que verlo por mí mismo —dice metiéndose la pistola por detrás, en los pantalones.

—¿Ver qué?

No contesta, pero fuera cual fuese el examen, lo he aprobado. O eso creo.

Vaughn ya no lleva el bigotito fino y el pelo para atrás de la foto policial. Ahora es un figurín. Pelo bien cortado, gafas de Gucci, y una preciosa camisa de seda ligeramente arrugada. También los pantalones parecen caros, pero están un poco demasiado arrugados. Como si los hubiera llevado demasiado tiempo. O hubiera dormido con ellos.

—Perdona este cristo, tío —dice como si nada hubiera pasado. Se señala la ropa y muestra una sonrisa llena de dientes—. Las cosas están un poco crudas desde que estoy… circulando.

—¿Qué quiere decir, huido? —pregunto.

—Lo has pillado —me confirma—. ¿Por qué llegas tan tarde?

—Hable con sus socios de las palomitas… esos chicos me han tenido media hora esperando.

—No, no, no —dice con pleno acento de Boston—. Yo no vendo a críos. Nunca.

—¡Oh!, ¿así que es usted uno de esos traficantes con principios?

—Escucha, enano, si alguna chavala de colegio de niños ricos quiere meterse la pasta de papito por la nariz, no lo pienso ni un segundo. Después de todos esos años de embutirnos la pipa de la paz por el barrio, pienso que ya estamos en paz.

—Es usted realmente humanitario.

—Una mierda, tío. Tú trabajas en la Casa Blanca, ¿quién te crees que está poniendo más veneno en la calle, tú o yo?

Me niego a contestar.

—No te hace gracia que te juzguen ahora, ¿eh? —me dice Vaughn—. Además, si empiezas a contar los puntos, tú tendrías que darme las gracias a mí.

—¿Las gracias? —pregunto—. ¿Por qué tendría que darle las gracias? ¿Por tenderme una trampa? ¿Por colarse allí usando mi nombre? ¿Por matar a Caroline Penzler y comportarse como si fuera yo el que…?

—Quieto ahí, guapito. No me cargues a mí esa mierda.

—¿Me está diciendo que no estuvo en el edificio?

—No, sí que estuve. Estuve una hora entera por los pasillos. Pero nunca le puse un dedo encima a esa tía, ni siquiera anduve cerca.

—¿Qué me está diciendo?

—¿Ahora estás sordo? Mira, escucha, tío: yo no sé un carajo de esa señora. No la he visto en la puta vida.

—¿Y qué pasa con Simon? ¿Lo ha visto alguna vez?

—¿Qué Simon?

—Vamos, Vaughn, ya sabe quién es.

—¿Me estás llamando mentiroso?

—Lo único que digo… —empiezo tras una pausa.

—Lo único que dices es que digo mentiras de mierda —me interrumpe—; eso te lo veo detrás del pescuezo. Será mejor que te arregles las gafas, chaval… sólo quiero darte un poco de conversación.

—Oh, así que primero me pone una pistola en la cabeza y ahora quiere animarme a que hagamos el programa de Oprah Winfrey.

—No me gusta ese tono.

—No tengo ningún tono. Sólo sé que lleva dos semanas haciéndome correr de aquí para allá. Museo del Holocausto, chicos con papelitos, matones de bar… estoy harto de estos juegos de espía contra espía. Así que olvídese del numerito del tipo duro y dígame qué demonios está pasando con…

Me agarra por la pechera de la camisa y me lanza contra la pared de hormigón.

—¿No te he dicho que no levantes la voz? ¿Eh, chaval? ¿Qué te he dicho?

—Me dijo que no le gustaba.

—¡Claro que no me gusta, cojones! —me grita en la cara—. ¿Crees que esto sólo va contigo? Mierda, tío, tú por lo menos duermes en casita, yo tengo que andar por los refugios de Washington.

—Usted se preparó la cama, duerma en ella.

—¡Qué coño me iba a preparar yo! ¡Ellos me tiraron allí! —Me suelta la camisa y da un paso atrás—. Igual que te han tirado a ti.

Escudriño sus ojos en busca de una mentira. Y él sabe que no la veo.

—¿Todo esto es en serio, verdad?

—¿Iba a andar escondiéndome, si no? Esos hijos de puta del FBI destrozaron mi vida, arruinaron mi negocio… Yo no he visto a ese tal Simon en la vida.

Sin saber bien cómo responder, miro a otro lado.

—¿Qué? —pregunta—. ¿Crees que eso también es un camelo?

No puedo evitar cierta vacilación.

—Para ser sincero, no sé qué pensar.

—Bueno, mendruguillo, pues ya somos dos.

Vuelvo a mirar la camisa desplanchada y los pantalones arrugados. Hay cosas que no se pueden esconder.

—¿Entonces no pretendía tenderme una trampa?

—¿A ti te parece que soy Jack Ruby? —mueve la cabeza y se pone las manos en las caderas—. La única razón por la que fui a ese edificio es que mi hombre, Morty, tenía trabajo. Tenía algo cociéndose por el sureste, así que me pidió que le hiciera el favor.

—¿Ese Morty trabaja para usted?

—Qué va, es un…, ¿cómo lo diría?, un colega, un contratista independiente.

—Traficante de drogas.

—Se dedica a la farmacia. De todos modos, me pidió que hiciera una entrega por él, yo no tenía nada en marcha, así que le dije que vale. Pero claro, cuando supe dónde era, casi me da un infarto, ¿sabes lo que te digo? Es que, bueno, es de tontos, justo al lado de la Casa Blanca.

—¿Pero lo hizo de todos modos?

—Morty me ponía tres de a cien en la mano. Por esa pasta, le daría una patada en el culo a Hartson. Además, Morty me dijo que tú eras uno de sus fijos.

—No he visto a ese tipo en…

—Sólo te estoy diciendo lo que me dijo. Me dijo que tú eras uno de esos sabelotodos del Presidente y que te iba el perico… y que si no te hacían tu visitita semanal llamabas al Comité de Defensa. Según Morty, yo no tenía más que ir al mostrador de la entrada y dar tu nombre. Cuando tú me dieses el pase, tenía que subir al segundo piso y andar por los pasillos hasta que me encontrases. Me dijo que tenías un horario tan ocupado que no podías decir una hora exacta… el rollo del Presidente y todo eso. Tenía que haberme dado cuenta de que esa mierda me traería mal rollo en cuanto lo oí.

—¿Y qué hay de la persona que lo autorizó a entrar? ¿Quién fue?

—Pensé que habías sido tú.

—¡No fui yo! —insisto—. Simplemente, utilizaron mi nombre por telef…

—Tranquilo, chaval… yo sólo te cuento lo que pasó. Le dije al guardia que teníamos una reunión; y el pase de invitados estaba esperando por mí. Ahora que lo pienso, estaba claro que no era mi mejor día.

Asiento con la cabeza y de pronto me acuerdo de mi padre.

—¿Entonces lo único que hizo fue pasarse una hora dando vueltas por el pasillo?

—Eso fue lo que hice por la paga. Como tú no aparecías, me largué. Y lo siguiente que me dicen es que esa pájara, la tal Caroline, está muerta y que el FBI anda metiendo las narices por mi casa y sonsacando a los vecinos. Mi prima la de la puerta dé enfrente dice que le dijeron dos nombres, la mujer que acababa de morir y un primo de nombre Michael Garrick. En cuanto oí eso, me largué… olía a trampa a la legua.

Me cubro los ojos con la mano, me froto las sienes para asimilar todo esto. Si Vaughn no era la persona que vi en el bar con Simon, tenía que ser ese tal Morty. Con ése era con quien trabajaba Simon.

—¿De verdad pensabas que la maté yo? —pregunta Vaughn. Me quedo callado.

—Vale —dice—. No me ofendes. Yo pensé lo mismo de ti.

—¿Qué?

—Lo que oyes. Pensé que tú y Morty lo preparasteis. Yo entro allí, tú matas a la mujer; yo me como el marrón.

Casi me dan ganas de reír.

—Ya se lo he dicho, yo no he matado a nadie. Lo tiene todo confundido.

—Entonces, ¿por qué no me lo vas explicando bien clarito?

Lo pienso un segundo, pero decido no contestar.

—Oh, es mejor que no tires de la cuerda —dice Vaughn—. ¿Es así como juegas tú? Tú puedes oír mi parte, pero yo no puedo oír la tuya.

Vuelvo a quedarme callado.

—Escucha, Garrick, mi gente se la ha jugado para llegar hasta ti, lo menos que puedes hacer es contarme cómo te liaron.

—¿Por qué, para poder utilizarlo contra mí? No quiero ofenderlo, pero ya he hecho bastantes estupideces esta semana.

—¿Sigues emperrado en eso? Porque si ésa es la cosa, tus estupideces acaban de empezar.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Tú eres el del gran cerebro, utilízalo. Si yo fuera de verdad el malo de la película, ¿para qué iba a perder todo este tiempo intentando trincarte?

—¿Está de broma? Pues para tenderme una trampa.

Echa una mirada por el corredor vacío en el que estamos.

—¿Tú ves a alguien tendiéndote una trampa?

—Eso no demuestra nada.

—Muy bien, así que quieres una prueba. A ver qué te parece ésta: si yo estuve en aquel edificio para matar a alguien, ¿de verdad piensas que estoy tan tarado como para usar mi nombre de verdad?

—Lo usó para un asunto de drogas, ¿no?

—Eso es distinto y tú lo sabes —dice, poniendo los ojos en blanco.

—No a mí…

—¡Déjame de mierdas de abogado! —grita, molesto con mi desafío—. Si yo quiero matar a alguien, lo mato. Eso entra en la faena. Pero te estoy diciendo bien claro que a esa tía, no.

—¿Y se supone que con eso tengo que convencerme?

—Qué coño más quieres que… —Se interrumpe y aprieta la mandíbula. Y allí permanece de pie al menos un minuto, bullendo. Buscando una explicación convincente. Finalmente, me mira—. Contéstame a esto, enano. Si yo la maté y quiero cargártela a ti, ¿por qué iba a querer ligar mi nombre al del tío que sé que será el sospechoso número uno?

Ahí está la cuestión. La misma que me ha traído hasta aquí.

—Estoy esperando… sí, tío, estoy esperando aquí sentado.

El problema es que, incluso con toda esta nueva información, yo no consigo dar con una sola buena respuesta.

—Tú sabes que a mí me tienen enfilado. Lo sabes muy bien.

Otra vez no le respondo más que con silencio.

—Dime qué pasó… ya calcularé yo qué tienen en marcha —me ofrece, repentinamente suave—. ¿Tenía algo que ver con ese tal Simon? Porque, quienquiera que sea, sabían lo que se hacían y sabían cómo colgar un muerto. A nosotros dos.

Vuelvo a mirar a Vaughn. Este tipo es listo, y aunque no quiero admitirlo, puede que tenga razón.

—Si le cuento una cosa…

—¿A quién se lo voy a contar? ¿A la policía? No te arrugues… tu secreto está a salvo.

—Sí… puede ser.

Como no tengo nada que perder, me paso los diez minutos siguientes explicándole lo que sucedió, desde ver a Simon en el bar a encontrar el dinero y la fecha límite del viernes que me dio Adenauer. Sólo dejo fuera la parte de Nora. Cuando termino, Vaughn suelta una carcajada atronadora, profunda.

—Coño, chaval —dice tapándose el brillo blanco de los dientes—. Y pensaba que yo estaba jodido.

—No tiene gracia… lo que está en juego es mi cabeza.

—Y la mía —dice—. Y la mía también.

Al decirlo se da una palmada en la cabeza. La semana pasada yo daba por hecho que Vaughn era la pieza que faltaba. Que cuando por fin nos reuniésemos, todo cobraría sentido. Pero tras oír su historia… no puedo dejar de pensar que vuelvo a estar donde empecé.

—¿Y entonces qué coño hacemos ahora? —pregunta.

Me doy cuenta de que me quedan menos de cuarenta y ocho horas para que todo salga a la luz y vuelvo a apoyar la espalda contra la pared, sintiendo de nuevo cómo voy resbalando hasta el suelo.

—No tengo ni idea.

—Nanay, ni hablar —dice interpretando mi expresión—. No es momento de venirse abajo.

Tiene razón. Recomponerse. Me aparto de la pared y busco un asidero. Tiene que haber uno en algún sitio.

—¿Y qué me dice de su colega Morty? Fue él quien nos tendió la trampa.

—Morty no tiene muchas ganas de hablar últimamente.

—¿A qué se refiere?

—Sus vecinos olieron la peste el fin de semana pasado. Cuando el portero le dio una patada a la puerta se encontraron a Morty boca abajo, encima de la alfombra blanca de lana. Degollado con una cuerda de piano.

Miro inquieto a Vaughn.

—No sería…

—¿Tanta pinta de matado crees que tengo?

—No quería decir…

—Vaya que sí… Esa idea te saltó al coco tal que así. «Seguro que es tan tonto como para usar dos veces el truco de la cuerda de piano». Tal que yo soy un trozo de mierda, un tonto del culo arrastrado para tus holgazanes de universidad de pago.

—Yo fui a la escuela pública.

—No me importa donde fuiste —me replica—. A mí eso me da igual, no como a ti.

—¿Pero a qué…?

—Yo te he buscado a ti, Michael. Y no te olvides de dónde vienes.

—No sé de qué me habla.

—Te he escuchado el rollo de pe a pa.

—¡Poniéndome una pistola en la cabeza!

—Déjate de historias. Yo no te apreté con Simon ni hice preguntas sobre Caroline. En cuanto vi tus ojos ya vi el miedo y supe que decías la verdad. Así que puede que yo no sea un cerebro como tus colegas, pero si estoy lo bastante loco como para tragarme el rollo que me quieres vender, espero que me devuelvas el favor y me concedas el puto beneficio de la duda.

—No pretendía juzgarlo, Vaughn, sólo es que el modo de… —Me interrumpo. Un pie en la boca ya me basta—. ¿Por qué no nos limitamos a analizar otra vez el tema?

—Sí… vale.

Aparta la mirada y se mete las manos en los bolsillos. Y en ese momento comprendo finalmente que está pensando. No lo veo en sus ojos. Es en la inclinación de su postura y la tensión de la mandíbula. Nunca lo dirá, tiene que pensar en su imagen de tipo duro. Pero después, he visto mi cuota de miedo. Sabe que si lo cogen se le van a echar encima. No habrá abogado de moda para protegerlo. No hay más recursos que la camisa desplanchada sobre la espalda.

—¿Entonces adonde nos lleva eso? —pregunto.

—Pues a meter el dedo directamente en el ojo del que nos lo haya hecho. En cuanto encontremos a ese mamón, le voy a dar…

—Prueba garantizada de que es usted el asesino que dicen que es. Sin ofender, piense un poco. Necesitamos pruebas mejores que eso.

—¿Y qué sabemos de dónde estaba Simon cuando apiolaron a Caroline? ¿Algún resquicio por ahí?

La pregunta me pilla con la guardia baja.

—¿Si tiene coartada? Pues… no lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes?

—No me molesté en preguntar. Hasta ahora, pensaba que el asesino era usted. Me figuré que Simon lo había organizado y que dejó para usted el trabajo sucio.

—Pero si no fui yo…

—No es mala idea —digo, entusiasmado, mientras mi voz se acelera—. Tendríamos que descubrir dónde estaba.

—Y con quién.

—¿Cree que alguien lo ayudó? —pregunto.

—No sé. Pero ¿cómo, si no, el señor abogado-del-Presidente iba a conocer a esos traficas de barrio?

Para eso no hay respuesta fácil, pero yo no quiero creerlo. Aun así, no puedo limitarme a pretender que ella no existe. Al fondo se oye sonar una canción. Si la película está a punto de acabar, no nos queda mucho tiempo. Me vuelvo hacia Vaughn antes de decidirme a decirlo.

—¿Puedo hacerle una pregunta sobre otro tema? —pregunto.

—Venga.

—¿Ha vendido alguna vez drogas a alguien de la Primera Familia?

Arquea una ceja lo suficiente como para preocuparme.

—¿Por qué?

Comprendo inmediatamente que estoy en dificultades.

—Conteste simplemente la pregunta.

—Personalmente, yo nunca he visto a Nora, pero he oído comentarios en voz baja. Al parecer, es una putita medio loca.

Por debajo de la puerta de metal veo que se encienden las luces del teatro.

—Ésta es la señal —dice Vaughn—. Salir con el público. —Cuando vamos hacia la puerta, añade—: ¿Cree que ella tiene algún papel en todo esto?

—No. En absoluto.

Asiente con la cabeza. Por algún motivo, me deja que me salga con la mía en esto. Al verlo avanzar, me fijo en el bamboleo chulesco de sus andares.

—¿Cree que realmente tenemos alguna posibilidad? —pregunto.

—Fíate de mí, a los grandes jefes no les gusta jugar a tira y afloja. Están demasiado preocupados por salvar la jeta.

—¿Y nosotros no?

—Ahora, ya no. Ellos son los que tienen algo que perder. —Acelera el paso y añade—: Es igual que en las guerras de barrios: si quieres ganar, tienes que ir a darles un poco de caña.

Levanto los hombros y saco el pecho. Llevo demasiado tiempo encogido.

—Esos oficinistas lameculos se creen que se van a escapar echándome a mí a la calle —añade Vaughn al entrar en el teatro—. Como decía mi abuelo, si vas a pegarle un tiro al rey… mejor que lo mates.

—¿Qué quiere usted decir con lo de que quiere que se lo demuestre? —pregunto a última hora de la tarde del jueves.

—Exactamente lo que he dicho —explica el detective al otro lado del teléfono—. Enséñeme un recibo, una cuenta bancaria, un resguardo de acciones… cualquier cosa que demuestre que ese dinero es suyo.

—Ya hablé de todo eso con el guardia que lo confiscó. Son mis ahorros particulares, no es algo de lo que tenga un recibo.

—Bueno, pues mejor si encuentra uno. De cualquier otro modo, todo el asunto se deposita.

Por lo cortante de su tono podría jurar que éste es uno de los centenares de casos de los que preferiría no tener que ocuparse. Lo que significa que puedo darle largas unos pocos días, una garantía de al menos una semana más para tener este flanco tranquilo. Hace falta ser burócrata para conocerlos.

—Ahora que lo pienso, puede que tenga una manera de demostrarlo.

—¿Por qué será que eso no me sorprende?

—Lo que pasa es que tendré que revisar mi archivo —digo mientras veo que entra Trey—. Lo llamaré la semana que viene.

—¿Qué tal va tu muralla? —pregunta Trey cuando cuelgo.

—No hago ninguna muralla; gano tiempo. Hay diferencia.

—Cuéntale eso a Nixon.

—¿Qué quieres que haga, Trey? Tengo a esa Inez pagando a la gente por contarle historias; y al FBI amenazándome con hacerlo público mañana. Si me cogen con ese

dinero… y atrapado entre un traficante de drogas y Nora… me enterrarán con la versión que Simon da de esta historia.

—Y con la de Nora. No olvides que vosotros os separasteis después de despistar a los del Servicio Secreto. Por eso ella volvió sola a casa aquella noche.

Le clavo en la frente la mirada más airada que tengo. Ya sé que sólo pretende ayudarme, pero ahora no es el momento.

—Dime sólo qué te dijo la secretaria de Simon.

—Más malas noticias. De acuerdo con su agenda, el día que murió Caroline, Simon salió de la reunión del Gabinete y estuvo todo el resto de la mañana en el Despacho Oval. —E, interpretando mi reacción, añade—: Ya lo sé. Aunque lo intentases, sería imposible salir con una coartada mejor.

—¡Eso no es posible! ¿Hay algún modo de comprobarlo?

—No estoy muy seguro de a qué te refieres.

—Sólo porque Judy diga que estaba en el Despacho Oval, no quiere decir que estuviera realmente allí. Quiero decir, cuando yo fui a mi cita, estuve veinte minutos por allí antes de entrar finalmente.

—Puedo llamar a la secretaria del Presidente —sugiere Trey—. Como es la guardiana de la verja, registra la hora auténtica en que entra la gente.

—Cuando yo entré en el Despacho Oval, recuerdo que ella lo anotó.

—Entonces, ésa es nuestra mejor posibilidad. Lo comprobaré.

Sin perder tiempo, Trey va a coger mi teléfono pero justo cuando está a punto de levantarlo, empieza a sonar. Miro el identificador de llamadas. Llamada exterior. Apuesto por Lamb. Dijo que podía tener algo.

—Tendría que cogerlo —digo.

—¿Hay otro teléfono desde el que pueda llamar a Barbara?

—En la antesala —le digo señalando la mesa pequeña que había estado usando Pam. Al contestar el teléfono, añado—: Aquí Michael.

—Michael, soy Lawrence.

Formo la palabra Lamb con los labios en dirección a Trey. Asiente en silencio y se dirige al teléfono de la antesala.

—¿Ha descubierto algo? —pregunto a Lamb.

—He hablado con el FBI —comienza a decir con su voz pausada y metódica. Prácticamente puedo oír el almidón de su camisa de puños a la francesa—. Todavía no soltarán la lista de los últimos cinco expedientes…

Me desinflo de arriba abajo.

—No obstante —continúa—, les dije que tenemos ciertos reparos en cuestiones de seguridad al asignar casos nuevos, y que por lo tanto agradeceríamos, como mínimo, una lista de todo el personal de nuestra oficina cuyos expedientes estuvieran en poder de Caroline. Según comentamos, creo que ésta es la mejor manera de

descubrir a quién le hacía chantaje… y, por consiguiente, a quién más le podía interesar su muerte.

—¿Y colaboraron?

—Me dieron la lista.

—Eso es fantástico —digo con voz quebrada.

—Sin la menor duda —replica Lamb. Hasta con una noticia así, es demasiado cuidadoso para mostrarse excitado—. Los dos primeros nombres eran exactamente los que esperábamos. Tenía el expediente tuyo y el de Simon.

—Lo sabía. Ya le dije que…

—Pero lo que me cogió por sorpresa fue el tercer nombre de la lista.

—¿El tercero? ¿Quién es?

Está a punto de contestar cuando oigo los fuertes pitidos de alguien que está llamando por esa línea. Levanto la vista y veo a Trey tecleando un número de teléfono en la antesala.

—¡Uy!… perdón —dice, y su voz suena por el auricular de mi teléfono. Levanto la vista, atónito. Se supone que el teléfono de la antesala tiene una línea aparte.

—Michael, ¿está todo en orden? —pregunta Lamb.

—Sí, sí. Sólo es que me he apoyado en el teclado. —Intento seguir concentrado, pero no puedo dejar de pensar que el teléfono de la antesala podría haberse utilizado para escuchar mis conversaciones.

—Volviendo a las carpetas de Caroline —empieza Lamb—. El tercer nombre de la lista…

Sólo una persona utiliza ese teléfono. Un dolor agudo me recorre toda la nuca. Las piernas ya me flaquean. Por favor, que no sea ella.

Lamb pone voz a mis temores lo más confusamente posible.

—El último expediente era el de… Pam Cooper.

Capítulo 26

—¿Qué te ha dicho? —me pregunta Trey cuando cuelgo el teléfono.

—No puedo creerlo —digo, derrumbándome en la silla.

—¿Qué? Cuéntame.

—Tú lo has oído… todos estábamos en la misma línea.

—Quiero decir, después de que hube colgado.

—¿Qué más hay que decir? Caroline tenía el expediente de Pam.

—Eso no me lo creo.

—¿Crees que se lo inventa?

—Puede ser que… ¿Te dijo qué había en él?

Todo lo que puedo hacer es menear la cabeza.

—El FBI no se lo quiso dar.

—¿Crees que realmente Caroline le hacía chantaje a Pam?

—¿Se te ocurre alguna otra razón para que Caroline necesitase su expediente?

—¿Y si Pam tenía alguna cuestión sobre ética? ¿No era eso lo que hacía Caroline?

—No importa qué hacía o dejaba de hacer, ya has visto el teléfono: Pam ha estado escuchando por mi línea.

—Sólo porque tuvierais una línea compartida no se puede decir…

—Trey, en todo el tiempo que llevo en esta oficina, Pam no había usado el teléfono de la antesala ni una sola vez. Y entonces, en cuanto empiezo a husmear en busca del asesino de Caroline, se pasa el tiempo con él.

—Pero si hubiera estado espiándote, ¿no crees que ya la habrías oído alguna vez?

—Si apretaba el botón de quitar el sonido, no. Podría haberlo descolgado sin que yo oyera nada. —Me levanto de un salto y voy hacia la puerta—. Seguro que hasta desconectó el timbre para que yo no pudiera oír cuando alguien…

—Pues está desconectado —susurra Trey, dándose la vuelta.

—¿Qué?

—Lo comprobé cuando colgué. El timbre está desconectado.

—Mejor que sea bueno —dice Nora, irrumpiendo en mi despacho. Pasa rápido junto al sofá pero yo sigo con los ojos en la puerta. No necesita preguntarlo, sabe lo que busco. La escolta.

—No vienen —dice.

—¿Estás segura?

—¿Tú qué crees?

—Entonces…

—Sólo me siguen si salgo del recinto. Mientras esté dentro, me dejan en… —La voz se apaga. Se fija en algo detrás de mi mesa. La pared del ego. Maldición. Se lanza hacia ella y va directa a la foto en que estoy con su padre. Es la misma que le di a mi padre, pero ésta está firmada.

—¿Qué? —pregunto.

Estudia la foto, pero no responde.

—Nora, ¿no puedes…?

—Debía de estar de buen humor… la firma es auténtica.

—Estoy emocionado… Y ahora, ¿puedes estarte quieta un momento?

No hace caso de la petición porque está demasiado ocupada revisando el resto del despacho. Lo más absurdo de todo es que la mayor parte de la gente se siente intimidada cuando no está en su propio terreno. Nora se refuerza.

—De manera que aquí es donde sucede todo, ¿eh? Aquí es donde tú pones el culo a cambio del autógrafo de un figurón…

—¡Nora!

Me mira y sonríe, gozando de la explosión.

—Sólo te estaba tomando el pelo, Michael.

—Pues ahora no es el momento.

—Oye —dice porque conoce ese tono—, lo siento… dime sólo de qué gran asunto se trata. ¿Alguien se quema?

Le relato brevemente todo lo que ha pasado con Pam y los expedientes. Como siempre, Nora emite rápidamente su juicio.

—Ya te lo dije —afirma, sentándose en una esquina de la mesa—. Te lo dije desde el principio. Aquí siempre es así. Todo es cuestión de rivalidades.

—Esto no tiene nada que ver con rivalidades.

—Oh, así que ahora vas a ignorar el hecho de que la muerte de Caroline ha supuesto un gran ascenso para Pam.

—Sólo está de interina. Cogerán a alguien después de las elecciones.

—¿Y entonces crees que le hacían chantaje? ¿Que ella mató a Caroline para ocultar lo que haya en su expediente?

No contesto.

—Y Jill vino rodando detrás —dice Nora—. Y no nos olvidemos de la ficha de Vaughn. ¿No te prometió Pam que la sacaría y te la daría? Lo último que sé es que todavía no la tienes.

—No la necesito. Lamb me explicó la mayor parte y Vaughn me contó el resto.

—Pero eso no cambia los hechos. Pam te la prometió y nunca te la dio.

—¿Puedes dejar el tema, por favor?

Cruza las piernas y mueve la cabeza.

—De modo que si la acusas tú, perfecto; pero si la acuso yo, malo. Es así como…

—No quiero hablar de ello —la interrumpo alzando la voz. Los siguientes segundos permanecemos sentados en un silencio embarazoso. Miro el sobre que tiene en el regazo. Y por fin, digo—: ¿Conseguiste la información?

—¿Tú qué crees? —pregunta, balanceando el sobre con la punta de los dedos.

Se lo arrebato y lo rasgo. Dentro hay la fotocopia de cuatro páginas del libro de visitas del Despacho Oval del Presidente. Cuando Trey solicitó esa misma información, no obtuvo más que buenas palabras. Sin arredrarnos, sacamos la artillería pesada.

Diez minutos después, Barbara estaba más que contenta por atender la petición de Nora.

—¿Qué le dijiste? —pregunto, hojeando las páginas.

—Le dije que pensábamos que Simon era un asesino y que queríamos ver si de verdad estaba en el Despacho Oval cuando murió Caroline.

—Muy gracioso.

—No tuve que explicar nada, le dije que era una cuestión personal. Antes de que pudiera soltar otra palabra por la boca ya me había puesto las copias en la mano.

Las cuatro fotocopias cubrían las cuatro horas, de ocho a doce de la mañana, del día que murió Caroline. Cada hora, una página. Mirándolas bien, un auténtico maratón.

08.06: entra Terry. 08.09: entra Pratt. 08.10: entra McNider. 08.16: sale Terry. 08.19: salen Pratt y McNider. 08.20 a 08.28: llamadas de teléfono. 08.29: entra Alan S. 08.41: sale Alan S. Las citas cubren la mañana entera. Hartson no necesita ir a ningún sitio. Todos van a verlo.

Paso a la página siguiente y encuentro en seguida lo que estaba buscando.

09.27: entra Simon. Recorro el resto de la lista con el dedo buscando la correspondencia. El corazón me da un salto en cuanto la veo. *10.32: sale Simon*. Maldición. Yo no encontré el cuerpo hasta por lo menos las diez y media. Eso significa que la tiene. La coartada perfecta. Hay una expresión de tristeza en la cara de Nora.

—Lo siento —dice; como no contesto, su voz se acelera—. Aunque está claro que la cosa apunta hacia Pam, ¿no crees?

—¿No podrías parar por una vez en tu vida?

Eso no le ha gustado.

—Escucha, Archie, sólo porque Betty te haya jodido no tienes por qué hacer el tonto con Verónica. —Y antes de que pueda replicar, ya está camino de la puerta.

—Perdona que te hablara así, Nora.

No hace caso.

—Por favor, Verónica, no te vayas. No puedo hacer nada sin ti.

Se para en seco.

—¿Lo dices en serio? —pregunta, sorprendentemente seria.

Asiento con la cabeza y añado:

—Me vendría muy bien tu ayuda.

Vuelve titubeante hacia mi mesa. Pasea los dedos por las páginas fotocopiadas. Las observa y finalmente dice:

—¿Tienes alguna idea de por qué se reunían? Una hora es mucho tiempo para estar allí dentro.

—Ya comprobé el horario viejo —le digo con una sonrisa de agradecimiento—. Los primeros veinte minutos eran para un informe sobre unos tipos de la Seguridad Nacional. Los otros cuarenta estaban anotados como ceremonia de liderazgo para algunos prebostes de la asociación de juristas. Probablemente, algún sarao para grandes contribuyentes a la campaña: enseñarles el Despacho Oval, mandarles una foto dedicada, y una semana después, pedirles una donación.

—Fuera lo que fuese, tuvo a Simon retenido durante una hora.

—No lo sé. Hay otras puertas que dan al despacho. Puede que Simon se escabullera sin que Barbara se diese cuenta.

—O puede que Pam… —Se interrumpe, con la lección aprendida. Incluso así, Nora sabe qué estoy pensando—. ¿Ya le has preguntado algo a ella?

—¿A quién? ¿A Pam?

—No, a Nancy Reagan. Pues claro que a Pam.

—Todavía no. Miré en su despacho, pero no estaba.

—Entonces mueve el culo y búscala. Llámala al busca, mándale un e-mail. Tienes que averiguar qué está pasando.

—Ya lo intenté. Pero no contesta.

—Apostaría a que está en la fiesta.

—¿Qué fiesta?

—A las seis en punto en el Jardín de Rosas. Para mi madre. Trey organizó la cosa.

Casi lo había olvidado. Hoy la Primera Dama cumple cincuenta años… y hacen la entrevista en directo de «Dateline».

—¿Crees que Pam estará allí?

—¿Estás de broma? Allí estará hasta el último mono de este edificio. Y Pam estará como en casa. —Nora mira el reloj y añade—: Y hablando de eso, tendría que ir tirando…

Hay un instante de titubeo en su voz.

—¿Algo va mal? —pregunto.

—No. Todo bien.

Conozco ese tono.

—Dime qué estás pensando, Nora.

Se queda callada. Alargo el brazo y la cojo de la mano. Lo más suave que puedo

le hago abrir el puño. Esto no puede ser por culpa de la fiesta, en estos temas preparados es una profesional.

—¿Estás nerviosa por la entrevista?

—No, Michael, me encanta que me juzgue todo el maldito país. Me encanta que me inunden con diez mil cartas diciéndome que no me pongo bastante maquillaje y que mi lápiz de labios se corre. ¿Y que sea en vivo? Eso es la cereza podrida que va encima de todo, sólo a una respuesta equivocada de mi propio sketch de «Saturday Night Live». Quiero decir, que mis padres se buscaron esta mierda, pero yo me limité a nacer en ella.

Hace un alto para tomar aliento y yo no digo ni una palabra.

—Tienes que comprenderlo —añade—. Quiero decir… puedo aguantar toda esa otra mierda, pero no me gusta ser yo el tema de conversación.

—¿Y quién dice que seas tú…?

—Michael, por favor, a mí también me mandan los datos de los sondeos. Hay una razón por la que quieren que toda la familia esté allí.

—Pero, Nora, eso no significa que…

—No sé lo que estás a punto de decir, Romeo, pero tengo un millón de votantes que no están de acuerdo contigo. Y hasta el último voto cuenta.

—Es posible que cuente, pero eso no importa. Hay una diferencia.

Me mira y se detiene.

—¿Eso lo piensas de verdad, no es así?

—Por supuesto que sí.

—Sí, bueno, tú sí. —Con una última mirada al reloj se aparta de la mesa y se dirige a la puerta—. Sea tortura o no, tengo que estar allí. La Oficina de Prensa me pidió que me pusiese vestido; tienen suerte de que tenga ropa interior.

En un suspiro, el huracán Nora sale zumbando del despacho y me deja solo en un mar de silencio. De todos modos, sé dónde estoy. He estado aquí antes muchas veces. El rugido del silencio absoluto. La calma que precede a la tempestad.

—¿Hay alguien? —pregunto al entrar en la antesala. Nadie responde. Doy un golpe fuerte en la puerta de Julian—. Julian, ¿estás ahí? —Nada. Llamo todavía más fuerte en la puerta de Pam—. Pam, ¿estás ahí? —No hay respuesta.

Convencido de que estoy solo, voy hacia la puerta principal que da al pasillo. Con un giro de muñeca muevo el cerrojo del pomo. El pestillo entra en su sitio con un fuerte ruido. Los tres tenemos llave, pero esto me dará por lo menos unos segundos para prepararme.

Voy hacia el despacho de Pam diciéndome que esto no es un abuso de confianza: es simplemente una precaución necesaria. No es que sea una gran justificación, pero no tengo otra.

—Pam, ¿estás ahí? —vuelvo a preguntar una última vez. Sigue sin responder nadie. Aprieto el pomo frío con la palma sudorosa y voy empujando poco a poco la puerta para abrirla—. ¿Pam? ¿Hola? —La puerta gira hasta la pared, dando un golpe sordo y apagado. En el aire flota todavía el aroma de su champú de albaricoque.

Todo lo que tengo que hacer es entrar. Pero la cosa es que… no puedo. No está bien. Pam se merece algo mejor que esto. Ella nunca haría nada que me hiriese. Por supuesto, si lo hizo… si le estaban haciendo chantaje y entonces se dio cuenta de que la cuestión de Nora le daba una coartada y una salida fácil… yo tendría problemas. Problemas tipo final-de-mi-vida. La verdad, esto es la mejor razón para entrar. Quiero decir, no es como si fuera a llevarme algo. Sólo quiero echar un vistazo. Si Caroline tenía su expediente es que Pam debía tener algo gordo que esconder. Dejo las dudas en la puerta y entro en el despacho. Mis ojos van directos a la bandera roja, blanca y azul que hay detrás de su escritorio. Salvar mi pellejo. A la manera americana.

Me acerco a la mesa, echo una mirada rápida hacia atrás para volver a comprobar la antesala y estar seguro. Sigo solo.

Vuelvo a la mesa con el corazón latiéndome contra las costillas. El silencio es abrumador. Oigo el flujo y reflujo de mi propia respiración trabajosa. Es una marea oceánica sostenida. Dentro… y fuera otra vez. Igual que aquella primera noche que vigilábamos a Simon. Mi teléfono empieza a sonar al otro lado del vestíbulo. Me giro, asustado, pensando que hay alguien en la puerta. No importa, me digo al oír que sigue sonando. Mantengamos el rumbo.

Intento ser sistemático y no hago caso de la pila de carpetas que hay sobre la mesa. Es demasiado lista para dejar algo a la vista. Por suerte, hay cosas que no se pueden ocultar. Voy directo a su teléfono y aprieto la tecla de registro de llamadas con los ojos puestos en la pantallita digital. En un segundo tengo los nombres y números de teléfono de las últimas veintidós personas que la llamaron.

Recorro la lista y lo primero que me llama la atención es la cantidad de llamadas exteriores que tiene. O bien la llaman mucho desde teléfonos públicos o la llaman un montón de peces gordos. Ambas cosas son malas. Cuando termino con la lista, hay cinco personas por lo menos que no puedo identificar. Busco una libreta y un lápiz para apuntarlos, pero antes incluso de que pueda estar cerca de su vaso de lápices de «Pregúntame por mis Nietos», oigo una llave en la puerta principal de la antesala. Alguien llega. Salgo del despacho corriendo tan de prisa como puedo y aterrizo en la antesala justo en el momento en que se abre la puerta.

—¿Qué demonios pasa aquí? —pregunta Julian—. ¿Por qué has cerrado la puerta con llave?

—No… nada —digo sin aliento—. Sólo arreglaba la antesala.

—Ya entiendo —dice, riendo—. *Arreglando* la antesala.

Me niego a reconocer lo que debe de ser el chiste más viejo de Julian. Subrayar

un gerundio para fabricar eufemismos por masturbación. *Arreglando* la antesala. *Faxeando* el documento. *Archivando* el informe. La verdad es que funciona, pero jamás le daré el placer de decírselo.

—¿Has visto a Pam? —pregunto sin humor para juegos.

—Sí, se iba a la fiesta de la Primera Dama.

Me dirijo a la puerta sin decir nada más.

—¿Adónde vas? —pregunta Julian.

—A buscarla en el Jardín de Rosas… tengo que hablar con ella.

—Estoy seguro de que sí, Garrick —dice con un guiño—. Haz lo que tengas que hacer.

—¿Cómo?

—*Buscándola* en el Jardín de Rosas.

De mi despacho al Jardín de Rosas hay cinco minutos andando. O dos minutos corriendo. Cruzo por el Ala Oeste y al mirar el reloj ya llego veinte minutos tarde. Teniendo en cuenta el retraso garantizado de la Primera Familia, debería llegar justo a la hora. Abro las puertas de la Columnata Oeste, esperando ver un montón de gente. Me encuentro una muchedumbre.

Debe de haber por lo menos dos centenares de personas, todas ellas mirando hacia el podio que está al final del Jardín de Rosas. Instintivamente, empiezo a mirar las chapas de identidad. La mayoría las llevan con fondo naranja, limitadas al EAOE. Unos pocos las tienen azules. Y los que la tienen guardada en el bolsillo de la camisa son los internos. Por eso está tan lleno el jardín. Todo el mundo está invitado. Lo raro del asunto es que ni siquiera el personal más joven suele estar tan entusiasmado por un acto. A mi espalda, oigo una voz de hombre que dice:

—Me he pasado toda mi vida haciendo colas como ésta.

Me pongo de puntillas y estiro el cuello para ver por encima de la masa. Entonces me doy cuenta de que no estamos ante un acontecimiento corriente. La ventaja del Presidente disminuye, así que estas próximas horas son necesarias para volver a estar hombro con hombro en primera línea. Primero, la fiesta familiar; después, la entrevista en directo. Hay que exhibir la mejor cara posible ante toda Norteamérica, y no reparar en gastos para realizarlo.

Junto al podio está el objeto de la atención de todos: una enorme tarta de pisos con glaseado de vainilla que tiene un extraño parecido a la Primera Dama dibujada con azúcar de diferentes colores. A la derecha de la tarta, detrás de un largo cordón de terciopelo, está el equipo de «Dateline», filmando material para la introducción de esta noche. Delante de ellos, dos hombres con cámaras. Fotógrafos de la Casa Blanca. Demonios, Trey es implacable. Tómate un trozo de pastel; sácate una foto con *Mickey* y *Minnie*. En los últimos meses, antes de la elección, quieren que todos

parezcamos una familia. La familia primero.

Dejo de lado lo de las fotos y me meto entre la gente. Tengo que encontrar a Pam. Me abro paso con los codos entre el mar de colegas funcionarios en busca de su pelo rubio.

Sin previo aviso, la muchedumbre empieza a bullir. La ovación empieza por delante y va extendiéndose hacia atrás. Con un impulso repentino, todo el bloque empuja hacia adelante. Aplausos. Gritos. Silbidos. La Primera Familia está aquí.

Con el Presidente a su derecha y Nora y Christopher a su izquierda, Susan Hartson saluda a la multitud como si le sorprendiera tener a doscientas personas en el jardín. Como siempre, hay un grueso cordón de terciopelo que los separa del personal, pero el Presidente estrecha todas las manos que se le tienden. Lleva corbata de rayas rojas y camisa azul claro y el típico traje azul marino y se lo ve más relajado que nunca que yo lo haya visto. Detrás de él, la Primera Dama resplandece con la alegría de rigor, y va seguida por Christopher, que lleva una camisa del mismo color que su padre pero sin corbata. Bonito toque. Finalmente, a la cola, y con una falda negra de muy buen gusto, está Nora. Lleva un regalo de cumpleaños envuelto en papel rojo blanco y azul. Cuando avanzan hacia el podio, tres equipos de televisión, incluido el de «Dateline», captan el momento. Es un acto brillante. Todo el mundo —el personal, los Hartson, todos nosotros— es una gran familia unida y feliz. Siempre y cuando nos quedemos de este lado del cordón.

Ciertamente, la definición de «no tener oído» es un rebaño de empleados de la Casa Blanca cantando *Cumpleaños feliz* a todo pulmón. Cuando termina la canción, he cruzado ya la cuarta parte de la muchedumbre, pero sigo sin ver a Pam.

—La hora de los regalos —anuncia el Presidente. Con ese pie, Christopher y Nora suben al podio. Para esto, me paro.

Nora se coloca frente a nosotros con una sonrisa convincente. Hace un mes, me la hubiera creído. Hoy, ni siquiera estoy cerca de ser engañado. Se siente fatal allí arriba.

Christopher se aparta el pelo oscuro de los ojos y se acerca al micrófono con orgullo adolescente y se lo pone a su altura.

—Mamá, ¿vienes aquí…? —dice.

La Primera Dama se adelanta y Nora se inclina torpemente hacia el micrófono.

—Éste es el regalo de Chris, papá y yo. Y como no queremos que lo devuelvas, hemos decidido que lo recogeré yo. —La multitud llena la banda sonora con risas de serie cómica—. De todos modos, esto te lo damos nosotros a ti.

Nora coge el paquete rojo, blanco y azul que yo sé que ella no envolvió y se lo tiende. Pero mientras la Primera Dama desenvuelve el papel de regalo, algo sucede. Hay una nueva expresión en el rostro de Nora. Sus ojos bailan con una emoción

nerviosa. Esto no está en el guión. Ya no son Nora y la Primera Dama. No es más que una hija dándole un regalo de cumpleaños a su madre. Y por el modo en que Nora se balancea sobre los talones, es que se muere de ganas de que a mamá le guste.

En el momento en que abre la caja, todo son oooohs y aaaahs entre el público. Los cámaras se mueven para tomar primeros planos. Dentro hay una pulsera de oro labrada a mano con pequeños zafiros incrustados. Al sacarla, la primera reacción de la señora Hartson —lo primero que hace— es de puro instinto. Con un movimiento lento se vuelve hacia la cámara de «Dateline» con expresión radiante y dice:

—Gracias, Nora y Chris, os quiero mucho.

Casi una hora y media después estoy de vuelta en mi despacho, intentando aclarar el montón de correo de la noche. He llamado a Pam por el busca dos veces más. No me ha contestado.

Trato de controlar la migraña que me corretea por el cráneo y abro el cajón de arriba y rebusco entre mi colección de medicinas: Maalox, Sudafedr, Zetirizine… siempre preparados. Cojo un frasco de plástico de Tylenol y me peleo con la tapa a prueba de niños. No estoy de humor para ir a buscar agua, así que echo la cabeza para atrás y me lo trago tal cual. No son fáciles de pasar.

—¡Venga, muchachos, es la hora del fuego de campamento! —grita Trey, abriendo la puerta de mi despacho de una patada—. ¡A ver, Annette, dilo tú! ¿Quién es el jefe del campamento que más te gusta a ti? ¡TREY-T-R-E-Y-Y-Y!

—No puedes dejar nunca el rollo Disney, ¿verdad?

—Cuando viene tan a cuento, no. Es que, chico, ¡esto es el reino mágico! ¿Has visto lo bien que salió el acto? Ya está en la CNN. Preparado para las noticias de la noche. Nancy predice que saldrá en primera página de la sección Estilo. Y en menos de una hora, en directo en «Dateline». ¿Puedo conseguir algo mejor? ¡No! ¡No señor, no puedo!

—Estoy entusiasmado con que tú y tus nigromantes consigáis lavar el cerebro a media nación, Trey, pero por favor… —Me quedo mirando el vaso de lápices con la mente perdida. No importa.

—No me pongas esa cara de palo —me riñe sentándose delante de la mesa—. ¿Qué te pasa?

—Es que… no lo sé. Todo ese rollo me ha dejado mal sabor de boca.

—Se supone que tiene que dejar un mal sabor, ¡así sabemos que es bueno! Cuanto más jarabe, mejor. Es lo que toman los norteamericanos para desayunar.

—No fue sólo la parte cursi. Ya la viste cuando cogió el regalo. Nora fue a escoger algo bonito para su madre, y ¿qué hace la Primera Dama? Da las gracias a la cámara en vez de a su hija.

—Te juro que cuando estaba allí, lloré.

—No es gracioso, Trey. Es dramático.

—¿No podrías bajarte del pedestal, por favor? Los dos sabemos la verdadera razón de que estés de mal humor.

—¡Para ya de decir cómo tengo que sentirme! ¡Tú no eres el dueño de mis procesos mentales!

Se apoya en el respaldo en silencio y me concede un segundo para tranquilizarme.

—No la tomes conmigo, Michael. Yo no tengo la culpa de que no encontrases a Pam.

—¡Oh! ¿Así que tú no eres el que metió doscientos trepas detrás del flautista de vainilla glaseada?

—No era glaseado, era cobertura. Es distinto.

—¡No hay diferencia!

—Tendría que haber diferencia, sólo que nosotros dos no la sabemos.

—¡Deja de joder, Trey! ¡Estás empezando a cabrearme!

En vez de contestarme con otro grito, empieza a frotarse la cabeza. Con intensidad media, más bien como modo de contenerse. Otro que no fuera tan buen amigo ya estaría en la puerta. Trey se queda donde está. Al cabo de un momento, le miro al otro lado de la mesa.

—No pretendía…

Baja la mirada a sus rodillas y se saca algo del cinturón. Su busca suena.

—¿Algo importante? —le pregunto.

—Falta una hora para «Dateline». Quieren que esté allí para hacer los preparativos.

Asiento con la cabeza y él se va hacia la antesala.

—Cuando vuelva, nos sentaremos y lo pensaremos —me promete.

—No te preocupes —digo yo—. Todo irá bien.

Trey se para en la puerta y se vuelve.

—Nunca he dicho que no.

Doy otra media hora a Pam para contestar otros dos buscas. No contesta. En este punto, tendría que considerar que ya es de noche, pero lo que hago es poner la CNN para echar un último vistazo a las noticias de hoy. Todo el día han tenido como historia principal la entrevista de «Dateline», pero cuando la imagen se estabiliza, me veo mirando un clip del mitin de Bartlett de hoy. Sea donde sea, el local está enloquecido: saltos, gritos, chillidos de entusiasmo y pancartas caseras. Cuando aparece un texto que dice Miami, Florida, casi me caigo de espaldas. El estado de Hartson. Es una jugada arriesgada de Bartlett, pero parece que le está dando resultado. No sólo consigue que la prensa cubra su enfrentamiento, sino que, comparado con la semana pasada, su música suena más fuerte, tiene más gente y,

como dice la presentadora: «Cuando terminó todo, se quedó allí y estuvo casi una hora entera estrechando manos». Ahora sé que tenemos problemas. Los candidatos sólo se quedan cuando el resultado es bueno.

Apago la tele y decido ir a la Sala de Recepciones Diplomáticas, donde el trabajo de Trey con «Dateline» se está preparando para arrancar. Cualquier cosa que Bartlett pretenda, la entrevista de esta noche sigue siendo el juego más importante de la ciudad. Así que, ¿por qué verlo por televisión si Trey puede dejarme verlo en directo? Además, después de lo que dijo Nora antes, le vendrá bien algún apoyo.

Desde el fondo oeste del corredor de la Primera Planta veo que, como de costumbre, no soy el único que ha tenido esa idea y ya se va reuniendo un nutrido grupo de funcionarios. Salir en directo desde la Casa Blanca no es tarea pequeña, y por el modo en que todos corren arriba y abajo, tenemos el circo habitual. Atisbo por encima del hombro del tipo que tengo delante y tengo una primera impresión del decorado.

El fondo cálido lo da el empapelado de la sala —paisajes norteamericanos del siglo XIX— y el plato se monta en torno a dos sofás y un sillón antiguo. Pero en vez del sofá frío con respaldo de madera que suele estar en la Sala Diplomática, han puesto dos más cómodos y confortables que, si la memoria no me falla, vienen de la segunda planta de la residencia. Tiene que parecer una familia auténtica. Que nadie —ni los padres, ni los hijos— se sienta solo.

Rodeando la sala de estar improvisada hay cinco cámaras separadas que forman un amplio semicírculo (el pelotón de fusilamiento del siglo XXI). Más allá de las cámaras, al otro lado de los montones de cables negros que zigzaguean por el suelo, el Presidente y la señora Hartson están charlando con Samantha Stulberg y una mujer de treinta y muchos, con clase y vestida toda de negro y con sombrero. La productora. Hartson lanza una sonora carcajada: ha hecho su último envite para que la entrevista tenga un buen enfoque. Miro mi reloj y comprendo que aún faltan diez minutos. Esto es importante para él. Si no fuera así, no habría bajado tan pronto.

Al fondo, en medio de la gente de sonido, los cámaras y las maquilladoras, descubro a Trey hablando por teléfono. Con expresión angustiada, casi de pánico, se acerca al hermano de Nora, Christopher, que se ha sentado en su sitio del sofá. Hasta que Trey se pone a susurrarle algo al oído, no me percato. El Presidente, la señora Hartson, Christopher, sus ayudantes, el equipo de televisión, la productora, la entrevistadora, los técnicos del satélite… todos están aquí. Todos menos Nora.

Cuando termina con Christopher, Trey va de puntillas hasta la Primera Dama y le da un golpecito en el hombro por detrás. Hace un aparte con ella pero no puedo oír lo que le dice. Pero la cara de la Primera Dama lo dice todo. Durante un mínimo, casi inapreciable nanosegundo, se pone roja de ira y luego —casi igual de de prisa— vuelve a sonreír. Sabe que aquellas cámaras la enfocan; hay un tipo con una de mano

que graba para unas noticias locales. Tiene que mantener la calma. Aun así, consigo leer desde donde estoy lo que rugen sus labios.

—Encuéntrala.

Trey sale andando con calma de la habitación, la cabeza alta, abriéndose paso entre nosotros. Nadie le presta demasiada atención, todos están mirando a POTUS, pero en cuanto me ve, Trey me lanza esa mirada. Esa mirada de esto-me-va-a-producir-disfunciones-sexuales-y-estoy-muy-asustado. Me separo del grupo y caigo justo detrás de él. Cuanto más se aleja por el pasillo, más rápido va.

—Por favor, dime que sabes dónde está —susurra con el mismo paso rápido.

—¿Cuándo fue la última vez que…?

—Dijo que iba al baño. Nadie la ha visto desde entonces.

—Entonces si fue al…

—Eso fue hace media hora.

Miro a Trey en silencio. Cuando cruzamos las puertas de la Columnata Oeste se echa a correr.

—¿Has mirado en su habitación? —pregunto.

—Eso es lo que estaba haciendo por teléfono. Los guardias del ascensor dijeron que no había subido.

—¿Y los del Servicio Secreto? ¿Se lo has notificado?

—Michael, estoy intentando convencer a un equipo de quince personas de «Dateline» y a cien millones de espectadores de que Hartson y su familia son los clones de los Nelson, la familia perfecta de la tele. Si aviso al Servicio Secreto, organizarán una caza del hombre. Además, llamé a mi amigo el de la Puerta Sureste y, según él, Nora no ha salido del recinto.

—Lo que significa que está en el EAOE o en las dos primeras plantas de la mansión.

—Hazme un favor y mira en tu despacho —dice Trey.

—Yo vengo ahora de allí. Y ella no…

—¡Compruébalo! —dice susurrando con la frente cubierta de gotas de sudor.

Entramos en el Ala Oeste y Trey sale disparado hacia el Despacho Oval. Yo continúo rápido hacia el EAOE y compruebo la hora. Faltan ocho minutos. Me doy la vuelta para correr marcha atrás y le pregunto:

—¿Cuánto dura el…?

—Hay un minuto de introducción, treinta segundos de créditos y dos minutos de grabación de la fiesta de cumpleaños —le tiembla la voz—. Michael, ya sabes las cifras. Si esto se convierte en una crisis…

—La encontraremos —digo, y empiezo a correr—. Te lo prometo.

Capítulo 27

Empujo con fuerza la puerta de la antesala, que da un golpe contra la pared.

—¡Nora! ¿Estás ahí?

No hay respuesta.

Continúo adelante y abro la puerta de mi despacho.

—¿Nora?

Tampoco hay respuesta. Lo compruebo yo mismo. Sofá, mesa, chimenea, sofá. No se ve a nadie. Quedan siete minutos.

Me giro a toda prisa y corro a los despachos de Julian y Pam.

—¿Nora?

El de Julian está vacío. Y el de Pam, aunque tiene la luz encendida. Eso quiere decir que todavía está en el… No, ahora no. Si Nora no está aquí ni está arriba, ¿dónde puede…? Sí. Tal vez.

Vuelvo zumbando al pasillo y corro a toda velocidad hacia la salida y me precipito a la avenida West Exec bajando los escalones de unos cuantos grandes saltos. Pero tras pasar muy apretado junto al coche de Simon en el aparcamiento, no me dirijo a la entrada normal bajo el toldo. En vez de eso, voy serpenteando por el flanco norte de la mansión, a todo lo largo del Ala Oeste, más allá de la cocina hasta la entrada de suministros. La tarjeta azul me permite pasar por el centinela, luego tuerzo a la izquierda y voy hacia el único sitio en el que nunca nos han interrumpido.

Pongo la mano en el pomo de la gruesa puerta de metal que sé que ha de estar cerrada. Pero cuando lo giro, se oye un sonido metálico. Y cede. Está abierto. Abro la puerta y entro de un salto.

Mis ojos recorren rápidamente la longitud de la bolera. Calle, bolos, estante de bolas.

—¡Nora! ¿Estás…?

El corazón se me para y doy un paso atrás, golpeándome contra la puerta justo cuando se cerraba detrás de mí. Ahí. En el suelo. Sus piernas cuelgan ocultas por la mesa de anotaciones y veo el borde de la falda. El cuerpo está inerte. Oh, Dios mío.

—¡Nora!

Me precipito detrás de la mesa, me dejo caer de rodillas y la tomo entre los brazos. De la nariz brotan dos finos hilillos de sangre que le corren por la cara, reuniéndose en el labio de arriba. Está muy pálida.

—¡Nora! —le levanto la cabeza y la sacudo. Suelta un suave gemido. No muy seguro de mis primeros auxilios cardiorrespiratorios, le doy una palmada en la mejilla. Otra. Y otra.

—¡Nora! ¡Soy yo!

Surgiendo de la nada, empieza a reírse, una risita oscura que me produce un

escalofrío en la espalda. Levanta el brazo derecho absurdamente por el aire y lo deja caer por detrás de la cabeza, golpeando con la muñeca sobre el suelo pulido. Antes de que yo pueda decir ni una palabra, su risa se convierte en tos. Un ronquido profundo, húmedo que sale directamente de los pulmones.

—Venga, Nora, recupérate —la agarro, frenético, por el delantero de la blusa, tirantes del sostén incluidos, y la incorporo. Al venirse hacia adelante, brota de su boca una oleada de vómito claro que se derrama por toda mi camisa. La suelto del susto, pero como la tos empeora, consigue sentarse por sí misma.

Limpio sus interioridades de mi corbata y ella levanta la vista con los ojos semicerrados, el cuello flojo y dando cabezadas sin control. Todo su cuerpo funciona a cámara lenta.

Empieza a hablar, pero sin ningún sentido. Sólo balbuceos y palabras entrecortadas. Poco a poco, empieza a recuperarse.

—Pues… yo no… tú tienes… Especial K… sólo un poco de K…

Especial K. Ketamina. Enhorabuena a *Rolling Stone*. Me acuerdo del artículo como si hubiera sido ayer. Se esnifa como la cocaína y, dependiendo de cuánto tomes, estás ido entre diez y treinta minutos.

—¿Cuánto te has tomado, Nora?

No me contesta.

—¿Cuánto, Nora? ¡Dímelo!

Nada.

—¡Nora!

Justo entonces, me mira y, por primera vez, veo en sus ojos que me reconoce. Parpadea dos veces e inclina la cabeza.

—¿Los engañamos?

—¿Cuánto has tomado?

Cierra los ojos.

—No lo suficiente.

Muy bien, eso ya es una respuesta. Está volviendo en sí. Miro el reloj: cinco minutos para que empiece, más cuatro de introducción. Me precipito al teléfono, llamo a la operadora y le pido que envíe un mensaje a Trey. Vuelvo corriendo junto a Nora y la ayudo a levantarse.

—Déjame sola —dice, apartándose.

La cojo por los hombros.

—¡No empieces a pelearte conmigo! ¡Ahora no! —Veo que está a punto de caerse y la empujo sobre el asiento de la mesa de anotaciones y le doy otra bofetada en la mejilla, no demasiado fuerte, no quiero hacerle daño, sólo lo justo para…

—Por favor, Michael, no te enfades conmigo. Por favor.

—No quiero hablar del asunto —le replico.

Sobre la mesa de anotaciones veo su bolso abierto. Saco el contenido lo más de prisa que puedo. Llaves, pañuelos, y un tubito metálico de lápiz de labios que, gracias a la inclinación de la mesa, viene rodando hacia mí. Lo cazo justo cuando se cae, parece lápiz de labios, pero… Le quito la tapa y veo un polvo blanco. ¿Cómo puede esta chica ser al mismo tiempo tan lista y tan estúpida? Incapaz de responderme, vuelvo a poner la tapa y lo meto en el surco donde se sujetan los lápices. En este preciso momento, hay cosas más importantes de las que ocuparse.

Cojo los pañuelos, abro el paquete, escupo en uno de ellos y, como cualquier madre a su hijo, limpio la cara de Nora. La sangre de su nariz está fresca. Se quita con facilidad. Con la mano derecha le aparto el pelo de la cara pero vuelve a caerse. Se lo aparto de nuevo y se lo encajo detrás de la oreja. Que se aguante ahí como sea. Una vez el pelo fuera del camino, le levanto la barbilla y puedo verla mejor. Con el puño de la camisa, quito el último resto de vómito que tiene en la comisura de la boca. Por el modo en que se le caen los labios, comprendo que todavía no ha vuelto en sí del todo. Pero su aspecto, tras comprobar el resto de su persona, no es demasiado malo. Está inclinada hacia adelante con los codos apoyados en las rodillas. Posición de impacto.

Además, el vómito lo tengo todo yo. Ella está limpia. Y «Dateline» esperando.

Vuelvo corriendo al teléfono y llamo otra vez a la operadora. Me dice que ya ha pasado el mensaje a Trey. Pero que aún no ha contestado. Ya deben de estar empezando.

—¡Levántate, Nora! —grito corriendo a su lado. La cojo por las muñecas e intento ponerla en pie. Pero ella no colabora, se limita a seguir sentada—. ¡Vamos! —le chillo, y tiro más fuerte—. ¡Levántate! —Pero no se mueve.

Paso por detrás del respaldo de la silla de anotaciones, me echo la corbata por encima del hombro, deslizo los brazos bajo sus axilas y, cuando ya la tengo bien cogida, tiro hacia arriba tanto como puedo. Es un peso muerto. Noto un agudo chasquido en la espalda, pero no hago caso. Por supuesto que siento tentaciones de dejarla allí colgada… catorce plenos y fuera. La cuestión es que, si no la llevo al programa… mierda. Hay veces que no me soporto a mí mismo. Es un puto programa de televisión. Toda esta mierda por un programa de televisión.

—¡Nora, por Dios, levántate!

Con un último tirón la levanto y ya está. Todavía podemos llegar, me digo, pero en el instante en que la tengo derecha, las piernas se doblan bajo su peso. Damos un traspiés hacia adelante, totalmente desequilibrados. Y, con un golpe sordo, otra vez al suelo, los dos sentados.

La observo. Los dos jadeamos. Pero hemos llegado aquí, nuestros pechos suben y bajan exactamente al mismo ritmo. Para desmarcarme, ralentizo mi respiración y me aparto. La mantengo sentada los siguientes treinta segundos viendo cómo vuelve el

color a su cara. No hay elección: si queremos salir de aquí, tengo que darle un minuto. Lentamente, alza la cabeza.

—De verdad, Michael, yo no quería romper mi promesa.

—¿Entonces esto sucedió solo?

—No lo entiendes.

—¿No lo entiendo? Tú eres la que…

Antes de que pueda terminar, la puerta de la bolera se abre con fuerza y Trey entra trayendo un estuche y una brocha de maquillaje. Siento la tentación de sentirme aliviado, hasta que veo quién llega tras él: Susan Hartson. A pesar de la laca atómica, su pelo castaño claro rebota con rabia contra sus hombros, y a la luz fluorescente de la bolera el pastel de maquillaje de su cara ya no logra ocultar la dureza de sus rasgos. Negándose a tocar algo, entra en la bolera como una madre entraría en un club juvenil.

—¿Podrá llegar? —brama.

—Acaban de meter la introducción —me dice Trey, apresurándose—. Tenemos tres minutos.

Pongo a Nora sobre sus pies, pero sigue sin equilibrio. La sujeto y la dejo recuperarse un segundo. Está arrimada contra mi hombro, con los brazos enganchados a mi cuello. Tras un momento, todavía colgada de mí, va ganando rápidamente la batalla de mantenerse derecha. Al mismo tiempo, la Primera Dama se abre paso, apartando a Trey, y avanza hasta quedar cara a cara con su hija. Y conmigo. Sin decir palabra, la señora Hartson se lame el pulgar y limpia, rabiosa, con su saliva los últimos restos de sangre de la nariz de Nora.

—Perdona, mami —dice Nora—. Yo no pensaba…

—Cállate. Ahora, no.

Noto que Nora se tensa. Sin siquiera respirar, ya se sostiene por su cuenta. Levanta la barbilla y mira a su madre a los ojos.

—Ya podemos ir, mami.

Siguiendo el olor ácido, la Primera Dama contempla mi camisa vomitada y luego, sin mover la cabeza, levanta la mirada para clavármela en los ojos. No sé muy bien si me está culpando o solamente estudiando mi rostro. Finalmente, me espeta:

—¿Cree que podrá hacerlo?

—Lleva años haciéndolo —le replico.

—Señora Hartson —interviene Trey—, todavía podemos…

—Dígales que vamos para allá —dice la Primera Dama sin apartar los ojos de mí.

Trey corre a la salida. La Primera Dama se vuelve hacia su hija, la coge por el brazo y tira de ella hacia la puerta. No hay tiempo para despedidas. Nora sale la primera y la señora Hartson detrás. Yo me quedo allí de pie.

Una vez que se han ido, miro para atrás y veo el bolso de Nora en la mesa de

anotaciones. Qué jodida estupidez. Meto otra vez las llaves y los pañuelos dentro y veo el tubito plateado que parece un lápiz de labios. Si lo dejo por ahí, alguien lo encontrará. Bien… puede que ésta sea la mejor forma de ayudarla. Durante un minuto entero me quedo inmóvil, calculando mentalmente las consecuencias. Esto no es un rumor sobre asientos traseros en Princeton. Esto son drogas en la misma Casa Blanca. Mis ojos se clavan en el tubo brillante, observando cómo reluce con el reflejo de las luces del techo. Tan pulido, tan perfecto en su curva convexa, es como si viera una versión troquelada de mí mismo. Yo. Todo está en mis manos. Lo único que tengo que hacer es herirla.

Eso es.

Como un niño pequeño que juega a las canicas, levanto el tubo de Nora, lo aprieto en el puño y, con una breve oración, me lo meto bien dentro del bolsillo del pantalón, rezando para que no sea éste el momento que en el futuro recordaré siempre con pesar.

Una breve escala en el servicio de caballeros para mandar lo que queda del Especial K de Nora por la tubería antes de dirigirme por fin otra vez a la oficina. La hora siguiente la paso con los ojos pegados al pequeño televisor. Las bromas de Hartson deben de haber funcionado, porque Stulberg abrió hablando sus buenos dos minutos, con lo que Nora tuvo tiempo suficiente para cambiarse de vestido y ponerse un poco de colorete en las mejillas.

Como era de esperar, la mayor parte de las preguntas son para el Presidente, pero Stulberg no es ninguna idiota. Los Estados Unidos aman la familia, y por eso la sexta pregunta va para Nora. Y la séptima. Y la décima. Y la undécima. Y la duodécima. A cada una de ellas, contengo el aliento. Pero pregunten lo que pregunten, ya sea sobre si está indecisa ante los planes para el posgrado, o qué se siente al volver a vivir en la Casa Blanca, Nora lo encaja. Algunas veces vacila, otras se coloca el pelo detrás de la oreja, pero en todas las respuestas es toda aplomo y sonrisas, nunca discute. Hace incluso una broma con eso de que la llamen «la primera pasota», sutil momento de humildad que hará babear a los santones de las tertulias televisivas del domingo que se desharán en elogios.

A las nueve en punto se ha acabado y yo estoy verdaderamente atónito. De alguna manera, y como siempre, Nora lo superó… lo que significa que en cualquier momento alguien…

—¿Qué medalla me merezco? —pregunta Trey al abrir la puerta de mi despacho —. ¿El corazón púrpura? ¿La medalla de honor? ¿La cinta roja al valor?

—¿Cuál es la que te dan cuando te pegan en la barriga?

—El corazón púrpura es para cuando te hieren.

—Entonces, ésa es la tuya.

—Estupendo. Gracias. Tú también te ganas una.

Trey se acerca al sofá y se deja caer en él. Ambos mantenemos un silencio mortal. Ninguno de los dos tiene que decir ni una palabra.

Finalmente, sin embargo, acabo por ceder.

—¿Te dijo algo la Primera Dama?

—Como si nunca hubiera sucedido —contesta, meneando la cabeza.

—¿Y Nora?

—Me sopló un «gracias» al salir. —Se sienta muy derecho y añade—: Déjame que te diga una cosa, amiguito: esa chica es la reina de los psicópatas, ¿sabes qué quiero decir?

—No quiero comentarlo.

—¿Por qué? ¿Tan ocupado estás de repente?

Llaman con fuerza a la puerta. Miro a Trey.

—¿Quién es? —pregunto.

La puerta se abre y una figura familiar aparece. La boca se me seca. Trey ve mi expresión y vuelve la vista.

—Hola, Pam —dice displicentemente.

—Buen trabajo con la entrevista —responde ella—. Todavía lo están celebrando en la Sala Diplomática. Hasta a Hartson se lo veía relajado.

Trey no puede evitar estar radiante. Mis ojos siguen fijos en Pam. En su sonrisa puedo ver que no tiene ni idea de lo que nosotros hemos visto. Ni de lo que sabemos.

—¿Qué hay por ahí? —pregunto.

—Nada —responde—. Por cierto, ¿habéis visto la encuesta en directo que hizo la NBC con el *Herald*? Después de la entrevista, preguntaron a cien alumnos de quinto grado si les gustaría ser Nora Hartson. Diecinueve dijeron que sí porque podrían conseguir todo lo que quisieran. Ochenta y uno, que no, porque no merecía la pena tanto dolor de cabeza. ¿Y dicen que nuestra política educativa no tiene eficacia? Por favor… si ochenta y uno de ellos son Einsteins.

Evito responder para que las cosas sigan tranquilas.

—Trey, ¿no tienes que llevar a la señora Hartson a ese acto de recogida de fondos?

—No.

Tiene la esperanza de quedarse y presenciar el espectáculo. Le lanzo una mirada.

—¿No tienes un hobby o algo en lo que tuvieras que estar trabajando?

—¿Hobby? —exclama con una carcajada—. ¡Yo trabajo aquí!

Endurezco la mirada.

—Vale, vale, me quito de en medio —se dirige hacia la puerta y añade—: Me alegro de verte, Pam.

La liebre se ha levantado. Pam sabe que pasa algo.
—¿De qué se trata? —pregunta.
Espero a que Trey cierre la puerta. Desaparece con un portazo. Allá vamos.

Capítulo 28

—¿Qué pasa aquí? —pregunta Pam, plantada frente a mi mesa.

No sé muy bien por dónde empezar.

—¿Tú has… alguna vez has…?

—Suéltalo, Michael…

—¿Has estado escuchando por mi línea de teléfono?

Suelta su cartera y la deja caer al suelo.

—¿Perdón?

—Dime la verdad, Pam, ¿has estado escuchando?

Al contrario que Nora, Pam no estalla. Más bien, se queda confusa.

—¿Cómo iba a poder escuchar?

—He oído tu teléfono… y he visto que funciona.

—¿De qué…? ¿Qué teléfono?

—¡El teléfono de la antesala!

—¿De qué estás hablando?

Salgo de detrás de la mesa y me precipito por la antesala al despacho de Pam. Descuelgo el teléfono y marco mi extensión. Dos teléfonos suenan simultáneamente. El de mi despacho y el del escritorio pequeño de la antesala.

—¡Son la misma línea! —exclamo—. ¿De verdad pensabas que no iba a darme cuenta de que tenías el timbre en *off*?

—Michael, te juro por mi vida que si son la misma línea yo no lo sabía. Tú me has visto cuando estaba sentada ahí, sólo para hablar por teléfono.

—Ésa es la cuestión.

—Espera un minuto —dice empezando a molestarse por fin—. ¿Crees que fingía las conversaciones? ¿Que era alguna especie de complot secreto para engañarte?

—Dímelo tú. Tú eras la única que hablaba por ese teléfono.

—¿Por el…? No puedo creerlo, Michael. Después de todo lo que te he… ¿Quién te contó ese cuento? ¿Nora?

—A ella no la metas en esto.

—No me digas lo que tengo que hacer. Da igual lo que vieras hacer a Simon, el mundo no se ha confabulado contra ti. Sabes perfectamente cómo funciona aquí el sistema, sigue siendo el gobierno federal. Puede que las líneas se cruzaran cuando estuvieron arreglándolo.

—Y puede que haya estado así todo el tiempo.

—¡Deja de decir eso!

—Entonces dime la verdad.

—¡Ya te la he dicho, coño!

—¿Y ya está? ¿Las líneas eran distintas y cuando las arreglaron la última vez

cruzaron la tuya con la mía?

—¡No sé qué más quieres que te diga! ¡Yo no lo sabía!

—¿Y nunca estuviste escuchando?

—¡Nunca! ¡Ni una sola vez!

Ver cómo se pone furiosa no me facilita las cosas.

—¿Entonces puedo aceptar tu palabra?

—Michael, soy yo —dice dando unos pasos hacia mí.

—Contesta la pregunta.

Sigue sin poder creerlo.

—Yo nunca te mentiría —insiste—. Nunca.

—¿Estás segura?

—Lo juro.

Ella se lo ha buscado. La miro directamente a los ojos y se lo suelto:

—Entonces, ¿por qué no me contaste que Caroline tenía tu expediente?

Pam se queda clavada en el sitio. Es demasiado lista para acercarse más.

—Venga, Pam, ahora eres un pez gordo, ¿qué responde el pez gordo?

Se niega a responder y aprieta la mandíbula en silencio.

—Te he hecho una pregunta.

Más silencio.

—¿Has oído lo que te he dicho, Pam? Te pregunté…

—¿Cómo averiguaste que lo tenía? —su voz es apenas algo más que un susurro —. Dime quién te lo dijo.

—No importa quién me lo dijo, pero…

—¡Quiero saberlo! —exige—. Fue Nora, ¿verdad? Siempre anda revolviendo…

—Nora no ha tenido nada que ver. Y aunque lo hubiera tenido, eso no cambia las cosas. Así que, ¿por qué tenía Caroline tu expediente?

Empieza a pasear por la antesala y se apoya contra la mesita del fax. Se inclina hacia adelante, se pone una mano en un costado como si le doliera el estómago. Es una postura fetal en vertical.

—Sabía que era ella —dice—. Lo sabía.

—¿Sabías que era quién?

—Caroline. Era la que tenía acceso. Sólo que yo no quería creérmelo.

—No te entiendo. ¿Qué hay en el expediente?

—En el expediente no hay nada. No era así como trabajaba.

—Deja ya de ser tan críptica, Pam, y dime qué coño hacía.

—Doy por hecho que sacaba aparte la letra pequeña. Era lo que mejor hacía. Quiero decir, no es como si en tu expediente dice «hijo movió hilos para padre retrasado». Probablemente ella simplemente se dio cuenta de que las instituciones en que estaba tu padre eran residencias de grupo. Con un poquito más de trabajo de

investigación, ya tenía todo lo que necesitaba.

—¿Y entonces qué es lo que había en tu letra pequeña?

—Tienes que comprenderlo, fue nada más empezar, todavía estaba…

—Dime lo que hiciste —insisto.

Hace una pausa, cierra el puño y se golpea suavemente con los nudillos varias veces en la mejilla. Penitencia.

—¿Me prometes que no se lo contarás a nadie?

—Pam…

Me conoce perfectamente. Al final, pregunta:

—¿Te acuerdas de en qué estaba trabajando Caroline cuando yo llegué?

Me quedo pensando unos segundos y luego niego con la cabeza.

—Una pista, cuando Blake anunció que dimitía…

—… Kuttler fue nominada. Iba a ocupar el puesto de Blake en el Tribunal Supremo.

—Eso es —dice Pam—. Y ya sabes lo que pasa cuando un magistrado renuncia a su puesto. Cualquier abogado que se precie empieza a pensar que es el más guapo. Así que cuando el Gabinete empezó a revisar en la lista de nominados, nos tocó a nosotros hacer las comprobaciones. Por esa misma época me cayó el primer plazo del crédito escolar para la Facultad de Derecho. Tenía un crédito de noventa mil dólares, o sea que más de mil dólares al mes. Añádele a eso el primero y el último mes de alquiler del apartamento al que acababa de trasladarme, más el depósito de la fianza, más los plazos del coche, más el seguro, más la tarjeta de crédito, más el hecho de que tardas un mes en cobrar la primera paga… llevaba aquí nueve días en total y ya estaba hasta el cuello. Y de pronto, se pone en contacto conmigo una periodista del Washington *Post* que se llama Inez Cotigliano.

—Ésa es la chica que…

—Ya sé quién es, Michael. Vivía en la habitación de al lado en mi último año de universidad.

—Así que eres tú la que…

—Nunca le dije nada de ti, lo juro por la vida de mi madre. Bailamos aquella vez y nada más. Créeme, para mí fue más que suficiente.

—Te escucho —le digo, cruzando los brazos.

—De todos modos, como yo revisaba a todos los posibles nominados para el Supremo, Inez, como cualquier reportero hambriento de esta ciudad, intentaba descubrir quiénes estaban en la lista restringida.

—Pam, no me digas que tú…

—Me ofreció cinco mil dólares por confirmarle que Kuttler era la que estaba mejor situada. Yo no sabía qué otra cosa hacer. Todo iría bien en cuanto empezaran a venir los cheques del sueldo, pero para eso faltaban tres semanas —mientras cuenta

la historia, rehúsa mirarme.

—¿Y entonces el *Post* adelantó el dinero?

—¿El *Post*? Nunca lo hubieran permitido. Todo venía del bolsillo de Inez, se moría por tener algo grande. Su padre está metido en fondos de inversión en Connecticut. Su familia tiene la patente de la Aspirina o de algo así de absurdo.

—Pero eso era información confidencial.

—Apareció el peor día de mi vida, Michael. Y por si esto te hace sentirte mejor, yo me sentía tan destrozada por el remordimiento que acabé devolviéndole todo el dinero. Tardé casi un año.

—Pero ella tuvo la infor… —Me corto en seco. Juzgar es muy fácil; basta coger la maza. La única pega es que yo sé lo que es que te machaquen los dedos—. Debió de ser un gran día para Inez.

—Su primer trabajo en primera página, en la parte inferior, pero en la Al: «Hartson se queda con tres: Kuttler va primera». Pero no importaba. El *Herald* les ganó la baza. Sacaron una historia parecida el mismo día, lo que supongo que significa que yo no era la única que filtraba cosas.

—Eso no es más que buscar excusas y tú lo sabes.

—No llegué a darle nada concreto; sólo le dije quién estaba mejor situado.

—Entonces, ¿qué pasó? ¿Caroline lo descubrió?

—Tardó menos de una semana —dice Pam—. Al repasar mi expediente, probablemente se fijó en la conexión. Inez Cotigliano. Vecina en el colegio. Periodista nueva. En cuanto lo descubrió, podía haberme despedido, pero su norma era mantener a su alrededor a la gente con problemas y cobrar por sus secretos. Y en cuanto quise darme cuenta, estaba atrapada en su red.

—¿Cómo lo hacía?

Por primera vez desde que empezamos a hablar, Pam me mira. En sus ojos se ve el miedo a ser juzgada.

—¿Cómo lo hacía? —repito.

—Cuatro días después de publicarse la noticia, recibí un anónimo pidiéndome que pagara diez mil dólares. En dos pagos. Con seis meses de diferencia. —Con aspecto cansado, se sienta—. Me pasé varios días sin dormir. Cada vez que cerraba los ojos, te aseguro, todavía lo veo: todo aquello por lo que había luchado colgando justo allí delante de mí. Y me encontraba tan mal que empecé a escupir sangre. Pero al final… no había manera de impedirlo… y no podía permitirme empezar de nuevo. —Se tapa los ojos con las manos y se frota la parte alta de la frente haciendo círculos lentos, tensos—. Dejé el dinero en una taquilla de Amtrack en la estación Union.

—Creí que no tenías con qué…

—Vendí el coche, fui haciendo de morosa con el préstamo, y saqué el máximo de efectivo autorizado de todas las tarjetas de crédito que conseguí. Mejor ser poco

solvente que no tener futuro profesional.

Dice algo más, pero ya no la escucho. Una oleada de ira rompe contra la base de mi cráneo. Hasta los dedos de los pies se me tensan.

—¿Qué? —me pregunta al ver la rabia en mi rostro.

—¡Tú lo sabías! —rujo—. ¡Sabías todo el tiempo que era ella la del chantaje!

—Pero eso no…

—¡Y me mandaste directamente a verla! Cuando vine el primer día y te pregunté si Caroline era de fiar, ¡me dijiste que sí! ¿Qué coño estabas pensando?

—Tranquilízate, Michael.

—¿Por qué? ¿Para que así puedas seguir con más medias verdades? ¿O para servirme a Inez en bandeja? ¡Me has mentido, Pam! ¡Me mentiste con lo del teléfono, me mentiste en lo del expediente y me mentiste en lo de Caroline! Piénsalo por una vez: si yo no hubiera ido a verla aquel día, nada de esto… —Una vez más me interrumpo y miro atentamente a Pam. Inclinando la cabeza veo cambiar el prisma. Ella sabe lo que pasa por mi mente.

—Espera un momento —me interrumpe—. ¿Tú piensas que yo…?

—¿Me estás diciendo que me equivoco?

—¡Estás como una cabra, Michael! ¡Yo no la maté!

—Tú lo has dicho, no yo.

—¡Nunca le hice nada! ¡Nunca! —insiste—. Lo juro, ¡yo creía que era mi amiga!

—¿De verdad? ¿Así que todos tus amigos te sacan grandes cantidades de dinero por chantaje? Porque si ése es el caso, me vendrían bien unos miles extra. En billetes pequeños, por supuesto.

—Eres un gilipollas.

—Llámame lo que quieras, por lo menos yo no te estoy exprimiendo para sacarte dinero. Quiero decir, que si eso es un amigo, no resistiría ver a tus enemigos.

—Nunca tuve enemigos. Por lo menos hasta ahora.

—¿Y qué me dices de…?

—¿No lo entiendes, Michael? ¿Ni siquiera me has escuchado? Todo lo que yo tenía era una nota y un lugar. Nunca supe quién era.

—Pero tú sabías que Caroline tenía acceso a los expedientes.

—Eso no importaba, era… —se interrumpe—. Era como de mi familia.

Me lleva un segundo procesar esa información.

—¿Así que nunca sospechaste de ella?

—Sospeché de ti antes que de ella.

No estoy muy seguro de cómo debo reaccionar ante esto.

—Además —continúa Pam—, no hacen falta los archivos del FBI para descubrir que Inez y yo fuimos juntas a la escuela. Imaginé que alguna otra persona había sumado dos y dos y entonces investigó por su cuenta.

—Pero bueno, ¿no te pareció raro cuando Caroline apareció muerta con treinta mil billetes en la caja fuerte y todos nuestros expedientes sobre la mesa? Es decir, que si andas buscando a un chantajista…

—Te juro que fue lo primero que pensé. Pero hasta ese momento yo no había ni alzado una ceja de interrogación.

—¿Alzar una ceja? ¡Si es como una huella de ADN, lo único que le faltaba era sangre en la punta de los dedos y un tatuaje en la frente que dijera «matamos por dinero»!

—¡No hagas chistes con esto!

—¡Entonces deja de hacer el tonto! Una vez muerta Caroline, tú sabías que ella era la chantajista. Yo llevo todo este tiempo husmeando como un loco y tú no me das ni una pista. ¡Ni una!

—Tú ya lo sabías, Michael.

—Yo no…

—¡Lo sabías! —exclama con rabia renovada—. Lo dijiste la noche que cenamos comida tailandesa. Te preguntabas si a Simon le estarían haciendo chantaje.

—Y tú podrías haberme respondido: «¡Sí! ¡Probablemente, sí! ¡Igual que a mí!». Y en vez de eso dejaste que me reconcomiera.

—¿Cómo te atreves a decir eso? ¡He estado de tu parte desde el mismo momento en que empezó todo!

—¿Entonces por qué no me contaste lo que había pasado con Inez?

—¡Porque no quería que lo supieras! —grita con voz que retumba por todo el despacho—. ¡Ya está! ¿Esto es lo que quieres? Yo me sentía mortificada cuando sucedió, me daba náuseas.

Y entonces, como si aquello solo no fuera lo bastante malo, Caroline se aprovechó de mi peor momento y me humilló con ello.

Y tú tendrías que ser el que mejor lo entendiera de todos; es mejor guardar la ropa sucia en el armario.

—Sigo sin…

—Eso es lo único que te he ocultado, Michael. Mi ojo morado particular. De lo demás te dije la verdad. Y si tú no te hubieras olido el chantaje por tu cuenta, yo te lo hubiera puesto delante de los ojos.

—Pero aun así, echaste a Inez sobre mí.

—Eso no te lo crees ni por un momento.

Tiene razón. Era un farol para ver cómo reaccionaba. Por lo que veo, pasa.

—¿Entonces nunca has hablado de esto con Inez?

—Me llamó el día después de que ocurrió. Y le conté menos incluso que a los del FBI. Puedes creerme, si hubiera querido joderte, hubiera hecho lo más fácil de todo.

—¿Como qué?

—Les hubiera contado lo tuyo —dice clavándome la mirada en los ojos—. Con Nora. De eso podría haber sacado por lo menos veinte mil.

Ya estamos. Sinceridad guerrillera. Si no resultase tan desconcertante, probablemente me echaría a reír. Vuelvo a preguntar:

—¿Entonces nunca supiste que era Caroline quien exigía dinero?

—No creo que lo pensara nadie. Repásalo, ¿por qué iba a dejar Simon aquel dinero en el bosque? Si hubiera sabido que era Caroline, le habría pagado cara a cara.

No es una mala teoría.

—Tal vez por eso la mató. Cuando fue a contarle a ella el cuento de su versión de la historia, Caroline le hizo algún comentario malicioso y se dio cuenta de que ella era la señorita Dineros.

—Pero ¿matarla por eso? No te ofendas, pero ¿y qué? Ella sabe que es gay. ¿Le importa a alguien?

—Seguro que a Simon, no. Si le importara, nunca hubiera aparecido sin disfraz en un bar gay. Que es por lo que creo que hay algo más que la cuestión gay, no te olvides que Simon tiene mujer y tres hijos. Cualquiera que sea tu opinión, eso no deja de destrozar una vida.

Nos quedamos los dos sentados en silencio, moviendo la cabeza con asentimiento. En un momento, dice Pam:

—Yo sigo pensando que Caroline sabía algo de Nora.

—No quiero hablar de eso.

Pam hace una pausa y continúa:

—Y si no hubiera muerto, apuesto a que te hubiera hecho chantaje a ti. Y que por eso tenía tu expediente.

—Eso nunca lo sabremos —digo, alegrándome de cambiar de tema—. Era su secreto.

—Hablando de secretos, ¿qué pasa con el mío? —pregunta Pam, saltando sobre su propio tema—. ¿Tienes previsto delatarme?

—Tú ahora eres la nueva Reina de la Ética. ¿Tienes pensado trasladar a mi padre?

Nos miramos durante un buen rato y luego bajamos las cabezas con una torpe inclinación de alivio.

—¿Puedo hacerte una última pregunta? —añado al ver que se gira para marcharse —. ¿Qué ha pasado con el expediente de Vaughn del FBI? Dijiste que nos lo ibas a conseguir.

—Creí que lo habías conseguido a través de Lamb.

—Pues sí. Sólo quería saber por qué no lo conseguí gracias a ti.

Su sonrisa desaparece tal cual. Su entrecejo se tensa y la boca se entreabre de dolor. No, no dolor. Tristeza. Decepción.

—Sigues pensando que yo… después de lo que acabamos de… —la voz vuelve a

arrastrarse.

—¿Qué? ¿Qué ibas a decir?

Ha terminado de darme respuestas. Se precipita hacia la puerta principal de la oficina, tapándose la boca con la mano y conteniendo las lágrimas.

—He hecho cuanto he podido, Michael.

Estoy a punto de seguirla cuando me interrumpe el timbre del teléfono. Resuena simultáneamente en mi despacho y en la antesala. Miro el identificador de llamadas. Llamada exterior. A unos pocos metros, Pam coge la puerta y la abre. Dentro de un segundo se habrá ido. Es difícil, pero elijo esto.

—Aquí Michael —digo al descolgar el teléfono.

Pam sale y la puerta se cierra con un tremendo portazo. Cierro los ojos con fuerza para combatir el ruido.

—¿Preparado para poner cara de miedo? —pregunta una voz excitada al otro lado del teléfono.

Lo reconozco al instante. Vaughn.

—¿Está usted loco? —exclamo—. Podrían estar…

—Tardan ochenta segundos en pillar una llamada. No van a encontrar nada.

—Más vale que sea algo bueno.

—¿Iba a incordiar yo, si no?

Ignoro la pregunta y señalo…

—Veinte segundos.

Va directo al asunto.

—Pues empecé a preguntar a los colegas sobre tu amiguita, ésa, ya sabes, la del papi que manda.

—Entendido —digo, cortante.

—Encontré un par de tíos que la conocen. Parece que sigue con algún problemita de garganta, nariz y oídos… mayormente nariz. Y, ¿cuestión Especial K? Anda comprando como si estuviera en rebajas, un colega de mi colega Pryce dice que es lo que más les va.

—¿Les? ¿Quiénes son esos les?

—Mira, ahí es donde aprieta el zapato —dice con voz que se pone seria—. Es demasiado lista para ir a comprar los caramelos ella, así que manda al novio a buscarlos.

—¿Qué novio?

—Por eso llamo, chaval. Me parece que aquella noche del bar te liaron un poco. Aquí, según mi fuente principal, y que lo jura por la vida de su primo, ésa es la verdad…

—Dígame quién es —le exijo.

Me lo lanza directo al estómago.

—No es fácil de decir, Michael. Parece que anda durmiendo con el viejo. Tu jefe favorito.

Simon. No… no puede… Me quedo sin aire tan de repente que casi dejo caer el teléfono. El brazo se me queda tonto y se me cae por el costado. No puede ser.

—Ya sé —dice Vaughn—. Te dan ganas de ir a buscar consuelo, ¿eh? —Antes de que pueda contestar, añade—: Mi colega dice que la primera vez que lo vio pensó que iba de tapadillo, como que no vemos la CNN ni nada. De todos modos, lo sacaron porque estaba preocupado por si lo seguían. Cuando terminaron el negocio, se volvió a su coche y uno de mis chicos que estaba para dar el agua jura que ve a Nora embutida en el asiento de delante. Un buen beso en los labios cuando llega papi, se le tira encima. Y cuando pasan atrás, acción total, tío. Se la hace allí mismo, apretando contra la ventanilla. Mi hombre dice que ella también es fina. Le gusta que se la metan…

—No quiero oírlo.

—Seguro que no, pero si ella anda tirándose a tu patrón, tienes que saber por dónde andan. O sea, que mejor que busquemos un momento para juntarnos.

—¿Y qué hay de si…?

—Diez segundos —interrumpe—. Apunta. Del viernes en una semana. Siete tarde. Woodley Park Marriott, sala Warren. ¿Lo tienes?

—Sí, ya…

—Cinco segundos. Nos sobra.

—Pero si…

—El viernes que viene, Mikey. Valdrá la pena. —Suena un clic y ya no está.

A solas en la antesala, el silencio me aplasta. No tiene el menor sentido. Si ella… pero no puede. No hay manera. Con el puño apretado, repiqueteo con los nudillos sobre la mesa. No puede ser. Pego un poco más fuerte. Más fuerte. Más fuerte. Golpeo sobre el escritorio hasta que tengo los nudillos despellejados. El del medio está empezando a sangrar. Igual que la nariz de Nora.

Buscando respuestas vuelvo a leer la nota que había tomado. Una semana después del viernes. 19.00 h. Woodley Park Marriott, sala Warren. No consigo sacudirme la náusea que me ahoga, pero me acuerdo de lo que me dijo justo antes de separarnos en el cine. Resta siempre siete. Siete días, siete horas. En un parpadeo, las siete de la tarde se convierten en las doce del mediodía. Una semana a partir del viernes se convierte en este viernes. Mañana. Mañana a mediodía en el Woodley Park Marriott. La clave fue idea de Vaughn. Si el FBI fue capaz de llegar tan cerca de nuestro encuentro en el zoo, necesitaremos algo más que un vendedor de palomitas para conseguir privacidad. Aprovecho los segundos extra para apuntar la hora corregida. Me meto el papel manuscrito en el bolsillo y vuelvo rápidamente a mi despacho y a la única persona que puede resolver mis preguntas.

Según la tostadora, Nora está en la Residencia, pero una llamada de teléfono a su habitación indica otra cosa. Repaso mi copia del horario presidencial y veo por qué. Dentro de quince minutos, la Primera Familia se va de viaje para pasar toda la mañana de mañana en un desayuno de campaña para recaudar fondos. Nueva York y Nueva Jersey. Cinco paradas en total, incluida la noche. Echo una ojeada al reloj y luego otra vez al horario. Si corro, todavía puedo pillarla. Salgo zumbando del despacho. Tengo que saberlo. Pero cuando abro la puerta principal veo que hay alguien que se interpone entre el pasillo y yo.

—¿Cómo andamos? —pregunta el agente Adenauer—. ¿Le importa si entro?

Capítulo 29

—¿Cómo es que está sin aliento? —me pregunta Adenauer mientras entra detrás de mí en la antesala—. ¿Está preocupado por algo?

—En absoluto —digo con mi mejor cara de valiente.

—¿Qué hace por aquí tan tarde?

—Eso mismo iba a preguntarle a usted.

Continúa avanzando y empujándome hacia mi despacho. Me planto firme en la antesala.

—¿Y adonde iba tan de prisa? —pregunta.

—Iba a presenciar la salida. Despegan dentro de diez minutos.

Se queda pensando mi respuesta, fastidiado de que haya sido tan rápida.

—¿Podemos sentarnos un momento, Michael?

—Me gustaría, pero estoy a punto de…

—Me gustaría que hablásemos de mañana —ni pestañea.

—Vamos —digo, volviendo hacia mi despacho. Me dirijo a mi mesa; él se va al sofá. Eso ya no me gusta. Se pone demasiado cómodo—. ¿Y cómo le va todo? —le pregunto, intentando adelantar las cosas.

—Nada —dice fríamente—. He estado mirando esos expedientes.

—¿Encontró algo interesante?

—No me había dado cuenta de que usted había estado primero en Medicina —dice—. Es usted un hombre de muchas facetas.

Estoy preparado para replicar, pero eso no me llevará a ninguna parte. Si lo que quiero es convencerlo de que no haga público el asunto mañana, hará falta cierta sinceridad.

—Ése es el sueño de cualquier niño que tiene unos padres enfermos —le digo—. Ser médico, salvarles la vida. El único problema era que yo no pude soportarlo ni un minuto. No me gustan las pruebas con respuestas exactas. A mí que me den ensayos todos los días.

—Aun así, aguantó usted hasta segundo curso, incluso aprobó Fisiología.

—¿Adónde quiere ir a parar?

—A ningún sitio. Sólo me preguntaba si alguna vez le explicaron algo sobre inhibidores de la monoaminaoxidasa.

—¿De qué está hablando?

—Es asombroso, la verdad —me interrumpe—. Tenemos dos medicinas que por separado son inocuas. Pero que si se mezclan… bueno, digamos simplemente que no es nada bueno. —Me observa con atención un tanto exagerada. Allá va—. Déjeme ponerle un ejemplo —continúa—. Supongamos que es usted candidato a tomar el antidepresivo Quarnil. Le dice a su psiquiatra que se encuentra mal; le receta eso y se

encuentra usted mejor de repente. Problema resuelto. Naturalmente, tiene que leer el prospecto como con cualquier otra droga. Y si se lee el del Quarnil, verá que mientras se está tomando hay que abstenerse de un montón de cosas: yogur, cerveza y vino, arenques en conserva… y de una cosa llamada seudoefedrina.

—¿Seudo qué?

—Qué gracioso, es justo lo que pensé que diría. —Pierde la sonrisa y añade—: Sudafed, Michael. Uno de los descongestivos más vendidos en el mundo. Si lo mezclas con Quarnil te vas al suelo más de prisa que con el freno de emergencia de un tren de gran velocidad. Derrame instantáneo. Lo más curioso de todo es que en apariencia parecerá un vulgar ataque al corazón.

—¿Está diciendo que así murió Caroline? ¿Por una mezcla de Quarnil y Sudafed?

—Es sólo una teoría —dice sin mucha convicción.

Le lanzo una mirada.

—Había Sudafed disuelto en su café —explica Adenauer—. Una docena de pastillas, a juzgar por la potencia de la muestra que sacamos. Ella ni se enteró.

—¿Y el Quarnil?

—Llevaba años tomándolo. Desde que empezó a trabajar aquí. —Hace una pausa —. Quienquiera que hiciera esto había hecho sus deberes, Michael. Sabían que tomaba Quarnil. Y tenían que tener algo más que nociones básicas de fisiología.

—¿Así que ésa es su gran teoría? ¿Cree que me enseñaron eso en Michigan? «Veneno 101: cómo matar a sus amigos con productos caseros».

—Eso lo dice usted, no yo.

Los dos sabemos que es una teoría chapuza, pero si ha estado repasando mi expediente de la universidad, quiere decir que están destripando mi vida entera. Duro.

—Llevan un camino equivocado —le digo—. Yo no ando jugando con drogas. Nunca lo he hecho y nunca lo haré.

—Entonces, ¿qué estaba haciendo ayer en el zoo? —Esto es lo que estaba esperando. Entro directamente al trapo.

—Viendo los monos —digo—. Es sorprendente lo de ahora, todos llevan walkie-talkies.

Mueve la cabeza con desaprobación paternal.

—No tiene ni idea de con quién anda en tratos, ¿verdad? Vaughn no es simplemente un matón de pueblo. Es un asesino.

—Sé lo que me hago.

—Yo no estoy tan seguro. Lo cortaría en rebanadas sólo por divertirse. Ya ha oído lo que le hizo a su compinche Morty, una cuerda de piano por el…

—No creo que fuera él.

—¿Eso es lo que le dijo Vaughn?

—Es sólo una teoría —digo.

Se levanta del sofá y viene hacia mi mesa.

—Déjeme que le pinte un cuadrito, Michael. Usted y Vaughn están al borde de un precipicio. Y la única salida para ponerse a salvo es un puente movedizo de bambú que cruza al otro lado. El problema es que el puente sólo resiste el paso de una persona más. Y después se vendrá abajo, caerá al cañón. ¿Sabe qué viene después?

—Déjeme adivinarlo: Vaughn cruza corriendo.

—No. Lo apuñala por la espalda, coge su cantimplora, le vacía la cartera y después cruza corriendo. Y partiéndose de risa.

—Es una analogía de lo más rebuscado.

—Sólo intento ayudarlo, Garrick. De veras. Según los testigos, usted fue el último que la vio. Y según el informe de tóxicos, la mató alguien que sabe de drogas. Y según los registros del SETV, usted autorizó la entrada de Vaughn. Así que no me importa qué arreglito tiene con Nora, de cualquier modo, los tengo a él y a usted relacionados. Y al borde del precipicio. ¿Qué quiere hacer?

No contesto.

—Lo que ellos le digan son embustes. Usted les importa un bledo, Michael.

—¿Y a usted no?

—A pesar de lo que se cree, no quiero verlo tirar su vida por la borda en este asunto, me inspira respeto cómo llegó hasta aquí. Pónganoslo fácil y le prometo que yo se lo pondré fácil a usted.

—¿Qué quiere decir con «ponerlo fácil»?

—Ya sabe qué andamos buscando. Probar la relación de Nora con Vaughn, consumidor de drogas con traficante de drogas con muerte relacionada con drogas. Denos eso y listos.

—Pero si no…

—No me diga que no se conocen, estoy harto de esa mierda. Si usted no nos facilita relacionar a Nora con Vaughn, entonces utilizaremos la relación de Vaughn con usted.

—¿Aunque sepan que no es verdad?

—¿Que no es verdad? Garrick, la única razón por la que estoy retrasando tanto esto es porque se trata de la hija del Presidente, y las evidencias tienen que ser a prueba de bomba. Si no puedo pillarla a ella, sin embargo, ya se lo he dicho, estaría encantado de empezar con usted. Mire, una vez que todo salga a la luz y la prensa se entere de con quién anda ligando no hace falta ser un genio para adivinar el resto. Puede que así nos lleve un paso de ventaja, pero Nora no irá a ninguna parte. —Aprieta las puntas de los dedos con fuerza hacia mi mesa y se inclina hacia mí—. Y a menos que nos dé esa pista, usted tampoco.

Se aparta. Me he quedado sin habla.

—Todavía puedo ayudarlo, Michael. Tiene usted mi palabra.

—Pero si yo…

—¿Por qué no lo piensa esta noche? —sugiere. No me cambia el plazo, pero yo sigo necesitando aplazarlo, hasta después de reunirme a mediodía con Vaughn.

—¿No puede darme por lo menos hasta mañana a última hora? Hay una última cosa que quiero preguntarle a Nora. Si tengo razón, lo entenderá usted. Si estoy equivocado y no saco nada… puede usted ponerme un buen lazo rojo y yo me ofreceré personalmente a la prensa.

Se toma un momento para pensarlo. Una promesa con resultados reales.

—Mañana a las cinco —dice finalmente—. Pero recuerde lo que le he dicho: Vaughn sólo está buscando otro primo. En cuanto lo tenga a usted bien pillado, se escabullirá.

Asiento con la cabeza mientras él se va hacia la puerta.

—Lo veré mañana a las cinco.

—A las cinco en punto. —Está a punto de irse cuando se gira con la mano todavía en el pomo de la puerta—. Por cierto —dice—. ¿Qué le ha parecido Nora en «Dateline»?

Se me hace un nudo en la garganta al sentir que tensa el dogal.

—¿Por qué lo pregunta?

—Por nada. Estuvo muy bien, ¿eh? Nunca se hubiera dicho que estaban ya en el margen de error… y fue como si fuera ella la que mantuviera a toda la familia unida.

Escudriño sus ojos, intentando leer entre líneas. No tiene ningún motivo para sacar a relucir las encuestas.

—Ella es fuerte cuando tiene que serlo —digo.

—Entonces supongo que eso quiere decir que no necesita mucha protección —y antes de que pueda responder, añade—: claro que tal vez lo haya entendido al revés. En esto de los medios siempre parece que las cosas son mejores de lo que son, ¿no cree? —Y con un movimiento de cabeza cómplice, se gira hacia la antesala, cierra el interruptor de la luz y sale. La puerta da un golpe tras él.

A solas en la oscuridad, me repito las últimas palabras de Adenauer. Aunque a los dos nos siguen faltando algunas piezas, él tiene las suficientes para hacerse el cuadro. Por eso ha tomado una decisión: haga yo lo que haga, para mí se ha acabado. Ahora la única cuestión es saber a quién voy a arrastrar conmigo.

Después de que se haya marchado espero un minuto entero antes de ir hacia la puerta. Al margen de lo que digan los horarios, a la hora de hacer viajes casi nada se hace a la hora. Si van con retraso, todavía puedo pillarla. Voy por mi camino habitual y cruzo hacia el Ala Oeste. Pero en cuanto me da el aire de la noche, sé que ando muy corto. No hay centinela de la infantería de marina plantado bajo la luz exterior del Vestíbulo Oeste. El Presidente no está en el Despacho Oval. Atravieso a toda

velocidad la Columnata Oeste y entro volando en el corredor de la Planta Baja. Mientras corro oigo aplausos y vítores que resuenan por el pasillo. Muy a lo lejos se oye el resoplido de un tren de vapor. Primero despacio, luego de prisa. Más de prisa. Va cogiendo velocidad, como a latidos. Rechinando. Zumbando. El helicóptero.

A la mitad del pasillo giro bruscamente a la derecha para entrar en la Sala Diplomática y me doy de bruces con la última persona que esperaba encontrar en una despedida.

—¿Adónde te diriges? —pregunta Simon sin sorpresa en la voz.

Se me tensa la mandíbula. No puedo evitar imaginármelo con Nora en el asiento de atrás. Aun así, lo rechazo.

—A ver la salida.

—¿Desde cuándo eres un turista?

No contesto. Necesito que me lo diga ella. Me giro y paso rodeándolo. Él me coge por el brazo. Es una presa firme.

—Llegas demasiado tarde, Michael. No puedes detenerlos.

—Ya veremos —digo soltándome.

Antes de que pueda contestar, sigo adelante y empujo las puertas del Pórtico Sur. En el camino hay un grupo de veinticinco personas que todavía aplauden. Los restos de la celebración Posterior a «Dateline». En el prado del Jardín Sur, el *Marine One* está a punto de despegar. Tengo que guiñar los ojos para luchar contra el viento de las aspas, y aun así veo levantarse del suelo el panzudo helicóptero color verde militar. La fuerza del viento de las aspas choca contra mi pecho como una ola, mi corbata y mi tarjeta me flamean contra el hombro. Detrás de los cristales a prueba de balas, en su asiento blindado, el líder del mundo libre nos dice adiós con la mano. Dos asientos más atrás, Nora está enfrascada en una conversación con su hermano. Levanto la cabeza y contemplo el despegue. Simon está en lo cierto. No hay manera de pararlo. Está fuera de mi control. De un golpe, las luces del helicóptero se apagan y la Primera Familia desaparece en la negrura del cielo. Como ya no queda nada que vitorear, la gente empieza a dispersarse. Y yo me quedo allí parado. Solo. De vuelta a un mundo de uno.

—Eso es una estupidez —digo mientras la camarera nos pone una jarra de cerveza en la mesa.

—No me hables de estupideces —dice Trey, sirviéndose un vaso—. Estuve allí hoy y lo vi con mis propios ojos. Ahora lo mejor será planear el modo de salir.

Mientras dice esas palabras, mis ojos están fijos en la camarera que limpia la mesa de al lado. Como la pinza mecánica del juego de feria, va bajando el brazo y elevando después las cosas importantes: vasos, menús, un plato de cacahuetes. El resto es basura. Con un movimiento del brazo barre las botellas vacías y las

servilletas usadas para que caigan en el cubo de plástico de los desperdicios. Un movimiento rápido, y ya está. Es lo que ella hizo: tras la diversión, barrer la basura. Con todo, me niego a creerlo.

—Tal vez Vaughn estuviera equivocado. Tal vez cuando Nora vuelva…

—Espera un momento, ¿vas a darle la oportunidad de que se explique? Después de lo de esta noche… ¿has perdido la cabeza?

—No es que tenga mucha elección.

—Hay cantidad de elecciones. Montones de carritos de compra hasta arriba: odiarla, despreciarla, maldecirla, ignorarla, pretender que eres natural y aborrecerla como una…

—¡Basta! —lo interrumpo con los ojos todavía fijos en la camarera—. Ya sé que parece que… sólo que… no tenemos todos los datos.

—¿Qué más necesitas, Michael? ¡Se está acostando con Simon!

Siento una opresión en el pecho. Sólo pensarlo…

—Lo digo en serio —susurra mirando recelosamente a las mesas de alrededor—. Por eso mataron a Caroline. Descubrió que esos dos andaban de patinaje horizontal y cuando empezó a chantajearlos decidieron contraatacar. El único problema era que necesitaban alguien a quien echar la culpa.

—Yo —murmuro. Y sin duda tiene sentido.

—Piensa cómo se lo montaron. No fue una simple coincidencia que aparecieseis en el bar aquella noche; estaba preparado. Ella te llevó allí a propósito. Todo: despistar a la escolta, fingir que se había perdido… hasta coger el dinero. Todo era parte de su plan.

—No —susurro, separándome de la mesa—. Así, no.

—¿Y tú qué…?

—Vamos, Trey, no había modo de saber que la policía del distrito de Columbia iba a pararnos por exceso de velocidad.

—No, tienes razón… eso fue pura casualidad. Pero si no te hubieran parado, ella te lo hubiera colocado en el coche. Piénsalo. Lían a Vaughn y hacen que parezca que fuiste tú quien lo trajo. Cuando Caroline aparece muerta a la mañana siguiente, entre Vaughn y el dinero eres tú quien tiene la pistola humeante.

—No sé. Quiero decir, si la cosa es así, ¿por qué entonces no me han entregado? Todavía tengo la «pistola». La tiene la policía bajo custodia.

—No estoy muy seguro. Puede que estén preocupados de que los polis identifiquen a Nora. Puede que estén esperando hasta después de las elecciones. O puede que estén esperando a que lo haga el FBI por su cuenta. Mañana a las cinco en punto.

Seguimos sentados en silencio y yo contemplo mi cerveza, estudiando las burbujas que suben. Finalmente, miro a Trey.

—De todos modos, tengo que hablar con ella. —Y antes de que pueda reaccionar, añado—: No me preguntes por qué, Trey. Es sólo que… ya sé que tú piensas que es una tramposa… pero créeme, yo también sé que es una tramposa, pero que debajo de eso… tú no lo has visto, Trey. Lo único que ves es alguien para quien trabajas, pero detrás de toda esa pose de chica dura y todas esas tonterías de cara al público, en una serie distinta de circunstancias, podría ser fácilmente tú o yo.

—¿De veras? Entonces, ¿cuándo fue la última vez que nos tomamos un Especial K en la bolera?

—He dicho debajo de eso. Debajo de eso sigue habiendo una niña.

—Oye, ahora parece que seas Mitrídates.

—¿Quién?

—Un tío que sobrevivió a un intento de asesinato tomándose un poquito de veneno todos los días. Cuando finalmente intentaron envenenarlo poniéndoselo en el vino, su cuerpo ya estaba inmunizado.

—¿Y qué hay de malo en eso?

—Fíjate bien en los detalles, Michael. A pesar de que sobrevivió, había estado tomando veneno todos los días.

No puedo evitar mover la cabeza.

—Sólo quiero saber lo que me dice. Tu teoría es una entre las posibles; hay muchas otras. Que nosotros sepamos, Pam es la que…

—¿Pero qué coño te pasa? ¡Es como si siempre llevaras puesto el piloto automático!

—No lo entiendes…

—Sí lo entiendo. Y también sé lo que sientes por ella. Demonios, aunque me olvide de Nora, todavía tengo unas cuantas preguntas sobre Pam, pero da un paso atrás y ponte la ropa de razonar. Estás confiando en Nora y Vaughn, dos completos extraños que hace menos de un mes que conoces, y desconfías de Pam, una buena amiga que ha estado de tu parte durante dos años. Por favor, Michael, ¡mira los hechos! ¿No ves que no tiene sentido? Quiero decir, simplemente hoy… ¿qué estás pensando? Mi vista vuelve a la cerveza. No tengo respuesta.

El viernes a primera hora repaso de prisa los cuatro periódicos para comprobar si Adenauer mantuvo su palabra. El *Herald* trae un artículo corto sobre ciertas teorías conspiratorias que empiezan a surgir a propósito de la muerte de Caroline, pero eso era de esperar. Más importante es que Hartson subió seis puntos en las encuestas, un salto de gigante que lo sitúa por encima del margen de error. No es difícil ver por qué. La foto de portada del *Post* es una instantánea de toda la familia en «Dateline». A la derecha del todo, Nora se está riendo de un chiste de su madre. Un día más en la vida. Aparte de eso, que yo pueda ver, todo está en orden. Nada de Inez. Nada de nadie.

Ahora, todo lo que tengo que hacer es la parte difícil. Según el horario, aterrizarán en cualquier momento. Me ajusto la corbata y la aprieto un poquito más. Es el momento de ir a ver a Nora.

Una vez que el Servicio Secreto me hace señas de pasar, me dirijo directamente a su dormitorio del tercer piso. Me detengo ante la puerta con la mano preparada para llamar. La oigo hablar con alguien dentro, así que me acerco más. Pero justo cuando lo hago, se abre la puerta y aparece Nora, radiante, con una camiseta negra y unos vaqueros ajustados sujetando un teléfono móvil en la oreja y sonriéndome toda una milésima de segundo.

—Me da igual que recaude dos millones —grita por el teléfono—. No pienso cenar con su hijo.

Cuando entro levanta el dedo índice para indicarme que «un minuto».

Basándome en el horario, supongo que debe de tratarse de algún donante de las recepciones de ayer. Cuando nos conocimos, me contó que esto siempre pasa después de los actos de recogida de fondos. Cualquier patán con talonario de cheques se pone a pedir favores. Al Presidente suelen pedirle cosas de negocios. A Nora, cosas personales.

—¡Pero qué coño le pasa a esa gente! —dice por el teléfono sin dejar de andar. Me indica con un gesto que me siente en el canapé—. ¿Es que no pueden comprarse un coche blindado o algún mueble de Ralph Lauren como todo el mundo? —Con un movimiento de brazo, añade—: Diles la verdad. Diles que yo pienso que ese jefecito de Bolsa de papá es una cucaracha y que… —Hace una pausa escuchando a la persona que está al otro lado de la línea—. Me da igual que haya ido a Harvard, ¿eso qué coño tiene que…? —Se interrumpe—. ¿Sabes qué? En realidad sí que importa. Importa un montón. ¿Tienes un lápiz? Porque acaba de ocurrírseme lo que tienes que decir. ¿Apuntas? Cuando vuelvas a tener a los padres al teléfono, les dices que aunque estoy terriblemente excitada con la perspectiva de tener a su hijo entusiasmado metiéndome la lengua en la oreja, lamento no poder hacerlo. Es que cuando estaba en Princeton hice un juramento vaginal que me impide salir con dos clases de personas: la primera, chicos de Harvard. ¡Y la segunda —y aquí empieza a gritar—, hijos de padres con pretensiones, esos fanfarrones que se dan importancia y que piensan que sólo porque saben agenciarse entradas de preestreno y luego ir a los restaurantes más de moda del momento, el mundo entero tiene que llevar el precio puesto! Por desgracia, su queridísimo Jake está incluido en las dos. Atentamente, Nora. PD: Es usted una puta mierda, los Hampton están superpasados, y diga lo que diga el maître, ¡él también lo odia!

Contempla furiosa el auricular y apaga el teléfono.

—Perdona todo esto —me dice, todavía respirando fuerte.

Yo también respiro fuerte y apenas puedo oír por el estruendo de mis latidos.

—Nora, tengo algo import…

El teléfono empieza a sonar otra vez.

—¡Mierda! —exclama, cogiéndolo—. ¿Sí?

Acepta de muy mala gana una nueva ronda de apariciones para recaudar fondos mientras mis ojos van recorriendo las dos cartas enmarcadas que tiene en la mesita de noche. La primera está escrita con cera rojo brillante y dice: «Querida Nora: eres súper. Te quiere, Matt, ocho años». La otra dice: «Querida Nora: que los jodan a todos. Tus amigos, Joel & Chris». Ambas están fechadas en los primeros meses del mandato de su padre. Cuando todo era divertido.

—Tienes que estar de broma —dice por el teléfono—. ¿Cuándo? ¿Ayer?

Mientras escucha, cruza la habitación hacia un escritorio antiguo y va pasando una pila de periódicos que hay encima. Saca uno de ellos y veo que es el *Herald*.

—¿Qué página? —pregunta—. No, lo tengo aquí mismo. Gracias. Ya llamaré luego.

Deja el teléfono y va pasando páginas hasta encontrar lo que busca. Una amplia sonrisa le ilumina la cara.

—¿Has visto esto? —pregunta poniéndome el periódico delante de la cara—. Les preguntaron a cien niños de quinto grado si querían ser yo. ¿Adivinas cuántos dijeron que sí?

Niego con la cabeza.

—Ya hablaremos de eso después.

—Di una cifra.

—No quiero adivinar nada.

—¿Por qué? ¿Miedo a equivocarte? ¿Miedo a competir? ¿Miedo a…?

—Diecinueve —exclamo—. Diecinueve dijeron sí. Ochenta y uno preferían cuidar su alma.

Deja el periódico a un lado.

—Oye, perdona lo de ayer…

—¡No se trata de lo de ayer!

—Entonces, ¿por qué te comportas como si te hubiera robado el tesoro?

—¡No es momento para chistes, Nora! —La cojo por la muñeca—. Ven con…

El teléfono vuelve a sonar. Se pone tensa. Me niego a soltarla. Nos miramos.

—¿Te estás acostando con Edgar Simon? —le espeto.

—¿Qué? —Detrás de ella el teléfono sigue sonando.

—Lo digo en serio, Nora. Dímelo a la cara.

Nora cruza los brazos y me mira sin expresión. El teléfono acaba por abandonar. Entonces, como desde ninguna parte, Nora se echa a reír. Se ríe con su risa profunda, auténtica, de niña; la risa más sincera y libre que hay.

—No es ningún juego, Nora.

Sigue riéndose, boqueando, va cediendo. Luego me mira a los ojos.

—Vamos, Michael, no puedes…

—Quiero una respuesta. ¿Te estás acostando con Simon?

La boca se le cierra al fin.

—Lo preguntas en serio, ¿verdad?

—¿Qué contestas?

—Michael, te juro que nunca… nunca te haría eso. Preferiría estar muerta que con alguien así.

—¿Entonces eso significa que no?

—¡Naturalmente que significa que no! ¿Por qué iba yo…? —Se corta en seco—. ¿Crees que estoy conspirando contra ti? ¿De verdad piensas que yo haría eso?

No me molesto en replicar.

—Yo nunca te haría daño, Michael. Después de todo esto.

—¿Y antes de todo esto?

—¿Pero qué dices? ¿Que yo tenía mis propios motivos para matar a Caroline? ¿Que yo he preparado todo ese montaje?

—Tú lo has dicho, no yo.

—¡Michael! —Me coge las dos manos—. ¿Cómo has podido pensar que…? ¡Yo jamás…! —Esta vez es ella la que no suelta—. Te juro que no lo he tocado en mi vida… ni he querido tocarlo —se le quiebra la voz—, en mi vida. —Me suelta las manos y se gira—. Dios santo —dice luego—. ¿Cómo puede habérsete metido eso en la cabeza?

—Me parecía que tenía sentido —digo. Se para en seco. Todo el cuerpo se le cierra. Aunque me está dando la espalda, puedo ver que eso le ha dolido. Yo no pretendía…

—¿Eso es lo que piensas de mí? —susurra.

—Nora…

—¿Eso es lo que piensas? —repite temblándole la voz. Antes de que pueda contestarle se vuelve hacia mí buscando la respuesta. Tiene los ojos completamente rojos. Los hombros caídos. Ya conozco esa postura, es la misma que tenía mi madre cuando se marchó. La postura de la derrota. Como no le contesto, las lágrimas surcan sus mejillas—. ¿De verdad piensas que soy una puta?

Niego con la cabeza y voy hacia ella. Cuando pensé cómo iba a reaccionar, consideré siempre que sería con una rabia tremenda. Nunca pensé que se derrumbase.

—Nora, tienes que entender…

Ni siquiera me escucha.

Viene hasta mis brazos, se encoge como una bolita y aprieta la cara contra mi pecho. Todo el cuerpo le tiembla. Al contrario que con Pam, no puedo discutir. Nora

es distinta.

—Lo siento —solloza con voz que se le quiebra otra vez—. Siento mucho que tuvieras que pensar eso.

Sus dedos acarician mi nuca y yo noto en su voz la herida y en sus ojos veo la soledad. Pero cuando se aprieta aún más, por una vez yo la retengo. No es como antes, no se me convence tan fácilmente. Ya no. Todavía no. Por lo menos hasta que hable con Vaughn.

Aunque mi destino es la parada de metro de Woodley Park, me apeo del tren en Dupont Circle. En los veinte minutos a pie entre ambas, me voy metiendo por calles laterales, atravieso entre el tráfico y corro en contra dirección de todas las de sentido único que encuentro. Si me siguen en coche, están perdidos. Si van a pie… bueno, por lo menos tengo alguna posibilidad. Cualquier cosa con tal de evitar que se repita lo del zoo.

Paso junto a los restaurantes y cafés de Woodley Park y por fin me encuentro en mi casa. Está la taberna libanesa a la que Trey y yo vinimos a celebrar su tercer ascenso. Y el sitio de sushi donde comimos Pam y yo cuando su hermana vino a verla. Aquí es donde yo vivo —mi terreno—, y por eso me fijo en un camión de basura sorprendentemente limpio que va recorriendo la manzana.

Cuando se para en la esquina apenas si le echo un segundo vistazo. Desde luego, el conductor y el tipo que vacía los cubos próximos tienen un aspecto un poco demasiado atlético, pero claro, éste no es un trabajo para alfeñiques. Entonces reparo en el letrero del costado del camión: «G. and B. Removal». Debajo del nombre de la empresa está su número de teléfono que empieza con el prefijo 703. Virginia. ¿Qué hace un camión de Virginia tan lejos, en Washington D. C? Quizá el trabajo esté subcontratado. Conociendo los servicios públicos del distrito de Columbia, sin duda es posible. Pero justo cuando me vuelvo, oigo un ruido de restos-de-cristales-rotos-lluvia-de-botellas-resbalando del cubo de metal que están vaciando en la parte de atrás del camión. Los sonidos de la ciudad. Un ruido que oigo todas las noches justo cuando voy al… Las piernas se me ponen rígidas. De noche. Lo oigo de noche. Vienen de noche. Nunca de día.

Me doy la vuelta y observo la calle. En la esquina del fondo hay un cubo de basura rebosante de desperdicios. Y el camión venía de allí. Un cubo de basura lleno. Detrás del camión. Fingiendo que no me he dado cuenta, me meto en la tienda de vídeos a media manzana.

—¿Desea algo? —pregunta una chica vestida de negro de arriba abajo.

—No.

Poniéndome unos prismáticos imaginarios delante de los ojos, me apoyo en la luna de la ventana, tapo el resplandor del sol y observo el camión. Ninguno de los dos

hombres ha salido detrás. Siguen allí sentados. Mientras que el ayudante revuelve algo por detrás, el conductor desenrosca su termo como si de pronto hubiera decidido hacer un alto. La chica de los vídeos se está poniendo nerviosa.

—¿Está seguro de que no puedo…?

Antes de que pueda terminar, salgo precipitadamente de la tienda y me meto en la tintorería de al lado. No hay nadie en el mostrador y no llamo al timbre de servicio. Lo que hago es ir hacia la ventana y mirar afuera. Todavía no se han movido. Esta vez espero un minuto largo y doy un salto hasta la cafetería contigua.

—¿En qué puedo servirle? —pregunta una chica que lleva una camiseta con el lema «Cómete al Rico».

—Nada, gracias.

Pegado a la cristalera, me concedo dos minutos y un tercer «¿desea usted algo?» antes de salir corriendo por la puerta y meterme en el escaparate de mi izquierda. Lo hago en dos tiendas más; entrar rápidamente, esperar, salir y a la izquierda; entrar rápidamente, esperar, salir y a la izquierda. Así me recorro toda la manzana. En cada local que entro espero un poquito más. Que piensen que está programado. Una tienda más.

Corro hasta la farmacia CVS, al final de la manzana. Según calculo, aquí tengo unos cinco minutos de espera. Pero esta vez, después de abrir las puertas, me limito a seguir corriendo. Directo al pasillo de cosmética. Champús a la izquierda, crema de afeitar a la derecha. El aroma a farmacia flota en el aire. Sin detenerme, me precipito hacia el fondo de la tienda, hago un giro y cruzo por una rebotica sin decorar. Allí ya veo mi destino, es algo que sólo uno del barrio puede saber, y que los tipos del camión de basura nunca se figurarían, que esta CVS es el único local de toda la manzana que tiene dos entradas. Sonrío para mis adentros, empujo la puerta trasera y salgo de allí como una bala. Miro hacia atrás una sola vez. Nadie me persigue.

Cruzo la calle Veinticuatro rebosando adrenalina. Tengo el cuerpo inundado por la energía bruta de la victoria. A la vuelta de la esquina está la entrada lateral del hotel Woodley Park Marriott. Nada se interpondrá en mi camino.

Ya en el vestíbulo, meto la mano en el bolsillo del pantalón en busca de la nota con el sitio exacto. No está. Busco en el izquierdo. Luego, en la chaqueta. Oh, mierda, no me digas que… Registro frenéticamente los bolsillos de atrás y me palpo de arriba abajo. No está en la cartera ni en… Cierro los ojos y rememoro mis pasos. Esta mañana la tenía; la tenía con Nora… pero cuando me levanté para irme… oh, no. Me quedo sin aliento. Si se me cayó del bolsillo, puede que todavía esté encima de su cama.

Luchando por mantener la calma, recuerdo las instrucciones de la operadora cuando llamé esta mañana. Algún sitio en la planta del salón de baile. Me acerco al mostrador de información observando con desconfianza a los tres botones de la

esquina delantera del vestíbulo. Con sus chalecos negros almidonados, parecen estar en su sitio, pero hay algo que no pega. En el momento en que el más alto se gira hacia mí veo que justo a mi derecha se cierra un ascensor. Un rápido acelerón me permite colarme entre las puertas cuando están a punto de chocar. Me revuelvo y consigo ver al botones alto. Ni siquiera está mirando. Sigo perfecto.

—¿Algún piso favorito? —me pregunta un hombre con sombrero vaquero y corbata tejana.

—Salón de baile —digo, estudiándolo detenidamente. Aprieta el botón adecuado. Ya había apretado el ocho para él.

—¿Te encuentras bien, hijo? —pregunta rápidamente.

—Sí. Fantástico.

—¿Estás seguro? Parece como si necesitaras un poco de… comunión con los espíritus… ya sabes qué quiero decir —se atiza un trago imaginario de whisky.

—Uno de estos días —le digo, asintiendo con la cabeza.

—Alto y claro; alto y claro.

En la planta del salón de baile las puertas se abren.

—Que te vaya bien —dice el hombre del sombrero vaquero.

—A usted también —murmuro al salir.

Las puertas se deslizan y se cierran a mi espalda. Al frente, al fondo del largo pasillo, cruzo hasta la torre central del hotel donde hay una escalera mecánica con el rótulo «Subida a salones de baile. Primera planta». La tomo. Arriba debe de haber por lo menos trescientas personas, la mayoría mujeres, dando vueltas por el vestíbulo. Todos llevan una tarjeta con su nombre en la camisa y una bolsa de lona colgada del brazo. Una convención. Justo a tiempo para almorzar. Me voy abriendo paso tan de prisa como puedo entre la masa de mujeres que sonríen, parlotean y agitan los brazos con excitación. A todo lo largo de la pared del corredor principal cuelga una enorme pancarta de tela: «Bien venidos a la 34.a Reunión Anual de la Federación Norteamericana de Maestros». Debajo de la pancarta encuentro el directorio del hotel.

—Disculpe, perdón, disculpe —digo, intentando llegar allí lo más rápido posible. Guiñando los ojos para leer el directorio, encuentro las palabras «Sala Warren» seguidas de una flecha que señala a la derecha.

Sala Warren. Eso es.

Tuerzo a la derecha tan de prisa que me doy contra una mujer que lleva en la blusa un broche que es una pequeña pizarra con brillantes de imitación incrustados.

—Perdone —digo, alejándome rápidamente.

Delante de la entrada de la sala hay una muchedumbre de maestros reunidos en torno a un enorme panel de corcho apoyado sobre un caballete de madera. Clavados en el panel hay por lo menos un centenar de papeles doblados, cada uno con un

nombre diferente. Miriam, Marc, Ali, Scott. Mientras estoy allí de pie se añaden y retiran notas incesantemente. Anónimo y sin rastros. Tablón de anuncios. Sala Warren. No hay la menor duda: éste es el sitio.

Mientras lucho por abrirme paso entre la multitud camino del tablón, una falsa pelirroja que huele como si se le hubiera reventado un espray de laca me bloquea el paso. Estiro el cuello para leer los mensajes intentando ser lo más sistemático posible. Voy pasando los ojos por las notas descifrando nombres. Ahí está: «Michael». Meto la uña por detrás de la chincheta y arranco la nota. Dentro dice: «Esta noche la cena es mala. ¿Qué tal mañana en el Grossman's?». Firma Lenore.

Sigo repasando nombres por el tablón de anuncios y vuelvo a encontrarlo: «Michael». Clavo la primera nota en el corcho y saco esta otra. «Desayuno estupendo. A las ocho. Te veo a esa hora, Mary Ellen».

Frustrado, devuelvo la nota al corcho y continúo la búsqueda. Encuentro otras tres más para Michaels diversos. La única vagamente interesante es una que dice: «Me he afeitado para ti», de una mujer llamada Carly.

Puede que lo haya puesto con otro nombre, pienso mientras contemplo el panel. Vuelvo a empezar otra ronda por la esquina de arriba a la izquierda, esta vez en busca de otra cosa familiar: Nora, Vaughn, Pam, Trey… No sale ninguno. Desesperado, abro una que no trae más dirección que una cara sonriente. Dentro dice: «Te he hecho mirar».

La arrugo en mi mano sudorosa. Maestros. Dejo el tablón de anuncios mordiéndome el labio inferior. Alrededor de mí hay docenas de personas gritando y poniendo notas… Éste no es momento de abandonar… Estoy seguro de que simplemente está tomando precauciones… lo que significa que aquí ha de haber algo que tenga sentido…

No puedo creerlo. Ahí está, justo en el centro del panel. El nombre está escrito con una pluma que parece que se estaba quedando sin tinta. Con letras finas, mayúsculas. L. H. Oswald. Cabeza de turco total. Ése soy yo. Arranco la nota tan de prisa como puedo y me alejo del grupo del almuerzo. Me dirijo por el pasillo a toda prisa hacia la batería de ascensores del final del vestíbulo. Alterno el trote con la marcha rápida y mientras desdoblo la nota de Oswald un pliegue tras otro. En lo alto de la página dice: «¿Cuánto tiempo tardaste en coger ésta?». Siempre de listillo. Justo debajo de eso dice «1027». Exactamente lo que esperaba. Un número de habitación. Cuando le resto siete, es la habitación 1020.

Ya dentro del ascensor voy directo al botón del diez. Lo ataco con el dedo una y otra vez al estilo pájaro carpintero.

Me aferró a la barandilla de latón del ascensor apretando con ambas manos porque apenas puedo contenerme. Faltan nueve pisos. Tengo los ojos clavados en el indicador digital y en el momento en que oigo la campanilla de llegada, salto hacia

adelante. Las puertas todavía se están descorriendo cuando me escurro entre ellas y salgo al décimo piso. Casi estoy, casi estoy. Pero al seguir el incremento lógico de la numeración de habitaciones hasta el 1020, siento como si el pasillo se me viniese encima. Empieza con un dolor agudo en los hombros que luego va subiendo hasta la nuca. Vaughn me va a explicar la verdad sobre Nora. Para bien o para mal. Y por fin voy a tener la respuesta. Por supuesto que no estoy seguro de lo que sabe, pero dijo que merecía la pena. Mejor será… porque cuento con llevárselo directamente a Adenauer. Por profunda que sea la herida. El estómago empieza a hacerme ruidos que normalmente están reservados a enfermedades graves. Un escalofrío helado se me cuela entre las costillas y maldigo el aire acondicionado del hotel. Aquí hace un frío helador.

Por fin estoy plantado delante de la habitación 1020. Cojo el pomo de la puerta, pero antes de poder girarlo, me detengo. Durante los dos últimos días he tenido la mente anegada por docenas de preguntas que no podía esperarme a hacer. Pero ahora no sé si quiero las respuestas. Es decir, ¿pueden servirme de algo? ¿Puedo creerlo? Tal vez sea como dijo Adenauer. Tal vez Vaughn no sea de fiar.

Vuelvo a pensar en nuestro encuentro detrás del cine. Su ropa arrugada. Sus ojos cansados. Y el miedo en su cara. Vuelvo a plantear una y otra vez la cuestión: si estaba intentando tenderme una trampa, ¿por qué iba a ligar su nombre con el mío, el de la única persona que sabía que iba a parecer el asesino? Sigo sin poder aclararlo. Así que, ¿estoy dispuesto a dar el paso siguiente? Como últimamente me pasa con todo, no tengo mucha elección. Me seco la mano en los pantalones y llamo a la puerta.

Para mi sorpresa, al dar los golpecitos se abre una rendija. Vuelvo a llamar y se abre un poco más.

—¿Está ahí, Vaughn? —Hay unas voces débiles, pero nadie responde.

Al fondo del pasillo oigo volver el ascensor. Alguien viene. No hay tiempo para timideces. Empujo la puerta. Por las ventanas del fondo de la habitación se cuela un sol cegado. En cuanto la puerta se cierra de golpe detrás de mí, oigo un televisor a toda potencia. No me extraña que no me oyera.

—¿Qué está haciendo? ¿Mirando telenovelas? —Avanzo hacia el interior de la habitación pero el pie me tropieza con algo, pierdo el equilibrio y me caigo hacia adelante. Pongo las manos por delante para amortiguar la caída y me doy con la alfombra produciendo un ruido sordo. Y un raspón irritante. Las piernas se me quedan torcidas, apoyadas en algún obstáculo.

—¿Pero qué…?

La alfombra entera está empapada. Pringosa. Y rojo oscuro. Tengo las manos llenas. Ruedo hacia atrás para ver con qué he tropezado. No, no con qué. Con quién. Vaughn.

—Oh, Dios santo —susurro. Tiene la boca ligeramente abierta. Unas burbujitas de saliva roja se agrupan en el hueco que queda entre los dientes y el labio inferior. ¡Muévete, muévete, muévete! Me debato con furia para levantarme, haciendo fuerza para apartarme del cuerpo, pero las manos me resbalan y me devuelven directamente hacia el suelo. En el último instante consigo apoyarme en el codo con la corbata pisada debajo. Ahora hace juego con las manos. Más sangre.

Cierro los ojos y dejo que mis piernas hagan el resto. Se abren paso por encima del torso rígido de Vaughn, la rodilla derecha pasa frotando contra las costillas. Me pongo de pie a trompicones, me doy la vuelta y entonces puedo ver mejor cómo yace atravesado ante la entrada. Tiene el brazo izquierdo apretado contra el pecho, pero la mano todavía estirada hacia arriba, rígida, con el puño a medio cerrar. El agujero de la bala está en la frente, descentrado, encima del ojo derecho. Es una herida precisa, oscura y chamuscada. La sangre conjunta su espeso pelo negro con la alfombra gris ahuesado. En la cara, un ojo mira derecho al frente; el otro bizquea medio oculto hacia un lado. Como los de Caroline. Igual que los de Caroline. Y en lo único que puedo pensar es en la pistola que había dentro de aquella caja metálica junto a la sala de cine. En la pistola y en esa maldita nota, allí tirada, sobre la cama de Nora.

Capítulo 30

Intento no sucumbir al pánico, me precipito por la puerta abierta del cuarto de baño y arranco una toalla blanca del toallero de la pared. Cualquier cosa que sirva para librarse de la sangre. Tras dos minutos de frotar frenéticamente, mis manos están tan limpias como es posible. Puedo abrir el grifo, pero… no, no seas estúpido… si una mínima escama de piel cae al lavabo… no les des nada más que los pueda llevar a ti. Con la mano envuelta en la toalla salgo corriendo del cuarto de baño y salto por encima de Vaughn sin mirar al suelo.

Estoy en la puerta. Ni huellas digitales, ni pruebas físicas. Lo único que tengo que hacer es marcharme. Sólo girar el pomo y… no. Así, no.

Luchando con los múltiples miedos que me retuercen las tripas, me vuelvo y doy un paso hacia el cuerpo. Hiciera lo que hiciese, Vaughn murió por ésta. Por mí. Por intentar ayudarme. Se merece algo más que un rodillazo en las costillas.

Me arrodillo junto a él y le cierro los ojos con la mano envuelta en la toalla. Patrick Vaughn. La persona que se suponía que tenía todas las respuestas.

—Duerme bien —susurro. No es el mejor elogio fúnebre del mundo, pero es mejor que nada.

A través de la puerta oigo un grupo de voces por el pasillo. Quien haya hecho esto sabía que Vaughn estaría aquí. Lo que quiere decir que probablemente sabían que yo iba a… Oh, mierda… hora de marcharse. Abro la puerta y salgo corriendo. Hay dos personas esperándome. Doy un salto atrás, sobresaltado.

—Perdone —dice el hombre—. No pretendía asustarlo.

La mujer que está junto a él empieza a reírse bajito. Lleva una camiseta blanca de niña con un pequeño arco iris cruzando el pecho. Son una pareja joven, simplemente.

—Está bien —digo intentando ocultar la toalla que llevo sobre la mano—. Es culpa mía.

Paso entre ambos y voy directo a los ascensores. Los cuatro están parados en el vestíbulo. Treinta segundos después siguen sin subir.

—¡Vamos! —exclamo, golpeando el botón de llamada. ¿Por qué demonios tarda tanto? Al fondo del pasillo veo que la pareja viene hacia mí entre risitas. Ha sido una estancia rápida, tal vez simplemente hubiesen olvidado algo. Fuera lo que fuese, ya no se ríen. Según van acercándose, en su paso hay un aire nuevo, decidido. No pienso quedarme aquí para ver por qué.

Recorro el pasillo con la vista y veo un cartel de salida blanco y rojo encima de lo que parece la puerta de la escalera. En la puerta hay una pegatina amarilla que dice en letras rojas brillantes: «Aviso: la alarma sonará si se abre la puerta de incendios».

Ya lo creo que sí. Empujo la puerta y me lanzo a la escalera. A los dos pasos, un chirrido penetrante resuena por aquella caverna horizontal, retumbando por el

cemento. La mayoría de la gente no está en sus habitaciones, pero ya puedo oír los resultados escaleras abajo, desde el nivel del salón de baile. Trescientos maestros se agobian en la salida de incendios dejando atrás su convención. Con eso contaba yo: la fuerza del número. La oleada humana de educadores que baja atronadora por la escalera circular me absorbe como uno más de los suyos. No hay pánico ni gritos, esta gente se aprendió el manual de simulacros de incendio. Cuando desembocamos en el vestíbulo, tengo tanta cobertura como necesito. Perdido entre las bolsas de lona y las placas de colores con sus nombres, me escabullo hacia el exterior por la puerta principal y continúo andando a paso enérgico. No puedo permitir que nadie me vea. Ahora, el guión, en el mejor de los casos, será que me culparán a mí de la muerte de Vaughn. Y en el peor… Todavía estoy viendo aquel agujero oscuro y chamuscado sobre el ojo derecho de Vaughn.

No aminoro hasta estar por lo menos a cuatro manzanas. Hay un callejón estrecho con una cabina telefónica. Recupero el aliento, me registro los bolsillos en busca de monedas. Tengo que conseguir ayuda. Trey, Pam, cualquiera. Pero en cuanto cojo el auricular, vuelvo a colgarlo. ¿Y si alguien escucha del otro lado?

No hay tiempo para riesgos. Hazlo cara a cara. Sigue adelante. Corre. Saco el cuello desde el callejón para observar el ámbito de la manzana. No hay nadie. Mala señal en una zona generalmente animada. En la calle hay un taxi parado ante un semáforo en rojo. Espero a que la luz esté a punto de ponerse verde y salgo corriendo como un loco hacia él. Los zapatos de vestir resuenan sobre el pavimento y justo cuando el taxi empieza a moverse alargo la mano y cojo la manija de la puerta trasera. El chófer pisa el freno con fuerza y yo me doy contra la puerta.

—Perdone —dice cuando me meto dentro—. No lo había visto…

—A la Casa Blanca. Tan rápido como pueda.

—¡Pare aquí! —exclamo a unas pocas manzanas de mi destino.

—¿Aquí? —pregunta el taxista, deteniendo inmediatamente el coche.

—Un poquito más allá —digo mirando el McDonald's de la calle Diecisiete—. Perfecto. Pare.

Al ver el periódico que alguien se ha dejado en el asiento de atrás, cojo la corbata y la enrollo sobre la toalla manchada de sangre. Una vez hecho, embuto las dos en la Sección Metropolitana del periódico, salto fuera del coche y lanzo un billete de diez dólares por la ventanilla del conductor. Cuando el taxi se aleja, respiro hondo y camino lo más tranquilo que puedo hacia el McDonald's. Rodeo la cola de dentro y no tardo mucho en llegar a los contenedores de desperdicios. Con un rápido empujón, echo la pelota de periódico en la basura. Ahí dentro cualquier mancha roja es ketchup.

Tres minutos después ya estoy subiendo la escalera del EAOE. Tengo cuatro

horas hasta que Adenauer me entregue al público, y voy a necesitarlas. Mientras no se me ocurra algo mejor, lo único que puedo hacer es mantener la historia en silencio. Y a la hora de mantener historias en silencio, Trey es un maestro. Escudriño los arbustos próximos y vigilo las columnas de alrededor. Sea quien sea quien mató a Vaughn, si piensan culparme a mí ya deben de haber avisado al Servicio Secreto. Desde fuera, no obstante, todo parece en orden. Abro la pesada puerta de cristal y veo una pequeña cola ante el control de seguridad, la gente que vuelve al trabajo después del almuerzo. Me pongo el último y estudio a los cuatro agentes uniformados de servicio. ¿Sabrán algo? ¿Habrán dado la alarma? Aquí parado es difícil de decir. Hay dos detrás de la mesa charlando entre ellos y otros dos junto al aparato de rayos X.

Me voy acercando muy lentamente a la cabecera de la cola. Con la esperanza de evitar su mirada, entierro la cabeza en las secciones que me quedan del periódico. Ya casi estoy, hay que seguir tranquilo.

—Siempre trabajando, ¿eh? —pregunta una voz de hombre mientras noto una mano en el hombro.

—¿Qué dem…? —me vuelvo rápidamente y le cojo de la muñeca.

—Perdona —dice, riendo—. No pretendía asustarte.

Levanto la vista y veo el pelo rubio y la sonrisa cálida de uno de los abogados jóvenes, Howie Robinson. Un tío encantador; trabaja en la oficina del vicepresidente.

—No, nada, no importa. —Atisbo sobre el hombro para vigilar a los guardias. Todos nos están mirando. Demasiado movimiento.

—¿Estuviste ayer en la fiesta? —pregunta Howie.

—Sí —digo echando otra mirada a los guardias. Los dos de la mesa están empezando a cuchichear.

—Tendrías que haberlo visto, Garrick —dice Howie—. Yo colé a mi hermana y a mi sobrino. Y el crío, te digo la verdad, estaba como loco. Yo creo que está enamorado de Nora.

—Sí… fantástico —murmuro. El guardia de la mesa se levanta y va hasta los dos del detector de metales. Algo no va bien.

—¿Te encuentras mal? —me pregunta Howie al dar otro pasito. Yo soy el próximo.

—No, no —digo moviendo la cabeza. Tendría que salir de aquí ahora mismo. Irme a casa y…

—¡El siguiente! —dice el agente. Todos los ojos están clavados en mí.

Sin levantar la vista, saco mi tarjeta de identidad, marco el código y paso por el torno. Cruzo tan de prisa como puedo por el detector de metales, tanto que ni siquiera oigo el ruido de la alarma que se dispara. El guardia me coge con fuerza por el brazo.

—¿Adónde vamos, jefe?

No puedo creerlo.

—Usted no entiende…

—Vacíese los bolsillos. Aquí.

Me recupero antes de decir nada más. No es ninguna alarma de seguridad; sólo el detector de metales.

—Lo siento —digo repentinamente de vuelta a la realidad—. El cinturón. Es el cinturón.

Con un recorrido del detector manual verifica el resto.

—Tranquilo, hombre —dice Howie, dándome una palmadita en la espalda—. Tendrías que salir de aquí de vez en cuando, venir con nosotros al baloncesto o así. Es bueno para el espíritu.

—Sí, sí, ya lo haré —digo forzando una sonrisa.

Howie se va hacia la derecha y yo giro a la izquierda. Aunque estoy rodeado de compañeros de trabajo, el pasillo nunca había estado tan vacío. Justo antes de doblar la esquina, echo una última mirada a los agentes de uniforme. Los dos de la mesa se concentran en la cola. El de los rayos X sigue observándome. Hago como que no me doy cuenta, contengo la respiración y giro rápidamente a la derecha. En el momento en que estoy fuera de su vista, salgo zumbando. Directo a ver a Trey.

Abro la puerta de la oficina de Trey y miro hacia su mesa. No está a la vista.

—¿Necesitas algo? —pregunta su colega Steve.

—¿Has visto a Trey? —le replico, luchando por aparentar que no estoy sin aliento.

—No, es que…

—Yo lo he visto —interrumpe otro colega de despacho—. Creo que… hum… creo que tenía la cabeza metida en el trasero de la Primera Dama.

—Eso es —dice Steve riendo—. La puta sesión de fotos. Trajimos a unos cuantos niños. Los colocamos en un decorado de sala de estar. Cojines mullidos sueltos. Cámara con objetivo desenfocado. Entrega precisa.

Secretarios de prensa. Cómicos permanentes.

Cojo un *post-it,* escribo una nota rápida y la pego sobre la pantalla del ordenador de Trey: «Búscame. ¡911!».

—Un código magnífico —dice Steve—. Mucho mejor que el Morse.

Regreso corriendo al pasillo y doy un portazo al salir. Otra vez me ahogo en el silencio. Tengo que hablar con alguien… aunque sólo sea para planear el próximo paso. Observo, nervioso, el pasillo de mármol, y la primera persona que me viene a la mente es Pam. ¿Puedo acudir a ella y…? ¿En qué estoy pensando? No puedo. Después de lo que pasó. Todavía no. Y, además, con Vaughn muerto, todo este asunto está a punto de reventar. Lo que quiere decir que el último sitio en el que me gustaría estar es al volante del camión. Me da igual que sea año de elecciones, he estado

evitándolo desde que salí del hotel, necesito ir arriba.

Me apresuro por la mullida alfombra roja del corredor de la Planta Baja y veo una falange de turistas a mitad de su recorrido por la Casa Blanca para VIPS guiados por uno de los guías del Servicio Secreto. Cuando los adelanto a toda velocidad, dos de ellos me sacan una foto. Deben de pensar que soy famoso. Si las cosas continúan por este camino, van a tener razón.

No me detengo hasta llegar ante el guardia uniformado que está a las puertas de la sala de cine.

—¿Puedo pedirle un favor? —le pregunto con voz acelerada.

No me contesta. Se limita a mirarme, calculando.

—Ya sé que esto le parecerá una locura —empiezo—, pero estaba en el cuarto de baño del EAOE…

—¿En cuál?

—En el primer piso, el que está junto a Asuntos de Gabinete. Es igual, estaba en el escalón y oigo a dos internos presumiendo de… hum —señalo con el hombro la caja metálica de herramientas—, lo de la pistola que tienen ahí. —El guardia se pone tenso—. Puede que lo oyera mal, porque cuchicheaban todo el tiempo, pero me pareció que o bien sabían que ahí había una pistola o que habían cogido una pistola de ahí. A lo mejor sólo eran fanfarronadas, pero…

Pega un salto en la silla, que sale patinando hacia atrás por el suelo de mármol. Me advierte que me quede quieto, saca un manojo de llaves del cinturón y se va a la caja todavía medio torcida. Contemplo en silencio cómo lucha con la cerradura. Está atascada. El cuerpo me arde. Es como si alguien me golpeara el cráneo. Sólo oigo el tintineo de las llaves. Como está de pie delante de mí, no puedo ver nada. Parece que ahora tira de la puerta. Más fuerte. Más fuerte. Entonces… oigo chirriar el metal oxidado. La puerta se abre y el guardia se vuelve para mirarme. Da un paso a un lado para dejar que lo vea con mis propios ojos. La pistola está donde tiene que estar.

—Lo siento —digo con forzado alivio—. Debo de haber oído mal.

—Eso parece.

Me encojo de hombros, doy la vuelta y paso nuevamente ante la estatua de Lincoln. En el momento en que doblo la esquina, salgo corriendo tanto como puedo por el corredor de la Planta Baja. Es una buena señal, pero también podría haber vuelto a ponerla allí sin mayor dificultad.

Cuando llevo tres cuartos de pasillo y me acerco a la escalera principal de la Residencia, reduzco por fin la marcha. Como siempre, mi tarjeta de identidad y un gesto decidido me permiten pasar ante el guardia de abajo.

—Sube uno —susurra por su walkie-talkie.

Salto los escalones de dos en dos sabiendo que me pararán. Podría haberla

llamado para que me dejasen pasar, pero no quería que nadie supiera que venía. La sorpresa es todo lo que me queda, y a pesar de la pistola, sigo queriendo ver su reacción por mí mismo. Naturalmente, al llegar a la planta de Estado, dos agentes del Servicio Secreto me bloquean el paso.

—¿Necesita algo? —pregunta el del pelo negro.

—Tengo que ver a Nora. Es una emergencia.

—Y usted es…

—Dígale que soy Michael… ella sabe.

Me observa bien y lanza una mirada a mi identificación.

—Lo siento —dice—. Nos pidió que no la molestasen.

Intento mantener la calma.

—Mire, no quiero ser una molestia. Pero haga una llamada. Es importante.

—Ya le hemos dado una respuesta —añade el segundo agente—. ¿Qué palabra no ha entendido usted?

—Las entendí todas muy bien. Sólo intento ahorrarnos un dolor de cabeza.

—Oiga, señor…

—No, óigame usted —insisto de nuevo—. He venido aquí en plan civilizado… es usted el que decidió pelear. Mire, tengo que resolver una crisis de verdad, así que tiene usted dos alternativas: o hace una simple llamada telefónica y explica que se trata de una emergencia, o me larga a patadas y se enfrenta usted al enfado de Nora cuando averigüe quién es el causante de todo este follón. Personalmente yo preferiría la segunda, me encantan los deportes violentos.

Me estudia atentamente, acercándose más. Finalmente, gruñe:

—Las órdenes que yo tengo, señor, es que no debemos molestarla.

Me niego a ceder y miro hacia la pequeña cámara de vigilancia oculta en la toma de aire acondicionado. Es hora de pasar por encima de su cabeza.

—Harry, sé que estás mirando…

—Le estoy pidiendo que se vaya, señor —me advierte el agente.

—Llámela, por favor —solicito en dirección al techo—. No tiene más que…

Antes de que pueda terminar, tres agentes de paisano corren escaleras arriba. Al frente de ellos viene Harry.

—Le hemos dicho que no quería que la molestasen —explica el agente.

—Tengo que verla, Harry. Yo…

El agente me interrumpe, agarrándome con fuerza por detrás del cuello.

—Afloje —le advierte Harry.

—Pero si…

—Quiero oír lo que tiene que decirnos, Parness.

Parness se entera. Los de uniforme no discuten con los de paisano. Sigue las instrucciones y afloja sólo un poco.

—Bueno, ¿dónde está el fuego? —pregunta Harry.

—Tengo que hablar con ella.

—¿Por razones personales o por asuntos oficiales de la Casa Blanca?

—Vamos, venga, usted sabe de qué se trata. Estuvo allí aquella noche.

Me dirige un sutilísimo movimiento de cabeza.

—Es importante, Harry. Si no lo fuera no habría venido de este modo. Por favor.

Los otros agentes lo observan. Todos conocen las órdenes de Nora. No quería que la molestasen. Aun así, la pelota es suya. Y finalmente, dice:

—La llamaremos.

Sonrío ligeramente.

Se mete en la oficina del ujier que está al lado y coge el teléfono. No puedo oír lo que dice y, para asegurarse de que no le leemos los labios, nos da la espalda. Cuando ha terminado, vuelve a la escalera. Me mira con cara de palo.

—Hoy es su día de suerte.

Respiro hondo una vez más y corro hacia la escalera. Por el rabillo del ojo consigo ver al agente del pelo negro abrir el registro de visitantes y apuntar mi nombre. Harry niega con la cabeza y lo detiene.

—A éste, no —le dice.

Capítulo 31

Al entrar en la habitación de Nora veo que cierra a toda prisa un cajón de la mesa. Se vuelve hacia mí y enarbola una gran sonrisa. Se le borra casi al instante.

—¿Qué es lo que pasa?

—¿Dónde has estado las últimas dos horas?

—Pues… aquí —dice—. Firmando cartas. Pero dime qué…

—No me mientas, Nora.

—¡No estoy mintiendo! Pregunta al Servicio… No he salido ni una vez.

Esto es difícil de discutir, pero aun así…

—¿Has visto un papelito por ahí? —pregunto, escudriñando su cama.

—¿Pero qué…?

—Un trocito de papel —repito, levantando la voz y mirando por la alfombra cosida a mano—. Creo que se me cayó esta mañana. Tenía escritas las palabras «Woodley Park Marriott».

—Cálmate, Michael. No sé de qué me estás hablando.

—No pienso seguir con esto, Nora. Ya está. Se acabó. Lamento mucho si te trae complicaciones, pero eres la única que puede respaldarme. Todo lo que tienes que decir es que Simon tenía el dinero y así entonces yo…

Me sujeta por los hombros y me para donde estoy.

—¿De qué demonios me hablas?

—Lo han matado, Nora. Le pegaron un tiro en mitad de la frente.

—¿A quién? ¿La frente de quién?

—Vaughn. Han matado a Vaughn. —Al decir esas palabras me sube por la garganta un *geiser* de emociones—. Tenía los ojos… —continúo—. Porqué… Estaba ayudándome, Nora. ¡A mí!

Le tiembla la boca y se separa un paso de mí.

—¿Qué…?

Antes de que pueda terminar la frase retrocede hasta la cama y se sienta en el colchón. Tiene la mano sobre la boca y los ojos anegados en lágrimas.

—¡Oh, Dios mío!

—Te digo que esta vez vas a venir directa…

—Muy bien, espera un momento —dice temblándole la voz—. ¿Cuándo…? Oh, Dios santo… ¿Cuándo fue?

—En el hotel… teníamos que encontrarnos en el Marriott. Pero cuando entré en la habitación, estaba allí tirado, Nora… sin nadie más que yo para echarle la culpa.

—¿Pero cómo…?

—Un tiro. Justo en la cabeza. Probablemente abrió la puerta y… un disparo. No hizo falta más. Donde cayó… todo… los sesos… todo por la alfombra.

—Y tú…

—Tropecé con… encima de él. Encontrarán mis huellas digitales por todas partes… el picaporte de la puerta… el cinturón… sólo necesitan un folículo de mi pelo. Estaba allí tirado saliéndole espuma de sangre por la boca… espumarajos resecos… pero no se movía… no podía. Había por todas partes, Nora… en las manos, en la corbata… por todas partes…

Nora levanta la vista rápidamente.

—¿Te vio alguien?

—Estaba preocupado por si el FBI andaba por allí, pero no creo que pudiera haber llegado tan lejos si…

El timbre del teléfono resuena por la habitación. Los dos pegamos un salto.

—Déjalo que suene —me dice.

—Pero y si es…

Ambos nos miramos. Salvación frente a disculpa. Naturalmente, ella es la primera en reaccionar.

—Debería…

—… cogerlo —me muestro de acuerdo.

Lentamente, se dirige hacia el escritorio. El teléfono insiste. Descuelga el aparato.

—¿Sí? —dice vacilando. Al instante mira hacia mí. Malo—. Sí. Sí está —añade, tendiéndome el teléfono con el brazo bien estirado—. Es para ti.

Cojo el teléfono, angustiado.

—Aquí Michael —digo luchando contra el vértigo.

—Ya sabía que estarías ahí. ¡Lo sabía! ¿Qué demonios tienes en la cabeza? —exclama alguien. Es una voz conocida.

—¿Trey?

—Creí que ibas a mantenerte alejado de ella.

—Es que… yo sólo…

—Da lo mismo. Lárgate de ahí.

—No lo entiendes.

—Confía en mí, Michael, el que no se entera eres tú. Acaba de llamarme…

—A Vaughn le han pegado un tiro en la cabeza —le suelto—. Está muerto.

Trey ni siquiera hace una pausa. Después de cuatro años de escopetero de la Primera Dama está acostumbrado a las malas noticias.

—¿Dónde fue? ¿Cuándo?

—Hoy. En el hotel. Entré allí y encontré el cuerpo. No sabía qué hacer, así que me fui corriendo.

—Bueno, pues será mejor que sigas corriendo. Lárgate de ahí ahora mismo.

—¿De qué me estás hablando?

—Acaba de llamarme un amigo del *Post*. Sacan la historia en su sitio web: el

asesinato de Caroline, los informes de toxicología, todo.

—¿Y mencionan algún sospechoso?

Trey me concede otra larga pausa.

—Me ha dicho que tú te vas a llevar un palo. Lo siento, Michael.

—¿Estás seguro? —digo, cerrando los ojos—. Puede que sólo estuviera buscando…

—Me preguntó cómo se escribía tu nombre.

Las piernas me flaquean y tengo que apoyarme en el escritorio. Ya está. Estoy muerto.

—¿Te encuentras bien? —pregunta Trey.

—¿Qué te dice? —pregunta Nora.

—¡Michael! ¿Estás ahí? —resuena la voz de Trey por el teléfono—. ¿Estás bien, Michael?

El mundo entero se vuelve borroso. Es como aquella noche en la azotea, sólo que esta vez es realidad. Mi realidad. Mi vida.

—Escucha —dice Trey—. Márchate de la Residencia… apártate de Nora. Ven aquí y podemos… —Se queda en silencio de repente.

—¿Qué? —pregunto.

—¡Oh, no! —gime—. No puedo creerlo.

—¿Qué? ¿Es sobre la noticia?

—¿Pero cómo…?

—¡Pero dímelo, Trey! ¿Qué es?

—Lo estoy viendo pasar en las pantallas de la AP… ¡Está en los teletipos, Michael! Deben de haberlo cogido de la web del *Post*.

Hijos de perra. Ahora esto ya no hay quien lo pare.

—Tengo que marcharme de aquí.

—¿Adónde vas? —pregunta Nora.

—¡No se lo digas! —me grita Trey—. ¡Lárgate! ¡Ya mismo!

En medio del pánico cuelgo el teléfono y corro hacia la puerta. Nora viene detrás.

—¿Qué te ha dicho Trey? —me pregunta.

—Ha salido. Ha salido la historia. Caroline. Yo. Todo. Dice que está en todas las noticias.

—¿Y hablan de mí?

Me quedo mirándola.

—¡Por todos los santos!

—Ya sabes a qué me refiero.

—La verdad es que no, Nora —le vuelvo la espalda y me encamino hacia la escalera principal.

—¡Lo siento, Michael! —me grita.

No me detengo.

—¡Por favor, Michael!

Continúo adelante. Estoy a punto de dejar el pasillo cuando ella gasta su último cartucho.

—¡Ésa no es la mejor salida!

Para eso sí que me paro.

—¿A qué te refieres?

—Si vas por la escalera te encontrarás de frente con el Servicio Secreto.

—¿Tienes alguna idea mejor?

Me coge por la mano y me conduce un poco más allá del pasillo. Me resisto justo lo indispensable para hacerle saber que no soy su marioneta.

—Ahórrame los juegos de poder, Michael. Estoy intentando sacarte de aquí.

—¿Estás segura?

No le gusta que la acuse.

—¿Tú piensas que]o hice yo?

No estoy nada seguro de lo que pienso, y éste no es momento de pararse a pensarlo.

—Indícame el camino.

En la esquina del fondo del pasillo abre unas puertas de vaivén y damos a lo que parece una pequeña panadería. Una nevera pequeña, un fregadero de barra, unas cuantas vitrinas con paquetes de cereales y aperitivos. Justo lo suficiente para ahorrarte bajar tres tramos hasta la cocina. En una esquina del cuarto, sobre la barra, hay dos paneles cuadrados de metal con unas ventanitas del tamaño de un disco compacto. Nora coge las asas que hay abajo de uno de los paneles, los levanta y se abre algo parecido a una ventana de guillotina. Detrás del panel hay un pequeño tubo que parece suficiente para dos personas.

—¡Qué! —exclama Nora—. ¿No habías visto nunca un montacargas?

Compongo rápidamente en mi cabeza el plano del edificio. El comedor del Presidente está justo debajo de nosotros, y la cocina en la Planta Baja. Al ver que lo he entendido, añade:

—Hasta los presidentes tienen que comer.

Señala con la barbilla el diminuto ascensor.

—¡Un momento! ¿No pretenderás que yo…?

—¿Tú quieres salir de aquí? —me pregunta.

Asiento con la cabeza.

—Entonces, ¡entra!

Capítulo 32

Descendemos a la cocina en completa oscuridad y absoluto silencio. Al llegar a la Planta Baja, la ventanilla redonda se llena de luz. Nora atisba el exterior, levanta la puerta y mira a ambos lados.

—Vamos —dice.

Al intentar salir del montacargas, me clava la rodilla en las costillas. Me trae a la memoria a Vaughn.

Salgo a gatas hasta la luz y veo que estamos en el rincón del fondo de la cocina, en un cuarto pequeño junto a la batería de frigoríficos industriales. Por el hueco de la puerta ha visto a un guardia de uniforme en el exterior de la entrada de proveedores. Más cerca de nosotros hay un chef con un ayudante preparando la cena en unas cazuelas de acero inoxidable. Enfrascados en sus movimientos, ni siquiera se percatan de nuestra presencia.

—Por aquí —dice Nora, tirando de mí por la mano.

Abre la puerta que tenemos a la derecha y me saca de la cocina, otra vez al corredor de la Planta Baja.

—¡Allí! —grita alguien desde el vestíbulo.

Cincuenta flashes estallan ante nuestros ojos. Instintivamente, Nora da un paso delante de mí y me cubre de… Un momento… no es la prensa. Llevan Instamatics. Sólo es otro grupo de turistas.

—Nora Hartson —anuncia el guía a lo que parece un grupo de diplomáticos VIP —. ¡Nuestra Primera Hija!

Los turistas prorrumpen en aplausos espontáneos y el guía les recuerda sin éxito que no se permiten fotos.

—Gracias —dice Nora, disculpándose ante el grupo, que sigue tirando instantáneas.

Está de pie delante de mí, intentando taparme todo el rato. Sé lo que está pensando: si mi foto aparece en todos los periódicos de mañana, lo que menos le conviene es una foto en pareja. Cuando el grupo de turistas se va hacia su próximo destino, Nora me coge de la muñeca.

—¡Vamos! —susurra, procurando seguir tapándome cuanto puede—. Date prisa.

Agacho la cabeza y voy tras ella. Caminamos de prisa por el pasillo y pasamos ante mi agente favorito. No se mueve, no toca su walkie-talkie. Mientras evitemos la escalera hacia la Residencia, todo parece traerle sin cuidado. Por eso ella optó por no salir por la trasera de la cocina.

Giramos a la izquierda al lado de la Sala Diplomática y Nora abre una puerta flanqueada por bustos de bronce de Churchill y Eisenhower que nos lleva a un largo pasillo donde hay por lo menos cuarenta pilas de sillas de dos metros de alto.

Almacén para cenas oficiales. Seguimos avanzando por el corredor y el suelo empieza a coger pendiente hacia abajo. Pasamos junto a una pirámide de jaulas de provisiones y luego dejamos la bolera a la izquierda. Nora mantiene el paso enérgico, descendiendo hacia el laberinto. Empiezo a sentirme lejos de la luz del día.

—¿Adónde vamos?

—Ya lo verás.

Cuando el pasillo se nivela nos lleva a otro pasillo perpendicular, pero éste mucho más reducido. Techos bajos. No tan bien iluminado. Las paredes están húmedas y huelen a monedas viejas.

No tiene el menor sentido. Estamos en el sótano y Nora se está quedando sin espacio. Y yo me estoy quedando sin tiempo. Aun así, no aminora la marcha. Hace un giro en redondo a la derecha y continúa. Mis ojos empiezan a nublarse. Me parece que el corazón se me va a salir del pecho.

—¡Para! —le grito.

Por primera vez se detiene y me escucha.

—Por lo que más quieras, dime adonde vamos.

—Te he dicho que ya lo verás.

No me gusta la oscuridad.

—Quiero saberlo ahora —digo, receloso.

Se para otra vez y me dice con voz suave:

—No te preocupes, Michael. Yo cuidaré de ti.

No le había oído ese tono desde el día de mi padre. Pero ahora no es el momento.

—Nora…

Se vuelve sin decir palabra y avanza hacia el fondo del pasillo del sótano. Hay una puerta de hierro con cierre electrónico. Si son ciertos los rumores, estoy casi seguro de que llegamos a un refugio atómico. Nora teclea su PIN secreto y oigo cómo retumban las barras del cerrojo.

Con un tirón seco, abre la puerta. Al instante me quedo con unos ojos como platos. No puede ser. Pero ahí está, delante de mí. El mito más grande de la Casa Blanca: un túnel secreto.

Nora me mira a los ojos.

—Si era lo bastante bueno para Marilyn Monroe, será bastante bueno para ti.

Capítulo 33

Con la boca tan abierta que me llega a los tobillos, contemplo el túnel secreto de los sótanos de la Casa Blanca.

—¿Cuándo…? ¿Dónde…?

Nora da un paso hacia mí y me coge de la mano.

—Estoy aquí, Michael. Soy yo. —Viendo mí expresión atónita, añade—: Puede que en las películas no lo saquen muy bien, pero eso no quiere decir que sea mentira.

—Pero es que…

—Venga, vamos.

En el tiempo que parpadeo, ha desaparecido. De cero a sesenta. Instantáneo. El túnel tiene paredes de cemento y está mejor iluminado de lo que hubiera esperado. Parece ser un pasadizo directo por debajo del Ala Oeste.

—¿Y adonde va a parar?

No me oye. O no me oye, o no me lo quiere decir.

Al final del túnel hay otra puerta de hierro. Nora teclea el código frenéticamente. Las manos le tiemblan apreciablemente. Contemplamos el cierre electrónico, esperando ansiosos el chasquido para acceder. No suena.

—Inténtalo otra vez —digo.

—¡Lo estoy intentando! —y vuelve a introducir el código. Otra vez nada.

—¿Qué es lo que pasa? —pregunto. Aprieto los puños con tanta fuerza que me duelen los brazos.

—¡Déjanos salir! —grita Nora, levantando la cabeza.

—¿Quién…? —Sigo su mirada hasta una esquina del techo. Hay una pequeña cámara de vigilancia enfocada hacia nosotros.

—¡Sé que estás mirando! —continúa—. ¡Déjanos salir!

—Nora —digo cogiéndola por el brazo—, tal vez no deberíamos…

Me aparta de un empujón. Está mirando a la cámara de la misma manera que miraba a los del Servicio Secreto la primera noche que salimos.

—No estoy jugando, gilipollas. Éste es mi novio. Llama a Harry, él lo autorizará.

Ahora está haciendo una apuesta. Harry puede que me diera paso, pero lo seguro es que no sabe que estamos escapándonos.

—¿Puedes creértelo? —me dice, forzando una carcajada desdeñosa y echándose el pelo para atrás—. Estoy tan confusa.

Capto la idea. Pero relajar las manos y tranquilizar la respiración me exige un esfuerzo sobrehumano.

—No, no tienes por qué —apoyo un brazo contra la pared como sin darle importancia—. Me pasó lo mismo la última vez que estuve en el Gulag.

Es un gran momento. Y también falso. Probablemente siempre haya sido así.

Nora me mira con una sonrisita cómplice y luego mira otra vez a la cámara.

—¿Qué? ¿Lo has llamado?

Silencio. Estoy a punto de desmayarme de angustia, con ansias de darme la vuelta y echar a correr. Pero entonces, de improviso, chasquea un cerrojo que corre. Nora abre la puerta y me hace salir. La cámara ya no puede vernos.

—Estamos en los sótanos del edificio del Tesoro —susurra.

Asiento con la cabeza. Es el edificio de al lado de la Casa Blanca.

—Puedes subir por la rampa del aparcamiento hasta la East Exec, o coger una escalera y salir por el Tesoro. Por las dos se llega afuera.

Me voy directo a la escalera. Nora viene detrás. Me doy la vuelta, levanto el brazo y la detengo, dejándola en el umbral del túnel.

—¿Qué? —me pregunta.

—¿Adónde vas?

Me mira de la misma forma que miró a mi padre cuando se puso histérico.

—Lo decía de verdad. No voy a dejarte, Michael. Después de todo esto, no.

Por primera vez desde que empezamos a correr mi ojo deja de dar vueltas.

—No tienes por qué…

—Sí. Sí que tengo.

—No, Nora —digo moviendo la cabeza—. Y agradezco el ofrecimiento, pero los dos sabemos lo que pasará. Si te pillan andando por ahí con el máximo sospechoso para la prensa…

—No me importa —exclama—. Por una vez, merece la pena.

Me acerco más a ella y trato de obligarla a volver hacia la puerta. No cede.

—Por favor, Nora, no es momento de estupideces.

—¿Así que ahora es una estupidez que quiera ayudarte?

—No, la estupidez es pegarte un tiro en los dos pies. En cuanto la prensa nos relacione, te saltarán al cuello. En todas las primeras páginas. En todas las cabeceras. «Primera Hija, relacionada con presunto asesino». Harán que tu famosa historia del *Rolling Stone* parezca la última página de *People*.

—Pero…

—Por favor, por una vez, no discutas. En estos momentos, lo mejor que puedo hacer yo es ser discreto. Si tú andas alrededor, será imposible, Nora. Al menos de este modo los dos estaremos a salvo.

—¿De verdad piensas que estás a salvo?

No respondo.

—Por favor, Michael, ándate con cuidado.

Sonrío y me dirijo a la escalera. Oyéndola hablar así… no es fácil marcharse.

—¿Entonces adonde vas? —me grita.

Me quedo helado. Los ojos se me estrechan. Y, lentamente, me vuelvo. Detrás de

ella, el exterior de la puerta de acero reforzado está camuflado para que parezca una salida normal. Todo el asunto es una ilusión.

—Ya te lo diré cuando llegue —le contesto. No queda nada por decir, así que me giro y echo a andar. Luego a trotar.

—Michael, ¿y qué hay de…?

Luego a correr. Adelante. No mires atrás. A mis espaldas la oigo gritar mi nombre. Lo dejo correr.

Me lanzo por la escalera interior del edificio del Tesoro, saltando los escalones de dos en dos. La voz de Nora se ha ido perdiendo a lo lejos y me concentro exclusivamente en el pequeño letrero en blanco y negro que dice «Salida a vestíbulo principal». Al acercarme a la puerta quisiera abrirla de una patada y salir a toda velocidad a la entrada principal. Pero, temeroso de llamar la atención, la abro un poquito y escudriño el exterior justo lo suficiente como para descubrir dónde demonios estoy. Al fondo del vestíbulo, frente a mí, hay un detector de metales y una mesa de recepción. Tras ella, dándome la espalda, hay un par de agentes del Servicio Secreto de uniforme. Maldición, ¿cómo voy a pasar? Espera… no tengo que pasar por ningún sitio. Ya estoy dentro. Todo lo que tengo que hacer es salir. Salgo de la escalera, enderezo los hombros, revisto de confianza mi apariencia y avanzo con firmeza hacia el torno de la salida. Al ir acercándome, veo que los agentes comprueban la identificación de los visitantes para dejarlos pasar. Ninguno de los dos se ha fijado en mí.

Estoy a menos de tres metros del torno. ¿Necesito enseñar mi identificación para salir? Observo a la mujer que está delante y creo que no. Me meto en el torno, pero justo cuando mi cintura se apoya en la barra de metal, el agente más próximo se vuelve hacia mí. Fuerzo una sonrisa y lo saludo levantando dos dedos de la mano.

—Que tengan un buen día —añado.

Asiente con la cabeza sin decir palabra, pero continúa mirando. Al pasar por el torno noto su mirada en la nuca. *Ignóralo. Que no te entre el pánico. Unos pocos pasos más hasta la puerta de cristal que lleva al exterior. Ya casi estás. Un poquito más*. Al otro lado de la calle veo la entrada blanco y oro del Oíd Ebbitt Grill. Ya está. Si piensa pararme, tendrá que ser antes de cinco segundos. Cuatro. Tres. Me apoyo en la puerta y la empujo. Dos. Es su última oportunidad. Uno. La puerta se vuelve hacia atrás a mis espaldas y me deja solo en la calle Quince. He salido.

El primero al que descubro está justo pegado al edificio: complexión robusta, traje oscuro, gafas de sol negras. Hay otro a mitad de la manzana. Y dos de uniforme en la esquina. Todos del Servicio Secreto. Y por lo que puedo ver, tienen toda la manzana cubierta.

El pánico me hace rodar la cabeza y me esfuerzo por permanecer firme. Qué

rápido se movilizan… Por supuesto, es su trabajo. Esquivo al primer agente y avanzo por la acera tan de prisa como puedo. *Mantén la cabeza baja y no dejes que te vean bien*.

—¡Alto ahí! —grita el agente.

Finjo que no lo oigo y sigo adelante. Veinte metros más allá hay otro agente.

—Le han pedido que no se mueva, señor —me dice.

Las manos se me llenan rápidamente de sudor. Mi respiración es tan trabajosa que la siento retumbar. El agente cuchichea algo en el cuello de su camisa. Oigo a lo lejos el lamento penetrante de una sirena de policía. Viene hacia mí. Se acerca. Busco en todas direcciones por dónde huir. Estoy rodeado. Por la Puerta Sureste aparecen dos guardias en moto que vuelan hacia mí. En cuanto los veo, me quedo helado e, instintivamente, levanto las manos para rendirme.

Sin embargo, para mi sorpresa, pasan de largo, zumbando. Los sigue una limusina, seguida de otra limusina, seguida de un Chevrolet Blazer, seguida de una furgoneta, seguida de una ambulancia, seguida de otros dos guardias en moto. Cuando desaparecen calle arriba, los agentes los siguen. A los pocos segundos, las nubes se han disipado y el cielo claro ha vuelto a la zona. Inmóvil donde estaba, suelto una risa nerviosa. No era una caza del hombre, era una comitiva. Simplemente una comitiva de servicio.

Sin tiempo para esperar el metro, me meto en un taxi y regreso a mi apartamento. La nota de la cita con Vaughn no estaba en la habitación de Nora, lo que significa que o bien ella la quitó de allí o está todavía en mi cama. Volver a casa puede ser arriesgado, pero necesito conocer esa respuesta. Antes de que el taxista me deje, le pido que dé una vuelta a la manzana para así poder observar las matrículas. No hay tarjetas de prensa ni placas federales a la vista. Hasta aquí, todo estupendo.

—Aquí mismo está bien —le digo cuando se acerca a la entrada trasera de servicio.

Le lanzo un billete de diez dólares, cierro la puerta y subo de un salto el pequeño tramo de escalones. Escudriño la zona lo mejor que puedo pero no me permito perder tiempo y arriesgarme a que me pillen. Si el *Post* informa de que yo soy el principal sospechoso, Adenauer no va a esperar a las cinco para cogerme. Probará a hacerlo ahora mismo. Naturalmente, la única razón por la que acepté ir era que creía que obtendría la información de Vaughn. Después de lo que pasó, sin embargo… bueno… ya no.

Entro con precaución por la parte de atrás del vestíbulo con la vista alerta a cualquier cosa que pueda haber fuera de lo habitual. Cuarto de buzones, zona de recepción, conserjería… todo parece en orden. Asomo la cabeza por la esquina, escudriño la entrada principal del vestíbulo y el exterior de la puerta de entrada.

Mañana a esta hora la prensa estará acampada ahí fuera, a menos que discurra algún modo bien sólido de demostrar que ha sido Simon.

Convencido de que no hay nadie, cruzo a toda prisa por delante de la conserjería hacia el ascensor. Pulso el botón de llamada, las puertas se abren y me dispongo a entrar.

—¿Adónde va usted? —pregunta una voz grave.

Me giro rápidamente y choco contra las puertas del ascensor que se están cerrando.

—Perdone, Michael —dice riendo—. No pretendía asustarlo.

Respiro hondo. No es más que Fidel, el portero. Está mirando la televisión detrás del mostrador y como tiene el sonido quitado es fácil no fijarse.

—Demonios, Fidel, ¡casi me da un infarto!

Sonríe tan ampliamente como puede.

—Los Orioles van ganando a los Yanquis… final del segundo.

—Deséales suerte de mi parte —le digo, volviendo hacia el ascensor. Aprieto el botón de llamada nuevamente y las puertas se abren.

En el momento de entrar, Fidel me dice:

—Por cierto, ha venido por aquí su hermano.

Cuando las puertas están a punto de cerrarse pongo el brazo entre ellas.

—¿Qué hermano? —le pregunto.

—Uno… de pelo castaño. —Fidel parece alarmado—. Estuvo aquí hará diez minutos… Dijo que tenía que coger algo de su apartamento.

—¿Le diste la llave?

—No —dice Fidel, vacilando—. Dijo que ya la tenía. —Coge el teléfono y añade —: ¿Quiere que llame a ver si…?

—¡No! No llames a nadie. Todavía no. —Entro de un salto en el ascensor y dejo que se cierren las puertas. En vez de apretar el botón del séptimo piso, aprieto el sexto. Sólo por seguridad.

Cuando el ascensor se abre en el sexto piso, corro directamente hacia la escalera del otro lado del vestíbulo. Subo sin hacer ruido hasta el séptimo. Si el FBI espera pillarme por sorpresa, yo no tendría que estar aquí. Pero si es Simon, si él mató a Vaughn para tener las cosas ocultas, podría estar plantándome algo… Me corto en seco. No pienses en ello. Lo averiguarás bastante pronto.

En el rellano del séptimo piso atisbo por la mirilla de la puerta de la escalera. El problema es que mi apartamento está al final de todo el pasillo, y desde aquí no puedo verlo. No hay manera de evitarlo, para mirar tengo que abrir. Pongo la mano en la manilla y respiro hondo. Está bien, me digo. Gírala. Suave y preciso. No demasiado de prisa.

Tiro lentamente de la pesada puerta de metal. Cada chirrido suena como un

gritito. Oigo voces que murmuran al fondo del pasillo. Más bien discuten. Pongo el pie de tope en la puerta, la abro y espío con cuidado el pasillo. Al ir abriendo la puerta poco a poco, el pasillo se va ofreciendo a la mirada. El ascensor… el cuarto de la basura… la puerta del vecino… mi puerta… y los dos hombres de traje oscuro que juguetean con mis cerraduras. Los hijos de puta están forzándola. La mitad de mi torso está ya en el vestíbulo cuando un fuerte campanillazo anuncia la llegada del ascensor. Las puertas se deslizan hacia los lados y los dos hombres de traje oscuro miran directamente… hacia mí.

—¡Ahí está! —exclama uno de ellos—. ¡FBI! ¡Quédese donde está!

Directamente enfrente de mí, Fidel sale del ascensor sin enterarse de lo que pasa.

—Michael, quería asegurarme de que…

—¡Agárralo! —grita el segundo agente.

¿Agárralo? ¿Con quién está habí…? La cabeza se me va para atrás al recibir un empellón por la espalda. Siento un brazo que me pasa por el cuello y otro por debajo del brazo. Estos chicos vinieron preparados.

Aterrado, lanzo el codo hacia atrás con toda la fuerza que puedo e impacto directamente en el estómago de mi atacante. Suelta un gemido gutural y su presa se afloja y me escabullo.

—¿Pero qué…? —exclama Fidel.

Los otros dos agentes cargan sobre nosotros por el pasillo.

—¡Vuelve al ascensor! —le grito a Fidel.

Las puertas están a punto de cerrarse.

Antes de que nadie pueda reaccionar, me lanzo en plancha hacia adelante, derribando a Fidel y arrastrándonos a ambos hacia el ascensor. Nos colamos dentro justo cuando las puertas se cierran. Por encima del hombro lanzo el brazo hacia atrás y aprieto el botón que dice Bajos. Cuando arranca oigo que los agentes del FBI aporrean la puerta. Demasiado tarde. Ayudo a Fidel a levantarse del suelo y las manos me tiemblan.

—Ése era el tipo que dijo que era su hermano —dice Fidel.

Todavía temblando, apenas si puedo oír lo que dice.

—¿De verdad son del FBI? —me pregunta.

—Creo que sí… no estoy seguro.

—¿Pero qué hizo…?

—No he hecho nada, Fidel. A cualquiera que aparezca, dile eso. Soy inocente. Lo demostraré. —Miro hacia arriba y veo que ya estamos casi abajo.

—¿Entonces por qué…?

—Bajarán por la escalera —lo interrumpo—. Cuando los veas, diles que me fui por detrás. ¿Vale? Que salí por atrás.

Fidel asiente con la cabeza.

En el momento en que se abren las puertas del ascensor me precipito hacia el frente del vestíbulo. Puede que como ruta de escape sea menos discreta, pero el único sitio para coger un taxi es la avenida de Connecticut. Por supuesto, cuando salgo de un salto del edificio no se ve ni uno. Maldición. Echo a correr calle arriba. Lo que sea para escapar. Si pretendo salvarme, es preciso recuperar el aliento y pensar.

Tras un minuto de loca carrera, me vuelvo justo cuando dos de los agentes del FBI aparecen en la puerta de mi edificio. No creyeron a Fidel y sólo uno se fue por detrás.

Al otro lado de la calle hay un taxi que va en dirección opuesta.

—¡Taxi! —le chillo.

Por fin, algo está de mi parte. El taxi hace un giro prohibido en redondo y se para justo delante de mí.

—¿Adónde va? —pregunta con un suelto acento del Medio Oeste. Cuando se vuelve para darme frente pone un grueso brazo en torno al respaldo del asiento del pasajero.

—A cualquier sitio… siga recto… hay que salir de aquí —le digo sacudiéndome mentalmente por haber venido a buscar la nota. Sabía que pasaría esto.

El taxista pisa a fondo y me lanza contra el respaldo del asiento.

Me vuelvo para mirar hacia atrás. Los agentes están gritando algo, pero no puedo oírlos. Tampoco importa, ya han contestado a mi pregunta. Ha corrido la voz. Todas las miradas están puestas sobre mí.

Diez minutos después entramos en un aparcamiento de la avenida de Wisconsin. El taxista me jura que es el teléfono público más cercano que no es visible desde la calle. Acepto su palabra.

—¿Le importa esperar? —le pregunto mientras me lanzo hacia el teléfono.

—Usted paga, yo espero, estilo americano.

Descuelgo el auricular y marco el número de Trey. Suena dos veces antes de que lo coja.

—Aquí Trey.

—¿Cómo vamos? —le pregunto.

—Mi… —Se interrumpe; hay alguien en la oficina—. ¿Dónde diablos estás? ¿Estás bien? —susurra.

—Estoy perfectamente —digo, poco convencido. Al fondo oigo que los otros teléfonos de su oficina suenan—. ¿Qué tal ahí?

Suenan otros dos teléfonos.

—Esto es un zoológico… nunca has visto nada igual. Nos han llamado todos los periodistas del país. Dos veces cada uno.

—¿Crees que me darán muy fuerte?

Al otro lado de la línea se produce una breve pausa.

—Eres como Dan Quayle.

—¿Han sacado…?

—No hay declaraciones de nadie, ni Simon, ni Oficina de Prensa, ni siquiera Hartson. Se rumorea que saldrán en directo a las cinco y media, para asegurarse de que tendrán algo para las mentiras de la noche. Te digo, tío, que nunca he visto nada igual… todo está paralizado.

—¿Y tu amigo del *Post*?

—Lo único que sé es que tienen una foto tuya en la que estás de pie delante del edificio… probablemente la que sacó aquel fotógrafo. A no ser que les surja algo mejor, me ha dicho que saldrá mañana en la Al.

—¿Y no puedes…?

—Lo intento —dice—. Pero no hay manera de impedirlo. Inez lo tiene todo: que tú saliste del despacho de Caroline, los registros del SETV, los informes de toxicología, el dinero…

—¿Descubrió el dinero?

—Mi colega dice que ella conoce a alguien en la policía del distrito de Columbia. Teclearon tu nombre en el ordenador y salió en «Investigaciones Financieras». Diez mil billetes requisados a Michael Garrick… —la voz de Trey se amortigua—. ¿Qué? —pregunta con voz en sordina: ha puesto la mano sobre el micrófono—. ¿Quién lo dice?

—¡Trey! —exclamo—. ¿Qué pasa?

Oigo hablar a gente, pero no me contesta.

—¡Trey!

Nada de nada.

—¡Trey!

—¿Estás ahí? —pregunta al fin.

Me encuentro tan mal que estoy a punto de vomitar.

—¿Pero qué demonios pasa?

—Steve acaba de volver de la Oficina de Prensa —me dice, titubeando.

—¿Malas noticias?

No puedo oírlo, pero sé que se está frotando. Y éste bate el récord.

—Yo no me asustaría hasta que nos confirmen…

—¡Pero dime de qué se trata!

—Dice que encontraron una pistola en tu coche.

—¿Qué?

—Envuelta en un mapa viejo, escondida en la guantera.

Me siento como si acabaran de darme una patada en el gaznate. El cuerpo se me afloja. Me apoyo en la cabina para seguir de pie.

—Yo no tengo ninguna… pero cómo… oh, Dios mío, van a encontrar a

Vaughn…

—Es sólo un rumor, Michael, que nosotros sepamos sólo es… —Vuelve a cortarse en seco. Y todo lo que sonaba al fondo. La oficina está en silencio. Sólo oigo teléfonos que suenan. Alguien debe de haber entrado.

—¿Qué nos dicen? —pregunta una voz femenina. La reconozco al instante.

—Aquí está, señora Hartson —dice otra voz.

—Tengo que irme corriendo —dice muy bajito Trey por el teléfono.

—¡Espera! —exclamo—. Tú no…

Es demasiado tarde. Ya no está. Pongo el teléfono en el soporte, miro alrededor, buscando ayuda. No hay nadie más que el taxista, enfrascado ya en su periódico. Oigo el taxi toser y resoplar de tantos años de abuso. El resto del garaje está en silencio. En silencio y desierto. Me pongo la mano sobre el estómago y siento el cuchillo que se revuelve en mis tripas. Tengo que… tengo que conseguir ayuda. Levanto el auricular y meto otras cuantas monedas por la ranura. Sin siquiera pensarlo marco el número de ella. Es la primera idea que me viene a la mente. Olvídate de lo que pasó, llámala. Necesito la primera línea; necesito saber qué está pasando; y más que ninguna otra cosa, necesito un poco de sinceridad. Sinceridad guerrillera.

—Aquí Pam —dice al descolgar el teléfono.

—Hola —digo, tratando de sonar animoso. Después de nuestra última conversación, probablemente esté dispuesta a hacerme trizas.

Hace una pausa lo bastante larga como para permitirme saber que ha reconocido mi voz. Cierro los ojos y me preparo para una buena regañina.

—¿Cómo estás, Pete? —pregunta con cierta tensión en la voz.

Algo no va bien.

—¿Es mejor que…?

—No, no —me interrumpe—. El FBI no ha venido… no podrán localizar las líneas de teléfono…

Es todo lo que necesitaba oír. Cuelgo el teléfono de un golpe. Tengo que dárselo a ella… sin tener en cuenta lo enfadada que estuviera, se ha portado. Y tendrá problemas gordos por esto. Pero si ya han acosado a uno de mis mejores amigos… Demonios, puede que Trey ni siquiera lo supiera. Puede que ellos ya… Dejo el teléfono y corro hacia el taxi.

—Larguémonos de aquí —le lanzo al conductor.

—¿Adónde? —me pregunta, haciendo chirriar los neumáticos en dirección a la avenida de Wisconsin.

Sólo tengo una opción más.

—Potomac, Maryland.

Capítulo 34

—Casi estamos —anuncia el taxista al cabo de veinte minutos.

Levanto la cabeza justo lo suficiente para atisbar por la ventanilla izquierda. Arriates de flores, césped bien cortado, cantidad de callejones sin salida. Cuando pasamos de largo ante las McMansions recientemente construidas que salpican el paisaje demasiado-consciente-para-ser-natural de Potomac, me dejo resbalar en el asiento, tratando de quedar a cubierto de las miradas.

—Menudo barrio —dice el conductor con un silbido—. Fíjese en las ranas del césped de ésa.

No me molesto en mirar. Estoy demasiado ocupado intentando pensar en otros sitios a los que huir. Es más difícil de lo que me había figurado. Gracias a la investigación inicial de antecedentes que hace el FBI, en mi expediente está toda la red al completo. Familia, amigos. Ellos lo comprueban todo, se apoderan de tu mundo. Lo que significa que si busco ayuda tengo que buscarla fuera del laberinto. La cosa es que, si alguien está fuera del laberinto, suele ser por una buena razón.

—Ahí es —digo, señalando lo que tengo que admitir que es una casa impresionante de estilo colonial de Nueva Inglaterra en la esquina de la Buckboard Place.

—¿Tuerzo por aquí? —pregunta el taxista.

—No, siga recto.

Al pasar frente a la casa me giro para observarla desde la ventanilla trasera. Unos doscientos metros más allá señalo el camino de entrada vacío de una caseta desastrada. Césped sin cuidar, persianas despintadas. Igual que nuestra antigua casa. La vergüenza del vecindario.

—Pare aquí —digo, escudriñando las ventanas polvorientas de la fachada. No hay nadie. Esta gente trabaja.

Sin decir palabra entramos en el camino que va perpendicular a la calle. Detiene el coche de tal manera que sólo el maletero y la ventanilla de atrás quedan ocultos por la casa vecina. Es un magnífico escondite: una habitación con vistas.

En diagonal, más abajo de la manzana, mantengo la vista fija en la casa colonial. Tiene un amplio garaje para dos coches. El camino de entrada vacío.

—¿Cuánto habrá que esperar hasta que vuelva? —pregunta el taxista—. Esto está subiendo de lo lindo.

—Ya le he dicho que le pagaré. Además —añado mirando el reloj—, esa persona llegará en seguida, ya no trabaja a jornada completa.

El taxista pone el taxímetro en espera y lleva la mano a la radio.

—¿Qué le parece si pongo las noticias para que podamos…?

—¡No! —bramo.

—Lo que usted quiera, hombre —dice enarcando una ceja—. Lo que usted quiera.

Al cabo de quince minutos, Henry Meyerowitz aparece en la calle conduciendo su crisis de madurez personal: un descapotable Porsche negro de 1963. Muevo la cabeza al ver las matrículas personalizadas que dicen FUMAR. Odio a la familia de mi madre.

Para ser justos, sin embargo, es el único que alguna vez me echó una mano. En el funeral me dijo que tenía que llamarlo, que le encantaría invitarme a una buena cena. Cuando se enteró de que había conseguido un trabajo en la Casa Blanca, reiteró la oferta. Con la esperanza de tener una relación familiar que pudiera significar algo, le tomé la palabra. Me acuerdo de venir explorando hasta aquí la semana después de empezar a trabajar, tuve que usar incluso un mapa de la Asociación Americana de Automovilistas para manejarme por las callejuelas laterales, pero hasta que me vi dando vueltas por la propia urbanización no me di cuenta de que no habían invitado a mi padre. Sólo a mí. Sólo a la Casa Blanca.

Peor para ellos, pero siempre ha sido un negocio conjunto. No me importa si son la otra parte de la familia, hicieron lo mismo con mi madre. Si no querían a mis padres, no me tendrían a mí. Después de pasarme casi una hora aparcado a la vuelta de la esquina, me fui a una gasolinera y lo llamé por teléfono para decirle que me había surgido algo. Y nunca volví a llamarlo. Hasta ahora.

Henry toma a la izquierda para entrar en Buckboard Place y yo cojo la manilla de la puerta del taxi. Estoy a punto de abrirla cuando descubro que un sedán negro se mete detrás de él en el camino de acceso. Dos hombres salen del coche. Trajes oscuros. No tan robustos como los del Servicio Secreto. Más como los tipos de mi edificio. Se acercan a mi primo, abren una carpeta y le enseñan una fotografía. Estoy bastante más allá de la calle, pero puedo descifrar desde aquí su lenguaje corporal.

No lo he visto, dice mi primo moviendo la cabeza.

¿Le importa que entremos de todos modos?, pregunta el primer agente, señalando la puerta.

Por si acaso aparece, añade el segundo agente.

Henry Meyerowitz no tiene elección. Se encoge de hombros. Les indica que pasen con un gesto.

La puerta de la casa estilo colonial de Nueva Inglaterra se va a cerrar ante mis narices.

—Vámonos de aquí —digo al taxista.

—¿Qué?

—Que nos vayamos de aquí. Por favor.

Los agentes del FBI están entrando detrás de mi primo. Instintivamente, el taxista

gira la llave y el motor ruge.

—¡Todavía no! —le grito.

Demasiado tarde. El taxi se estremece y arranca. El agente que está más cerca de la puerta se para. Yo no me muevo. El agente se gira desde la puerta y mira hacia nosotros. Aguza la vista intensamente pero no ve nada. Todo va bien, me digo para mis adentros. Me parece que desde este ángulo estamos…

—¡Allí! —grita, señalándonos con el dedo—. ¡Allí está!

—¡FBI! —chilla el primer agente sacando una placa.

—¡Vámonos de aquí! —le grito al taxista.

No se mueve.

—¿A qué espera?

La triste mirada de sus ojos lo dice todo. No arriesgará su medio de vida por una carrera.

—Lo siento, muchacho.

Miro por la ventanilla de atrás. Los dos agentes se acercan. La decisión es simple. No voy a ser un prisionero. Por ahí fuera todavía tengo una oportunidad. Y si me entrego, nunca descubriré la verdad.

Abro la puerta de una patada y salto afuera. Como sé que sólo me quedan unos pocos dólares en la cartera, me arranco los gemelos presidenciales, se los tiro al taxista por la ventanilla y salgo corriendo. Sin saber muy bien adonde ir, me precipito por el camino arriba y rodeo la casa por un lado. Detrás de mí, el taxista hace un giro de cuarenta y cinco grados hacia atrás, justo lo suficiente para bloquear el paso de los agentes.

—¡Quite esta mierda de aquí! —le chilla uno de los agentes mientras yo paso por el patio trasero. Agarro dos postes de la valla de madera que rodea el patio y salto por encima. Aterrizo en el patio de la casa abandonada y oigo a los del FBI trepar por encima del taxi, sus zapatos resuenan contra la chapa de metal.

—¡Está en el otro patio! —exclama uno de los agentes.

Sigo corriendo hacia la parte delantera de la casa y me encuentro en la manzana vecina. Cruzo la calle a toda prisa, subo corriendo otro camino de entrada hacia el patio trasero de una tercera casa. En éste, la valla trasera de la finca es demasiado alta para escalarla, pero las de los lados son más bajas. Salto sobre una de ellas al patio de la derecha. Desde allí supero la valla trasera y doy a otra manzana más. Por el rápido vistazo que les di cuando corrían hacia el taxi tengo la impresión de que los dos agentes andan por los cuarenta y pocos años. Yo tengo veintinueve. Eso debería bastar.

—¡Entrégate, Garrick! —grita uno de ellos a sólo un patio por detrás.

Entonces recuerdo que soy abogado.

Se me va acercando, casa a casa. Lo percibo en cada valla. Su voz suena cada vez

más fuerte. Cuando empecé a correr estaba por lo menos a un minuto de mí. Ahora, son menos de treinta segundos. Pero cuando aterrizo en el patio trasero de una casa beige estilo Tudor, alzo la vista justo a tiempo de ver la mejor escapatoria: un enorme autobús metropolitano azul y blanco pasa delante del camino, arrastrando una nube negra de humo de escape. Al pasar, chirrían los frenos. ¡Se para! Esprinto camino abajo. Y efectivamente, al salir a la calle, está esperando en la esquina.

—¡Espere! —grito con toda la fuerza de mis pulmones.

A bordo, una anciana que lleva una bolsa de compra arrugada desciende los peldaños con dificultad.

Corro a toda velocidad, está casi al alcance de la mano. La señora llega a la acera y dice adiós con la mano al conductor. Mi mano tropieza contra el neumático trasero derecho del autobús al lanzarme sobre la puerta.

—¡FBI! —grita a mis espaldas el agente—. ¡No lo deje subir!

Estiro la mano… casi estoy… si consigo entrar, ya estaré…

La puerta se cierra de golpe antes de que lo consiga. Se acabó. Lo he perdido. No puedo creer que lo haya perdido. El autobús arranca despacio, lanzándome una nube de humo negro a la cara. Me giro y veo que el agente del FBI está a menos de veinte metros. Estoy demasiado fatigado… no puedo… pero no hay elección. Cruzo la calle corriendo y subo por el camino de la casa más próxima. En pocos segundos estoy en el patio de atrás. Al contrario de los demás, éste está cerrado por una verja negra de hierro forjado. Dos metros de alto, demasiado para trepar. Busco otra salida. El agente ya está en el camino. No hay más salida que hacia arriba. Agarro una mesa de un patio español que hay al lado, la apoyo contra la verja y salto sobre ella. Es el impulso que necesitaba. Desde esta altura, me cojo con las manos a dos de las lanzas de metal negro y me doy impulso hacia arriba. Detrás de mí, el agente se acerca. Maniobro con cuidado sobre las lanzas en forma de flor de lis y noto que se aprietan contra mi muslo. Despacio… despacio…

—¡Ya te tengo! —exclama el agente. Me agarra por el tobillo mientras me encaramo a esa alta verja. Suelto el pie y le doy una patada directamente en la cara. Cae para atrás y me suelta justo cuando supero la verja, pero al caer al suelo yo pierdo el equilibrio. Aterrizo sobre el tobillo, que se me tuerce bajo el peso. Un espasmo caliente me recorre la pierna izquierda. Me levanto a trompicones, no hago caso del dolor y me voy cojeando. Al otro lado de la verja, el agente ya se ha subido a la mesa.

El tobillo me duele, pero corro. Sigo corriendo.

Él trepa a la verja con un tremendo impulso y pasa una pierna por encima. No está firme, pero todo lo que tiene que hacer es…

—¡Aaaah! —chilla.

Me vuelvo corriendo. En lo alto de la verja, se ha clavado una de las puntas en el

muslo. La sangre le corre lentamente pierna abajo. Me estremezco sólo de verlo.

—¿Está usted bien? —le grito.

No me contesta; tiene la cara retorcida de dolor.

A lo lejos, oigo al otro agente.

—Lou, ¿estás por ahí? ¡Lou!

Encontrará a su socio muy pronto. Es hora de que yo me largue. Apoyo todo el peso en la pierna buena y me voy cojeando de allí lo más de prisa que puedo. Cinco calles más allá, veo otro autobús. Esta vez logro subir. Cuando las puertas se cierran oigo la sirena de una ambulancia por allí cerca. Lo han hecho rápido. De pie en la delantera del autobús, miro por el parabrisas y contemplo las luces intermitentes que avanzan en nuestra dirección.

—¿Va a pagar el billete o qué? —me pregunta el conductor, devolviéndome de golpe a la realidad.

—S-sí —digo. La ambulancia se cruza con nosotros a toda velocidad y yo busco mi cartera y meto un dólar en la máquina. Cuando me dirijo a la parte de atrás del autobús, noto el zumbador de mi busca en el bolsillo. Lo saco y reconozco el número inmediatamente. Es el mío. Sea quien sea, está en mi despacho.

El autobús tarda veinte minutos en pararse en el parking trasero de la estación del metropolitano de Bethesda. Desde allí puedo acceder al tren y a todas sus conexiones: centro, salir de la ciudad, cualquiera de las intermedias. Pero primero tengo que encontrar un teléfono. Me meto en el edificio de la estación, esquivo la muchedumbre que se dirige hacia la escalera mecánica absurdamente larga y me dirijo hacia la batería de teléfonos públicos que está a mi derecha. Todavía tengo algunas monedas en el bolsillo, pero después de mi conversación con Pam, no voy a correr riesgos. En vez de marcar directamente mi número, cojo el teléfono y llamo al número 900 que me conectará con la central. En cuanto esté conectado con el sistema telefónico de la Casa Blanca, será mucho más difícil localizar mi llamada.

«Ha llamado usted a la centralita principal —dice una voz mecánica de mujer—. Si desea una extensión de oficinas, marque uno». Marco el cero.

—Operadora central 34 —contesta alguien en seguida.

—Acabo de recibir un busca de Michael Garrick, ¿puede usted ponerme?

—¿Puede repetirme el apellido?

Parece completamente sincera. Bien, todavía no lo saben todos.

—Garrick —digo—. De Asesoría Jurídica.

A los pocos segundos suena el teléfono de mi despacho. Quienquiera que esté allí, en el identificador de llamadas sólo verá la palabra «Central».

—Muy astuto —contesta Adenauer—. Llamar a través de la central.

El puño se me crispa sobre el auricular. Sabía que era él. En realidad, me

sorprende que tardase tanto.

—No fui yo —insisto.

—¿Por qué no me contó lo del dinero, Michael?

—¿Me hubiera creído?

—Inténtelo. ¿De dónde lo sacó?

Estoy harto de que me ande acosando.

—Hasta que me den alguna garantía, no diré nada.

—Dar garantías es fácil, pero ¿cómo voy a saber que me dice usted la verdad?

—Tenía un testigo. Aquella noche no estaba solo.

Al otro lado de la línea se produce una breve pausa. Recordando el consejo de Vaughn sobre la localización de llamadas, miro el segundero de mi reloj. Ochenta como máximo.

—Me está usted mintiendo, Michael.

—Yo no…

Adenauer interrumpe con algo que suena como el zumbido de una grabadora.

«La noche pasada, jueves tres», dice una voz femenina.

¡Oh, no! —pienso—. Antes de que parase la cinta…

«¿Anoche quiere decir el jueves 3?».

«Quiero decir, exactamente —dice mi voz grabada—. De todos modos, yo iba en coche por la calle Dieciséis cuando vi…».

«Antes de seguir, ¿iba alguien contigo?».

«Eso no es lo importante…».

«Limítate a contestar la pregunta», dice Caroline.

«No. Iba solo».

—¿Había olvidado que teníamos la cinta? —pregunta Adenauer en un tono un poco demasiado satisfecho de sí mismo.

El segundero corre. Quedan treinta.

—Le juro que… ésa no es…

—Encontramos a Vaughn —dice Adenauer—. Y la pistola, basta de mentiras, Michael. ¿Lo hizo por Nora?

—Le estoy diciendo que…

—¡Deje ya de cabrearme, coño! —explota Adenauer—. ¡Cada vez me cuenta una historia diferente!

Veinte segundos.

—¡No es ninguna historia! ¡Es mi vida!

—No tiene más que venir aquí. —Está tratando de ponerse amable, preocupado de que me escape—. Si nos ayuda, si nos entrega a Nora, le prometo que todo el proceso será mucho más fácil.

—Eso no es verdad.

—Sí que es verdad. Sea usted listo, Michael. Cuanto más tiempo esté huido, peor pintarán las cosas.

Diez segundos.

—Tengo que marcharme —digo con voz temblorosa—. Necesito… necesito pensar.

—Dígame simplemente que vendrá usted. Déme su palabra y estaremos de su lado. ¿Qué me dice?

—Tengo que irme.

Se le ha agotado la paciencia y yo estoy a punto de colgar.

—Déjeme decirle algo, Michael: ¿recuerda que Vaughn le dijo que se necesitaban ochenta segundos para localizar una llamada telefónica?

—¿Pero cómo…?

—Estaba equivocado —dice Adenauer—. Nos vemos.

Cuelgo el teléfono de golpe y me vuelvo lentamente. Detrás de mí hay una muchedumbre de viajeros haciéndose sitio a codazos por la escalera mecánica. Hay al menos tres personas que me miran directamente: una mujer con gafas de sol estilo Jackie Onassis y dos hombres que me observan por encima de un periódico. Antes de que pueda reaccionar, los tres desaparecen por la escalera. La mitad de la gente baja hacia el metro; la otra mitad sube hacia la salida de la calle. Escudriño el resto de la multitud en busca de miradas sospechosas y movimientos forzados. Esto es Washington D. C, a la hora punta. Cualquiera puede ser.

Mi cuerpo se tensa. Siento la tentación de echar a correr, pero no lo hago. No tendría sentido. No pueden localizar una llamada a través de la central. Es imposible: lo único que pretende es que me asuste, que cometa una equivocación. Descubierto el farol, doy un paso vacilante hacia la muchedumbre. Por muy buenos que sean, nada es tan rápido. Sigo diciéndome a mí mismo esa frase al subir en la escalera mecánica y quedar absorbido por la masa de gente.

Aprieto la mandíbula, procurando olvidarme del tobillo. Nada que pueda hacer que parezca fuera de lugar. Echo una ojeada en derredor cuando llegamos arriba, pero todo está tranquilo. Van pasando coches, los viajeros se dispersan. Sigo a otros dos pasajeros hasta la parada de taxis inmediata, me pongo en la cola y cojo uno. Sólo otro día más de trabajo.

—¿Adónde? —me pregunta el taxista al entrar.

No hago caso de la pregunta y miro, nervioso, a derecha e izquierda. En busca de un apoyo de seguridad, mi mano se va por instinto hacia la corbata. Pero al ir a tocarla, me doy cuenta de que no está. Casi lo había olvidado. Estaba llena de sangre.

—Vamos a ver —me dice el taxista—. Necesito que me diga un destino.

—No lo sé —tartamudeo al fin.

Me mira por el retrovisor.

—¿Se encuentra usted mal?

Vuelvo a ignorar la pregunta. No puedo creer que Adenauer tenga la cinta, sabía que nunca tenía que haber dejado que Caroline empezara a grabar, incluso aunque la paré pronto, hay lo bastante como para… No quiero ni pensarlo. Me inclino hacia adelante sobre la tapicería sucia del asiento y me sujeto entre las manos el tobillo hinchado y me siento a punto de colapso. Puede que haya conseguido salir de los suburbios, pero tengo que planear algo. Sigo necesitando algún sitio adonde ir. Algún sitio donde pensar.

Mi casa no sirve. Ni el apartamento de Trey. Ni el de Pam. Tengo unos cuantos amigos de la universidad y la Facultad de Derecho, pero si el FBI manda a gente a casa de mi primo, eso significa que están cubriendo todas las posibilidades de mi expediente, y alguna más. Y tampoco estoy dispuesto a hacer correr riesgos a más amigos y parientes. El ojo se me empieza a torcer una vez más. No hay manera de evitarlo. Todo depende de mí.

Todo lo que queda es un motel que esté cerca. No es mala opción, pero tengo que hacerlo con mucho cuidado. Nada de tarjetas de crédito, ni nada que los pueda llevar hasta mí. Abro la cartera y veo que estoy casi seco: sólo me quedan veinte dólares en efectivo, mi billete de dos dólares de la suerte y una tarjeta del metro. Lo primero es lo primero.

—¿Qué me dice de un cajero automático?

—Eso ya está mejor —dice el taxista.

Introduzco la tarjeta en la ranura y marco el PIN de cuatro números. Incluso teniendo en cuenta el límite diario de seiscientos dólares que pone el banco para los reintegros, tendría que haber más que suficiente para poder pasar la noche. Luego empezaré a pensar en una solución. Tecleo la cantidad de dinero y espero que la máquina haga sus movimientos y ruiditos. Pero en vez de oír el siseo de los billetes al salir, veo en la pantalla un mensaje que dice: «Esta operación no puede realizarse. Espere un momento».

¿Qué? Puede que intentase sacar demasiado. Aprieto el botón de cancelar para empezar de nuevo. Esta vez aparece un nuevo mensaje: «Para recuperar su tarjeta, póngase en contacto con el director de su oficina o con su entidad financiera local».

—¿Qué? —aprieto otra vez cancelar, pero no hay respuesta. La máquina vuelve al principio y en la pantalla aparecen las palabras «Por favor, introduzca la tarjeta». No lo entiendo. ¿Pero cómo…? Miro fijamente la máquina y recuerdo que el informe general del FBI incluye la relación de todas las cuentas bancarias en activo—. ¡Mierda! —exclamo, dando un puñetazo contra el vidrio irrompible. Se han quedado mi tarjeta.

Me niego a rendirme y saco una tarjeta de crédito y la meto en la máquina. Sólo

necesito un anticipo en efectivo. Pero, sin embargo, de nuevo aparecen en la pantalla las palabras «Esta operación no puede realizarse. Espere un momento».

El sol apenas ha empezado a ponerse, así que cuando me doy la vuelta todavía hay luz suficiente para que el taxista pueda ver la expresión de mi cara. Pone una marcha. Reconoce una carrera inútil en cuanto la ve.

—¡Espere! —le grito.

Los neumáticos chirrían. Se ha largado. Y yo estoy en medio de la calle. La última vez que me pasó esto, tenía siete años. Volviendo a casa desde la peluquería del pueblo, papá decidió coger un atajo nuevo a través del patio de la escuela recién asfaltado. Dos horas más tarde se le había olvidado dónde vivíamos. Podía haber ido a un teléfono público y llamar a mi madre, pero eso no se le ocurrió.

Por supuesto que, entonces, aquello era una aventura. Perdido en el laberinto de edificios de apartamentos, no paraba de bromear acerca de que estuviésemos donde estuviésemos, aquél sería su sitio preferido para jugar al escondite. Yo no podía parar de reír. Es decir, hasta que él se puso a llorar. Sentirse frustrado siempre le causaba aquel efecto. Aquel lamento agudo de adulto desesperado es uno de mis recuerdos más antiguos, y uno que desearía poder olvidar. Pocas cosas se te clavan tan adentro como las lágrimas de un padre.

Aun así, aun viniéndose abajo, intentaba protegerme, refugiándome entre las paredes de cristal de una cabina telefónica.

«Tendremos que dormir aquí hasta que mamá nos encuentre», dijo cuando empezaba a oscurecer.

Yo me senté en la cabina. Él se apoyó contra ella por fuera. A los siete años, yo estaba verdaderamente asustado. Pero ni la mitad de asustado que ahora.

Capítulo 35

Para las seis menos cuarto estoy refugiado en el mejor escondrijo accesible por metro, de mucho tráfico y abierto las veinticuatro horas que se me ha ocurrido: el Aeropuerto Nacional Reagan. Antes de decidirme por mi asentamiento actual, hice una escala en la consigna de equipajes fuera del Terminal C. Por dos dólares y setenta y dos centavos vendí mi billete de dos dólares de la suerte y todo el suelto que llevaba en el bolsillo lo di por una bolsa de viaje de plástico negro que estaban a punto de devolver al fabricante por defectuosa. ¿Qué importa que la cremallera no se abra?, no es como si la necesitase para viajar. Sólo la necesito para dar el tipo. Y como la combino con un billete anulado que pesqué en una papelera, cumple su función.

Desde entonces estoy metido en el rincón del fondo del Legal Seafood, el único restaurante del aeropuerto que tiene puestas las noticias locales y, por consiguiente, el mejor lugar para cuidar mis últimos doce dólares.

—Aquí tiene la soda —dice la camarera poniendo el vaso sobre mi mesa.

—Gracias —le digo con los ojos clavados en la televisión.

Para mi sorpresa, la emisora local ha adelantado su programación para cubrir en vivo la conferencia de prensa cotidiana. Es un movimiento de fuerza que hacen las emisoras para presionar a la Oficina de Prensa y que saque la historia. Naturalmente, la Casa Blanca contraataca. La CNN es una cosa, pero no van a dejar que el país entero esté en directo, eso hace cundir el pánico entre la gente y da votos a Bartlett. Así que hacen lo mejor que pueden hacer: dar vuelta a la agenda. Empezar con las noticias pequeñas e ir subiendo hasta el bombazo.

En consecuencia, vemos a un burócrata del Departamento de Estado con sus gafitas de alambre explicar a ochenta y cinco millones de personas los beneficios de los acuerdos de Kyoto y el efecto que tendrán sobre nuestras posiciones comerciales a largo plazo en Asia. Con un gigantesco bostezo colectivo, treinta millones de personas cambian de canal. Para las cadenas, es la pesadilla de los índices. Para la oficina de prensa, es un KO técnico. El mensaje está dado: menos joder con la Casa Blanca.

Convencido de que ya sólo quedan los irreductibles, la secretaria de prensa Emmy Goldfarb y el Presidente se acercan al podio. Ella está allí para hablar y él para que sepamos que es serio. Un candidato que sabe manejar una crisis.

Nada de perder más tiempo: directa al grano. Sí, la muerte de Caroline Penzler no se debió a causas naturales. No, la Casa Blanca no lo sabía. Por qué, porque los informes toxicológicos se completaron hace muy poco. Del resto no se puede hablar, porque no quieren interferir con las investigaciones en curso. Igual que antes, procura que las cosas sean breves y amables. Pero no tiene oportunidad. Una vez el olor a sangre flota en el aire, la prensa se relame los colmillos.

En cuestión de nanosegundos, los periodistas de la sala están de pie y lanzan preguntas.

—¿Cuándo les entregaron los informes de tóxicos?

—¿Es verdad que la noticia fue filtrada al Post?

—¿Qué hay de Michael Garrick?

Al ir a coger mi vaso de soda, lo tiro sin querer. La camarera acude corriendo al ver la catarata que cae de la mesa.

—Lo siento mucho —le digo mientras pone una bayeta.

—No tiene importancia —replica.

En la pantalla, la secretaria de prensa explica que no quiere interferir en la investigación que tiene en marcha el FBI, pero no hay forma de que los periodistas la dejen eludir el asunto con facilidad. A los pocos segundos ya vuelan otra vez las preguntas.

—¿Han confirmado el asesinato o siguen considerando la posibilidad de suicidio?

—¿Qué se sabe de los diez mil dólares?

—¿Es verdad que Garrick continúa en el edificio?

No paran de machacarla. Alguien tendrá que salvarla. Y, por supuesto, el Presidente se adelanta. Para el pueblo norteamericano, aparece como un héroe. Para la prensa… en cuanto lo vieron en la sala, supieron que lo tendrían dispuesto. El Presidente no se limita a estar ocioso en los comunicados. Pero aun así, la muchedumbre se calma. Apoya las manos en los lados del atril y coge lo que Goldfarb nunca debería haber dejado suelto. Este caso es del FBI. Punto. Ellos son los que investigan; ellos se ocupan de los análisis y ellos lo mantienen en secreto para evitar exactamente que pase lo que está pasando. En cuestión de segundos, les ha pasado el muerto. Es tan bueno para estas cosas, que asusta.

Cuando está convencido de estar limpio, despeja las cuestiones. No, no puede comentar nada sobre Vaughn ni sobre mí. Sí, eso dificultaría mucho la investigación. Y sí, por si los señores de la prensa lo han olvidado, las personas son inocentes hasta que se demuestre su culpabilidad, muchas gracias a todos.

—No obstante —dice cuando la sala queda en silencio—, quiero dejar una cosa perfectamente clara… —Hace una pausa de la longitud precisa para dejarnos a todos con la boca hecha agua—. Si se tratara de un asesinato… encontraremos a la persona que mató a mi amiga Caroline Penzler, cueste lo que cueste. —Y lo dice exactamente así: mi amiga, Caroline Penzler.

Dicho precisamente así, lo cambia todo. De defensa a ataque en cuestión de sílabas. Casi percibo cómo se disparan para arriba las encuestas. Que se joda Bartlett. No hay nada que a Norteamérica le guste más que una pequeña venganza personal. Una vez dicho eso, mira directamente a la cámara para el gran primer plano:

—Sean quienes sean, estén donde estén, esas personas pagarán su culpa.

—Es todo lo que tenemos que decir —salta de inmediato la secretaria de prensa.

Hartson abandona la sala; la prensa sigue haciendo preguntas. Pero es demasiado tarde. Son las seis en punto. Ahora, las noticias locales tendrán que recomponer las piezas y todo lo que tienen es el sonido sin un solo fallo de Hartson. Tengo que concedérselo. Este acto lo han escenificado mejor incluso que el cumpleaños de la Primera Dama. Sin un solo momento que no fuera brillante. Incluso cuando Goldfarb pretendía estar abrumada, el Presidente se adelanta, suena sincero y salva el día. Defender a la amiga muerta; insinuar una cierta venganza. La firmeza ante el crimen nunca tuvo mejor representación.

Por supuesto, cuando se aclara el humo, sólo puedo concentrarme en quién era la persona por la que preguntaban los periodistas. No era Simon. Ni Nora, gracias a Dios. Era exclusivamente yo. Vaughn y yo. Dos hombres muertos.

A las ocho, para evitar la lata de las series infantiles de los viernes por la noche, el restaurante pasa a la CNN, justo a tiempo de ver otra vez la noticia. Pero cuando terminan de poner la frase definitiva de Hartson, la presentadora dice: «Mañana, el Washington Post publicará que en estos momentos las autoridades buscan a este hombre, Michael Garrick, para interrogarlo». Cuando dicen mi nombre, aparece en la pantalla la foto de mi tarjeta de identidad. Es todo tan rápido que apenas puedo reaccionar. Lo único que puedo hacer es mirar a otro lado. Cuando termina, levanto la cabeza y observo el bar. Camarera. Barman. Hombres de negocios cenando su salmón de cuenta de gastos. Nadie más que yo lo sabe.

Como he estado más tiempo de la cuenta en las mesas, me cambio a la barra del restaurante, donde el barman está acostumbrado a los viajeros perdidos que sólo quieren mirar un rato la televisión.

—¿Tienen servicio de objetos perdidos? —le pregunto—. Me parece que en el último viaje me olvidé unas cosas aquí.

Coge una caja de cartón de ketchup Heinz de detrás de la barra y me la pone delante. Entre llaveros y libros de bolsillo, selecciono unas gafas de sol y una gorra de béisbol de los Miami Dolphins. Mi padre hubiera cogido toda la caja.

—¿Ya está? —pregunta el barman.

—Para empezar —digo poniéndome los Dolphins en la cabeza.

Para las nueve, ya he visto pasar la noticia cuatro veces. A las diez, el doble. No sé muy bien por qué sigo mirándolo, pero no puedo evitarlo. Es como si esperase que cambiara, que el locutor saliera y dijera: «Acaba de llegar a nuestra redacción: Nora Hartson admite tener un problema con las drogas; la Asesoría Jurídica de la Presidencia está totalmente corrupta; Garrick es inocente». Por ahora, eso no ha

sucedido. Cuando las luces de neón del restaurante se encienden y se apagan, entiendo la indirecta y me voy cojeando hacia las puertas de embarque. El tobillo está mejor, pero sigue entumecido. Me ajusto las gafas y, arrastrando la bolsa tras de mí, me hundo en un asiento de una esquina y estiro el cuello para ver las televisiones colgadas del techo. Tres horas más de CNN hacen subir el total a veinte. Cada vez, las palabras son idénticas. Por supuesto, hay algunas variaciones —los presentadores cambian adjetivos y entonaciones para que las cosas tengan vida: «… este hombre, Michael Garrick…»., «… este hombre, Michael Garrick…»., «… este hombre, Michael Garrick…»—, pero el mensaje siempre es el mismo. Mi cara está allí; mi vida; y mientras siga aquí sentado en mi propia fiestecita de caridad, irá poniéndose peor.

A las dos y quince de la mañana, un vuelo retrasado de Chicago llega a la terminal de US Airways. Cuando la gente sale del avión, dos guardias de seguridad se me acercan y me dicen que la terminal se cierra.

—Perdone, tenemos que pedirle que se marche —dice el segundo guardia.

Para asegurarme de que no me ven bien la cara, mantengo la cabeza baja y sólo les dejo ver el logotipo de los Dolphins.

—Creí que estaba abierto las veinticuatro…

—Las puertas se cierran por razones de seguridad. La terminal principal está abierta toda la noche. Si quiere usted esperar allí, puede hacerlo.

Sin levantar la vista, cojo la bolsa de viaje y dejo atrás la CNN.

A las tres de la mañana estoy tumbado en un banco pequeño junto a la cabina de información con la bolsa tapándome el pecho. En los últimos quince minutos, los guardias han echado a dos vagabundos. Yo llevo traje. Me dejan en paz. No es un escondite muy bueno, pero sí uno de los pocos donde me dejarán dormir. Aquí el metro no es como en Nueva York, aquí cierra a medianoche. Además, si las autoridades me están buscando, buscan a alguien que pretende marcharse. Y yo quiero quedarme.

Durante los quince minutos siguientes, me cuesta un buen trabajo mantener la cabeza levantada, pero tampoco consigo tranquilizarme lo suficiente como para dormir de verdad. Naturalmente, ando pensando en Nora y en cómo va a reaccionar, pero la auténtica verdad es que no puedo dejar de pensar en mi padre. A estas alturas, la prensa ya estará metiendo la excavadora en todo el resto de mi vida. No tardarán mucho en encontrarlo. Y por muy independiente que sea, sé que no está hecho para una cosa como ésta. Nadie lo está. Excepto, tal vez, Nora.

En un fundido, mi mente se va al camino del parque de Rock Creek. Siguiendo a Simon. Pillado con el dinero. Diciendo que era mío. Ahí empezó la bola de nieve. Hace apenas dos semanas. Desde ahí, las imágenes se precipitan. Vaughn muerto en

la habitación del hotel. Nora en el tejado de la Casa Blanca. Los ojos de Caroline, uno recto, el otro torcido. Las escenas se emborronan entre sí y voy dibujando mentalmente cómo podría haber sido distinto. Siempre había una salida fácil, sólo que yo… no quería cogerla. No merecía la pena. Hasta ahora.

En Washington… No. En la vida… hay dos mundos separados. Uno es lo que se percibe como importante, y otro lo que es en realidad. Hace demasiado tiempo que comprendí que hay una diferencia.

Como los párpados se me cierran, tiro de la bolsa de viaje y me la subo hasta la barbilla. Va a ser una noche fría, pero por lo menos he tomado una decisión. Estoy harto de estar atrapado en una cabina telefónica.

Capítulo 36

Simon se levanta a las cuatro treinta de la madrugada, se da una ducha rápida y se afeita. La mayor parte de los días, duerme por lo menos hasta las cinco treinta, pero si quiere ganar a la prensa, hoy tiene que salir pronto. Naturalmente, todavía no estará el periódico delante de la puerta, pero de todos modos lo comprueba.

Afuera, donde yo estoy sentado, es completamente de noche, de modo que puedo seguir el rastro de las luces según va del dormitorio al cuarto de baño y a la cocina. Por lo que veo, tiene una casa de buen gusto en un barrio de buen gusto. No está en la mejor de todas las urbanizaciones que florecen por Virginia, pero por eso la escogió. Me acuerdo de cuando nos contaba la historia en el último retiro de personal. El día que su mujer y él iban a pujar por la casa, los llamó su agente inmobiliario para hablarles de una flamante casa nueva en una zona cotizada de McLean. Por supuesto que era más cara, argumentó la mujer de Simon, pero se la podían permitir. Simon no quiso saber nada de ella. Si quería enseñarles a sus hijos los valores importantes, tenían que tener algo a lo que aspirar. No se gana nada estando siempre en lo más alto.

Pensándolo ahora, esa historia probablemente es una sucia mentira. Hasta hace unas pocas semanas, Simon era un hombre en cuya palabra se podía confiar. Lo que, por extraño que resulte, es precisamente la razón por la que ahora yo estoy sentado en el asiento delantero derecho de su Volvo negro.

Sigue siendo noche cerrada cuando Simon sale por la puerta trasera de su casa. Lo observo mientras echa la llave y revisa el patio. Todavía es temprano. No hay periodistas a la vista. Al caminar hacia la calle de entrada, lleva el paso de un hombre sin preocupaciones. Más bien, un hombre despreocupado, diría yo. Ni siquiera me ve al dirigirse hacia la puerta del conductor de su coche. Está demasiado ocupado pensando que se ha salido con la suya.

Arroja el maletín sobre mi regazo y se desliza en el asiento de cuero como cualquier otro día.

—Buenos días, señor Gusano… soy el pájaro temprano —le anuncio.

Sobresaltado, se agarra el pecho y deja caer las llaves. Así que tengo que recogérselas. En pocos segundos, sus hombros de tabla de planchar se cuadran, airados. Se pasa una mano por el pelo sal y pimienta y su calma inmutable vuelve a instalarse más de prisa incluso de lo que se fue. Se vuelve hacia mí y la luz interior del coche se le refleja en la cara. Con un tirón airado, cierra de un portazo y regresa la oscuridad.

—Pensé que esperarías hasta que llegase a la oficina —dice con una voz que es

puro granito.

—¿Se cree que soy tan idiota? —pregunto.

—Dímelo tú, ¿quién es el que ha dormido en mi coche?

—No he dormido aquí, estaba…

—¿… simplemente vigilando a tu jefe a las cinco de la madrugada? ¡Vamos! —añade—. No pensarías de verdad que la cosa te iba a salir bien, ¿o sí?

—¿Que me iba a salir bien qué?

—Se acabó, Michael. Más te vale alegar locura que inocencia. —Se ríe para sus adentros y añade—: Pero yo tenía razón, ¿lo ves? Caroline lo organizó y tú recogiste el dinero.

—¿Qué?

—Ni siquiera se me hubiera ocurrido si no te hubiera descubierto aquella noche. Después, cuando supe lo que había pasado con mi pago… cuando los guardias confiscaron aquellos diez mil, fue cuando todo se vino abajo, ¿verdad? Ella pensó que tú se lo quitabas a ella. Por eso lo hiciste, ¿verdad? ¿Por eso la mataste?

—¿Que yo la maté?

—Ésa es una salida de tonto, Michael. Lo fue entonces y lo es ahora. Nunca conseguirás que te salga bien dos veces.

—¿Cómo dos veces? —No sé de qué me habla, pero está claro que tiene su propia versión de la realidad. Es hora de soltar la mierda—. Yo no soy ningún hipócrita, Edgar. Lo vi aquella noche en el *Pendulum*. Estaba allí.

—Hay una buena explic…

—Dele todas las vueltas que quiera, no por eso dejaría de estar pagando el chantaje. Cuarenta mil para que el armario esté bien cerrado. —Me lanza una mirada —. ¿Lo sabe su mujer? ¿Le ha…?

—¿Has traído un micrófono? —me interrumpe—. ¿Por eso estás aquí?

Antes de que pueda reaccionar lanza el brazo hacia adelante y me golpea en el pecho con la mano abierta.

—¡No me toque! —grito, apartándolo.

Al comprobar que no llevo nada en la camisa, vuelve a reclinarse en el asiento. Yo muevo la cabeza diciendo que no al hombre que antes era mi jefe.

—Ni siquiera se lo ha dicho todavía, ¿verdad? Anda jugando por ahí y ella todavía no lo sabe. ¿Y sus hijos? ¿También les miente? —Al darme cuenta de que he captado su atención, señalo hacia su casa con el hombro—. Ellos son los que lo pagarán, Edgar.

Vuelve a pasarse la mano por el pelo. Por primera vez desde que lo conozco, la sal y la pimienta del cabello no vuelven a su sitio.

—Tengo que decírtelo, Michael, no creí que fueras así. —Por el modo en que su voz se demora en cada palabra, deduzco que está conmocionado. Puede que hasta

aterrado. Pero no es eso. Sólo está decepcionado.

—Todo este tiempo pensaba que Caroline era la que no tenía principios. Ahora ya sé más.

—Yo no…

—Cuéntaselo a quien quieras —dice, mirando hacia afuera por el parabrisas—. Díselo a los periódicos. Díselo al mundo entero. No me avergüenzo.

—Entonces…

—¿Por qué pagué ese dinero? —mira por detrás de mí hacia su elegante casa—. ¿Cómo crees tú que reaccionarán los otros niños del colegio cuando el presentador de las noticias diga que al papá de Cathy le gusta acostarse con otros hombres? ¿Y los chicos de noveno? ¿Y el que está a punto de ir a la universidad? Nunca fue por mí, Michael. Yo sé quién soy. Era por ellos.

Al oír sus palabras angustiadas, me fijo con qué fuerza se aferra al volante.

—¿Entonces por eso le dijo a Caroline que el dinero lo tenía yo?

—¿De qué me estás hablando?

—A la mañana siguiente. Después de la reunión. Le dijo a ella que los cuarenta mil dólares eran míos, que yo había hecho la entrega.

Suelta el volante y me mira, completamente confuso.

—Creo que lo entendiste al revés. Lo único que le dije fue que quería ver tu expediente. Pensé que si eras tú el chantajista…

—¿Yo?

—¡Demonios, Michael, deja de mentirme a la cara! Tú recogiste el dinero, tú eres cómplice. Y sé que por eso la mataste.

Dice algo más, pero no lo estoy escuchando.

—¿Usted no le dijo en ningún momento que el dinero era mío? —pregunto.

—¿Por qué iba a hacer eso? Si Caroline estaba metida, como yo siempre pensé, y si supo que yo lo había descubierto, me hubiera sacado las tripas para que me estuviera callado.

Noto que me pongo lívido. Es increíble… todo este tiempo… ella lo montó todo para tenerme callado y señalar con el dedo a Simon. Cuando lo piensas, es perfecto: nos estaba enfrentando al uno contra el otro. En busca de tierra firme, me agarro al asidero de la puerta. Lentamente, dolorosamente, me vuelvo hacia Simon. Y por primera vez desde que lo seguimos al salir del bar, empiezo a considerar la idea de que pudiera ser inocente.

—¿Te encuentras mal? —pregunta al ver mi expresión.

Esto no tiene ningún sentido.

—Yo no lo hice… nunca he matado a nadie… Vaughn… y Trey… hasta Nora dijo…

—¿Le has hablado de esto a Nora?

A nuestra espalda, por la calle, una luz brillante taladra la oscuridad. Un coche acaba de entrar en la manzana. No, no es un coche. Una furgoneta. Y al acercarse más, descubro la antena de transmisiones que lleva en el techo. Oh, mierda. No es ninguna mamá que va al colegio. Es una camioneta de noticias. Se acabó el tiempo. Abro la puerta pero Simon me coge por el brazo.

—¿Nora lo sabe? ¿Se lo contó a Hartson?

—¡Suélteme!

—¡No hagas esto ahora, Michael! ¡Por favor! ¡Al menos mientras los niños estén en casa!

—No se lo voy a contar a nadie. ¡Sólo quiero largarme de aquí!

Logro liberar el brazo y me muevo para salir del coche. La furgoneta está casi delante de la casa.

—¡Pregunta a Adenauer! ¡No he hecho nada malo! —exclama Simon.

Estoy a punto de largarme, pero… es difícil de explicar… hay dolor en su voz. Con sólo unos segundos por delante, me vuelvo hacía él para hacerle una última pregunta. Hasta ahora, es la única que he tenido miedo de hacer.

—Dígame la verdad, Edgar. ¿Se ha acostado alguna vez con Nora?

—¿Qué?

Es todo lo que necesitaba oír.

La puerta de la furgoneta se descorre y se bajan dos personas. Es difícil no percatarse del interior iluminado del coche de Simon.

—¡Allí! —exclama un periodista mientras el cámara enciende su foco.

—Arranque el coche y largúese de aquí. Y dígale a Adenauer que soy inocente.

—¿Y qué pasa con…?

Cierro la puerta de un portazo y me lanzo hacia la valla de madera del patio de atrás. Como los reflectores en una fuga carcelaria, un chorro de luz artificial baña el coche de Simon entrando por la ventanilla de atrás y le ilumina el lado derecho de la cara. Pero cuando el foco barre el resto del patio, yo ya no estoy.

—Operador 27 —dice una voz masculina al teléfono.

—Me acaban de mandar un busca —digo al operador de la central—. ¿Puede ponerme con la sala 160 y medio, por favor?

—Necesito que me dé un nombre, señor.

—No está asignada a nadie, es una sala interna.

Me deja en espera mientras verifica. Típico operador de la Casa Blanca. Sin tiempo para…

—Le paso, señor —me anuncia.

Cuando llama el teléfono, me apoyo contra la protección de la cabina de la estación de servicio y doy gracias a Dios por los números 900. Al bajar la vista

descubro que el cuero de mis zapatos empieza a cuartearse. Demasiadas vallas. La historia de mi vida. Cuando suena el tercer timbrazo, empiezo a ponerme nervioso. Ya tendrían que haberlo cogido, a no ser que no haya nadie. Echo un vistazo a mi reloj. Son las nueve pasadas. Alguien tiene que necesitar copias. Es el…

—Casa Blanca —responde una voz de hombre joven.

Lo noto en la seriedad del tono. Un interno. Perfecto.

—¿Con quién hablo? —bramo.

—A-a-andrew Schottenstein.

—Escuche, Andrew, soy Reggie Dwight, de la oficina de la Primera Dama. ¿Sabe dónde está la oficina 144?

—Creo que…

—Bien. Haga el favor de ir allí corriendo y pregunte por Trey Powell. Dígale que necesito hablar con él y llévelo hasta ahí para hablar.

—No comprendo. ¿Por qué…?

—Escúcheme —lo interrumpo—. Faltan unos tres minutos para que la Primera Dama haga su declaración sobre el lío de ese tal Garrick, y el señor Powell es el único que tiene el borrador definitivo. Así que mueva el culo, deje la sala de copias y vaya zumbando para allá. Dígale que soy Reggie Dwight y dígale que necesito hablar con él.

Oigo el portazo de Andrew Shottenloquesea al salir disparado. Como es un interno, es una de las pocas personas que podían caer en esta trampa. Y más importante aún, como presidente del capítulo de Washington del club de fans de Elton John, Trey es una de las pocas personas que reconocerían el verdadero nombre del cantante. Cuento con ambas cosas mientras escudriño los coches que entran en la estación de servicio. «Venga, ya», murmuro frotando el zapato contra el cemento. Está tardando demasiado. Pasa algo. A mi derecha, un coche gris oscuro se para en la gasolinera. Tal vez el chico sospechase y avisara. Observo el coche y cuelgo lentamente el teléfono. Se abre la puerta y se baja una mujer. La sonrisa de su cara y la hechura estrecha de su vestido me dicen que no es del FBI. Vuelvo a llevarme el teléfono a la oreja y oigo cerrarse una puerta.

—Hola —digo, nervioso—. ¿Hay alguien ahí?

—Lo sabía —responde Trey—. ¿Qué tal estás?

—¿Dónde está el interno? —le pregunto.

—Lo mandé a la sala 152, supuse que querrías hablar a solas.

Asiento con la cabeza a esa respuesta. La sala 152 no existe. Se pasará por lo menos media hora buscándola.

—¿Entonces quieres contarme cómo andas? —pregunta Trey—. ¿Dónde dormiste esta noche? ¿En el aeropuerto?

Como siempre, lo sabe todo.

—Probablemente sea mejor que no lo diga… por si acaso preguntan.

—Basta con que me digas si estás bien.

—Estoy perfectamente. ¿Cómo van las cosas por ahí?

No me contesta, lo que significa que están peor de lo que pensaba.

—Trey, ¿no puedes…?

—¿Es verdad que te bloquearon las cuentas bancarias? Porque esta mañana fui al cajero automático y saqué todo lo que pude. No es mucho, pero puedo dejarte trescientos en…

—Hablé con Simon —le suelto.

—¿Sí? ¿Cuándo?

—Esta mañana temprano. Lo cogí por sorpresa cuando se metía en su coche.

—¿Y qué te dijo?

Me lleva diez minutos trasladarle los cinco minutos de nuestra conversación.

—Un momento —acaba diciendo Trey—. ¿Él pensaba que tú eras el asesino?

—Lo tenía todo calculado en su cabeza, hasta el hecho de que Caroline y yo hacíamos chantaje a la gente juntos.

—¿Entonces por qué no te delató?

—Difícil de saber. Mi teoría es que tenía miedo de que se conocieran sus actividades sexuales.

—¿Y tú lo crees?

—¿Sabes de alguna razón para no creerlo?

—Se me ocurre una. Empieza con N y termina con A; su papi es Presidente.

—Ya lo entiendo, Trey.

—¿Estás seguro de eso? Si se acuesta con Nora, dirá cualquier cosa para que tú…

—No se acuesta con ella.

—Oh, vamos, Michael… estamos otra vez donde empezamos.

—En esto puedes fiarte de mí. No lo estamos.

Ha notado el cambio en mí voz. Se produce una breve pausa.

—Tú sabes quién lo hizo, ¿verdad? —Pero eso sin pruebas no quiere decir nada. Esta vez, Trey no hace ninguna pausa.— Dime qué necesitas que haga.

—¿Seguro que estás dispuesto? —le pregunto—. Porque será una buena putada.

Capítulo 37

Cuando voy por el cuarto tramo de escaleras de cemento bajados a toda velocidad, empiezo a marearme. No me gusta estar tan abajo bajo tierra. Me late la cabeza; tengo el equilibrio descompensado. Al principio deduje que era la repetición del esquema del descenso, pero cuanto más me acerco al último sótano, más empiezo a pensar en lo que me espera al final. Paso la puerta B-5 preguntándome sí funcionará. Todo depende de ella. La escalera termina en una puerta metálica con un B-6 pintado en naranja fuerte. La abro y entro en el nivel más bajo del parking subterráneo. Rodeado de docenas de coches aparcados, miro a ver si ella ya está aquí. A juzgar por el silencio, debo de ser yo el primero.

La respiración agitada me llena los pulmones de aire polvoriento, pero como lugar de cita, el garaje cumple su papel. Cerca, pero alejado de las miradas.

Un chirrido de neumáticos corta el silencio. Viene de unos pisos más arriba, pero su eco llega hasta aquí abajo. Según el coche va tomando los giros de la rampa, el eco se hace más fuerte. Sea quien sea, viene hacia mí y conduce como un loco. Busco un sitio para ocultarme y me precipito otra vez en el hueco de la escalera y atisbo por la mirilla. Un Saab verde bosque se mete de un salto en un aparcamiento vacío y para con un frenazo brusco. Cuando se abre la puerta, sale un empleado del garaje. Por fin puedo soltar el aire y me seco la cara con la manga de la chaqueta.

En el momento en que se va, vuelvo a oír el gemido de neumáticos, bajando en espiral desde el nivel de la calle y aumentando el volumen cada vez. Estos tíos son unos sicópatas. Pero entonces un Buick negro surge de la rampa y no se dirige a ningún aparcamiento libre. En vez de eso, se para en seco justo delante de la escalera. Igual que antes, la puerta del coche se abre de par en par. Ah.

—He oído que quieres venir a casa —dice Nora con una sonrisa. Se está divirtiendo de lo lindo.

—¿Dónde está el Servicio Secreto?

—No te preocupes, tenemos quince minutos hasta que se den cuenta de que me he largado.

—¿De dónde has sacado el coche?

—La mujer que le arregla el pelo a mi madre. Y ahora, ¿quieres seguir friéndome a preguntas o quieres ser un buen chico?

—Perdona —digo, conciliador—. Es que ha sido un mal…

—No hace falta que lo digas. Yo también lo siento. Aunque tú quisieras, no tendría que haberte dejado marchar de aquel modo. —Da un paso hacia mí y abre los brazos.

Levanto una mano y la aparto.

—¿Pero qué…?

—Dejemos esto para después, Nora. Ahora mismo, hay cosas más importantes que tratar.

—¿Sigues enfadado por lo de Simon? Te juro que…

—Ya sé que no te acostaste con él. Y también sé que nunca me harías daño. —La miro directamente a los ojos y añado—: Te creo, Nora.

Ella me mira, sopesando cada palabra. No estoy muy seguro de lo que piensa, pero tiene que saber que ya no me quedan opciones. O esto, o ponerme a bailar con la policía. Por lo menos aquí, mantiene el control.

Entorna los ojos y toma su decisión. Aunque, naturalmente, yo no tengo ni idea de cuál es.

—Métete en el coche —acaba diciendo.

Sin decir palabra, doy la vuelta y abro la puerta del lado del pasajero.

—¿Qué haces?

—Has dicho que subiera.

—No, no, no —dice, riñendo—. Ni hablar, tu cara está en todas las primeras páginas. —Aprieta un botón en el llavero y abre el maletero del coche—. Esta vez, irás detrás.

Hecho una rosca dentro del maletero del Buick de la Primera Esteticién, trato de olvidarme del olor a moqueta húmeda.

Por suerte para mí, hay muchos entretenimientos. Además de los cables que aprieto, nervioso, en ambas manos, hay un juego completo de ajedrez, que acabo de darme cuenta de que no estaba correctamente cerrado. Mientras Nora asciende por la rampa circular para salir del garaje, peones, caballos, alfiles y torres me bombardean desde todas las direcciones. Un caballo me golpea en un ojo y me cae en la mano justo cuando un giro seco a la derecha me indica que hemos vuelto a la calle Diecisiete.

En medio de la oscuridad, intento seguir mentalmente la ruta del coche, que va haciendo eses y curvas camino de la Puerta Suroeste. Sin duda, podría ir a entregarme directamente a las autoridades, pero creo que lo último que quisiera es que la pillaran junto al chico de moda del momento. Por lo menos, con eso cuento.

Incluyendo los accesos para sillas de ruedas, hay doce modos distintos de entrar en la Casa Blanca y el EAOE. Los que se hacen a pie exigen un documento de identidad en vigor y pasar andando por delante de dos guardias de uniforme como mínimo. Los que se hacen en coche exigen ser un pez gordo y un pase de aparcamiento a la altura. Yo tengo a Nora. Más que suficiente. Cuando el ruido del tráfico desaparece, sé que estamos cerca. El coche reduce la marcha al acercarnos al primer control. Espero que nos paren, pero por algún motivo, no lo hacen. Ahora llega la puerta propiamente dicha. Ésta es la que cuenta.

Ruedo hacia adelante al pararnos en seco, y aplasto unas cuantas piezas de

ajedrez sobre la moqueta. Se oye un zumbido eléctrico cuando Nora abre la ventanilla. Me esfuerzo por oír la voz en sordina del centinela. La noche que subimos al tejado, no miraron en el maletero. Nora pasó sin más que un saludo con la mano y una sonrisa. Pero en las últimas veinticuatro horas, las cosas han cambiado. Apenas respiro.

—Lo lamento, señorita Hartson, pero son las órdenes. El FBI nos dijo que comprobásemos todos los coches.

—Sólo voy a recoger una cosa de mi madre. Será entrar y salir…

—¿De quién es este coche, por cierto? —pregunta el guardia desconfiado.

—La mujer que le arregla el pelo a mi madre, usted la ha visto…

—¿Y dónde están sus escoltas? —añade él, y yo cierro los ojos.

—En el control de abajo, ellos saben que sólo estaré un segundo. ¿Quiere usted llamarlos o me deja pasar?

—Lo siento, señorita, ya se lo he dicho. Pero no puedo…

—Me están esperando allá abajo.

—No importa, abra el maletero, por favor.

—Venga, Stewie, ¿le parezco peligrosa?

¡No, no flirtees con él! Estos tipos son demasiado listos para…

Se oye un fuerte clic y el coche avanza. Nora uno; guardias cero. Estamos dentro.

Avanzamos por la West Exec, y no sé si hay gente circulando por esa calle estrecha que separa el EAOE de la Casa Blanca. Pero aunque esté vacía, es fácil que pueda aparecer alguien. Con la esperanza de evitar sorpresas, y siguiendo mis instrucciones previas, Nora tuerce a la izquierda por el camino de cemento y se detiene justo bajo el arco de siete metros que lleva directamente a la planta baja del EAOE. Situado en las afueras y utilizado básicamente como zona de carga, es un lugar más oscuro que la zona abierta del aparcamiento de la West Exec. Cuando el coche queda inmóvil, sé que hemos llegado. Nora para el motor y cierra la puerta. Ahora viene lo más difícil.

Tiene que cronometrarlo todo perfectamente. Aunque la arcada conduce a un patio, sigue formando parte físicamente del gran pasillo del EAOE. Lo que significa que siempre está llena de gente que cruza las puertas automáticas de la base del arco a un lado y a otro. Si yo he de salir de aquí sin que me vean, tendrá que esperar a que el pasillo esté vacío. Dentro del maletero, me doy la vuelta sobre la barriga poniéndome lentamente en posición. Tengo los músculos en tensión. En cuanto abra la puerta, saldré. Aparto el lío de cables del medio y me quito las piezas de ajedrez de la cara. Nada que me estorbe. No oigo nada, pero es que todavía no ha venido. Debe de haber gente alrededor. Es la única razón para que espere. Los segundos acaban convirtiéndose en un minuto y mis dedos pellizcan, ansiosos, la moqueta del maletero.

Intento incorporarme sobre los codos como mínima protesta, pero el espacio no basta. Y está oscuro. Es como un ataúd. La chapa del maletero se me cae encima. El silencio me pone malo. Contengo la respiración y escucho atentamente. El último clic del motor cuando el coche se apaga. Una fricción susurrante cuando el zapato se desliza sobre la moqueta del maletero. Una puerta de coche que se cierra a lo lejos. ¿Seguirá Nora ahí fuera? ¿Se habrá ido? Oh, Dios santo, pienso aterrado mientras me lamo un charquito de sudor del labio superior. En este momento podría estar en cualquier parte. Podría haber vuelto a la Residencia, o estar haciendo una visita en el Despacho Oval. Sólo necesita una salida para entregarme a los lobos. Oigo que, afuera, un grupo de pisadas se acerca al coche. Y que, igual de de prisa, se paran. Están esperando. Ahí fuera. A mí. Hijos de puta.

El maletero se abre y un chorro de luz me golpea en la cara. Parpadeo y me tapo el sol con el brazo y levanto la vista esperando ver al FBI. Pero allí sólo está Nora.

—Vamos —me dice, haciéndome un gesto con el brazo. Me coge de la chaqueta por el hombro y tira de mí.

Echo una ojeada a la zona de carga. No hay nadie.

—Perdona la espera —dice Nora—. Había unos cuantos extraños en el vestíbulo.

Recupero el aliento y Nora cierra el maletero de un golpe. Se mete la mano dentro de la camisa y saca una cadenita con una chapa de identificación que lleva al cuello y me la tira. Es una chapa rojo intenso con una gran C blanca. C de Cita; mi letra escarlata particular. Me la pongo rápidamente. Ahora no soy más que otro invitado de la Casa Blanca, completamente invisible. Sin perder tiempo, me lanzo hacia las puertas automáticas que hay a mi derecha. En el momento en que mi cuerpo pasa por la célula fotoeléctrica, las puertas se abren de par en par. Ya estoy dentro. Y también Nora. Justo detrás de mí.

—¿Entonces ya estás preparado? —me pregunta al pararnos en el pasillo.

—Eso creo —respondo, con los ojos clavados en el suelo.

—¿Seguro que no necesitas nada más?

—Creo que todo irá perfectamente —digo, negando con la cabeza.

—Supongo que te veré en la oficina de Trey —añade Nora.

—¿Cómo?

—Ése es el plan, ¿no? Yo vuelvo y controlo a los del Servicio Secreto y después nos reunimos en el despacho de Trey.

—Ah, ya. Ése es el plan —digo tratando de sonar animoso. Me giro porque no puedo mirarla más. Mejor marcharse.

—¿Estás seguro de que no quieres explicarme lo que andas buscando? —me pregunta, vacilante.

—No sé si sería sensato hablar de eso aquí.

—No, tienes razón —mira alrededor, observando el pasillo vacío—. Alguien

podría oírnos.

Muevo la cabeza para asentir.

—Buena suerte —me dice tendiéndome la mano.

Yo alargo la mía y nuestros dedos se entrelazan. Antes de que pueda reaccionar, Nora tira de mí y aprieta sus labios contra los míos. Abro la boca y pruebo una última vez su sabor. Es como canela con un toque de brandy. Me coge por la nuca y sus uñas acarician los cabellos muy cortos del cuello. Sus pechos se aprietan contra mi torso; el mundo entero deja de existir. Y una vez más recuerdo por qué Nora Hartson te obnubila por completo.

Cuando por fin me suelta, se enjuga los ojos. Sus labios temblorosos están ligeramente entreabiertos y se coloca, nerviosa, un mechón suelto de pelo detrás de la oreja. Una fina arruga se extiende por su frente, la expresión dolorida de su rostro es la misma que la noche que nos separaron. Sus ojos de lo-he-visto-todo luchan por contener las lágrimas.

—¿Estás bien? —le pregunto.

—Dime sólo que confías en mí.

—Nora, yo…

—¡Dímelo! —me ruega mientras una lágrima rueda por su mejilla—. Por favor, Michael. Sólo dime esas palabras.

Vuelvo a cogerle la mano otra vez.

—Siempre he confiado en ti.

No puede impedir que le aflore la sonrisa.

—Gracias. —Se limpia los ojos, cuadra los hombros y vuelve a ponerse la máscara—. El reloj corre, bonito. Te veré luego en el despacho de Trey.

—Allí voy —le replico con voz arrastrada.

Se besa la punta de los dedos y me los posa en la mejilla.

—Deja de preocuparte. Todo saldrá bien.

Sin una palabra más, vuelve a meterse en el coche y se dirige a la rampa de carga.

Yo me doy la vuelta y corro hacia la escalera. No mires atrás, eso no te ayudará.

Corro escaleras arriba con el camino despejado hacia la oficina de Trey. En el momento en que Nora se va, sin embargo, me vuelvo rápidamente y bajo los escalones. Mentirle me ha provocado un pinchazo en el estómago, pero si le hubiera dicho la verdad nunca me hubiera ayudado a entrar.

Al bajar a toda prisa hacia el sótano del edificio, la caja de la escalera se estrecha, el techo es más bajo, y empiezo a sudar. Como no hay ventanas, ni una sola toma de aire acondicionado a la vista, los pasillos del sótano están por lo menos a quince grados más de temperatura que el resto del EAOE.

Paso corriendo junto al hormigón ajado, que ahora es como una sauna

subterránea, me quito la chaqueta y me arremango. Tengo que agacharme para no darme con la cabeza contra las tuberías, cables y conducciones de calefacción que cuelgan del techo, pero eso no me frena. No, cuando estoy tan cerca.

Cuando murió Caroline, todos sus archivos de importancia fueron confiscados por el FBI. El resto lo trajeron aquí: sala 018, una de las muchas zonas de almacenamiento de que dispone la Gerencia de Archivos. Como ratas burocráticas de la Sección Ejecutiva que son, catalogan hasta el último documento emitido por la Administración. Un trabajo para bobos desde cualquier punto de vista.

Giro la manilla, entro y veo que están a la altura de su reputación. Del suelo al techo, pilas de cajas archivadoras.

Voy sorteando pilas por estas catacumbas de cartón hacia el fondo de la sala. Las cajas siguen y siguen. Cada una tiene en un costado el nombre de un funcionario. Anderson, Arden, Augustino… Sigo el alfabeto hacia la derecha. Debe de estar más bien hacia atrás. A mis espaldas oigo que la puerta se cierra de golpe. Las luces fluorescentes se estremecen con el impacto. Ya no estoy solo.

—¿Quién está ahí? —ladra una voz masculina que se acerca por el laberinto de cartón.

Me tiro al suelo, las palmas de las manos apoyadas en el terrazo.

—¿Qué demonios anda haciendo usted aquí? —pregunta cuando me giro.

—Yo… —abro la boca pero el sonido no sale.

—Tiene usted tres segundos como máximo para explicarme por qué no debo coger el teléfono y llamar a Seguridad, y no me dé ninguna excusa tonta como que se ha perdido o algo igualmente insultante.

En cuanto veo el bigote recto, reconozco a Al Rudall. Un verdadero caballero del sur que se niega a tratar con personajes de nivel inferior, bien conocido por su afición a las mujeres y su manía a los abogados. Cuando nos llegaba algún exhorto y necesitábamos reunir papeles antiguos, solíamos asegurarnos de que las peticiones de documentos llevaran siempre al pie la firma de alguna mujer importante. Teniendo en cuenta que no nos habíamos conocido y combinándolo con el cromosoma Y que aparece en mis genes, comprendí que no iba a autorizarme a permanecer en aquella sala. Por suerte para mí, sin embargo, sé cuál es su criptonita.

—No pasa nada —dice Pam, saliendo de detrás de Al—. Viene conmigo.

Capítulo 38

En menos de diez minutos, Pam y yo estamos sentados al fondo de la sala con catorce cajas de documentos de Caroline esparcidos por el suelo ante nosotros. Hizo falta un rimero de garantías para convencer a Al de que nos dejara echarles un vistazo, pero como Pam es la nueva celadora de esos archivos, no había mucho margen para discutir. Es parte de su trabajo.

—Gracias otra vez, Pam —le digo, levantando la vista de los papeles.

—No tiene importancia —responde con frialdad y negándose a encontrar mi mirada.

Tiene absoluto derecho a estar enfadada. Está poniendo en peligro su puesto de trabajo al hacer esto.

—Lo digo de verdad, Pam. No podía…

—Mira, Michael, la única razón por la que hago esto es porque creo que te han dado una puñalada. Todo lo demás son imaginaciones tuyas.

Me aparto otra vez y me quedo callado.

Voy pasando los documentos rodeado de los despojos de tres años de trabajo de Caroline. En cada carpeta, lo mismo: una hoja tras otra de notas de vete-con-cuidado y avisos archivados. Ninguno que cambiara el mundo, sólo papel malgastado. Por de prisa que los vaya pasando, siguen y siguen. Documento tras documento tras documento tras documento. Me enjugo el sudor de la frente y pongo la caja a un lado.

—Esto no servirá de nada —digo, ya nervioso.

—¿Qué quieres decir?

—Mirar todas estas hojas nos llevará una eternidad, y Al no nos ha dado más que quince minutos para verlo. No me importa lo que dijera, sabe que pasa algo.

—¿Tienes alguna idea mejor?

—Alfabético —exclamo—. ¿En qué letra crees que lo archivaría?

—Yo pongo los míos en la E de Ética.

Contemplo las carpetas amarillas de mi caja. La primera está rotulada «Administración». La última es «Boletines».

—Tengo la A y la B —digo.

Al ver que ella tiene de la B a la C, Pam se mueve de rodillas hasta la caja siguiente y le quita la tapa de cartón. Desde «Drogas (análisis)» a «Federal (registro)».

—¡Aquí! —exclama.

Me levanto de un salto. Me inclino sobre el hombro de Pam y observo cómo va pasando las carpetas: «Empleados»…, «EEO»…, «Federal (diagramas)». No hay «Ética».

—Tal vez la cogiera el FBI —me sugiere Pam.

—Si fuera así, lo sabríamos. Tiene que estar por aquí en algún sitio.

Se siente tentada a discutir, pero sabe que me estoy quedando sin opciones.

—¿En qué otra letra podría estar?

—No sé —dice Pam—. Documentos… Requerimientos… en cualquiera.

—Tú mira la D y yo miraré la R.

Voy bajando la línea alfabética y quitando la tapa de cada una de las cajas. De la G a la H… de la Y a la K… la L hasta Lu. Cuando llego a la penúltima caja, veo que casi toda está dedicada a «Personal». Tengo problemas. No es posible que la última cuarta parte del alfabeto quepa en la última caja. Es evidente, le quito la tapa y veo que tengo razón. «Prensa»… «Presidencia (comisiones)»… «Publicaciones». Ahí se acaba. «Publicaciones».

—En «Documentos» no hay nada —dice Pam—. Voy a empezar con la…

—¡Nos falta el final!

—¿Qué?

—¡No está aquí, aquí no están todas las cajas!

—Tranquilízate, Michael.

Me niego a escucharla y me precipito hacia la zona reducida donde estaban almacenadas las cosas de Caroline. Me tiemblan las manos al ir moviendo las pilas de todas las cajas de alrededor. Palmer… Pérez… Perlman… Poirot. No hay nada que diga Caroline Penzler. Frenético, voy regateando por los pasillos improvisados en busca de algo que pueda habérsenos pasado por alto.

—¿En qué otro sitio podrían estar? —pregunto, ya histérico.

—No tengo ni idea, hay depósitos por todo el edificio.

—Necesito un sitio concreto, Pam. «Por todo» es demasiado vago.

—No lo sé. ¿Tal vez en el desván?

—¿Qué desván?

—En la Quinta Planta, junto al Salón del Tratado Indio. Al me dijo una vez que lo usaban para los sobrantes. —Comprende que nos falta mano de obra y añade—: Tal vez deberíamos llamar a Trey.

—No puedo, está controlando a Nora en su despacho. —Miro las catorce cajas que tenemos extendidas delante—. ¿No podrías…?

—Yo miraré éstas —me dice, leyéndome el pensamiento—. Tú vete arriba. Mándame un busca si necesitas ayuda.

—Gracias, Pam. Eres la mejor.

—Sí, sí —responde—. Yo también te quiero.

Me paro en seco para escrutar sus ojos azules. Sonríe. No sé qué decir.

—Deberías marcharte ya de aquí —añade.

No me muevo.

—Vamos —dice—. ¡Largo de aquí!

Echo a correr hacia la puerta y miro hacia atrás para tener una última imagen de mi amiga. Ya está enfrascada en la caja siguiente.

De vuelta por los pasillos del sótano, me escurro con la cabeza baja entre un grupo de limpiadores que empujan cubos y fregonas. No quiero correr riesgos. En el momento en que me descubran, se acabó. Sigo por el pasillo, doblo otra esquina, me agacho bajo una tubería de ventilación y paso de largo dos entradas de escalera distintas. Ambas están vacías, pero ambas llevan a pasillos llenos de gente.

Cuando llevo un cuarto de pasillo recorrido, meto los frenos y pulso el botón para llamar al ascensor de servicio. Es el único sitio donde sé que no me tropezaré con otros colegas. No hay nadie en la Casa Blanca que se considere a sí mismo de segunda.

Espero, ansioso, vigilando este horno de pasillo. Debemos de estar a treinta grados. Tengo los sobacos de la camisa empapados. Lo peor es que estoy al descubierto. Si viene alguien, no hay donde esconderse. Tal vez pudiera colarme en algún cuarto, por lo menos hasta que llegue el ascensor. Miro a mi alrededor para ver qué… Oh, no. ¿Cómo puedo haber pasado eso por alto? Está justo frente al ascensor, mirándome directamente a la cara: un pequeño rótulo en blanco y negro que dice: «Sala 072 -USSS/UD», las siglas de la División Uniformada del Servicio Secreto de los Estados Unidos. Y aquí estoy yo, plantado precisamente delante.

Miro hacia arriba, buscando una cámara en el techo. Entre los cables, detrás de las tuberías. Es el Servicio Secreto, tienen que tenerla en algún lado. No consigo descubrirla y me vuelvo hacia el ascensor. Puede que no haya nadie vigilando. Si todavía no han aparecido, es que hay bastantes probabilidades.

Aprieto el botón de llamada con el pulgar. El indicador encima de la puerta dice que está en la primera planta. Treinta segundos más, es todo lo que necesito. Detrás de mí suena un chirrido de mal agüero. Me vuelvo rápidamente y veo que el pomo de la puerta está girando. Alguien va a salir. El ascensor llega por fin, haciendo sonar su campana, pero las puertas no se abren. A mi espalda oigo chirriar los goznes. Una rápida ojeada me ofrece a un agente de uniforme que sale de la habitación. Está justo detrás de mí al abrirse el ascensor. Si quisiera, no tendría más que alargar el brazo y cogerme. Avanzo despacio y entro con calma en el ascensor, rezando para que no venga detrás. Por favor, por favor, por favor, por favor, por favor. Incluso mientras se cierra la puerta, podría meter la mano en el último instante si quisiera. Sin volver la cara, bizqueo con aprensión. Y por fin oigo que las puertas se cierran.

Ya solo en el montacargas oxidado, me doy la vuelta, aprieto el botón del cinco y dejo reposar la cabeza para atrás contra la pared desconchada. Al ir acercándome a cada piso me siento un poco tenso, pero el ascensor va pasando uno tras otro sin pararse. Directos hasta arriba. A veces es rentable ser de segunda categoría.

Cuando se abren las puertas en el último piso del EAOE, asomo la cabeza y observo el pasillo. Hay un par de jóvenes de traje al fondo, pero aparte de eso el camino está libre. Siguiendo las instrucciones de Pam, voy directo a la puerta que está a la izquierda del Salón del Tratado Indio. Al contrario que la mayoría de las puertas del edificio, no tiene rótulo. Y está abierta.

—¿Hay alguien? —pregunto al abrir la puerta.

No hay respuesta. La habitación está a oscuras. Al entrar veo que ni siquiera es una habitación. No es más que un minúsculo cuartito con una caja de escalera de rejilla metálica que lleva hacia arriba. Eso debe de ser el desván. Vacilo al poner el pie en el primer peldaño. En cualquier edificio con más de quinientas habitaciones siempre ha de haber unas pocas que parezcan intrínsecamente prohibidas de por sí. Ésta es una de ellas.

Agarro el pasamanos de hierro y noto una capa de polvo bajo la palma de la mano. Al ir subiendo los escalones, me encuentro metido en otra sauna, por efecto de la falta de aire acondicionado. Antes creía que sudaba, pero aquí arriba… demostración positiva de que el calor asciende. Aquí cada respiración es como un trago de arena.

Sigo subiendo los escalones y descubro dos globos deshinchados de Winnie the Pooh atados al pasamanos. En los dos está escrito «Feliz cumpleaños». Quienquiera que fuera el último que estuvo aquí arriba, debe de haber montado una tremenda fiesta particular.

Al llegar arriba del todo me giro y al fin veo con claridad el desván largo y rectangular. Con techos altos de vigas de madera vistas, toda la luz procede de unas cuantas claraboyas y una serie de ventanas pequeñísimas. Dicho de otro modo, es un espacio en penumbra, atestado de cosas abandonadas. Mesas de oficina desechadas en un rincón, sillas apiladas en otro, y en el centro, como excavado en el suelo, algo que parece una piscina vacía. Al acercarme más me doy cuenta de que esa parte hundida del suelo es, en realidad, la encajadura de una sección de vidriera emplomada a la que rodea una barandilla a la altura de la cadera.

En cuanto mis ojos la descubren, sé que ya la he visto antes. Entonces me acuerdo de dónde estoy. Directamente encima del salón más ornamentado de todo el edificio: el Salón del Tratado Indio. Al mirar para abajo se puede ver su perfil a través de los grandes paneles de vidrio emplomado. Las placas de mármol de la pared. El suelo de enrevesada marquetería. Estuve en ese salón cuando la recepción del AmeriCorps, cuando vi a Nora por primera vez. Este desván está justo encima de él. Su techo de vidrio emplomado es mi suelo de vidrio emplomado.

Más al fondo del desván, encuentro por fin lo que busco. Al otro lado de la barandilla, en el rincón del fondo a la izquierda, hay por lo menos cincuenta cajas de archivos.

Y justo delante de todo, en una fila horizontal, están las seis que ando buscando. Las que dicen «Penzler». Se me hace un nudo en el estómago.

Cojo la caja de arriba de la pila y arranco la tapa de cartón. De R a Sa. Ésta es. Tiro hacia arriba de cada carpeta según las miro. «Racial (discriminación)»… «Radio (comunicados)»… «Redistribución»… «Requerimientos».

La carpeta tiene por lo menos siete centímetros de grueso; tiro de ella con brusquedad. Al abrirla veo encima la anotación más reciente. Fecha: 28 de agosto. Una semana antes de que mataran a Caroline. Dirigida a la Oficina de Seguridad de la Casa Blanca, la nota dice que «se requieren expedientes actualizados del FBI de las siguientes personas». En la línea siguiente hay un único nombre: Michael Garrick.

No es que sea gran cosa como noticia: sabía que había solicitado mi expediente desde el día que lo vi sobre su mesa. Aun así, noto algo extraño al verlo escrito. Todo lo que ha pasado, todo lo que he pasado, empezó por aquí.

Al margen de la falta de principios que tuviera Caroline, o de a cuánta gente extorsionase, sin duda sabía que era imposible conseguir un expediente del FBI sin requerirlo por escrito. Pensándolo, probablemente no le parecería una gran cosa el hacerlo, porque como era la encargada de cuestiones éticas de la Casa Blanca, tenía mil modos de justificar cada petición. Y si alguien intentaba utilizar esos requerimientos en su contra, pues bueno, todos nosotros éramos culpables de algo. ¿A quién le preocupa pues un pequeño rastro de papel?

Recuerdo que Caroline tenía en su mesa quince carpetas, así que paso al siguiente documento y busco con atención los otros que había solicitado. Rick Ferguson. Gary Seward. Éstos son los dos candidatos que Nora me dijo en la bolera. Incluyéndome a mí, llevo tres. Me faltan doce. Los ocho siguientes son nombramientos presidenciales. Eso sube la cuenta a once. El de Pam lo pidió un tiempo antes. Doce. El trece y el catorce son ambos candidatos al Supremo, gente de la que nunca he oído hablar. Eso nos deja a falta de un solo nombre más. Paso la hoja y miro, esperando que sea Simon. Ahí está, por supuesto. Pero no es el único. En la última hoja hay un nombre más.

Se me ponen los ojos como platos. No puedo creerlo. Me siento en una caja con el papel temblándome en la mano. Simon tenía razón en una cosa. Yo lo entendí todo al revés. Por eso Simon no sabía de qué le hablaba cuando le pregunté lo de Nora.

Y por eso no pude encontrar fisuras en su coartada. Y por eso… todo este tiempo… pensaba en un hombre equivocado. Vaughn acertaba en lo del dinero. Nora se acostaba con el viejo. Sólo que me equivocaba de viejo.

Caroline había requerido un expediente más, un decimosexto expediente que alguien, el propio asesino, había hecho desaparecer de su mesa para que el FBI no llegara a verlo. Por eso nunca sospecharon de él. Leo y releo su nombre media docena de veces. El más tranquilo de todos. Lawrence Lamb.

Un ataque de náusea me golpea la garganta y el pecho se me hunde. La carpeta se me cae al suelo. Es que no… no me lo creo. No puede ser. Y, sin embargo… por eso yo… y él…

Cierro los ojos y aprieto los dientes. Él sabía que yo me lo tragaría… lo único que tenía que hacer era abrirme el círculo íntimo y hacer el gesto de darme unos pocos extras. Dulces a la entrada del Despacho Oval. Hacer el informe al Presidente. Una oportunidad de ser un pez gordo. Lamb sabía que lamería hasta la última gota. Nora incluida. Ésa era la guinda del pastel.

Y cuanto más me apoyase en él, menos probable sería que investigase las cosas por mí mismo. No necesitaba más. Y es lo que yo tenía. Fe ciega.

Aquí agachado, sigo luchando por asimilar lo que me ronda por la cabeza. Por eso Nora me llevó a verlo. Me dieron la lista de sospechosos y yo la acepté como buena. Sin Vaughn, nunca la hubiera cuestionado. Ése es el único problema de la película: que todo cuadra un poco demasiado fácilmente. Desde que la caja esté aquí arriba a que el expediente esté en su sitio correcto… No puedo acusar a nadie, pero tengo la sensación de que es un poco demasiado forzado. Es como si hubiera alguien que intentase ayudarme. Como si quisieran que los descubriesen.

—Nunca tuve intención de hacerte daño, Michael —susurra una voz detrás de mí.

Me doy la vuelta al reconocerla de inmediato. Nora.

—¿Ésa es la mentira de turno? ¿Un desmentido sensiblero?

Da un paso hacia mí.

—Yo nunca te mentiría —me dice—. Ya no.

—¿Ya no? ¿Eso es para que me sienta mejor? Las cincuenta primeras cosas que me dijiste eran puras trolas, pero de aquí en adelante, ¿todo claro y soleado?

—No eran mentiras.

—Eso no es…

—¡Deja de mentir!

—¿Por qué estás…?

—¿Por qué estoy qué? ¿Destrozado? ¿Rabioso? ¿Anonadado? ¿Por qué crees tú, Nora? Aquella noche que nos escapamos del Servicio Secreto, ¡no te habías perdido! Sabías dónde estaba aquel bar y sabías que Simon estaba dentro esperando que le comunicaran el sitio de entrega.

—Yo no…

—Tú lo sabías, Nora. Lo sabías perfectamente. Y después de aquello, sólo tenías que sentarte a mirar lo que pasaba. Y yo caí; dejaste los diez mil en mi coche y al día siguiente, una vez muerta Caroline, ya tenías listo el chivo expiatorio.

—Michael…

—¡Si ni siquiera lo niegas! Trey tenía razón, ¿verdad? Por eso cogiste el dinero, ¡para colgarme el muerto! ¡Era todo lo que tenías que hacer!

Por una vez, decide no responder. Me tomo un segundo para recuperar el aliento.

—Tuvo que ser una auténtica bendición para ti cuando los guardias nos pararon. Habías despistado a los de la escolta, y encima ahora tenías un testigo.

—Era más que eso —susurra.

—Oh, es cierto, cuando yo dije que el dinero era mío resultó que era la primera vez que alguien se portaba bien contigo. ¿Cómo dijiste aquella noche? ¿Que la gente no hace cosas amables por ti? Bueno, no te ofendas, sibila, pero por fin he entendido por qué.

—No lo dices en serio —dice poniéndome la mano en el hombro.

—¡Quítame la mano de encima! —grito, apartándome— coño, Nora, ¿es que no lo entiendes? ¡Yo estaba de tu parte! Pasé por alto las drogas, ignoré los rumores. Te llevé a ver a mi padre, ¡por Dios santo! ¡Te amé, Nora! ¿Tienes la menor idea de qué quiere decir eso? —Sin poder evitarlo, empiezo a toser.

Ella me mira con los ojos más tristes que he visto jamás.

—Yo también te amo.

Niego con la cabeza. Demasiado poco. Demasiado tarde.

—¿Me dirás al menos por qué?

Sólo obtengo silencio.

—Te he hecho una pregunta, Nora. ¿Por qué? —Los hombros me tiemblan—. ¡Dímelo! ¿Estás enamorada de él?

—¡No! —y su voz se quiebra al decirlo.

—¿Entonces por qué te acuestas con él?

—Michael…

—¡No me digas Michael! ¡Dame una respuesta!

—No lo entenderías.

—¡Hablamos de sexo, Nora! No hay tantas razones para hacerlo… o estás enamorado…

—Es más complicado que…

—… o estás salido…

—No tiene que ver contigo.

—… o estás desesperado…

—Basta ya, Michael.

—… o estás aburrido…

—¡Te he dicho que te calles!

—… o es contra tu voluntad.

Nora se queda en absoluto silencio.

Oh, Dios mío.

Cruza los brazos, rodeándose el torso con ellos, y clava la barbilla en el pecho.

—¿Él…?

Levanta los ojos lo suficiente para que vea sus primeras lágrimas. Corren por su cara y bajan lentamente hacia el delgado cuello.

—¿Te acosó?

Se vuelve.

Una quemazón aguda me perfora el estómago. No sé muy bien si es herida o rabia. Sólo sé que duele.

—¿Cuándo fue eso? —le pregunto.

—Tú no lo entiendes…

—¿Más de una vez?

—Michael, por favor, no hagas esto, por favor —suplica.

—No —le digo—. Lo necesitas.

—No es lo que piensas… es sólo desde…

—¡Sólo! ¿Cuánto tiempo llevas con eso?

Nuevamente hay un silencio total. En un rincón cruje una tabla de madera. Nora mantiene los ojos clavados en el suelo. Su voz es mínima.

—Desde que tenía once años.

—¿Once años? —grito—. Oh, Nora…

—Por favor… por favor, ¡no se lo digas a nadie! —suplica—. ¡Por favor, Michael! —Se abren las compuertas; las lágrimas salen de prisa—. Yo… tenía que… ¡no tengo dinero!

—¿Qué quieres decir con que no tienes dinero?

Respira fuerte, jadea entre los sollozos.

—¡Para drogas! —solloza—. ¡Es sólo por las drogas!

Cuando dice esas palabras, noto que la sangre desaparece de mi cara. Ese cabrón dominador pervertido. La tiene atrapada con las drogas a cambio de…

—Por favor, Michael, prométeme que no dirás nada. ¡Por favor!

No soporto oírla suplicar. Solloza sin poder controlarse, con los brazos abrazando su torso, ahí de pie, metida en su capullo, con miedo a extender la mano.

Desde el día que nos conocimos, he visto una faceta de Nora Hartson que ella nunca revelaría en público. Amiga y mentirosa, amante y demente. Niña rica aburrida, buscadora de emociones sin miedo a nada, jugadora que desafía cualquier riesgo e incluso, en instantes fugaces, una nuera perfecta. Y la he visto en todas las fases intermedias. Pero nunca como víctima. No la dejaré pasar esto sola. La soledad no es necesaria. La envuelvo con mi abrazo.

—Lo siento —llora, derrumbándose entre mis brazos—. Lo siento mucho.

—Está bien —le digo acariciándole la espalda—. Todo estará perfectamente. —Pero en el mismo momento de decir esas palabras, ambos sabemos que no es así. Empezase por una cosa o por otra, Lawrence Lamb ha arruinado su vida. Cuando alguien te roba la infancia, nunca más la recuperas.

La acuno atrás y adelante, con la misma técnica que uso con mi padre. No necesita palabras; necesita, simplemente, apaciguamiento.

—Tú tendrías que… —empieza a decir Nora con la cabeza enterrada en mi hombro—. Tendrías que marcharte de aquí.

—No te preocupes. Nadie sabe que estamos…

—Va a venir —me susurra—. Tuve que decírselo. Está en camino.

—¿Quién va a venir?

Se oye el retumbar prolongado de alguien que sube los escalones. Me giro rápidamente y la respuesta aparece en la voz profunda y pausada que resuena en el rincón del desván.

—Apártate de ella, Michael —dice Lawrence Lamb—. Creo que ya has hecho bastante.

Capítulo 39

Noto que todos los músculos de la espalda de Nora se tensan al oír el sonido de su voz. Primero creo que es rabia. Pero no. Es miedo.

Como una niña a la que pillan robando monedas del bolso de su madre, se aparta de mí y se pasa la mano por la cara. A velocidad del rayo. Como si nada hubiera pasado.

Me vuelvo hacia Lamb, preguntándome de qué tendrá tanto miedo Nora.

—Intenté detenerlo —exclama Nora—, pero…

—Cállate —le espeta Lamb.

—No lo entiendes, tío Larry, es que yo…

—Tú eres una mentirosa —dice con tono grave. Avanza hacia ella, tiene los hombros tensos, apenas contenidos por su traje de Zegna de corte impecable. Se desliza como una pantera. Lento, calculador, los ojos azules de hielo taladrando a Nora. Cuanto más se le acerca, más se echa ella para atrás.

—¡No la toque! —le advierto.

No se detiene. Derecho hacia Nora. No ve otra cosa.

Ella corre hacia los archivos y señala con el dedo la caja abierta. Tiembla sin ningún control.

—Mira… está aquí… ya te… te he…

Lamb le apunta con un solo dedo extendido, bien cuidado. Su voz es como un rugido susurrado.

—Nora…

Ella se calla. Silencio absoluto.

Alarga la mano hacia su garganta y la coge por el cuello, sujetándola con el brazo estirado, y observa la pila de carpetas que están a sus pies. Los brazos de Nora parecen de trapo; las piernas le tiemblan. Casi no puede tenerse en pie. Yo sólo puedo mirar, estoy paralizado.

—¡Suéltela!

Pero tampoco ahora me mira siquiera. Sólo tiene ojos para Nora, que intenta desasirse, pero él la sujeta más fuerte.

—¿Qué te he dicho de las peleas?

Ella vuelve a quedar inerte, con la cabeza baja, negándose a mirar. Lamb observa el suelo y pone esa sonrisa suya fina y ominosa. La veo en la expresión dura de su cara. Ha visto los expedientes. Sabe lo que he descubierto. Se mete la mano en el bolsillo y saca un encendedor Zippo de plata que lleva el cuño presidencial.

—Coge esto —le dice a Nora, pero ella permanece de piedra—. ¡Cógelo! —le grita, poniéndoselo a la fuerza en la mano—. ¡Y escúchame cuando te hablo! ¿Quieres ser una desgraciada? ¿Eso es lo que quieres?

Se acabó. Basta de melodrama. Me precipito hacia él a toda velocidad.

—He dicho que la suelte…

Lamb se vuelve rápidamente y saca una pistola. Pequeña. Me apunta directamente.

—¿Qué has dicho? —pregunta.

Me paro en seco y levanto las manos.

—Exactamente —gruñe Lamb.

A su lado, Nora está temblorosa. Por primera vez desde que llegó Lamb, me mira a mí. Lamb la coge por la barbilla y le gira la cabeza hacia él.

—¿Quién está hablando contigo? ¿Él o yo? ¿Él o yo? —La coge por el cuello, la acerca a él y le susurra al oído—: ¿Te acuerdas de lo que me dijiste? Bien, pues es el momento de mantener la promesa.

Corre la mano hacia el hombro y la empuja hacia abajo, para obligarla a ponerse de rodillas. Las piernas se le doblan, pero por lo menos se resiste.

—¡No te dejes, Nora! —le grito sólo a un par de metros.

—Último aviso —me dice Lamb, apuntándome con la pistola. Se vuelve otra vez hacia Nora y se asegura de que yo lo vea todo bien. La agarra del cuello con fuerza y le acerca la pistola a la boca—. ¿Quieres que me enfade mucho contigo? ¿Eso es lo que quieres?

Le aprieta el cañón contra los labios y ella mueve la cabeza diciendo que no. Empuja más fuerte. La punta de la pistola rasca contra los dientes apretados. Las rodillas empiezan a ceder.

—Nora, por favor… soy yo. Soy yo sólo. Podemos… podemos arreglarlo… como antes.

Nora mira arriba y sólo puede verlo a él. Lentamente, deja que la pistola resbale entre sus labios. Una lágrima le corre por la mejilla. Lamb sonríe. Y Nora cede. Un último empujón la hace derrumbarse sobre las rodillas. Queda junto a los expedientes dispersos en el suelo. Lamb da un paso atrás y la deja allí sola.

—Ya sabes lo que debes hacer —le dice.

Nora mira el mechero y después otra vez los documentos.

—Es tu oportunidad —añade—. Hazlo bien.

—¡No lo escuches! —grito.

Sin más advertencia, Lamb se vuelve hacia mí y hace fuego. El arma se dispara con un siseo silencioso. De inmediato, siento un mordisco en el hombro. Me doy una palmada como si quisiera matar un mosquito gigante. Pero cuando levanto la mano la veo cubierta de sangre. Caliente. Tan caliente. Y pringosa. Tengo salpicaduras rojo oscuro por todo el brazo. Sin pensarlo, voy a tocarlo. El dedo entra directamente en el orificio de la bala. Hasta el nudillo. Y entonces noto el dolor. Punzante. Como una aguja gruesa encajada en el hombro. Me recorre todo el brazo como una corriente

eléctrica. Me ha disparado.

—¿Ves lo que me ha hecho hacer? —dice Lamb a Nora—. Tal y como te dije: en cuanto sale la cosa, todo se rompe.

Quiero gritar, pero no me salen las palabras.

—No dejes que te líe —añade Lamb—. Pregúntate a ti misma qué es lo justo. ¿Alguna vez te he puesto en peligro? ¿Alguna vez haría algo en contra de nuestra familia?

Por la expresión vacía de su cara, sé que Nora está perdida. Al ir asentándose el impacto, las punzadas en el hombro se hacen insoportables.

Lamb sigue machacando y señala el mechero en la mano de Nora.

—No puedo hacer nada sin ti, Nora. Sólo tú puedes arreglarlo. Por nosotros. Todo es por nosotros.

Nora contempla el mechero con los ojos llenos de lágrimas.

—Está en tus manos, cariño —la voz de Lamb continúa fría y firme—. Sólo en las tuyas. Si no lo terminas ahora, se lo llevarán todo. Todo todo, Nora. ¿Eso es lo que quieres? ¿Para eso hemos trabajado?

La respuesta de Nora es un susurro arrastrado.

—No.

No quiere levantar la mirada, pero abre el mechero y enciende la llama. Lo sujeta en su mano temblorosa, contemplando el fuego unos segundos.

—Cumple… tu… promesa —dice Lamb con los dientes apretados.

—¡No! —exclamo yo.

Demasiado tarde. Nora coge la carpeta y la acerca lentamente a la llama.

—Eso es —dice Lamb—. Cumple tu promesa.

—No tienes por qué, Nora. —Pero antes de que pueda terminar, ella mete la esquina de la carpeta en la llama anaranjada. La carpeta es delgada y se inflama con facilidad. En pocos segundos todo el borde arde como una antorcha… Un momento. La carpeta de «Requerimientos» tenía dos dedos de gordo. Esta otra es…

Nora me lanza una mirada y con un tirón de muñeca arroja el papel ardiendo contra Lamb. Como un cohete de fuego le golpea en mitad del pecho mientras los folios en llamas vuelan por todas partes. Su corbata, su chaqueta, empiezan a arder. Grita al ver las llamas que prenden, se da palmadas en el pecho y forcejea hasta quitarse la chaqueta. Las llamas crecen con rapidez. La carpeta archivadora, lanzada por el aire, aterriza junto a la barandilla que rodea el cristal emplomado. Justo a mis pies. Todavía estoy tumbado en el suelo, pero si me estiro hacia adelante… puede que casi… ya está. Sin hacer caso al dolor del hombro, piso la llama para apagarla y recojo los restos chamuscados de la carpeta y leo el rótulo. «Radio (comunicados)».

Miro a Nora, que con las lágrimas corriéndole por la cara está abroncando a Lamb.

—¡Eres un gilipollas de mierda! —le grita, y le araña con fuerza haciéndole un corte profundo en la mejilla—. ¡Te voy a matar! ¿Me entiendes, vampiro? ¡Te mataré!

Lanza golpes y arañazos en todas direcciones, es como una fiera desatada. Pero cuanto más fuerte grita, más lágrimas vierte y lanza al aire con los movimientos de látigo de su cabeza. Cada pocos segundos, se las va sorbiendo, pero al instante una erupción de chillidos y saliva las vuelve a sacar a la superficie. Lo coge por el pelo y le da un puñetazo en la oreja. Después le levanta la cabeza y le pega con fuerza en la garganta. Golpe tras golpe, directamente a los puntos débiles.

Pero como siempre, Nora va demasiado lejos. Baja la mirada y se da cuenta de que Lamb sigue teniendo la pistola bien asida. Yo me aferró a la barandilla que rodea la vidriera emplomada, tratando de ponerme en pie.

—¡No, Nora! —le grito.

Pero no titubea. Suelta el pelo de Lamb e intenta alcanzar el arma. Es justo el tiempo que Lamb necesita. Suelta un rápido revés y el cañón de la pistola la golpea en la sien.

—¡Cómo te atreves a tocarme! —aúlla, loco de rabia—. ¡Yo te crié! ¡No tu padre! ¡Yo! —La coge por el delantero de la camisa, tira de ella y le pega en la cara con la culata de la pistola.

—¡Nora! —grito. Ella cae al suelo y yo me arrastro hacia allí.

—¡No te muevas! —amenaza Lamb antes de que pueda dar un paso. Apunta otra vez el arma, haciéndola oscilar de uno a otro. La mira a ella, luego vuelve a girar la cabeza hacia mí. Después, a ella. Después, otra vez a mí. Nunca juntos.

—La mataré —me advierte—. Si vuelves a tocarla, la mataré.

Tiene la camisa tiznada en el pecho y un corte en la mejilla que sangra. Lo miro a sus ojos azules y gélidos y sé que lo dice en serio.

—Larry, no tiene usted que…

—¡Cállate! —me grita—. Es cosa de ella.

Nora sigue en el suelo, recuperándose del golpe. Se le empieza a hinchar el ojo derecho.

—¿Estás bien? —le pregunta Lamb.

—Muérete, hijo de puta —le espeta ella, limpiándose la boca con el dorso de la mano.

—Aún no es demasiado tarde —dice Lamb en un tono casi de excitación—. Todavía podemos hacer que funcione, tal y como te dije. Si lo detenemos, seremos unos héroes. Podemos hacerlo, Nora. Podemos. No tienes más que decir lo que hay que decir. Es todo lo que te pido, cariño. Dime que no estoy solo.

Le indico con un gesto a Nora que le siga el juego. Pero ella ni siquiera me mira. Da un último sorbido y ya no hay lágrimas. Sus ojos se clavan en Lamb. Se lame los

labios. Con el sabor de la libertad en la lengua, Nora Hartson quiere huir. Hago un último intento de llamar su atención, pero no se vuelve. Esto no va conmigo. Es cosa de ellos.

—Podemos hacerlo, Nora —dice Lamb mientras ella se incorpora—. Igual que siempre. Nuestro secreto.

Nora mira fijamente al amigo más íntimo de su familia pero permanece callada. Ella intenta ocultarlo, pero los argumentos de Lamb la están desgastando. Lo veo en el modo en que sube y baja su pecho. Inclinada hacia adelante, todavía respira con dificultad. Sería tan fácil rendirse. Capitular ahora y echarme todas las culpas a mí. Está buscando una respuesta y se toca el ojo tumefacto. Y entonces, lentamente, justo delante de la cara levanta, enhiesto, el dedo corazón, desafiante.

—Púdrete. ¡En… el… infierno! —brama.

Me vuelvo hacia Lamb: sus ojos, sus mejillas, sus labios… todas sus facciones se vienen abajo. Esperaba su contraataque, completamente enloquecido. Pero en cambio, calla. Está incluso más callado de lo habitual. Mandíbulas apretadas. Mirada asesina. Juraría que en el desván hace más frío que antes.

—Lamento mucho que opines eso —acaba por decir sin un atisbo de emoción en la voz—. Pero te lo agradezco, Nora. La decisión será mucho más fácil. —Y sin una palabra más, apunta la pistola hacia mí.

—¡Michael! —grita Nora, echando a correr.

Cuando el arma de Lamb oscila en un plano horizontal, apenas percibo lo que sucede. Estoy frente al cañón de la pistola y el mundo entero ha pulsado el botón de «pausa». Por el rabillo del ojo veo que Nora se lanza hacia mí. Completamente inmóvil, lucho por girarme. Hay una luz fluorescente que titila justo encima de ella y un tenedor de plástico transparente abandonado en el suelo. Suena un disparo en sordina en el mismo instante en que ella aterriza junto a mí, rostro con rostro. Levanto los brazos, intentando cogerla. Surge un segundo disparo. Y luego otro. Y otro.

Su cabeza salta hacia atrás al ser alcanzada en la espalda. Uno. Dos. Tres. Cuatro. Su cuerpo da un salto al recibir cada disparo. El impacto nos lanza a ambos para atrás, aplastándonos contra la barandilla.

—¡Nornie! —exclama Lamb, bajando el arma.

Caemos al suelo y yo casi no lo oigo.

—Nora, ¿estás…?

—Creo… que… estoy bien —me susurra, luchando por levantar la cabeza. Alza la vista y veo que de su nariz y de la comisura de la boca mana lentamente la sangre —. ¿Me ves mal? —me pregunta al ver la expresión de mi rostro.

Niego con la cabeza, intentando combatir las lágrimas que me acuden a los ojos.

—N-no… no. No será nada —tartamudeo.

Se hunde en mis brazos y esboza una mínima sonrisa.

—Qué bien —intenta decir algo más, pero no la oigo. Le acuno la cabeza y un golpe de tos me llena la camisa de sangre.

Lamb sigue plantado al otro lado del desván. Temblando.

—¿Está… está…?

Vuelvo a mirar hacia abajo, incapaz de pensar.

—Nora… Nora… ¡Nora! —Es como un saco entre mis brazos, pero logra alzar la mirada hacia mí—. Te quiero, Nora.

Su mirada se va poniendo borrosa. No creo que me oiga.

—Michael…

—¿Sí? —le pregunto, inclinándome sobre ella.

Su voz ya no es ni siquiera un susurro. La respiración se ha quedado en un mínimo murmullo.

—Yo te…

El cuerpo se estremece y se corta la frase. Cierro los ojos y finjo que oigo hasta la última sílaba. Luego, intento facilitarle la respiración y la voy bajando con cuidado hasta el suelo.

—¿Co… cómo está? —exclama una voz.

Levanto poco a poco la vista y aprieto los puños. Allí enfrente está Lawrence Lamb. Paralizado, simplemente allí parado. La pistola cuelga de la punta de sus dedos. Boqueando. Como clavado en el suelo, está deshecho, igual que ese mundo suyo que acaba de evaporarse. Pero en el instante en que nuestras miradas se encuentran, la frente se le retuerce, fruncida de ira.

—¡Tú la mataste! —ruge.

Dentro de mi pecho entra en erupción un volcán de rabia en estado puro. Cargo ciegamente contra él con tanta violencia como puedo. Levanta el arma, pero yo ya estoy allí. Mi hombro bueno colisiona contra su pecho y lo lanza de espaldas contra la pared. La pistola sale volando.

Me niego a ceder, vuelvo a lanzarlo contra la pared y le doy un puñetazo en el estómago. Suelta un brazo y me suelta un tremendo golpe que me da en la mandíbula, pero yo ya estoy más allá del dolor.

—¿Cree que esto me va a hacer daño? —bramo, descargando el puño contra su cara. Machaco una y otra vez el corte que Nora le abrió en la mejilla. Otra vez. Y otra. Y otra.

Lamb es más viejo y mucho más lento, sabe que no podrá ganar en una pelea con alguien que tiene la mitad de sus años. Comprende que está atrapado y se va alejando de la pared, volviendo hacia el centro de la habitación. Busca desesperadamente la pistola con los ojos. No logra verla. Esa confianza, esa barbilla alzada de ser el mejor amigo del Presidente, se ha esfumado. Se le ve como a punto de caer. La brecha de su

cara es una ruina ensangrentada.

—Nunca te ha querido —dice, sujetándose la mejilla.

Intenta distraerme. Pero yo lo ignoro y le doy un golpe en el mentón.

—Ni siquiera te eligió ella —añade—. Se hubiera liado con Pam si yo se lo hubiera mandado.

Le clavo de nuevo el puño en el estómago para que se calle. Y en las costillas. Y en la cara. Lo que sea para que se calle. Doblado por el dolor, se va para atrás, dando tumbos hacia la zona hundida de la vidriera. Sé que es el momento de detenerse, pero… junto a la barandilla está el cuerpo de Nora casi sin vida, tumbada de espaldas, con un charco de su propia sangre que sigue creciendo debajo de ella. No necesito más. Apenas si puedo ver entre mis lágrimas, pero meto toda la fuerza que me queda en un último golpe. Impacta con estruendo y lo lanza bastante más de un metro para atrás.

Choca contra la barandilla, totalmente desequilibrado y, como un balancín humano, voltea sobre el pasamanos y se va directo contra los enormes paneles de vidrio emplomado encastrados en el techo del salón de abajo. Cierro los ojos y espero el ruido de los cristales rotos. Pero solamente oigo un impacto sordo y blando.

Me precipito confuso hacia la barandilla y miro hacia abajo. Lamb, aturdido, yace sobre la gran flor de cristal del gran panel central de la vidriera. No se ha roto. Directamente debajo de él, al otro lado de la vidriera, la gran lámpara de cristal se balancea a causa del impacto.

Lamb exhala un suspiro estremecedor y yo noto un escalofrío que me recorre toda la espalda. Saldrá de ésta.

Allí, suspendido sobre el Salón del Tratado Indio, se gira con gran precaución, consigue darse la vuelta y con sumo cuidado, lentamente, gatea por el cristal hacia la barandilla. Busco la pistola, desesperado. Ahí está, justo al lado del hombro de Nora. Empapada en sangre. Corro a cogerla y me giro veloz y la apunto contra Lamb, que se para de inmediato. Nuestras miradas se desafían; ninguno de los dos se mueve. De repente, frunce los labios. Tiro del percutor.

—Ahórrame el toque dramático, Michael. Si aprietas ese gatillo, nadie te creerá nunca.

—No me van a creer de todas formas. Por lo menos, de este modo, usted estará muerto.

—¿Y eso en qué va a mejorar las cosas? ¿Vengar al instante a tu novia imaginaria?

Miro a Nora y vuelvo a mirar a Lamb. Ella no se mueve.

—Vamos, Michael, no tienes lo que hace falta…, si lo tuvieras, no te hubiéramos escogido a ti.

—¿Los dos? Usted la destruyó… la controlaba… ella nunca participó en los

planes.

—Si eso hace que te sientas mejor… pero hazte esta pregunta: ¿a nombre de quién crees que está registrada esa pistola? ¿Al mío, al hombre de confianza que intenta proteger a su ahijada? ¿O al tuyo, al del asesino que he tenido que detener?

Al deslizar el dedo en torno al gatillo, las manos me tiemblan.

—Y no nos olvidemos de lo que le pasará a tu padre cuando te metan en la cárcel. ¿Crees que podrá arreglárselas solo?

Sólo un disparo… no hace falta más.

—Se acabó, Michael. Ya estoy viendo los periódicos de mañana: «Garrick mata a la hija del Presidente».

Se me oscurece la vista. La pistola le apunta directamente a la frente. Exactamente como hizo con Vaughn… para culparme a mí.

Al ver que me retuerzo, Lamb pone una sonrisa fría que me penetra justo por el hombro. Reafirmo la presa del gatillo. Se me tensa hasta el último músculo del cuerpo. Entorno los ojos. La lámpara se bambolea.

—Di buenas noches, Larry —digo.

Sujeto el arma con ambas manos con los brazos estirados para equilibrarla bien. Apunto entre las miras. Ahí está. Por primera vez, se queda sin sonrisa. Se le abre la boca. Doblo el dedo sobre el gatillo. Pero cuanto más aprieto, más me tiembla la mano… y más comprendo… que no puedo. Lentamente, bajo la pistola.

Lamb suelta una risita grave que me lacera.

—Por eso te escogimos a ti —me provoca—. Siempre serás un boy scout.

Es lo que necesitaba oír. Inundado de adrenalina, levanto el arma. Las manos siguen temblándome, pero esta vez aprieto el gatillo.

La pistola se mueve y sólo hace un ruidito hueco. Clic. Aprieto otra vez, fuerte. Clic. Descargada. ¡No puedo creerlo, está descargada!

Lamb se ríe, primero bajito y luego más fuerte. Gatea hacia la barandilla y añade:

—Ni cuando lo intentas, eres capaz de hacer daño.

Rabioso, le tiro la pistola sin balas. Baja el hombro en el último instante y el arma falla por poco y patina sobre el cristal emplomado como una piedra plana por un estanque. Choca dentro del hueco hundido de cristal y acaba aterrizando al otro lado del enorme mosaico. La risita pérfida de Lamb sigue resonando en mi cabeza. No oigo nada más. Y entonces… sí hay algo más. Empieza cuando la pistola choca por primera vez con el suelo de vidrio. Un ligero gorgoteo, como de un cubito de hielo que cae en soda tibia. Y luego se hace más fuerte, más sostenido. Una fisura en la cristalera que empieza a crecer, poco a poco.

Lamb mira para atrás. Los dos lo vemos a la vez, la fractura corre como un rayo a lo largo de los amplios paneles de vidrio.

Toda la escena se desarrolla a cámara lenta. La grieta, como un movimiento casi

sensible, zigzaguea desde la pistola en dirección a Lamb, que continúa en el centro del rosetón. Intenta gatear hacia la barandilla. Tras él, el primer trozo de vidrio se quiebra y cae. Después, el segundo. Después otro. El peso de la gran lámpara hace el resto. Como un enorme sumidero de cristal, el centro del mosaico se derrumba. La lámpara cae en picado sobre el Salón del Tratado Indio. Trozo a trozo, la van siguiendo miles de teselas. La ola del golpe se va ampliando desde el punto cero y Lamb lucha por evitar la caída. Alarga la mano y me suplica ayuda.

—Por favor, Michael…

Es demasiado tarde. Yo no puedo hacer nada y los dos lo sabemos. Debajo de nosotros, la lámpara cae al suelo con gran estruendo de cristales rotos.

Nuestras miradas vuelven a encontrarse. Lamb ya no se ríe. Esta vez tiene los ojos llenos de lágrimas. La lluvia de cristales continúa. El suelo desaparece bajo sus pies. Y la gravedad le agarra por las piernas. El agujero no deja de crecer y lo arrastra, aunque sigue luchando por gatear hacia arriba. Pero es imposible salirse del epicentro.

—Miiüaaaeee… —va aullando durante toda la caída.

Hasta que tropieza con la gran lámpara. Sólo ese tremendo crujido me provocará pesadillas durante años.

Cuando caen los últimos vidrios, se dispara la alarma aguda del Salón del Tratado Indio. Me asomo por encima de la barandilla. La vidriera ha desaparecido casi por completo, dejando un agujero abierto. Llevará una eternidad rellenarlo. Abajo, en el suelo, en medio de los vidrios destrozados, están los restos rotos del responsable. Por Caroline. Por Vaughn. Y más que por nadie, por Nora.

Oigo un débil gemido a mis espaldas. Me vuelvo rápidamente, me precipito a su lado y me pongo de rodillas.

—¡Nora! ¿Estás…?

—¿Se ha ido? —susurra, apenas capaz de emitir las palabras. Tendría que estar inconsciente. La voz suena a borbotones por la sangre.

—Sí —le digo, conteniendo una vez más las lágrimas—. Se ha ido. Estás a salvo.

Lucha por sonreír pero eso es demasiado esfuerzo. El pecho se le convulsiona. Se está apagando rápidamente.

—M-m-michael…

—Aquí estoy —le digo, levantándola suavemente entre mis brazos—. Estoy aquí, Nora.

Las lágrimas me corren por las mejillas. Ella sabe que se ha acabado. La cabeza se le cae y cede poco a poco.

—P-p-por favor —tose—. Michael, por favor… no se lo digas a papá.

Tomo aire para recomponerme. Asiento vigorosamente con la cabeza, la llevo bien cerca de mi pecho, pero sus brazos cuelgan, inertes. Los ojos empiezan a

ponérsele en blanco. Le aparto con furia el cabello de la cara. El torso se retuerce una última vez y ya está… se acabó.

—¡No! —grito—. ¡No! —Le sujeto la cabeza y le beso una y otra y otra vez en la frente—. ¡Por favor, Nora! ¡Por favor, no te mueras! ¡Por favor! ¡Por favor! —Pero de nada sirve. No se mueve.

Su cabeza sigue inerte sobre mi brazo y un aliento rasposo, espectral, expulsa el último aire de sus pulmones. Le cierro los ojos con la caricia más suave que puedo controlar. Se ha acabado. Autodestrucción completada.

Capítulo 40

No me dejan irme de la Sala de Situación hasta las doce y cuarto de la noche, cuando los pasillos desiertos del EAOE sólo son una ciudad burocrática fantasma. En cierta manera, pienso, todo estaba planeado voluntariamente; de este modo, no hay nadie por aquí para hacer preguntas. Ni para cotillear. Ni para señalarme con el dedo y susurrar: «Es ése… es él». Sólo hay silencio. Silencio y tiempo para pensar. Silencio y… Nora…

Bajo la cabeza y cierro los ojos queriendo creer como que no ha sucedido. Pero sucedió.

Cuando voy de regreso a mi despacho, dos pares de zapatos resuenan por el pasillo cavernoso: los míos y los del agente del Servicio Secreto que viene directamente detrás de mí. Me han cosido el hombro, pero cuando llegamos a la sala 170, la mano todavía me tiembla al abrir la puerta. El agente sigue observándome atentamente. En la antesala enciendo las luces y vuelvo a enfrentarme al silencio. Es demasiado tarde para que haya nadie aquí. Pam, Julian… los dos se habrán ido hace horas. Cuando todavía había luz de día.

No me sorprende que la oficina esté vacía, pero tengo que admitir que tenía la esperanza de que hubiera alguien. Pero la cosa es, sin embargo, que estoy yo solo. Y así será por un buen rato. Abro la puerta de mi despacho y trato de decirme otra cosa, pero en un lugar como la Casa Blanca, no hay mucha gente que…

—¿Dónde coño andabas? —pregunta Trey, levantándose de un salto de mi sofá de vinilo—. ¿Qué tal estás? ¿Has llamado a un abogado? Me han dicho que no tienes, así que llamé a Jimmy, el cuñado de mi hermana, que me puso en contacto con ese tal Richie Rubin, y el tío dijo que…

—Está bien, Trey. No necesito abogado.

Vuelve la vista hacia el agente del Servicio Secreto que entró justo detrás de mí.

—¿Estás seguro?

—¿Cree usted que podríamos…? —le digo al agente, dirigiéndole una mirada.

—Lo siento, señor. Tengo órdenes de esperar hasta que usted…

—Escuche, sólo quiero estar unos minutos con mi amigo. No le pido nada más. Por favor.

Nos observa a ambos y finalmente dice:

—Si me necesita, estaré ahí fuera —señala la antesala con la cabeza y cierra la puerta al salir.

Cuando estamos solos, espero otra andanada de preguntas. Pero Trey, en cambio, se queda callado.

Echo una ojeada a la tostadora del alféizar. El nombre de Nora ya no está. Contemplo las letras digitales verdes que se mantienen, casi como si hubiera un error.

Rogando para que sea un error. Lentamente, las líneas de letras luminosas parecen devolverme la mirada —parpadean, destellan—, su resplandor más acusado ahora que está oscuro. Tan oscuro. Oh, Nora… Las piernas me flaquean y me apoyo en la esquina de la mesa.

—Lo siento, Michael —me consuela Trey.

Apenas puedo tenerme en pie.

—Por si esto hace que te sientas mejor —añade—, creo que Nora no hubiera… no hubiera tenido una vida feliz. Después de…

Muevo la cabeza sin responder.

—Sí. Es cierto. —Trago saliva con fuerza; todo se pone borroso de nuevo.

—Si puedo hacer algo…

Le doy las gracias con un movimiento de cabeza, intentando encontrar el control de mí mismo.

—Te has enterado de que Lamb…

—Todo lo que sé es que ha muerto —dice Trey—. Lo dicen todos los noticiarios, pero ninguno sabe cómo ni por qué. El FBI ha programado el comunicado para mañana a primera hora.

Está a punto de decir algo más, pero su voz se apaga. No me sorprende. Está demasiado implicado para quedarse al margen. Conoce muy bien los rumores, pero, sencillamente, no quiere preguntar. Lo observo al otro lado de la habitación, lo miro juguetear con su corbata. Apenas si puede sostener mi mirada. Y aunque está pegado al sofá no quiere sentarse. Pero tampoco va a preguntar. Es demasiado buen amigo.

—Dilo, Trey. Alguien tiene que decirlo.

Levanta la vista calculando la situación. Después se aclara la garganta.

—¿Es verdad?

Asiento con la cabeza, otra vez.

Las cejas de Trey pasan del arco de la curiosidad al círculo de la sorpresa. Se deja caer hasta el sofá.

—La esperé en mi despacho, tal como me dijiste. Mientras Pam y tú hurgabais entre los expedientes, pensé las posibles formas de mantenerla ocupada… expedientes falsos que repasar, llamadas falsas de teléfono que comprobar… hubiera sido perfecto. Pero no apareció.

—Sabía lo que estábamos tramando… lo supo todo el tiempo.

—Así que Lamb…

—Lamb borró su requerimiento del ordenador de Caroline, pero lo que no sabía es que ella era tan maniática como para guardar una copia en papel. Y el FBI no los necesitaba, tenían los expedientes originales. Si he de serte sincero, creo que Nora sabía dónde estaban. Quizá eso fuera su seguro, quizá fuera… quizá fuera algo más.

Trey me observa atentamente.

—Era algo más sin la menor duda.

Sonrío, pero la sonrisa desaparece rápidamente.

—¿Y ella…? —me dice, vacilante—. ¿Estaba…?

—Peor de lo que te puedas imaginar. Tendrías que haberla visto… cuando entró Lamb… se lo había estado haciendo desde que tenía once años. En sexto grado, Trey. ¿Sabes qué clase de monstruo hay que ser? ¡Sexto grado, joder! ¡Y creían que les hacía un favor!

Mi voz coge velocidad, se precipita, salta, vuela para contarle el resto de la historia. De la pistola de Lamb a la vidriera; de que me friesen en la Sala de Situación a las disculpas exageradas de Adenauer, todo sale como un vómito. Trey no me interrumpe ni una sola vez.

Cuando termino, los dos quedamos allí sentados. Me cuesta horrores no mirar la tostadora, pero el silencio empieza a dolerme. Ella ya no está allí.

—¿Y ahora qué? —acaba preguntando Trey.

Me acerco a la chimenea y descuelgo lentamente mi diploma de la pared.

—¡Busca el chivo expiatorio! —continúa Trey—. Aunque tú no lo hayas hecho, van a presentarte como…

—No me van a presentar en ningún sitio —digo—. Por una vez, me creen.

—¿Sí? —Hace una pausa, inclinando la cabeza—. ¿Por qué?

—Muchísimas gracias —digo, bajando el diploma al suelo y apoyándolo en la base de la chimenea.

—Lo digo en serio, Michael. Nora y Lamb están muer… Sin ellos dos, no tienes más que un requerimiento archivado que lleva el nombre de Lamb. ¿De dónde van a sacar el resto? ¿Movimientos en las cuentas bancarias de Lamb?

—Sí —digo, encogiéndome de hombros—. Pero también… —mi voz se apaga.

—¿Qué?

No digo nada.

—¿Qué? —repite Trey—. Dímelo.

Respiro hondo.

—El hermano de Nora.

—¿Christopher? ¿Qué pasa con él?

—Aunque ahora esté en el internado —mi voz es de seca monotonía—, andaba por allí cuando iba al instituto. Y todos los veranos.

La expresión atónita del rostro de Trey me indica que es la primera vez que lo oye.

—Pero entonces… qué horror… ¿significa eso que…?

—La prensa no se enterará. Petición personal de Hartson. Llevara la vida que llevara, Nora Hartson morirá como una heroína que ha entregado su vida para atrapar al asesino de Caroline.

—Pero entonces, Lamb y ella…

—Sólo lo has oído porque eres un amigo. ¿Entiendes qué quiero decir?

Trey baja la cabeza y empieza a frotársela. Rápido. Más nervioso que incómodo. A menos que yo saque el tema, es la última vez que oiré hablar de ello.

Vuelvo a la pared de la chimenea, rae pongo de puntillas para alcanzar el retrato que el dibujante del tribunal me hizo durante la encerrona final de prácticas. Está cubierto con un cristal enorme y es mayor de lo que parece a primera vista. Y más grueso también. Necesito todo un segundo para cogerlo con ambas manos. Trey se precipita junto a mí para ayudarme a dominarlo.

—¿Entonces qué van a hacer? —pregunta Trey mientras ambos lo apoyamos contra el diploma—. ¿Despedirte, u obligarte a dimitir?

Me quedo parado.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Quieres decir además de por esta sutilísima pista de verte desmantelar tu despacho? Es una crisis, Michael. Lamb y Nora están muertos y tú te acostabas con ella. Cuando las cosas se ponen tan calientes, hay que correr a ponerse a la sombra.

—No me han despedido —le digo.

—Entonces te pidieron que te fueras.

—No llegaron a decirlo, pero… tengo que hacerlo.

Se pone a mirar por la ventana. Todavía hay unos pocos periodistas de guardia en el prado.

—Si quieres, puedo echarte una mano en cuestiones de prensa.

—Sería estupendo.

—Y también podré seguir metiéndote en los actos verdaderamente buenos, no sé, el Estado de la Unión, el Baile Inaugural… lo que quieras.

—Te lo agradezco.

—Y te diré qué más… Cuando solicites tu próximo trabajo, donde sea, puedes estar seguro de que tendrás una carta de recomendación en papel de la Casa Blanca. Robaré un paquete entero, coño… podemos mandar cartas a toda la gente que odiamos: guardias de la ORA, tipos que llaman «machote» a todo el mundo, los de las tiendas que se comportan como si te estuvieran haciendo un favor, esas azafatas cabreadas de los aviones que siempre te engañan y te dicen que no les quedan almohadones («sólo uno por persona, tontito del culín, por mucha tortícolis que tengas»), como si uno fuera a dejarlos sin material para sus guerras de almohadas.

Por primera vez en dos días, me río. En realidad es más bien una tos mezclada con sonrisa. Pero ya es algo.

Trey toma aliento y va conmigo hasta la mesa.

—No lo digo en broma, Michael, de verdad. Pide lo que quieras y te lo conseguiré.

—Ya sé que sí —digo, repasando a toda prisa las pilas de papeles de mi mesa. Notas, horarios presidenciales, hasta mi informe de las escuchas: nada de eso es importante. Se queda todo. En el cajón de abajo a la izquierda encuentro unos pantalones de deporte viejos. Ésos me los llevo. El resto, cajón tras cajón, no lo necesito.

—¿Seguro que estarás bien? —pregunta Trey—. Quiero decir, ¿qué vas a hacer con tanto tiempo?

Abro el cajón de arriba a la derecha y veo una nota manuscrita: «Llámame y llevaré comida china». Debajo, un corazón minúsculo y la firma de Pam. Me meto la nota en el bolsillo y cierro el cajón.

—Estaré perfectamente. Te lo prometo.

—No es cuestión de estar perfectamente… es más que eso. Tal vez deberías hablar con Hartson…

—Trey, lo último que necesita ahora mismo el presidente de los Estados Unidos es que un recordatorio permanente de la horrible tragedia de su familia ande circulando por estos pasillos. Además, aunque me pidiera que me quedase… esto ya no es para mí… ya no.

—¿De qué me hablas?

De un único movimiento habilidoso, descuelgo la foto mía con el Presidente de la pared de detrás de la mesa.

—Estoy listo —le digo, alargándole a Trey lo que queda de mi pared del ego—. Y por mucho que gruñas y te lamentes, ya sabes que es definitivo.

Trey contempla la foto y su pausa dura un segundo de más. Se acabó la discusión.

Me acerco a recoger el diploma y el dibujo de las prácticas, deslizo los dedos bajo el alambre del marco del cuadro, los levanto con la mano y me voy hacia la puerta. Al caminar me van golpeando en las pantorrillas. Puede que sea la última vez en mi vida que estoy en este sitio, pero cuando salgo del despacho, Trey viene justo detrás de mí.

Le lanzo una mirada rápida y le pregunto:

—¿Entonces seguirás llamándome temprano todos los días para contarme lo que pasa?

—Mañana a las seis.

—Mañana es domingo.

—Entonces, el lunes.

Epílogo

Semana y media después, mi coche sale de la 1-95 y se dirige de nuevo hacia las tranquilas carreteras rurales de Ashland, Virginia. El cielo está de un color azul transparente, y con el otoño temprano, los árboles se cubren de amarillo, naranja y verde. A primera vista, todo está igual que antes… pero entonces, echo una ojeada al retrovisor. No hay nadie. Y en ese momento es cuando más lo noto.

Cada vez que salgo a las tierras de caballos, percibo el dulce aroma de las flores silvestres. Pero según mi coche va girando, al tomar una curva con un seto ámbar, me doy cuenta de que es la primera vez que las he visto de verdad. Es sorprendente lo que tienes justo delante de los ojos.

Absorbo hasta el último tallo de todos los campos abiertos, avanzo serpenteando entre granjas en dirección a esa valla de madera tan familiar. Una curva a la izquierda y hago el resto del camino. Pero la cosa es que, por alguna razón, el aparcamiento de gravilla, la casa de campo, incluso la verja siempre abierta, me parecen más grandes. Así deben ser, decido.

—Mira quién ha llegado por fin —dice Marlon con su dulzón acento criollo—. Ya estaba preocupado por usted.

—Siempre tardo más tiempo del que pensaba. Son las carreteras secundarias las que me lían.

—Mejor tarde que nunca —me tranquiliza Marlon.

Me paro a pensarlo.

—Sí. Supongo.

Marlon mira hacia el periódico que está en la mesa de la cocina. Igual que en todas las conversaciones de las últimas semanas, una pausa embarazosa pende en el aire.

—Siento lo de Nora —acaba diciendo—. Me gustaba. Parecía una auténtica valiente… siempre llamando a las cosas por su nombre.

Me detengo en ese cumplido, pensando si encaja. Unas veces es mejor el recuerdo. Otras veces, no.

—¿Y mi padre?

—Está en su cuarto —dice Marlon.

—¿Se lo ha dicho?

—Usted me dijo que esperase, así que esperé. Eso quería, ¿no es cierto?

—Supongo. —Me encamino hacia la habitación y añado—: ¿Cree que realmente podré…?

—¿Cuántas veces va a preguntarme lo mismo? —me interrumpe Marlon—. Cada vez que usted se marcha, lo único que quiere saber es cuándo volverá. El chico lo quiere como un plato hasta arriba de costillas. ¿Qué más puede usted querer?

—Nada —digo, conteniendo una sonrisa—. Nada de nada.

—¡Papá! —llamo con los nudillos en la puerta de su habitación y la abro. Dentro no hay nadie.

—Papá, ¿estás ahí?

—¡Aquí, Michael! ¡Aquí!

Siguiendo su voz, miro por el pasillo. Al final del todo, en el porche trasero, mi padre está al otro lado de una puerta mosquitera saludándome con la mano. Lleva unos caquis arrugados y, como siempre, su camiseta de ketchup Heinz.

—Aquí estoy —canta, arrastrando los pies en un pasito de baile. Me encanta verlo así.

En el momento en que abro la puerta me da un fuerte abrazo y me levanta del suelo. Salto hacia arriba para facilitárselo.

—¿Qué tal… esto? —me pregunta girando rápido en redondo y depositándome en el porche. En el momento en que me suelta veo de qué me hablaba. Más allá de las mesas de merienda donde comimos todos juntos aquel día está el pastizal de la granja vecina. Bajo el resplandor cegador del sol de miel, cuatro caballos corren sueltos por la pradera tersa y verde. El decorado (el sol, los caballos, los colores) es conmovedor, tanto como la primera vez que lo vi el día que vine a inspeccionar la residencia-hogar, una semana antes de que mi padre se trasladase.

—¿No es precioso? —pregunta mi padre con su voz metálica—. El más rápido es Pinky. Es mi favorito.

—¿Ese de ahí? —le pregunto, señalando el caballo color chocolate que va muy por delante.

—Nooo, ése es Clide —me dice como si me lo hubiera dicho mil veces—. Pinky es el segundo por detrás. Hoy no se esfuerza.

Doy un par de pasos por el porche y entonces mira al interior del edificio para observar el pasillo. Parece que esté buscando a…

—¿Dónde está Nora? —me espeta.

Ya sabía yo que lo iba a preguntar. Le gustó demasiado para olvidarse de ella. Para suavizar la respuesta, me siento en el balancín de madera del porche y le indico a mi padre que se acerque. Pero ve la expresión de mi cara. Malas noticias.

—¿Yo no le gusté? —pregunta, dándose golpecitos en el labio inferior con dedos vacilantes.

—No, no es eso —digo—. Al contrario. Le encantaste.

Va a sentarse en el balancín, pero está demasiado concentrado en Nora. Deja caer todo su peso y nos vamos hacia atrás, a chocar contra la pared de la casa. Al notar su conmoción, lo rodeo con el brazo para disipar sus temores. A los pocos segundos, nos columpiamos suavemente atrás y adelante. Atrás y adelante, atrás y adelante, atrás y

adelante. La calma vuelve poco a poco.

—Te quería de verdad —le repito.

—Entonces, ¿por qué no ha venido?

Había venido practicando esto todo el camino. No sirve de nada.

—Papá —empiezo—. Es que Nora… Nora ha tenido un… accidente.

—¿Y cómo está? ¿Está bien?

—No —digo moviendo la cabeza—. No está bien. Ha… ha muerto, papá. Murió hace una semana y media.

Espero el derrumbamiento, pero sólo se mira la camiseta, pellizcando las letras negras. Levanta el labio superior y muestra los dientes. Como si oliese algo, o intentase descubrirlo. Lentamente, empieza a balancearse atrás y adelante, sus ojos solitarios bien abiertos estudian el logotipo de arriba abajo. Sabe lo que es la muerte, hace años pasamos por ella. Finalmente, contempla el techo del porche.

—¿Puedo ir a decirle adiós?

Quiere ir al cementerio.

—Desde luego —le digo—. La verdad es que creo que a ella le gustaría.

Mueve la cabeza en diagonal, haciendo óvalos con la mandíbula, pero no dice nada más.

—¿Quieres que hablemos de ello? —le pregunto.

Sigue sin responder.

—Venga, papá, dime qué estás pensando.

Busca unas palabras que nunca le vendrán.

—Fue buena conmigo.

—Ya te he dicho que le gustaste mucho. Ella me lo dijo.

—¿De verdad? —susurra con la mirada siempre a lo lejos.

—Naturalmente que sí. Dijo que eras listo, y guapo, y que eras un buen padre… —Tengo esperanzas de que me sonría, pero sigue sin mirarme. Estiro el brazo y vuelvo a pasárselo por los hombros—. Es lógico estar triste.

—Ya lo sé. Aunque no estoy tan triste.

—¿No?

—No mucho. También hay una parte buena en morirse.

—¿Sí?

—Claro. Ya no sufres más.

Asiento con la cabeza. En momentos así, mi padre es absolutamente brillante.

—¿Y sabes qué es lo mejor de todo? —añade.

—No, dime qué es lo mejor.

Levanta los ojos al cielo con una gran sonrisa abierta.

—Que ahora está con tu madre. Philly. Phyllis, Phyllis.

No puedo evitar una sonrisa… una amplia sonrisa. Como la de mi padre.

—Te dije que era lo mejor —dice, riendo.

Se columpia en el balancín y empieza a reír por lo bajo. Ha encontrado un modo de hacer que todo esté bien, su mundo continúa existiendo.

—Y entonces, ¿has hablado con el Presidente estos días? —pregunta. En cuestión de chistes, ésta es su baza perpetua. La fuerza de la repetición.

—En realidad, papá, ésta es la otra cosa de la que te quería hablar. He dejado el trabajo de la Casa Blanca.

Baja los pies y el balanceo se detiene.

—¿Y qué pasa con el Presidente?

—Creo que… estará mejor sin mí.

—Marlon dice que va a ganar para re-Presidente.

—Sí. Es un auténtico ganador.

Sin mirarme aún, mi padre empieza a chasquear los dedos índice y corazón con el pulgar.

—¿Te han despedido? —pregunta al fin.

—No —le digo moviendo la cabeza—. Tuve que dejarlo.

Sabe que estoy aludiendo a algo, lo nota en mi voz. Los chasquidos se aceleran.

—¿Eso quiere decir que volverás a mudarte? ¿Quiere decir que yo también tendré que marcharme?

—La verdad es que puedes quedarte aquí tanto tiempo como quieras. Aunque, desde luego, yo esperaba… bueno, me preguntaba… ¿querrías venir a vivir conmigo una temporada?

Los chasquidos se detienen.

—¿A vivir contigo? —pregunta, volviéndose. Se le inundan los ojos de lágrimas. La boca se le abre—. ¿Juntos?

Vuelvo a pensar en mi primer encuentro con Nora. En cómo todo el mundo me miraba cuando cruzó la sala y se acercó a mí. Justamente a mí. Ése fue el momento. Cuando estaba con ella, mientras ella estaba, era todo lo que deseaba. Ahora, quiero algo distinto. Todos los secretos están a la vista. No necesito ser un pez gordo. Miro a mi padre.

—Si tú me aceptas, me encantaría que vinieras.

De nuevo me ofrece su gran sonrisa. Eso es todo lo que quiere. Formar parte. Ser aceptado. Ser normal.

—¿Qué dices entonces? —pregunto.

—Voy a tener que pensarlo —dice entre risitas.

—¿Pensar qué? ¿Qué…?

—Ni siquiera tienes trabajo —me suelta con una carcajada.

—¿Y eso te hace tanta gracia?

Dice que sí moviendo vigorosamente la cabeza una y otra y otra vez.

—Los abogados sin empleo no sirven para nada.

—¿Y quién dice que trabajaré de abogado?

Se para, sorprendido.

—¿No vas a ser abogado?

Vuelvo a pensar en esa pequeña multitud de periodistas que siguen acampados en el exterior de mi edificio. Pasarán años antes de que la cosa se tranquilice del todo. No importa. Eso ya no es lo importante.

—Digamos simplemente que estoy considerando todas mis posibilidades.

La respuesta le gusta. Todo es posible.

—Mira —me dice, señalándose los pies—. Es por ti. —Se levanta la pernera y cuando espero ver el calcetín negro para traje oscuro metido en sus deportivas blancas, lo que me enseña es un calcetín blanco impecable—. Se me caen —dice—, pero quedan bonitos.

—Pues claro que sí… aunque creo que me gustan más los negros.

—¿Tú crees?

—Sí. Eso creo.

Mi padre se encoge de hombros, sube los pies, empuja y volvemos a balancearnos entre la brisa de la tarde. Al frente, el sol dorado nos da directamente en los ojos. Brilla tanto que no veo nada más allá del porche. Pero lo veo todo.

—¿Sabes una cosa, Mikey? El cincuenta y siete de la botella de ketchup es porque hay cincuenta y siete variedades de tomates.

—¿De verdad? —le respondo, dispuesto a escucharlo—. Cuéntame más.

Sigue asustándome dejar a mi padre abandonado, el cáncer que mató a mi madre, morirme de repente, morirme por una razón estúpida, morir lleno de dolores, y morirme solo. Pero por primera vez en mucho tiempo, no me asusta mi pasado. Ni mi futuro.